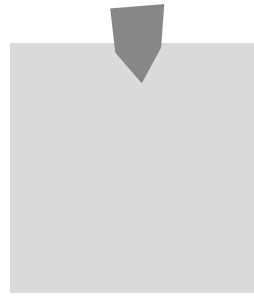
# *Prismas*

Revista de historia intelectual

30

2026

Anuario del grupo Prismas
Centro de Historia Intelectual
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Quilmes



# *Prismas*

Revista de historia intelectual
Nº 30 / 2026

*Universidad Nacional de Quilmes*
Rectora: Dra. María Alejandra Zinni
Vicerrector: Mg. Daniel Fihman

*Departamento de Ciencias Sociales*
Directora: Mg. Alejandra Rodríguez
Vicedirector: Dr. Daniel Busdygan

*Centro de Historia Intelectual*
Director: Jorge Myers

*Prismas*
*Revista de historia intelectual*
Buenos Aires, año 30, número 30, 2026

*Consejo de dirección*
Carlos Altamirano, Universidad Nacional de Quilmes
Anahi Ballent, Universidad Nacional de Quilmes
Martín Bergel, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Alejandro Blanco, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Laura Ehrlich, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Gabriel Entin, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Ximena Espeche, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Flavia Fiorucci, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Martina Garategaray, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Adrián Gorelik, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Ricardo Martínez Mazzola, Universidad Nacional de San Martín / Universidad de Buenos Aires / CONICET
Jorge Myers, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET
Elías Palti, Universidad Nacional de Quilmes / Universidad de Buenos Aires / CONICET

*In memoriam*
Oscar Terán (1938-2008)

*Editor*: Alejandro Blanco
*Secretaría de redacción*: Anahi Ballent, Laura Ehrlich y Flavia Fiorucci
*Editores de Reseñas y Fichas*: Andrés G. Freijomil, Martina Garategaray, Ezequiel Grisendi y Mariana Rosetti
*Corresponsalías de Reseñas*: Pablo Blitstein

*Comité Asesor*
Peter Burke, University of Cambridge
José Emilio Burucúa, Universidad Nacional de San Martín
Lila Caimari, Universidad de San Andrés / CONICET
Roger Chartier, Collège de France
Stefan Collini, University of Cambridge
Fernando Devoto, Universidad Nacional de San Martín
Iván Jaksic, Stanford University
Martin Jay, University of California at Berkeley
Claudio Lomnitz, University of Columbia
Maria Alice Rezende de Carvalho, Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro
Pierre Rosanvallon, Collège de France
Lilia Moritz Schwarcz, Universidade de São Paulo / Princeton University

*In memoriam*
François-Xavier Guerra (1942-2002)
Charles Hale (1930-2008)
Tulio Halperin Donghi (1926-2014)
Sergio Miceli (1945-2025)
Jose Murilo de Carvalho (1939-2023)
Adolfo Prieto (1928-2016)
José Sazbón (1937-2008)
Gregorio Weinberg (1919-2006)

*Prismas* se publica en versión electrónica en el portal de revistas de la UNQ: https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas. Forma parte del Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas y se encuentra incluida en Scopus, Erih Plus, Scielo, Latindex, Redalyc, Directorio de Revistas en Acceso Abierto (DOAJ), Hispanic American Periodical Index (HAPI), Dialnet y Matriz de Información para el Análisis de Revistas (MIAR). En 2004 *Prismas* obtuvo una Mención en el Concurso "Revistas de investigación en Historia y Ciencias Sociales", Ford Foundation y Fundación Compromiso.

*Maqueta original:* Pablo Barragán
*Diseño de interiores y tapa:* Silvana Ferraro
*Corrección de originales:* María Nochteff
*Administración de OJS:* Ana M. Viñas

La revista *Prismas* recibe propuestas de artículos en: <https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas>.
Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal, provincia de Buenos Aires. Tel.: (01) 4365 7100 int. 5737.
Correo electrónico: <prismas@unq.edu.ar> / página web del Centro de Historia Intelectual: <www.historiaintelectual.com.ar>.
Sobre las características que deben reunir los artículos, véase la última página y las "Instrucciones para autores/as" en la página editorial de *Prismas* en el portal web.

Índice

## *Artículos*


11 Anguimanus beninensis. *Historia y antropología de un símbolo*, Nicolás Kwiatkowski

35 *Barranca Yaco. Una latitud histórico-política argentina*, Ana Clarisa Agüero

57 *Buenos Aires Capital: representaciones sobre el tema de la ciudad capital en la federalización de 1880*, Valentín Magi

77 *Una vez más en torno a la racionalidad de la lealtad peronista: notas a propósito de un texto reciente*, Juan Manuel Palacio

99 *Geografía social del ensayo argentino (1950-1960)*, Alejandro Blanco


## *Argumentos*


121 Presentación, Flavia Fiorucci

123 *Simone de Beauvoir en el cruce de la historia de las mujeres y de los intelectuales*, Sylvie Chaperon


## *Dossier*


137 *Izquierdas y sociología en la Argentina en las décadas de 1950 y 1960*

139 *Presentación del dossier*, Alejandro Blanco y Ricardo Martínez Mazzola

143 *Variaciones sobre la sociología en el comunismo argentino*, Adriana Petra

153 *Un reformista en tiempos revolucionarios. Socialismo y sociología en el joven Torcuato Di Tella*, Ricardo Martínez Mazzola

163 *Comunistas sociólogos / sociólogos comunistas: sociogénesis de una ambivalencia intelectual*, Alejandro Blanco

173 *"Marxismo con datos". Ciencia, ideología y política en la polémica sobre las relaciones entre marxismo y sociología científica*, Germán J. Pérez y Martín Unzué

183 *Comunismo, sociología e interpretación del peronismo: redes e itinerarios intelectuales en los años sesenta*, Hernán Camarero

193 Apéndice documental: *Polémica entre Rodolfo Ghioldi, Manuel Mora y Araujo y Juan Carlos Torre* (1961-1962)

# *Lecturas*


***Carlo Ginzburg y las noticias falsas***

213 *Presentación*

214 *La potencia de las ilusiones: la historia de las noticias falsas, de Marc Bloch a Carlo Ginzburg*, Diego Galeano y Emiliano Gastón Sánchez

222 *¿Noticias falsas? Una vieja nueva historia*, Carlo Ginzburg

229 ***Conversación sobre* Civilización. Historia de un concepto, *de José Emilio Burucúa***

230 *Presentación*, José Emilio Burucúa

232 *Civilización,* vexata quaestio, Jorge Myers

237 *Civilización: praxis y pensamiento*, Hugo Vezzetti


# *Reseñas*


243 Guillermo Zermeño Padilla, *Historiografía, temporalidad y saber histórico*, por Andrés G. Freijomil

246 Damiano Sacco y Facundo Vega (eds.), *Breaking Grounds: Philosophy, Politics, and the Question of Foundation*, por Santiago M. Roggerone

249 Gisèle Sapiro, *El campo literario revisitado*, Analía Gerbaudo y Santiago Venturni (editores), por Ezequiel Grisendi

252 Irene Chikiar Bauer, *Edith Stein. Judía. Filósofa. Mártir*, por Elías J. Palti

255 David Bidussa, *Pensare stanca. Passato, presente e futuro dell'intellettuale*, por Ricardo Pasolini

259 Michael Braddick, *Christopher Hill. The Life of a Radical Historian*, por Andrés G. Freijomil

263 Antoine Compagnon, *1966, année mirifique*, por Andrés G. Freijomil

267 Jorge Cañizares-Esguerra y Adrian Masters, *The Radical Spanish Empire. How Paperwork Politics Remade the New World*, por Jorge Díaz Ceballos

270 Clément Thibaud, *La fundación de las primeras repúblicas hispánicas (Colombia y Venezuela, 1780-1820)*, por Gabriel Entin

274 Marlene Daut, *Awakening the Ashes: An Intellectual History of the Haitian Revolution*, por Juan Francisco Martínez Peria

277 Alejandra Pasino, *Las revoluciones hispanoamericanas entre Londres y Cádiz. El americanismo de Blanco White y su recepción en el Río de la Plata 1810-1815,* por Mariana Rosetti

280 Carole Leal Curiel & Georges Lomné (coordinadores), *Pensar las Repúblicas. De la* res publica christiana *a la república liberal democrática*, por Alejandro Pautasso

283 W. E. B. du Bois, *Reconstrucción Negra. Ensayo sobre la historia del pueblo negro en su intento por reconstruir la democracia en América, 1860-1880*, por Sergio Galiana

287 Juan Recchia Paez, *Canudos: guerra y archivo.* Jagunçada *y* povofonia *en la conformación de la literatura brasileña (1893-1912)*, por Paulo Augusto Franco de Alcântara

290 Vanesa Miseres, *Gender Battles: Latin American Women, War and Feminism*, por Cecilia Tossounian
292 Tomás Pérez Vejo, *México, la nación doliente. Imágenes profanas para una historia sagrada*, por Mariana Rosetti
295 Paulina L. Alberto, *Leyenda negra: las múltiples vidas de Raúl Grigera o el poder de los relatos raciales en Argentina,* por Zoe Brodsky Mercer
298 Adam Shatz, *La clínica rebelde. Las vidas revolucionarias de Frantz Fanon*, por Alejandro De Oto
301 Rafael Rojas, *La historia como arma. Los intelectuales latinoamericanos y la Guerra Fría*, por Armando Luna Franco
304 Fabio Mascaro Querido, *Lugar periférico, ideias modernas: aos intelectuais paulistas as batatas*, por Leonardo Nóbrega
307 Mariano Damián Montero, Super omnia veritas. *La Academia Paraguaya de la Historia y la dictadura de Stroessner*, por Lorena Soler
311 Marcelo Casals y Mariana Perry (coords.), *Un golpe Global. La experiencia autoritaria chilena en el mundo*, por Andrea Torrealba Torre
314 Carlos Altamirano, *Leer y escribir*, por Adriana Petra
317 Juan Buonuome, *Un diario para el pueblo. Periodismo de izquierda en la historia argentina,* por Ricardo Martínez Mazzola
320 Javier Guiamet, *El socialismo argentino y la cultura de masas. Dilemas y estrategias del PS en los años de entreguerras*, por Ana Cecchi
322 María Celina Fares, *Derechas e izquierdas nacionalistas en los 60. Universidad y prensa local en la encrucijada nacional e internacional*, por Mariano Damián Montero
325 Juan Ignacio Trovero, *Gino Germani y la cuestión urbana. Teoría sociológica, investigación empírica y proyecto intelectual*, Andrés Scharager
327 Isabella Cosse, *Rotos corazones. Amor y política en los setenta*, por Inés Pérez
330 Valeria Manzano, *Historia de la juventud en la Argentina de los siglos XX y XXI*, por Isabella Cosse

## *Otras voces, otros ámbitos*

335 *Presentación*
337 Yasuda Toshiaki, *Kanji haishi no shisōshi* [Historia intelectual de la abolición de los *kanji* en Japón], por Chen Chien-shou
341 Tuncay Birkan, *Dünya ile Devlet Arasında Türk Muharriri, 1930-1960* [El escritor turco entre el mundo y el Estado, 1930-1960], por Zana Çitak

# *Fichas*

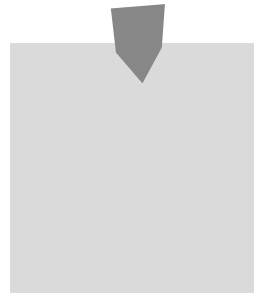
347 Libros fichados: Dennis Duncan, *Index. Historia de los índices* / Éric Anceau (ed.), *Nouvelle histoire de France* / Jean Le Rond d'Alembert, *Obras* (edición de Juan Manuel Ibeas-Altamira y Lydia Vázquez) / Marc Bloch, *Carnets inédits, 1917-1943* (edición de Massimo Mastrogregori) / Rosario Hubert, *Disoriented Disciplines: China, Latin America, and the Shape of World Literature* / Michael H. Kater, *La cultura en la Alemania nazi* / Christina Engelmann et. al. (comps.), *En*

*las sombras de la tradición: Una historia de la Escuela de Frankfurt en perspectiva feminista* / Jürgen Habermas, *Un nuevo cambio estructural de la esfera pública y la política deliberativa* / Enzo Traverso, *Gaza ante la historia* / Agustín Casagrande, *Constitución y arbitrariedad. Conceptos e imaginarios del constitucionalismo argentino* / Graciela Batticuore, *La mujer romántica. Lectoras, escritoras y escritores en la Argentina (1830-1870)* / Luis Müller, *Amancio Williams. La invención como proyecto* / Martín Bergel y Paulo Drinot (eds.), *La revolución que no fue. Nuevas miradas a la historia del APRA* / Michelle Chase e Isabella Cosse (eds.). *The Cuban Revolution and the New Left* / Magdalena Broquetas, *Ganar la Guerra. Cultura, sociedad y política en el Uruguay autoritario 1967-1973* / Francisco Rodríguez-Jiménez, Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, Benedetta Calandra (eds.), *US Public Diplomacy Strategies in Latin America During the Sixties. Time for Persuasion* / Vania Markarian y Aldo Marchesi, *El tiempo no para. Historia, crisis y futuro para pensar proyectos de izquierda*

## *Obituarios*

361 Jacques Revel (1942-2026), por Andrés G. Freijomil
371 Jürgen Habermas (1929-2026), por Andrés G. Freijomil
377 Carlo Ginzburg (1939-2026), por Nicolás Kwiatkowski

# *Artículos*



*Prismas*
Revista de historia intelectual
Nº 30 / 2026

# Anguimanus beninensis. *Historia y antropología de un símbolo*

Nicolás Kwiatkowski*

Universidad Nacional de San Martín / Conicet / Universitat Pompeu Fabra

## Objeto, ausencias, semejanzas de familia

El punto de partida de este artículo es un bronce africano. Se trata de un pendiente decorativo y ceremonial, que exhibe algunos símbolos de autoridad característicos del reino de Benín: dos peces gato (probablemente el *Malapterurus beninensis*) y la rana; dos serpientes y dos cabezas de elefantes, cuyas trompas terminan en manos humanas (figura 1).[1] Sin embargo, analizar esta pieza significa referirse a la ausencia, en al menos dos sentidos.

En primer término, el pendiente estuvo en la colección del World Museum, de Liverpool, entre 1898, cuando fue adquirido, y 1941. En mayo de este último año, la Luftwaffe descargó millares de bombas sobre aquella ciudad. Unas 3000 personas murieron durante el ataque, los hogares de otras 70.000 quedaron inhabitables. El World Museum se contaba entre los edificios destruidos. Aunque una parte de su colección había sido desplazada y preservada antes, la pieza que nos interesa se perdió. Si, pese a este hecho, podemos hablar de esa ausencia, es porque sobreviven al menos otros cuatro objetos similares: dos de ellos en el Museum am Rothenbaum Kulturen und Künste der Welt, Hamburgo, uno en el Världskultur Museerna, de Estocolmo, y el último en el Field Museum de Chicago (figuras 2-abcd). Las semejanzas de familia en la iconografía de la trompa del elefante que termina en una mano y en los usos simbólicos atribuidos a todos estos objetos hacen posible el experimento.

El segundo motivo por el que abordar este objeto significa evocar una ausencia –y gracias al cual contamos con evidencias que permiten justamente ese abordaje– es su origen. El único rastro visual superviviente de la pieza evoca una historia de violencia. Se trata de una fotografía, reproducida en *Great Benin. Its Customs, Art, and Horror*, libro publicado en 1903 por Henry Ling Roth, quien había vendido el pendiente al World Museum en 1898 (figura 3).[2] Henry Ling era hermano de Felix Roth, cirujano de la guardia avanzada de las fuerzas británicas que ata-

* nkiako@unsam.edu.ar. https://orcid.org/0000-0002-2052-8123. Actividad financiada por Next Generation EU, Ministerio de Universidades, mediante la UPF. Agradezco a los evaluadores anónimos de *Prismas* por sus comentarios sagaces y sus sugerencias, pertinentes para mejorar el original.

[1] Téngase en cuenta que este Benín histórico no se corresponde geográficamente con el Estado actual del mismo nombre, sino que se encontraba en la provincia de Edo, en la Nigeria contemporánea.

[2] Henry Ling Roth, *Great Benin. Its Customs, Art and Horrors,* Halifax, F. King & Sons, 1903, p. 230.


DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1561

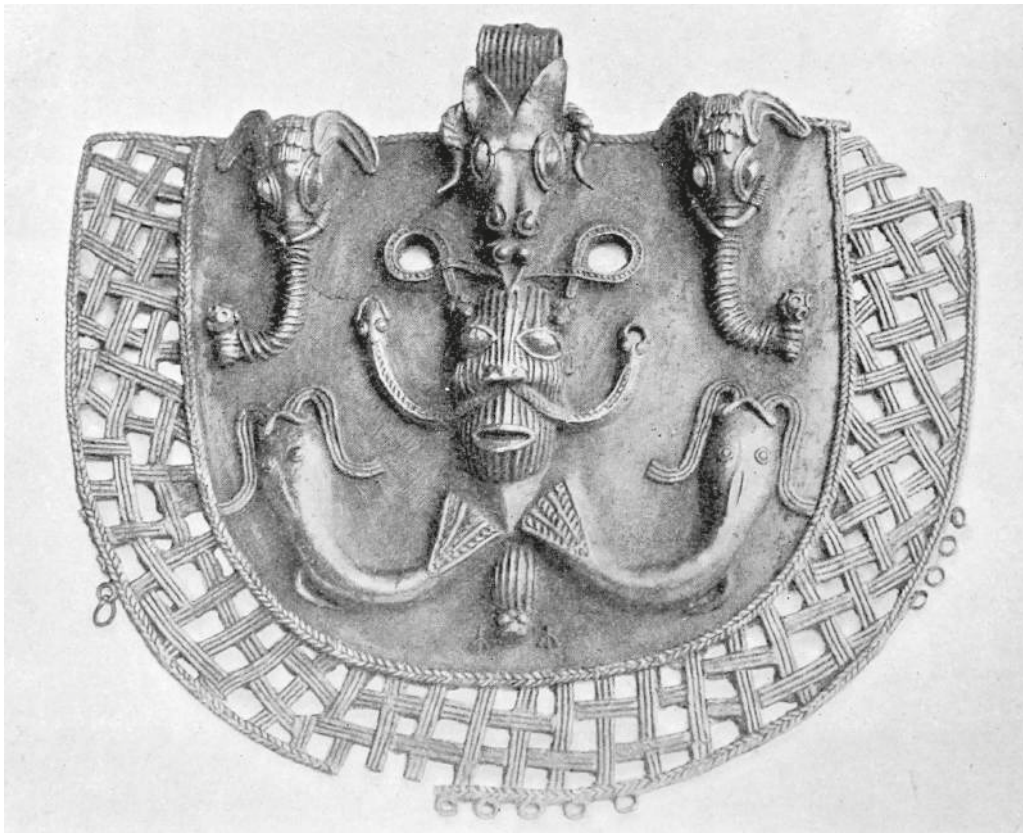


Figura 1. Placa de bronce, Nigeria, 1520-1540. 35 x 40 cm, cat. 26.4.98.1. Desaparecida, se encontraba en el *World Museum* de Liverpool. Fotografía tomada de Henry Ling Roth, Great Benin. Its Customs, Art and Horrors (Halifax: F. King & Sons, 1903), 230. Public Domain (CC PDM).

caron y saquearon Benín en febrero de 1897.[3] Si toda exhibición de un objeto ritual en un museo implica, hasta cierto punto, retirarlo de su contexto e insertarlo en otro universo de relaciones más o menos forzadas, en este caso la proveniencia devela un despojo detrás de ese ejercicio de descontextualización y recontextualización. Como veremos en el apartado siguiente, ese proceso violento que produjo la dispersión de los objetos aquí tratados erosionó también la posibilidad de que los benineses dieran cuenta de su propia historia: en tanto esas obras se integraban en altares ordenados simbólica y cronológicamente, la práctica mnemónica a cargo de especialistas en el recuerdo fue otra víctima del saqueo imperial.

La representación de la trompa del elefante como una serpiente acabada en una mano humana ubica al elefante en un espacio liminal, en la articulación entre humanidad y anima-

[3] Sobre la expedición de 1897, véase Philip A. Igbafe, "The fall of Benin: A Reassessment", *Journal of African History*, vol. XI, nº 3, 1970, pp. 385-400. Respecto de los bronces, véase Dan Hicks, *The Brutish Museums,* Londres, Pluto Press, 2020. Para un catálogo de objetos de Benín, provenientes del siglo XIX, en colecciones de todo el mundo, puede consultarse con provecho el sitio https://digitalbenin.org/.



Figura 2.a. Placa de bronce, Nigeria, 26 x 17 cm, cat. 210372, Field Museum, Chicago. CC BY-NC 4.0.



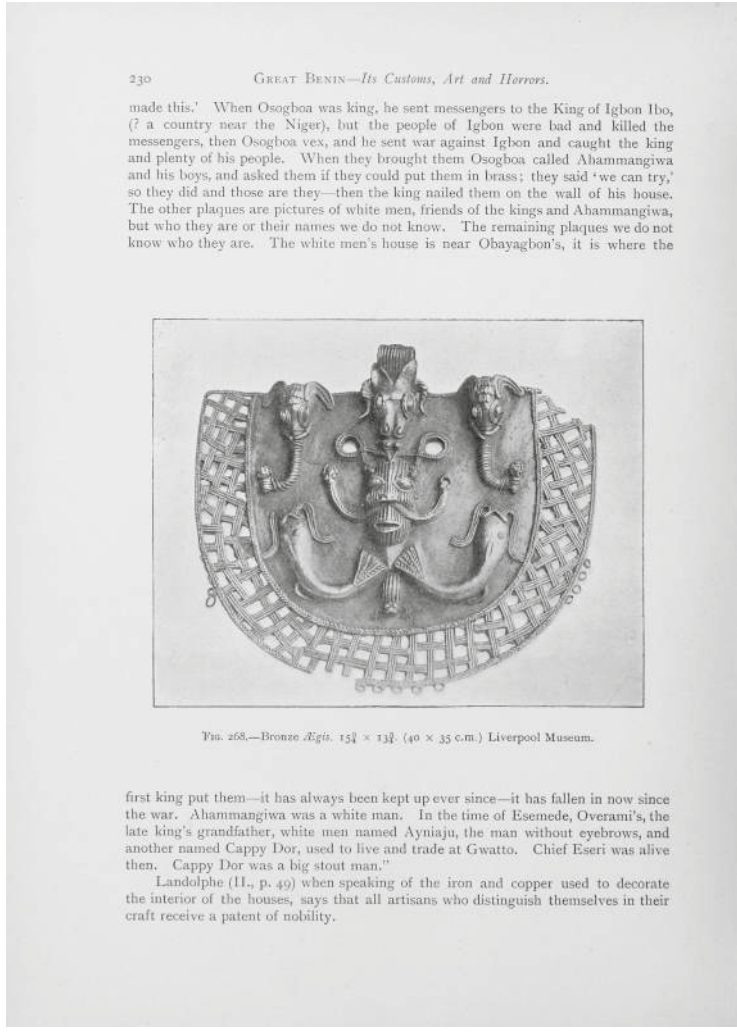
Figura 2.b. Placa de bronce, Nigeria, bronce, 20 x 9 cm, cat. 1907.44.0398, Världskultur Museerna, Estocolmo. CC BY 2.5.



Figura 2.c. Placa de bronce, Nigeria, bronce, 16 x 11 cm, cat. 23.07.2015-C3984, Museum am Rothenbaum Kulturen und Künste der Welt, Hamburgo. CC BY 2.5.



Figura 2.d. Placa de bronce, Nigeria, bronce, 9 x 22 cm, cat. 23.07.2015-C3826, Museum am Rothenbaum Kulturen und Künste der Welt, Hamburgo. CC BY 2.5.



230 GREAT BENIN—*Its Customs, Art and Horrors.*

made this.' When Osogboa was king, he sent messengers to the King of Igbon Ibo, (? a country near the Niger), but the people of Igbon were bad and killed the messengers, then Osogboa vex, and he sent war against Igbon and caught the king and plenty of his people. When they brought them Osogboa called Ahammangiwa and his boys, and asked them if they could put them in brass; they said 'we can try,' so they did and those are they—then the king nailed them on the wall of his house. The other plaques are pictures of white men, friends of the kings and Ahammangiwa, but who they are or their names we do not know. The remaining plaques we do not know who they are. The white men's house is near Obayagbon's, it is where the

FIG. 268.—Bronze *Ægis*. 15¾ × 13¾. (40 × 35 c.m.) Liverpool Museum.

first king put them—it has always been kept up ever since—it has fallen in now since the war. Ahammangiwa was a white man. In the time of Esemede, Overami's, the late king's grandfather, white men named Ayniaju, the man without eyebrows, and another named Cappy Dor, used to live and trade at Gwatto. Chief Eseri was alive then. Cappy Dor was a big stout man."

Landolphe (II., p. 49) when speaking of the iron and copper used to decorate the interior of the houses, says that all artisans who distinguish themselves in their craft receive a patent of nobility.

Figura 3. Henry Ling Roth, *Great Benin. Its Customs, Art and Horrors* (Halifax: F. King & Sons, 1903), 230-231. Dominio publico (CC PDM).

lidad. De una parte, esto indica una cierta particularidad del paquidermo, cuya cercanía con la humanidad fue destacada por más de una tradición cultural. De otra parte, permite situar la discusión en los términos propuestos por Philippe Descola, quien ha demostrado que la distinción entre naturaleza y cultura es específicamente occidental y moderna, de manera que no debe darse por sentada en otros contextos culturales, que pueden establecerse y de hecho se han establecido en el marco de otros regímenes ontológicos respecto de la concepción de las relaciones de identidad y diferencia entre seres humanos y otros seres.[4] En térmi-

[4] Philippe Descola, *Beyond Nature and Culture* [2005], Chicago, University of Chicago Press, 2013, *passim* (trad. cast., *Entre naturaleza y cultura*, Amorrortu, 2012).

nos de la tradición occidental, el aspecto serpentino de la trompa en el símbolo estudiado acerca al elefante al universo de lo animal, mientras que la mano, en la que concentraré mi análisis, lo aproxima a la humanidad. Las representaciones que estudiaré a continuación permiten poner en el centro de la discusión el papel de las herramientas visuales y verbales como dispositivos que permiten la construcción oscilante de cercanía y distancia entre humanidad y naturaleza.

El caso del elefante, su trompa y la mano humana se inserta en al menos tres debates relevantes para la historiografía cultural. En primer término, este ensayo propone un recorrido metodológico heterodoxo y de resultado incierto para intentar dar cuenta de una comunidad de símbolos complejos en dos contextos culturales geográfica y cronológicamente distantes. Esta aproximación, que combina elementos del método morfológico con el análisis comparativo, busca tender puentes entre tradiciones historiográficas habitualmente separadas, como la historia del arte africano y la historia cultural europea. En segundo lugar, el artículo aspira a contribuir al análisis crítico de las consecuencias culturales del imperio y sus violencias: en la desestructuración de las sociedades de los vencidos, en la conformación de las colecciones patrimoniales de los saqueadores, en la elaboración de los propios materiales que son objeto de la historiografía cultural, en las discusiones respecto de la repatriación de los objetos expoliados.[5] Por último, el texto es parte de un esfuerzo más amplio de reflexión respecto de las relaciones cambiantes entre humanidad y naturaleza en general, y humanidad y animalidad en particular. Se trata de una empresa académica en este caso, pero que no está desconectada de inquietudes políticas e incluso existenciales más amplias. Como ha señalado Harriet Ritvo, aunque los *animal studies* se han delimitado como campo en las últimas décadas, el interés intelectual por los animales tiene una larguísima historia, que puede remontarse a la Grecia clásica.[6] El desafío consiste, en este caso, en formular preguntas poco convencionales acerca de las relaciones entre especies para comprender su papel en la producción de formas de identidad y cultura.[7]

## Trompa y mano en Benín

Tanto los elefantes como el marfil representaban un papel económico y simbólico relevante en diversas regiones del África subsahariana. En el caso de Benín, los elefantes eran importantes para la construcción del poder político en el reino, pero además existía allí una tradición de talla de marfil y de escultura en metal.[8] Benín era, quizás desde el siglo XI, un estado centralizado, con suficiente capacidad para influir en los mercaderes africanos vecinos a la costa y organizar suministros.[9] De acuerdo con la historia oral, a la llegada de los portugueses gober-

[5] Al respecto, véase Felwine Sarr y Bénédicte Savoy, *Rapport sur la restitution du patrimoine culturel africain. Vers une nouvelle éthique relationnelle*, París, 2018.
[6] Harriet Ritvo, "On the Animal Turn", *Daedalus*, vol. 136, nº 4, On the Public Interest, otoño de 2007.
[7] Susan Nance (ed.), *The Historical Animal*, Syracuse (NY), Syracuse University Press, 2015, p. 3.
[8] Barbara Winston Blackmun, "The Elephant and its Ivory in Benin", en D. Ross, *Elephant. The Animal and its Ivory in African Culture,* Los Ángeles, University of California, Fowler Museum of Cultural History, 1992; José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski, *Historia natural y mítica de los elefantes,* vol. 2, Buenos Aires, Ampersand, en prensa.
[9] Winston Blackmun, "The Elephant", p. 163.

naba el rey guerrero (Oba) Ewuare el Grande, quien expandió las fronteras hacia el norte.[10] A partir de esas conquistas los cazadores de elefantes de Benín llegaron a aquella zona septentrional en busca de nuevas fuentes de marfil.[11] Pronto siguieron los mercaderes portugueses, que empezaron a comprar colmillos al Oba.[12] El marfil y el cobre interesaban más a los habitantes de Benín que el oro.[13] Se ha especulado incluso con la idea de que la trata esclavista empezó más tarde en esta región porque el reino podía ofrecer otros bienes.[14]

Había en Benín un gremio de talladores de marfil y madera, los Igbesanmwan, que se encontraba bajo supervisión real. Su legitimidad se construía en parte sobre el mito de que el grupo había sido fundado por el primer rey de Benín, mucho antes de que apareciera su equivalente de artesanos del metal (Iguneronmwon).[15] Contamos con un testimonio explícito de 1651 que registra el uso de colmillos tallados en los altares en homenaje de los ancestros.[16] En el palacio real, cada Oba debía encargar al menos uno de esos colmillos en honor a su padre en el curso de los tres primeros años de su reinado (figura 4). El marfil era fundamental en las ceremonias reales, simbolizaba la corte ancestral de Olokun, dios de la abundancia, la fertilidad y el mar.[17] Los altares permitían, entonces, reconstruir la genealogía del rey y articularla con la divinidad. A comienzos del siglo XIX, un europeo registró que en uno solo de los altares reales había sesenta colmillos tallados.[18] La producción para uso local se extendió al menos hasta fines del Ochocientos.

Tras la llegada de los europeos, los miembros de ambos gremios producían objetos tanto destinados al uso en la corte y en la sociedad local cuanto para la exportación, traficados por los portugueses primero y por los holandeses más tarde. Los objetos producidos para el uso local solían contener representaciones de elefantes, a los que se asignaba gran importancia, pues se consideraba que eran señores entre los animales, además de que solía definirse a los más importantes jefes humanos como elefantes.[19] En los colmillos tallados a partir del siglo XVII, los reyes aparecen montados sobre elefantes, no porque esa fuera una práctica usual sino porque significaba una afirmación metafórica de su poder (figura 5).[20]

Aquellas tradiciones iconográficas tenían raíces muy profundas. A fines del siglo XII, el príncipe Yoruba Oranmiyan, hijo de Ododuwa, derrocó a la dinastía de los Ogiso, de la línea indígena de los Edo, y se convirtió en monarca de Benín con el título de Oba. Según el mito, estos reyes tenían una relación especial con el dios Olokun, del que recibían poderes sobrenaturales a ejercer sobre siete grandes nobles, los Uzama, entre quienes había Yorubas y también

[10] Jacob Egharevba, *A Short History of Benin,* Ibadan, Ibadan University Press, 1963, p. 15; Robin Poynor, "Edo influence on the art of Ono", *African Arts*, vol. 9, nº 4, 1976, p. 40.
[11] Robin Law, "Traditional History", en S. O. Biobaku (ed.), *Sources of Yoruba History,* Oxford, Clarendon Press, 1973, p. 35.
[12] Duarte Pacheco Pereira, *Esmeraldo de Situ Orbis,* Londres, The Hakluyt Society, 2010 [1505], p. 127.
[13] Thurstan Shaw, *Nigeria: Its Archaeology and Early History,* Londres, Thames & Hudson, 1978, p. 120.
[14] Adam Jones, *From Slaves to Palm Kernels. A History of the Galinhas Country West Africa 1730-1890*, Wiesbaden, Franz Steiner, 1983, p. 22.
[15] Paula Ben-Amos, *The Art of Benin,* Nueva York, Thames and Hudson, 1980, p. 24.
[16] A. F. C. Ryder, *Benin and the Europeans,* Harlow, England, Longmans, 1969, p. 40.
[17] Barbara Winston Blackmun, "History and Statecraft on a Tusk from Old Benin", *The Bulletin of the Cleveland Museum of Art*, vol. 81, nº 4, abril de 1994.
[18] J. F. Landolphe, *Mémoires du capitaine Landolphe,* París, A. Bertrand, 1823, vol. II, p. 59.
[19] Paula Ben-Amos, "Men and Animal in Benin Art", *Man*, vol. 11, nº 2, 1976, p. 247.
[20] Susan Vogel, "Art and Politics: A staff from the Court of Benin, West Africa", *Metropolitan Museum of Art Journal*, vol. 13, 1979, p. 95.



Figura 4. Colmillo tallado, Edo, 1775-1777, Minneapolis Institute of Art, Mineápolis, Access n. 56.33. Dominio público (CCPDM).



Figura 5. Olifante de Benín, 1500-1530, Nigeria. Marfil, 54,5 cm de largo. Weltmuseum, Viena, Inv. No. 91916. Dominio público (CC PDM).

antiguos Edo cuyo tótem común había sido el elefante. De manera que la representación de un Oba Yoruba montado sobre un paquidermo, como sucede en los olifantes mencionados, y sostenido por un ser volátil, símbolo frecuente de la fuerza para los Yorubas, aludía a la conquista de Oranmiyan y a su dinastía, que hubo de prevalecer en Benín hasta el siglo XIX. El elefante como emblema privilegiado de los Oba siguió vigente por más de un siglo a partir de Oranmiyan, pero el Oba Ewuare el Grande, rey de 1440 a 1473, adoptó al leopardo como nuevo y más poderoso tótem de la dinastía, cuando estableció la obligación de que todo Oba debía sacrificar uno de esos felinos, por lo menos una vez en la vida, durante la ceremonia Igue destinada a reforzar el poder monárquico frente a los Uzama. Mientras duró la época guerrera de los Oba, hasta mediados del siglo XVI, elefante y leopardo compartieron la simbología de la realeza en Benín, sobre todo

durante el gobierno del Oba Esigie.[21] En piezas que formaban parte de los *regalia* de los Oba en aquel período, el paquidermo se manifiesta con su trompa terminada en una mano humana.[22] Así lo vemos en nuestra pequeña placa de bronce, datable en la primera mitad del siglo XVI. Igualmente, las tensiones e intercambios Yoruba-Edo permiten intuir que la identificación entre la trompa del elefante y la mano humana no se producía únicamente en la iconografía, sino también en la tradición oral. Aunque su origen es difícil de fechar con precisión, el registro oral conserva poemas compuestos por los Yoruba, donde esa identificación es explícita: "[…] Elefante, espíritu en la maleza. / Con su única mano [la trompa, obviamente] puede voltear dos palmeras al suelo. Si tuviera dos manos, / rasgaría los cielos como un trapo viejo [...]".[23]

La imagen del *anguimanus* desapareció de la iconografía en las placas de bronce que decoraban el palacio del Oba en Benín, fundidas entre 1550 y 1700, que llamaron la atención de viajeros holandeses como Olfert Dapper en 1668.[24] No hay en ellas rastros del elefante. Una crisis política y bélica del reino, sucedida entre 1713 y 1721, enfrentó al Oba legítimo Akenzua I con Iyase n'Ode, jefe de varias ciudades prósperas al norte de la capital, situadas en territorio de bosques habitados por elefantes. En Ore Oghbene, precisamente, existía aún en el siglo XVIII una cofradía de cazadores de elefantes y se decía que Iyase tenía el poder de convertirse en un paquidermo, por lo cual había renovado el uso del animal como tótem y emblema de su rebelión. Akenzua consiguió derrotar al enemigo en 1721, victoria de la que informó inmediatamente a los holandeses para hacerles saber que había retomado el control y el monopolio de la provisión de marfil. Una larga vara de bronce recuerda su triunfo; el Oba se mantiene de pie sobre un elefante cuya trompa acaba en una mano



Figura 6. *Cabeza de la vara del Oba Akenzua I*, c. 1721, Nigeria. Bronce, 161,3 cm de altura total. Ann and George Blumenthal Fund, 1974, Metropolitan Museum, Nueva York. CC0 1.0 UPDM Dedication.

[21] Paula Ben-Amos, "Who is the Man in the Bowler Hat?", *Baessler-Archiv*, 131, 1983, p. 51.
[22] Philip Dark, "Benin Bronze Heads", en D. F. McCall (ed.), *Africa Images,* Nueva York, Africana, 1975; Egharevba, *A Short History*.
[23] Ruth Finnegan, *Oral Literature in Africa*, Cambridge (UK), Open Book, 2012, p. 219. Para registros textuales provenientes de otras regiones africanas, véase por ejemplo Charles J. Andersson, *The Lion and the Elephant*, Londres, Hurst y Blackett, 1873, p. 246, donde se atribuye a los "cafres" del África sudoccidental la expresión "El elefante es un gran señor y la trompa es su mano". Téngase en cuenta que "cafre" no es una autodesignación étnica africana, sino un término genérico dado por los europeos a múltiples pueblos del sur de África. La palabra procede del término árabe *kafir* que significa "infiel, no creyente".
[24] Olfert Dapper, *Naukerige beschrijvinge der Afrikaensche gewesten*, Ámsterdam, Jacob van Meurs, 1668.

humana (figura 6). El rey legítimo volvió al símbolo de la trompa-mano, desplegado por él y sus descendientes en los colmillos tallados que coronaron los retratos de los antepasados en el altar real.[25] Más aún, Akenzua sumó al sacrificio del leopardo el de un elefante, en el ritual del Igue.[26] A la hora de renovar el poder que procede del pasado, la recuperación simbólica y ritual del elefante ha sido una constante en Benín.

Los británicos pusieron fin al reino independiente en 1897, cuando lanzaron una "expedición punitiva" tras una presunta matanza de oficiales europeos, destruyeron el palacio real y enviaron a Inglaterra el botín, compuesto de obras de arte en metal y marfil, subastadas para pagar los costos de la expedición. En 1914, los *Oba* recuperaron el control de Benín, reconstruyeron el palacio y restablecieron los rituales sagrados de la realeza, pues los creían fundamentales para su bienestar espiritual y material. Mucho tiempo antes, la idea de que los africanos veían la trompa del elefante como un símbolo fundamental se había difundido en Europa. En un panfleto publicado en 1844 en Londres con el título *The Elephant: Principally Viewed in Relation to Man*, el autor anónimo afirmaba que "el cafre, que nada ha aprendido de los poetas y oradores pero ha sido ilustrado solo por la naturaleza, cuando mata un elefante, se acerca a la trompa con temor [*awe*] supersticioso, y exclama: 'el elefante es un gran señor y su trompa es su mano'".[27] En esa misma página, siguiendo a Lucrecio, se denominaba *anguimanus* al elefante.

## El *anguimanus* occidental

En el libro II de su *Historia de los animales*, Aristóteles llamó la atención sobre una de las características peculiares del elefante: a diferencia de otros cuadrúpedos, que utilizan sus patas delanteras a la manera de manos, el elefante recurre a su trompa para sostener y manipular objetos. El animal exhibe una sutileza y una habilidad tales al hacerlo que "solamente el hombre puede aprender un uso semejante de ambas manos".[28]

La metáfora de la trompa del elefante como una serpiente que termina en una mano humana reapareció en una fuente clave de la Roma republicana: *La naturaleza de las cosas*, poema filosófico compuesto por Lucrecio alrededor del año 60 a. C. Seguidor de las enseñanzas de Epicuro y de su teoría atómica materialista, el poeta trazó un panorama del cosmos en el que el mundo de los seres humanos y su historia se insertaban como una secuencia particular de grandeza y decadencia en el marco del dinamismo eterno del universo infinito. Los animales domésticos muy pronto se convirtieron en fuerzas incontrolables de destrucción, tras padecer los dolores infligidos por los humanos cuando buscaron emplearlos para la gue-

[25] Vogel, "Art and Politics", pp. 96-98.
[26] Winston Blackmun, "The Elephant", pp. 170-176.
[27] Anon., *The Elephant: Principally Viewed in Relation to Man*, Londres, Charles Knight & Co. Ludgate Street, 1844, p. 50.
[28] Aristotle, *History of animals*, en J.A. Smith y W. D. Ross (trads. y eds.), *The works of Aristotle*, Oxford, Clarendon Press, 1910, vol. II, p. 1. Si bien ofreceré sobre todo representaciones verbales en las que la tradición occidental asimiló la trompa del elefante con la mano humana, existe también un registro iconográfico al respecto. Pueden mencionarse mosaicos romanos desde el siglo I d. C., pero también grabados del siglo XVIII, como el incluido en la *Elephantographia curiosa* de Georg Cristoph Petri (1715). Véase José E. Burucúa y Nicolás Kwiatkowski, *Historia natural y mítica de los elefantes*, Buenos Aires, Ampersand, 2019, pp. 41-42 y 184.

rra. El elefante, al que Lucrecio llamó *anguimanus* por primera vez, fue también objeto y víctima de tal destino.

> Los bueyes de Lucania con la espalda cargada de torres, cuadrúpedos monstruosos *cuya trompa es una mano con la agilidad de la serpiente*, fueron entrenados por los cartagineses para soportar las heridas de la guerra y sembrar el desorden en los grandes batallones de Marte. […] Fue así que esos animales que creíamos haber domado y domesticado se enardecían en la acción por efecto de las heridas, los gritos, la huida, el terror, el tumulto y no se podía volver a reunirlos.[29]

La astucia de los paquidermos, su habilidad para comunicarse y las particularidades de la trompa fueron elogiadas en otras ocasiones. De acuerdo con Plutarco (s. II d. C.), tan cercanos a los seres humanos estaban los elefantes que uno de ellos, en Alejandría, rivalizaba con Aristófanes Grammatikos por el amor de una joven: "el amor del elefante era tan manifiesto como el del gramático; cada vez que veía a la joven le llevaba frutas del mercado, se paraba a su lado e introducía su trompa como si fuera una mano entre las ropas de ella, para acariciar sus pechos".[30] Pero además, existió en el mundo antiguo clásico una convergencia en el uso simbólico de la figura del elefante como emblema de la fuerza benéfica y controlada, de la templanza, de la piedad y de las características más sublimes de la naturaleza humana.[31] El texto más popular y citado en este sentido, al menos hasta la modernidad temprana en Europa, fue la descripción del paquidermo hecha por Plinio el viejo en el octavo libro de su *Historia natural*. En el larguísimo panegírico de las virtudes del elefante, el autor no olvidó destacar que, si bien estos animales comen con su boca, toman agua, respiran y huelen con la trompa, la cual "también hace las veces de la mano entre los hombres".[32] Usan también esa "mano" con precaución y misericordia cuando se encuentran entre ovejas, y las desplazan delicadamente para evitar lastimarlas.[33]

A comienzos del siglo III d. C., Claudio Eliano escribió los diecisiete libros de su *De natura animalium*, donde trazó un retrato físico y psicológico del elefante a través de la narración de historias que lo tenían como personaje principal. La influencia de ese texto en Europa occidental durante la Edad Media se ejerció a través del famoso *Physiologus*, de manera que muchos de los relatos de Eliano pasaron a los bestiarios de la época feudal y a la erudición escolástica. Pero las referencias concretas a la obra del naturalista grecorromano asomaron y se expandieron a partir de las traducciones latinas que de ella se hicieron en el siglo XVI. El libro III contiene la historia de un elefante blanco, cuidado desde pequeño por un indio. El rey quiso apoderarse del paquidermo, debido a su rara hermosura, pero el *mahout* huyó con el animal. Cercado y herido por los hombres del rey, el bruto se interpuso entre los atacantes y su amo, mató a varios de ellos, obligó a escapar al resto y, por fin, tomó al indio con su trompa y

[29] Lucrecio. *'De Rerum Natura'* (con traducción al inglés de W.H.D. Rouse), Londres/Cambridge, Mass., Loeb Classical Library, 1992, vv. 1302-1304, 1334-1337, 1339-1340. Énfasis mío.
[30] Plutarco, "De sollertia animalium", en H. Cherniss y W. C. Helmbold (trads.), *Moralia,* Londres, William Heinemann Ltd., Cambridge (MA), Harvard University Press, 1957, p. XVIII.
[31] Burucúa y Kwiatkowski, *Historia natural y mítica*, p. 104.
[32] Plinio el Viejo, *The Natural History*, edición de John Bostock, Londres, Taylor and Francis, 1855, 6 volúmenes, vol. 2, VIII.10, pp. 257-260.
[33] *Ibid.*, vol. 2, VIII.7, p. 238.

lo condujo sano y salvo hasta su casa.[34] La teología cristiana latina reforzó este simbolismo y, para hacerlo, también recurrió a la metáfora que nos ocupa. Por ejemplo, en *De opificio Dei*, Lactancio destacó las semejanzas entre la mano del hombre y la trompa del elefante, animal al que, como Lucrecio, llamó *anguimanus*.[35]

El Renacimiento también ofrece algunas claves respecto del tema. En 1535, el humanista francés Pierre Gilles publicó una traducción latina de la *Historia de los animales* de Eliano con agregados de las obras de Porfirio, Ateneo, Heliodoro y Opiano, más comentarios propios apoyados en su inmensa erudición clásica. El capítulo introductorio se ocupa de las virtudes de los animales que, si bien están limitadas por la debilidad de su raciocinio, pueden medirse con aquellas de los humanos debido a la ausencia de malicia en las bestias. La sabiduría, la castidad y la prudencia del elefante figuran como prueba de tal "prestancia".[36] El primer libro de la obra está dedicado al estudio del paquidermo. En el punto de partida, Gilles presenta un texto breve de Eliano referido a los colmillos, la trompa y su similitud con la mano humana.[37] Desde el capítulo IV en adelante se reseñan las virtudes del paquidermo, ilustradas por medio de anécdotas e historias.[38] En síntesis: "Tanta es la sociedad de la bestia con el género humano, tanto se aproxima a nuestra perspicacia, que su pequeña nación no es en modo alguno inferior al ingenio y sentido de los hombres". Su semejanza con la humanidad le transfiere costumbres, como la de utilizar la trompa para llevarse alimentos a la boca y degustarlos, deplorar durante las noches su condición servil con un murmullo suave y fúnebre: el elefante se lamenta con susurros.[39]

Antes de que la multiplicación de casos se vuelva demasiado repetitiva, conviene destacar el *Tesoro de la lengua castellana o española*, que Sebastián de Covarrubias publicó en 1611, como evidencia de la difusión del *topos* que nos ocupa. En el marco de esa definición, el texto destaca el uso que el elefante hace de su trompa como los humanos emplean sus manos:

> El elefante en razón de la trompa o ella sola significa el hombre acomodado, que con un solo instrumento se amaña a hacer muchas cosas, y por esto comúnmente la llaman mano, y por ser de forma de culebra Lucrecio llamó a los elefantes *anguimanos*. Con esta come tomando en ella la comida y recogiéndola como con la mano y llevándola a la boca; con ella bebe, sube encima de sí y baja al que quiere, tronca los árboles, arrebata en la guerra las espadas y las lanza de las manos de los que pelean. [Con ella] puede tirar a los jinetes de sus caballos y las armas de los soldados de infantería, lanzándolas donde quiera. Con ella, sea para dañar o cegar o para pasar el tiempo, tiran agua a los paseantes.[40]

Un solo ejemplo de la historia natural dieciochesca bastará para demostrar que la importancia de la trompa del elefante para la caracterización de la especie continuó hasta entonces. En el

[34] Claudio Eliano, *On the Characteristics of Animals*, Cambridge (MA), Loeb Classical Library, 1958, III, 46, pp. 207-209.
[35] Migne, PL, 1841-1865: VII, col. 26.
[36] Pierre Gilles, *Ex Aliani historia per Petrum Gyllium latini facti, itemque ex Porphyrio, Heliodoro, Oppiano, tum eodem Gyllio luculentis accessionibus aucti libri xvi. De ui et natura animalium,* Lyon, Seb. Gryphium, 1535, pp. 22-24.
[37] *Ibid.*, pp. 27-28.
[38] *Ibid.*, pp. 31-60.
[39] *Ibid.*, p. 34.
[40] Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Luis Sánchez, 1611, p. 338r.

comienzo del capítulo "El elefante", en el tomo XI de su *Historia Natural*, Buffon insiste en que "se aproxima al hombre por inteligencia, al menos tanto como la materia puede acercarse al espíritu".[41] La concentración del tacto y del olfato en la trompa, así como la coordinación de este órgano con la vista y el oído, explicarían la inteligencia de nuestro animal:

> De tal suerte, merced a un solo y mismo miembro y, por así decirlo, mediante un acto único y simultáneo, el elefante siente, percibe y juzga varias cosas a la vez; puesto que una sensación múltiple equivale de alguna forma a la reflexión, aunque este animal esté, igual que todos los demás, privado del poder de reflexionar; dado que sus sensaciones se encuentran combinadas en un mismo órgano, son contemporáneas y, por así decirlo, indivisas las unas y las otras, no es sorprendente que él posea especies de ideas y que, en poco tiempo, adquiera las que se desea transmitirle. La reminiscencia ha de ser aquí más perfecta que en cualquier otra especie animal, pues la memoria depende mucho de las circunstancias de los actos y toda sensación aislada, por más que sea muy viva, no deja huella distinta ni durable. Muchas sensaciones combinadas y coetáneas, en cambio, generan impresiones profundas y extensas; de manera que, si bien el elefante no podría recordar una idea solo por medio del tacto, las sensaciones vecinas y accesorias del olfato y de la fuerza de succión, actuantes al mismo tiempo que el tacto, le ayudan a grabar el recuerdo.[42]

## Contactos imposibles

Hasta aquí se ha ofrecido una descripción paralela de las particularidades de la metáfora de la trompa del elefante como mano humana en dos tradiciones, la propia de Benín y la característica del mundo europeo, desde Lucrecio en adelante. El primer impulso del historiador frente a leyendas que son al mismo tiempo tan complejas y tan semejantes es buscar en ambas un origen común o, al menos, evidencia de un contacto entre los grupos que desarrollaron cada una de ellas. En este caso en particular, habríamos de rastrear un contacto hipotético entre los romanos y el África subsahariana anterior al siglo I a. C., cuando Lucrecio se refirió al *anguimanus*, para de allí inferir la posibilidad de una transferencia de sentidos desde el mundo mítico del África subsahariana al universo latino de aquella época. Los romanos, en efecto, condujeron varias expediciones hacia el lago Chad y el África Occidental, entre el siglo I a. C. y el siglo IV d. C. De acuerdo con Susan Raven, Valerius Festus podría haber encabezado una expedición que habría alcanzado el río Níger.[43] Existen expertos que consideran que Valerius solamente habría llegado hasta Ghat, en Libia, pero algunos de sus legionarios podrían haberse aventurado hasta el estuario del Níger.[44] Sin embargo, esta expedición solo tuvo lugar en el año 70 d. C., más de un siglo después de la muerte de Lucrecio y demasiado tarde para nuestros propósitos. Por otra parte, las monedas romanas que se han hallado en Nigeria, Níger, Guinea, Togo y Ghana parecen haber sido introducidas mucho más tarde, y eso podría explicar el que

[41] Georges-Louis Leclerc, Comte de Buffon, *Histoire naturelle, generale et particuliere avec la description du cabinet du roi*, París, Imprimerie Royale, 1749-1764, vol. XI, pp. 2-7.
[42] *Ibid.*, vol. XI, pp. 54-55.
[43] Susan Raven, *Rome in Africa,* Londres, Routledge, 1993; Plinio, *Natural History*, V, 5.36.
[44] J. D. Fage, *The Cambridge History of Africa,* Cambridge, Cambridge University Press, 1979, vol. II, p. 286.

no se conserven objetos indiscutiblemente procedentes de África al sur del ecuador en yacimientos arqueológicos romanos, y que tampoco sean mencionados en el registro escrito.[45] Tampoco he hallado hasta ahora evidencias de un trayecto inverso, de la Roma de Lucrecio al Benín de los Obas. Sería seguramente curioso que algo así hubiera ocurrido respecto de un animal con el que los benineses tenían mayor familiaridad que los romanos.[46]

Las particularidades de nuestro tema podrían, tal vez, comprenderse en los términos planteados por Carlo Ginzburg para las "anomalías conjuntivas", lo que conlleva la discusión respecto de si es más conveniente abordarlas a partir de una comparación morfológica (esto es, centrada en analogías formales y sin considerar espacio y tiempo) o histórica (un análisis de las analogías con centro en el espacio-tiempo, a partir de posibles influencias mutuas, filiaciones comunes, etc.). La genealogía de estas dos formas de comparación se remonta al magisterio de Marc Bloch quien, en *Los reyes taumaturgos*, distinguía una comparación etnológica de otra histórica.[47] Tal como sugiere Ginzburg, en lugar de ver ambas aproximaciones como necesariamente antagónicas, la morfología podría contribuir a nuestra interpretación cuando la evidencia histórica (en este caso, de contacto) no existe. En tal sentido, la historiografía centra su atención en las conexiones internas y externas. Para la trompa del elefante terminada en una mano humana, las internas están probadas, tanto en el caso europeo como en el de Benín. Las externas son demasiado tardías (las referencias europeas a la tradición africana del *anguimanus* son del siglo XVII) o hipotéticas (un posible contacto en época romana) como para tener potencial explicativo. Pero, como sugiere Ginzburg, pueden identificarse semejanzas de familia entre ambas tradiciones, lo que permite mantener su especificidad y considerar sus rasgos comunes, para volver en otra ocasión "a los contextos, los actores y las historias".

## Antropología filosófica de la mano

Quizás ese regreso al contexto, los actores, las historias pueda emprenderse en este caso por otra vía. En tanto ya hemos abordado la morfología y descartado el antepasado común o la influencia, una explicación de los aspectos compartidos de la idea del *anguimanus* podría encontrarse en una antropología filosófica de la mano. Por razones de espacio, la presentación de evidencias al respecto será esquemática en lugar de exhaustiva.

La importancia y singularidad de la mano humana podría remontarse a Anaxágoras, quien había sostenido que el hombre es el más inteligente de los animales porque tiene manos. Aristóteles citó esa idea para definir a la mano como el "órgano entre los órganos", pero invertía la hipótesis anterior: según el filósofo, Anaxágoras sostenía que el ser humano era el más sabio de los animales porque tenía manos, pero en realidad recibió las manos porque es

[45] Eric Anderson Walker, *The Cambridge History of the British Empire,* Cambridge, Cambridge University Press, 1936, vol. VIII, p. 69.

[46] Quizás merezca mencionarse aquí, como otra semejanza morfológica más que histórica, que *ḏrt* es un jeroglífico egipcio antiguo que significaba tanto "mano" humana cuanto "trompa del elefante".
James P. Allen, *Middle Egyptian: An Introduction to the Language and Culture of Hieroglyphs*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 112, 215.

[47] Carlo Ginzburg, "Conjunctive Anomalies: A Reflection on Werewolves", *Revista de Estudios Sociales*, vol. 60, 2017.

el más inteligente.[48] Igualmente, en el tercer libro del *De anima*, Aristóteles trazaba una analogía entre la mano y el alma, en tanto la mano es "la herramienta de herramientas" y la mente es "la forma de las formas".[49]

Galeno dedicó la primera parte del primer libro de su obra *Sobre la utilidad de las partes del cuerpo humano* al órgano que nos ocupa. Allí sostenía que, a diferencia de los demás animales, que recibieron de la naturaleza armas defensivas (dientes, garras, cuernos, etc.), aquella asignó al hombre –"en tanto animal inteligente"– las manos: "instrumentos necesarios para cada arte y útiles tanto en la paz cuanto en la guerra" (I.1). Gracias a ellas, el ser humano no solo puede defenderse o construirse refugio y vestido, sino que además puede "escribir leyes, construir altares y estatuas a los dioses, armar barcas, producir flautas, liras, cuchillos, pinzas y otros instrumentos de las artes, y en sus escritos deja también comentarios sobre las teorías de cada una de ellas. Incluso hoy, gracias a la escritura hecha por la mano, es posible conversar con Platón, Aristóteles, Hipócrates y otros antiguos" (I.3). Así, concluye, "el hombre es el más inteligente de los animales y, también, las manos son los instrumentos más apropiados para un animal inteligente". Más adelante, incluso, compara lo que las manos significan para el cuerpo desnudo del ser humano con la importancia de la razón para su alma desnuda (I.6).

Cuando, en 1452, el florentino Giannozzo Manetti se propuso explorar *La excelencia y dignidad del ser humano* en un tratado que llevó ese título, el primer argumento en esa celebración se centró en la posición erecta del ser humano. Pero, de inmediato, agregaba a ello la mano, que nos permite capturara las cosas y a otros seres, incluidos los humanos. Ese órgano singular estaba también acompañado por una particular sutileza de la vista. No demasiado alejados de esas reflexiones, durante el siglo XVI, los anatomistas valoraron la capacidad práctica de la mano como vía hacia el conocimiento. De acuerdo con Pablo Maurette, "la mano viva del anatomista y la mano muerta del cadáver ocupan un lugar central en el teatro anatómico y en la iconografía que acompaña los trabajos" de Andrea Vesalio y varios otros.[50] Para ellos, el conocimiento se derivaba de una experiencia directa en la que mano y ojo trabajaban juntos. Así, la mano no era solamente un instrumento, sino también "el trabajo de la mano" (*cheirourgia* en griego), central para una epistemología novedosa. La práctica misma de diseccionar una mano adquirió una gran centralidad, hasta el punto de convertirse en una pieza crucial de las demostraciones anatómicas, "celebrada por su dificultad y belleza, pues revela las intenciones de Dios como ninguna otra parte del cuerpo puede hacerlo".[51]

Las ideas aristotélicas fueron retomadas por Giordano Bruno, tanto en sus comentarios sobre el *De Anima* cuanto en la *Cabala del cavallo pegaseo* (1585). Si el hombre no tuviera manos, sostenía el Nolano, su ingenio no le serviría de nada. La mano posibilita la formación de las familias y las congregaciones sociales; la mano produce invenciones técnicas y permite construir edificios.[52] Para Bruno, la mano es el puente entre la disponibilidad de los órganos y

[48] *De partibus animalium*, IV.10 687a.
[49] *De anima*, III.8, 431b-432a.
[50] Pablo Maurette, "The Organ of Organs: Vesalius and the Wonders of the Human Hand", *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, vol. 48, nº 1, 2018.
[51] Katherine Rowe, *Dead Hands: Fictions of Agency, Renaissance to Modern,* Stanford, Calif., Stanford University Press, 1999, p. 28.
[52] Fulvio Papi, *Antropologia e civiltà nel pensiero di Giordano Bruno*, Nápoles, Liguori, 2006, p. 211.

su traducción en modalidades del uso. Por medio del trabajo, la mano multiplica los instrumentos y las técnicas, hace del hombre "el dominador invicto de las otras especies". En el *Spaccio della bestia trionfante* (1584), nuestro autor sostiene que la colaboración entre el intelecto y la mano convirtió al hombre en un "dios sobre la tierra".[53]

La importancia de la mano en la época temprano moderna se tradujo también en una valoración especial por el lenguaje de los gestos manuales (conscientes, inconscientes, ritualizados, espontáneos), un tema indagado por Peter Burke hace un cuarto de siglo.[54] En el caso italiano, un indicio de ese interés es *L'arte dei cenni*, de Giovanni Bonifacio, donde el autor afirma que "el historiador debe conocer el lenguaje de los gestos". Para esa misma época, historiadores del arte como Michael Baxandall han estudiado la representación de los gestos que buscaban expresar respeto, sumisión, saludo, oración, silencio, admonición, desesperación, orgullo o agresión.[55] De acuerdo con Burke, la "reforma gestual del siglo XVI" extendió a los hombres, "primero al clero y después a los legos de las clases superiores", los ideales de moderación gestual que antes se habían aplicado a las mujeres. Para 1691, los ingleses podían burlarse de italianos, griegos y franceses por sus "gestos simiescos" y por "hablar con las manos como si estuvieran conversando con sordos".[56]

Es posible que el punto más alto de esta tradición fuera la guía del médico John Bulwer a los gestos de las manos, publicado con el título de *Chirologia* en Londres, en 1644, donde el autor sostenía que esos ademanes "revelan el humor y el estado de ánimo".[57] Bulwer sostenía que existía en ellos un aspecto ligado al conocimiento, pues podían permitir que se trascendiera el lenguaje mediante una simbología directa de objetos y conceptos:

> La mano no se sirve de una sola lengua o tipo de lenguaje para expresar nuestra mente: habla todas las lenguas, y como carácter universal de la razón, es generalmente comprendida y conocida por todas las naciones, entre las diferencias formales de su lengua. Y siendo el habla único don que es natural al hombre, bien puede ser llamada la lengua y el lenguaje general de la naturaleza humana, la cual, sin enseñanza, los hombres en todas las regiones del mundo habitable entienden a primera vista más fácilmente.[58]

El médico londinense proponía igualmente que los gestos del cuerpo visible expresados por la mano eran un indicio visible del alma invisible. La *Chirologia* es un estudio exhaustivo de los gestos y la expresión, que propone tanto una teoría al respecto cuanto un catálogo desde la

[53] Massimo Lollini, "The Wisdom of the Hand and the Memory of the Mediterranean more than Human Humanism", en P. Verdicchio (ed.), *Ecocritical Approaches to Italian Culture and Literature. The Denatured Wild,* Lanham (Maryland), Lexington Books, 2016,
[54] Peter Burke, *Formas de historia cultural*, Madrid, Paidós, 2000, pp. 87 y ss.
[55] Michael Baxandall, *Painting and Experience in Fifteenth-Century Italy*, Oxford, Oxford University Press, 1972, pp. 56 y ss. (trad. cast., *Pintura y vida cotidiana en el Renacimiento. Arte y experiencia en el Quattrocento*, Ampersand, 2017); Moshe Barasch, *Giotto and the Language of Gestures*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press, 1987; Jan Bremmer y Herman Roodenburg (eds.), *A Cultural History of Gesture*, Cambridge and Oxford, Polity Press and Blackwell Publishing, 1997.
[56] Anon., *The English Spy; Or, the Intrigues, Pollicies, and Stratagems of the French King, Discovered*, Londres, Printed for Sam Norris, 1691, p. 123.
[57] Jeffrey Wollock, "John Bulwer (1606-1656) and the significance of gesture in 17th century theories of language and cognition", *Gesture* vol. 2, nº 2, 2002.
[58] John Bulwer, *Chirologia, or, The Naturall Language of the Hand*, Londres, Printed by Tho. Harper, 1644, pp. 3-4.

Antigüedad hasta el mundo moderno. Un segundo volumen, publicado el mismo año con el título de *Chironomia*, se ocupaba del uso de los gestos como dispositivos retóricos.[59]

El siglo de la Ilustración ofrece reflexiones diversas y contrastantes respecto de la mano y su importancia para la humanidad. Helvétius pensaba que el humano difiere del animal por características físicas particulares, fundamentalmente la mano y los dedos flexibles, pero también una cierta debilidad natural unida a la plasticidad de la especie que le permite vivir en todos los climas.[60] De acuerdo con Roland Barthes, en la imagen de la *Encyclopédie* el ser humano se reduce a "la esencia de su humanidad: las manos. En varios grabados (y no los menos bellos), las manos, separadas del cuerpo, revolotean por la obra, pues su liviandad es extrema; estas manos son indudablemente el símbolo de un mundo artesanal, pero inevitablemente el signo inductivo de la esencia humana".[61]

En un texto publicado en tres entregas en 1768, en el *Königsberger Frag- und Anzeigungnsnachrichten*, Immanuel Kant propuso una teoría para la diferenciación de las relaciones en el espacio según la cual existe un espacio infinito, lo que contrasta con el relativismo espacial de otros filósofos. Si para Leibniz la descripción de la espacialidad se limita a la magnitud y la forma, para Kant existe una tercera cualidad, la direccionalidad, sin la cual los fenómenos serían incomprensibles. Esa direccionalidad emerge de nuestra estructura fisiológica y es la base de la tridimensionalidad del espacio: sin ella, no es posible leer un texto, interpretar un mapa ni distinguir especies de plantas y animales. ¿Qué nos importa todo esto a nosotros? Pues bien, para Kant, la mano humana es fundamental para la demostración de su teoría del espacio. Contrapartes incongruentes, como las manos izquierda y derecha, muestran la existencia real de la cualidad direccional porque, aunque son iguales en magnitud y en forma, no se pueden contener en los límites espaciales de una y otra. Así, el espacio es una forma *a priori* de nuestra sensibilidad: "Imaginad que la primera cosa creada fue una mano humana. Esa mano humana tendría que haber sido derecha o izquierda. La acción de la causa creativa al producirla necesariamente tendría que haber sido diferente de la acción de la causa creativa que produjo su contraparte".[62]

En el primer tercio del siglo xx, las disciplinas humanísticas comenzaron a interesarse con mayor avidez por la importancia de la mano. En 1934, Henri Focillon concluyó su estudio sobre la vida de las formas en el arte con un "elogio de la mano". En ese escrito, una obra de arte es el registro de una actividad que la ha creado, de manera que el significado de la forma está también en el movimiento de la mano y los gestos que produce. Para Focillon, si las manos son "sirvientes" del ser humano, están de todas maneras dotadas "de un espíritu libre vigoroso, de una fisionomía. Son rostros sin ojos y sin voz que de todas maneras son capaces de hablar. […] La mano significa acción, agarra, crea, en ocasiones incluso piensa. En reposo, la mano no es una herramienta sin alma que yace sobre la mesa o cuelga junto al cuerpo. El hábito, el

[59] John Bulwer, *Chironomia, or the Art of Manuall Rhetoricke*, Londres, Printed by Tho. Harper, 1644. Al respecto, véase Thomas C. Singer, "Hieroglyphs, real characters, and the idea of natural language in English seventeenth-century thought", *Journal of the History of Ideas*, vol. 50, nº 1, 1989, pp. 49-71, 61-62.
[60] Michèle Duchet, *Anthropologie et histoire au siècle des lumières,* París, Albin Michel, 1995, p. 228.
[61] Roland Barthes, *New Critical Essays*, trad. de Richard Howard, Nueva York, Hill and Wang, 1980, pp. 28-29.
[62] Immanuel Kant, "Concerning the ultimate ground of the differentiation of directions in space", en D. Walford y R. Meerbote (eds.), *The Cambridge Edition of the Works of Immanuel Kant*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992 [1768], p. 379.

instinto y la voluntad de actuar están almacenadas en ella y no se necesita mucha práctica para aprender qué gesto está por hacer".[63]

En 1954, Martin Heidegger otorgó un lugar central a la mano en el proceso de pensamiento humano. Para el filósofo alemán:

> la mano alcanza y extiende, recibe y da la bienvenida, no solamente a las cosas: la mano se extiende y recibe su propia bienvenida en las manos de otros. La mano sostiene. La mano lleva. La mano diseña y firma, presumiblemente porque el hombre es un signo. Los gestos de la mano corren por todos lados por medio del lenguaje, en su más perfecta pureza precisamente cuando el hombre habla mediante su permanencia en el silencio. Y solo cuando el hombre habla piensa, no a la inversa, como la metafísica lo cree aún. En cada movimiento, en cada uno de sus trabajos, la mano se lleva a sí misma a través del elemento del pensamiento, en cada traslado la mano se traslada a sí misma en ese elemento.[64]

Según Heidegger, solamente un ser que es capaz de hablar y pensar puede tener manos y desarrollar trabajos artesanales. La mano caracteriza al ser humano porque su hacer proviene del pensamiento. Estas ideas parecían resonar todavía en 2008, cuando Richard Sennett publicó *El artesano*. Allí, el sociólogo estadounidense proponía no solamente que todas las habilidades humanas, incluso las más abstractas, comienzan primero como acciones corporales, sino también que toda comprensión técnica se desarrolla a partir de los poderes de la imaginación: el conocimiento se adquiere también por las manos, por medio del tacto y el movimiento de las manos.[65] En un sentido semejante, Carlo Sini se aproximó a este asunto a partir de la idea del trabajo manual como conocimiento.[66]

En 1955, Ethel Alpenfels estudió la significación antropológica y social de la mano humana. Si el ser humano es el único animal que tiene mano y la usa como herramienta, símbolo y arma, no sorprende que exista una profusa literatura de folklore y mito en torno a ella: "La mano ha representado un papel en la vida creativa de todas las sociedades conocidas y se ha convertido en un representante simbólico de la totalidad de la persona en el arte, en el teatro y en la danza. Su simbolismo en ritos ceremoniales indica clase social y casta".[67] El estudio de Alpenfels abarca desde costumbres y creencias hindúes hasta registros arqueológicos del Paleolítico, pasando por un análisis de las palabras derivadas del latín *manus* que se vinculan con la autoridad (mandar, manipular, manejar), el conocimiento (comprender es aprehender y proviene del latín *capere*, que significa tomar o asir), el habla (*dicere* en latín significa literalmente señalar). La mano es, entonces, un medio de percepción, de conocimiento, de acción, de comunicación, de autoridad. Pero la mano se ha convertido también en expresión de senti-

[63] Henri Focillon, *The Life Forms in Art,* Nueva York: Zone Books, 1992 [1934], p. 157 (trad. cast., *La vida de las formas*, UNAM, 2010).
[64] Martin Heidegger, *What is Called Thinking?,* traducción de J. Glen Gray, Nueva York/Evanston/Londres, Harper & Row, 1968 [1954], pp. 16-17 (trad. cast., *¿Qué significa pensar?*, Trotta, 2005).
[65] Richard Sennett, *The Craftsman*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2008 (trad. cast., *El artesano*, Anagrama, 2009).
[66] Carlo Sini, *L'uomo, la macchina, l'automa. Lavoro e conoscenza tra futuro prossimo e passato remoto,* Turín, Bollati Boringhieri, 2009, pp. 63 y ss.
[67] Ethel Alpenfels, "The anthropology and social significance of the human hand", *Artif Limbs*, vol. 2, nº 2, mayo de 1955.

mientos humanos: con ella bendecimos, saludamos, curamos, juramos, acordamos, maldecimos, condenamos…

En 1964-5, André Leroi-Gourhan buscó demostrar que la capacidad de articulación y trabajo de la mano se desarrolló paralelamente a la evolución del cerebro y la capacidad de expresión oral.[68] De acuerdo con su interpretación, la posición erecta liberó las manos, que se convirtieron en un órgano nuevo capaz de otras funciones además del desplazamiento, pero también liberó la boca, que ya no debía ocuparse de transportar cosas. Libre de la obligación del deambular, la mano explora el mundo, el tacto permite conocer el mundo con sutileza y la capacidad de manipular se refina hasta el punto de cambiar el mundo. Para Leroi-Gourhan, la estructura de las manos, con pulgares opuestos, permite estar en el mundo de un modo que se dirige al camino de la cultura y la civilización.

El nuevo siglo no ha perdido interés en las posibilidades antropológicas de la mano humana. En 2003, Raymond Tallis publicó una investigación filosófica de la humanidad centrada en las posibilidades que la mano abrió en el pasado para la liberación de las restricciones del mundo y las que podría abrir en el futuro para las posibilidades de nuestro desarrollo. Según su análisis, la mano humana ha sido crucial para el desarrollo cultural de la especie más allá de su evolución biológica, en tanto órgano de manipulación, de conocimiento y de comunicación, que ha hecho posible la autoconciencia que nos distingue de otros animales, pues la actividad manual ha sido la condición para el desarrollo de nuestra inteligencia.[69] Tallis sostiene que la construcción y manipulación de herramientas por parte de los seres humanos significa también un ejercicio de juicio crítico sobre el mundo, en un argumento más cercano a Anaxágoras que a Aristóteles y a Heidegger (“somos inteligentes porque tenemos manos” y no “tenemos manos porque somos inteligentes”).[70]

## Epílogo

El recorrido que he propuesto es algo estrafalario. Hemos partido de un objeto destruido y, por ende, ausente. Ese objeto, a su vez, es testimonio de otra ausencia, en este caso del espacio ritual y mnemónico original en el que fue creado, como sustento de la legitimidad de los monarcas de Benín. Ambas ausencias dan cuenta de la barbarie europea, en un caso durante los bombardeos de saturación nazis sobre Inglaterra, en el otro durante el auge del imperialismo británico. Al mismo tiempo, esas ausencias llaman la atención sobre la descontextualización inherente a cualquier exhibición museística, más notoria en este caso por el origen del objeto en el expolio y la brutalidad. Busqué superar las desapariciones del objeto que nos ocupa por varias vías. En primer lugar, mediante otros objetos supervivientes, también en colecciones europeas, del mismo origen y con el mismo tema. En segundo lugar, intenté restituir el sentido original del objeto a partir de una reconstrucción de las condiciones de su vigencia ritual y ceremonial en la monarquía beninesa.

[68] André Leroi Gourhan, *Le geste et la parole*, París, Albin Michel, 1964-1965.
[69] Raymond Tallis, *The Hand. A Philosophical Inquiry into Human Being,* Edimburgo, Edinburgh University Press, 2003, p. 21.
[70] *Ibid.*, pp. 230-246.

En este punto, emergió una coincidencia llamativa. El tópico de la trompa de elefante acabada en una mano humana no existía solamente en el reino histórico de Benín, sino que se había utilizado con frecuencia en la tradición occidental, desde Lucrecio y hasta la época temprano moderna. El tema es complejo, las evidencias de contacto que pudieran probar una influencia mutua son escasas. El trabajo del historiador debería terminar en este punto: la ausencia de evidencias conmina a nuestro oficio a guardar silencio. Sin embargo, las semejanzas morfológicas motivaron una pesquisa antropológico-filosófica. En la tradición occidental, la mano humana representa un papel destacado a la hora de destacar las diferencias entre nuestra especie y otros animales. La capacidad de los seres humanos para intervenir sobre el mundo, conocerlo, ubicarnos en el espacio, establecer relaciones de comunicación entre nosotros, incluso nuestra inteligencia y nuestro sentido de la estética se han asociado en la muy larga duración y en contextos geográficos diversos con la posesión de este órgano singular. Esta centralidad podría explicar dos cosas. Por un lado, el hecho de que los elefantes se hayan convertido con frecuencia en animales asociados con el ser humano por su inteligencia, su poder y su sensibilidad: ellos, como los seres humanos, poseen también una mano, en este caso al final de su trompa. Por el otro, el hecho de que, a la hora de representar el poder real, la trompa paquidérmica terminada en mano humana haya sido un símbolo privilegiado.

Hay, sin embargo, dos límites en esta aproximación. De una parte, las evidencias que he utilizado para mi argumento provienen, sobre todo, de la tradición filosófica y científica occidental. Para que el argumento que he desarrollado tuviera mayor sentido, sería conveniente encontrar rastros procedentes de otras tradiciones donde la centralidad de la mano humana estuviera igualmente presente, o donde las trompas de los elefantes también se identificaran con nuestro órgano excepcional. Ya hemos visto indicaciones provenientes de Benín en ese sentido. Propongo dos ejemplos adicionales que amplían el espectro posible. En primer lugar, de acuerdo con Bahadur Chand Chhabra, en la tradición védica de la India antigua, el término utilizado para referirse a los elefantes puede traducirse, literalmente, como "animal con un miembro que funciona como una mano".[71] En segundo lugar, la idea del mundo sensible como una realidad múltiple cuya verdad completa es inasible forma parte del corazón del jainismo y se transmite por medio del apólogo de los ciegos y el elefante (figura 7). Aunque esta historia cobró su sentido pleno en el pensamiento de la Jaina, es muy probable que su origen se encuentre en la fase final de la religión védica, pues uno de los *Upanishads* redactado entre los siglos VIII y VI a. C., el *Chandogya Upanishad*, contiene el siguiente verso: "es como los ciegos de nacimiento cuando confunden las partes de un elefante con todo el elefante".[72] La versión jainita del cuento narra que cada ciego tocó una parte diferente de un paquidermo y, al pedírsele que definieran de qué se trataba, cada cual dijo una cosa distinta: una cuerda quien había tocado la cola, una serpiente el que había tanteado la trompa, el tronco de un árbol quien había deslizado la mano por una pata, una pared el que exploró el lateral del vientre, una lanza quien tocó el colmillo, un abanico el que acarició la oreja. La conclusión de la parábola es que la realidad es compleja e inabarcable, de modo que el conocimiento y la palabra no pueden dar cuenta de ella.[73] Se trata del principio jainita del *anekantavada* (cualidad multifacética del mundo): nin-

[71] B. Ch. Chhabra, "Elephant in Indian art", *Journal of Indian History*, vol. 5, nº 1, 1973, pp. 486-487.
[72] *Upanishads*, traducción de Swami Nikhilananda, Nueva York, Harper Brothers, 1959, IV, p. 281.
[73] William T. Bary, *Sources of Indian Tradition,* Nueva York, Columbia University Press, 1958, I, p. 72.




Figura 7. *Parábola de los ciegos y el elefante*, grabado, 1888, sobre un original de Hanabusa Itchō (1652-1724), Biblioteca del Congreso de EE. UU., LC-USZC4-8725. Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International (CC BY-NC-SA 4.0) license.

gún punto de vista es superior a otro, pues corresponde a una franja limitada de lo real. Ello promueve un perspectivismo radical y hace lugar a otro principio jainita, el *ahimsa*, la no violencia, extendida al resto de la naturaleza. Detrás de ambos principios está el conocimiento (parcial) del mundo por parte de los ciegos, a partir del uso de sus manos. Las dimensiones geográficas de nuestro tema parecen extenderse mucho más allá de lo que habíamos originalmente propuesto.

Sin embargo, el apólogo de los ciegos fue conocido y citado en Occidente de formas que revelan tensiones persistentes en nuestra concepción de las relaciones entre lo humano y lo animal. Fue tan popular que, en 1872, John Godfrey Saxe le dedicó un poema y, durante el siglo XX, un chiste breve hizo que fueran los elefantes quienes tocaban a un hombre con la trompa para intentar determinar sus características. Esta inversión irónica sugiere tanto la persistencia como la maleabilidad de los símbolos que articulan humanidad y animalidad. En tiempos de circulación cultural acelerada, el escritor español Antonio Robles también se apropió jocosamente del tema en un collage que sintetiza los motivos que hemos explorado: un elefante cuya trompa fue sustituida por un brazo y una mano humanas, junto a media docena de personas que intentan tocarlo (figura 8). El juego sobre los límites del conocimiento, sobre el hecho de que no observamos el mundo sino el mundo expuesto a nuestros métodos de percepción, se completa con el ojo del elefante, que también ha sido reemplazado por uno humano.

La segunda limitación del abordaje propuesto es que no pueden derivarse de él conclusiones que puedan considerarse probadas históricamente, ni siquiera de manera provisoria. Propongo que, pese a ello, en algunas circunstancias la empresa tiene sentido, en tanto no ofrece respuestas pero puede permitir imaginar preguntas interesantes. En este caso, hizo posible la

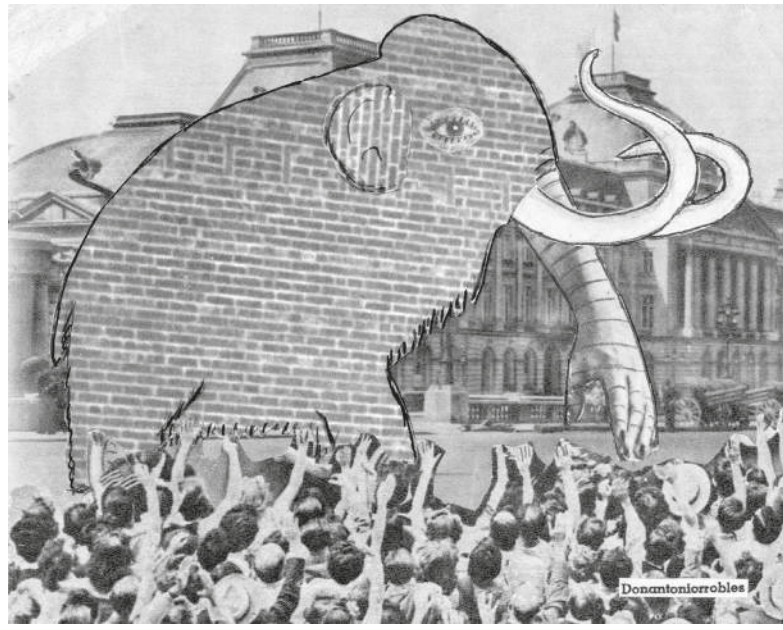



Figura 8. Antonio Robles, "Creación 42", Biblioteca Regional de Madrid, Archivo personal Antoniorrobles, AR-Arc.2/5 (9), con autorización de la familia del artista y del Servicio de Fondo Antiguo y Patrimonio Bibliográfico.

formulación de una hipótesis respecto de la presencia geográfica y cronológica extendida de un símbolo complejo. Al mismo tiempo, significó considerar las consecuencias culturales del imperialismo y el saqueo, tanto para las sociedades en las que uno de los objetos estudiados se originó cuanto en relación con la construcción y (no) conservación del acervo museístico europeo o del archivo (entendido en sentido amplio) de la historia cultural. Por último, implicó proponer un interrogante respecto de las formas de concebir las relaciones entre la humanidad y la naturaleza, en particular los vínculos entre humanidad y animalidad.

Como vimos, la antropología de Philippe Descola cuestionó que la distinción entre cultura y naturaleza pudiera universalizarse, en tanto es primordialmente occidental y moderna. Es posible que no convenga a la historiografía dar respuesta a ese desafío, aunque sea políticamente urgente. Pero puede abordarlo sin caer necesariamente en la paradoja del poshumanismo, por la cual el reconocimiento de la pertenencia de la humanidad a la animalidad termina por redoblar la distancia entre ambas, por ejemplo a partir del antropomorfismo (que se desliza a menudo aunque quizás sin intención al antropocentrismo). Por el contrario, con las herramientas del oficio –y ocasionalmente con otras prestadas–, es posible mostrar la profundidad temporal y la extensión geográfica de la integración de la humanidad en el mundo animal, bien probada, entre nosotros, desde Darwin hasta la etología contemporánea. Dicho de otro modo, se argumenta con frecuencia (y en muchos casos con razón) que la animalización metafórica del ser humano es una amenaza para sus derechos. Nuestro derrotero muestra, en cambio, algunos indicios de que la humanización del animal ha sido, en determinadas circunstancias, extraordinarias como todas, la contracara de la consideración enaltecida del ser humano como parte del mundo animal. □

## Bibliografía


Allen, James P., *Middle Egyptian: An Introduction to the Language and Culture of Hieroglyphs*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

Barasch, Moshe, *Giotto and the Language of Gestures*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press, 1987.

Bremmer, Jan y Herman Roodenburg (eds.), *A Cultural History of Gesture*, Cambridge/Oxford, Polity Press/Blackwell Publishing, 1997.

Barthes, Roland, *New Critical Essays*, traducción de Richard Howard, Nueva York, Hill and Wang, 1980.

Bary, William Theodore de, *Sources of Indian Tradition,* Nueva York, Columbia University Press, 1958.

Baxandall, Michael, *Painting and Experience in Fifteenth-Century Italy,* Oxford, Oxford University Press, 1972 (trad. cast., *Pintura y vida cotidiana en el Renacimiento. Arte y experiencia en el Quattrocento*, Ampersand, 2017).

Ben-Amos, Paula, "Men and Animal in Benin Art", *Man*, vol. 11, nº 2, 1976, pp. 243-252.

—, *The Art of Benin*, Nueva York, Thames and Hudson, 1980.

—, "Who is the Man in the Bowler Hat?", Baessler-Archiv, NF, 131, 1983 pp. 11-183.

Berthelet, A. y J. Chavaillon (eds.), *The Use of Tools by Human and Non-human Primates, Symposia of the Fyssen Foundation*, Oxford, Oxford Academic, 1993.

Burke, Peter, *Formas de historia cultural*, Madrid, Paidós, 2000.

Burucúa, José E. y Kwiatkowski, Nicolás, *Historia natural y mítica de los elefantes*, Buenos Aires, Ampersand, 2019.

—, *Historia natural y mítica de los elefantes*, volumen II, Buenos Aires, Ampersand, en prensa.

Chhabra, B. Ch., "Elephant in Indian art", *Journal of Indian History*, vol. 5, nº 1, 1973.

Descola, Philippe, *Beyond Nature and Culture*, Chicago, University of Chicago Press, 2013 [2005] (trad. cast., *Entre naturaleza y cultura*, Amorrortu, 2012).

Duchet, Michèle, *Anthropologie et histoire au siècle des lumières*, París, Albin Michel, 1995.

Egharevba, Jacob, *A Short History of Benin*, Ibadan, Ibadan University Press, 1968.

Finnegan, Ruth, *Oral Literature in Africa*, Cambridge (UK), Open Book, 2012.

Fage, JD, *The Cambridge History of Africa*, volumen 2, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

Focillon, Henri, *The Life Forms in Art*, Nueva York, Zone Books, 1992 [1934] (trad. cast., *La vida de las formas*, UNAM, 2010).

Ginzburg, Carlo, "Conjunctive Anomalies: A Reflection on Werewolves", *Revista de Estudios Sociales*, vol. 60, 2017, pp. 110-118. DOI: https://dx.doi.org/10.7440/res60.2017.09

Heidegger, Martin, *What is Called Thinking?*, Traducción Glen Gray, Nueva York/Evanston/Londres, Harper & Row, 1968 [1954] (trad. cast., *¿Qué significa pensar?*, Trotta, 2005).

Jones, Adam, *From Slaves to Palm Kernels. A History of the Galinhas Country West Africa 1730-1890*, Wiesbaden, Franz Steiner, 1983.

Law, Robin, "Traditional History", en S. O. Biobaku (ed.), *Sources of Yoruba History*, Oxford, Clarendon Press, 1973, pp. 24-40.

Lenssen, Heidi, *Hands in Nature and Art*, Nueva York/Londres, Studio, 1949.

Leroi Goourhan, André, *Le geste et la parole*, París, Albin Michel, 1964-1965.

Lollini, Massimo, "The Wisdom of the Hand and the Memory of the Mediterranean more than Human Humanism", en P. Verdicchio (ed.), *Ecocritical Approaches to Italian Culture and Literature. The Denatured Wild,* Lanham (Maryland), Lexington Books, 2016.

Maurette, Pablo, "The Organ of Organs: Vesalius and the Wonders of the Human Hand", *Journal of Medieval and Early Modern Studies,* vol. 48, nº 1, 2018, pp. 1-20.

Nance, Susan (ed.), *The Historical Animal*, Syracuse (NY), Syracuse University Press, 2015.

O'Malley, L. S. S., *Indian Caste Customs,* Nueva York, MacMillan, 1932.

Papi, Fulvio, *Antropologia e civiltà nel pensiero di Giordano Bruno*, Nápoles, Liguori, 2006.

Poynor, Robin, "Edo influence on the art of Ono", *African Arts*, vol. 9, nº 4, 1976, pp. 4-45.

Radman, Zdravko (ed.), *The Hand, an Organ of the Mind*, Cambridge (MA)/Londres, MIT, 2013.

Raven, Susan, *Rome in Africa*, Londres, Routledge, 2012.

Rilke, Rainer Maria, *Auguste Rodin*, Nueva York, Parkstone Press, 2005.

Ritvo, Harriet, "On the Animal Turn", *Daedalus*, vol. 136, nº 4, On the Public Interest, otoño de2007, pp. 118-122.

Rowe, Katherine, *Dead Hands: Fictions of Agency, Renaissance to Modern*, Stanford, Calif., Stanford University Press, 1999.

Ryder, A. F. C., *Benin and the Europeans*, Harlow, England, Longmans, 1969.

Sarr, Felwine y Bénédicte Savoy, *Rapport sur la restitution du patrimoine culturel africain. Vers une nouvelle éthique relationnelle*, París, 2018.

Sennett, Richard, *The Craftsman*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2008 (trad. cast., *El artesano*, Anagrama, 2009).

Shaw, Thurstan, *Nigeria: Its Archaeology and Early History,* Londres, Thames and Hudson, 1978.

Singer, Thomas C., "Hieroglyphs, real characters, and the idea of natural language in English seventeenth-century thought", *Journal of the History of Ideas*, vol. 50, nº 1, 1989, pp. 49-71.

Sini, Carlo, *L'uomo, la macchina, l'automa. Lavoro e conoscenza tra futuro prossimo e passato remoto*, Turín, Bollati Boringhieri, 2009.

Sudnow, David, *Ways of the Hand. A Rewritten Account,* Cambridge/Londres, The MIT Press, 1978.

Tallis, Raymond, *The Hand. A Philosophical Inquiry into Human Being*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2003.

Trinquier, Jean, "Les Macédoniens confrontés à l'armée des singes de l'Himalaya", en S. Contamina y F. Copello, *L'animal et l'homme dans leurs représentations*, Rennes, PUR, 2018.

Vogel, Susan, "Art and Politics: A staff from the Court of Benin, West Africa", *Metropolitan Museum of Art Journal*, vol. 13, 1979, pp. 87-100.

Walker, Eric Anderson, *The Cambridge History of the British Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 1936.

Winston Blackmun, Barbara, "The Elephant and its Ivory in Benin", en D. Ross, *Elephant. The Animal and its Ivory in African Culture*, Los Ángeles, University of California, Fowler Museum of Cultural History, 1992, pp. 163-183.

Winston Blackmun, Barbara, "History and Statecraft on a Tusk from Old Benin", *The Bulletin of the Cleveland Museum of Art*, vol. 81, nº 4, History and Statecraft on a Tusk from Old Benin, abril de 1994, pp. 87-115.

Wollock, Jeffrey, "John Bulwer (1606-1656) and the significance of gesture in 17th century theories of language and cognition", *Gesture* vol. 2, nº 2, 2002, pp. 227-258.

## Resumen / Abstract

***Anguimanus beninensis*. Historia y antropología de un símbolo**

El artículo estudia una iconografía compleja, vinculada con la legitimidad monárquica en Benín al menos desde el siglo XVI: la trompa de elefante terminada en mano humana. Primero, se recuperan los sentidos de esa iconografía en el antiguo reino de Benín. Segundo, se describe la descontextualización violenta de los bronces que la exhiben, como consecuencia de la llamada "expedición punitiva" de 1897. Tercero, se analiza la existencia en Occidente de una tradición que denomina al elefante como *anguimanus* desde el siglo I a. C. El símbolo es complejo y las posibilidades de influencia recíproca entre Benín y Roma, escasas. Se esboza, finalmente, una hipótesis para explicar la coincidencia: el símbolo destaca la apariencia serpentina de la trompa y la destreza del elefante en su uso; indica además una cercanía entre seres humanos y paquidermos, pues la mano sería el medio singular de conocimiento e intervención en el mundo.

**Palabras clave.** Benín - Bronces - Elefantes - Iconografía - Mano

***Anguimanus beninensis.* History and anthropology of a symbol**

This article studies a complex iconography linked to monarchical legitimacy in Benin at least since the sixteenth century: the elephant's trunk ending in a human hand. First, the meanings of this iconography in the ancient kingdom of Benin are recovered. Secondly, the article describes the violent decontextualization –as a consequence of the so-called 'punitive expedition' of 1897– of the bronzes displaying the motif. Thirdly, the text analyses a similar tradition in the West, in which the elephant was referred to as *anguimanus* from the first century BCE onwards. The symbol is complex and the possibility of reciprocal influence between Benin and Rome, unlikely. Fourthly, the article proposes a hypothesis to explain this coincidence: the symbol emphasises the serpentine appearance of the trunk and the elephant's dexterity in its use, it also indicates a proximity between human beings and pachyderms, since the hand could be a singular means of knowledge and intervention in the world.

**Keywords:** Benin - Bronzes - Elephants - Iconography - Hand/*manus*

Fecha de recepción del original: 20/9/2024
Fecha de aceptación del original: 20/12/2024

# *Barranca Yaco. Una latitud histórico-política argentina**

Ana Clarisa Agüero**

Universidad Nacional de Córdoba / CONICET

1 En el principio era apenas un terreno que declinaba suavemente de oeste a este, accidentado a fuerza de lechos serranos y lluvias estacionales que tallaban hondonadas y barrancas en su paso a la llanura. Un monte tupido de talas y algarrobos, de espinillos y matorrales, poblado de aves, mulitas y alimañas. Luego el ojo colonial –el paisaje– y una senda del Camino Real abriéndose paso entre la espesura y los desniveles. Así se dibujó un "recodo", al parecer, cuyas reiteradas evocaciones sedimentaron la ubicación, muchas veces aproximativa, de la escena. Se trata, a grandes rasgos, del paraje de Barranca Yaco. Pese a las advertencias, hacia allí se dirigen Facundo Quiroga y su comitiva en la mañana del 16 de febrero de 1835. Los esperan Santos Pérez y sus hombres; luego la emboscada, el asesinato de casi todo el grupo y Quiroga muerto a fuego y "despenado" a cuchillo. La leyenda del caudillo riojano se abre a la eternidad; Barranca Yaco, hasta allí un punto entre otros de un camino dominado por el sistema de postas, lo acompaña. En lo fundamental, menos como espacio que como acontecimiento.

2 "Uno de los primeros pasos para instruir un sumario de delitos de esta clase, es pasar al lugar donde aparece cometido para reconocer la posición de las cosas y circunstancia", anota Juan Manuel de Rosas en una carta a Estanislao López de abril de 1835. Y agrega: "Pero ni el juez Figueroa, ni la Comisión que salió de Córdoba han ido al lugar donde se cometió el atentado".[1] En efecto, los comisionados habrían argüido entonces "no tener escolta para trasladarse a aquel punto peligroso", algo que además "ya habría sido inútil, después de la copiosa lluvia del citado día 17, la que había borrado todos los rastros". Aunque, al parecer, el argumento escondía un temor más primario, lo cierto es que la escena del crimen había sido muy transfigurada, tanto por los asesinos cuanto por el traslado de los cuerpos de Quiroga, su secre-

* Agradezco el estímulo y las contribuciones de Andrés Bisso, Daniel Lvovich, Alejandro Cattaruzza, Daniel Sazbón, Marcela Ternavasio, Lila Caimari, Anahí Ballent, Judith Farberman, Alejandro Eujanian, Damián Santa, Mariana Daín, Adrián Gorelik, María Victoria López, Paula Molina, Diego García, Martín Prieto, del seminario "En la penumbra" (UNC) y de los evaluadores anónimos.

** Correo electrónico: anaclarisaa@yahoo.es ORCID: orcid.org/0009-0003-5092-0200.

[1] En Enrique M. Barba (comp.), *Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 221.


DOI: https://doi.org/ https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1664

tario Ortiz y el correísta Luegues a la posta de Sinsacate.[2] También por el entierro del resto de la comitiva en algún punto próximo, por momentos tan impreciso como el de su degüello y abandono "a un lado del camino", en "un lugar separado del camino", "dentro del monte", "a cuatro cuadras del camino".[3]

Esos cuerpos menos célebres habrían inspirado la "piedad popular" que, según Cárcano, improvisó entonces nueve cruces en Barranca Yaco, abriendo así un ciclo de "leyenda" y "superstición" de cuarenta años, por el que se apresuraban persignaciones al pasar, se evitaba la noche y, de no lograrlo, se decía oír el llanto del niño postillón asesinado por Santos Pérez y el silbido de las almas en pena.[4] La versión de Cárcano retiene la condición rural y popular, tanto de la mayoría de los implicados cuanto de los primeros testigos y narradores. Es, ciertamente, un campesino el que encuentra a los dos sobrevivientes de la comitiva, escucha su relato y les indica el camino a Sinsacate, antes de ir a mirar el lugar con sus propios ojos (como reclamaba Rosas de los comisionados).[5] Es campesina Anacleta Barbosa que, según algunos, habría "revelado el misterio de Barranca Yaco" y quien quizás esté en el origen de la leyenda del "postilloncito".[6] Las muchas versificaciones populares del crimen y su antesala, recogidas y problematizadas por décadas, reenvían parcialmente a esa arena, en la que tempranamente un suceso se separa de los demás.[7] Si se sigue el relato de Cárcano, de allí mismo habrían surgido –espontáneos y populares, antes que administrativos o conmemorativos– los primeros mojones del acontecimiento. Así, mientras Rosas propalaba que los asesinos eran "unitarios" porque el gabinete de los Reinafé estaba lleno de ellos, unas cruces sencillas habrían contorneado el sitio, como signos de cristiana sepultura y acaso instintivos memoriales de un federalismo a ras del suelo.

En cualquier caso, ese lugar concreto y con textura es lo primero que el acontecimiento diluye en su carrera, incluso mínimamente retrospectiva. En tanto "Barranca Yaco" se identifica con el asesinato de Quiroga, las toponimias se trastocan o deforman, el paisaje se oscurece y muchos recorridos, centrales en la historia, devienen erráticos e intemporales.[8] Entre canciones, relatos y procesos judiciales, todo trasciende de un terreno muy concreto a una latitud imprecisa, llamada "Barranca Yaco" ("donde se pierden los hombres", según variaciones de un

[2] *Causa criminal seguida contra los autores y cómplices de los asesinatos perpetrados en Barranca-Yaco, territorio de Córdoba, el día 16 de febrero del año de 1835, en las personas del Exmo. Sr. Brigadier General D. Juan Facundo Quiroga, Comisionado del Exmo. Gobierno de Buenos-Aires; su Secretario, Coronel Mayor D. José Santos Ortiz, y demás individuos de su comitiva. Con las defensas de los reos, acusación del Fiscal del Estado, dictámenes del Juez Comisionado, y del Asesor General; y las últimas actuaciones hasta la sentencia definitiva, y su ejecución*, Publicación Oficial, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1837, p. 91.

[3] *Ibid*., pp. 12, 309, 345; Ramón J. Cárcano, *Juan Facundo Quiroga. Simulación, infidencia, tragedia*, Buenos Aires, Roldán Editor, 1931, p. 264.

[4] *Ibid*., pp. 267, 268.

[5] Se salvan el correo Marín y el asistente del Dr. Ortiz, que venían más atrás y logran escapar. *Causa criminal*, pp. 12 y 13.

[6] *Ibid.*, p. 135.

[7] Una selección de los versos relativos en la Encuesta Nacional del Folklore de 1921 y otros rescates, en Olga Fernández Latour, *Cantares históricos de la tradición argentina*, Buenos Aires, Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas, 1960, pp. 40 a 69. Véase también, Ariel de la Fuente, *Los hijos de Facundo. Caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado nacional argentino (1853-1870)*, Buenos Aires, Prometeo, 2007, pp. 155 a 192, y Christophe Larrue, "Variations autour d'un assassinat politique: Facundo Quiroga", *América. Cahiers du CRICCAL*, vol. 1, nº 43, 2013.

[8] Así "Don Hacha" por Macha, "Anteguasa" por Intihuasi, y esta o Totoral por Macha, pero también Sinsacate (adonde solo volvería muerto) antes, y no después, de Barranca Yaco. Fernández Latour, *Cantares históricos*, pp. 41, 44, 49.

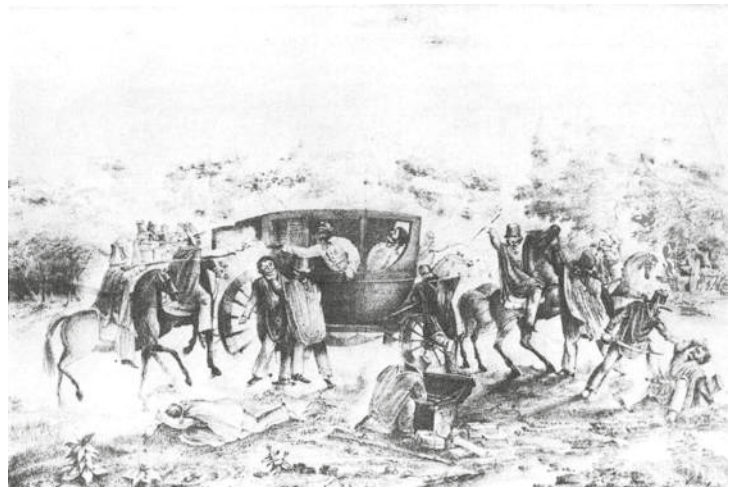


Fig. 1. Pablo Caccianiga, *Asesinato del general Quiroga*, litografía. Buenos Aires, 1836, Museo Histórico General Pueyrredón.

cantar recogidas en 1921).[9] Así el difundido grabado contemporáneo de Pablo Caccianiga desplegará en primer plano el "atroz asesinato" y hará del monte apenas su telón.[10]

Y así el topónimo transitará fluidamente al crimen político, sinonimia que sobrevuela el proceso judicial de 1835-37 y aparece consumada en la serie de capítulos que Domingo F. Sarmiento (1845), Adolfo Saldías (1892), David Peña (1906) y Ramón J. Cárcano (1931) dedican al asesinato de Quiroga, llamados simplemente "Barranca Yaco".

Unos y otros labran la vista trágica del acontecimiento, pieza de un drama más vasto de desunión y violencia fratricida. En este suelo sentará en breve sus reales Saúl Taborda, cuya "Meditación de Barranca Yaco" (1935) reedita y desplaza la interpelación sarmientina, de la sombra a la latitud trágica. Pero cualquiera de sus preguntas dista ya de hacerse a los árboles, las corzuelas o el agua que seguía horadando el terreno de verano en verano.

## 3

A partir de una serie de coincidencias, desde fines de los años treinta un larvado debate buscó dilucidar si, en su "Barranca Yaco", Sarmiento prosificaba un romance relevado por Juan Alfonso Carrizo tiempo atrás (que lo estimaba "popular") o, por el contrario, lo alimentaba, y aun podía reputárselo su autor (como sugería Ismael Moya). Ausentes una datación o una atribución incontrastables, ambas hipótesis hallaron defensores, sin resultar concluyen-

[9] *Ibid.*, p. 42.

[10] Pablo Caccianiga, *Atroz asesinato cometido en Barranca Yaco el 16 de febrero de 1835 contra el Benemérito Gral. D. Facundo Quiroga y su comitiva*. La "atrocidad" recoge algo de las discusiones jurídicas sobre el tenor aleve del atentado, agravado por haber sido en "yermo o despoblado". *Causa criminal*, pp. 29, 41, 49, 349. Sobre el proceso bonaerense, véase Ricardo Salvatore, "Barranca Yaco: justicia y política en la confederación rosista", en J. M. Palacio (dir.), *Desde el banquillo: escenas judiciales de la historia argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2021.

tes.[11] Con todo, las vacilaciones dicen algo sobre el modo en que el suceso se desprendió del espacio y comenzó a vivir como acontecimiento en el tiempo. Dador de muchas fuentes, que también cruzan los términos de la oralidad *popular* y la escritura *letrada*, la palabra escrita lo fijó, lo prolongó y lo ató a un nombre, parcialmente arrancado al lugar. Sarmiento explicita varias de las canteras de su "Barranca Yaco": ciertas fuentes orales, aunque no populares; el extracto de la causa elaborado por el juez comisionado Vicente Maza, publicado en 1837 por orden de Rosas; *La Gaceta*, que la difundió por entregas –gran estabilizadora del acontecimiento– o la célebre litografía de la ejecución. Pero también reenvía ciertos pasajes a la causa misma que, en esa fecha, no podía haber visto en forma directa.[12]

En todo caso, la inquietud por la circulación de elementos cultos y populares, aun si indecidible, roza más lo verosímil que el mero registro letrado, y de letrados, en el que abundaremos. Ya en este terreno, dirá Prieto, dado su tinte novelesco y merced al magnético abrazo del destino individual, el "Barranca Yaco" de Sarmiento instala un tema literario capaz de crear su propia tradición.[13] Pero incluso esos logros parecen habitados de una declarada deuda con la oralidad: en nota a la edición de 1851, el célebre "No ha nacido todavía el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga" –próximo al "romance" rescatado por Carrizo y clave psicológica de la obstinada vuelta por Córdoba–- es reenviado a lo informado por un tal Piñero, doctor cordobés muerto en Chile y pariente del secretario Ortiz.[14]

4 Por lo demás, el "Barranca Yaco" sarmientino ofrecerá también una narrativa *histórica* matricial, iniciada con la derrota del unitarismo y la aparición de un escenario federal contrastado, dominado por Quiroga en el área andino-cuyana y por Rosas en el Litoral. Sorda disputa de cinco años que –dice Sarmiento– era "de emboscadas, de lazos y de traiciones", cuyo remate es el asesinato del caudillo.[15] Esa estructura del acontecimiento dominará también las demás "Barranca Yaco", volcadas a revisar el extracto de la causa criminal bonaerense. No hay, así, grandes diferencias en el eslabonamiento fáctico de los sucesos, algo muy visible en el movimiento final: el conflicto norteño y el encargo bonaerense de mediación a Quiroga; un viaje de postas en que cunden advertencias que Facundo desatiende o desafía; un atentado frustrado a la ida y, ya de vuelta, la emboscada ordenada por los Reinafé y conducida por Santos Pérez. El baño de sangre –resultado más o menos directo de sus condiciones, que todos llaman "Barranca Yaco"– alumbra, en su faz productiva, la suma del poder público del segundo gobierno de Rosas y el propio proceso criminal. Las versiones se deslizan, desglosan o reequilibran según el plan de cada obra y los nuevos materiales, pero esto no modifica lo sustancial.[16]

[11] Los argumentos fueron reunidos por Fernández Latour (*Cantares históricos*, pp. 59-61), que finalmente suscribirá la primera idea. Entre las objeciones, Centro Editor de América Latina, *Capítulo. La historia de la literatura argentina*, nº 14: "El ensayo: Domingo F. Sarmiento" (preparado por Adolfo Prieto), Buenos Aires, CEAL, 1967, p. 325.
[12] Domingo F Sarmiento [1845/1851], *Facundo. Civilización y barbarie*, Buenos Aires, Eudeba, 1961, pp. 197-198.
[13] Centro Editor de América Latina, *Capítulo* nº 14, pp. 324-326.
[14] Pese a las advertencias, Quiroga mantiene su ruta, forzando el arquetipo del destino individual. Así en esta variante popular recogida en 1921: "Enfrente del Totoral / una mujer le decía / –Mire, señor general / que hoy día pierde su vida". / "No se dispuso él a creer / lo que le había 'e suceder; / que le quitaran la vida / sin que él diera el porqué". Fernández Latour, *Cantares históricos*, p. 41; Sarmiento, *Facundo*, pp. 198-199.
[15] Sarmiento, *Facundo*, p. 188.
[16] Saldías despliega y revisa el capítulo de Sarmiento, rematando el relato del proceso criminal con la discusión sobre las responsabilidades; el segundo gobierno de Rosas es tratado en el capítulo siguiente. Peña consagra la mayor parte

Son marcados, en cambio, los diversos énfasis y las diversas resoluciones del "enigma", si se quiere práctico pero pleno de sentido político y memorial, que todos prolongan: *quién* mató a Facundo. Nadie discute que el proceso que culminó en 1837 con la pena capital de los Reinafé, Santos Pérez y otros, cayó sobre el brazo ejecutor. La pregunta es, naturalmente, por la autoría intelectual y política del crimen, ella misma un lugar de memoria alternativo al texto maestro organizado por Maza –más "historia" o comentario que compilación– en que parcialmente fundan su lectura.[17]

Formalmente acordes, en la vertical de los años, en la necesidad de una mirada desapasionada, las respuestas divergen: si Sarmiento había sembrado el *Facundo* de indicios y constataciones, dejando todo organizado para que el dedo "imparcial" de la historia condenara "al" responsable, Saldías exculpa a Rosas y responsabiliza a Estanislao López, su ministro Cullen y los Reinafé; Peña relee los mismos materiales, introduce argumentos contrafácticos y concluye que fue Rosas; Cárcano, por fin, reivindica a López y acusa a los propios Reinafé, al salvado Francisco en especial. Esta convicción no parece venirle apenas de la causa, que es el único en leer completa: se refuerza con la evocación de ciertas conversaciones que habrían tenido a su bisabuelo, gran señor de Chuñahuasí, entre los partícipes.[18] En cualquier caso, su firme exculpación de Rosas no le impide jugar con las ambigüedades de un consenso mal cosido: "¡Rosas es el asesino de Quiroga!", dice que fue el grito final de Santos Pérez. "Él está convencido –anota–. Esa sugestión arma el brazo homicida y, sin ella, Barranca Yaco no se registrara en la historia".[19]

5 En 1925, Borges se ha plegado a la serie literaria, explotando el principal motivo sarmientino. "El general Quiroga va en coche al muere" porque *sabe* que lo esperan y enfrenta su destino: "Esa cordobesada, bochinchera y ladina / (meditaba Quiroga), ¿qué ha de poder con mi alma?". Confiado, incrédulo y quizás más fiero que el caudillo de 1835, este arrastra consigo una comitiva de ya cadáveres, "seis o siete degollados" con los que comparte la emboscada en Barranca Yaco, la revelación del asesino indicado por Sarmiento y Peña ("una de puñaladas lo mentó a Juan Manuel") y el paso al más allá. Destino abrazado y cumplido, Quiroga entra en la eternidad por la vía del infierno.[20]

Sin duda, todo el poema se subordina a ese pasaje de implicancias universales, que debilita –sin eliminar– el interés histórico o político del acontecimiento. Este arrastra su escena,

---

a la revisión del proceso. El "Barranca Yaco" de Cárcano integra "La tragedia" de Quiroga, que comienza donde el de Sarmiento y toma ocho capítulos, varios relativos al proceso bonaerense, que halla tendencioso más allá del resultado. Adolfo Saldías, *Historia de la Confederación Argentina - Rozas y su época*, t. II, capítulo "Barranca Yaco", Buenos Aires, Lajouane, 1892 (2ª edición); David Peña, "Barranca-Yaco", *Contribución al estudio de los caudillos argentinos. Juan Facundo Quiroga. Conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, Coni, 1906; Cárcano, *Juan Facundo Quiroga*, pp. 245-283.

[17] Sobre *Causa criminal*, Salvatore, "Barranca Yaco", pp. 75-77.

[18] Cárcano, *Juan Facundo Quiroga*, pp. 227-229.

[19] *Ibid*., p. 358.

[20] Jorge Luis Borges, "El general Quiroga va en coche al muere", en *Luna de enfrente*, Buenos Aires, Proa, 1925, pp. 15-16. Según Joaquín V. González, el tenor de su muerte había devuelto al caudillo riojano la popularidad menguada por su etapa porteña, diluyendo sus viejas ferocidades ("Facundo" [1888], *La tradición nacional*, Buenos Aires, UNIPE, 2015). Borges explotará esa reparación en "Diálogo de muertos", donde Quiroga agradece a Rosas haberle preparado una muerte extraordinaria (*El hacedor*, Buenos Aires, Emecé, 1960, pp. 24-27).

que es por donde el relato ha comenzado; un paisaje lúgubre, oscurecido por el crimen que anuncia: "El madrejón desnudo ya sin una sé de agua / y la luna atorrando por el frío del alba / Y el campo muerto de hambre, pobre como una araña". Puede haber más que coincidencia entre estos versos y un pasaje del científico Germán Burmeister fechado en 1859, hoy reunidos por una placa conmemorativa en el sitio. En él, el alemán dice seco el lecho que, sin embargo, sabe "torrencial" en época de lluvias (de allí el quichuismo "yaku"), a la vez que registra lo accidentado de un terreno poco apto para el tránsito en galera, capaz de hacer "hamacarse" y "rezongar" el "galerón enfático, enorme, funerario" de Borges. Sin ser mucha, la "altura" a la que alude el poeta quizás recoja un dato más general: que esta senda del piedemonte era alternativa a la del bajo, que solía anegarse. En todo caso, solo el crimen cardinal pudo empobrecer al punto del hambre un monte tupido, casi inmediatamente regado por un aguacero copioso. Ya Burmeister había hallado "siniestro" el sitio (que decía caro a salteadores de caminos), añadiendo un eslabón a una larga cadena de imposiciones de la historia sobre el espacio.

6 Lo que para Sarmiento pudo aparecer como un condensador histórico-romántico del drama argentino será ya en la perspectiva de David Peña un parteaguas de la historia nacional.[21] "Barranca Yaco" representa la supresión violenta de aquel capaz de enfrentar a Rosas y conducir el proceso de organización nacional que este dilataba. Quiroga es así el predecesor de Urquiza y su asesinato la consagración de un conflicto largo e irresuelto entre Buenos Aires y las demás provincias. El motivo no es nuevo: estaba, al menos, en el muy difundido *Manual de la historia argentina* de Vicente F. López, nada partisano pero rico en autocríticas por no haber comprendido aquel liderazgo "interior", ni las consecuencias políticas de aquella muerte.[22] Allí, merced a la lógica del mayor interés, López daba por descontada la responsabilidad de Rosas e invitaba a probarla; tarea a la que Peña se consagra y que constituye su primera continuidad con la tradición liberal. Así acumula acusaciones previas, dibuja un Rosas frío y calculador semejante al sarmientino, señala los tentáculos de la justicia bonaerense sobre el proceso criminal cordobés y ensaya un careo contrafáctico con el extracto de la causa.[23] "La tragedia nos llama", anuncia, y se lanza a una demostración fundada en desenlaces alternativos: ¿se hubiera tolerado el tenor conciliador de la misión de Facundo? ¿Rosas podría haber desestimado tanto el Pacto Federal…?[24] A la vez, Peña se aleja de aquella tradición en su –más novedosa– vindicación de Quiroga. Una contraimagen que no impide su designación como miembro de número de la Junta de Historia y Numismática, en el propio 1906, y de la que luego beberán otros; también ciertas revisiones provinciales cuyo antirrosismo provenía de la crasa asimilación de Rosas al centralismo, o el interés, bonaerenses.[25]

[21] Tulio Halperin Donghi, "Facundo y el historicismo romántico", *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996.
[22] Vicente Fidel López [1896], "Lección L", *Segunda Parte. Período de la Independencia. Manual de la historia argentina*, Buenos Aires, AV. López editor, 1910, pp. 706, 707.
[23] La sustracción del proceso judicial al estado confederado de Córdoba, fundada en la implicación de los Reinafé y el tenor oficial de la misión de Quiroga, aunque avalada por las provincias, es también leída como extralimitación de Rosas en el Encargo de Relaciones Exteriores.
[24] Peña, "Barranca-Yaco", pp. 413, 429.
[25] Sobre las revisiones tempranas de la narrativa liberal y el revisionismo *tout court*: José Carlos Chiaramonte, "En torno a los orígenes del revisionismo histórico argentino", en A. Frega y A. Islas (coords.), *Nuevas miradas en torno*

Cárcano no será de la partida. Miembro de aquella Junta desde 1901, dos veces gobernador de Córdoba y lector de Saldías, de Peña, e incluso del Ibarguren *formativo*, conserva en 1931 un apego a la tradición liberal que, sin declinar antirrosismo, se aplica especialmente a impugnar la imagen del Quiroga "organizador".[26] Su mirada, por lo demás, se comprende menos como una rehabilitación provincial que como una perspectiva siempre central. Así sigue los procesos judiciales "de" Barranca Yaco en sus dos escenarios –transitando el núcleo mismo de la enajenación de facultades–, entre paciente reconstrucción y juicio moral a un pasado lleno de "Caínes". Y así puede, a la vez, exculpar a Rosas del crimen y denunciarlo por su utilización: "Barranca Yaco es una fuente perenne de explotación federal [con la que] Rosas sacude a su favor el sentimiento público"; esto desde que partió de Córdoba una galera roja, conduciendo a Buenos Aires los restos del caudillo y "encendiendo en el largo camino el recuerdo trágico de Barranca Yaco" (acontecimiento puro).[27]

Quizás Cárcano presumiera que ese también largo recuerdo volvería a tensarse hacia el centenario del asesinato de Quiroga.[28] "El Sentimentalismo Regional y la Reacción Trabajan por una Reivindicación Imposible", denuncia el 2 de marzo de 1935 un artículo de *Crítica*, alarmado menos por las reválidas populares y locales –riojanas en especial– que por la proliferación de revisiones de una derecha intelectual fascistoide, que hallaría en Rosas o Quiroga héroes acordes a sus ideales de fuerza. En esa serie imaginaba el autor la próxima aparición de "una revista que se llamará 'Quiroga' o 'Facundo' bajo la dirección de una prestigiosa figura intelectual", de la que predecía "su evolución o su salto mortal a las regiones del corporativismo".[29]

Pero Saúl Taborda era más complejo. *Facundo* se abrirá con una "Meditación de Barranca Yaco" encadenada al "brillante alegato de revisión" de Peña pero tan distante de la Junta de Historia como del emergente revisionismo nacionalista.[30] Quiroguiana y antirrosista mas también, si cabe, antiliberal y antifascista.[31] En lo que hace al pasado, su revisión se integra a una vasta serie de reconsideraciones en las que el componente provincial es significativo: "Barranca Yaco" es, como en Peña, el gran quiebre histórico, porque consagra la hegemonía bonaerense. En lo que hace al presente, la figura sostiene una analogía entre dos eras, expresiva

---

*al Artiguismo*, Montevideo, FHCE, 2001; Alejandro Cattaruzza, "El revisionismo: Itinerario de cuatro décadas", en A. Cattaruzza y A. Eujanian, *Políticas de la historia: Argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003; Fernando Devoto, "El revisionismo histórico", en F. Devoto y N. Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 204-209 en especial. Sobre revisiones en otros registros, María Julia Blanco y Alejandro Eujanian, "Rosismo y antirrosismo en *Los dramas del terror* de Eduardo Gutiérrez y sus nuevas versiones a través de los diversos contextos de edición (1881-1940)", *Claves. Revista de Historia*, nº 9, 2024.

[26] En 1879, cuando vivaba a otro "conquistador", había encarado el papel de Quiroga en la campaña del desierto, luego inicio del libro. Peña murió en 1930.

[27] Cárcano, *Juan Facundo Quiroga*, pp. 325, 327.

[28] Muchos testimonios en Mina Navarro, *Planteamiento de un problema: la heterodoxia de Saúl Alejandro Taborda (1885-1944)*, tesis doctoral en Estudios Latinoamericanos, México, UNAM, 2011.

[29] José Barreiro, "El Sentimentalismo Regional y la Reacción Trabajan por una Reivindicación Imposible", *Crítica*, 2 de marzo de1935, p. 3.

[30] Al que lo acerca el antiimperialismo pero del que lo alejan el nacionalismo y el rosismo. Saúl Taborda, "Meditación de Barranca Yaco", *Facundo (Crítica y polémica)*, nº 1 (reproducido en *Saúl Taborda. Escritos políticos, 1934-1944. Escritos póstumos*, Córdoba, UNC/Biblioteca Nacional, 2008), p. 11. Una mirada ácida de la *Historia de la Nación Argentina* de Levene, pp. 14 y 15.

[31] Ana Clarisa Agüero y Diego García, "Saúl Taborda y el *comunalismo:* una fórmula histórico-política para un país confederal", en C. Altamirano y A. Gorelik (eds.), *La Argentina como problema*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

de una dramática continuidad: ayer, la muerte de Quiroga, hoy las violencias en el Parlamento (y, de inmediato, la muerte de Enzo Bordabehere); ayer el preludio de la "dictadura" de Rosas, olfateada por Sarmiento, hoy la que otros avizoran en la figura de Agustín P. Justo (quienes comienzan a ver en él no apenas un remedo sino un fascista auténtico). De allí "la significación *actual* de la tragedia de Barranca Yaco", "vaga mancha sanguinolienta" diluida por escritores y literatos "falsificadores".[32] En ella, Taborda busca fundar históricamente su "federalismo-intercomunalista", un programa nutrido, en rigor, de fuentes muy variadas: anarquismo, comunalismo hispánico, socialismo, inquietud nacional... Pero hay también otras visitas:

> Se anuncia el propósito de colocar un monolito en el recodo de Barranca Yaco.
>
> Mister Queenaf, escultor internacional, lo ha concebido en la forma de una bala semejante a las que se fabricaban en Southampton allá por 1835.
>
> Nosotros, los gauchos de tierra adentro, nos contentamos con el dolmen figurado por las piedras de los montes nativos. Y regalamos el proyecto de Mister Queenaf a los jóvenes nacionalistas peregrinos de la Vuelta de Obligado.
>
> Les pertenece.
>
> Les pertenece la bala y también el héroe que hizo de ella su gloria.[33]

Mientras que la aludida "falsificación" histórica sugería un blanco liberal, este acceso poético-polémico, complementario a la "Meditación", va en otro sentido: Taborda se carga a Rosas y al revisionismo nacionalista en simultáneo, afincado en el autonomismo pre o anticonstitucional que opone a la crisis de la democracia. Los Irazusta venían de publicar entonces su *Argentina y el imperialismo británico*, estaba en marcha la comisión por la repatriación de los restos de Rosas y, en efecto, el centenario del asesinato de Quiroga (que rondan figuras oficiales como Leopoldo Melo) había estimulado algún proyecto conmemorativo. Como respuesta, Taborda juega con el apellido de un escultor que evoca el Queenfaith de los Reinafé, oponiendo así Facundo a Rosas y a ese clan, Barranca Yaco a Obligado, Taborda y sus "gauchos de tierra adentro" (quiroguianos) a los peregrinos nacionalistas/rosistas, dólmenes nativos a monolitos. La bala de Barranca Yaco no ha dejado de dispararse a lo largo de un siglo. Buenos Aires contra las provincias, por decirlo de algún modo.[34] De cruces, Taborda no habla.

7 Ya en 1938, algunos de aquellos nacionalistas cierran filas en el Instituto Juan Manuel de Rosas, mientras la Junta de Historia y Numismática deviene Academia Nacional de la Historia, y una flamante Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos fija la mirada en otros puntos del Camino Real. En tanto vocal, Cárcano propone la expropiación de la posta de Sinsacate, su iglesia y su cementerio –once kilómetros al sur de Barranca Yaco–, testimonios "intactos" del pasado colonial y temprano-republicano.[35] Ricardo Levene,

[32] Taborda, "Meditación", pp. 10 y 3. Es probable que esta "falsificación" viniera del Ghioldi de *Soviet*, en 1934, antes que del nacionalismo. Cattaruzza, "El revisionismo".
[33] Saúl Taborda, "Dolmen", *Facundo*, nº 1, 1935, pp. 17-18.
[34] Adrián Gorelik, "Buenos Aires y el país: figuraciones de una fractura", en C. Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel, 1999, pp. 141 en adelante.
[35] Propiedad del Banco Hipotecario de la Nación. *Boletín* de la CNMMLH, Año I, nº 1, 1939, p. 252.

presidente de la Comisión y de la Academia, recomienda pedir informes al delegado honorario en Córdoba, Francisco Silva, autor de una temprana "revisión" afín al Paraguay y a los últimos caudillos (1918).[36] Producto de esa convivencia aún poco problemática, entre 1940 y 1941 la posta de Sinsacate deviene Monumento Histórico Nacional, mientras la Ruta 9 trazada por Vialidad se aleja de esta senda del Camino Real.[37] La elección es congruente con el curso de una institución que, volcada a promover el "culto de la historia patria", había dado un sesgo *organizador* a su actividad, poniendo las eras revolucionaria y constitucional en primer término.[38] Y si, respecto de Córdoba, eso se extiende a su patrimonio colonial, también elude una era de guerras civiles cuyo tipo representativo, el *caudillo*, se vuelve más urticante conforme se polarizan los rescates e impugnaciones historiográficos, incluidas las lecturas más abiertamente políticas del pasado.[39] Así Barranca Yaco se ausenta de los "lugares" que la Comisión Nacional censa y consagra en esos años.[40]

Notablemente, en el mismo 1941, la recién nacida Junta Provincial de Historia toma otro rumbo. En julio, la Biblioteca Popular del Club de Ajedrez de La Calera anuncia una conferencia a cargo del miembro Gontrán Ellauri Obligado, llamada "Para una historia de Barranca Yaco". Con dejo programático, esta promete volver sobre tres tópicos que no podrían decirse novedosos: el tenor oficial –bonaerense o no– de la misión de Quiroga, las causas de su asesinato y la eventual responsabilidad de Rosas. Todo lleva a pensar que tampoco la lectura era novedosa, aunque se apartara de la solución dada por Cárcano, como ya había hecho Taborda siguiendo a Peña, Sarmiento y otros. Ellauri Obligado, nieto de Pastor y primo de Rafael, habría combinado desde joven gauchesca y antirrosismo, desplegando su afición de escritor en la prensa porteña y cordobesa e incursionando en la poesía, la historia y la canción.[41] Al menos un texto anterior había ido al grano en 1933 (*Por la verdad de la historia. Juan Manuel de Rosas. Su complicidad en el asesinato de Quiroga*) y son varias sus intervenciones el año del centenario, fundadas en su presunta posesión de la declaración de Santos Pérez. En todo caso, lo que aquí interesa es el acento en Barranca Yaco, con su carga conflictiva, acaso inseparable de la que, en términos nacionales, portaba la ínsula democrática radical de Amadeo Sabatini y Santiago del Castillo, artífice de la Junta provincial.[42]

[36] Devoto, "El revisionismo histórico", p. 207.
[37] *Boletín* de la CNMMLH, Año III, Nº 3, 1941, pp. 447-448. Sobre la heterogeneidad inicial y la normalización de la Junta, ver Cattaruzza, "El revisionismo"; Devoto, "El revisionismo histórico".
[38] Decreto de creación de la CNMMLH, *Boletín* de la CNMMLH, Año I, nº 1, 1939, p. 7.
[39] María Sabina Uribarren, "La Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos de la Argentina, entre 1938 y 1946: el patrimonio cultural y la construcción de una idea de nación", *Cuadernos de Historia*, nº 11, 2009, p. 230. Levene se inquieta ante el Museo Histórico Nacional: una sala pequeña para "la gesta revolucionaria de Mayo", otra para "los símbolos de la nacionalidad", "mientras que la época de la tiranía de Rosas cuenta con dos salas amplísimas". Ravignani calla. Sesión del 3/10/1938, en *Boletín* de la CNMMLH, Año I, nº 1, 1939, p. 221.
[40] En 1946, cuando en Sinsacate se inaugure el Museo Rural, Levene recordará que en ese "edificio característico de las postas antiguas" se había velado a Quiroga. *Boletín* de la CNMMLH, Año IX, nº 9, 1948, pp. 334-336.
[41] Ya en 1918 Ellauri había asentado la imagen de un Rosas maquinador: "¿Qué piensa el futuro verdugo de su patria?", se pregunta. "De la romancesca vida de Lavalle / La famosa entrevista de Cañuelas", *Caras y Caretas*, nº 1032, 1918. En 1938 publica una *Historia de la provincia de Córdoba* para uso escolar; firma como "Académico fundador de la Academia Americana de la Historia".
[42] Arturo Capdevila la había abolido en "Romance de Barranca Yaco": la partida criminal deja a Quiroga seguir viaje; así, "otra correrá la historia", Enrique González Trillo y Luis Ortiz Behety, *Lecturas obligatorias para la escuela primaria. Quinto grado*, Buenos Aires, Librería del Colegio, 1940, pp. 38-40.




Fig. 2. Afiche de la Biblioteca Popular Mariano Moreno, La Calera, 1941. Disponible en: http://v.conabip.gob.ar/archivo_historico/2045gris001001-0

La voluntad de ser provincial es "la lección del 'caos' y de la 'anarquía' que resuena, a lo largo de un siglo, en el dolmen de Barranca Yaco", dice Taborda en 1935. Al parecer, se trata de un dolmen más que "figurado". Ya en los años veinte podía verse un cartel conmemorativo, que el diario *Córdoba* registra ahora junto al testimonio de un paisano centenario; "el paisaje, otrora salvaje, se ha dulcificado", concluye.[43] La cuestión del monolito está dando vueltas pero, más que ella, interesa la luz incidental arrojada por la conmemoración sobre ese suelo duraderamente oscuro.

El dejo tenebroso había alcanzado a Borges y trascenderá a su cita neofigurativa por Luis Felipe Noé, en la *Serie Federal* de 1961. Serie pictórica de tema histórico-político que, en conjunto, viene a sugerir que, detrás de toda aparente conciliación, late una conflictividad antigua y violenta –por caso, detrás de las medidas que aligeraron sin abolir la proscripción del peronismo, hacia el final del plan CONINTES–.[44] Esos son los demonios que, a juicio de Noé, el federalismo supo "invocar" y que es preciso volver a traer. El *caos* de la Nueva Figuración se estrella contra la "mediocre democratización" que marca la hora, dirá uno de sus críticos; gesto muy habitado por revisiones anteriores, de las que este nuevo ángulo subraya la inflexión primitiva, sangrante y popular.[45] Así, nuevamente pero alimentando otro linaje, "El general Quiroga va en coche al muere", saturando la clave psicológica: la galera toma todo el cuadro, con su cochero ya muerto y un virtual Rosas que empuja, mira o se figura en otro plano; acaso en la cabeza enorme e hirsuta de Quiroga, que *sabe* y *va*, arrastrando el espacio a su destino fatal. El paisaje no es ya siquiera aquel telón de Caccianiga.

[43] *Córdoba*, 15 de febrero de 1935, citado en Navarro, *Planteamiento*, p. 259.
[44] Plan Conmoción Interna del Estado, implantado en 1958 por el gobierno de Frondizi.
[45] Salvador Linares, "Crítica de exposiciones: Luis Felipe Noé expuso recientemente en la galería Bonino una inquietante serie de óleos con motivos históricos", *Del Arte: plástica, literatura, teatro, música, cine*, *t. v*, nº 1, julio de 1961; Roberto Amigo, "Las armas de la pintura", en *Las armas de la pintura. La Nación en construcción (1852-1870)*, Buenos Aires, MNBA, 2008, p. 19.

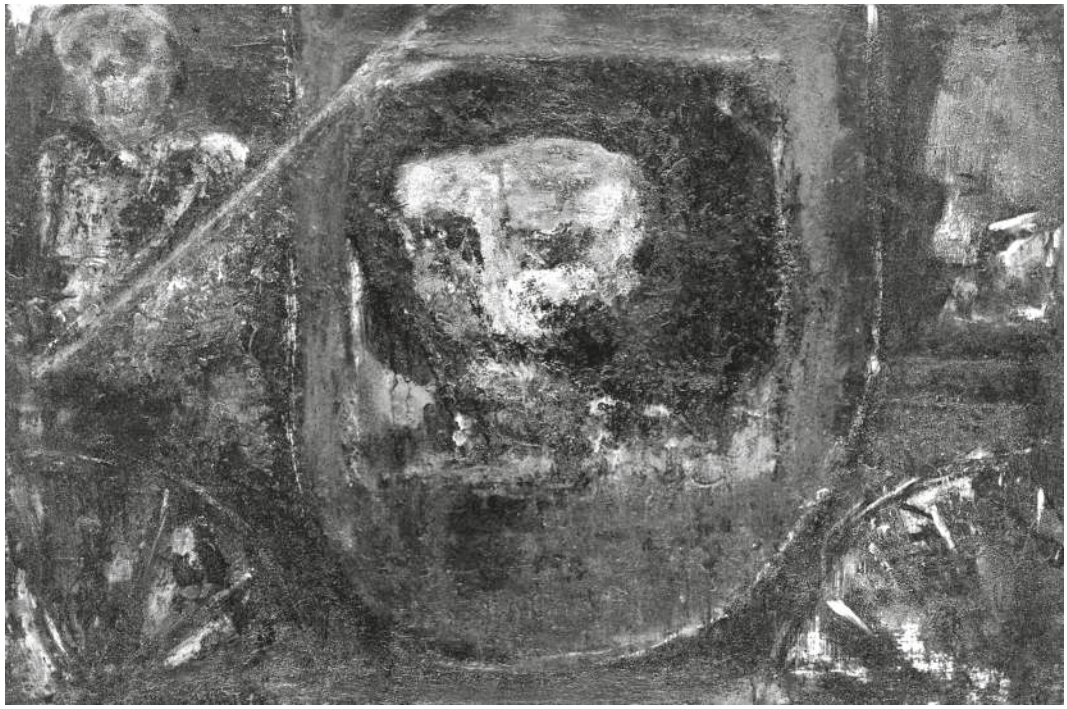


Fig. 3. Luis Felipe Noé, *El General Quiroga va en coche al muere* (1961), Serie federal, óleo sobre tela, 90 x 60 cm. Colección particular, gentileza archivo Fundación Luis Felipe Noé.

El 15 de setiembre de 1975, la policía del Departamento Totoral cursa un pedido de autopsia al director de la Morgue de Córdoba, destinado al "cadáver de una persona de sexo masculino no individualizada, que fuera encontrada en el interior de un aljibe existente en una casa abandonada, sita en el paraje 'Barranca Yaco', próxima al monolito que perpetúa la memoria de JUAN FACUNDO QUIROGA…".[46]

El mentado monolito ofrece ya una consolidada referencia espacial al hallazgo. La incógnita por la identidad del muerto no dura demasiado. Al día siguiente, el matutino *La Voz del Interior* anuncia: "Encontraron en Barranca Yaco un cadáver mutilado con explosivos [ ] se trataría del guerrillero Marcos Osatinsky".[47] No era un caso cualquiera: el entonces dirigente montonero había sido asesinado en Córdoba el 21 de agosto anterior, y su cuerpo secuestrado en la medianoche del 23, a poco de iniciado el traslado a Tucumán para su entierro. Esos hechos, aunque tergiversados y contenciosos, eran públicos, y habían provocado variadas reacciones. En

[46] Este y otros documentos policiales son ponderados y reproducidos en Lucía Ríos, *Indagaciones antropológicas en torno a los cadáveres de personas asesinadas por motivos políticos durante la década de los setenta*, tesis de Doctorado en Antropología, Universidad Nacional de Córdoba, 2022, pp. 330 y siguientes.
[47] *La Voz del Interior*, 16 de septiembre de 1975, citado en Ríos, *Indagaciones*, p. 173. Sobre la figura: Horacio Tarcus (dir.), "Osatinsky", *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007; Mora González Canosa y Emmanuel Kahan, "Identidad política y etnicidad. La trayectoria militante de Marcos Osatinsky, fundador de las Fuerzas Armadas Revolucionarias", *Memoria Académica*, vol. 19, nº 9, 2021.

esa arena, algunos de los datos que la nota consignaba sumariamente tenderían a borrarse o transfigurarse. El de la detonación y mutilación del cuerpo se suprimiría en la segunda autopsia oficial; otro, de localización, se perdería en los meandros de la imaginación política: según *La Voz del Interior*, el aljibe se hallaba a unos 200 metros al oeste del monolito de Barranca Yaco.

Pocos días después, la novísima revista *Evita Montonera* consigna:

> **La misma historia argentina**
>
> El jefe montonero Marcos Osatinsky fue asesinado por la policía cordobesa. Su cuerpo fue robado cuando lo trasladaban a su provincia natal, Tucumán.
> El 14 de setiembre apareció el féretro dinamitado en Barranca Yaco, junto al monolito que recuerda a Facundo Quiroga.
> Facundo, jefe montonero, fue asesinado por los Reinafé, mandatarios entonces de Córdoba.
> Marcos, por el Brigadier Lacabanne.
> Los hermanos Reinafé murieron ahorcados por Rosas.[48]

Así, aquello que estaba "próximo" o distante 200 metros, pasa a estar "junto"; el aljibe desaparece, la casa también; subsisten apenas, anudados a Barranca Yaco, el monolito que recuerda el asesinato de Facundo y el féretro dinamitado de Osatinsky. La mengua espacial es inversa a la valoración simbólica de Barranca Yaco, implícita en la analogía. Sin duda, una analogía que podría haber reposado en un hecho fortuito, alguna razón práctica que llevara a los perpetradores a cometer ese acto allí y no en otra parte. Pero también una analogía que resulta fluida merced a la saturación significante de "Barranca Yaco" y su sinuosa carrera a través de las tradiciones políticas e historiográficas. De un lado, Osatinsky y Quiroga, del otro, Lacabanne y los Reinafé, según las formas estilizadas de un revisionismo consagrado por el líder desde la resistencia peronista. Pero el conflicto se ha trasladado al interior del movimiento, siguiendo las crispaciones del cisma entre sus alas izquierda y derecha. *Evita Montonera* busca su Rosas justiciero en ese inclemente cielo peronista, que deja vacante el último término de la analogía.

La figura de Lacabanne, interventor de la provincia, conecta el episodio con un drama más vasto, marcado por la agudización de la represión estatal y paraestatal, que aquella derecha empuja más allá de la "depuración" interna.[49] Todo se encamina a la nacionalización del Operativo Independencia, a la regionalización de la inteligencia "antiinsurgente" y al establecimiento de un *sistema* desaparecedor; y ha sido en el juego entre inteligencia del ejército y la policía de Córdoba, entre asomos legales y torturas inconfesables, en oscuros grupos de tareas que incluyen civiles, que se ha jugado la suerte de Osatinsky y de su cuerpo muerto.

La proyección local de la Alianza Anticomunista Argentina es fluida desde el año anterior: de López Rega a Lacabanne o el capitán del Ejército Héctor Vergez. En breve, la horda

[48] *Evita Montonera*, Año 1, nº 7, septiembre de 1975, p. 31.
[49] Marina Franco, *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012; Juan Luis Besoky, Introducción al dossier "Aportes para repensar el entramado represivo en el tercer gobierno peronista, 1973-1976", *Historiapolítica.com*, 2023; Juan Luis Besoky, "La derecha peronista entre la última dictadura militar y el gobierno democrático radical. Una aproximación a través de las trayectorias de vida de sus militantes", en E. Bohoslavsky, O. Echeverría y M. Vicente (coords.), *Las derechas argentinas en el siglo XX. El retorno democrático y el largo plazo*, Tandil, Editorial UNICEN, 2023.

que este último conduce en Córdoba pasará a firmar sus crímenes como "Comando Libertadores de América" (CLA).[50] Un arcaísmo más liberal que revisionista y más americano de lo que el nacionalismo señalado en algunos de sus integrantes permitiría imaginar, pero que une al ánimo refundacional (también presente en el "Operativo Independencia") el norte continental del sistema represivo.

Respecto de Barranca Yaco, es notable que el señalado deslizamiento de las referencias espaciales no se produzca solo en la veloz sinopsis de *Evita Montonera*, que Roberto Baschetti prolongará en la imagen de una detonación "junto al monolito".[51] Vergez, que se había vanagloriado de su protagonismo ante la esposa de Osatinsky, cautiva en la ESMA, para desligarse de todo en sus memorias, asienta en tercera persona: "Cuando el féretro de Osatinsky era transportado para su publicitado sepelio en su provincia natal, Tucumán, un grupo armado del 'Comando Libertadores de América' impidió que saliera de Córdoba, apareciendo luego dinamitado *al pie* del monolito que recuerda, en Barranca Yaco, el asesinato de Juan Facundo Quiroga".[52]

10 Aunque todo indica que la elección del sitio fue deliberada, no resulta evidente lo que los "libertadores" creyeron hacer con ello. Según el exitoso Ceferino Reato, con sus fuentes tan reservadas, la operación habría sido comandada por Vergez y Raúl Telleldín, cabezas de la alianza entre ejército y policía que el CLA prolongaba. Tras el secuestro del ataúd, el segundo habría exclamado: "¡Vamos a hacerlo nacionalista, vamos a tirarlo a Barranca Yaco!".[53] En 2017, Vergez volverá sobre el evento, ahora como partícipe, sea rememorando, sea parafraseando la expresión fijada por Reato.[54]

En términos generales, desde su confluencia con vertientes del nacionalismo plebeyo y la asunción historiográfica del líder, la derecha peronista había estabilizado ciertos componentes ideológicos, uniendo a su anticomunismo y a su antisemitismo una cierta visión revisionista del pasado nacional.[55] Por vaga e inarticulada que fuera, esta ha sido señalada tanto en la Triple A como en el CLA, e incluso habría entre los miembros de este comando algún aficionado a la historia argentina, según dice del militar Luis Manzanelli una sobreviviente de La Perla.[56] Los precisos odios políticos que Osatinsky concitaba pudieron unirse entonces a los arraigados lugares comunes de esa derecha que acusaba en las organizaciones armadas –comenzando por

[50] Melisa Paiaro, "Exhibir el terror. El Comando Libertadores de América: Entre el asesinato político y la restauración de la honra", en A.C. Solís y P. Ponza (comps.), *Córdoba a 40 años del golpe. Estudios de la dictadura en clave local*, Córdoba, Editorial FFYH-UNC, 2016.
[51] "Osatinsky, Marcos", disponible en robertobaschetti.com/osatinsky-marcos/.
[52] Sara Solarz aludió a los dichos de Vergez en reiteradas declaraciones desde comienzos de los ochenta, varias consideradas en la instrucción de la Causa Barreiro, de 2010, por la Justicia Federal. Héctor Vergez (Capitán R.), *Yo fui Vargas. El antiterrorismo por dentro*, Buenos Aires, edición del autor, 1995, p. 149, subrayado nuestro.
[53] Ceferino Reato, *¡Viva la sangre! Córdoba antes del golpe*, Buenos Aires, Random-Mondadori, 2013, p. 109.
[54] "Héctor Vergez: confesiones de un capitán indecente", entrevista de Waldo Cebrero, *Enredacción*, 28/12/2017, enredaccion.com.ar/hector-vergez-confesiones-de-un-capitan-indecente/. El periodista precisa las coordenadas del atentado.
[55] Daniel Lvovich, "Las derechas nacionalistas frente al peronismo", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 24, 2020; Cattaruzza, "El revisionismo"; Besoky, "La derecha peronista".
[56] "Causa Barreiro y otros", Instrucción, Expediente 12.627, Justicia Federal, Córdoba, 2010, pp. 249-250.

las peronistas– un factor apátrida ("marxista" y "sinárquico") que debía ser eliminado.[57] Y aquí debió contar, tanto o más que el origen judío de Osatinsky, su pasado comunista y su peronización a partir de la izquierda revolucionaria; es decir, su peronismo no "a secas".[58]

Con todo, dado que el revisionismo era muy variado, el modo en que Barranca Yaco volvería "nacionalista" a Osatinsky es menos claro. Y aun dentro de esa oscuridad y ese evidente desquicio, cabría imaginar al menos dos asociaciones brutales, capaces de excitar la imaginación de los perpetradores. Una partiría de un genérico revisionismo, tributario de un también genérico nacionalismo, según el cual los caudillos eran la nación y, por tanto, el fantasma de Quiroga era capaz de aleccionar el alma díscola de Osatinsky.[59] Otra, en cambio, prolongaría algunas de las genealogías más precisas, que distinguían hasta enfrentar a Rosas y Quiroga. Así, la propia identidad "montonera" asimilaría los destinos disolventes de Quiroga y de Osatinsky, lúgubremente reunidos en Barranca Yaco por quienes eran, creían ser, los representantes del orden (en el extremo, Rosas).

Que ni la elementalidad ni el salvajismo excluyen alguna idea de la historia lo demuestra uno de los referentes de Vergez y Telleldín: José López Rega, quien, a días de la muerte de Perón, había logrado la aprobación parlamentaria de un monumental "Altar de la Patria", bajo el signo de la "unidad nacional".[60] Rosas y Quiroga convivirían allí con algunos de sus conspicuos enemigos, lo que en parte corría la frontera entre lo nacional y lo no nacional, en el mismo momento en que –ya en registro doblemente esotérico– López Rega impulsaba la "depuración interna" del peronismo, contra los presuntos agentes del comunismo internacional.[61]

Por lo demás, conviene no descuidar la predilección de la izquierda peronista por la figura de Quiroga, distante de las menos fluidas invocaciones de Rosas, a las que *Evita Montonera* no escapaba del todo. Rodolfo Ortega Peña, nieto de ese gran vindicador que había sido David Peña, ya había dibujado en *Facundo y la montonera* (1968) un Quiroga "revolucionario", y sería el primer muerto reconocido de la purga "patriótica" de la Triple A, el último día del mismo julio de 1974.[62] También en ese año, "La muerte de Quiroga", historieta de Héctor Oesterheld y Leopoldo Durañona en *El Descamisado*, debilitaba su exculpación de Rosas invocando al organizador malogrado: "Quiroga, *mucho más que Rosas*, era la esperanza *más auténtica* de la integración nacional".[63]

[57] Entre las razones de aquel odio, la toma de la localidad de Garín en 1970, cuando revistaba en las FAR, el plan de fuga del penal de Rawson, en agosto de 1972, o su asociación con el asesinato de Rucci.
[58] La expresión remite a Felipe Romeo, director de *El Caudillo de la Tercera Posición*, ligado a la Triple A; citado en Besoky, "La derecha peronista", 2023, p. 11.
[59] Nicolás Suárez avanza en esta dirección, señalando una también común clave paranoica en el atentado y en *Yo maté a Facundo*, película de Hugo del Carril estrenada en mayo de 1975. Nicolás Suárez, "Ficción paranoica y revisionismo en *Yo maté a Facundo*, de Hugo del Carril", ponencia en *Actas del V Congreso de AsAECA*, 2016.
[60] Nicolás Kasansew, "El proyecto faraónico que no fue", *La Prensa*, 5 de noviembre de 2024.
[61] Esa "depuración" estimula especialmente al CLA, cuyas primeras acciones se concentran (exceptuados un delito común y una venganza –Paiaro, "Exhibir"–) en el peronismo de izquierda; el crimen de Osatinsky y el encarnecimiento con su cuerpo marcan un punto alto de esa orientación, que comienza a virar el día previo, con el intento de copamiento de la D2 por el PRT-ERP, el 20 de agosto.
[62] Un Quiroga revolucionario, cuyo ansiado retorno (según el arquetipo heroico) anuncia el del líder del peronismo, dice Larrue, "Variations", p. 15. Sobre el texto de Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde, véase también Tulio Halperin Donghi, "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional", *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996.
[63] Reproducido en Ignacio Barbeito y Javier Trímboli, *Sombra terrible. Sarmiento entre civilización y barbarie*, Córdoba, ISEP, 2023, p. 57. Subrayados nuestros.

Aunque indecidible y confuso, algún sentido habita la oscuridad de este "Barranca Yaco". Si, en su momento, el recurso al aljibe pudo ser una "firma", como sugiere Ríos, capaz de encadenar una serie de atentados semejantes con vistas a un disciplinamiento de tipo capilar general, el caso de Osatinsky introduce una variación significativa.[64] El rápido borramiento del aljibe en las evocaciones del episodio, en beneficio del monolito y el paraje, expone un conflicto *para entendidos*, que se libra a través de las tradiciones políticas del siglo XIX. La inexactitud espacial corresponde acabadamente a la nitidez simbólica del acontecimiento liminar, leído como fuese. En este punto, *Evita Montonera* expone un reconocimiento inmediato. Y, si no en otro sitio, dentro de las tradiciones políticas el nombre de Osatinsky trascenderá (contra el anatema de Vergez), recargando el acontecimiento originario: "Marcos murió. Volaron el cadáver en Barranca Yaco. Compartió el polvo y la sangre con Facundo. Mi hijo nació unos meses después. Lo llamamos Marcos".[65]

11 El lugar del asesinato de Quiroga fue elegido en segunda instancia, deshecho un plan en San Pedro y atento a razones prácticas: si el primero debía ser "Antes de que entrara en territorio de Santiago", ambos debían ser aptos para una emboscada.[66] En el caso de Osatinsky, cuyo cuerpo "no tenía que llegar a Tucumán", un largo rodeo que excedía ese tipo de razones llevó a desandar cincuenta kilómetros y ciento cuarenta años hasta Barranca Yaco.[67] En 1835, un lugar elegido por sus atributos físicos; en 1975, por su carga simbólica.

Poco de esas rutas lúgubres resonará en las intervenciones territoriales del ciclo democrático ulterior, comenzando por el Programa de Revalorización Histórico-cultural y de Promoción Turística del Camino Real, iniciativa legislativa de 1989.[68] Ocho años después, se roza el absurdo: mientras algún inconveniente judicial demora la concreción de una donación de terreno propuesta en 1972, que incluía el monolito, otra oferta es sumariamente aprobada por la Legislatura de Córdoba. Parece tratarse de un lote conexo, mayor pero en pendiente negativa, desprendido de la vieja estancia Totoral Grande; es probable que sus dueños también lo fuesen ahora del terreno donado "por otros anteriores propietarios", sin que sea claro si este era el mismo de la casa y el aljibe abandonados. Lo curioso es que la contraparte estatal prevé la construcción "de un monolito recordatorio del General Juan F. Quiroga" y/o de la "infraestructura necesaria"; ambos elementos recogidos en el veto que, amparado en imprecisiones históricas y de otro tipo, ejercerá el gobernador radical Ramón B. Mestre. Por un lado, se inquiría qué justificaba históricamente la construcción de "otro monolito" conmemorativo; por otro, se objetaba nivelar un terreno señalado como una "hondonada", sujeta al ritmo estacional de las lluvias.[69]

[64] "Firma", en especial, respecto del sonado crimen de la familia Pujadas. Ríos, *Indagaciones*.
[65] Martín Gras, respuesta en "La madre de todos nosotros", *Revista Haroldo*, 5 de diciembre de 2020, disponible en: revistaharoldo.com.ar/nota.php?id=563.
[66] *Causa criminal*, p. 6.
[67] "Héctor Vergez"; Informe de la Policía Federal del 25 de agosto de 1975, reproducido en Ríos, *Indagaciones*; FMI Cable, "*Recent Death of Montonero leader Marcos Osatinsky in Cordoba*", 26 de agosto de 1975, documento secreto desclasificado en 2019; disponible en: nsarchive.gwu.edu/document/18418-national-security-archive-doc-02-fbi-cable.
[68] Ley provincial Nº 7812.
[69] Veto Total del Poder Ejecutivo Provincial a la Ley Nº 8644, en *Compilación de Leyes culturales, 1983-2002*, Legislatura de la Provincia de Córdoba, 2023, pp. 66-67.

Tras lo que parece haber sido una contrapropuesta de donación, resurge el problema de la inestabilidad de las localizaciones históricas y memoriales, desatendido por la Legislatura; el espacio, a su vez, recobra una inesperada textura. Es casi poético que del Totoral Grande hubiera salido el oficial Cesáreo Peralta, jefe de una de las partidas que convergieron con la de Santos Pérez; la administraban entonces los Reinafé, según anotó Rosas en su citada carta a López.[70]

Ya con vistas al Bicentenario, encadenada al programa de 1989 tiene lugar la declaración de la "traza norte del Camino Real" como "lugar histórico" provincial, medida discutida y aprobada en la Legislatura entre 2008 y 2010, con insumos provistos por historiadores norteños, municipios y la Junta Provincial de Historia.[71] Esta presume la amortiguación de un área de 500 metros a cada lado del eje, incluida la prohibición de tala y daño del bosque nativo, hecho simultáneo a una acelerada sojización, que la misma Legislatura acompaña. En Barranca Yaco, concretada la primera donación (*ca.* 2005), una plaza seca vendrá a dominar un novedoso sistema monumental que –inaugurado en 2009, con el rescate del Camino Real– no cesa de transformarse. Las estilizadas cruces evocativas de aquellas mentadas por Cárcano son su pieza más sugerente; a ellas se une desde el comienzo un muro lineal que soporta un busto de Quiroga y crecientes placas oficiales, riojanas y cordobesas. Ya en 2018, al conjunto se añaden otro busto de Quiroga, obsequiado por La Rioja, y una nueva placa encargada por el Gobierno de Córdoba, ambos de grandes dimensiones: "Es necesario hacer ver a estos serviles que no somos caciques, sino unos amantes de la libertad de nuestra patria y nuestros pueblos", dicen esos gobiernos –dueños de la iniciativa– con palabras de una carta de Juan Bautista Bustos a Quiroga, de 1826. Un localismo ostensivo y políticamente errático alimenta ese rescate simultáneo desde años atrás y con ritmo propio.[72] El compromiso del gobernador Juan Schiaretti con el Barranca Yaco quiroguiano, acorde al revisionismo genérico del peronismo de postdictadura, contrasta con el opacamiento del de Osatinsky, más todavía si se atiende a su presencia en los juicios por crímenes de lesa humanidad.

En aquel 2018, el conjunto monumental será además enrejado, con sensible pérdida de gravedad. La marginalidad del monolito de piedra, que queda a un costado, es evidente. En tanto, enfrente y a pocos metros del memorial de Barranca Yaco, la soja invade visiblemente el ayer monte nativo del área de amortiguación del Camino Real.[73] Desde 2022, un proyecto propone declarar el paraje "lugar histórico nacional" y señala como índice inequívoco del sitio las cruces presuntamente erigidas allí tras 1835. [74]

[70] En Barba (comp.), *Correspondencia*, p. 217.

[71] Comprende el eje entre la estancia de Colonia Caroya y el límite con Santiago del Estero por la ruta 18. Ley provincial 9883, 2010. Diario de Sesiones. Poder Legislativo de la Provincia de Córdoba, 23/12/2008, pp. 4196 y siguientes; Ley Nº 9883 en *Leyes culturales*…, pp. 72-73.

[72] Bustos, héroe provincial del postulado "cordobesismo", mereció ocho estatuas ecuestres desde 2010, mientras los sucesivos gobiernos nacionales inflamaban o anulaban contenciosamente el pasado.

[73] Este paisaje ha visto nacer un "Consorcio de conservación del suelo" llamado Las Barrancas, preocupado por la erosión hídrica. Se ha recomendado rotar allí los cultivos.

[74] Proyecto de la senadora María del Valle Vega, Orden del día Nº 412, Senado de la Nación, 22/9/2022. Declarada peronista, Vega accedió al cargo con Juntos por el Cambio. Al menos la comisión de esa Cámara se expidió favorablemente sobre el proyecto. Hasta hoy, Barranco Yaco no figura en el listado de sitios de la Comisión Nacional.



Fig. 4. Monumento en Barranca Yaco, 2008.

12 Es 2021 y un video breve promete volver sobre el asunto: desde un coche detenido en la banquina se ve una encrucijada, pasa la Ruta Nacional 9, orillada de soja. El auto se pone en movimiento, gira en U y banquinea nuevamente; a la derecha, junto a una arcaica plantación de maíz, un cartel rutero indica: "Barranca Yaco 3". El coche endereza y acelera hacia un lugar al que lo han conducido la historia, la literatura o la memoria. Lo hace sin gravedad, llevado por un contrapunto de música de cuarteto. Un título se sobreimprime: "La saga de los mártires unitarios regresará".[75]

El anuncio parece aludir, también en contrapunto, a la segunda figura prevista en la saga del cineasta Mariano Llinás: el general Paz, unitario, enemigo político-militar de Quiroga pero también memorialista que sabría acordarle su liderazgo "interior".[76] En cualquier caso, este retorno tiene lugar en la Argentina en la que se ha postulado una "grieta" que, en algún punto, busca hacer estallar. La clave de comedia da a las incursiones de Llinás los matices que faltan en ingresos más graves, todos sintomáticos de una curiosidad renovada y extendida a la que este texto –escrito en un momento ya inesperadamente distinto– no escapa.

[75] Disponible en: www.facebook.com/elpamperocine/videos/223405936197038/?locale=es_LA.
[76] La primera fue Gregorio Aráoz de Lamadrid (*Concierto para la batalla de El Tala*, 2021).




Fig. 5. Mariano Llinás – El Pampero Producciones, fotograma de promoción de la "Saga de los mártires unitarios", 2021. Disponible en: https://www.facebook.com/elpamperocine/videos/223405936197038/

Retengamos del episodio apenas lo más obvio: el presupuesto de que, en Barranca Yaco, se tensa una cuerda larga de la historia y la política argentinas; a grandes rasgos, la inquietud que atraviesa esta indagación. Ese drama principia con el asesinato de Quiroga, tempranamente discernido como acontecimiento fundamental, desprendido del paraje en que tuvo lugar, investido de su topónimo y difractado en mil registros y direcciones, también con distintas valencias.[77] El acontecimiento vive y se recrea conducido por, y a través de, las tradiciones histórico-políticas, que por momentos se sumergen, en otros se crispan y se baten, reactivando su memoria. Los testimonios de la accidentada vida de "Barranca Yaco" en tanto representación, son incontables. Los evocados pueden, sin embargo, dar una idea, incluso de los momentos de actividad y deflación significante (¿qué es, si no, ese descualificado acopio de gestos oficiales enrejados hoy en Barranca Yaco…?).

Pese a esa inestabilidad, su persistencia como latitud histórico-política se advierte bien en el extremo: respecto de un episodio como el de Osatinsky, que también extrema los instrumentos de la historia.[78] Grave y revelador, este resulta reducido a mero suceso y absorbido por el acontecimiento liminar que lo ha modulado. Contenciosa como fue la memoria de las guerras civiles y el caudillismo, en algún momento esta se integró, de maneras más o menos apacibles, a una historia y una memoria nacionales. A ellas apelan, con inciertas muecas "federales", legisladores y gobernadores contemporáneos. El tema de Osatinsky, que desconocen o sumergen, sigue su curso dentro de una memoria sectorial, abierta y sangrante pero minoritaria.[79] El lugar permanece solitario, con su conmemoración enjaulada y sus secretos latiendo en un islote de monte. Lo demás es soja. □

[77] La correspondencia entre Vicente Maza y Rosas de 1834 sugiere que los términos en que se describió el martirio federal del salteño Pablo Latorre (asimilado a Dorrego) transitaron luego a Quiroga, cuyo asesinato sumergió al anterior. En Barba, *Correspondencia*, pp. 206-207.
[78] François Hartog y Jacques Revel, "Note de conjocture historiographique", en F. Hartog y J. Revel (dirs.), *Les usages politiques du passé*, Éditions de l'EHESS, París, 2001.
[79] Esto incluso transcurrido un profuso ciclo memorial, amplificado por el Estado.




Fig. 6. Campos de soja, 2025.

## Bibliografía

Agüero, Ana Clarisa, Diego García, "Saúl Taborda y el comunalismo: una fórmula histórico-política para un país confederal", en C. Altamirano y A. Gorelik (eds.), *La Argentina como problema*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018, pp. 113-125.

Amigo, Roberto, "Las armas de la pintura", en *Las armas de la pintura. La Nación en construcción (1852-1870)*, Buenos Aires, MNBA, 2008, pp. 9-19.

Barba Enrique M. (comp.), *Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López, Buenos Aires*, Hyspamérica, 1986.

Barreiro, José,"El Sentimentalismo Regional y la Reacción Trabajan por una Reivindicación Imposible", *Crítica*, 2 de marzo de 1935.

Besoky, Juan Luis, Introducción al dossier "Aportes para repensar el entramado represivo en el tercer gobierno peronista, 1973-1976", 2023, disponible en: historiapolitica.com/dossiers/dossier-aportes-para-repensar-el-entramado-represivo-en-el-tercer-gobierno-peronista-1973-1976/.

—, "La derecha peronista entre la última dictadura militar y el gobierno democrático radical. Una aproximación a través de las trayectorias de vida de susmilitantes", en E. Bohoslavsky, O. Echeverría y M. Vicente (coords.), *Las derechas argentinas en el siglo XX. El retorno democrático y el largo plazo*, Tandil, Editorial UNICEN, 2023, pp. 9-24.

Blanco, María Julia y Alejandro Eujanian, "Rosismo y antirrosismo en *Los dramas del terror* de Eduardo Gutiérrez y sus nuevas versiones a través de los diversos contextos de edición (1881-1940)", *Claves. Revista de Historia*, nº 9, 2024, pp. 1-35.

Cárcano, Ramón J., J*uan Facundo Quiroga. Simulación, infidencia, tragedia*, Buenos Aires, Roldán editor, 1931.

Borges, Jorge Luis, "El general Quiroga va en coche al muere", en *Luna de enfrente*, Buenos Aires, Proa, 1925, pp. 15-16.

—, "Diálogo de muertos", *El hacedor*, Buenos Aires, Emecé, 1960.

Capdevila, Arturo, "Romance de Barranca Yaco", en E. González Trillo y L. Ortiz Behety, Lecturas obligatorias para la escuela primaria. Quinto grado, Buenos Aires, Librería del Colegio, 1940.

Cattaruzza, Alejandro, "El revisionismo: Itinerario de cuatro décadas", en A. Cattaruzza y A. Eujanian, *Políticas de la historia: Argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003, pp. 143-185.

Centro Editor de América Latina, *Capítulo. La historia de la literatura argentina*, nº 14: "El ensayo: Domingo F. Sarmiento" (preparado por Adolfo Prieto), Buenos Aires, CEAL, 1967.

Chiaramonte, José Carlos, "En torno a los orígenes del revisionismo histórico argentino", en A. Frega y A. Islas (coords.), *Nuevas miradas en torno al Artiguismo*, Montevideo, FHCE, 2001, pp. 29-61.

De la Fuente, Ariel, *Los hijos de Facundo. Caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado nacional argentino (1853-1870)*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.

Devoto, Fernando, "El revisionismo histórico", en F. Devoto y N. Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 201-285.

Fernández Latour, Olga, *Cantares históricos de la tradición argentina*, Buenos Aires, Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas, 1960.

Franco, Marina, *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.

González, Joaquín V., "Facundo" [1888], *La tradición nacional*, Buenos Aires, UNIPE, 2015.

González Canosa, Mora y Emmanuel Kahan, "Identidad política y etnicidad. La trayectoria militante de Marcos Osatinsky, fundador de las Fuerzas Armadas Revolucionarias", *Memoria Académica*, vol. 19, nº 9, 2021, pp. 145-166.

Gorelik, Adrián, "Buenos Aires y el país: figuraciones de una fractura", en C. Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel, 1999, pp. 136-161.

Halperin Donghi, Tulio, "Facundo y el historicismo romántico" y "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional", *Ensayos de Historiografía*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996, pp. 17-28 y 107-126.

Hartog, François y Jacques Revel, "Note de conjocture historiographique", en F. Hartog y J. Revel (dirs.), *Les usages politiques du passé*, París, Éditions de l'EHESS, 2001, pp. 13-24.

Larrue, Christophe, "Variations autour d'un assassinat politique : Facundo Quiroga, América", *Cahiers du CRICCAL*, 2013, 1-18.

Vicente Fidel López [1896], "Lección L", *Segunda Parte. Período de la Independencia. Manual de la historia argentina*, Buenos Aires, AV. López editor, 1910.

Loriga, Sabina e Isabelle Ullern, "Présentation" del *dossier* "Passés non maîtrisés", *Passés futurs* nº 1, disponible en: www.politika.io/fr/article/presentation, 2017.

Lvovich, Daniel, "Las derechas nacionalistas frente al peronismo", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 24, 2020, pp. 220-234.

Navarro, Mina, *Planteamiento de un problema: la heterodoxia de Saúl Alejandro Taborda (1885-1944)*, tesis doctoral en Estudios Latinoamericanos, México, UNAM, 2011.

Paiaro, Melisa, "Exhibir el terror. El Comando Libertadores de América: Entre el asesinato político y la restauración de la honra", en A. C. Solís y P. Ponza (comps.), *Córdoba a 40 años del golpe. Estudios de la dictadura en clave local*, Córdoba, Editorial FFyH-UNC, 2016, pp. 105-122.

Peña, David, "Barranca-Yaco", *Contribución al estudio de los caudillos argentinos. Juan Facundo Quiroga*. *Conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, Coni, 1906, pp. 411-445.

Reato, Ceferino, *¡Viva la sangre! Córdoba antes del golpe*, Buenos Aires, Random-Mondadori, 2013.

Ríos, Lucía, *Indagaciones antropológicas en torno a los cadáveres de personas asesinadas por motivos políticos durante la década de los setenta*, tesis de Doctorado en Antropología, Universidad Nacional de Córdoba, 2022.

Salvatore, Ricardo, "Barranca Yaco: justicia y política en la confederación rosista", en J. M. Palacio (dir.), *Desde el banquillo: escenas judiciales de la historia argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2021, pp. 69-98.

Schávelzon, Daniel y Patricia Frazzi, *Las muertes de un caudillo. La tumba de Facundo Quiroga*, Buenos Aires, Olmo Ediciones, 2010.

Sarmiento, Domingo Faustino [1845/1851], ¡¡¡Barranca Yaco!!!, *Facundo. Civilización y barbarie*, Buenos Aires, Eudeba, 1961.

Suárez, Nicolás, "Ficción paranoica y revisionismo en *Yo maté a Facundo*, de Hugo del Carril", ponencia en *Actas del V Congreso de AsAECA*, 2016, pp. 1821-1828.

Taborda, Saúl, "Meditación de Barranca Yaco" y "Dolmen", *Facundo (Crítica y polémica)*, nº 1, 1935 (reproducido en Saúl Taborda, *Escritos políticos, 1934-1944 - Escritos póstumos*, Córdoba, UNC/Biblioteca Nacional, 2008).

Tarcus, Horacio (dir.), "Osatinsky", *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007, pp. 479-481.

Ternavasio, Marcela, "Los federales y el federalismo: una identidad problemática", en R. de Titto (comp.), *El pensamiento de los federales*, Buenos Aires, El Ateneo, 2009, pp. 9-22.

Uribarren, María Sabina, "La Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos de la Argentina, entre 1938 y 1946: el patrimonio cultural y la construcción de una idea de nación", *Cuadernos de Historia*, nº 11, 2009, pp. 213-243.

Vergez, Héctor (Capitán R.), *Yo fui Vargas. El antiterrorismo por dentro*, Buenos Aires, edición del autor, 1995.

## Resumen / Abstract

**Barranca Yaco. Una latitud histórico-política argentin**

El artículo analiza el modo accidentado en que "Barranca Yaco" devino una duradera latitud histórico-política argentina. Partiendo del asesinato de Facundo Quiroga en el paraje de ese nombre (1835), su rápida elaboración como acontecimiento crucial y su asimilación al topónimo mismo, recorre una serie de prolongaciones y difracciones historiográficas, genéricamente culturales o propiamente políticas, a través de las cuales se compuso aquel *lugar*. Atiende, también, las formas en las que el acontecimiento liminar, diversamente valorado, alimentó y absorbió otros sucesos, en especial el que instaló con él la relación más directa y oscura: la detonación del cadáver de Marcos Osatinsky por el Comando Libertadores de América, en 1975. Las oscilaciones, estratificaciones y bifurcaciones se advierten mejor yendo un poco más allá: al giro de siglo patrimonialista, conmemorador, incluso memorial.

**Palabras clave:** "Barranca Yaco" - Latitud histórico-política - Siglos XIX/XXI

**Barranca Yaco. An Argentine historical-political latitude**

This article analyses the eventful way in which "Barranca Yaco" became a long-lasting Argentine historical-political point of latitude. Starting with the assassination of Facundo Quiroga in the place of that name (1835), its rapid elaboration as a crucial event and its assimilation to the toponym itself, it has gone through a series of historiographical extensions and diffractions, generically cultural or strictly political, through which that *place* was composed. It also looks at the ways in which the liminal event, diversely valued, fed into and absorbed other events: in particular, the one that established the most direct and obscure relationship with it: the explosive detonation of Marcos Osatinsky's corpse by the Comando Libertadores de América in 1975. Those oscillations, stratifications, and bifurcations are best seen by going a little further: to the patrimonialist, commemorative, even memorialist turn of the XXIst century.

**Keywords:** "Barranca Yaco" - Historical-political latitude - 19th/21st centuries

Fecha de recepción del original: 16/7/2025
Fecha de aceptación del original: 22/9/2025

# *Buenos Aires Capital*

## *Representaciones sobre el tema de la ciudad capital en la federalización de 1880*

Valentín Magi*

Universidad de San Andrés / CONICET

### Introducción

La "cuestión Capital" ha formado todo un capítulo de la historia de las representaciones sobre la República Argentina. Desde la década de 1820, políticos e intelectuales dedicaron parte de sus reflexiones a un tema en el que veían definida buena parte del destino del país. Aunque Buenos Aires fue para muchos la opción natural, al mismo tiempo existió una posición alternativa que consideró las ventajas de federalizar un punto distinto del mapa.

Fernando Aliata analizó la disputa entre dos modelos urbanos de capital en el debate por la federalización de Buenos Aires de 1826: uno, esbozado por los unitarios rivadavianos, que concebía la capital como una gran ciudad civilizatoria, cabecera de un territorio sobre el que irradiaba poder, bienes y cultura; y otro, defendido por los federales, en el que la capital era de dimensiones aldeanas, expresivas de un poder distribuido de forma equitativa territorialmente y con funciones exclusivamente destinadas a la administración pública.[1] El primer modelo se basaba en los ejemplos históricos de Roma y de París, y el segundo, en la nueva ciudad de Washington, que había sido planificada para ser la capital norteamericana desde una ubicación equidistante norte-sur. Claudia Shmidt y Silvia Dócola demostraron que, a grandes rasgos, estas miradas alternativas se mantuvieron relativamente inalteradas durante el tercer cuarto del siglo XIX.[2]

No obstante, la coyuntura del 80, que fue, al fin y cabo, la que cerró el dilema vinculado al sitio de la capital, no ha sido indagada desde esta perspectiva. Es mejor conocido el proceso de transformaciones urbanas y culturales que le otorgaron a Buenos Aires su carácter metropolitano y moderno en respuesta a la federalización, pero en sí misma esta ha sido abordada

* valentinmagi@hotmail.com. ORCID- 0000-0002-4328-6235

[1] Fernando Aliata, *La ciudad regular. Arquitectura, programas e instituciones en el Buenos Aires posrevolucionario (1821-1835)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo, 2006.

[2] Claudia Shmidt, *Palacios sin reyes. Arquitectura pública para la "capital permanente". Buenos Aires, 1880-1890*, Rosario, Prohistoria, 2012. Silvia Dócola, "Espacios de poder para la Confederación Argentina. La capital, el puerto y el lugar del soberano. 1854-1859", Tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata, 2017.

*Prismas*, Revista de historia intelectual, Nº 30, 2026, pp. 57-75
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1562

únicamente como un problema resumido en la correlación de fuerzas, es decir, en la capacidad de la nación para subordinar a la última de las provincias díscolas.[3]

El estudio más profundo lo hizo Hilda Sabato, quien sostuvo que Roca alcanzó la presidencia en el marco de dos logros del Estado nacional: el fin de la potestad de las provincias para convocar a las milicias y la federalización de la ciudad de Buenos Aires.[4] A su vez, demostró que ambos fueron parte del corolario y no causas o desencadenantes de la guerra del 80. Natalio Botana y Ezequiel Gallo analizaron las concepciones sobre el régimen político (centralizado o federal) que esgrimieron los actores en las discusiones del momento, pero tampoco se detuvieron en las que hacían al tipo de ciudad capital.[5]

Quizás la superficialidad con que se ha abordado la "cuestión capital" en esa coyuntura tenga en parte que ver con que el debate legislativo por la federalización haya sido interpretado únicamente como eso. Es decir, como la confirmación legal de un hecho considerado "natural" que aguardaba el momento propicio para poder consumarse. La ausencia de un tratamiento historiográfico específico sobre el tema parece responder a un reflejo de la primacía de la política sobre el debate de ideas.

Este trabajo no disiente con las interpretaciones legadas por la historia política, sino que, al contrario, encuentra en esta la condición de posibilidad para identificar los intercambios y las discusiones que se dieron sobre el asunto. Interesa el discurso de los actores, la serie de concepciones y paradigmas sobre la ciudad capital que desplegaron en el seno de la deliberación público-política –condensada sobre todo en las piezas del debate legislativo– para otorgarle sentido a la federalización. El objetivo ha sido entonces el de averiguar bajo qué términos conceptuales concluyó la dicotomía de modelos abierta en la década de 1820.

La hipótesis principal del artículo sostiene que, con la federalización, se impuso de manera definitiva una concepción clásica de la ciudad capital, que puede ser definida como *multifuncional* y que es posible rastrear ya en el momento de las reformas rivadavianas.[6] En el año 80 los argumentos oscilaron entre consignas que redujeron a Buenos Aires a una capital "de hecho", cuyo objetivo era apurar su sanción y permitirle a Roca asumir la presidencia con la ciudad subordinada, y postulados teóricos de mayor sofisticación y originalidad que recuperaron e hibridaron ideas provenientes mayormente de la teoría política europea y, en menor medida, de la norteamericana.

Si bien entre el coro enrolado detrás de Roca se escuchó alguna voz que disentía de la federalización –sin llegar a traducirse en un voto en contra–, fueron quienes se mantuvieron al margen de su armado los que impugnaron la elección de Buenos Aires. Este reducido grupo de autonomistas ofreció una más profunda meditación sobre el asunto, aunque su calado concep-

[3] Los trabajos de Jorge Liernur, Graciela Silvestri, Adrián Gorelik, Alicia Novick y la propia Shmidt han contribuido significativamente a esa materia desde diversos enfoques.

[4] Hilda Sabato, *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008. Puede consultarse en ese ensayo un nutrido *racconto* historiográfico sobre el evento.

[5] Natalio Botana, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984; "1880. La federalización de Buenos Aires", en G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana. Ezequiel Gallo, *Alem. Federalismo y radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2009; Ezequiel Gallo, "Liberalismo, centralismo y federalismo: Alberdi y Alem en el 80", *Investigaciones y Ensayos*, vol. 45, 1995.

[6] La categoría de *ciudad multifuncional* pertenece a Peter Hall, "The Changing Role of Capital Cities", *Plan Canada*, vol. 40, nº 3, 2000.

tual fue inversamente proporcional al margen político que les dejó la imposición de las fuerzas federales en la revolución del 80.

Adolfo Saldías y Leandro Alem fueron quienes hicieron sentir su oposición a la federalización, el primero mediante un breve ensayo publicado en medio de los acontecimientos de aquel año, y el segundo a través de su intervención en la Cámara de Diputados de la provincia. Ambos reprodujeron la defensa de los clásicos principios autonomistas y federales, críticos de la concentración del poder en un único centro. Pero si Saldías propuso, una vez más, construir una Washington criolla modesta y apartada, Alem y sus aliados no propusieron capital alternativa alguna. En torno a ese silencio es que este trabajo ensaya la hipótesis de que, incluso entre los opositores al proyecto, resultó imposible proponer una ciudad distinta de la propia Buenos Aires.

## Después de Buenos Aires en armas: la Capital Federal

En el mes de octubre de 1879, con motivo de prorrogar las sesiones del Congreso de la Nación, el presidente Nicolás Avellaneda consideró que había llegado el momento de federalizar la ciudad de Buenos Aires. Era la ciudad más relevante de la Argentina y la que podía garantizar recursos para toda la nación y relaciones comerciales con todo el mundo. En ese sentido, prometió enviar una ley al Congreso el año entrante para resolver el asunto.[7]

Sin embargo, los últimos meses de su presidencia no resultaron en absoluto favorables para dar curso a ese proyecto. La disputa en torno a las candidaturas presidenciales para las elecciones de 1880 se transformó, con el correr de los meses, en un enfrentamiento armado entre las tropas del ejército nacional, favorables al candidato del Partido Autonomista Nacional (PAN), el tucumano Julio Argentino Roca, y las de la provincia de Buenos Aires, comandadas por el candidato y gobernador Carlos Tejedor, que se presentaba en el marco de una alianza entre el autonomismo bonaerense y el mitrismo.

Una vez concluidos los combates, el poder federal se impuso de manera definitiva en la disputa política. Al haber sido Roca el elegido por el Colegio Electoral para la presidencia, el gobierno nacional pudo llevar la voz cantante en las negociaciones con los porteños. Ello se tradujo en la declaración del estado de sitio y la intervención y desarme de la provincia, lo que condujo a la renuncia de Tejedor, que fue sucedido por su vicegobernador, José María Moreno.

En el marco de ese contexto, Roca aprovechó para resolver también la cuestión de la capital. Dado que buena parte de las autoridades nacionales y, en particular, el Congreso de la Nación, se habían trasladado al pueblo de Belgrano durante el enfrentamiento, el momento era propicio para lograr que el retorno no fuera otra vez en carácter de huéspedes, sino a una capital federal legalmente reconocida. Por eso, los legisladores que respondían a Roca –que ya eran mayoría– comenzaron a presionar en esta dirección. Concretamente, el roquismo buscaba asegurarse de que el Poder Ejecutivo Nacional interviniera la Legislatura bonaerense, que de otra forma impediría la cesión de la ciudad.

Fue el senador por Santa Fe Manuel Pizarro quien introdujo en la Cámara la propuesta de federalizar Buenos Aires. Lo hizo por instrucción de su gobernador Simón de Iriondo, que se

[7] *La República*, 10 de octubre de 1879.

había trasladado a Belgrano a instancias de Roca, quien al mismo tiempo controlaba los pasos que daba Avellaneda para que ejerciera una mayor presión sobre los "rebeldes" bonaerenses.[8]

Aquel 6 de julio, Pizarro sostuvo que Buenos Aires era cerebro y corazón de la República, capital de hecho y de derecho, encarnación de todas sus tradiciones gloriosas. Al día siguiente, agregó que al federalizarla se volvería "prenda de unión y de confraternidad entre los argentinos".[9] En ese mismo sentido, el sanjuanino Rafael Igarzábal afirmó a fin de mes que Buenos Aires era la capital histórica, que lo había sido "bajo las dos formas de gobierno ensayadas en el país", en referencia a la monarquía y la república y, además, sostuvo que "Buenos Aires no es ni puede ser una ciudad de provincia, es una ciudad cosmopolita".[10]

Para ese momento, los periódicos porteños también estaban tomando parte en el asunto de la capital. El independiente *La Prensa* sostenía que había que esperar a que se estabilizara la situación política pero que no tenía una opinión tomada al respecto, por lo que llamaba a una discusión más profunda; *La República*, órgano afín al presidente Avellaneda, se colocaba en línea con la federalización y postulaba lugares como Flores, San Fernando o Ensenada como posibles nuevas capitales provinciales, puesto que recibirían riqueza de la campaña (cuya frontera se había ampliado recientemente), y el mitrista *La Nación*, en una posición incómoda puesto que su editor siempre había abogado por la capitalización de Buenos Aires, ahora sostenía que no podía ser una decisión impuesta y recordaba que la Legislatura debía aprobar el asunto.[11]

Pero fue *El Nacional* el que dio con el tono general que estaba adoptando el planteo. De reciente adscripción al roquismo y con Miguel Cané como redactor, el diario expresó que "hemos querido resolver la cuestión de una manera meramente teórica, apartando […] los hechos consumados y las circunstancias inmediatas", cuando en realidad, Buenos Aires era, antes que una idea de capital, un hecho y una necesidad.[12]

Los términos que utilizaron Pizarro, Igarzábal y Cané reproducían simplificadamente distintos argumentos del siglo XIX. Resonaba allí algo de la vieja posición rivadaviana de los años 20, pero también la tesis sistematizada en los años 50 por Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre según la cual la nación era preexistente a las provincias. En tanto la ciudad de Buenos Aires había representado históricamente la causa común de la nación por haber sido, en los hechos, su eje cultural, político, económico y social, a esta le correspondía la capitalidad.[13]

El retorno de esos postulados se resumía en una consigna sin mayores elucubraciones teóricas, tal y como apuntó Cané. La idea de la capital como un hecho o una necesidad connotaba el apremio roquista por instalar un asunto que todavía no estaba claro que fuera a resolverse de manera favorable a su posición. Avellaneda, inseguro de su poder y deseoso de terminar su mandato sin nuevos conflictos, buscaba mantener un equilibrio entre Roca y los porteñistas, incluso a pesar de que públicamente se había manifestado a favor de la federalización y había respaldado a su sucesor. El presidente negociaba para evitar una nueva escalada de violencia, algo que se hizo evidente cuando reconoció al mitrista Moreno como nuevo go-

[8] Patricia Pasquali, "Una coyuntura crítica en la historia política santafesina: la injerencia roquista", *Res Gesta*, vol. 26, 1989.
[9] *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación Argentina*, 1880, pp. 60, 106.
[10] *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación…*, 1880, p. 191.
[11] *La Prensa*, 14 de julio y 4 de agosto de 1880; *La República*, 24 y 25 de julio de 1880; *La Nación*, 28 de julio de 1880.
[12] *El Nacional*, 13 y 16 de julio de 1880.
[13] Alejandro Eujanian, "La nación, la historia y sus usos en el Estado de Buenos Aires, 1852-1861", *Anuario IEHS*, nº 27, 2012.

bernador, en reemplazo del renunciado Tejedor. Si bien la provincia había sido declarada en estado de sitio e intervenida, el general a cargo de la intervención, José María Bustillo, primero cumplió funciones solo en la campaña, lo que impidió la posibilidad de intervenir la Legislatura, donde el autonomismo se negaría a ceder la ciudad.

Así, los alfiles de Roca en el Congreso, encabezados por Pizarro, lideraron la estrategia de presión sobre Avellaneda. Pero la premura del primero por asumir la presidencia con Buenos Aires ya subordinada al poder federal lo llevó a trasladarse a la ciudad los primeros días de agosto, luego de atravesar los enfrentamientos desde Rosario. El vasto movimiento de tropas que acompañó la llegada de Roca puso de relieve la debilidad en que se encontraba la figura del presidente que, afectado en su autoridad, decidió presentar su renuncia. Sin embargo, el Congreso la rechazó, por lo que Avellaneda terminó aceptando la situación: el 23 de agosto la Legislatura fue desalojada por la fuerza y el 24 entró el proyecto de federalización al Senado de la Nación.[14]

Durante ese periplo, lo que quedaba del autonomismo bonaerense no aliado a Roca tuvo su principal intervención pública con un texto –casi un folleto– de Adolfo Saldías. Este abogado, que formaba parte de la administración provincial y había integrado las filas porteñas en el combate, recogió en *La decapitación de Buenos Aires* viejos argumentos contrarios a su federalización. El término "decapitación" venía siendo empleado por el autonomismo para resistirse a los proyectos de capitalización; sobre estos Saldías trazó un recorrido y aprovechó, por un lado, para filiarse con la vieja posición del federalismo de 1826 y, por el otro, para acusar a Avellaneda de haber sido antes opositor al proyecto.

Eso era tan cierto como que el mitrismo, ahora aliado al autonomismo bonaerense, había sido su principal propulsor a comienzos de 1860. Pero los realineamientos de la política nacional de la década siguiente supusieron cambios de bandera. Para llegar a la presidencia, Avellaneda había necesitado el apoyo de Adolfo Alsina, lo que condicionó su posición ante la federalización. La muerte del líder autonomista y el consecuente ascenso de Roca le permitieron cambiar su postura y exigir el control de la ciudad para terminar de consolidar el poder del Estado nacional. En cambio, el acercamiento del mitrismo a Tejedor en el 80 dejó en suspenso su apoyo a la federalización. La oposición de Mitre al novel armado roquista implicó la retracción de su participación en una discusión sobre la que había mostrado históricamente una misma posición.[15]

Saldías quedó entonces como uno de los pocos que se mantuvo fiel a la causa porteña. Pero si su intervención giró sobre el hecho político de que la nación intervenía injusta e ilegalmente sobre la provincia, no es menos central en aquella la concepción de ciudad capital que defendía. *La decapitación de Buenos Aires* volvía sobre la idea de que la "capital de una República federal no debe erigirse en una gran ciudad, cuyas influencias propias y seculares pueden pesar sobre las influencias respectivas de los demás Estados".[16] La capital ideal de Argentina debía ser al estilo de Washington: modesta y apartada.

[14] Es muy probable que el proyecto entrara por la Cámara alta dada la presencia de personajes muy cercanos a Roca, como Pizarro y Rocha. Este último, a su vez, representaba a la provincia de Buenos Aires, que no contaba con escaños en la Cámara baja puesto que sus diputados no se habían trasladado a Belgrano, por lo que fueron luego declarados en cesantía. En Sabato, *Buenos Aires en armas*.
[15] Hilda Sabato, *Historia de la Argentina, 1852-1890*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2012.
[16] Adolfo Saldías, *La decapitación de Buenos Aires*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1880, p. 11.

Saldías citaba de manera expresa al diputado federal Manuel Moreno en el debate de la ley de capitalización de 1826: en una federación, lo deseable era una capital "neutra". En esta concepción resonaban zonas del contractualismo social de Rousseau, el republicanismo agrarista de Jefferson y el liberalismo de Tocqueville, quienes criticaban las capitales imperiales por su expansionismo guerrero y su vida pública viciosa, que tendía a ser un factor de presión sobre los actores que tomaban decisiones políticas. En cambio, la capital debía ser pequeña, administrativa y emplazada en un lugar equidistante para representar la neutralidad y la justicia espacial en la distribución del poder.[17]

Esa alternativa fue luego sistematizada por Sarmiento en su *Argirópolis* (1850), y más tarde, en las décadas del 60 y 70, inspiró algunos proyectos de capitalización aprobados por el Congreso de la Nación.[18] Las resistencias de la provincia de Buenos Aires frente a la entrega de su capital y la nacionalización de sus recursos aduaneros durante la presidencia de Mitre condujeron a que muchos consideraran emplazar la capital fuera de la gran ciudad del Plata, para lo que postularon, por ejemplo, a Villa María. De manera que Saldías no hacía más que repetir argumentos que estaban en circulación desde los años 20, aunque nunca habían alcanzado traducción política.[19]

No obstante, dichas propuestas eran, en algún sentido, anacrónicas: resultaban más compatibles con la etapa de las "autonomías provinciales" que con el tiempo de la organización nacional. La modestia, equidistancia y artificialidad de una ciudad como Washington había sido leída en los años 20 como una contribución a que los estados norteamericanos preservaran la unión sin que uno en particular se viera favorecido mediante el emplazamiento de la capital en su territorio. Pero en la Argentina del 80 la unidad no era ya un problema: el poder central se había ido fortaleciendo desde la década de 1860, entre otras cosas mediante la reducción de las insurrecciones federales, por lo que veinte años después podía usar ese fortalecimiento para la subordinación de la última de las provincias díscolas y obtener para sí su prenda más preciada, la capital porteña.

Eso explica que la propuesta de crear una ciudad nueva y apartada contara con muy pocos adeptos, por ser considerada innecesaria, indeseable o impráctica. La única alternativa frente a Buenos Aires que Roca y Avellaneda todavía contemplaban era el caso de Rosario, pero solo si la provincia no acababa entregando su capital. Pocos años atrás, el Congreso también había dado media sanción a un proyecto que la capitalizaba, pero el caso rosarino era particular: no representaba una opción viable por poseer rasgos aldeanos o mediterráneos, sino al contrario, porque ocupaba el lugar de una *segunda ciudad*, dado que compartía ciertas características con

[17] Aliata, *La ciudad regular*; Botana, *La tradición republicana*.

[18] Estimulado por sus viajes a los Estados Unidos, Sarmiento proyectó una capital nueva, pequeña, administrativa y comercial, geoestratégicamente emplazada en la isla Martín García para una confederación de Estados rioplatenses. Si bien la propuesta nunca tuvo mayor recepción política y su propio autor regresaría sobre la predilección por Buenos Aires expresada antes en el *Facundo* (1845) cuando durante su presidencia se aprobaron proyectos alternativos, Argirópolis es indicativa de que el problema de la capital era un síntoma de la aún vacante organización nacional y que, como tal, aguardaba una solución técnica. En Fernando Aliata, "Contemplar y recordar. Sarmiento frente a la arquitectura, el paisaje y la ciudad", en A. Amante (dir.), *Sarmiento*, Buenos Aires, Emecé.

[19] Tanto Mitre como Sarmiento vetaron las leyes que capitalizaban localidades del interior del país. Su argumento principal reposaba en el enorme desafío logístico y fiscal que implicaría, así como en la falta de una sólida conexión internacional y de instituciones públicas preexistentes. Shmidt, *Palacios sin reyes.*

el polo porteño, como su apertura comercial y su cosmopolitismo.[20] Con esa base, más urbana que política –dado que no sería resultado de doblegar al autonomismo bonaerense– la capital federal podría constituirse como una futura metrópolis, lo que transmitiría la imagen de un poder central fuerte. De todos modos, capitalizarla implicaría el traslado de la dirigencia porteña y, al mismo tiempo, la afluencia de provincianos a un lugar distinto de Buenos Aires, que acabaría perdiendo las ventajas que ese contacto le había dado.[21] Además, según advirtió *La República*, esta quedaría expuesta a un eventual ataque exterior en caso de desatarse un conflicto.[22] Lo cierto es que, una vez impuesto Roca en el 80, los únicos que siguieron insistiendo con la alternativa rosarina fueron los propios rosarinos.[23]

Como adelantamos, el tratamiento de la ley en el Congreso reprodujo los sentidos más clásicos sobre la ciudad en relación con la preeminencia política y cultural de Buenos Aires. Avellaneda fundamentó de esa forma el proyecto, postulando que así "daremos influencia permanente para el gobierno y sobre el gobierno al grupo de hombres que vive en la esfera más culta, más espaciosa y más elevada".[24]

Pero el discurso quizás más significativo fue el del senador Dardo Rocha, por dos razones: por un lado, porque le tocó defender el despacho de la comisión que analizaba el proyecto de federalización; y por el otro, porque debió fundamentar su cambio de posición, hasta entonces opuesta a la entrega de Buenos Aires. El acercamiento de Rocha a Roca tenía por contraparte que el nuevo presidente apoyara la candidatura del senador a la gobernación de la provincia de Buenos Aires; la actuación de Rocha en el Congreso para lograr la federalización fue clave en el marco de esa alianza.

Su exposición tuvo dos ejes. Por una parte, sostuvo que la resistencia del autonomismo a entregar la ciudad había sido en prevención ante a un "nuevo despotismo", tal y como habían sido los de Urquiza luego de Caseros y de Mitre luego de Pavón. Pero de allí en adelante esa resistencia se había convertido en una posición equivocada, porque ya no había liderazgos atravesados por la guerra que buscaran imponer la federalización. Este cambio quedaba demostrado en el tratamiento eminentemente legislativo que la problemática adoptaba en 1880.

Pero, por otro lado, Rocha fundamentó la capitalización de Buenos Aires en los mismos términos en que lo habían hecho Rivadavia en el debate de 1826 y Sarmiento en el *Facundo*. Buenos Aires era "el gran condensador" de la riqueza, la inteligencia y la fuerza del Río de la Plata. Según Rocha, "no hay una gran nacionalidad en la historia que no esté ligada a una gran

[20] Tomamos prestada la categoría de *segunda ciudad* (*second city)* de Jerome Hodos, *Second Cities. Globalization and Local Politics in Manchester and Philadelphia*, Filadelfia, Temple University Press, 2011. Hodos la define, por un lado, sobre la base de su semejanza parcialmente cualitativa con la ciudad principal de un sistema de relaciones urbanas y, por el otro, en cuanto a su capacidad para ejercer hegemonía sobre su *hinterland* más cercano.
[21] *El Nacional*, 30 de julio de 1880.
[22] *La República*, 8 de agosto de 1880.
[23] Pasquali, "Una coyuntura". El senador Pizarro, consternado frente a la posibilidad de que la Legislatura de la provincia no refrendara la ley de federalización, propuso a la Cámara que, en ese caso, tratara un proyecto que había sido aprobado por los diputados en 1875 y que capitalizaba Rosario. Pero la sugerencia no gozó de recepción de parte de sus colegas y de hecho fue utilizada por *La Nación* (15 y 16/09/1880) para denunciar un pacto entre los autonomistas que consistía en aprobar la federalización sin que la cesión pasara luego por la Legislatura, que había sido desalojada. La falta de alguna cláusula que considerara entonces su eventual rechazo llevó a Pizarro, paradójicamente, a votar en contra del proyecto que él mismo había promovido al comienzo. En *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación…*, 1880, pp. 192, 420.
[24] *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación…*, 1880, pp. 284-285.

ciudad"; incluso en "la mente de los que fundaron a Washington [...] entraba la idea de hacer una gran ciudad". Si la capital norteamericana todavía era pequeña solo era una cuestión de tiempo que creciera y alcanzara una escala diferente.[25]

Esa fue la línea argumental que siguieron otros oradores. Habiéndose hecho cargo Rocha de fundamentar el cambio de posición de muchos autonomistas, nadie volvió sobre el asunto y las exposiciones siguieron relacionadas con la teoría sobre el tipo de capital. El ministro del Interior Benjamín Zorrilla, por ejemplo, también colocó el énfasis en la cuestión de la escala urbana y citó el caso de Washington, pero, a diferencia de Rocha, sostuvo que ya tenía "la forma de una gran ciudad".[26]

Más allá de si para el 80 Washington podía ser considerada o no de esa forma –algo discutible, dado que si bien tenía 150.000 habitantes todavía estaba muy por detrás de Nueva York, que pasaba cómodamente el millón–,[27] lo cierto es que el tamaño de la ciudad capital era un tópico que había sido subrayado por la teoría política del siglo XIX, sobre todo de la mano del italiano Pellegrino Rossi, quien en la línea de Maquiavelo, Montesquieu y los doctrinarios franceses sostuvo que el fausto visible de la ciudad era indispensable para garantizar la unidad política.[28] Lo que hacían entonces Rocha y Zorrilla, incluso al citar el caso de Washington –quizás para discutir con Saldías–, era reducir la definición de la ciudad capital a una única posible, concebida como un polo multifuncional de grandes dimensiones.

Y, en parte, estaban en lo cierto. Washington, en verdad, había sido pensada por los federalistas norteamericanos como la gran capital de una "república imperial", pero las dificultades para darle vida propia a una ciudad enteramente planificada habían hecho demorar su desarrollo. Los viajeros de la primera mitad del siglo XIX –como Moreno, Sarmiento o Tocqueville– vieron en aquella un tipo alternativo de capital porque, en la práctica, funcionaba como una *village* o un *town* de pequeña escala. Con su equidistancia latitudinal y condición *ex nihilo* Washington había buscado –y logrado– evitar que algún estado en particular se favoreciera al capitalizar una ciudad preexistente, pero, en términos urbanos, nadie había proyectado una aldea sino una capital de rango europeo.[29]

Cuando la ley de federalización pasó a la Cámara de Diputados esos términos solo sufrieron alteraciones menores, y la votación fue igualmente favorable. La bancada cordobesa monopolizó el uso de la palabra.[30] El contrapunto más significativo se produjo entre José Miguel Olmedo y Ramón Gil Navarro, quienes evocaron las ideas de Juan Bautista Alberdi para fundamentar tanto la posición oficialista como la elección de una ciudad alternativa frente a Buenos Aires.

[25] Museo y Archivo Dardo Rocha, *Fundación de la ciudad de La Plata. (Documentos para su estudio)*, La Plata, Museo y Archivo Dardo Rocha, 1956, pp. 3-26.
[26] *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación…*, 1880, p. 415.
[27] U.S. Bureau of the Census, *Historical Statistics of the United States. Colonial Times to 1970*, Part 2, U.S. Government Printing Office, Washington, 1975.
[28] Botana, *La tradición republicana.*
[29] Carl Abbott, *Political Terrain. Washington, D.C., from Tidewater Town to Global Metropolis*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1999.
[30] La ausencia de los diputados bonaerenses impidió alcanzar el quórum en un comienzo, por lo que las sesiones comenzaron en minoría para aprobar la incorporación de representantes que habían quedado vacantes antes de la guerra y que eran, precisamente, los de Córdoba y La Rioja, todos roquistas. Así, la cantidad mínima necesaria para sesionar estuvo garantizada y Roca pudo imponer su agenda. En Sabato, *Buenos Aires en armas*.

Si bien Olmedo votó a favor de la federalización por su compromiso con Roca, no se privó de sostener abiertamente su desacuerdo. Para él, las grandes capitales se correspondían con regímenes teocráticos, monárquicos y absolutos, que ahogaban desde el polo central las libertades del resto de la nación. Según el legislador, "la capital histórica de una república no puede ser la capital de una colonia".[31] En la misma línea de Saldías, proponía crear una nueva ciudad como Washington o emplazar la capital en un punto mediterráneo como Córdoba o Rosario. Cualquier alternativa era preferible antes que Buenos Aires. Y, en efecto, la vía rosarina había sido apoyada por Alberdi a comienzos de los años 50, luego de producida la secesión bonaerense.

Sin embargo, tal como señala Botana, ese había sido una suerte de desliz, puesto que tanto en sus *Bases* (1852) como a partir de 1859 (con motivo de la batalla de Cepeda) Alberdi sostuvo que una de las claves para lograr la unificación nacional y la consolidación del poder central sería la federalización de Buenos Aires.[32] A lo largo de su obra había apelado a distintos argumentos, pero con el que más insistió parece haber sido con el evocado por Gil Navarro: Buenos Aires era la capital "de hecho" por su condición geográfica vinculada al puerto. Esto había llevado a la monarquía española a convertirla en cabecera de una gobernación y luego del virreinato, decisión que le permitió dominar monopólicamente a la nación; en consecuencia, su primacía terminaría de consagrarse políticamente si la ciudad se federalizaba.

El determinismo de Alberdi se inspiraba probablemente en Montesquieu, pero también se asemejaba al de Sarmiento en el *Facundo*, quien veía en la condición portuaria de Buenos Aires su principal ventaja, dado el contacto cultural con Europa. Solo que para el autor de las *Bases* su condición de único gran puerto de la nación representaba antes que nada un asunto económico, en tanto la ciudad concentraba la mayor parte de las rentas nacionales. La capital histórica debía ser entonces reconquistada y expulsados de su recinto los poderes particulares. La alternativa washingtoniana solo produciría una "capital penitenciaria", desierta, que no terminaría de dejar nacer al gobierno federal.

El tratamiento de la ley en Diputados cerraría con una intervención de Felipe Yofre. Trayendo a Tocqueville y a Joseph Story –intelectual norteamericano cercano a Jefferson–, el diputado evocó un razonamiento de tipo histórico-esencialista en el que las estructuras territoriales no conocían mayor variación con el paso del tiempo. Sostuvo que Washington era una capital "neutra" porque la historia colonial de los Estados Unidos no había conocido una ciudad que oficiara como polo central, ergo, la capital republicana debía ser expresiva de esa heredada distribución equitativa del poder sobre el territorio. Según Yofre, lo mismo había ocurrido con Buenos Aires, pero con la forma inversa: a un pasado virreinal con corte, puerto y capital en una única ciudad, no podía sucederlo un esquema distinto en la etapa independiente. Además, la reciente incorporación al territorio nacional de las tierras ganadas con la "Conquista del Desierto" exigía profundizar la tutela de la integridad de la nación frente a la amenaza de países vecinos. El imperativo del orden terminaba por inspirar al diputado, que veía en la hermana mayor de las ciudades el sostén de cualquier independencia.[33]

[31] En *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación Argentina*, 1880, pp. 176-178.
[32] Botana, *La tradición republicana*.
[33] *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación…*, 1880, p. 189.

## Hacia la provincia "amputada": el tratamiento en la Legislatura bonaerense

Luego de que a fines del mes de agosto Avellaneda se viera forzado a ordenar el desalojo de las Cámaras provinciales, y mientras se discutía el proyecto de federalización en el Congreso, José María Moreno, en abierta disidencia con el gobierno nacional, presentó su renuncia al cargo de gobernador. Moreno se opuso a la disolución de los poderes públicos provinciales, con el argumento de que esa decisión burlaba el curso de las negociaciones por la paz. Para comienzos del mes de septiembre, el interventor Bustillo lo sucedió y pasó a ejercer en pleno las funciones ejecutivas, hasta entonces solo aplicadas por su parte en la campaña.

Bustillo llevó adelante la tarea que reclamaba el roquismo: llamó a elecciones para recomponer la Legislatura y lograr así que la provincia votara la cesión de la ciudad de Buenos Aires. El único partido que presentó listas en esas elecciones amañadas fue el autonomista. El mitrismo, principal damnificado por el desalojo de las Cámaras, se abstuvo de participar mientras denunciaba en *La Nación* una "máquina electoral" protagonizada por una "oligarquía oficial" de candidatos elegidos sin participación de la ciudadanía.[34]

Los comicios arrojaron entonces el triunfo del autonomismo alineado con Roca; solo ingresaron cuatro disidentes (pertenecientes al mismo partido) a la Cámara de Diputados. Entre ellos estaba Leandro Alem, en representación de la ciudad capital, quien renovó su banca obtenida el año anterior. Alem había mantenido una posición independiente frente a la escisión entre roquistas y tejedoristas; con su candidatura buscaba mantener un espacio donde expresar públicamente su propia posición política. De hecho, había declinado ofrecimientos para llegar al Senado de la nación y también al de la provincia. Así, tanto desde la Cámara como mediante la dirección del diario *El Autonomista*, fundado pocos meses antes, se opuso tajantemente a la federalización y mantuvo la defensa de los viejos principios partidarios.[35]

Pero antes de concentrarnos en su extensa intervención, que fue sin dudas la más resonante de todo el proceso legislativo, es preciso rescatar algunas observaciones hechas por quienes apoyaron la cesión de Buenos Aires. Una de las fundamentaciones más acabadas la ofreció el diputado Dámaso Centeno, quizás porque ofició como miembro informante de la Comisión Especial para el análisis del proyecto de ley.

Centeno basó su discurso en una comparación de sistemas urbanos. Por un lado, descartó dos alternativas: la capital desértica, con ejemplo en Washington, pues consideraba que su aplicación en la Argentina sería incorrecta por las actitudes vernáculas faltas de fraternidad y respeto por la ley que la convertirían en una ciudad "juguete" de los partidos políticos de turno; y la capital viajera, con ejemplo en Suiza y Bolivia, que carecía de estabilidad por las tensiones abiertas entre regiones que se disputaban la residencia de las autoridades. Por otra parte, Centeno valoró solo parcialmente la idea de la capital como centro geográfico: apelando al ejemplo de Madrid argumentó que, si bien una capital emplazada en un lugar equidistante incrementaba la capacidad resolutiva de la autoridad, lo hacía a costa de renunciar a su conexión ultramarina. Finalmente, el sistema ideal sería el de los grandes centros, como Buenos Aires, por tradición histórica y estado natural de las cosas que eran la llave para la paz y el orden; por los beneficios

[34] *La Nación*, 26 de septiembre de 1880.
[35] Antonino Salvadores, *La federalización de Buenos Aires y fundación de La Plata*, La Plata, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 1933; Gallo, *Alem*. No hemos podido dar con el diario fundado por Alem en un ningún acervo documental.

económicos que traería para la propia ciudad, la provincia y la nación al aportar solidez y estabilidad; por justicia territorial, al liberar a la campaña de la dominación de la ciudad, y por razón geográfica, dada la posición equidistante en el eje norte-sur, "como corazón de un cuerpo" que concentraba la red de telégrafos y ferrocarriles, pero fundamentalmente porque su lugar estratégico en la cuenca del Plata la volvía punto de contacto entre el interior y el exterior, tratando el flujo de las aguas tanto como al de las ideas, ya que las "recibe, madura, purifica, pule, abrillanta y devuelve a las provincias".[36]

La intervención de Centeno replicaba muchos de los sentidos evocados durante el siglo XIX en diferentes contextos en los que se debatió la "cuestión capital". Por un lado, en los términos que ya había empleado Alberdi, rechazó una posible ubicación en el desierto en razón de la debilidad que significaría para la constitución del gobierno y, además, subrayó el hecho de que si la sede del poder político era una distinta de la del principal puerto del país la ciudad perdía un valor fundamental. El mismo criterio utilizó para descartar la alternativa de la capital viajera, que era más bien una figura antes que un modelo capitalino: aquellas experiencias que la ejemplificaban no habían elaborado una decisión en torno a la mudanza permanente de la capital, sino que esto era resultado de constantes conflictos territoriales intestinos. La elección de Buenos Aires resultaba entonces de pensar a la capital como un hecho histórico y por su capacidad para acumular acepciones urbanas. Si bien al razonar de este modo el diputado recuperaba sobre todo la vieja posición rivadaviana –y, aunque en menor medida, la tesis mitrista–, la originalidad de su exposición radicó en el esfuerzo por incorporar el criterio de justicia geográfico-espacial, que correspondía más bien a los partidarios de una capital aldeana. Este argumento ahora resultaba fácil de sostener dada la expansión latitudinal del territorio nacional que traía la conquista de la Patagonia. Podría decirse que Centeno volvió compatibles a los dos Sarmientos: el civilizatorio que veía en el Río de la Plata la conexión con las costumbres europeas y el técnico que veía en el estuario una inmejorable formación geoestratégica.

El ministro del Interior de la provincia, Carlos D'Amico, también contribuyó al intercambio parlamentario y, una vez más, las ideas del extinguido Partido del Orden rivadaviano volvieron a estar sobre el tapete. D'Amico postuló que, para impedir nuevos enfrentamientos, sería la opinión pública la que limitaría una eventual radicalización del poder. Dijo que solo en una gran ciudad como Buenos Aires existía esa "personalidad anónima" de raíz republicana, semejante a la ateniense, que advierte al gobierno sobre sus malos actos. A esa idea ya muchas veces evocada sumó una sugestiva predicción: sostuvo que, puesto que la inmigración seguiría creciendo, la ciudad de Buenos Aires también lo haría a un punto tal que su mancha urbana se extendería sobre distritos como Barracas (aún escasamente poblada) o Belgrano (para entonces un municipio aparte), por lo que gran parte de la capital volvería a estar bajo jurisdicción de la provincia.[37]

D'Amico abordaba de esa manera oblicua el tema que distinguió el tratamiento del proyecto en la Legislatura bonaerense: la restitución de una capital provincial. El asunto había sido introducido por primera vez en el Senado, donde el tratamiento sobre la cesión duró una sola jornada y sin posturas contrarias, razón, esta última, que quizás explique por qué el pro-

[36] *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires*, 1880, tomo II, p. 84.
[37] *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Legislatura…*, 1880, tomo II, p. 92.

yecto ingresó por la Cámara alta. De la mano del senador Nicolás Achával, la cuestión de la futura capital provincial fue planteada en los mismos términos en que lo habían hecho algunos editoriales de *La República* y *El Nacional* aparecidos en los meses de julio y septiembre. Estos sostenían que la nueva sede del poder bonaerense sería con el tiempo una ciudad importante por la riqueza que sobre ella volcaría la campaña. La clave del crecimiento urbano estaría en su eventual "posición comercial", capaz de permitirle ser el mercado de los productos provenientes tanto del campo como del extranjero. Sobre esta base, para Achával, la nueva capital de la provincia podría "rivalizar" con la "gran capital de la Nación" por lo que "la Provincia de Buenos Aires contendrá en su seno dos grandes e importantes ciudades".[38] Lejos de que esa dualidad llevara inscripta algún tipo de disputa, ambas capitales retribuirían positivamente en el engrandecimiento de la propia provincia. La cesión era, antes que un perjuicio, una promesa de multiplicación del beneficio.

*El Nacional* también había advertido sobre los criterios que deberían emplearse para seleccionar un nuevo punto en el mapa que fuera capitalizable. Además de mostrar que ya había localidades postulándose, como Mercedes, Ensenada o Chascomús, el diario indicó que el asunto ameritaba un estudio serio que garantizara que la ciudad tuviera acceso al agua y servicios higiénicos, una posición favorable para el comercio y las comunicaciones y, finalmente, cercanía física con la vieja capital, que sería la que la proveería de hombres para el gobierno.

Justamente, este último punto sería una de las aristas principales de la intervención de Alem en Diputados, aunque siempre para oponerse a la cesión de la ciudad. Su largo y enconado discurso –que duró más de dos sesiones enteras– estuvo organizado en torno al tema de la autonomía. Alem la asociaba con la democracia y, en consecuencia, con las libertades civiles y políticas: si hasta el momento Buenos Aires no se había convertido en capital federal era porque ese proyecto habría sido resultado de una decisión impuesta, hija del centralismo unitario y autoritario. Pero, además, y como habían sostenido ya algunos legisladores, la capital de una monarquía absoluta no podía ser la misma que la de una república federal. Ahora no solamente era imperioso cumplir con el principio de la división de poderes, sino también respetar las autonomías territoriales a partir de la premisa de que, en la Argentina, eran las provincias y no la nación las unidades políticas preexistentes. Si la federalización de la ciudad buscaba ser un remedio frente a la eventual aparición de un nuevo Tejedor que desafiara al poder central, la solución sería descentralizar más aún la estructura política interna de la provincia.[39]

Sobre la concepción misma de ciudad, Alem impugnó el modelo de la gran capital multifuncional apoyándose en Jules Ferry, liberal francés vinculado a la Tercera República, de quien citó una frase que rezaba que "por la centralización París ha podido creer que él es la Francia entera". A eso el diputado agregó que, en consecuencia, "cuando todo el Imperio está en esa gran capital, de cualquier modo que se corrompa […] se habrá descompuesto todo el Imperio".[40] En un régimen unitario como el francés, la relación entre capital y nación se revelaba entonces metonímica: una parte resumía y condensaba al conjunto. En un caso como el argentino, el federalismo era el mecanismo que podía prevenir una deriva semejante.

[38] *La República*, 24 y 25/07/1880; *El Nacional*, 24/09/1880; *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires*, 1880, tomo II, p. 48.
[39] Las ideas de Alem sobre el régimen político han sido ya trabajadas en las obras citadas de Botana y Gallo; aquí expusimos una breve síntesis.
[40] *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Legislatura…*, 1880, tomo II, pp. 141, 143.

Para Alem, a diferencia de Achával y Centeno, la federalización no contribuiría al progreso de la campaña, sino que, al contrario, la volvería monocordemente pastoril toda vez que el comercio y la industria se concentrarían en la ciudad. El resultado sería una provincia doblegada y debilitada. En este punto fue que discutió la posición de D'Amico: la capital no volvería a la jurisdicción provincial porque antes el Estado nacional, cada vez más empoderado, impondría la cesión de más tierras. De hecho, esta proyección podía leerse en la prensa oficialista: *La República* propugnaba el ensanche del municipio porteño sobre los pueblos de Flores y Belgrano.[41] El crecimiento de la urbe era entonces una perspectiva compartida y no una "profecía" exclusiva de Alem, como apuntó parte de la historiografía. Solo que para el diputado esa expansión no redundaría en un beneficio para la provincia, sino que supondría una creciente subordinación respecto del poder nacional.

Finalmente, y abundando en la cuestión de los efectos perniciosos de la centralización, Alem afirmó que la ciudad no encontraría "otra rival que con tan poco esfuerzo y con tanta rapidez se le coloque al frente" porque "ella misma ha de ser uno de los principales obstáculos". Si, por ejemplo, la capital de la provincia se trasladara a un punto alejado "ningún hombre distinguido se ha de trasladar allí"; en cambio, "si la establecemos inmediata a esta Capital vivirá dentro de ella, será una especie de sucursal".[42]

La nueva capital provincial sería entonces una ciudad desértica o una ciudad satélite, pero en cualquier caso una suerte de impostura urbana. Ambos caminos conducirían al fracaso. En este punto, se vuelve claro que Alem tampoco promovía el modelo washingtoniano. Su posición fue de mera negación y rechazo a la cesión de Buenos Aires para la nación. La defensa irrestricta de los principios autonomistas suponía conservar, sino el pasado, al menos el estado de las cosas inmediatamente anterior a los sucesos del 80. Y tanto fue así que cerró su intervención con la sola propuesta de convocar a una convención constituyente provincial para escuchar un pronunciamiento popular al respecto. Lo único que pudo sugerir fue una nueva postergación del asunto.

José Hernández fue quien respondió al largo discurso de Alem. Ofreció una destacada pieza oratoria en defensa del proyecto de federalización, por la que se ganó el reconocimiento de la prensa de la época. Hernández se había plegado recientemente al bando triunfante y comenzaba una nueva etapa de su carrera política, ahora secundando las iniciativas del roquismo. El autor del *Martín Fierro* creía en una república centralizada y fuerte. No obstante, su intervención no ofreció argumentos originales, sino que más bien regresó a la consigna lata referida al histórico pasado capitalino con el que contaba Buenos Aires.

Finalmente, el tratamiento en la Legislatura concluyó con algunos discursos centrados en el vínculo entre capitalidad y comercio. Algunos diputados defendieron la federalización a partir del argumento de que Buenos Aires era el epicentro de los intercambios económicos. Pascual Beracochea, del mismo sector que Alem, sostuvo incluso que la capital debía ser una ciudad exclusivamente dedicada al comercio. El tipo urbano que imaginaba Beracochea se parecía demasiado a la Argirópolis sarmientina: emplazamiento equidistante, condición portuaria, baja o nula opinión pública. Por eso colocó como ejemplos a Nueva York, Barcelona, Marsella o Burdeos. El punto estaba en el uso de sus puertos y su perfeccionada comunicación

[41] *La República*, 22 de septiembre de 1880.
[42] *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Legislatura…*, 1880, tomo II, p. 118.

fluvial y ferroviaria. En verdad, Beracochea pensaba en una suerte de capital global *avant la lettre*: la ciudad debía convertirse en un nodo dentro del taller en que se había convertido el mundo, por encima de las fronteras que dividían políticamente a los pueblos.[43]

Pero, al igual que Alem, Beracochea cerró su discurso sin proponer una alternativa concreta frente a Buenos Aires. Por un momento, sus colegas podrían haber pensado que terminaría proponiendo capitalizar Rosario, dado que parecía ajustarse al tipo de la ciudad global. Sin embargo, el diputado rechazó la opción apelando a una frase de Dalmacio Vélez Sarsfield según la cual "las rivalidades comerciales pueden fácilmente convertirse en rivalidades políticas".[44] Como Alem, a Beracochea lo perseguía obsesivamente la preocupación por la autonomía de la provincia, que impedía resolver el argumento de manera propositiva. Vaticinó incluso que la nación podría llegar a quitarle su banca pública, de la que Buenos Aires dependería para financiar el crecimiento de las ciudades de campaña.

La imposibilidad que mostraron Alem y sus simpatizantes de proveer un proyecto de capital o un caso de ciudad distinta es indicativa de la dificultad generalizada que ello representaba para la dirigencia política del momento. La excepción más notoria parece haber sido Saldías, cuya intervención se produjo por fuera de los recintos legislativos y sin que alcanzara resonancia allí dentro. Pero el resto de los autonomistas disidentes –al igual que aquellos que defendieron la federalización de Buenos Aires– no pudieron dejar de identificar a un único lugar como el que revestía la capacidad de ejercer la capitalidad, fuera de la provincia o de la nación. Sencillamente, no había otro centro posible, no había solución alternativa. La nueva dirigencia que nacía en el 80 fue la circunstancia que se reveló crucial para consagrar finalmente a la ciudad como la capital definitiva de la Argentina. El tiempo y las oportunidades para aventurar otras propuestas habían pasado y, mientras tanto, el poder del Estado se había fortalecido; la federalización sería no solo una muestra más de ese fortalecimiento, sino que lo retroalimentaría al dar un espacio exclusivo para sus instituciones públicas.

Cerrado el debate, la votación final del día 24 de noviembre arrojó una mayoría de 36 votos en favor de la cesión, contra 4 negativos. De ese modo, finalmente quedaba asegurada por ley la creación de una capital federal argentina. El 6 de diciembre, Alem, Beracochea y el diputado Guillermo Solveyra, del mismo bloque disidente, presentaron sus renuncias. El día 15 Alem sostuvo que su mandato había terminado porque la sección electoral que representaba, es decir, la ciudad de Buenos Aires, ya no formaba parte de la provincia.[45]

## Cierre: entre Alberdi y las paradojas del 80

En los años inmediatamente posteriores a la federalización se publicaron varias obras referidas a los acontecimientos de aquel momento, producidas en un contexto más calmo y propenso a la reflexión. Dos de ellas, *La defensa de Buenos Aires* (1881) de Carlos Tejedor y *La muerte de Buenos Aires* (1882) de Eduardo Gutiérrez, ofrecieron una elegía en defensa del autonomismo y una denuncia de la centralización roquista. Su tono era muy similar al de Saldías, pero, a

[43] La categoría *ciudad global* se toma de Hall, "The Changing".
[44] *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Legislatura…*, 1880, tomo II, p. 251.
[45] *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Legislatura…*, 1880, tomo II, pp. 297-345.

diferencia de este, dejaron de lado toda reflexión sobre la "cuestión Capital". Su mirada era nostálgica antes que propositiva o analítica. En cambio, fue Alberdi quien en *La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital* ofreció una serie de valiosos argumentos referidos al asunto.[46]

Si bien el tucumano era diputado desde 1878, no había participado de las sesiones por la federalización puesto que había decidido no acompañar a las autoridades nacionales cuando se trasladaron a Belgrano. La guerra lo aterraba–de hecho, trabajó siempre para evitarla– y no quiso posicionarse explícitamente en favor de uno u otro bando.[47] Sin embargo, en su ensayo se colocó abiertamente en favor de la capitalización. Este evento constituía el tercer hito de la historia argentina, luego de 1810 con el pasaje de la monarquía a la república, y de 1852, con la libre navegación de los ríos. Lo que para los autonomistas era una ofensa a la libertad política, para Alberdi creaba las condiciones para su reparación: hasta entonces, las provincias no habían sido libres y solo habían disfrutado de una parte del poder político, mientras Buenos Aires concentraba el resto. La república no podía darse otra capital porque solo la ciudad sobre el Plata poseía "puerto, tráfico, aduana, crédito, tesoro, administración, registros, archivos, oficinas, monumentos históricos".[48] En consecuencia, la división entre ciudad y provincia significaba, por un lado, la superación de una rémora colonial en la que el gobernador acumulaba poderes heredados del virrey y, por el otro, la resurrección de la provincia como tal, escindida de su metrópoli y en compatibilidad con las autonomías constitucionales.

El ensayo de Alberdi fue escrito luego del tratamiento legislativo, pero en ese momento sus argumentos motivaron intercambios confidenciales con Avellaneda, Roca y Rocha.[49] La afinidad con las intenciones de Roca resulta evidente, aun cuando no las inspirara directamente. El libro de Alberdi ofició de algún modo como el justificativo conceptual *ex post* de la federalización. A diferencia de algunos de sus trabajos previos, donde la geografía portuaria era el atributo que más jerarquizaba en favor de Buenos Aires, en este libro del 81 Buenos Aires se imponía incluso, antes que como un hecho, como capital por "defecto": no había otra que concentrara sus múltiples atribuciones. Su federalización era una necesidad imprescindible para la consolidación del régimen político plasmado en la Constitución.

Alberdi reforzaba así el tono original con que había comenzado la discusión en el 80. Visto en retrospectiva, podríamos sostener a través de su ensayo que el conjunto de las representaciones evocadas sobre la ciudad capital estuvo subordinado a un imperativo más político que teórico, más dominado por la lógica del poder que por la imaginación urbana: Buenos Aires era la única capital posible.

Quizás el caso del diputado nacional Olmedo pueda ilustrarlo bien, en tanto discrepó con la elección de Buenos Aires para proponer a cambio una capital mediterránea, nueva o preexistente, pero terminó aceptando que las condiciones políticas hacían imposible cualquier alternativa frente a la que finalmente se impuso. Voces como las de Rocha o Zorrilla trajeron a la dis-

[46] Juan Bautista Alberdi, *La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni, 1881.
[47] Botana, *La tradición republicana*; Sabato, *Buenos Aires en armas.*
[48] Alberdi, *La República Argentina consolidada en 1880*, p. 78.
[49] Alberto Nicolini, "Juan Bautista Alberdi, la coyuntura 1879-1881 y la fundación de la ciudad de La Plata", Duodécimo Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 21, 22 y 23 de agosto de 2003.

cusión el ejemplo aparentemente antagónico de Washington, tal vez en respuesta al ensayo-folleto de Saldías, pero solo para sostener que ya era una gran ciudad o que su proyección original se basaba en la idea de un gran polo comercial, cultural y político. A través de este rodeo, ellos también estaban pronunciado el nombre de Buenos Aires como capital de la nación.

La federalización no parece haber adoptado entonces la forma de un debate *stricto sensu*. Los intercambios retóricos en todo caso confirmaron una decisión previamente arreglada entre la mayoría roquista. Las representaciones más sofisticadas sobre la ciudad capital no hicieron más que reproducir la vieja posición rivadaviana referida a la multifuncionalidad, la gran escala o el rol de la opinión pública, así como la tesis mitrista sobre la condición histórica de la sede de la autoridad política nacional. El diputado provincial Centeno fue el que mejor sistematizó esa perspectiva, aditándole el hecho de que Buenos Aires era ahora también una ciudad justa en términos latitudinales.

Lo llamativo –por paradójico– de aquellos que apoyaron la federalización en el 80 no parece ser entonces que compartieran la vieja postura de Rivadavia, sino que quienes lo hicieron habían sido hasta la víspera acérrimos opositores a la cesión de la ciudad. La bandera unitaria de los años 20 sería finalmente consumada por exponentes del autonomismo bonaerense, que desplazaron su defensa de los viejos principios federales en favor de un régimen político mucho más centralizado. El impacto que tuvo el avance de la figura de Roca frente al vacío que había dejado la muerte de Alsina provocó que muchos estuvieran dispuestos a intercambiar posturas históricas por posiciones políticas sustantivas en el nuevo esquema roquista. Esto quizás explique por qué las obras que publicaron Tejedor y Gutiérrez estuvieron estrictamente preocupadas por denunciar las ambivalencias y cambios de partido antes que en reflexionar sobre el tema de la capital.

Pero si la dirigencia provincial había entonces asumido que era una más entre otras dentro de la más vasta élite política nacional, la concesión que hicieron los autonomistas no sería completamente en vano. O al menos no lo sería en el corto plazo, puesto que Rocha asumiría como gobernador de la provincia de Buenos Aires a comienzos de 1881 e intentaría desde allí reparar la entrega de la capital montando una ciudad que compitiera con Buenos Aires. Su período de gobierno estaría signado por un proyecto que también comenzó a pensar de la mano de las sugerencias de Alberdi.

En *La República Argentina consolidada en 1880…* la "Nueva Buenos Aires" aparecía como una futura ciudad comercial, tal y como lo habían sugerido el senador provincial Achával y el diario *El Nacional*. El lugar donde debía emplazarse era el puerto natural de la Ensenada, valorado como la mejor salida a ultramar de las costas occidentales del Plata desde tiempos virreinales y también proyectado como tal en los años rivadavianos. Su poblamiento sería rápido al atraer sobre todo a comerciantes capitalistas y, además, permanecería ligada con la vieja Buenos Aires por su cercanía física y múltiples vías de comunicación; serían dos ciudades en una.

El determinismo geográfico de Alberdi seguía entonces vigente en su proyección de la nueva capital: era el emplazamiento geoestratégico vinculado al puerto y, en consecuencia, a sus beneficios económicos y sociales lo que sentaría las bases de una ciudad sólida, anclada en la modernidad y el progreso. Lo cierto es que la expectativa que significaba para entonces el crecimiento de los intercambios internacionales era transversal a los distintos actores políticos. Incluso el diputado provincial opositor Beracochea consideraba que la ciudad capital debía emplazarse en una suerte de espacio urbano global con buenas redes de comunicación.

Pero, como hemos visto, fue Alem quien, si no impugnó la valoración por la ciudad comercial, descreyó que esa o cualquier otra alternativa fuera viable para reparar la capitalidad de la provincia. A diferencia de lo que sostenía Saldías, todavía apoyado sobre la idea de una Washington modesta y apartada, Alem no privilegió un modelo específico de ciudad. Una gran urbe no podía ser capital federal porque tendía a la centralización y, en el caso porteño, cercenaba la autonomía provincial. Si la provincia perdía ese polo, además, no habría manera de que otro lo sustituyera, fuera por falta de desarrollo urbano o por hacerlo de manera subsumida a la vieja Buenos Aires. Alem y sus colegas, pero sobre todo él por su tajante e irresoluble rechazo, también eran protagonistas de una paradoja, puesto que, si bien rechazaban la elección de Buenos Aires como capital, al mismo tiempo no pudieron sugerir ni proyectar una ciudad alternativa.

Como es sabido, la gestión de Rocha a cargo de la provincia intentaría disputarle a Buenos Aires su condición primada mediante el montaje una nueva capital que buscaría ser su rival. Si bien esa ambición nunca se concretaría y finalmente ocurriría lo que Alem y Beracochea habían anunciado, es decir, que el Estado nacional federalizaría un territorio aún mayor que el de la planta histórica de la capital (con la incorporación de Flores y Belgrano en 1887), que la banca provincial cerraría (con la crisis del 90) y que La Plata acabaría reducida a una ciudad satélite respecto de Buenos Aires,[50] lo cierto es que en el 80 eso aún estaba por verse. Por el momento se proyectaban futuros de distinto calibre para la provincia: para algunos la nueva capital gozaría de los beneficios de la campaña y del comercio, pero para otros la pérdida no podría repararse y la provincia acabaría siendo un lugar de monocorde pastoreo.

De lo que en todo caso los actores pudieron estar seguros fue del cierre de una larga historia de disputas que ocupó todo el siglo XIX respecto del asiento definitivo de las autoridades nacionales. Para celebrarlo hubo un importante festejo durante los primeros días del mes de diciembre en el centro de la ciudad. Roca ya era el nuevo presidente, Torcuato de Alvear el nuevo intendente y la asunción de Rocha como gobernador de la provincia era inminente. En la prensa, por su parte, ya se animaban a indicar las reformas urbanas que Buenos Aires precisaba para consolidarse como una metrópolis moderna: ornamento, aguas corrientes y desagües para la higiene, adoquinado, una gran avenida principal, todas inspiradas en la París de Haussmann. Si bien sabemos que esos cambios no tardarían en llegar, concluidos los sucesos del 80 todavía eran una expresión de deseo sobre la nueva etapa que estaba por comenzar. O al menos de esa forma lo auguraba *El Nacional*:

> Radicada la paz pública al amparo del movimiento del progreso que nos arrastra, ha llegado el momento de pensar en hacer de Buenos Aires, no solo por su importancia moral y comercial, sino también por su aspecto material, la realización del sueño de nuestros padres: la gran Capital del Sud.[51]

[50] Roy Hora, "Buenos Aires, el gigante que no ha logrado pararse sobre sus propios pies", *Anuario IEHS*, vol. 37, nº 1, 2022.
[51] *El Nacional*, 10 de diciembre de 1880.

## Bibliografía


Abbott, Carl, *Political Terrain. Washington, D.C., from Tidewater Town to Global Metropolis*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1999.

Aliata, Fernando, "Contemplar y recordar. Sarmiento frente a la arquitectura, el paisaje y la ciudad", en A. Amante (dir.), *Sarmiento*, Buenos Aires, Emecé, pp. 133-158.

—, *La ciudad regular. Arquitectura, programas e instituciones en el Buenos Aires posrevolucionario (1821-1835)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo, 2006.

Botana, Natalio, "1880. La federalización de Buenos Aires", en G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 107-122.

—, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

Dócola, Silvia, "Espacios de poder para la Confederación Argentina. La capital, el puerto y el lugar del soberano. 1854-1859", Tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata, 2017.

Eujanian, Alejandro, "La nación, la historia y sus usos en el Estado de Buenos Aires, 1852-1861", *Anuario IEHS*, nº 27, 2012, pp. 57-83.

Gallo, Ezequiel, "Liberalismo, centralismo y federalismo: Alberdi y Alem en el 80", *Investigaciones y Ensayos*, vol. 45, 1995, pp. 372-387.

—, *Alem. Federalismo y radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2009.

Hall, Peter, "The Changing Role of Capital Cities", *Plan Canada*, vol. 40, nº 3, 2000, pp. 8-11.

Hodos, Jerome, *Second Cities. Globalization and Local Politics in Manchester and Philadelphia*, Filadelfia, Temple University Press, 2011.

Hora, Roy, "Buenos Aires, el gigante que no ha logrado pararse sobre sus propios pies", *Anuario IEHS*, vol. 37, nº 1, 2022, pp. 243-268.

Nicolini, Alberto, "Juan Bautista Alberdi, la coyuntura 1879-1881 y la fundación de la ciudad de La Plata", Duodécimo Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 21, 22 y 23 de agosto de 2003.

Pasquali, Patricia, "Una coyuntura crítica en la historia política santafesina: la injerencia roquista", *Res Gesta*, vol. 26, 1989, pp. 161-218.

Sabato, Hilda, *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008.

—, *Historia de la Argentina, 1852-1890*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2012.

Salvadores, Antonino, *La federalización de Buenos Aires y fundación de La Plata*, La Plata, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 1933.

Shmidt, Claudia, *Palacios sin reyes. Arquitectura pública para la "capital permanente". Buenos Aires, 1880-1890*, Rosario, Prohistoria, 2012.

## Resumen / Abstract

**Buenos Aires Capital. Representaciones sobre el tema de la ciudad capital en la federalización de 1880**

El ensayo explora las representaciones sobre el tema de la ciudad capital evocadas en el contexto de la federalización de Buenos Aires en 1880. A tal fin, se analizan los debates legislativos, la prensa porteña y la ensayística de ese momento. La hipótesis principal sostiene que en la discusión pública primó una concepción clásica que entendía a la ciudad como un polo multifuncional de grandes dimensiones, cuyos orígenes pueden rastrearse en los años rivadavianos. Esta posición fue asumida por quienes se alinearon con el presidente electo aquel año, Julio A. Roca, entre cuyas filas se encontraban autonomistas históricamente opuestos a la federalización. Por el contrario, entre la minoría disidente se destacó la voz de Leandro Alem, que criticó la decisión apoyándose en argumentos en favor de un federalismo democrático contrario a la concentración de poder en un único centro; también adelantó prenociones sobre una nueva pero trunca capital provincial, incapaz de emanciparse frente al eje porteño. Sin embargo, no presentó ninguna alternativa para la capital federal, silencio que permite ensayar la idea de que, incluso entre los opositores a la ley, resultó imposible imaginar una ciudad distinta de la propia Buenos Aires.

**Palabras clave**: Federalización - Buenos Aires - Representaciones - Ciudad capital - Discusión pública

**Buenos Aires Capital. Representations related to the topic of the Capital City in the Federalization of 1880**

This essay explores the representations relating to the topic of the Capital City evoked in the context of the Federalization of Buenos Aires in 1880. To this end, we analyze the legislative debates, the press and the essays written at that moment. The main hypothesis maintains that the public discussion was dominated by a classical conception of the city as a multifunctional pole of large dimensions, whose origins can be traced back to the Rivadavia years. This position was upheld by those aligned with the president elected that year, Julio A. Roca, whose ranks included Autonomists historically opposed to federalization. In contrast, the voice of Leandro Alem stood out among the dissident minority, as he criticized that decision on the basis of arguments in favor of a democratic federalism contrary to the concentration of power in a single center; he also put forward schematic notions about a new but truncated provincial capital, unable to emancipate itself from the Buenos Aires axis. However, he did not present any alternative for the Federal Capital, a silence that allows us to test the idea that even among those who opposed the law, it turned out to be impossible to imagine a city different from Buenos Aires itself.

**Keywords**: Federalization - Buenos Aires - Representations - Capital City - Public Discussion

Fecha de presentación del original: 17/7/2024
Fecha de aceptación del original: 1/2/2025

# *Una vez más en torno a la racionalidad de la lealtad peronista:*

## *Notas a propósito de un texto reciente*

Juan Manuel Palacio*

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

> En rigor, el estudio del peronismo no ha cesado de ser un discurso sobre nuestra peripecia argentina. Las consecuencias de las transformaciones políticas y sociales abiertas en los años cuarenta nos acompañan todavía, lo que vuelve difícil una mirada exterior sobre un pasado cuyos alineamientos y conflictos no han logrado ser totalmente absorbidos en una síntesis nueva. Estudiar dicho pasado ha implicado, pues, con mucha frecuencia, una toma de posición, no a través de la forma rudimentaria de un elogio o una condena sino debido a la tendencia a iluminar ciertos aspectos y a omitir otros.
>
> Juan Carlos Torre[1]

El peronismo histórico, clásico o primero, sigue dando que hablar a los historiadores. Y no solo por su continuada existencia como fenómeno político vivo sino por el poder de atracción que continúa ejerciendo entre los profesionales del pasado el enigma de los liderazgos de masas. ¿Qué cosas mueven a grandes contingentes de personas muy heterogéneas a darle su apoyo a otra que se erige en líder y a expresarle lealtades inquebrantables? ¿Revisten esos apoyos alguna racionalidad o se trata de adhesiones más o menos pasionales o sentimentales? ¿Y deben esos líderes su éxito nada más que a su carisma y a sus discursos seductores o por el contrario (o junto con eso) a que pueden exhibir realizaciones concretas que ameriten esos apoyos? Por fin, ¿cómo (y cuándo) se construye el lazo entre líder y masas? Estas preguntas, muy generales, que atañen a todas las ciencias sociales y han generado mucha literatura tanto teórica como basada en estudios empíricos, son las que también han llevado a los historiadores a abordarlas a propósito de grandes líderes del pasado. En el caso de América Latina, destacan por su densidad los estudios que se han ocupado de los liderazgos de Getúlio Vargas en Brasil y Juan Domingo Perón en la Argentina, etiquetados como casos de "populismos clásicos".

En el caso de la historiografía argentina, el abordaje del "enigma peronista" se concentró sobre todo en la interpretación del 17 de octubre de 1945, como punto de partida de ese encuentro entre Perón y las masas trabajadoras –y como mito fundacional del longevo movi-

* jmrpalacio@gmail.com

[1] Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 15.

*Prismas*, Revista de historia intelectual, Nº 30, 2026, pp. 77-97
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1665

miento– y en la composición y racionalidad de los apoyos que se mostraron tanto ese día en la Plaza de Mayo como meses después en las elecciones presidenciales de febrero de 1946 que lo llevaron a la presidencia de la Nación.[2] No es necesario volver a repasar los argumentos que se esgrimieron en esos debates iniciados poco después de su derrocamiento, que son ampliamente conocidos y han sido retomados una y otra vez en trabajos posteriores. Pero, a riesgo de simplificar, cabe decir que desde el principio las posturas se dividieron entre los que proponían que esos apoyos se debieron a la seducción que ejercían las promesas de Perón de mejoramiento social y económico en masas de trabajadores "nuevos" (que habían llegado en los años treinta a los alrededores de Buenos Aires atraídos por la demanda de una industria en expansión y que no tenían organización gremial ni mayor conciencia de clase), es decir, un apoyo más pasional o afectivo que racional, y los que luego discutieron esa idea, llamando la atención sobre la importancia decisiva de los votos de los obreros "viejos" –aquellos pertenecientes a los sindicatos tradicionales y planteando además la absoluta racionalidad de esas adhesiones, en el sentido de que el voto por Perón era la mejor opción electoral para todos los trabajadores ("nuevos" y "viejos") en febrero de 1946.[3]

Una historiografía posterior abrevó en nuevas bases teóricas que, con justicia, señalaban la necesidad de restaurar la agencia de los sectores subalternos en el devenir histórico, y dio el golpe de gracia a cualquier perspectiva que pretendiera subestimar la acción, individual o colectiva, de los sectores populares o insinuar su irracionalidad. Dicha historiografía sostiene que, aun en caso de extrema debilidad o acuciante necesidad y evidente desventaja, las acciones de los débiles responde a una racionalidad propia, incluso cuando existe una evidente manipulación por parte de los más poderosos. La idea de masas hipnotizadas por promesas vanas y cantos de sirena de líderes a quienes, como Fausto, le venden el alma a cambio de espejismos y obnubilados por un prometido paraíso, cotiza en baja hoy en las ciencias sociales y la historia.[4]

Si bien estos grandes debates no terminan nunca de saldarse, en las últimas décadas la historiografía parecía haber llegado a algunos consensos mínimos sobre los "populismos clásicos", superadores de esas discusiones de los años sesenta y setenta, como resultado de estas nuevas corrientes y sus hallazgos.[5] En el caso de la Argentina, entre otros consensos, que los

[2] La expresión "enigma peronista" refiere al texto de César Tcach "El enigma peronista: la lucha por su interpretación", *Historia Social*, nº 43, 2002.

[3] Las expresiones clásicas de estas dos posturas son, respectivamente, las de Gino Germani, especialmente en *Política y sociedad en una época de transición* (Buenos Aires, Paidós, 1962) y en "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y los migrantes internos" (*Desarrollo Económico*, vol. 13, nº 51, octubre-diciembre, 1973) y las de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero en *Estudios sobre los orígenes del peronismo* (Buenos Aires, Siglo XXI, 1984). Dentro de este debate general, hubo otros que con el tiempo hilaron más fino en la cuestión de la racionalidad y la composición de los apoyos. Véase Torre, *La vieja* guardia, y, del mismo autor, "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", *Desarrollo Económico*, vol. 28, nº 112, enero-marzo, 1989.

[4] Por lo menos desde el auge de la historiografía de los sectores subalternos, que derivó en diversas corrientes de historia "desde abajo" y, recientemente, en los estudios sobre peronismo, en una historia autodenominada "a ras del suelo". Véanse, entre otros, Omar Acha, "Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo", *Desarrollo Económico*, vol. 44, nº 174, julio-septiembre, 2004; Nicolás Quiroga, "Sincronías peronistas. Redes populistas a ras de suelo durante el primer peronismo", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2013, DOI: doi.org/10.4000/nuevomundo.64851; Alejandro Agustín Nieto, "Vida asociativa al ras del suelo en una aldea peronista activismo obrero y popular en Mar del Plata, 1943-1955", *Páginas*, vol. 7, nº 14, 2015.

[5] Al menos en la historiografía profesional *strictu sensu*, ya que, en el mundo del ensayo, de la historia amateur, del mundo periodístico y también de ciertos rincones de las ciencias sociales, las ideas clásicas sobre el "populismo" en clave líder carismático que arrastra a masas heterónomas siguen teniendo la misma fuerza de siempre y constituyen un sentido común sobre el fenómeno en el debate público, que parece invulnerable.

trabajadores ofrecieron apoyos a Perón fruto de cálculos muy racionales; que esos apoyos no siempre fueron espontáneos o intempestivos, sino más bien el resultado de una trabajosa construcción de la que participaron tanto líderes sindicales como funcionarios de la Secretaría de Trabajo y Previsión (STP); que la acción de esta última institución, que combinó divulgación y propaganda con medidas concretas (en materia de salarios, organización gremial, otorgamiento de derechos, y defensa y asesoramiento de los trabajadores) fue clave para concitar adhesiones a Perón entre los trabajadores, y que el 17 de octubre fue un movimiento en parte espontáneo y en parte organizado por algunos líderes sindicales, también con la coordinación de funcionarios del gobierno militar, que habilitó y dio un espaldarazo decisivo a la postulación de Perón como candidato a la presidencia.[6]

Frente a estos consensos mínimos –construidos trabajosamente a través de interminables debates e incontables páginas–, o a pesar de ellos, un artículo reciente de Roy Hora nos propone volver a discutir la lógica del "lazo político" del primer peronismo con las masas.[7] Con el objetivo de repensar el 17 de octubre, el trabajo emprende toda una reinterpretación de los primeros gobiernos de Perón y de la evolución de ese "lazo" original hasta su derrocamiento en 1955. Sostiene, así, que la historiografía ha sobreestimado ese día emblemático –trayendo a colación la historia más larga de movilizaciones populares en el país y de los usos de la Plaza de Mayo–, así como las acciones de Perón a favor de los trabajadores desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, que le habrían granjeado el apoyo popular que lo llevó al poder en 1946, ya que en la víspera de las elecciones de ese año Perón era casi un desconocido en buena parte del país y, por lo tanto, "pura promesa". Por ello, entre los que marcharon a la plaza del 17 de octubre y entre los que le dieron su voto en esas elecciones, "más que lealtad, identidad o interés, hubo *apuesta*". En segundo lugar, el trabajo sostiene que Perón quedó desde entonces preso de las promesas hechas a ese electorado reticente y que por lo tanto hay que leer sus políticas a favor de los trabajadores como el intento repetido de, una vez en la presidencia, pagar esa deuda contraída para no perder esos apoyos precarios. Por fin, sostiene que esas políticas proobreristas de sus años dorados le dieron tanto rédito que le alcanzó para ganar la reelección en 1951, a pesar de que, desde 1949, el "cambio de rumbo" lo había llevado a aplicar severas políticas de ajuste, desconocer buena parte de sus promesas originales y a retroceder en casi todo. Así, propone Hora, el 11 de noviembre de 1951 –día de esas elecciones– debería ser considerado el verdadero "Día de la Lealtad" peronista, en reemplazo del 17 de octubre.

[6] Estos consensos alcanzan también a los demás "populismos clásicos" latinoamericanos. Quizás su mejor expresión es la de la historiografía brasileña que, a propósito de la figura de Vargas, ha sometido el fenómeno "populista" a una investigación sistemática, históricamente situada, pasando por el rasero de la metodología histórica cada uno de los rasgos que las ciencias sociales consideran inherentes a ese fenómeno. Véanse, entre otros, Fernando Teixeira da Silva y Hélio Da Costa, "Trabalhadores urbanos e populismo: um balanço dos estudos recentes", en J. Ferrerira (ed.), *O populismo e sua história: debate e crítica*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2001; John D. French, *The Brazilian Worker's ABC: Class conflict and Alliances in Modern São Paulo*, Chapel Hill/London, University of North Carolina Press, 1992; John D. French, *Drowning in Laws: Labor Law and Brazilian Political Culture*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2004; Angela Maria de Castro Gomes, "Reflexões em torno de populismo e trabalhismo", *Varia Historia*, nº 28, 2002; Angela Maria de Castro Gomes, *A Invenção do trabalhismo*, Río de Janeiro, IUPERJ/Vértice, 1988; David McCreery, "Gift of the devil", *Social History*, vol. 33, nº 1, 2008; Joel Wolfe, "The Faustian Bargain Not Made: Getúlio Vargas and Brazil's Industrial Workers, 1930-1945", *Luso-Brazilian Review*, vol. 31, nº 2, 1994.

[7] Roy Hora, "Repensando el 17 de Octubre y la forja del lazo político peronista", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 28, 2024.

Este artículo se propone discutir ese trabajo, en el entendimiento de que es una invitación al debate que no se debe rehuir, sobre todo porque se da en medio de un florecimiento de estudios sobre el peronismo en todas sus épocas, incluida la "clásica", que no para de crecer. Y en particular porque, en su afán por retrotraer la discusión a asuntos centrales del debate clásico antes referido y discutir con autores que lo protagonizaron, el trabajo parece no reconocer algunos hallazgos de esa nueva y nutrida historiografía que, aunque contradicen algunos de sus argumentos, no merecen su consideración –y en algunos casos, ni siquiera su mención–. Como resultado, el trabajo incurre en algunos problemas de interpretación, que además están escasamente fundamentados.

Este trabajo se concentrará sobre todo en dos. Uno, la idea de que Perón en 1945-46 no tenía mucho que exhibir y que fue su "pura promesa" lo que llevó a sus votantes a hacer una apuesta por él, casi en el vacío. El otro, que el contundente apoyo en las elecciones de 1951 se debió sobre todo al recuerdo de los beneficios otorgados a los trabajadores en los primeros años de su primera presidencia (y no a que la mayoría de esos beneficios seguían vigentes en ese año). El texto comenzará así exponiendo los argumentos centrales del artículo citado para luego concentrarse en esos dos aspectos señalados.

## Repensando el primer peronismo

Como se dijo, lejos de ser solo un intento de repensar el 17 de octubre de 1945, el trabajo de Roy Hora quiere proponer toda una nueva matriz explicativa del primer peronismo y en particular de su relación con sus seguidores y votantes. De hecho, es en esto último –y en particular, en su explicación de los apoyos electorales que obtuvo en las dos elecciones presidenciales, de 1946 y 1951– donde se encuentra lo más original de su contribución.

En efecto, dedica sus dos primeros apartados a discutir el supuesto carácter fundacional de los acontecimientos de ese día en la historia de las movilizaciones populares en la Argentina (incluidas aquellas a la Plaza de Mayo), de lo que se jactó Perón primero y todos los peronismos después hasta el día de hoy, erigiéndolo como mito fundacional del movimiento. Frente a ello, el artículo llama la atención sobre una historia más larga de dichas movilizaciones y de los usos populares de la Plaza de Mayo, ya que dice advertir, por parte de la historiografía, "una renuencia a situar al 17 de octubre en una historia más larga de la protesta popular".[8] La cara visible de esa renuencia historiográfica es el trabajo clásico de Daniel James de 1987, al que el artículo le atribuye una renovada vigencia como portador de "las visiones que describen el 17 de Octubre como el momento de emergencia de una cultura popular hasta entonces acallada o reprimida".[9]

Para discutir esas ideas, supuestamente vigentes, el trabajo se encarga en estos primeros apartados de recordarnos que el 17 de octubre no nacieron ni las movilizaciones populares ni las protestas en la Plaza de Mayo ni el carácter plebeyo y antielitista de los discursos en esas movilizaciones (el "plebeyismo del lenguaje") y que por el contrario ya existía en la Argentina de 1945 una "cultura popular contestataria" de larga data (expresada en diversos ámbitos como el turf, el fútbol, el tango, el folclore, y encarnados en personajes como Libertad Lamarque, Gardel

[8] *Ibid.*, p. 112.
[9] *Ibid.*, p. 114.

o Leguisamo) y una "grilla de interpretación" de las movilizaciones populares, para concluir que "la cultura popular que se expresó ese día en la Plaza de Mayo o en La Plata había venido ganando terreno y cobrando entidad en la vida pública por, al menos, un tercio de siglo".[10]

Es difícil no coincidir con esta conclusión de Hora, en particular para cualquiera que haya leído los trabajos de Hilda Sábato sobre las movilizaciones populares en Buenos Aires en la década de 1860, o el de Silvia Sigal sobre la Plaza de Mayo, o los muchos otros que se ocuparon de esa historia más larga de la protesta y la cultura popular contestataria en la Argentina previa al peronismo, en los que se apoya de forma exhaustiva y detenida el autor.[11] De hecho, es esa misma historiografía, citada en el artículo, la que hace difícil comprender quiénes podrían ser, además del Daniel James de 1987, los que expresan hoy en día esa "renuencia" a situar el 17 de octubre en una historia más larga de movilización popular en la Argentina. ¿O acaso hay hoy algún estudio historiográfico serio que sostenga que el "plebeyismo del lenguaje" o la cultura política contestataria en la Argentina fueron creaciones de Perón?

Junto con ser casi un lugar común en el entendimiento historiográfico contemporáneo, esta parte de la argumentación del artículo tampoco es original, ya que participa de uno de los rasgos más característicos de la nueva historiografía del peronismo, que consiste en poner bajo la lupa todas las supuestas novedades que trajo consigo en términos de profundas continuidades con el pasado. Así, todos sus logros supuestamente fundacionales e inéditos en la historia argentina (de sus políticas industriales a la movilización obrera, de la legislación laboral al intervencionismo estatal) son ahora interpretados como el producto del discurso autocelebratorio del mismo peronismo en el gobierno y por lo tanto es preciso reubicarlos dentro de una historia más larga y amplia, quitándoles su carácter de fenómeno excepcional.[12]

Es en los últimos dos apartados, que comprenden la segunda parte, donde el texto de Hora encuentra sus ribetes más originales y provocativos. Y también los más cuestionables. Se plantea en ellos preguntas muy generales, como las razones del éxito de Perón en todos sus desafíos electorales y las que llevaron a la gente a votarlo una y otra vez, en particular los sectores populares y obreros. Y para responderlas, Hora elige dos mojones clave: las elecciones presidenciales de 1946 y las de 1951, y para cada una de ellas propone explicaciones diferentes.

En el primer caso, Hora sostiene que los apoyos que Perón obtuvo de los trabajadores en 1946 fueron "endebles e inciertos", además de exiguos, ya que solo una parte del sindicalismo lo apoyaba y que el mundo sindical era escasamente representativo de los trabajadores. De hecho, apoyándose en la bibliografía, pondera que los obreros sindicalizados eran unos 500.000, que en su conjunto representaban solo el 20 % de los votantes del 24 de febrero. Este tibio apoyo se explica porque Perón, en febrero de 1946, era "un sonriente militar recién llegado a la vida política", que además tenía poco que exhibir frente al electorado obrero, ya que "el conjunto de iniciativas desplegadas desde la Secretaría de Trabajo y Previsión no había alterado de forma sustantiva la condición del conjunto de la población asalariada".[13] Como ejemplos de ello, sostiene que los salarios reales no habían mejorado entre 1943 y 1945, medidas como el aguinaldo "esta-

[10] *Ibid.*, p. 116.
[11] Hilda Sabato, *La política en las calles: entre el voto y la movilización, Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
[12] Juan Manuel Palacio, "El primer peronismo en la historiografía reciente: nuevas perspectivas de análisis", *Iberoamericana*, nº 39, 2010.
[13] Hora, "Repensando", p. 118.

ban en el futuro" y otras como la creación de la justicia del trabajo no influyeron, ya que solo operaba en la Capital y "era prácticamente desconocida en el resto del país".[14] Por ese motivo, "el argumento más poderoso invocado por Perón para seducir a la ciudadanía no eran sus realizaciones sino sus propuestas", motivo por el cual, en el curso de la campaña electoral de 1946, más que ostentar sus logros "derrochó ofrecimientos".[15] Todo esto le hace concluir que "para los manifestantes que concurrieron a la Plaza de Mayo el 17 de octubre, en términos de realizaciones materiales, lo más importante estaba en el porvenir" ya que para entonces Perón "*era pura promesa*"; y por lo tanto "el 17 de Octubre, más que lealtad, identidad o interés, hubo *apuesta*".[16]

El segundo mojón elegido para explicar la evolución de la adhesión de las masas a Perón son las elecciones de 1951, que como es sabido Perón gana con un porcentaje mucho mayor que las de 1946 (63,4%, frente al 52,8% de 1946). En este caso, la explicación elegida por Hora para dar cuenta de esos apoyos, ahora sí decididos y masivos, es el de la lealtad al líder. El recorrido de Hora para llegar a esa conclusión es el siguiente: en la medida en que en 1946 no tenía muchas realizaciones que exhibir y por eso debió deshacerse en promesas, cuando asume la presidencia Perón "no era el portador de un cheque en blanco sino, por el contrario, el deudor de un oneroso pagaré".[17] Y es por ese motivo, porque necesitaba pagar sus deudas y así legitimar y consolidar la lealtad de sus seguidores, que, ya en el poder, se puso a ejecutar "la política de mejora del ingreso y de incremento del bienestar popular más ambiciosa de la historia nacional".[18] Más aún que el tan mentado peligro rojo fue la precariedad de los apoyos populares al inicio de su mandato y "la necesidad de librar una onerosa batalla por el corazón y las mentes de los argentinos de a pie", lo que "*obligó* a Perón a conceder tanto en tan poco tiempo",[19] a provocar esa revolución distributiva, que redundó en el éxito electoral de medio término, en marzo de 1948, en el que pasó del 52,8% de 1946 al 56,4% de los votos.

Siguiendo con el razonamiento, fueron también los efectos benéficos de esa "revolución distributiva" lo que convenció a Perón de que sus apoyos electorales ya eran lo suficientemente abundantes y sólidos como para soportar las políticas de ajuste que siguieron a las crisis macroeconómicas que tuvo que afrontar su gobierno desde 1949.[20] Tras el espaldarazo del triunfo electoral de medio término, Perón inaugura de forma más contundente el "nuevo rumbo", aplicando planes de ajuste cada vez más severos y dando marcha atrás con muchas de sus banderas "convencido de que ya resultaba políticamente posible tomar mayor distancia de las demandas de sus bases de apoyo, por fin dispuesto a enfatizar la acumulación por sobre la distribución".[21] Y en eso no se equivocó, ya que, a pesar de esos años aciagos, en los que la inflación creció, el salario real se deterioró y los sesgos obreristas del gobierno se moderaron, el electorado lo volvió a apoyar, todavía con mucha más contundencia, en las elecciones pre-

[14] *Ibid.*, p. 118.
[15] *Ibid.*, p. 119.
[16] *Ibid.*, p. 119, énfasis agregados.
[17] *Ibid.*, p. 119.
[18] *Ibid.*, p. 120.
[19] *Ibid.*, p. 122, énfasis agregado.
[20] "A la luz de este panorama, es comprensible que, superada exitosamente la prueba electoral de 1948, y confiado en que la fidelidad al nuevo orden parecía arraigada, Perón inaugurara una nueva fase de su gobierno, en el que las cuestiones vinculadas al equilibrio fiscal, el control de la emisión monetaria y el crecimiento sustentable pasaran a primer plano" (*ibid.*, p. 124).
[21] *Ibid.*, p. 125.

sidenciales del 11 de noviembre de 1951, lo que demostraba que los tres años de penurias y retrocesos no habían logrado empañar los tres anteriores de prosperidad. "El 11 de noviembre le dio a Perón una renovada confianza en que sus seguidores ya no abrigaban dudas sobre *el valor diferencial del justicialismo*", y por eso se sintió confiado en que su cambio de rumbo no lo afectaría electoralmente.[22] De ahí que esa fecha –y no el 17 de octubre– debería ser considerada el verdadero día de la lealtad, el día en que el pueblo trabajador "había renunciado a imaginar soluciones políticas fuera del marco justicialista".[23]

## La STP y el período 1943-1946: la verdadera fragua del peronismo

Quizás el punto débil más general del artículo de Hora sea la forma en que considera la abundante historiografía reciente sobre el primer peronismo. Esta expresa con claridad algunos de los acuerdos interpretativos básicos de la historiografía señalados en la introducción de este trabajo. Entre ellos, que la racionalidad de los que apoyaron una y otra vez a Perón no solo es indiscutible sino que fue parte esencial tanto de sus logros como de sus limitaciones; que la interpretación de esos apoyos y de esa racionalidad es compleja ya que no respondían a una única motivación, sino que eran múltiples y diversos; en particular, que ese lazo entre líder y seguidores no se construyó solo en Buenos Aires y en la Plaza de Mayo sino que tuvo características distintas y respondió a racionalidades diversas en cada rincón del país y, dentro de su variada geografía, entre el mundo urbano y el rural; y que el período 1943-1946 y en particular la acción de Perón en la STP es clave para entender el primer peronismo y que es inútil, además de equivocado, tratar de entender cabalmente octubre de 1945 o febrero de 1946 sin noviembre de 1943, cuando Perón se pone al frente de dicha Secretaría. Y, sin embargo, nada hay en el artículo de Hora sobre esos años. Tampoco considera los apoyos (electorales y de los otros) recibidos por Perón en el interior del país o en el mundo rural en ese mismo período ni desglosa (o discrimina o pondera) la presencia de distintas racionalidades en los apoyos que registra en los momentos clave que analiza. *Todos*, parece decir, apoyaron a Perón en 1946 por *una* razón, *todos* en 1951 por *otra*.

Basado en la historiografía reciente, este apartado se concentrará en las acciones concretas de Perón en la STP durante los años previos a la elección de 1946, con el propósito de discutir la idea de que frente a ese desafío electoral no tenía nada que exhibir, que era "pura promesa" y que además él y sus acciones eran en la víspera de la campaña casi desconocidos fuera de Buenos Aires.

Como es sabido, en las últimas décadas la historiografía sobre el primer peronismo ha experimentado un crecimiento vertiginoso basado en investigaciones, preguntas y análisis originales y en bases documentales muchas veces inéditas o poco exploradas, que parece no dejar ningún rincón de esas primeras presidencias sin explorar.[24] Esto es así incluso en casos en los que la existencia de fuentes primarias es escasa y se sugiere una destrucción sistemática des-

[22] *Ibid.*, p. 125, énfasis agregado.
[23] *Ibid.*, p. 126.
[24] Omar Acha y Nicolás Quiroga, "La normalización del primer peronismo en la historiografía argentina reciente", *EIAL*, vol. 20, nº 2, 2008-2009; Raanan Rein *et al.*, *Los estudios sobre el primer peronismo, aproximaciones desde el siglo XXI*, La Plata, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, 2009; AA.VV., *Historia del peronismo: un manual para su investigación*, Buenos Aires, Prometeo, 2023.

pués de 1955, como es el de la investigación sobre la Secretaría de Trabajo y Previsión desde su creación por Perón a fines de 1943. La reconstrucción de su historia se dificulta por la falta casi total de archivos de su actuación, tanto en su sede central de Buenos Aires como en sus delegaciones regionales, que se desplegaban en todo el país y jugaron un rol decisivo en la política del organismo y en el origen del peronismo. Esto no ha impedido sin embargo que, a través de fuentes indirectas como declaraciones, debates parlamentarios, discursos oficiales y fuentes periodísticas, del inmenso aparato legislativo que se generó en su seno y sobre todo de la indagación quirúrgica de huellas de las actuaciones administrativas en los conflictos laborales que tenían lugar en sus delegaciones regionales, se haya podido hacer una reconstrucción muy valiosa de la historia cotidiana de la STP y del rol fundamental que cumplió desde su creación, en el período 1943-46 y en los años posteriores.[25]

Estos trabajos vienen demostrando que la STP –la institución elegida por Perón para desarrollar su carrera política dentro del gobierno militar surgido el 4 de junio y para ejecutar un plan integral de intervención social, centralizado y coordinado desde Buenos Aires– diseñó y ejecutó un programa legislativo en materia de derecho laboral muy exhaustivo y que, a través de su despliegue en distintas delegaciones regionales por todo el país, puso un empeño inédito por hacer llegar de forma muy eficaz su aparato de regulación de las relaciones laborales a todos los rincones del territorio nacional y de difundir el conocimiento de la ley y sus derechos entre los trabajadores.[26] Este despliegue no solo provocó un cambio profundo entre estos últimos, que adquirieron mayor conocimiento de sus derechos y nuevas habilidades procesales, sino que generó en ellos una nueva y favorable percepción del Estado, que ahora veían como amigable y al que inequívocamente relacionaban de forma directa con Perón. Estos cambios y estas nuevas percepciones, si bien no fueron inmediatos, se fueron forjando desde el momento mismo de la transformación del Departamento de Trabajo por Perón en Secretaría a fines de 1943, con la aparición de los primeros decretos de 1944 y 1945 (que establecieron el Estatuto del Peón, la justicia laboral, el aguinaldo, el salario mínimo, las vacaciones pagas o la doble indemnización por despido) y, si bien se van a profundizar y fortalecer en años posteriores, ya eran una realidad palpable para los trabajadores de todo el país en febrero de 1946.

Esta afirmación general es avalada por la investigación que se ha ocupado de la conformación del peronismo en las distintas provincias argentinas, incluso en sus ámbitos rurales donde, bien vale la pena recordarlo, se decidió buena parte de la suerte electoral de Perón en las elecciones de 1946.[27] No podía ser de otra manera ya que, según el Censo Nacional de 1947,

[25] María Paula Luciani, "La etapa formativa de la Secretaría de Trabajo y Previsión (1943-1946): primeros pasos organizativos y figuras relevantes", *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, nº 14, 2014, disponible en: www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/IHAn14a01. Una discusión de los problemas de las fuentes de la STP en Pablo Canavessi y Juan Manuel Palacio, "Fuentes y archivos para una historia del fuero laboral en la Argentina: ejercicios metodológicos para el caso de la provincia de Buenos Aires", *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, nº 9, 2018, disponible en: revistas.unc.edu.ar/index.php/refa/article/view/33619.

[26] Juan Manuel Palacio, *La justicia peronista. La construcción de un nuevo orden legal en la Argentina, 1943-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018, cap. 2.

[27] Para las dimensiones rurales del primer peronismo, véase Alejandra Salomón, *El peronismo en clave rural y local. Buenos Aires 1945-1955* (Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2012). En cuanto a la investigación sobre el peronismo en diferentes ámbitos provinciales, un hito decisivo lo marcó el libro compilado por Darío Macor y César Tcach, *La invención del peronismo en el Interior del país* (Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2003, y su volumen 2, de 2013), del que participaron muchos de los que luego van a desarrollar fructíferamente esa agenda con sus trabajos sobre las diferentes provincias.

levantado al año siguiente de la elección presidencial, la población rural representaba el 37,5 % de la población del país y el 43 % como promedio en las provincias, con variaciones que van desde picos de alrededor del 70 % en algunas como Santiago del Estero, Catamarca, Corrientes, Jujuy o La Rioja, hasta otras con gran importancia poblacional (y electoral) como Córdoba, Mendoza, Entre Ríos o Tucumán, con promedios del 50 %.[28] Eso tuvo un necesario correlato en términos electorales: casi el 70 % de los que emitieron su voto en las elecciones de 1946 vivían fuera de la ciudad de Buenos Aires y sus partidos circundantes.[29] Dado ese abrumador peso electoral del "interior" del país y de su mundo rural, su consideración es insoslayable en cualquier intento de interpretar las lógicas de las adhesiones al peronismo, los apoyos electorales y su triunfo en 1946.[30] En especial, si se quiere sostener que las promesas que hacía este desconocido desde Buenos Aires eran apenas audibles en los lejanos espacios provinciales.

Por el contrario, si algo demuestran los trabajos recientes sobre esos espacios es que la acción de la STP, a través de sus delegaciones regionales, era para ese año eleccionario ampliamente conocida en todos los rincones del país, y que se la asociaba de forma muy clara a la figura de Perón, tanto por parte de sus beneficiarios directos como por parte de sus detractores. Estas delegaciones se ocupaban de difundir las leyes y regulaciones en materia laboral que emitía cotidianamente la Secretaría, de recibir las denuncias de trabajadores por infracciones a esas leyes, de asesorarlos legalmente y ayudarlos a formular una demanda, y eventualmente de representarlos legalmente ante el caso de de un juicio. Junto con eso, en dichas delegaciones se promovía la agremiación de trabajadores a nivel local y regional, y en tal sentido fueron también un importante instrumento de movilización política entre sectores hasta entonces aislados, como los trabajadores rurales.

En particular, una de las funciones de la STP que no pasaba desapercibida entre trabajadores y patrones apenas se instalaba una delegación regional en sus pagos era la que cumplían sus comisiones de conciliación, que constituían para ellos una primera instancia obligatoria cada vez que se presentaba un diferendo o un reclamo. Se trataba de una instancia prejudicial, que sin embargo comenzó a formar parte de la vida cotidiana de trabajadores y empleadores en todas las regiones del país, pero que sobre todo afectó, por lo inédito, a los trabajadores rurales y sus patrones, desacostumbrados hasta entonces a esa novedosa injerencia del Estado en sus relaciones contractuales. Es por ello que, aun cuando los tribunales del trabajo no se crearon en las provincias hasta después de la llegada de Perón a la presidencia de la Nación, como sostiene Hora, la justicia laboral ya había desembarcado en todo el país a través de estas comisiones que operaban en las delegaciones de la STP. En ellas se impartía justicia bajo los principios del moderno derecho del trabajo, nacido a principios del siglo XX, que guiarían luego a los

[28] *Cuarto Censo General de la Nación, 1947*. Buenos Aires, Dirección Nacional del Registro Estadístico, 1947, Tomo 1, p. LXIX. En Santa Fe, el segundo distrito más poblado, ese porcentaje era de 42,2 mientras que en el primero, la provincia de Buenos Aires, la población rural representaba el 28,6.

[29] El guarismo resulta de restar a los 2.768.398 votantes calculados por Samuel Amaral los correspondientes a la Capital Federal (566.309) y a los partidos de la provincia de Buenos Aires vecinos a la ciudad más poblados (La Plata, San Martín, Avellaneda, 4 de Junio, Lomas de Zamora, Quilmes, Vicente López y 6 de Septiembre, todos con más de 15.000 votos), que en su conjunto sumaron 280.291 votantes ese día. Samuel Amaral, *Perón presidente. Las elecciones del 24 de febrero de 1946*, Sáenz Peña, Eduntref, 2018, tomo 2, Tabla 5.6, p. 70 y Tabla Buenos Aires 1.

[30] Enrique Mases ha demostrado la relación positiva que existió entre "índice de ruralidad" y adhesión al peronismo en los territorios nacionales de la Patagonia, tesis que subyace al resto de los trabajos sobre espacios provinciales. Véase Enrique Mases y otros, "Los orígenes del peronismo en la Argentina periférica: el caso de Neuquén", en S. Bianchi y M. E. Spinelli (comps.), *Actores, ideas y proyectos políticos en la Argentina contemporánea*, Tandil, IEHS, 1997.

nuevos tribunales del trabajo.[31] La importancia de estos organismos de conciliación como instancias eficaces de resolución de conflictos entre trabajadores y empleadores, tanto como espacios de aprendizaje de la ley y sus derechos entre los primeros, está suficientemente documentada en muchos otros trabajos de los últimos años. Fue en esos ámbitos y a través de esos procesos que los trabajadores fueron forjando una nueva conciencia de clase, y paralelamente una adhesión al peronismo que se demostró muy pronto inquebrantable.

Algunos ejemplos de trabajos recientes bastan para ilustrar el fenómeno. Adriana Kindgard ha demostrado con claridad la importancia decisiva que tuvo la instalación de la delegación regional de la STP en Jujuy para el mejoramiento salarial y de las condiciones laborales de los trabajadores mineros de la puna jujeña ya desde 1944. Su acción fue clave tanto en la conformación de sindicatos locales como interviniendo en huelgas y decretando aumentos salariales, como el del 40 % que concedió a los trabajadores de la mina Pirquitas en 1944, así como mejorando a través de decretos las condiciones laborales de los obreros azucareros. Es por estas acciones que la autora concluye:

> Al igual que los obreros industriales de los grandes centros urbanos del país, los trabajadores mineros de la puna jujeña iban a ser receptivos a la prédica de Perón y sensibles al impacto de subas de salarios, leyes laborales y al reconocimiento político-social dispensado, *lo que se reflejó en el amplio apoyo electoral al nuevo líder en las elecciones del 24 de febrero de 1946*.[32]

Para el otro extremo del país, los trabajos de Enrique Mases y Gabriel Rafart han demostrado que la presencia de la STP fue igualmente decisiva en los territorios de Río Negro y Neuquén en los dos años previos a 1946, en particular en lo referido a la observación de las leyes laborales. En dichos territorios, adonde no había habido nunca delegaciones del Departamento Nacional de Trabajo,

> […] el panorama se ve substancialmente modificado por la llegada de la nueva administración nacional tras el golpe del 4 de junio de 1943. Los tres años hasta las elecciones de 1946 se nos presentan como un corto período de novedades por parte de la administración territorial en consonancia con la nacional, especialmente en lo que hace al control y aplicación de la ley laboral […] El comportamiento de algunos funcionarios del Estado, sobre todo a partir de 1943, imbuidos de la orden de cumplimiento de la legislación existente, *moviliza y en gran parte lleva a los rincones más alejados del territorio los derechos laborales que benefician a importantes porciones de los trabajadores rurales*.[33]

[31] Juan Manuel Palacio, "From Social Legislation to Labor Justice: The Common Background in the Americas", en L. Fink y J. M. Palacio (eds.), *Labor Justice Across the Americas*, Urbana, University of Illinois Press, 2018. Estas instancias administrativas de conciliación siguieron formando parte del proceso laboral como primera instancia aun después de la conformación de tribunales de trabajo, en buena parte del país –en algunos casos hasta el día de hoy–, mientras que en algunos territorios nacionales fueron, de hecho, la única expresión de la justicia laboral hasta los años sesenta y setenta. Véase Gabriel Rafart, "Una justicia del trabajo sin fueros: instituciones y litigiosidad laboral durante el primer peronismo en el Territorio Nacional de Neuquén", en M. Moroni *et al.* (eds.), *Justicia, seguridad y castigo. Concepciones y prácticas cotidianas en Patagonia, 1884-1955*, Rosario, Prohistoria, 2018.

[32] Adriana Kindgard, "Cambios en la calidad de vida de los obreros mineros durante el peronismo clásico (1943-1955). Una mirada a la Puna de Jujuy", *Cuyonomics*, vol. 3, nº 4, 2019, p. 44, énfasis agregado.

[33] Enrique Mases y Gabriel Rafart, "La patria peronista en la norpatagonia: notas sobre el origen del peronismo en Río Negro y Neuquén", en Macor y Tcach, *La invención…*, pp. 429-430, énfasis agregado.

Esta actividad se advierte ya desde principios de 1945 en el hecho de que la delegación de la STP de Río Negro comienza a publicar balances de su actividad, sobre todo en materia de expedientes tramitados, entre los que se contaban demandas de trabajadores en concepto de indemnizaciones, sueldos impagos, incumplimiento del Estatuto del Peón, descanso dominical, entre otros.[34]

En otro trabajo sobre la misma zona, concentrado en los peones rurales de la vera del río Limay, Ernesto Bohoslavsky y Daniel Caminotti llegan a conclusiones igualmente contundentes sobre la base de un conjunto de testimonios orales de trabajadores y encargados de estancias activos en las décadas de 1940 y 1950:

> En sus relatos, los peones señalan la irrupción del peronismo como una violenta intervención del estado en su mundo laboral. Este impacto se expresó en la creación y cumplimiento efectivo de una más amplia legislación laboral referida a las condiciones de trabajo y la duración de la jornada, montos salariales, atención sanitaria, etc. La llegada de los inspectores de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social (S. T. y P. S.), al parecer mucho más frecuente de lo que los estancieros deseaban, *se tornó una constante que fue interpretada por los peones en el sentido de que un agente estatal por primera vez se ponía de su lado*.[35]

Estas acciones generaron una rápida adhesión de los trabajadores a la causa peronista, y activan la movilización política tanto de trabajadores como de comunidades indígenas, generando a poco de andar una sólida y perdurable fidelidad electoral al peronismo, que en el caso de estos territorios –cuyos habitantes no estaban habilitados a votar candidatos a puestos nacionales en 1946– solo pudo manifestarse en las elecciones presidenciales de 1951, en las que Perón obtuvo apoyos porcentuales más altos que el promedio nacional.[36]

El mismo celo en la aplicación de las leyes laborales se constata en la Delegación Regional de Córdoba y sus subdelegaciones en distintas ciudades, según destaca Virginia Romanutti en base a uno de los pocos registros documentales de la STP que, aunque muy fragmentarios, se conservan. Puede observarse en ellos cómo ya en 1944 dichas dependencias atendían demandas similares de trabajadores (por despidos, horarios de trabajo, infracciones a leyes obreras) y cómo estos identificaban claramente el accionar de esas dependencias con la figura de Perón, a quien con frecuencia invocaban con nombre y apellido al iniciar las acciones. Esa misma identificación con la figura presidencial era la que generaba algún recelo entre las autoridades provinciales encargadas de ejecutar las decisiones de la Delegación (como la policía provincial o los jefes políticos, identificados con los conservadores), que algunas veces se traducía en pequeños sabotajes para impedirlas o dificultarlas.[37]

Estos son solo algunos ejemplos de un repertorio más amplio de trabajos sobre el rol de la STP en los años formativos del peronismo en otros espacios provinciales y en ámbitos rura-

[34] *Ibid*., p. 431.
[35] Ernesto Bohoslavsky y Daniel Caminotti, "El peronismo y el mundo rural norpatagónico. Trabajo, identidad y prácticas políticas", en E. Mases y G. Rafart (dirs.), *El peronismo, desde los Territorios a la Nación. Su historia en Río Negro y Neuquén, 1943-1958*, Neuquén, Universidad Nacional del Comahue, 2003, p. 80, énfasis agregado.
[36] Así, por ejemplo, el 75% en Río Negro, el 81% en Neuquén o el 83% en Presidente Perón (luego provincia del Chaco), frente al promedio de casi el 64% de los votos que obtuvo para todo el país.
[37] Virginia Romanutti, "Discurso político e instituciones. La Delegación Regional de la Secretaría de Trabajo y Previsión como organizadora de la cuestión social en Córdoba durante el peronismo", Primer Congreso de Estudios sobre el Peronismo: la Primera Década, Mar del Plata, 6 y 7 de noviembre de 2008.

les, que constituyen una agenda de investigación que continúa su curso.[38] Dicho corpus permite corroborar que Perón no solo era bien conocido en todo el país en 1946, incluidos los rincones más alejados del mundo rural, sino que, sobre todo gracias a la acción de las delegaciones de la STP, ya había construido buena parte de su liderazgo entre los trabajadores del interior y entre los peones –así como entre los numerosos arrendatarios y aparceros– que fueron decisivos en su triunfo electoral de 1946.

Perón, por su parte, era perfectamente consciente del fenómeno que se venía gestando en el seno de las delegaciones regionales de la STP y de las adhesiones que estaba cosechando entre los trabajadores rurales del país y de las diferentes provincias. Es por eso que, durante la breve campaña electoral de 1946, junto con "derrochar ofrecimientos" no dudó en jactarse de sus logros, que eran muy palpables. Así, por ejemplo, lo que expresaba el 10 de febrero en la ciudad de Rosario:

> Nuestro movimiento es un movimiento de trabajo, por eso es un movimiento humilde y noble. Ha nacido bajo el esplendor de una creación que representa el trabajo argentino en su organización y defensa, que es la Secretaría de Trabajo y Previsión. Ha comenzado con hombres humildes que hicieron la bandera de su defensa en apoyo de la Secretaría de Trabajo y Previsión, *que puso en ejecución leyes que en este país cuando se trataba de defender el trabajo no se habían cumplido jamás*.[39]

Y dos días después, en ocasión de la proclamación de su candidatura en la Plaza de la República de la ciudad de Buenos Aires:

> Desde que a mi iniciativa se creó la Secretaría de Trabajo y Previsión, no he estado preocupado por otra cosa que por mejorar las condiciones de vida y de trabajo de la población asalariada. Para ello era menester el instrumento de actuación, y la Secretaría de Trabajo y Previsión resultó un vehículo insuperable en tal sentido. *La medida de la eficacia de la Secretaría de Trabajo y Previsión nos la dan tanto la adhesión obrera como el odio patronal*.[40]

Dentro de esa acción benéfica más general, Perón se preocupaba por resaltar la más específica de la justicia laboral que se impartía en el seno del organismo:

> Se acabaron las negativas de los patronos a concurrir a los trámites conciliatorios promovidos por los obreros, se terminaron las infracciones impunes a las leyes del trabajo; se puso fin a

[38] Adicionalmente, pueden consultarse, entre otros, María C. Erbetta, "Continuidades y rupturas en torno a la justicia social durante el primer peronismo en Santiago del Estero (1943-1955)", *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 13, nº 1, 2009; Pablo Canavessi, "La transición al nuevo orden legal. Trabajadores, conflictividad laboral y mediación estatal en el centro de la provincia de Buenos Aires (1937-1949)", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, nº 61, 2024; Natacha Bacolla *et al.*, "El impacto del peronismo en las condiciones laborales de los trabajadores del norte. El caso de los hacheros, tabacaleros y algodoneros (Santa Fe, Corrientes y Chaco)", VIII Congreso de Estudios sobre el Peronismo, Universidad Arturo Jauretche, Florencio Varela, 13, 14 y 15 de septiembre de 2023.

[39] Juan Domingo Perón, *Obras completas*, Buenos Aires, Fundación pro Universidad de la Producción y del Trabajo - Fundación Universidad a Distancia Hernandarias, tomo 8, 1997, p. 23, énfasis agregado.

[40] *Ibid.*, p. 35, énfasis agregado.

> la amistosa mediación de políticos, de grandes señores, de poderosos industriales, para lograr que la razón del obrero fuese atropellada. La Secretaría de Trabajo hizo justicia estricta, y si en muchas ocasiones se inclinó hacia los trabajadores, lo hizo porque era la parte más débil en los conflictos. Creo que en esa subversión de las partes en conflicto se encuentra la verdadera obra revolucionaria que hemos realizado *y que, por su efecto psicológico, tiene mayor valor y más amplia trascendencia que todas las demás*.[41]

La talla de la acción de Perón en la STP durante los años previos a 1946 y de su eficacia en concitar apoyos entre los trabajadores la daba el "odio patronal" al que hacía referencia el candidato. Odio que, a través de sus voceros en el campo de la Unión Democrática, también estuvo muy presente en la campaña. Así, el diario *La Nación*, que utilizó sus editoriales durante esas semanas decisivas para desacreditar una y otra vez a Perón, eligió más de una vez a la STP como el mejor ejemplo de las malas artes del coronel:

> Hemos visto cómo el antiguo Departamento de Trabajo, que tenía, desde luego, sus deficiencias, se ha convertido, en el régimen en que vivimos, en una de las corporaciones oficiales más frondosas del país, diseminada en sus tentáculos por toda la República e infiltrada en las más inesperadas y contradictorias ramas de la actividad de la Nación. […] Esa enorme construcción burocrática, dotada de un presupuesto igualmente voluminoso, no se ha caracterizado hasta ahora ni por su parquedad en los dispendios ni por su temperamento conciliador […] Al contrario, parecía esa vasta dependencia obstinada en avivar la lucha de clases […] *Aparte de esa preocupación tendenciosa, de quebranto social, esa inmensa herramienta ejerce una acción, no ya de gobierno, sino de centro de una orientación, de una máquina política* […].[42]

Las tintas cargadas sobre la Secretaría son en sí mismas un reconocimiento implícito del éxito que había tenido la acción de Perón a través del organismo entre los trabajadores. Tan preponderante fue la centralidad que tuvo atacar ese organismo en la campaña opositora que el diario dedicó el editorial del 24 de febrero –el que iban a leer en el desayuno los votantes en la mañana del acto eleccionario– a denostar esa repartición, a la que se le atribuía la condensación de todos los males del gobierno militar. Titulado "La suerte de la democracia", el texto expresaba:

> Desde junio de 1943, fuerzas obscuras han trabajado contra el régimen constitucional. [ ] se recurrió a la justicia social. A juicio de los detentadores del poder, nada se había realizado en el país en ese sentido. El cúmulo de leyes nacionales y provinciales sancionadas desde los primeros años del siglo no tenían significación en el balance. Con el objeto aparente de subsanar el supuesto olvido y con el real de seguir la preparación de la conquista del mando, fue creada la Secretaría de Trabajo y Previsión. Con este instrumento se dio principio a la obra demoledora de la estructura económica y social, *tratándose de infundir en los asalariados la idea de que habían sido explotados por los capitalistas y que el Gobierno estaba resuelto a poner término a esa iniquidad*.[43]

[41] *Ibid.*, pp. 35-36, énfasis agregado.
[42] *La Nación*, 22 de enero de 1946, p. 4, énfasis agregado.
[43] *La Nación*, 24 de febrero de 1946, p. 6, énfasis agregado.

El editorial llama la atención sobre una de las preocupaciones mayores del *establishment* político argentino de entonces, que era la eficaz tarea de concientización social de los trabajadores, cuyo éxito podía poner en riesgo el triunfo de la Unión Democrática en las elecciones de ese día. Porque para el diario, detrás de esa tarea de concientización, los verdaderos propósitos de la Secretaría y de la acción de sus delegaciones regionales habían sido el de conseguir adhesiones electorales:

> Es innecesario volver a señalar los detalles de esa labor perturbadora de la armonía entre el capital y el trabajo y del funcionamiento de las fuerzas productoras. Los deplorables resultados, que no tardaron en ser advertidos hasta por los espíritus más despreocupados, carecían de valor para los responsables, *cuyo propósito era el ya enunciado, el de ganar prosélitos*. La Secretaría se convirtió en un poderoso resorte electoral, que extendía sus tentáculos, envueltos en un ingente presupuesto, *por todo el territorio nacional*.[44]

En febrero de 1946 los enemigos de Perón parecían no tener dudas acerca de dónde residía la verdadera forja del naciente movimiento. Ciertamente no en la mítica partida de nacimiento del 17 de octubre sino en la paciente tarea de construcción de adhesiones obreras realizada durante más de dos años por la STP, tanto a través de sonoros decretos que inauguraban nuevos derechos, como de la tarea más silenciosa y cotidiana de predicar y hacer valer esos derechos en sus delegaciones regionales a lo largo de todo el país.

## Los legados profundos del peronismo

Para explicar las razones del segundo y más grande éxito electoral de Perón como candidato a presidente, en 1951, el artículo de Hora echa mano a la idea de lealtad. Lealtad entendida como fidelidad de los trabajadores a alguien que, finalmente, luego de asumir la presidencia, sí les había otorgado beneficios concretos, les había "cumplido" y con creces, a pesar de que, ya para 1951, esos beneficios eran solo un grato recuerdo debido a que desde hacía más de tres años había implementado un "cambio de rumbo" y estaba sometiéndolos a severos ajustes. De esta manera, proponiéndoselo o no, el trabajo nos invita a pensar la lógica de los votantes de Perón en 1951, no en términos de una opción racional sino en los de adhesiones de seguidores que, por razones más bien emotivas y basados en el recuerdo nostálgico de aquellos años brillantes, siguieron acompañando incondicionalmente a su líder y benefactor, a pesar de que hacía tres años que los había abandonado. Una interpretación que nos retrotrae al debate clásico de los años sesenta y setenta en clave "neogermaniana", que lo mismo le sirve para explicar dichas elecciones que las de 1946. Porque, en la estela del sociólogo italiano, la propuesta parece sugerir que en ambas citas electorales los apoyos a Perón tuvieron una cuota alta de irracionalidad. En 1946, cuando no lo conocían, lo acompañaron casi a ciegas, encandilados por sus promesas. Y en 1951, cuando ya lo conocían demasiado, también lo apoyaron (los de 1946 y otros muchos más), dominados, esta vez, por la memoria de unos pocos años felices pero muy eficaces en materia de mejoramiento de sus condiciones de vida. Atractivas promesas primero,

[44] *Ibid*., énfasis agregado.

nostálgicos recuerdos después, explican mejor que nada el comportamiento de sus seguidores en sendas elecciones.

Sin embargo, la abundante historiografía posterior a Germani y a Murmis y Portantiero ha provisto y sigue proveyendo conocimiento que permite dar explicaciones alternativas al éxito electoral de Perón en las elecciones de 1951. En efecto, contribuciones desde la historia política, la historia cultural, la mencionada historia desde abajo o "a ras del suelo", la del movimiento obrero, la historia de las mujeres o la historia legal y judicial han indagado más recientemente sobre esas "otras" aristas y significados del peronismo, que permiten complejizar la experiencia cotidiana de sus presidencias que han tenido sectores populares, obreros y clases medias, y por lo tanto ponderar en forma más amplia la racionalidad de sus perdurables adhesiones a la causa peronista.

El mismo Daniel James –para la misma época en que escribía su ensayo sobre el 17 de octubre– ha sido pionero en indagar en esas adhesiones más allá de su lógica material y en poner el valor el componente simbólico y discursivo en el apoyo de los trabajadores a Perón en la primera hora.[45] La historia política, por su parte –y en particular, nuevamente, la generada en el "interior del país" y la que lo estudia "en clave local"–, ha analizado la conformación original de esos apoyos en los distintos rincones del país, así como el sostenimiento posterior de los regímenes peronistas del interior, teniendo en cuenta el armado de coaliciones electorales con elementos específicos de la política provincial y las prácticas de la política tradicional de larga data que caracterizaban a esos espacios.[46] Asimismo, a los estudios sobre trabajadores y movimiento obrero a nivel nacional –que han señalado suficientemente el aumento de la sindicalización y el incremento del poder de la CGT– se han sumado los que atienden al nivel subnacional, que destacan el rol de los sindicatos –en particular donde fueron más poderosos, como en el mundo azucarero– en la conformación de esos apoyos, así como en el acompañamiento posterior a los gobiernos de Perón, participando como funcionarios en las administraciones o como legisladores en los Parlamentos.[47] La historiografía con perspectiva de género, por su parte, ha analizado en detalle las claves de los apoyos de las mujeres al peronismo, su inclusión en la ciudadanía política, a través del voto y de la militancia en la rama femenina del partido, la importancia del liderazgo de Evita y el rol de la Fundación Eva Perón, lo que derivaría en apoyos electorales masivos.[48] Y los trabajos de historia legal y los basados en fuentes judiciales, ya mencionados, han destacado la importancia que tuvieron las diversas instancias judiciales y pre o parajudiciales (como las cámaras de arrendamientos o las comisiones de conciliación de la STP) así como la justicia del trabajo (operativa ya desde fines de los años cuarenta en

[45] Daniel James, *Resistencia e Integración, El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Buenos, Sudamericana, 1990.

[46] Así, por ejemplo, varios de los trabajos (como los de Macor, Michel Kindgard *et al*., Álvarez o Vilaboa y Bona) incluidos en la compilación citada de Darío Macor y César Tcach, o los incluidos en Oscar H. Aelo (comp.), *Las configuraciones provinciales del peronismo. Actores y prácticas políticas, 1945-1955*, La Plata, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, 2010.

[47] Florencia Gutiérrez, "La irrupción del poder obrero en los ingenios azucareros: avances, límites y cuestionamientos. Tucumán, 1944-1955", *Quinto Sol*, vol. 18, nº 2, 2014; Florencia Gutiérrez y Leandro Lichtmajer, *Entre los cañaverales. La irrupción peronista en Tucumán 1944-1955*, Mar del Plata, Grupo Editor Universitario, Eudem, 2019.

[48] Adriana María Valobra, *Del hogar a las urnas. Recorridos de la ciudadanía política femenina. Argentina, 1946-1955*, Rosario, Prohistoria 2010; Carolina Barry, *Evita capitana. El Partido Peronista Femenino 1949-1955*, Sáenz Peña, Eduntref, 2009; Karina Ramacciotti y Valobra Adriana (comps.), *Generando el peronismo. Estudios de cultura, política y género (1946-1955)*, Buenos Aires, Proyecto Editorial, 2004.

algunos distritos importantes, como la provincia de Buenos Aires) no solo como espacios en que los trabajadores, inquilinos y arrendatarios pudieron hacer valer los nuevos derechos adquiridos sino también en la construcción de una identidad de clase (que la mayoría de las veces quería decir identidad peronista) cotidianamente, ante sus estrados.[49] Cosas todas que, con el paso de los años, desde que asumió en la STP en 1943, se habían consolidado suficientemente en 1951 y que pueden explicar más acabadamente la racionalidad de los apoyos a Perón en el apabullante triunfo de ese año. Eso sin mencionar un dato fundamental, apenas mencionado por Hora en su trabajo, que sin embargo carga con buena parte de le explicación del resonante éxito electoral: la participación de un electorado muy ampliado por la inclusión de las mujeres y los votantes de los territorios nacionales en el padrón. Sectores ambos en los que, según ya se mencionó, el peronismo venía concitando apoyos profundos y lealtades duraderas, seguramente menos basadas en el mejoramiento de sus salarios reales que en la gratitud de poder gozar ahora de una ciudadanía política plena, en igualdad con los hombres y con los habitantes de las distintas provincias.[50]

Por último, es necesario señalar que todas las aristas mencionadas, que constituyeron la experiencia peronista, sobrevivieron al "cambio de rumbo" de Perón de 1949 o, mejor aún, que no experimentaron giro alguno ni ese año ni en los que siguieron a su caída, como también demuestra esa historiografía. Y eso porque no se trataba de cosas efímeras que se habían prometido a cambio del voto en 1946, ni tampoco de circunstanciales mejoras materiales en tiempos de vacas gordas cuyo solo recuerdo había generado lealtades, sino de sólidas construcciones cuya rigidez en 1951 no podía borrarse de un plumazo, o hacer que ahora siguieran un rumbo distinto, opuesto a lo que venían sosteniendo, como parece sugerir esa frase con la que algunos bautizaron a los años posteriores a 1950.

En efecto, si en 1946 todavía podía caber alguna duda de la efectividad de algunas medidas adoptadas, o de otras anunciadas, en 1951 ya se habían disipado: las leyes protectoras del trabajo se aplicaban, los aguinaldos se cobraban, las vacaciones se pagaban, las inspecciones en fábricas y establecimientos rurales se hacían, las delegaciones de la STP, lo mismo que la justicia del trabajo, garantizaban la aplicación de las leyes laborales a lo largo del país, y las mujeres votaban, al igual que todos los habitantes de provincias y territorios sin distinción. Es esa experiencia muy concreta de ver y tocar los beneficios obtenidos, los derechos adquiridos, las instituciones erigidas, las leyes redactadas, forjada en los años previos, lo que explica mejor que nada el persistente y ampliado respaldo electoral de 1951, que más que a una lealtad emocional o al recuerdo nostálgico de mejores épocas hay que atribuir a la opción muy racional por la persona que encarnaba el otorgamiento de esos beneficios y la construcción de ese sólido edificio institucional erigido para sostenerlos.

[49] Juan Manuel Palacio (dir.), *Demandando al capital. El peronismo y la creación de los tribunales del trabajo en la Argentina*, Rosario, Prohistoria, 2020; Facundo Iturburu y Agustín Nieto, "Justicia laboral en tiempos de Perón: experiencias obreras a ras del suelo", en N. Quiroga y J. Rodríguez Cordeu (comps.), *Política, peronismo y juegos de escala (1943-1957)*, Mar del Plata, Grupo Editor Universitario, Eudem, 2022.

[50] El padrón electoral pasó de 3.405.173 empadronados en 1946 a 8.613.998 en 1951; es decir, estuvieron en condiciones de emitir su voto 5.208.825 personas más. En cuanto a los votos emitidos, en 1951, votaron 4.719.613 personas más que en 1946, de los cuales más del 80% (3,8 millones) fueron votos femeninos, mientras que los varones de los nuevos territorios aportaron el 5%. Adriana Valobra, "La ciudadanía política de las mujeres y las elecciones de 1951", *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, nº 8, 2008.

Si lo dicho vale para el país en su conjunto, estas cosas se verifican, una vez más, con mayor claridad en el mundo rural y del interior del país. En esos ámbitos, la historiografía reciente ha puesto en cuestión ese cambio de rumbo, que en el caso del sector se conoce como la "vuelta al campo".[51] La expresión alude a que, ante la emergencia económica y el déficit del sector externo que experimentaba la economía en 1949, Perón debió "volver" al campo, en el sentido de favorecer los intereses de los grandes productores para que generaran divisas, lo que implicó también tomar medidas para congraciarse con ellos, desde giros en la retórica oficial hacia un lenguaje más amable y menos confrontativo, hasta la revisión de medidas que les resultaban irritantes o conflictivas, como las que venían beneficiando a los trabajadores rurales y a los chacareros arrendatarios. Frente a esa tesis, trabajos más recientes han puesto en evidencia que en la búsqueda del mejoramiento de la calidad de vida y seguridad económica y contractual de los sectores más desfavorecidos de la sociedad rural (los trabajadores y los chacareros), no hubo retroceso alguno en 1949, ni tampoco después. Así por ejemplo, la prórroga forzosa de los arrendamientos rurales, el congelamiento de los cánones y la suspensión de los desalojos (iniciadas en 1942 y continuadas y profundizadas una y otra vez desde 1943), que para los terratenientes fue una de las mayores afrentas de la política peronista, no solo nunca se suspendieron sino que, para desmayo de esos sectores propietarios, fueron custodiadas con un celo extraordinario por las Cámaras Paritarias de Conciliación y Arbitraje creadas por Perón en 1949 en el seno del Ministerio de Agricultura, para hacer prácticamente inexpugnable ese cerrojo inmobiliario.[52]

Por su parte, en las políticas hacia los trabajadores del campo, ningún retroceso hubo desde 1949 en materia de derechos como los otorgados por el Estatuto del Peón –que por el contrario fueron profundizados y mejorados por su decreto reglamentario de ese mismo año– y por la ley 13020, sobre el trabajo rural temporario, sancionada en 1947, que estableció con gran precisión los derechos de estos trabajadores y reglamentaba todos los aspectos posibles de los trabajos rurales temporarios existentes en los diferentes rincones del país.[53] Tampoco en la vigilancia y supervisión de la aplicación efectiva de esas normas, que ejercían tanto la STP como las comisiones paritarias locales de la CNTR (Comisión Nacional de Trabajo Rural, institución creada por dicha ley 13020), con igual celo que las cámaras de arrendamientos.

Son estas realidades concretas –y no el recuerdo de beneficios del pasado, que se desvanecieron en el aire– las que explican más acabadamente los apoyos masivos que recibió Perón en el cuarto oscuro de los comicios de 1951. Se trataba, efectivamente –y parafraseando a Hora– del verdadero "valor diferencial del justicialismo" sobre el que "sus seguidores ya no abrigaban dudas" en ese año, y que es necesario ponderar en mucho más que el nivel que tenía el salario real de entonces comparado con el de tres años antes. No es la lealtad a un líder al

[51] Juan Manuel Palacio "Otra vuelta a 'la vuelta al campo'. Reflexiones sobre peronismo e historiografía", *Mundo Agrario*, vol. 23 nº 53, 2022, disponible en: www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/mae189.

[52] Juan Manuel Palacio, "La justicia peronista: el caso de las cámaras de arrendamientos y aparcerías rurales (1948-1955)", *Anuario IEHS*, nº 26, 2011; Mónica Blanco, "Arrendamientos rurales en la provincia de Buenos Aires, entre la ley y la práctica, 1940-1960", *Mundo Agrario*, vol. 7, nº 14, 2007, disponible en: www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/v07n14a14; Mónica Blanco, "Las cámaras paritarias de conciliación y arbitraje. Nuevos espacios para el debate sobre la propiedad rural (1948-1956)", en *Estudios Del ISHiR*, vol. 3, nº 6, 2013.

[53] Pablo Canavessi, "Los trabajadores y la llegada del Estatuto del Peón a los establecimientos rurales pampeanos", *Estudios Sociales del Estado*, vol. 9, nº 18; 2019; Juan Manuel Palacio, "The 'Estatuto del Peón': a revolution for the rights of rural workers in Argentina?", *Journal of Latin American Studies*, vol. 51, nº 2, 2019.

que se sigue apoyando, *a pesar* de las circunstancias que atravesaban, sino el continuado apoyo que muy lógicamente seguían dando a un presidente *porque*, fuera de medidas amargas que la crisis macroeconómica lo había obligado a tomar, seguía garantizando beneficios palpables sobre los que no solo no había retrocedido un ápice, sino que había profundizado desde su arribo a la presidencia.[54]

* * *

En sus conclusiones, el artículo de Hora nos confiesa los motivos que lo impulsaron a hacer este ejercicio de reinterpretación sobre el primer peronismo. En tanto "interrogar críticamente los mitos que refuerzan la identidad de las comunidades políticas es una tarea indelegable del historiador" y tratándose de "un vínculo político tan intenso y perdurable como el que unió a Perón con sus partidarios" consideró indispensable someter el tema a "un examen que ponga entre paréntesis la manera en que el peronismo eligió contar su historia y celebrarse a sí mismo".[55]

Nuevamente aquí es difícil no coincidir con el autor. De hecho, la historiografía sobre el primer peronismo –tanto la más escasa de las décadas posteriores a su derrocamiento como la más nutrida producida a partir de los años noventa, que se multiplica hasta el día de hoy– casi no ha hecho otra cosa que someter a un duro y sofisticado examen los mitos en los que se funda buena parte de la identidad peronista y la manera en que sus partidarios cuentan su propia historia. Esa historiografía merecería un mejor lugar en el artículo aquí revisado: es tarea indelegable de todo historiador ponderarla con detenimiento para no caer nuevamente en "la tendencia a iluminar ciertos aspectos y omitir otros" en los debates sobre peronismo que denunciaba Torre en 1990. □

## Bibliografía


AA. VV., *Historia del peronismo: un manual para su investigación*, Buenos Aires, Prometeo, 2023.

Acha, Omar, "Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo", *Desarrollo Económico*, vol. 44, nº 174, julio-septiembre, 2004, pp. 199-230.

y Nicolás Quiroga, "La normalización del primer peronismo en la historiografía argentina reciente", *EIAL*, vol. 20, nº 2, 2008-2009, pp. 7-34.

Aelo, Oscar H. (comp.), *Las configuraciones provinciales del peronismo. Actores y prácticas políticas, 1945-1955*, La Plata, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, 2010.

Amaral, Samuel, *Perón presidente. Las elecciones del 24 de febrero de 1946*, Sáenz Peña, Eduntref, 2018, tomo 2.

Bacolla, Natacha *et al.*, "El impacto del peronismo en las condiciones laborales de los trabajadores del norte. El caso de los hacheros, tabacaleros y algodoneros (Santa Fe, Corrientes y Chaco)", VIII Congreso de Estudios sobre el Peronismo, Universidad Arturo Jauretche, Florencio Varela, 13, 14 y 15 de septiembre de 2023.

Barry, Carolina, *Evita capitana. El Partido Peronista Femenino 1949-1955*, Sáenz Peña, Eduntref, 2009.

Blanco, Mónica, "Arrendamientos rurales en la provincia de Buenos Aires, entre la ley y la práctica, 1940-1960", *Mundo Agrario*, vol. 7, nº 14, 2007, disponible en: www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/v07n14a14.


[54] El triunfo en las elecciones vicepresidenciales de 1954, en el que Alberto Tessaire obtiene el 64,5% de los votos, un porcentaje aún mayor que el de 1951, no hace más que reforzar lo dicho.
[55] Hora, "Repensando…", p. 126.

—, “Las cámaras paritarias de conciliación y arbitraje. Nuevos espacios para el debate sobre la propiedad rural (1948-1956)”, *Estudios del ISHiR*, vol. 3, nº 6, 2013, pp. 43-62.

Bohoslavsky, Ernesto y Daniel Caminotti, “El peronismo y el mundo rural norpatagónico. Trabajo, identidad y prácticas políticas”, en E. Mases y G. Rafart (dirs.), *El peronismo, desde los Territorios a la Nación. Su historia en Río Negro y Neuquén, 1943-1958*, Neuquén, Universidad Nacional del Comahue, 2003, pp. 79-104.

Canavessi, Pablo, “Los trabajadores y la llegada del Estatuto del Peón a los establecimientos rurales pampeanos”, *Estudios Sociales del Estado*, vol. 9, nº 18, 2019. DOI: https://doi.org/10.35305/ese.v9i18.335.

—, “La transición al nuevo orden legal. Trabajadores, conflictividad laboral y mediación estatal en el centro de la provincia de Buenos Aires (1937-1949)”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, nº 61, 2024, pp. 9-35.

— y Juan Manuel Palacio, “Fuentes y archivos para una historia del fuero laboral en la Argentina: ejercicios metodológicos para el caso de la provincia de Buenos Aires”, *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, nº 9, 2018, pp. 137-163, disponible en: revistas.unc.edu.ar/index.php/refa/article/view/33619.

De Castro Gomes, Angela M., “Reflexões em torno de populismo e trabalhismo”, *Varia Historia*, nº 28, 2002, pp. 55-68.

— , *A Invenção do trabalhismo*, Río de Janeiro, IUPERJ/Vértice, 1988.

Erbetta, María C., “Continuidades y rupturas en torno a la justicia social durante el primer peronismo en Santiago del Estero (1943-1955)”, *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 13, nº 1, 2009, pp. 201-25.

French, John D., *The Brazilian Worker’s ABC: Class Conflict and Alliances in Modern São Paulo*, Chapel Hill/London, University of North Carolina Press, 1992.

—, *Drowning in Laws: Labor Law and Brazilian Political Culture*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2004.

Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962.

—, “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y los migrantes internos”, *Desarrollo Económico*, vol. 13, nº 51, octubre-diciembre, 1973, pp. 435-488.

Gutiérrez, Florencia, “La irrupción del poder obrero en los ingenios azucareros: avances, límites y cuestionamientos. Tucumán, 1944-1955”, *Quinto Sol*, vol. 18, nº 2, 2014, pp. 1-23.

— y Leandro Lichtmajer, *Entre los cañaverales. La irrupciÓn peronista en Tucumán 1944-1955*, Mar del Plata, Grupo Editor Universitario, Eudem, 2019.

Hora, Roy, “Repensando el 17 de Octubre y la forja del lazo político peronista”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 28, 2024, pp. 109-128.

Iturburu, Facundo y Agustín Nieto, “Justicia laboral en tiempos de Perón: experiencias obreras a ras del suelo”, en N. Quiroga y J. Rodríguez Cordeu (comps.), *Política, peronismo y juegos de escala (1943-1957)*, Mar del Plata, Grupo Editor Universitario, Eudem, 2022, pp. 83-123.

James, Daniel, *Resistencia e Integración*, *El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Buenos, Sudamericana, 1990.

Kindgard, Adriana, “Cambios en la calidad de vida de los obreros mineros durante el peronismo clásico (1943-1955). Una mirada a la Puna de Jujuy”, *Cuyonomics*, vol. 3, nº 4, 2019, pp. 33-57.

Luciani, María Paula, “La etapa formativa de la Secretaría de Trabajo y Previsión (1943-1946): primeros pasos organizativos y figuras relevantes”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, nº 14, 2014, disponible en: www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/IHAn14a01.

Macor, Darío y César Tcach, *La invención del peronismo en el Interior del país*, Santa Fe, UNL, 2003.

—, *La invención del peronismo en el Interior del país*, vol. 2, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2013.

Mases, Enrique *et al.*, “Los orígenes del peronismo en la Argentina periférica: el caso de Neuquén”, en S. Bianchi y M. E. Spinelli (comps.), *Actores, ideas y proyectos políticos en la Argentina contemporánea*, Tandil, IEHS, 1997, pp. 157-178.

— y Gabriel Rafart, "La patria peronista en la norpatagonia: notas sobre el origen del peronismo en Río Negro y Neuquén, en Macor y Tcach, *La invención del peronismo en el Interior del país*, 2003, pp. 429-430.

McCreery, David, "Gift of the devil", *Social History*, vol. 33, no. 1, 2008, pp. 68-77.

Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1984.

Nieto, Alejandro A., "Vida asociativa al ras del suelo en una aldea peronista activismo obrero y popular en Mar del Plata, 1943-1955", *Páginas*, vol. 7, no. 14, 2015, pp. 41-61.

Palacio, Juan Manuel, "El primer peronismo en la historiografía reciente: nuevas perspectivas de análisis", *Iberoamericana*, nº 39, 2010, pp. 255-265.

—, "La justicia peronista: el caso de las cámaras de arrendamientos y aparcerías rurales (1948-1955)", *Anuario IEHS*, nº 26, 2011, pp. 75-99.

—, "From Social Legislation to Labor Justice: The Common Background in the Americas", L. Fink y J. M. Palacio (eds.), *Labor Justice across the Americas*, Urbana, University of Illinois Press, 2018, pp. 16-43.

—, *La justicia peronista. La construcción de un nuevo orden legal en la Argentina, 1943-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

—, "The 'Estatuto del Peón': a revolution for the rights of rural workers in Argentina?", *Journal of Latin American Studies*, vol. 51, nº 2, 2019, pp. 333-356.

— (dir.), *Demandando al capital. El peronismo y la creación de los tribunales del trabajo en la Argentina*, Rosario, Prohistoria, 2020.

—, "Otra vuelta a 'la vuelta al campo'. Reflexiones sobre peronismo e historiografía", *Mundo Agrario*, vol. 23, nº 53, 2022, disponible en: www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/mae189.

Perón, Juan Domingo, *Obras completas*, Buenos Aires, Fundación pro Universidad de la Producción y del Trabajo - Fundación Universidad a Distancia Hernandarias, tomo 8, 1997.

Quiroga, Nicolás, "Sincronías peronistas. Redes populistas a ras de suelo durante el primer peronismo", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2013. DOI: doi.org/10.4000/nuevomundo.64851.

Rafart, Gabriel, "Una justicia del trabajo sin fueros: instituciones y litigiosidad laboral durante el primer peronismo en el Territorio Nacional de Neuquén", en M. Moroni *et al*. (eds.), *Justicia, seguridad y castigo. Concepciones y prácticas cotidianas en Patagonia, 1884-1955*, Rosario, Prohistoria, 2018, pp. 61-118.

Ramacciotti, Karina y Valobra Adriana (comps.), *Generando el peronismo. Estudios de cultura, política y género (1946-1955)*, Buenos Aires, Proyecto Editorial, 2004.

Rein, Raanan *et al*., *Los estudios sobre el primer peronismo, aproximaciones desde el siglo XXI*, La Plata, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, 2009.

Romanutti, Virginia, "Discurso político e instituciones. La Delegación Regional de la Secretaría de Trabajo y Previsión como organizadora de la cuestión social en Córdoba durante el peronismo", Primer Congreso de Estudios sobre el Peronismo: la Primera Década, Mar del Plata, 6 y 7 de noviembre de 2008.

Sabato, Hilda, *La política en las calles: entre el voto y la movilización, Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Salomón, Alejandra, *El peronismo en clave rural y local. Buenos Aires 1945-1955*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2012

Tcach, César, "El enigma peronista: la lucha por su interpretación", *Historia Social*, nº 43, 2002, pp. 129-139.

Teixeira da Silva, Fernando y Hélio Da Costa, "Trabalhadores urbanos e populismo: um balanço dos estudos recentes", en J. Ferrerira (ed.), *O populismo e sua história: debate e crítica*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2001, pp. 205-271.

Torre, Juan Carlos, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del populismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

—, "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", *Desarrollo Económico*, vol. 28, nº 112, enero-marzo, 1989, pp. 525-548.

Valobra, Adriana M., “La ciudadanía política de las mujeres y las elecciones de 1951”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, nº 8, 2008, pp. 53-89.

—, *Del hogar a las urnas. Recorridos de la ciudadanía política femenina. Argentina, 1946- 1955*, Rosario, Prohistoria 2010.

Wolfe, Joel, “The Faustian Bargain Not Made: Getúlio Vargas and Brazil’s Industrial Workers, 1930-1945”, *Luso-Brazilian Review*, vol. 31, nº 2, 1994, pp. 77-95.

## Resumen / Abstract

**Una vez más en torno a la racionalidad de la lealtad peronista: Notas a propósito de un texto reciente**

El trabajo discute el artículo “Repensando el 17 de Octubre y la forja del lazo político peronista”, de Roy Hora, publicado en *Prismas* nº 28 (2024), que cuestiona el 17 de octubre como hito fundacional del peronismo y propone una reinterpretación de los apoyos electorales recibidos por Perón en las elecciones de 1946 y 1951 y del lazo político que unió al líder con las masas a lo largo de sus primeros gobiernos. Para ello, utiliza la historiografía de los últimos años sobre el primer peronismo, así como discursos de Perón y fuentes periodísticas.

**Palabras clave**: Peronismo - Historiografía - Lazo político

**Once again on the rationality of Peronist loyalty: Notes on a recent paper**

This paper discusses Roy Hora’s recent article, “17 October 1945: rethinking the making of the Peronist political bond”, published in *Prismas* nº 28 (2024), that questions October 17th as a foundational milestone of Peronism and proposes a reinterpretation of the electoral support received by Perón in the elections of 1946 and 1951 and of the political bond that united the leader with the masses throughout his first governments. To do so, it uses the historiography of recent years on early Peronism, as well as Perón’s speeches and journalistic sources.

**Keywords**: Peronism - Historiography - Political bond

Fecha de recepción del original: 4/8/2025
Fecha de aceptación del original: 27/9/2025

# *Geografía social del ensayo argentino (1950-1960)**

Alejandro Blanco**

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

En la segunda mitad de la década de 1950, y en medio de los debates en torno de la "crisis nacional" desencadenados con posterioridad al golpe militar que derrocó el gobierno peronista, el ensayo sociopolítico experimentó en la Argentina una expansión extraordinaria. Una investigación bibliográfica realizada por Juan Francisco Marsal sobre la producción del género durante el período comprendido entre 1955 y 1968 reveló la existencia de un universo de ciento veintiséis escritores con una producción de ciento noventa títulos.[1] Durante esos años de intensa agitación política, la discusión sobre los problemas y desafíos que enfrentó la sociedad argentina estuvo centralizada por este amplio y diverso contingente de productores culturales. ¿Quiénes son los que se lanzaron a escribir sobre los problemas de la Argentina?

La tabla recoge, ciertamente, apenas un fragmento del corpus. Marsal llegó a este último atendiendo fundamentalmente a tres criterios: a) que las obras tratasen de la sociedad y de la política argentinas como un todo; b) que perteneciesen al género ensayo, excluyendo por tanto obras de ficción, poesía, etc., y c) que hubiesen sido publicadas en forma de libro. Como puede verse, el término "ensayo sociopolítico" tiene un sentido muy amplio, que trasciende la distinción –que comenzaría a establecerse precisamente durante esos años– entre "ensayismo" y "ciencia social", homóloga de la distinción entre "ensayista" y "científico social" (o "sociólogo profesional"). Por esa razón, el corpus de Marsal incluye a unos y a otros, como se advierte al repasar la lista de los nombres incluidos en la tabla. Al plantearse como objetivo revelar esos "grandes problemas" de la Argentina, lo hicieran invocando la autoridad de la ciencia, en unos casos, la experiencia política o la probidad moral, en otros, los autores de estos ensayos estaban desempeñando el papel de *image makers*, es decir, preparando "para los demás un

* Una primera versión de este trabajo fue presentada como Conferencia intermediaria en el 6.to Congreso de Historia Intelectual de América Latina, San Pablo, en julio de 2023. Otra versión fue incluida en el volumen de mi autoría *Litígios intelectuais. Ensaios de interpretação sociológica*, que será publicado en breve por la Editorial de la Universidad de San Pablo (EDUSP). Agradezco a los evaluadores del artículo sus comentarios y sugerencias.

** ablanco@unq.edu.ar. ORCID: https://orcid.org/0000-0002-0333-831X.

[1] Juan Francisco Marsal, "Contribución a una bibliografía del ensayo argentino y mexicano contemporáneo 1955-1969". *Documento de Trabajo número 66*, Centro de Investigaciones Sociales, Instituto Torcuato Di Tella, 1969.


DOI: https://doi.org/ 10.48160/18520499prismas30.1663

'mapa moral y cognoscitivo del mundo'".[2] Ese es el principio analítico de unificación de este universo extremadamente diverso de productores culturales.

**Tabla I: Autores y obras por año de publicación**

| Autor | Título | Año de publicación |
|---|---|---|
| Mario Amadeo | *Ayer, hoy y mañana* | 1956 |
| José María de Estrada | *El legado del nacionalismo* | 1956 |
| Ezequiel Martínez Estrada | ¿Qué es esto? Catilinaria | 1956 |
| Ernesto Sabato | *El otro rostro del peronismo* | 1956 |
| Máximo Etchecopar | *Esquema de la Argentina* | 1956 |
| Juan Antonio Solari | *Doce años de oprobio* | 1956 |
| Américo Ghioldi | *De la tiranía a la democracia social* | 1956 |
| Rodolfo Puiggrós | *Historia crítica de los partidos políticos* | 1956 |
| José Luis Romero | *Las ideas políticas en la Argentina* | 1956 |
| Juan José Hernández Arregui | *Imperialismo y cultura* | 1957 |
| Lucio Antonio Robirosa | *Fronteras democráticas. Reconstrucción ante el ocaso* | 1957 |
| Jorge Abelardo Ramos | *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* | 1957 |
| Atilio García Mellid | *Proceso al liberalismo argentino* | 1957 |
| Abel Alexis Latendorf | *Nuestra América difícil* | 1957 |
| Emilio Hardoy | *Defensa de la responsabilidad* | 1958 |
| Silvio Frondizi | Doce años de política argentina | 1958 |
| Miguel Ángel Cárcano | *La sexta república* | 1958 |
| Luis Reissig | *El fin de un ciclo histórico en la Argentina* | 1958 |
| Bernardo Canal Feijóo | *La frustración constitucional* | 1958 |
| Anselmo González Climent | *Argentina sin América* | 1959 |
| Julio Mafud | *El desarraigo argentino* | 1959 |
| Jorge Enea Spilimbergo | *De Yrigoyen a Frondizi* | 1959 |
| Juan Manuel Saravia | *Argentina 1959. Un estudio sociológico* | 1959 |
| Héctor Agosti | *Nación y Cultura* | 1959 |
| Reynaldo Pastor Atencio | *Frente al totalitarismo peronista* | 1959 |
| Bonifacio del Carril | *La crisis argentina. Cómo podría resolverse* | 1960 |
| A. E. Suhr-Horeis | *La Argentina, país en retroceso* | 1960 |
| Fryda Schultz de Mantovani | *La mujer en la vida nacional* | 1960 |
| Adolfo Sánchez Zinny | *Argentina provisoria* | 1961 |
| Carlos Mastronardi | *Formas de la realidad nacional* | 1961 |
| Marcos Merchensky | *Las corrientes ideológicas en la historia argentina* | 1961 |
| Ángel Perelman | *Cómo hicimos el 17 de octubre* | 1961 |
| Juan José Real | *Treinta años de historia argentina* | 1962 |
| Rogelio Frigerio | *Política económica para Argentina* | 1962 |
| Gino Germani | *Política y sociedad para una época de transición* | 1962 |
| Emilio de Matteis | *Análisis de la vida argentina* | 1962 |

[2] Juan Francisco Marsal, "Introducción", en J. F. Marsal y otros, *Los intelectuales políticos*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971, p. 14.

| | | |
|---|---|---|
| José Rodríguez Tarditi | *La crisis argentina. Moral-política-social-económica* | 1962 |
| Eduardo Tiscornia | *¿Qué pasa con la Argentina?* | 1962 |
| Octavio Rodríguez Roura | *Me duele la Argentina* | 1963 |
| Marcelo Isacovich | *Argentina económica y social* | 1963 |
| Estanislao del Campo | *Confusión en la Argentina* | 1964 |
| Torcuato Di Tella | *El sistema político y la clase obrera* | 1964 |
| Tulio Halperin Donghi | *Argentina en el callejón* | 1964 |
| Juan José Sebreli | *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* | 1964 |
| Eduardo Astesano | *La lucha de clases en la historia argentina* | 1964 |
| Jaime Fuchs | *Argentina: su desarrollo capitalista* | 1965 |
| Dardo Cúneo | *El desencuentro argentino, 1930-1955* | 1965 |
| Mauricio Lebedinsky | *Argentina, estructura y cambio…* | 1965 |
| Isaac Libenson | *Cara y seca de Lenin. Una nueva Argentina para un nuevo mundo* | 1965 |
| Horacio Lucio Mainar | *La República fuerte* | 1966 |
| Raúl de Tolosa | *La Argentina monárquica* | 1966 |
| Eduardo Roca | *Argentina, los grupos dirigentes* | 1966 |
| Arturo Jauretche | *El medio pelo en la sociedad argentina* | 1966 |
| Rubens Libertario Íscaro | *América latina en marcha* | 1967 |
| Carlos Fayt | *Naturaleza del peronismo* | 1967 |
| Roberto Carri | *Sindicatos y poder en la Argentina* | 1967 |
| José Luis de Imaz | *Nosotros, mañana* | 1968 |
| Federico Pinedo | *La Argentina en un cono de sombra* | 1968 |
| Pedro Orgambide | *Yo, argentino* | 1968 |

Pero ¿de qué regiones del mundo social provienen nuestros ensayistas? ¿Cuáles son sus orígenes familiares? ¿Qué educación recibieron? ¿A qué actividades u ocupaciones se consagraron? ¿Qué tipo de trayectoria social y escolar los condujo a escribir sobre los problemas de la Argentina? Una visión de conjunto de ese universo, derivada de una primera tentativa de prosopografía, revela que, aun cuando salidos de las más diversas regiones del mundo social, la mayoría de ellos proviene, en proporciones casi similares, de las clases altas y de las fracciones elevadas de la clase media (hijos de grandes propietarios, de empresarios, de profesionales y de políticos), por un lado, y de la clase media urbana de origen inmigrante (descendientes de empleados y de pequeños comerciantes), por el otro.[3]

[3] El perfil social de los ensayistas fue reconstruido con el auxilio de diversos diccionarios biográficos, además de currículos, obituarios, legajos y textos de homenaje. Vicente Osvaldo Cutolo, *Historiadores argentinos y americanos (1963-1965)*, Casa Pardo, Buenos Aires, 1966; *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, Elche, Buenos Aires (8 volúmenes), 1968, y *Novísimo diccionario biográfico argentino, 1930-1980*, Elche, Buenos Aires, 2004; *Quién es Quién en la Argentina*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, ediciones de 1939, 1943, 1955 y 1968; Horacio Tarcus, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)*, Emecé, Buenos Aires, 2007; Alejandro Cattaruzza, Julio Melon Pirro, Claudio Panella, Mercedes Prol, Darío Pulfer y Raanan Rein (coords.), *Diccionario del peronismo, 1955-1969 (primera entrega)*, San Martín, UNSAM-CEDINPE, 2021, y *Diccionario del peronismo, 1955-1969 (segunda entrega)*, San Martín, UNSAM-CEDINPE, 2022. La "encuesta" que se aplicó al universo de análisis fue llevada a cabo seleccionando como variables pertinentes: a) edad, b) origen social (escolaridad y profesión de los padres), c) origen geográfico, d) grado de escolaridad alcanzado, e) ocupación, f) posiciones ocupadas en el campo de la producción cultural, g) cantidad de títulos publicados y editoriales de publicación, h) afiliación política, i) lugar de residencia, y j) casamiento e hijos.

**Tabla II - Origen social de los ensayistas según profesión del padre (en porcentajes)**

| | |
|---|---|
| Propietarios rurales, empresarios y comerciantes | 17,5 |
| Políticos profesionales | 2,4 |
| Profesores universitarios y/o altos funcionarios | 19,7 |
| Cuadro superior privado y profesionales liberales | 4,8 |
| Cuadros medios (empleados) | 23 |
| Pequeños comerciantes | 15,9 |
| Pequeños propietarios rurales | 0,9 |
| Artesanos y obreros cualificados | 4 |
| Obreros | 0,8 |
| N/R* | 11 |
| N = | 126 |

* No responde

Solamente una mujer integra el amplio repertorio de autores que ensayaron sobre los problemas de la Argentina. Este hecho sorprende si se tiene en cuenta que, hacia ese momento, las brechas en el acceso educativo entre varones y mujeres –incluso en el nivel superior– se habían reducido considerablemente, y con ellas también las diferencias en la posibilidad de sentirse con derecho y autoridad para intervenir en el debate público.[4] Por lo demás, un examen de los colaboradores de las principales revistas literarias y culturales del período comprendido entre 1946 y 1960 revela que, aunque en todos los casos el número de los hombres duplica o triplica el de las mujeres, y aunque solamente cinco de ellas dirigen o integran el consejo de redacción de algunas de esas revistas –Victoria Ocampo, Alicia Eguren, Francis Korn, Ana María Barrenechea y Pepita Sabor, excepciones que no parecen disociadas del origen social elevado de algunas de ellas–, las mujeres tienen una participación en este universo que contrasta notablemente con lo que ocurre en el espacio de la producción del ensayo socio-político.[5] Todo lo cual pareciera revelar que para las mujeres las barreras de ingreso a la producción cultural erudita eran más fáciles de franquear tratándose de asuntos literarios, o de cultura en general, antes que de asuntos concernientes a la política y al poder.

Monopolizado por hombres, el 80% cursó estudios universitarios, aunque un 14% no consiguió graduarse (véase Tabla III). Solo el 20% del universo tuvo un padre con educación universitaria, lo que revela que la mayor proporción está constituida por universitarios de pri-

[4] Gino Germani, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Buenos Aires, Raigal, 1955; Ana María Eichelbaum de Babini, "La desigualdad educacional en la Argentina", en J. F. Marsal (comp.), *Argentina conflictiva. Seis estudios sobre problemas sociales argentinos*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

[5] El corpus de revistas utilizado como referencia para cuantificar la participación relativa de hombres y mujeres fue elaborado por Emiliano M. Álvarez en su tesis doctoral "El campo de las revistas culturales y su lugar en la construcción de una nueva legitimidad intelectual: 1946-1960" (FCS-UBA, 2022) y está integrado por las siguientes publicaciones: *Hechos e Ideas*, *Continente*, *Cultura, Latitud 34*, *Sexto Continente*, *Los Anales de Buenos Aires*, *Buenos Aires Literaria*, *Realidad*, *Centro*, *Contorno*, *Imago Mundo*, *Revista del Mar Dulce*, *Nueva Expresión*, *Cuadernos de Cultura*, *Capricornio*, *Ventana de Buenos Aires*, *Gaceta Literaria* y *Por. Revista Mensual de Cultura*.

**Tabla III: Nivel de estudios de los ensayistas (en porcentajes)**

| | |
|---|---|
| Estudios superiores universitarios | 66,6 |
| Estudios superiores universitarios incompletos | 13,5 |
| Estudios superiores terciarios | 4 |
| Secundaria | 4 |
| Secundaria incompleta | 2,4 |
| Primaria | 6,3 |
| N/R* | 3,2 |
| N = | 126 |

* No responde

mera generación, indicador de una relativa expansión de las oportunidades educativas a ese nivel máximo de formación y/o titulación.

El examen de sus trayectorias profesionales sugiere la existencia de un estatus ocupacional mixto, mitad hombres públicos (políticos y funcionarios), mitad productores culturales (escritores, periodistas y profesores universitarios). Suerte de agentes dobles o con doble vida, divididos entre dos mundos, y en ninguno de ellos del todo aceptados: considerados políticos por los escritores, son a su vez considerados como escritores por los políticos. Una gran parte de ellos están consagrados a actividades de representación en diferentes frentes de actuación pública y privada –Estado, empresas, bancos, y sindicatos– y a la producción intelectual en diferentes esferas de expresión (universidad, periodismo, prensa partidaria). Ese tipo de trayectoria ocupacional puede comprenderse en parte a la luz de la naturaleza del diploma que ostenta la gran mayoría de nuestros ensayistas: el 60% cursó estudios de Derecho –y se sabe que la profesión jurídica da acceso a esas diferentes actividades de representación–.[6]

Las *inversiones* intelectuales de nuestros ensayistas y/o su consagración, con grados diferentes de intensidad, a la producción intelectual parecieran estar asociadas, por un lado, a la presencia que el sistema escolar tiene en el universo familiar por intermediación de la ocupación de familiares directos (padres y/o hermanos) y/o indirectos (tíos, abuelos) y, por el otro, a la conquista, fuertemente correlacionada con la condición de hijos únicos o primogénitos de la fratría, de una serie de triunfos intelectuales (graduación precoz, becas, premios, encargos, etc.), que son el testimonio de una relación con los estudios diferente de aquella del promedio de los estudiantes.[7] Profesores, miembros de las grandes instituciones académicas, altos funcio-

[6] Cristophe Charle, "Pour une histoire sociale des professions juridiques à l'époque contemporaine. Note pour une recherche", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, nº 76-77, 1989.

[7] La relación entre el éxito escolar y la posición del estudiante en el seno de la fratría fue destacada en una investigación pionera en sociología de la educación realizada por la socióloga Ruth Sautu bajo la dirección de Gino Germani. Ruth Sautu, "Factores sociales de la regularidad en los estudios en la Universidad de Buenos Aires", en G. Germani y R. Sautu, *Regularidad y origen social en los estudiantes universitarios*, en Investigaciones y Trabajos del Instituto de Sociología, FFyL-UBA, 1965. Al examinar los factores asociados a la "regularidad" con la que los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires cumplían con sus estudios constató que aquellos que lograban hacerlo a un ritmo paralelo (o superior) al establecido por el plan de estudios eran los hijos únicos o primogénitos de la fratría, independientemente de si el padre acreditaba o no formación universitaria, revelando así la incidencia comparativamente mayor de esta variable en relación con la herencia cultural, medida por el nivel educativo del padre.

**Tabla IV: Naturaleza de los estudios superiores de los ensayistas (en porcentajes)**

| | |
|---|---|
| Derecho | 60,4 |
| Filosofía y Letras (humanidades) | 12,2 |
| Economía | 7,5 |
| Medicina | 7,5 |
| Ingeniería | 1,9 |
| Teología | 1 |
| Militar | 2,8 |
| Arquitectura | 2,8 |
| Artes | 1 |
| Magisterio | 1,9 |
| Ciencias | 1 |
| N = | 126 |

narios del sistema educativo, maestros, pedagogos, directores e inspectores de escuelas pueblan las experiencias de la primera socialización de muchos de nuestros ensayistas. En algunos casos, esa presencia gravitante del sistema escolar se prolongaría más tarde en la vida adulta mediante alianzas matrimoniales contraídas con cuadros orgánicos del sistema educativo.

El ensayismo que practicaron, que fue sobre todo político, pareciera estar conectado con algunas propiedades o características, tanto de origen familiar como de trayectoria. Al menos poco más de un tercio proviene de familias en las que la política ha estado siempre presente por intermedio de la ocupación de sus padres o de otros miembros de la familia ampliada. Asimismo, y aunque todavía incompleto, el examen de sus trayectorias sociales muestra que al menos dos tercios tuvo militancia política, sea en asociaciones estudiantiles, en partidos políticos, en asociaciones gremiales o en instituciones confesionales, incorporando disposiciones a la acción y al liderazgo político e intelectual que más tarde encontrarían posibilidades de actualización en las posiciones ocupadas en el campo político y cultural, sea como dirigentes políticos o directores de los órganos de opinión y de las editoriales de los partidos políticos, sea como líderes de opinión de los grandes diarios y revistas políticas.

Poco más de la mitad de nuestros ensayistas nació en la ciudad de Buenos Aires y algo más de un tercio en el interior. Los porteños están sobrerrepresentados en el género, pues nacieron en una ciudad que por entonces no reunía más que el 17,7% de la población total del país (véase Tabla V).[8] Aunque la información disponible sobre la educación media de nuestros ensayistas cubre aproximadamente la mitad del universo de análisis, los datos revelan que la mayor parte fue educada en un mismo tipo de institución educativa, el Colegio Nacional, que preparaba para el ingreso a la universidad o para cargos en la administración pública.[9] Pero el

[8] Germani, *Estructura social de la Argentina*, p. 58.
[9] Juan Carlos Tedesco, *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*, Buenos Aires, Solar, 1986.

**Tabla V: Origen geográfico de los ensayistas (en porcentajes)**

| Ciudad de Buenos Aires | Gran Buenos Aires y La Plata | Provincias | Extranjero | NR* |
|---|---|---|---|---|
| 51,6 | 6,3 | 35,7 | 4 | 2,4 |

* No responde

**Tabla VI: Lugar de realización de los estudios superiores (en porcentajes)**

| | |
|---|---|
| Universidad de Buenos Aires | 81 |
| Universidades del interior (UNLP, UNL, UNT y UNC)* | 15 |
| Universidades del exterior | 2 |
| N/R* | 2 |
| N = | 126 |

* UNLP: Universidad Nacional de La Plata
UNL: Universidad Nacional del Litoral
UNT: Universidad Nacional de Tucumán
UNC: Universidad Nacional de Córdoba
** No responde

dato más sorprendente es que el 80% (incluyendo a más de la mitad de los provincianos) cursó sus estudios universitarios en una misma institución, la Universidad de Buenos Aires, la más grande e importante del país, y para la gran mayoría de ellos la ciudad fue lugar de residencia y de desarrollo profesional –casi el 70% de un total de 85 domicilios relevados hasta el momento están localizados en la ciudad–, lo que pone de manifiesto el alto grado de concentración geográfica de esta categoría particular de productores culturales, surgida de un puñado de instituciones educativas geográficamente concentradas en la Ciudad de Buenos Aires (véase Tabla VI).[10]

¿Cómo explicar esa concentración tan pronunciada? Centro histórico de la vida política e intelectual, la Ciudad de Buenos Aires parecía ofrecer por entonces el escenario más propicio para el perfil promedio de nuestros ensayistas, aspirantes a una carrera dividida entre la política y la vida intelectual, así como el entorno perfecto para el arranque del ensayo como género de gran éxito comercial. Sede de las instituciones políticas nacionales y del mercado de bienes

[10] En el contexto de América Latina, la vida intelectual en México exhibe un grado comparativamente muy similar de concentración geográfica y consecuente centralización intelectual. Más de un tercio de los intelectuales mexicanos del siglo XX nacieron en la Ciudad de México, cuya población en 1950 representaba apenas el 14% del total; la gran mayoría de ellos se educaron en la misma institución preparatoria, la Escuela Nacional Preparatoria de la Ciudad de México, y en una misma institución de educación superior, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y más del 90% estableció la capital del país como su lugar de residencia. Roderic Ai Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

culturales más grande del país, Buenos Aires ostenta la tasa más alta de escolarización y, consiguientemente, el volumen más grande de su público lector.[11] Para 1955 la ciudad tiene dos veces más estudiantes secundarios que en 1945, y tres veces más estudiantes universitarios, y concentra el mercado del libro, que hacia la década de 1960 experimenta una notable expansión, duplicando el número de editoriales respecto de la década anterior.[12] Para mediados de esa década la ciudad cuenta con más de cien editoriales en funcionamiento y aproximadamente dos tercios de estas publican a nuestros ensayistas.[13] El ensayo sociopolítico es entonces una literatura producida, distribuida y consumida fundamentalmente en la ciudad de Buenos Aires; un ensayo porteño sobre los *impasses* del país.

Pero, además, y comparada con la evolución de otras metrópolis latinoamericanas, la de Buenos Aires exhibe un rasgo que la singulariza. En las primeras, y como consecuencia de la reorganización urbana que acompañó la industrialización, los estratos altos tienden a desplazarse del centro hacia la periferia y los estratos más bajos ocupan progresivamente el área central tradicional que, abandonada por la élite, permanece apenas como un inmenso mausoleo de un pasado esplendoroso.[14] A contramano de ese proceso, en Buenos Aires las clases medias y altas se apoderan del centro de la ciudad, que sigue siendo el núcleo de la vida urbana, conservando el brillo, la potencia y el esplendor de siempre.[15] Un dato revelador de su densidad social o dinámica: hacia la década de 1960 la ciudad registra 1509 restaurantes, 2555 bares y cafés, 542 pizzerías y 380 confiterías.[16] ¿Sorprende entonces que nuestros ensayistas estén concentrados en la ciudad?

Si se acepta que el domicilio y/o la residencia constituyen un componente de la posición social de los agentes en el mundo social, esa concentración ecológica abriría entonces la posibilidad de analizar la distribución socio-espacial de nuestros ensayistas interrogando las posibles relaciones de correspondencia o las afinidades electivas entre sus inscripciones en la geografía de la ciudad, sus posiciones en el espacio social y en el campo de la producción cultural, y sus tomas de posición política e intelectual.[17] Tal el objetivo de este trabajo que, de manera esquemática y sintetizada, procura trazar un mapa, a un mismo tiempo geográfico y social, del ensayo argentino de esos años.

[11] Germán Kratochwill, Silvia Karp y Sofía Uranga, *Frenos económicos y sociales para la educación*. Buenos Aires, Líbera, 1967.
[12] Germani, *Estructura social de la Argentina*.
[13] Un total de setenta y seis editoriales publican las obras del género aquí analizado, la mayoría de ellas espacialmente localizadas en el centro de la ciudad.
[14] Juan Carlos Torre, "La ciudad y los obreros", en J. L. Romero y L. A. Romero (dirs.), *Buenos Aires. Historia de Cuatro Siglos*, Buenos Aires, Altamira, 2000.
[15] Un excelente cuadro sociológico de la ciudad durante el período comprendido entre 1930 y 1970 en Manuel Mora y Araujo, "Viejas y nuevas elites" y "Las clases medias consolidadas", en J. L. Romero y L. A. Romero (dirs.), *Buenos Aires. Historia de Cuatro Siglos*; Torre, "La ciudad y los obreros". Sobre la ciudad y sus barrios en las décadas de 1950 y 1960, véase Florencio Escardó, *Nueva geografía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Américalee, 1971, y Ernesto Goldar, *Buenos Aires. Vida cotidiana en la década de 1950*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1992.
[16] Oscar A. Troncoso, "Las nuevas formas del ocio", en J. L. Romero y L. A. Romero (dirs.), *Buenos Aires. Historia de Cuatro Siglos*.
[17] El enfoque analítico adoptado se apoya en Christophe Charle, "Situation spatiale et position sociale [essai de géographie sociale du champ littéraire à la fin du XIXème siècle]", *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 13, 1977.

II Cuando observamos la distribución espacial de los ensayistas, tomando como indicador su domicilio, es posible advertir la existencia de cuatro regiones principales en las que están concentrados: una región "centro norte", una región "norte", una región "oeste" y una región "centro-sur", que son, a su vez, regiones de la ciudad socialmente bien diferenciadas.

A este respecto, un estudio del "mapa social" de la ciudad hacia 1960 revela la existencia de "algo así como un gradiente de nivel socioeconómico que, de mayor a menor, diferencia en ese orden a los sectores norte, oeste y sur".[18] El sector norte, que incluye las regiones "centro norte" y "norte", se extiende desde Recoleta hasta Belgrano, y agrupa a la población de mayores ingresos de la ciudad. Hacia el oeste (Balvanera, San Cristóbal, Almagro, Caballito, Parque Chacabuco, Flores y Floresta) y hacia el sur (Constitución, Monserrat, San Telmo, La Boca y Barracas) predominan los sectores medios y medios-bajos, aunque en el oeste es posible reconocer conglomerados residenciales de alto nivel socioeconómico (en la línea que va del centro a Flores).




[1] **Región Norte:** Di Tella, Germani, Bagú, Halperin Donghi, De Imaz, Justo, Hernández Arregui, Rivera, González Roura, Guardo, Fayt, Ferraris, Cúneo, Frigerio.
[2] **Región Centro/Norte**: Sánchez Zinny, Cossio, Cárcano, Del Carril, Pastor Atencio, Robirosa, Puigbó, Amadeo, Etchecopar, de Estrada, Goñi Moreno, Foguerola, Del Campo Wilson, Shultz, Tiscornia, Saravia, Grondona, Hardoy, Carulla, Odeña.
[3] **Región Oeste**: De Paolis, Mastronardi, Íscardi, Ghioldi, Isacovich, Agosti, Busacca, Frondizi, Fuchs, Solari, Cafiero.
[4] **Región Centro/Sur:** Jauretche, Puiggrós, Ramos, Sebreli, Carri, Frondizi, Astesano, Carpani, Latendorf, Spilimbergo, Orgambide, Uzal.

[18] Horacio Torres, "El mapa social de Buenos Aires en 1943, 1947 y 1960. Buenos Aires y los modelos urbanos", *Desarrollo Económico*, vol. XVIII, nº 70, 1978, p. 179.

Todo, o casi todo, opone –en términos de sus "propiedades sociales"– a los ensayistas que residen en esas cuatro diferentes regiones de la ciudad: la edad, el origen social, la trayectoria, la escolaridad, los modos de adquisición de la cultura (por vía escolar o de manera autodidacta), las modalidades de ingreso al campo de la producción cultural, y por tanto, a la profesión de escritor, la ocupación, la relación con los poderes temporales e intelectuales, el estilo de vida, del que la residencia es tan solo uno de sus indicadores, y los estilos de producción ensayística, que sedimentan las relaciones entre todas esas propiedades sociales.

La región "centro-norte", que comprende los barrios más elegantes y distinguidos de la ciudad, es el lugar de residencia de los ensayistas de origen social comparativamente más elevado. De atmósfera predominantemente francesa, con sus monumentales palacios *Belle époque*, es esta la región de la ciudad en que en la época están emplazadas la Facultad de Derecho, el Jockey Club, las embajadas, las principales galerías de arte y, más hacia el centro, la librería de la editorial Kraft, sede de la selecta Asociación Amigos del Libro, la tienda Harrods, depositaria de la alta moda europea, el Museo Nacional de Bellas Artes y el cementerio patricio de la Recoleta. Aquí se amontonan los ensayistas de origen criollo, salidos de familias tradicionales de la ciudad como del interior del país, hijos de políticos, de altos funcionarios y de profesores universitarios.

Polo socialmente más homogéneo, esta región de la ciudad reúne a los herederos: intelectuales y universitarios de segunda y tercera generación; no por acaso, la región concentra la mayor proporción de hijos de profesores universitarios y el mayor número de graduados precoces del universo de nuestros ensayistas. En su gran mayoría formados en derecho en la Universidad de Buenos Aires, algunos de tradición más liberal y conservadora (Miguel Ángel Cárcano [1889-1978], Federico Pinedo [1895-1971], Lucio Robirosa [1900-1991], Emilio Hardoy [1911-1992], Reynaldo Pastor Atencio [1898-1987]), otros inscriptos en el nacionalismo católico (Mario Amadeo [1911-1983], Máximo Etchecopar [1912-2002] y José María de Estrada [1915-1997]), muchos de ellos han pasado por los colegios públicos de mayor jerarquía escolar o por los colegios privados confesionales de mayor jerarquía social.[19] Colaboradores de los grandes diarios como *La Prensa* y *La Nación*, dividen su tiempo de consagración a la vida intelectual con numerosos compromisos *temporales*, especialmente el bufete y la alta función pública. Muchos de los ensayistas que habitan esa región de la ciudad acumulan algunos de los emblemas de la consagración social y temporal: carrera de altos funcionarios, membresía en las grandes academias y en distinguidos clubes sociales (Círculo de Armas, Jockey Club, Golf Club, etc.), inscripción en el *Quién es Quién en la Argentina* –la mitad de los ensayistas que están registrados en dicho diccionario biográfico viven en esta región de la ciudad– y condecoraciones, buen índice de un alto grado de integración en el orden social como de la relación que los integrantes de esta fracción del espacio tienen con todo lo que es público y oficial.

La alta frecuencia de matrimonios estables y un número comparativamente más elevado de hijos –casi dos tercios tienen tres o más de tres hijos contra dos o menos de dos de los ensayistas de las otras regiones–, fecundidad característica de las *grandes* familias y de las familias *grandes*, reforzada por la adhesión notoria al catolicismo de muchos de ellos, confirman algunos de los rasgos de un estilo de vida que exhibe notables afinidades electivas con el de los residentes típicos de ese barrio de la ciudad. En su estudio sobre la clase alta porteña, José

[19] Colegio Nacional de Buenos Aires (CNBA), Colegio Marista Champagnat, Escuela Argentina Modelo.

Luis de Imaz registró como rasgos característicos su concentración ecológica en el Barrio Norte, su arraigo –cuarta generación de argentinos–, una fecundidad promedio de cuatro hijos, un elevado número de católicos militantes y una manifiesta adhesión a los partidos políticos conservadores (Federación de Partidos del Centro, Partido Cívico Independiente y Partido Demócrata Cristiano).[20] Si la condición de abogado es una propiedad de trayectoria bastante extendida en el universo de los practicantes del género, casi dos tercios de los abogados con bufete están concentrados en esta región de la ciudad, indicador del capital económico y social que ostentan, de los que dependen, como se sabe, las posibilidades de un ejercicio liberal de la profesión jurídica.

En su mayoría descendientes de inmigrantes, los residentes de la región "norte" se diferencian de los de la región "centro norte" por un origen social menos elevado y por trayectorias escolares y profesionales diferentes. Con algunas excepciones, una fracción significativa de ellos se consagró a las humanidades y las ciencias sociales, sea como resultado de estrategias de reconversión de trayectoria (Sergio Bagú [1911-2002], José Luis de Imaz [1928-2008] y Tulio Halperin Donghi [1926-2014] se graduaron en derecho y Torcuato Di Tella [1929-2016] en ingeniería), sea como graduados en esas mismas disciplinas (Gino Germani [1911-1979] lo hizo en filosofía). Es esta la región de la ciudad que concentra a la fracción más distanciada de las instituciones de poder temporal. Profesores de tiempo completo, se distinguen del resto por su entera consagración a la vida universitaria –ninguno de ellos cultivó el periodismo ni ejerció la función pública–. Tienen su base de operaciones en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, ubicada en ese momento en el centro de la ciudad, donde funcionan el Departamento y el Instituto de Sociología, y hacia la década de 1960 se desplazan hacia el barrio de Belgrano, donde un chalé de estilo californiano hospeda al Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella, situado geográficamente muy próximo a la editorial Paidós, especializada en la promoción y difusión de las nuevas ciencias sociales.[21]

Desde un comienzo, la identidad profesional de esta nueva categoría de productores culturales quedó estrechamente asociada con un intenso compromiso político: el de comprender los orígenes y el significado de la experiencia política peronista para la vida nacional. Aunque investidos de unas competencias y de una autoridad que reclamarían como específica y exclusiva, aunque buscaran afirmar su nueva identidad profesional a partir de una diferenciación con los denominados ensayistas, fue precisamente la naturaleza de aquel compromiso el que acabó arrojándolos a la arena de un debate en que se vieron confrontados con estos últimos.[22]

En la década de 1960 Buenos Aires es una ciudad atestada de sociólogos. En ella están radicadas las dos terceras partes de las carreras de sociología del país, que juntas reúnen el 90% de la matrícula. Más de tres mil quinientos estudiantes cursan la disciplina en las tres carreras más importantes del país –las de la Universidad de Buenos Aires (UBA), la Universidad Católica Argentina (UCA) y la Universidad del Salvador (USAL)–-, la mayoría de ellos en la UBA, y el

[20] José Luis de Imaz, *La clase alta de Buenos Aires*, Instituto de Sociología, Universidad de Buenos Aires, 1962.
[21] Alejandro Blanco, "El Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella y el proyecto de una ciencia social en sintonía con el mundo", en C. Altamirano, *Aventuras de la cultura argentina en el siglo XX*, Siglo XXI, 2024.
[22] Esa amalgama de compromiso científico y político es una propiedad estructural de la sociología, que históricamente ha combinado un alto grado de especialización de sus esquemas conceptuales y técnicas de investigación con una selección política de sus objetos, lo que ciertamente le ha conferido ese alto grado de consagración intelectual y notoriedad pública que ha sido característico de su trayectoria.

número de graduados supera los trescientos cincuenta.[23] Pero lo que sorprende no es apenas el volumen del fenómeno sino, también, el ritmo de su crecimiento. En 1955 no había carrera de sociología en el país; diez años más tarde, la disciplina podía estudiarse en nueve lugares diferentes y contaba con un número expresivo de graduados y estudiantes. En muy poco tiempo, los científicos sociales, especialmente los sociólogos, han acumulado un envidiable capital de reconocimiento y notoriedad, ganando las páginas de la prensa, y especialmente de los modernos semanarios, que los interpelan para que se pronuncien sobre distintos asuntos –el arte, la moda, la vivienda, el sexo, la política, el peronismo, la pequeña empresa– que interesan a un público de clase media en expansión y ávido de novedades.

Las posiciones de poder conquistadas en el campo universitario por esta nueva fracción de productores culturales y el éxito de público de algunos de sus productos son más que reveladores del grado de consagración y de notoriedad intelectual alcanzados. Hacia mediados de la década de 1960 el semanario *Confirmado* advertía que "la sociología vende: es negocio, cuenta con una demanda semejante […] a la de obras de ficción y otros géneros muy distintos. […] En 36 meses –continuaba el semanario– se agotó un texto denso y arduo de Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*"–que sería reeditado cinco veces en los primeros nueve años–- "y en solo seis meses fueron consumidos los 5000 ejemplares de *La sociología en América Latina*, del mismo autor".[24] Meses más tarde, en una nota acerca del éxito comercial del "libro nacional", el mismo semanario revelaba, recogiendo la opinión de las principales librerías de la ciudad, que "en las librerías de la calle Corrientes –habitualmente visitadas por una mayoría joven de mentalidad izquierdista– las mayores ventas pertenecen a Sebreli y a De Imaz".[25] *Los que mandan*, de José Luis de Imaz, publicado en 1964, agotaría su cuarta edición a un año de su lanzamiento y ese mismo año alcanzaba la primera posición en el ranking de los *best-sellers*.

La región "oeste" reúne a los productores culturales de orígenes sociales más modestos, con menor dotación de capital cultural (poco más de la mitad no cuenta con diploma universitario), algunos con trayectorias escolares interrumpidas (Héctor Agosti [1911-1984], Juan Antonio Solari [1899-1980], Marcelo Isacovich [1924-), y otros con graduación tardía (Salvador F. Busacca [1921-1997] y Jaime J. Fuchs [1920-2021]) o titulaciones de menor grado de jerarquía intelectual (Américo Ghioldi [1899-1984/magisterio), situaciones, todas ellas, no disociadas del origen social de sus agentes. Es esta la región de residencia de un número expresivo de dirigentes políticos y de cuadros intelectuales de los tradicionales partidos de izquierda (Partido Socialista y Partido Comunista), entregados de cuerpo y alma a la organización que los ha consagrado. Maestros y profesores de enseñanza media, dedicados en muchos casos al periodismo, sobre todo partidario, la región reúne también a los hijos de la inmigración, de origen social mesocrático y popular (Arturo Frondizi [1908-1995], hijo de un próspero empresario de origen inmigrante, caso desviante), salidos de familias en proceso de movilidad social ascendente –hijos de pequeños funcionarios o cuadros medios, de artesanos y pequeños comerciantes–. Una fracción importante de los economistas de ese universo, originarios de hogares de pequeños comerciantes y que obtuvieron su educación media en escuelas de comercio, vía

[23] Germán Kratochwill, "Estado actual de la sociología en Argentina", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 6, nº 1, 1970.
[24] *Confirmado*, año I, nº 11, 16 de julio de 1965, p. 42.
[25] *Confirmado*, año I, nº 16, 19 de agosto de 1965, p. 48.

regia hacia la Facultad de Ciencias Económicas, reside en esta región (Isacovich, Antonio Cafiero [1922-2014] y Fuchs).[26]

Intelectuales de primera generación han debido *pagar* con la restricción de la fecundidad unas inversiones intelectuales y políticas que, muy por encima de su condición social, les han permitido ascender socialmente. Agosti, Ghioldi y Solari salieron de familias numerosas, de siete, ocho y cuatro hijos respectivamente, y alteraron drásticamente ese patrón social de reproducción: el primero tuvo dos hijos y apenas uno el segundo y el tercero. En algunos casos, alianzas matrimoniales endogámicas obrarían como un refuerzo de esas inversiones.[27] Han ingresado al oficio y/o a la profesión de escritor por las instituciones de menor jerarquía intelectual: bibliotecas barriales, periódicos, revistas y editoriales de partido y han estado al frente de los principales órganos de prensa y de cultura de sus respectivas organizaciones partidarias.[28] La región está próxima a la zona en la que está emplazado el Congreso de la Nación y la sede de los diferentes partidos políticos y sus organizaciones culturales: la Casa del Pueblo, la cooperativa El Hogar Obrero y el periódico *La Vanguardia* del Partido Socialista, la Casa de la Cultura Argentina del Partido Comunista y el Comité Nacional de la Unión Cívica Radical.

Finalmente, la región "centro-sur" de la ciudad se distingue claramente de las tres anteriores por el alto porcentaje de *intelectuales libres* dado su bajo grado de afiliación a las instituciones de la cultura *legítima* del campo de la producción cultural (sistema escolar, academias y grandes diarios) o a los órganos de prensa y de cultura de los partidos políticos establecidos (Eduardo Astesano [1913-1991], Jorge Abelardo Ramos [1921-1994], Jorge Enea Spilimbergo [1928-2004], Juan José Sebreli [1930-2024], Pedro Orgambide [1929-2003] y Ricardo Carpani [1930-1997]). De origen inmigrante y extracción social muy diversa –hijos de propietarios, de

[26] En rigor, seis de los ocho ensayistas del universo de análisis que acreditan formación en ciencias económicas se ajustan a este perfil social y escolar (aunque no están incluidos en este cuadro dada la falta de información sobre su domicilio o lugar de residencia): además de Isacovich, Cafiero y Fuchs, Alexis Latendorf (1928-2007), José Rodríguez Tarditi (1901-) y Juan Carlos Esteban (1926-2013). Las excepciones son Rodolfo Puiggrós (1906-1980) y Alfredo Arturo Kölliker Frers (1918-1976), hijos de empresario y de científico respectivamente. Aunque sorprendente, este perfil social de nuestros ensayistas economistas resulta congruente con algunas de las características del patrón de reclutamiento social típico de esa casa de estudios. En efecto, y según los resultados de una investigación de Gino Germani sobre el origen social de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, la Facultad de Ciencias Económicas se diferenciaba netamente del resto de las facultades por una más alta proporción de hijos de obreros y por el más bajo porcentaje de estudiantes con familiares universitarios. Gino Germani, "Informe preliminar del Instituto de Sociología sobre las encuestas entre estudiantes universitarios", *Centro*, vol. 12, 1956.

[27] Los matrimonios de Juan Antonio Solari y de Américo Ghioldi podrían ser alzados a la condición de alianzas paradigmáticas. Ambos se casaron con mujeres de la misma condición social y con trayectorias que, como las de sus cónyuges, adoptaron la vía escolar como medio de promoción social. El primero lo hizo con Herminia Catalina Brumana (1897-1954), hija de inmigrantes italianos, graduada en Escuela Normal, maestra, periodista y escritora; el segundo con Delfina Varela Domínguez (1895-1989), también maestra salida de una Escuela Normal y posteriormente graduada universitaria en la FFyL/UBA, profesora de enseñanza media y universitaria durante treinta años y autora de numerosos ensayos sobre educación e historia.

[28] Américo Ghioldi fue director del quincenario *Acción Socialista* (1923/1929) y de *La Vanguardia* (1925 –con intervalos– hasta 1946). Juan Antonio Solari dirigió el periódico *Bases. Tribuna de la Juventud* (1919/1920), fue redactor de *El Sol* (La Plata, 1924/1927), periódico de la Federación Socialista Bonaerense, director del *Anuario Socialista* (1925) y redactor (1928) y luego director (1934/1936) de *La Vanguardia* (1934/1936). Desde 1954 fue director de la editorial Bases. Héctor Agosti dirigió las revistas *Juventud Comunista* (1928/1930), *Bandera Roja* (1932), *Orientación* (1939) y *Nuestra Palabra*, y por dos períodos (1951/1964 y 1967/1976) dirigió la revista más importante del PCA, *Cuadernos de Cultura*. Fue, asimismo, redactor de los diarios *Crítica* y *Clarín* y dirigió la Editorial Problemas, y fue asesor de otras editoriales comunistas como Lautaro y Procyón. Jaime Fuchs colaboró en el diario del Partido Comunista *La Hora* y dirigió la revista *Problemas de Economía*, publicada por la Comisión de Estudios Económicos del Partido Comunista Argentino.

profesionales y de cuadros medios o de empleados–, militantes trotskistas unos, con pasado en el Partido Comunista y en el Partido Radical otros, en esta región residen los ensayistas de casamientos tardíos (Silvio Frondizi [1907-1974], Arturo Jauretche [1901-1974] y Rodolfo Puiggrós [1906-1980] se casaron a los cuarenta y dos, treinta y seis y treinta cuatro años respectivamente, cuando la edad promedio de matrimonio era de, aproximadamente, treinta y un años) y fecundidad malthusiana –el 57% tiene dos o menos de dos hijos y casi un tercio no tiene hijos–.[29]

Forzados a crear sus propios medios de difusión (editoriales, revistas y periódicos), no disponen, a diferencia de los *establecidos*, de una autoridad de función que les dispense de conquistar y confirmar continuamente su legitimidad intelectual. No son profesores universitarios; no tienen cargos en la función pública o en los grandes partidos, ni forman parte de las instituciones del e*stablishment* cultural. Su condición de autodidactas con trayectorias de escolaridad interrumpida, diplomados tardíos o con diploma archivado, sus relaciones conflictivas con las instituciones de la cultura *legítima*, especialmente con el sistema escolar, así como su actuación en las regiones *inferiores* y/o plebeyas del periodismo cultural y político –varios de ellos colaboraron en órganos de prensa del gobierno y de la resistencia peronistas– parecieran estar en el origen de las actitudes de antielitismo, antiintelectualismo y antiacademicismo que serían características de las tomas de posición intelectual y política de algunos de ellos.[30] En muchos casos, esas actitudes encontrarían un refuerzo en ambiciones y expectativas escolares frustradas, como lo revela su trayectoria interrumpida en prestigiosos establecimientos de educación media, frustraciones posiblemente amplificadas por su condición de hijos únicos o primogénitos de la fratría.[31]

*Outsiders* o marginales por tales aspectos, habitan el corazón de la vida intelectual y artística porteña, donde están emplazados la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, la industria cultural (redacciones de los principales diarios y revistas, las librerías, editoriales, cines y teatros de la ciudad) y los espacios de sociabilidad (bares y confiterías). La región, que también alberga al mundo obrero y popular de la ciudad, especialmente en los barrios de San Telmo, Constitución, La Boca y Barracas, concentra una de las fracciones intelectuales emergentes y más dinámicas del espacio, la de la "nueva izquierda" o "izquierda nacional" y a los ensayistas más prolíficos y de mayor éxito editorial. Tres de ellos, Jauretche, Ramos y Puiggrós acumulan el mayor número de títulos publicados durante el período y tres han alcanzado la condición de *best sellers* (Ramos, Jauretche y Sebreli).[32] La editorial Peña Lillo, propiedad de un recién

[29] Viviana Masciadri, "La nupcialidad en Buenos Aires a mediados del siglo XX: Chascomús, La Plata y San Martín", *Papeles de Población*, vol. 23, nº 92, 2017.

[30] Puiggrós no concluyó sus estudios de Economía en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA; Sebreli abandonó los suyos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA; Orgambide no terminó la escuela primaria; Carpani abandonó los estudios de Derecho en la UBA; Astesano se recibió de abogado tardíamente, a los treinta y tres años, en la Universidad Nacional del Litoral, y no ejerció la profesión; tampoco la ejerció Spilimbergo, graduado en Derecho en la UBA; Ramos fue expulsado del CNBA en tercer año por motivos de agitación política y concluyó su educación secundaria en el Colegio Nacional Nicolás Avellaneda; Jauretche fue expulsado del Colegio Nacional de Chivilcoy y más tarde de la Facultad de Derecho.

[31] Ramos (hijo único, CNBA y Colegio Nacional Nicolás Avellaneda); Spilimbergo (hijo único, CNBA); Sebreli (hijo único, Escuela Normal de profesores Mariano Acosta); Puiggrós (primogénito y pupilo en el Colegio Carmen Arriola de Marín); Jauretche (primogénito, Colegio Nacional de Chivilcoy y Colegio Nacional Mariano Moreno); Carpani (benjamín, Colegio Nacional Bernardino Rivadavia).

[32] *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, de Jorge Abelardo Ramos, publicado en 1957, figura entre uno de los cinco ensayos más vendidos de ese año según la memoria de la Cámara Argentina del Libro. *Los profetas del odio* (1957), de Arturo Jauretche, alcanzó a dos meses de su lanzamiento una segunda edición de 250.000

llegado al campo (Arturo Peña Lillo [1917-2009]), la librería Del Mar Dulce, propiedad de Ramos, así como los diversos emprendimientos editoriales de este último, especialmente Amerindia y Coyoacán, fueron los principales órganos de difusión y sede de sociabilidad de estos escritores. Unas y otros obrarían como un eficaz rito de agregación que reforzó una identidad de posición hasta entonces puramente negativa de esta fracción de los productores culturales.

Todas las diferencias señaladas hasta aquí, que oponen a los ensayistas de las diferentes regiones de la ciudad, se corresponden a su vez con diferencias en el plano de los estilos de producción, que a su vez guardan ciertas relaciones de afinidad con las divisiones existentes en el espacio de las editoriales que publican a nuestros ensayistas. Así, del mismo modo en que existe un vínculo entre las propiedades o características sociales de los productores, de un lado, y las propiedades o características sociales de sus productos, de otro, también existe un vínculo entre las propiedades de los productores y de sus productos y las propiedades de quienes son sus intermediarios, en este caso particular, los editores. Es así que podemos observar una cierta relación de homología estructural entre el espacio de las diferentes editoriales y el espacio de las características sociales de los diferentes ensayistas o productores culturales, que son los autores que escogen esas editoriales. Y es precisamente esa relación de homología estructural la que funda afinidades electivas que hacen que los editores publiquen obras que son del gusto de los autores de su catálogo y que estos se prefieran entre sí.

En las regiones "centro/norte" y "norte", en las que están sobrerrepresentados los profesores universitarios graduados en derecho y en ciencias sociales, predomina un estilo más erudito y "moderado" del género, *sine ira et studio*, vehiculizado por las editoriales más tradicionales y con mayor capital simbólico del campo, especializadas en la producción literaria o erudita en sus diferentes áreas, jurídica y humanística (Emecé, Losada, Kraft, Abeledo-Perrot, Eudeba, Fondo de Cultura Económica). En la "región oeste", dada la alta proporción de políticos e intelectuales de partido, prevalece una versión doctrinaria del género, dictada por las urgencias del día a día de la política nacional y de los vaivenes de la política partidaria, y expuesta a las constricciones ligadas al imperativo de defender la doctrina y las posiciones políticas del partido. La producción de estos escritores es mayormente vehiculizada por editoriales situadas en la base de la pirámide de la jerarquía del prestigio, editoriales de partido o próximas a ellos (Anteo, Quipo, Platina, Cartago, Procyon, Desarrollo, Bases, etc.).

En la región "centro sur" predomina una versión a medio camino entre las dos, dada la condición estatutaria de sus productores, integrantes de formaciones políticas efímeras, animadas y sostenidas por ellos mismos. Aquí es la pequeña editorial la que concentra la difusión de estos productores (Peña Lillo, Coyoacán, Indoamérica, Praxis, Jorge Álvarez, Siglo XX), que escriben un ensayo que mezcla la mordacidad y el tono combativo y polémico del periodismo de la pequeña revista y del pequeño partido con los nuevos lenguajes de las ciencias sociales, el psicoanálisis y especialmente la sociología. Dos libros, *El medio pelo. Apuntes de sociología*

---

ejemplares. *El medio pelo en la sociedad argentina*, del mismo autor, agotó la primera edición (1966) de 5000 ejemplares en el primer mes y en los seis meses comprendidos entre diciembre de 1966 y julio 1967 aparecieron nueve ediciones. Véase Sylvia Saítta, "Modos de pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965)", en M. Plotkin y F. Neiburg (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004. *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, de Juan José Sebreli, publicado en 1964, vendió 30.000 ejemplares en un año y en octubre de 1965 se había agotado la octava edición, con la suma de 40.000 ejemplares vendidos.

*nacional*, de Jauretche, y *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, de Sebreli, encarnan típicamente estos nuevos experimentos intelectuales.

Las divisiones que caracterizan la estructura de la distribución de los agentes en la geografía de la ciudad se corresponden, por último, con las que podemos reconocer según la estructura de edad de los ensayistas residentes en las diferentes regiones de la ciudad: todo hecho social tiene su demografía. Los que residen en las regiones "centro-sur" y "norte", que aglutinan, como se ha visto, a las fracciones más dinámicas e innovadoras del género y de mayor éxito comercial, son los más jóvenes del espacio.[33] El 50% y el 28,5% de los ensayistas que viven en estas dos regiones tienen menos de cuarenta años, contra el 15% y el 27% de los que habitan las dos regiones restantes.

Hacia los años sesenta la competencia y las disputas más aguerridas se trabarían entre los científicos sociales y los *intelectuales libres*. Sus integrantes son también los predicadores de nuevas éticas del oficio en sus respectivos dominios de actuación. Los científicos sociales han conseguido desplazar de la institución universitaria a sus viejos ocupantes –los abogados profesores de Sociología–, imponiendo nuevas reglas del arte sociológico (formación especializada, trabajo de campo, rigor conceptual) y una nueva figura de practicante, la del sociólogo profesional; los *intelectuales libres* han implantado una nueva forma de producción ensayística, la del "ensayo de orientación sociológica", aunque en litigio con la sociología profesional, y una nueva figura de escritor, la del "escritor nacional" o del "intelectual nacional y popular", lo que promueve el "envejecimiento social" acelerado de la izquierda tradicional.

## III

El mapa, bien lo sabemos, no es el territorio sino una representación de este, pero ofrece instructivas indicaciones para moverse en él. Y lo que podemos percibir a través de él, también lo sabemos, es la extensión y las divisiones de un territorio antes que su profundidad. Quizá no haya otro espacio en el que el juego de las diferencias esté más presente que en el mundo intelectual. El mapa, sin embargo, apenas captura las líneas más gruesas de todas las diferencias que dividen ese mundo.

Aun con esas limitaciones, el mapa del ensayo porteño esbozado hasta aquí ofrece algunas indicaciones que podrían ser posteriormente profundizadas en el cuadro de una historia social e intelectual del ensayo. En principio, revela que la distribución de los ensayistas en la geografía de la ciudad, lejos de ser aleatoria, mantiene ciertas relaciones de correspondencia con la distribución de los agentes tanto en la jerarquía del espacio social como en la jerarquía de las instituciones del campo de la producción cultural. En ese sentido, el mapa exhibe regularidades asombrosas, reuniendo en una misma región, aun con sus casos desviantes, a agentes que comparten un conjunto de propiedades sociales, y segregándolos espacialmente de otros con propiedades sociales diferentes, obrando entonces la localización espacial o lugar de residencia como un factor de refuerzo de la diferenciación social e intelectual dada por el origen social y la trayectoria. Las divisiones y/o distancias espaciales recubren, por tanto, divisiones y/o distancias sociales, que, a su vez, se redoblan en divisiones y/o distancias intelectuales. La vida intelectual tiene su geografía y el examen de esta última proporciona recursos útiles para una mejor comprensión de aquella. El cuadro esbozado revela, asimismo, que las diferencias de origen social y trayectoria están asociadas con diferentes orientaciones intelectuales y polí-

[33] La edad de los agentes ha sido establecida tomando como referencia el año 1960.

ticas que estarán, a su vez, en el principio de los antagonismos que habrían de caracterizar las relaciones entre estos productores culturales socialmente muy diferentes.

A manera de hipótesis a ser explorada en una próxima etapa de la investigación, esas diferentes regiones del espacio estarían asociadas con reacciones intelectuales y emocionales típicas frente al hecho peronista, todas ambivalentes, cada una de ellas más o menos favorable o desfavorable (y de distintas maneras). Aun siendo consciente de su carácter esquemático y provisorio, arriesgo entonces un cuadro sintético de esas reacciones.

Los ensayistas de la izquierda tradicional fueron posiblemente los más perturbados por la experiencia peronista. Un caudillo militar, ajeno a las filas del mundo obrero y hostil a la cultura de izquierda, había conducido la integración de la clase trabajadora a la vida política nacional, arrebatándoles el fundamento de su sociodicea en tanto intelectuales de partido de la clase trabajadora. Aun con sus diferencias, para socialistas y comunistas el peronismo había sido un remedo tardío del fascismo, y en muchos casos sus evaluaciones de la experiencia no irían más allá de reprobaciones de índole política, pero, sobre todo, moral. El modo con que el dirigente socialista Juan Antonio Solari tituló su balance de la experiencia resulta elocuente: *Doce años de oprobio* (1956). Menos categórico, menos conclusivo, el Agosti de *Nación y cultura* (1959) buscará comprender el fenómeno peronista como el emergente de una "falta de correspondencia entre cultura y nación", o como "el divorcio cada vez más profundo entre el pueblo y las minorías encargadas de la dirección y orientación de nuestra cultura". Y apostará a superar ese divorcio mediante una renovación de la cultura comunista fundada en una perspectiva gramsciana del papel del intelectual.

En *Ayer, hoy y mañana* (1956) Mario Amadeo sintetizó la opinión dominante de la fracción de los nacionalistas católicos frente al hecho peronista. A su juicio, el advenimiento del nuevo fenómeno político había puesto en crisis tanto los marcos institucionales como las creencias de la Argentina liberal, que Amadeo sintetizaba en el divorcio entre la "Argentina de los dirigentes" y la "Argentina del pueblo", y había traído a escena una nueva conciencia social en el pueblo, con la que había que contar. El peronismo no era una suerte de pesadilla pasajera, como era convicción en las filas del antiperonismo conservador, ni una variante de totalitarismo o "nazi-fascismo", como en la de la izquierda tradicional. La respuesta al imperativo de la hora, desperonizar la Argentina, pasaba entonces por integrar a la vida nacional a esa "Argentina del pueblo", pero cambiando, claro, su lealtad política.

Tampoco para los científicos sociales, y especialmente para su líder intelectual, Gino Germani, el peronismo podía ser asimilado sin más al totalitarismo. En rigor, era la respuesta a una demanda de participación política y social de un nuevo proletariado urbano que, surgido de la industrialización y la urbanización masiva de la década de 1930, no había encontrado un canal de expresión en las organizaciones de clase tradicionales, partidos y sindicatos. No obstante, aquella respuesta –lamentaría Germani– había ocurrido bajo el signo del totalitarismo. El desafío era entonces lograr que esa experiencia de participación política y social que el peronismo había ofrecido a las clases populares fuera ahora canalizada bajo la forma de un régimen político democrático.

En la visión de los ensayistas de la nueva izquierda, articulada fundamentalmente por *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* (1957), de Jorge Abelardo Ramos y por *El proletariado en la revolución nacional* (1958), de Rodolfo Puiggrós, el peronismo adquiría un significado positivo, sea bajo la forma de una "frente antiimperialista" o de un "movimiento de liberación nacional". Sus orígenes también se remontaban a la industrialización de la década

de 1930, que había dado origen a una burguesía industrial, y sobre todo a una nueva clase obrera, de origen rural que, sin representación en los cuadros tradicionales, encontrarían en las filas nacionalistas del ejército liderado por Perón un instrumento de integración a la vida nacional, aunque al precio de una integración de tipo paternalista que afectaría la independencia política de la clase obrera. Con todo, antes que un desvío o un retroceso, a los ojos de estos escritores el peronismo significaría un momento importante en el camino de la clase trabajadora, el de la nacionalización de su conciencia. La tarea pendiente: promover el encuentro entre socialismo y nación.

## IV

Aunque disparada por la agitada coyuntura política abierta con el derrocamiento del peronismo, tanto el volumen como la extensión en el tiempo de esa inusitada explosión del ensayo sociopolítico encontró sus condiciones sociales de posibilidad en el contexto de una fuerte expansión de la escolarización y de la industria editorial, que ensanchó y diversificó el arco del reclutamiento social de los productores culturales, de sus intermediarios (las editoriales) y de su público lector, concentrados, además, en la geografía de una ciudad dinámica y pujante. La intensidad y la polarización características del debate intelectual y político de esos años no parecieran entonces estar disociadas de la estructura de un escenario intelectual que agregó, en un mismo espacio y por un período muy corto de tiempo, a un contingente social e intelectualmente muy variado de productores culturales.

Significativamente, el ensayo de mayor éxito de librería fue uno consagrado explícitamente a la ciudad de Buenos Aires. *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* (1964), de Juan José Sebreli, objeto de un admirable trabajo de Adrián Gorelik, fue publicado en 1964 y agotó ocho ediciones en un año.[34] Por cierto, la ciudad no era una novedad en la tradición ensayística argentina, pero hasta entonces había sido siempre observada a partir de su contraposición con el interior o la campaña, sea para celebrarla como símbolo de la civilización, el progreso o la modernización, sea para condenarla como sede de un materialismo y de un cosmopolitismo amenazante de la cultura nacional. Sebreli, en cambio, enfocó la ciudad en sí misma y trazó un cuadro de la ecología y de los estilos de vida de sus diferentes clases sociales. El mapa trazado por Sebreli es el de una ciudad dividida en tres zonas claramente diferenciadas: una zona norte oligárquica y burguesa, una zona sur en la que el lumpen se mezcla con los obreros y una zona oeste, hábitat de la pequeña burguesía. Acaso sin proponérselo, al objetivar sociológicamente el espacio de la ciudad y de sus fronteras sociales, su autor estaba objetivando, también, el espacio intelectual de los ensayistas y de sus divisiones, la posición de sus oponentes y la suya propia. □

## Bibliografía

Álvarez, Emiliano M., "El campo de las revistas culturales y su lugar en la construcción de una nueva legitimidad intelectual: 1946-1960", tesis doctoral, FCS-UBA, 2022.

Blanco, Alejandro, "El Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella y el proyecto de una ciencia social en sintonía con el mundo", en Carlos Altamirano, *Aventuras de la cultura argentina en el siglo XX*, Siglo XXI, 2024, pp. 225-234.

[34] Adrián Gorelik, "El camino que lleva a la ciudad. Juan José Sebreli, una memoria de Buenos Aires", *Políticas de la Memoria*, nº 13, Buenos Aires, CEDINCI, 2013.

Camp, Roderic Ai, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

Cattaruzza, Alejandro, Julio Melon Pirro, Claudio Panella, Mercedes Prol, Darío Pulfer, y Raanan Rein (coords.), *Diccionario del peronismo, 1955-1969 (primera entrega)*, San Martín, UNSAM-CEDINPE, 2021.

—, *Diccionario del peronismo, 1955-1969 (segunda entrega)*, San Martín, UNSAM-CEDINPE, 2022.

Charle, Christophe, "Situation spatiale et position sociale (essai de géographie sociale du champ littéraire à la fin du XIXème siècle)", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, vol. 13, 1977, pp. 45-59.

—, "Pour une histoire sociale des professions juridiques à l'époque contemporaine. Note pour une recherche", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, nº 76-77, 1989, pp. 117-119.

*Confirmado*, año I, nº 11, 16 de julio de 1965.

*Confirmado*, año I, nº 16, 19 de agosto de 1965.

Cutolo, Vicente Osvaldo, *Historiadores argentinos y americanos (1963-1965)*, Casa Pardo, Buenos Aires, 1966.

—, *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, Elche, Buenos Aires (8 volúmenes), 1968.

—, *Novísimo diccionario biográfico argentino, 1930-1980*, Elche, Buenos Aires, 2004.

De Imaz, José Luis, *La clase alta de Buenos Aires*, Instituto de Sociología, Universidad de Buenos Aires, 1962.

Eichelbaum de Babini, Ana María, "La desigualdad educacional en la Argentina", en J. F. Marsal (comp.), *Argentina conflictiva. Seis estudios sobre problemas sociales argentinos*, Buenos Aires, Paidós, 1972, pp. 19-57.

Escardó, Florencio, *Nueva geografía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Américalee, 1971.

Germani, Gino, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Buenos Aires, Raigal, 1955.

—, "Informe preliminar del Instituto de Sociología sobre las encuestas entre estudiantes universitarios", *Centro*, nº 12, 1956, pp. 34-46.

Gorelik, Adrián, "El camino que lleva a la ciudad. Juan José Sebreli, una memoria de Buenos Aires", *Políticas de la Memoria*, nº 13, Buenos Aires, CEDINCI, 2013, pp. 257-265.

Goldar, Ernesto, *Buenos Aires. Vida cotidiana en la década de 1950*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1992.

Kratochwill, Germán, "Estado actual de la sociología en Argentina", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 6, nº 1, 1970, pp. 167-176.

Kratochwill, Germán, Silvia Karp y Sofía Uranga, *Frenos económicos y sociales para la educación*, Buenos Aires, Líbera, 1967.

Marsal, Juan Francisco, *Contribución a una bibliografía del ensayo argentino y mexicano contemporáneo 1955-1969*, Documento de Trabajo número 66, Centro de Investigaciones Sociales, Instituto Torcuato Di Tella, 1969, pp. 1-28, "Introducción", en J. F. Marsal y otros, *Los intelectuales políticos*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971, pp. 7-20.

Masciadri, Viviana, "La nupcialidad en Buenos Aires a mediados del siglo XX: Chascomús, La Plata y San Martín", *Papeles de Población*, vol. 23, nº 92, 2017, pp. 105-150.

Mora y Araujo, Manuel, "Viejas y nuevas elites" y "Las clases medias consolidadas", en J. L. Romero y L. A. Romero (dirs.), *Buenos Aires. Historia de Cuatro Siglos*, Altamira, 2000, pp. 239-257.

*Quién es Quién en la Argentina. Biografías contemporáneas*, Buenos Aires, Guillermo Kraft, ediciones de 1939, 1943, 1955 y 1968.

Saítta, Sylvia, "Modos de pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965)", en M. Plotkin y F. Neiburg (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 107-146.

Sautu, Ruth, "Factores sociales de la regularidad en los estudios en la Universidad de Buenos Aires", pp. 27-70, en G. Germani y R. Sautu, *Regularidad y origen social en los estudiantes universitarios*, en Investigaciones y Trabajos del Instituto de Sociología, FFyL-UBA, 1965, pp. 1-70.

Tarcus, Horacio, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)*, Emecé, Buenos Aires, 2007.

Tedesco, Juan Carlos, *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*, Buenos Aires, Solar, 1986.

Torres, Horacio, "El mapa social de Buenos Aires en 1943, 1947 y 1960. Buenos Aires y los modelos urbanos", *Desarrollo Económico*, vol. XVIII, nº 70, 1978, pp. 163-204.

Torre, Juan Carlos, "La ciudad y los obreros", en J. L. Romero y L. A. Romero (dirs.), *Buenos Aires. Historia de Cuatro Siglos*, Altamira, 2000, pp. 259-271.

Troncoso, Oscar A., "Las nuevas formas del ocio", en J. L. Romero y L. A. Romero (dirs.), Buenos Aires. *Historia de Cuatro Siglos*, Altamira, 2000, pp. 285-294.

## Resumen / Abstract

**Geografía social del ensayo argentino (1950-1960)**

En las décadas de 1950 y 1960 el ensayo sociopolítico experimentó en la Argentina una notable expansión. Una investigación bibliográfica sobre la producción del género reveló la existencia de un universo de 126 escritores, con una producción de 190 títulos. Un primer relevamiento prosopográfico revela que el 80% cursó sus estudios universitarios en una misma institución, la Universidad de Buenos Aires, y para la gran mayoría de ellos la Ciudad de Buenos Aires fue lugar de residencia y de desarrollo profesional. El artículo examina la distribución socioespacial de los ensayistas interrogando las posibles relaciones de correspondencia, o las "afinidades electivas", entre sus inscripciones en la geografía de la ciudad, sus posiciones en el espacio social y en el campo de la producción cultural y sus tomas de posición política e intelectual.

**Palabras clave:** Ensayo sociopolítico - Productores culturales - Distribución socioespacial - Afinidades

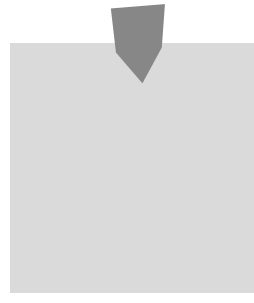
**Social Geography of the Argentine Essay (1950-1960)**

In the 1950s and 1960s, sociopolitical essays experienced significant expansion in Argentina. A bibliographic study of the genre's production revealed the existence of a universe of 126 writers with a total output of 190 titles. A preliminary prosopographic survey reveals that 80% pursued their university studies at the same institution, the University of Buenos Aires, and that for the vast majority, the city of Buenos Aires was both their place of residence and the center of their professional development. This article examines the socio-spatial distribution of essayists, questioning the possible relationships of correspondence or "elective affinities" between their placement within the city's geography, their positions in social space and in the field of cultural production, and their political and intellectual stances.

**Keywords:** Sociopolitical Essay - Cultural Producers - Socio-spatial Distribution - Affinities

Fecha de recepción del original: 26/3/2025
Fecha de aceptación del original: 20/8/2025

# *Argumentos*



*Prismas*
Revista de historia intelectual
Nº 30 / 2026

# *Presentación*

Flavia Fiorucci

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

El trabajo de Sylvie Chaperon que *Prismas* traduce para este número integró el libro compilado por Nicole Racine y Michel Trebitsch, *Intellectuelles. Du genre en histoire des intellectuels*, que a comienzos de los años 2000 buscaba introducir la perspectiva de género y la historia de las mujeres en los estudios sobre intelectuales, para visibilizar la contribución femenina al entorno intelectual francés, un tópico poco explorado en aquel momento.[1] Chaperon, profesora de la Universidad Toulouse-Jean Jaurès, prolífica investigadora y especialista en historia de las mujeres, el feminismo y la sexología, redactó un texto programático, cuyos argumentos, a pesar del tiempo transcurrido, conservan plena vigencia. Al adentrarse en la relación de la emblemática pareja conformada por Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, y al advertir la desigual recepción académica que ambos habían tenido hasta entonces, la autora plantea una serie de señalamientos e interrogantes sobre el modo en que operan las dinámicas de género en el campo intelectual y la poca atención que la historia intelectual les había otorgado, además de ofrecer una serie de pistas para incorporar la perspectiva de género a la disciplina.

Entre el momento de la publicación original de este texto y la actualidad, el interés por la historia de las mujeres se ha acrecentado significativamente, por lo que las observaciones que se hacen en el artículo sobre la bibliografía deben ser matizadas. Si a principios de los años 2000 era evidente la falta de atención sobre las mujeres intelectuales, hoy este panorama ha cambiado. Sin embargo, este renovado interés no quita validez a los argumentos aquí formulados. La invitación de Chaperon no se limita a sacar del olvido algunos nombres sino a escribir una historia intelectual atenta a las dimensiones de género. En su propia trayectoria la autora ha demostrado una notable versatilidad y originalidad para llevar adelante estos objetivos, tanto en trabajos individuales como en proyectos colectivos. Chaperon inició su carrera con una tesis sobre Beauvoir y luego fue ampliando sus temas de investigación hacia la historia del saber médico y la sexualidad. Coordinó junto con Chirstine Bard un monumental diccionario de feministas en Francia y codirigió un ambicioso volumen sobre el género, la historia y sus

[1] Nicole Racine y Michel Trebitsch (dirs.), *Intellectuelles. Du genre en histoire des intellectuels*, Bruselas, Éditions Complexe, 2004.

fuentes y métodos desde la Antigüedad hasta nuestros días.[2] La publicación de una de sus contribuciones en español se ofrece como programa a tomar en cuenta, pero también como una entrada a la producción de esta original investigadora. □

[2] Sylvie Chaperon, *Les années Beauvoir*, París, Fayard, 2000; Sylvie Chaperon, *Les origines de la sexologie (1850-1900)*, París, Éditions Audibert, 2007; Chirstine Bard y Sylvie Chaperon (dirs.), *Dictionnaire des féministes France XVIIIe. XXIe siècle*, París, Puf, 2017; Sylvie Chaperon, Adeline Grand-Clément y Sylvie Mouysset (dirs.), *Histoire des femmes et du genre. Historiographie, sources et méthodes*, París, A. Colin, 2022. De reciente aparición y traducido al español: Sylvie Chaperon y Odile Fillod, *Lo que nos han contado sobre el clítoris*, Madrid, Cátedra, 2024. Una entrada a su producción se puede obtener en https://shs.cairn.info/auteur/5839?lang=es&tab=apercu.

# *Simone de Beauvoir en el cruce de la historia de las mujeres y de los intelectuales**

Sylvie Chaperon

Universidad Toulouse-Jean Jaurès

¿Existe una pareja más emblemática que Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre? Verdaderos íconos del siglo xx, ambos abrazaron todas las luchas. Conciencia y libertad; responsabilidad y compromiso; emancipación de los pueblos colonizados, de las mujeres y de los homosexuales: juntos, o uno al lado del otro, participaron en todas las luchas. ¿Quién podría imaginar una pareja más solidaria, más cómplice?

Unidos hasta la muerte sin los lazos del matrimonio, Beauvoir y Sartre compartían el gusto por el trabajo y la escritura, el odio hacia el conformismo biempensante, y defendían por sobre todo la libertad, al punto de poner en riesgo la propia, para acompañar los movimientos de liberación que el siglo xx conoció en gran número. En vida se los convirtió en objeto de culto, vivieron desprestigio y gloria alternadamente, suscitando infinidad de ensayos. Y, aún hoy, son tema de discusión.

Sin embargo, historiadores e historiadoras –o escritores y escritoras, filósofos y filósofas– han abordado estas dos trayectorias paralelas de manera muy divergente. En este sentido, los estudios sobre Sartre y Beauvoir son paradigmáticos. Si se analizaran en detalle, estos trabajos revelarían cómo unos y otros construyeron su objeto y formularon preguntas de modo muy diferente y, la mayoría de las veces, desconociéndose mutuamente. La siguiente reflexión es mucho más modesta: al ser Beauvoir el punto de partida, el objetivo es sugerir que la historia de los intelectuales, por un lado, y la del género, por el otro, se beneficiarían de modo recíproco si se confrontaran.

## De Beauvoir a Sartre, ¿una relación de 1 a 7?

A primera vista, estos dos intelectuales parecen haber tenido una vida póstuma similar. A cada uno se le han dedicado destacadas biografías, varias bibliografías, catálogos anotados sobre

* El texto se originó como participación en una Mesa redonda en la Sorbona, París, el 21 de junio de 2003; fue publicado luego en la revista *Simone de Beauvoir Studies*, vol. 20, 2003-2004, y finalmente en el libro de Nicole Racine y Michel Trebitsch (dirs.), *Intellectuelles. Du genre en histoire des intellectuels*, Bruselas, Éditions Complexe, 2004. La traducción ha sido realizada por Maya González Roux y autorizada por la autora para su publicación en *Prismas*.

*Prismas*, Revista de historia intelectual, Nº 30, 2026, pp. 123-136
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1691

sus escritos, así como existen asociaciones académicas consagradas a cada filósofo.[1] Pero, en realidad, Beauvoir y Sartre no han dado lugar a proyectos de similar magnitud. Al respecto, resulta muy ilustrativo consultar diversas bases de datos. En el catálogo Opale Plus de la Bibliothèque Nationale de France (BNF), Beauvoir y Sartre, como "materia" (y no como autores), cuentan cada uno con una rica bibliografía, pero el segundo supera con creces a su compañera: 121 materias que proporcionan 368 registros, frente a 41 materias que suman 99 registros.[2] Gernot U. Gabel inventarió 550 tesis en el mundo sobre Sartre, defendidas entre 1950 y 1985, mientras que, para el mismo período, Joy Bennett y Gabriella Hochmann catalogaron solo 69 tesis sobre Beauvoir, una relación de 7 a 1.

¿A qué se debe esta diferencia? La cronología ofrece una primera respuesta: los estudios sobre Sartre son más antiguos que los relativos a Beauvoir. Todos los corpus bibliográficos coinciden en este punto, aunque no datan de forma idéntica el crecimiento de los estudios sartreanos, según su definición y sus límites geográficos. En Opale Plus, el ritmo anual de publicaciones sobre Sartre aumentó a finales de los años 1970 y se mantuvo en un alto nivel desde 1979: de 14 a 22 títulos por año; solo en 1982, 1983, 1994 y 1997 hubo menos de diez títulos. En cambio, solo en la segunda mitad de los años 1980 asistimos a un incremento de las publicaciones sobre Beauvoir: 5 obras al año, rara vez menos, y casi una decena el año de su fallecimiento, o en el cincuentenario de *El segundo sexo*. Gernot U. Gabel mostró un aumento significativo de las tesis sobre Sartre desde la segunda mitad de los años 1960 hasta fines de 1980, y un relativo descenso desde entonces, mientras que casi la mitad de las tesis registradas por Joy Bennett y Gabriella Hochmann fueron defendidas en los años 1970.

Esta diferencia cronológica se repite durante la vida de los filósofos. La notoriedad de Sartre, muy superior a la de Beauvoir, también es anterior. A partir de la Liberación, el "fenómeno Sartre" se impuso, de acuerdo con lo escuchado en un coloquio reciente.[3] Si bien Beauvoir alcanzó una notoriedad segura con *El segundo sexo* en 1949, fue el Premio Goncourt en 1954, sus *Memorias de una joven formal* en 1958, y sobre todo el auge de los movimientos feministas en los años 1960, los que la transformaron en una figura pública de primer orden.

[1] Sobre las biografías, *Jean-Paul Sartre*, de Annie Cohen-Solal, ha sido ampliamente elogiado, pero *Simone de Beauvoir* de Deirdre Bair (París, Fayard, 1991) debería tratarse "con cuidado", según Michel Winock (p. 549, n.3).
Sobre las bibliografías, véanse Joy Bennett y Gabriella Hochmann*, Simone de Beauvoir, An Annotated Bibliography;* Joan Nordquist, "Simone de Beauvoir: A Bibliography"; François Lapointe, *Jean-Paul Sartre and His Critics. An International Bibliography (1938-1980);* Michel Contat y Michel Rybalka*, Sartre Bibliographie,* 1980-1992; Gernot U. Gabel*, Sartre*, *A Comprehensive Bibliography of International Theses and Dissertations, 1950-1985*, H*ürth*-Efferen, Gemini, 1992.
Sobre los catálogos anotados, véase Claude Francis y Fernande Gontier, *Les Écrits de Simone de Beauvoir,* y Michel Contat y Michel Rybalka, *Les Écrits de Sartre.*
Sobre las asociaciones académicas consagradas a cada uno, el Groupe des Études Sartriennes se reúne anualmente desde 1980 en jornadas de estudio y publica *Études Sartriennes* en *Cahiers de sémiotique textuelle*, vol. 2, nº 5-6, p. 18, y en *Recherches interdisciplinaires sur les Textes Modernes,* nº 5, 11 y 18, así como un Boletín de Información del Groupe des Études Sartriennes. La Sartre Society se creó en 1985 en el Reino Unido y publica *Sartre Studies International.* La Simone de Beauvoir Society, fundada en 1981, está integrada por alrededor de 200 miembros de todo el mundo. Publica una revista anual, *Simone de Beauvoir Studies*, y un boletín bienal (*Simone de Beauvoir Society Newsletter*), y organiza encuentros y coloquios sobre Beauvoir.
[2] El catálogo debe manejarse con cuidado. Muchos títulos se ignoran, mientras que una reimpresión o traducción de una misma obra pueden dar lugar a varios registros. La función "seleccionar/filtrar" siempre deja fuera un cierto número de títulos "desconocidos". Sin embargo, este tratamiento defectuoso de los detalles es suficiente para dar una idea general de la producción.
[3] Véase Ingrid Galster, *La Naissance du "phénomène Sartre". Raisons d'un succès 1938-1945*, París, Seuil, 2001.

Como dijo por entonces François Nourissier, Simone de Beauvoir "ha recibido, a nuestros ojos, una especie de Premio Nobel de la Mujer [y ejerce] una autoridad política, literaria y moral suprema".[4] En 1964, Ménie Grégoire realizó una encuesta entre jóvenes mujeres de diferentes condiciones sociales: Irène Joliot-Curie y Simone de Beauvoir fueron las figuras más nombradas. Dos intelectuales, por lo tanto.

Pero, más allá de la gloria en vida de los escritores, el número de estudios propiamente dicho se multiplicó sobre todo tras su muerte, así como la publicación de escritos póstumos, hecho que también fue posterior en el caso de Beauvoir. Por último, esta cronología coincide además con el auge de los estudios sobre las mujeres desde los años 1980, aunque en los Estados Unidos sucedió antes. Todo lleva a pensar que los estudios sobre Beauvoir aún están, en buena medida, por llegar.

Otra explicación: las selecciones y transmisiones realizadas por el ámbito académico. Beauvoir no goza de fama en las instituciones francesas. Tampoco Sartre, por cierto. Ambos comparten el paradójico privilegio de ser infinitamente más estudiados en las universidades norteamericanas o europeas que en su propio país. Así, el 38% de las 550 tesis y doctorados sobre Sartre, defendidos entre 1950 y 1985, se realizaron en los Estados Unidos, el 16% en Canadá, casi el 10% en el Reino Unido y la misma proporción en Alemania, pero apenas el 7% en Francia.[5] Esta reserva de la universidad francesa ante Sartre se transformó en hostilidad hacia Beauvoir. Joy Bennett y Gabriella Hochmann inventariaron solo 6 tesis francesas entre las 69 defendidas entre 1950 y 1985. Por otro lado, Betty Halpern-Guedj tuvo grandes dificultades para encontrar un director de tesis que aceptara su proyecto de escribir sobre el tiempo y lo trascendente en la obra de Beauvoir. O bien la rechazaban, o la recibían especialistas en Sartre con poco interés por la independencia filosófica de Beauvoir.

La Simone de Beauvoir Society, internacional, tiene su sede en los Estados Unidos y reúne a muy pocos investigadores franceses. Antes del cincuentenario de *El segundo sexo* no se había celebrado en Francia ningún gran coloquio sobre una de sus escritoras más conocidas. Y la llamativa observación, repetida una y otra vez por investigadores extranjeros, todavía es ampliamente válida: "ningún académico francés importante está trabajando sobre Beauvoir".[6] De este modo, una cronología y selectividad diferenciales se conjugan y dan lugar a una posteridad muy disímil para nuestros dos filósofos.

¿Qué lugar le han concedido a Beauvoir los estudios sobre Sartre? ¿Y, de forma más general, la historia de los intelectuales? Durante demasiado tiempo, la historia de los intelectuales, como la historia en general, ha hablado muy poco de las mujeres. Entre las páginas de los libros han avanzado como figuras sin categoría alguna, sin desempeñar nunca el papel principal, ni siquiera el secundario. A menudo aparecían como esposa o compañera de: Clara y André Malraux, Aragon y Elsa, Sartre y Beauvoir, Jean-Toussaint y Dominique Desanti, Dominique Aury y Jean Paulhan. Más tarde, Servan-Schreiber y Françoise Giroud, Yves Montand y Simone Signoret.

Son nombres que, con regularidad, suelen ir juntos, pero solo el personaje masculino tiene verdadero peso. Poco o nada sabemos de ellas. Surgen casi de la nada gracias a su relación amorosa y regresan a ese vacío al separarse. ¿Cuál era su origen social? ¿Qué estudios realiza-

[4] François Nourissier, "La femme rompue", *Les Nouvelles Littéraires,* 27 de enero de 1968.
[5] Véase Gabel, *Sartre*.
[6] Ruth Evans, "Introduction: *The Second Sex* and the Postmodern", en R. Evans (ed.), *Simone de Beauvoir's* The Second Sex. *New Interdisciplinary Essays*, Mánchester/Nueva York, Manchester University Press, 1998, p. 5.

ron? ¿Qué ideologías compartían? ¿Qué partidos políticos apoyaban? ¿Qué escribían? ¿Dónde escribían? Aquellas que no estaban vinculadas a un intelectual de renombre, como Colette Audry, Françoise d'Eaubonne, Évelyne Sullerot, Édith Thomas, Simone Weil y muchas otras, no siempre se encontraban en mejor situación.

Beauvoir no fue una excepción a la regla. Siempre asoma tras los pasos de su compañero –"Notre-Dame de Sartre" o la "Gran sartreana"– y apenas es interesante por sí sola. Se le atribuyen las mismas opiniones, las mismas elecciones; es una especie de doble, en miniatura, del ilustre intelectual. Las actividades militantes de Beauvoir son poco conocidas. Sin embargo, fue una de las tres principales peticionarias de la República gaullista, detrás de Sartre y de Laurent Schwartz.[7] Sus memorias, leídas como una suerte de crónica oficial de la pareja existencialista, con frecuencia se citan cuando se refieren a hechos y acciones del gran hombre. También se citan sus descripciones de tal o cual acontecimiento, de tal o cual personaje. Así, sus memorias dibujan el telón de fondo de la posguerra. Describen una situación, brindan las tendencias y el ambiente de esa época. Rara vez arrojan luz sobre la propia personalidad de Beauvoir, sus pensamientos de aquel entonces, las justificaciones de sus actos y elecciones, la puesta en escena de su propia vida.

Se argumentará que los y las intelectuales de posguerra no tienen la misma importancia política como tampoco una producción cultural de igual amplitud. En este sentido, también la pareja Beauvoir-Sartre es reveladora. Michel Contat y Michel Rybalka enumeraron 511 escritos de Sartre (incluidas las conferencias y entrevistas), mientras que Claude Francis y Fernande Gontier, con criterios similares, inventariaron 190 escritos de Beauvoir. Ella misma nunca dejó de destacar a Sartre y de restar importancia a su propio papel:

> […] Filosófica y políticamente, las iniciativas provinieron de él. […] Sartre es ideológicamente creador, yo no; obligado por esto a opciones políticas, él profundizó en las razones más de lo que a mí me interesaba: habría traicionado mi libertad al negarme a reconocer estas superioridades; habría caído en una actitud desafiante y de mala fe que engendra la lucha de los sexos, y que es lo contrario de la honestidad intelectual.[8]

Los signos de esta asimetría sexual abundan en el mundo cultural. Entre los signatarios de los 488 manifiestos publicados por *Le Monde* entre 1958 y 1991, Jean-François Sirinelli señala que las mujeres constituyen una "proporción adecuada" de 11%.[9] Gisèle Sapiro basó su estudio sobre la "guerra de los escritores" en 185 escritores, 8 de los cuales eran mujeres.[10] El *Dictionnaire des intellectuels français* solo contabilizó a unas 40 mujeres entre más de 500 entradas. El porcentaje de mujeres que se registra baja a 8 en el actual *Who's Who* de las letras, una proporción idéntica a la de los años 1950.[11] ¿Acaso el lugar que se otorga a las mujeres intelectuales en la

[7] Véase Pascal Ory y Jean-François Sirinelli, *Les Intellectuels en France de l'Affaire Dreyfus à nos jours*, París, Armand Colin, 1992.
[8] Simone de Beauvoir, *La force des choses* [1963], París, Gallimard, Edición Folio 1972, 2 tomos, vol. II, p. 491.
[9] Jean-François Sirinelli, *Intellectuels et passions françaises. Manifestes et pétitions au XXe siècle,* París, Gallimard, 1996, p. 432.
[10] Gisèle Sapiro, "Présentation de l'enquête", *La Guerre des écrivains 1940-1953,* París, Fayard, 1999, pp. 703-704.
[11] Véase Marcelle Marini, "La place des femmes dans la production culturelle. L'exemple de la France", en G. Duby y M. Perrot (eds.), *Histoire des femmes,* tomo 5: *Le XXe siècle*, París, Plon, 1992.

historia no es un reflejo exacto del que ocuparon en el pasado? ¿Por qué, en estas condiciones, desear otorgar más espacio a las mujeres a cualquier precio?

## Beauvoir y la historia de los intelectuales

Hay varias maneras de responder a esta objeción. En primer lugar, hay que decir que los papeles menores, sin embargo, no deben caer en "los silencios de la historia", según la excelente expresión de Michelle Perrot.[12] En segundo lugar, hay que poner en duda la supuesta evidencia sobre la ausencia de las mujeres. Todos los estudios sobre género han demostrado que su escasa presencia es el resultado de un complejo proceso de invisibilización. Este proceso comienza en vida de las propias protagonistas, con su exclusión de los ámbitos de excelencia y su marginación profesional, pero también con el descrédito de la mujer y la desvalorización de su producción, todos criterios que, la mayoría de las veces, ellas mismas interiorizaron. Y esto después se mantiene en la memoria y, más tarde, en el relato histórico.

Marcelle Marini demostró cómo el aislamiento radical que sintió Nathalie Sarraute, explícito en el coloquio de Cerisy, prefiguró la negación por parte del canon literario: "El manual de Lagarde y Michard presenta su cuadro histórico del Nouveau Roman borrando todos los escritos literarios y teóricos [de Sarraute] anteriores a aquellos de los hombres del grupo, ya que resultaba aberrante la idea de que una mujer fuera innovadora en literatura".[13]

Más contundente que los méritos y las motivaciones individuales es el peso de lo social, de las conveniencias y oportunidades. Tal vez Sartre y Beauvoir no tuvieran el mismo temple: en cualquier caso, no se encontraban en la misma "situación", para retomar su terminología. El género es un proceso dinámico que determina en gran medida la formación que los individuos reciben; el abanico de posibilidades que se les abre; la manera en que se consideran a sí mismos y cómo son considerados por sus contemporáneos y, finalmente, la construcción de su posteridad, incluida la que realizan los historiadores. Si la historia no da cuenta de esas múltiples construcciones, sino que las considera como algo dado, no hace sino repetirlas, redoblarlas y, lo que es aún peor, naturalizarlas.

¿Cómo evaluar entonces la importancia de tal o cual persona, tal o cual publicación, tal o cual acción? Toda evaluación es subjetiva, está sujeta a debate y a sucesivas reevaluaciones. El ejemplo de Beauvoir es elocuente: "Un libro es un objeto colectivo: los lectores contribuyen tanto como el autor a crearlo", escribió en sus memorias.[14] De hecho, *El segundo sexo* fue sucesivamente objeto de desaprobación, objeto de debates feministas, y más tarde, en la actualidad, objeto de los estudios sobre Beauvoir.[15] La próxima etapa, aún por venir en Francia, sería una revaluación académica de Beauvoir. Así, bajo la presión del movimiento feminista y con el desarrollo de la historia del género, el interés en el presente por las intelectuales de ayer no deja de crecer. Lo mismo sucede con la historia de los intelectuales, como con la historia en general: son las preguntas del presente las que nos incitan a revisar el pasado.

[12] Michelle Perrot, *Les Femmes et les silences de l'histoire*, París, Flammarion, 1998.
[13] Marini, "La place des femmes dans la production culturelle", p. 293.
[14] Beauvoir, *La force des choses*, vol. I, p. 60.
[15] Véase Sylvie Chaperon, "1949-1999 : Cinquante ans de lectures et de débats français", en S. Chaperon y Ch. Delphy (eds.), *Le Cinquantenaire du* Deuxième Sexe, París, Syllepse, 2002.

Al margen de su campo de investigación, la historia de las mujeres está redescubriendo a muchas personalidades que han caído en el olvido o en una suerte de caricatura. Pero tal vez no esté ahí el punto esencial. Abrirse a nuevas preguntas significa no solo dar mayor visibilidad a las mujeres, sino también cuestionar las construcciones y dinámicas de género que operan en el campo intelectual y en la disciplina de la historia. Reintroducir a Beauvoir en la historia de los intelectuales, por lo tanto, consiste no solo en escribir un nuevo capítulo, sino en realizar reestructuraciones, desplazamientos y redefiniciones. Entre otros muchos posibles campos de estudio, me limitaré a sugerir pistas de reflexión en torno a los cuatro ejes que estructuran la historia de los intelectuales: formación, profesionalización, producción y recepción, transmisión.

## Formación

Desde los trabajos pioneros de Pierre Bourdieu, sabemos que la escuela no solo reproduce las divisiones de clase, sino también las de género. Desde este punto de vista, la formación de los intelectuales, tanto hombres como mujeres, merece toda nuestra atención. Si bien las estudiantes son mayoría en la universidad desde 1975, a principios de siglo solo representaban el 3%. A la exclusión que prevaleció durante la mayor parte del siglo XIX, le siguió después una segregación. Los liceos de Camille Sée, la École Normale Supérieure de Sèvres, las distintas *agrégations*, el bachillerato de 1919... Todas estas instituciones, concebidas para las mujeres, se desmarcaron deliberadamente de sus equivalentes masculinas. Y, si bien el decreto Bérard de 1924 supuso el inicio de la época de la igualdad formal, la fusión de las carreras avanzó lentamente, con fuertes bastiones de resistencia.

La historia de estas instituciones es una de las grandes áreas de la historia de las mujeres.[16] Sin embargo, las instituciones para varones no se han estudiado lo suficiente desde una perspectiva de género. Al igual que el ejército, que ha sido objeto de mayor indagación, las instituciones masculinas segregan una cultura específica de autoglorificación y desvalorización de lo femenino; y en tanto tal, además, producen su buena parte de sufrimiento.[17] Basta pensar en el profundo malestar que sintieron Michel Foucault y Pierre Bourdieu durante sus años en la École Normale Supérieure. La homosexualidad del primero, y el origen rural del segundo, chocaban con el modelo cerrado de la élite masculina y parisina.

Sartre y Beauvoir, que obtuvieron, respectivamente, el primero y segundo lugar en la *agrégation* de filosofía en 1929, podrían ofrecer una imagen falsa: ¿no eran iguales a los ojos del sistema educativo?[18] Sin embargo, eran el producto de una educación muy diferenciada por sexos. Por un lado, el pequeño Poulou, cuyo círculo familiar se extasiaba ante la mínima escritura; el interno del Liceo Henri IV en la clase de élite –latín y griego–; el *khâgneux* en el Liceo Louis-le-Grand; y, finalmente, el joven Sartre, amigo de las fiestas y a quien le gustaba gastar

[16] Véase Françoise Mayeur, *L'Enseignement secondaire des jeunes filles sous la IIIe République*, París, Presses de la FNSP, 1977; y Françoise y Claude Lelièvre, *Histoire de la scolarisation des filles*, París, Nathan, 1991.
[17] Odile Roynette, "Signes et traces de la souffrance masculine pendant le service militaire au XIXE siècle", en A.-M. Sohn y F. Thélamon (eds.), *L'histoire sans les femmes est-elle possible?*, París, Perrin, 1998.
[18] *Agrégation* es el concurso de oposición más elevado para acceder a la condición de profesor de la enseñanza pública en Francia.

bromas pesadas, como pez en el agua de la meritocracia de la École Normale Supérieure.[19] Por el otro, la pequeña Simone, cuya beata madre vigilaba hasta la más mínima lectura; la joven formal de la escuela privada católica Desir; la estudiante de la Sorbona, ávida de diversidad, que se alejó de la École Normale Supérieure de Sèvres y que, a fuerza de un arduo trabajo, ascendió por sí sola al nivel de los mejores, formados por la *agrégation*.

Más allá de la calidad desigual de la enseñanza que recibieron, hubo un punto en común: ambos estudiaron únicamente a hombres. Los manuales escolares, las grandes obras clásicas y los cursos solo ofrecían autores masculinos para la lectura. El resultado: ella era una excepción, un ser híbrido, "una mujer con cerebro de hombre", como gustaban elogiarla su padre y Sartre, y "tanto más sometida a los mecanismos del campo porque desconoc[ía] los dos aspectos de su posición", según Toril Moi.[20]

No hay que subestimar los conflictos psicológicos (o las costumbres) que minaron la personalidad de las mujeres pioneras. Para las mujeres nacidas a principios del siglo pasado, participar en la política o hacer filosofía significaba irrumpir en el mundo de los hombres. Renunciar a un destino femenino más tradicional era una tentación grande. "Lloraba al pensar en el destino que me estaba reservado, en toda la fuerza y la tensión necesarias para que lo encontrara preferible a cualquier otro", escribía en 1927 la joven Beauvoir en su diario.[21] Ilegítimas, fragilizadas por la duda, intentando mal que bien ser aceptadas, ellas tenían ante sí a hombres que, a la inversa, estaban convencidos de todo su derecho y su superioridad intelectual.

Como sabía Beauvoir, "uno de los beneficios que la opresión garantiza a los opresores es que el más humilde de ellos se siente *superior*".[22] Para algunos miembros del jurado de la *agrégation* que tuvo que decidir entre Sartre y Beauvoir, "la filósofa, era ella", pero bastó un enfrentamiento en el Jardín de Luxemburgo para que Sartre "hiciera pedazos" el sistema filosófico que ella había forjado.[23] Era una lucha desigual, y no podía ser de otra manera.

La historia institucional de exclusión, segregación y, más tarde, de falsa diversidad escolar no agota el tema. Es preciso examinar en detalle el contenido de la enseñanza, no solo para comprender los programas y las asignaturas, sino también las ideologías de género que transmitían los manuales, las obras clásicas y la *doxa* de la época. Michèle Le Doeuff fue la primera en mostrar hasta qué punto la filosofía estaba plagada de estratagemas masculinas, empezando por *El ser y la nada* de Sartre.

## Profesionalización

Como casi todos los trabajos, el intelectual y el militante se basaban en una división sexuada de las tareas. Esta realidad ha sido estudiada en muchas profesiones, incluso entre los historiadores, en particular por Natalie Zemon Davis. Lucien Febvre y Marc Bloch pudieron contar

[19] *Khâgneux*: argot francés que refiere al estudiante de *cagne* (clase superior del Liceo) que prepara el concurso para ingresar a la selectiva École Nórmale Supérieure en la sección Letras.
[20] Toril Moi, *Simone de Beauvoir. Conflits d'une intellectuelle*, París, Diderot, 1995, p. 99.
[21] Margaret A. Simons, "Sartre est-il vraiment à l'origine de la philosophie du *Deuxième Sexe*?", en Chaperon y Delphy (eds.), *Le Cinquantenaire du* Deuxième Sexe*,* p. 108.
[22] Simone de Beauvoir, *Le Deuxième Sexe* [1949], París, Gallimard, 1976, vol. I, p. 28.
[23] La frase entrecomillada es de Annie Cohen-Solal, *Sartre 1905-1980,* París, Gallimard, 1985, p. 151.

con el trabajo discreto y eficaz de Suzanne Dognon Febvre, exestudiante de la École Normale Supérieure de Sèvres y *agrégée*, o de Simone Vidal Bloch.[24] Pero la historia de los intelectuales guarda silencio sobre este "beneficio de la opresión", para retomar la terminología de Beauvoir. Y, sin embargo, ahí como en otras partes, las mujeres redactaban fichas de lectura y notas de síntesis, reunían documentación, alejaban aquello inadecuado, se encargaban de las tareas ingratas, mecanografiaban, releían, corregían las obras de su camarada. Lo contrario, rara vez era cierto.

No mencionemos siquiera las tareas del hogar y el cuidado de los niños, por otro lado mucho más tradicionales. De manera accidental, nos enteramos de que Madame Gide transcribía los textos de Gide "a falta de máquina de escribir", o de que en la Resistencia Jean-Toussaint Desanti escribía los discursos y Dominique los pasaba a máquina. Beauvoir y Sartre, que no tenían hijos ni hogar, se presentaban como una pareja igualitaria, cada uno atento a la obra del otro. Sin embargo, su correspondencia muestra sobre todo a Beauvoir como una crítica sabia de la obra de Sartre y una figura clave de *Temps Modernes.* Esta división sexuada se encuentra institucionalizada en los cursos universitarios, como ha demostrado Olivier Dumoulin, siempre en el caso de la historia.[25] Pero también está presente en el funcionamiento interno de las revistas, las editoriales, los centros de investigación y enseñanza, la televisión y el cine. El género estructura todo el campo intelectual o cultural, y se encuentra tanto en los niveles más individuales como en los más institucionalizados.

Al mismo tiempo, sería necesario emprender una nueva geografía de los espacios y los debates de los intelectuales, de sus "lugares", si retomamos, después de Michel Winock y Jacques Julliard, la terminología de Pierre Nora.[26] Junto a las grandes revistas y las altas esferas del saber, la historia de las mujeres –pero, sin duda, esto es también válido para cualquier grupo minoritario– demuestra que los espacios alternativos, asociativos y militantes son verdaderos laboratorios de ideas donde, al abrigo de las normas dominantes, se elabora un contradiscurso que, una vez consolidado, puede difundirse más ampliamente.

Este era el objetivo de Marguerite Grépon cuando en 1953 lanzó sus "cuadernos femeninos" [*cahiers féminins*] bajo el título *Ariane*, símbolo de la astucia femenina: "Sin la menor intención de limitarnos a la producción femenina, tenemos la sensación de que las mujeres no reciben el apoyo suficiente en sus esfuerzos por lograr un sello personal. Tememos un exceso de literatura convencional, capaz de distorsionar la nueva imagen de la mujer", explicaba en su primer editorial.[27] Más tarde, el MLF constituyó un gran espacio para la investigación creativa.

## Producción y recepción

Es un hecho notoriamente conocido que la participación en el debate sobre los asuntos de la sociedad define al intelectual comprometido. La definición de Pascal Ory, un tanto desafortunada por sexista: "el intelectual es un hombre de cultura puesto en la situación de un hombre

[24] *Agrégée*: estudiante que obtuvo la *agrégation.*
[25] Véase Olivier Dumoulin, "Archives au féminin, histoire au masculin : les historiennes professionnelles en France, 1920-1965", en Sohn y Thélamon (eds.), *Une Histoire sans les femmes est-elle possible ?*
[26] Jacques Julliard y Michel Winock, *Dictionnaire des intellectuels français*, París, Seuil, 1996.
[27] Marguerite Grépon, *Ariane*, nº 1, enero de 1953.

político", se complementa con una definición muy amplia de lo político, como toda intervención del intelectual "en teoría y/o en la práctica, en los debates cívicos, cuando este se valdrá de su formación para sugerir la transformación de la comunidad, cuando en nombre de estas opciones culturales, propondrá a sus contemporáneos una opción de sociedad".[28] Pero no todos los "debates cívicos" ni todas las "opciones de sociedad" tienen el mismo estatus en la historia de los intelectuales. El compromiso en la Resistencia o la colaboración, las divisiones acerca de la inclemencia o la indulgencia hacia los escritores o artistas que colaboraron, los sufrimientos de la Guerra Fría, los combates junto con las luchas de liberación nacional, todas estas batallas han dado lugar a excelentes estudios.

Pero las cuestiones de las mujeres, como entonces se las llamaba, o las reivindicaciones feministas, como se las denomina hoy, brillan por su ausencia. Una redefinición de los compromisos políticos permitiría introducir nuevos "acontecimientos" que, por el momento, se han dejado de lado. Hay libros enteros sobre las disidencias intelectuales de la Guerra Fría, sin una sola mención a *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, a pesar de que su recepción respondía a la lógica de su tiempo. Entre las razones por las que tantos militantes y compañeros abandonaron o se distanciaron del Partido Comunista en 1956, el debate a favor o en contra de la liberalización de la contracepción se consideró insignificante. En el peor de los casos, se olvida; en el mejor, los historiadores repiten la discutible interpretación que Dominique Desanti propuso por primera vez: Maurice Thorez y Jeannette Vermeesch pretendían generar una distracción con el fin de desviar la atención del informe Jrushchov.[29]

Las cuestiones de género, o sexualidad, están sujetas a una periodización más global. Tras el paréntesis de la Liberación, la Guerra Fría marcó un retorno al orden moral, que debería estudiarse en sí mismo. Los pocos intelectuales –Simone de Beauvoir, Françoise d'Eaubonne, Daniel Guérin y Sartre– que mantuvieron las reivindicaciones sexuales en la agenda política merecen ser reconocidos.

Finalmente, el género también funciona en el entramado textual que los intelectuales producen; es decir, actúa como una representación preconcebida, como herramienta mental básica y dualista, la mayoría de las veces impensada, o a veces, por el contrario, muy elaborada. En sus obras, pero también en los folletos, manifiestos y exposiciones, se apela a representaciones femeninas o masculinas que cobran sentido. ¿Acaso Beauvoir no le observaba a su compañero que sus escritos "cuando se releen, revelan rastros de machismo, incluso de falocracia"?[30] En este sentido, Michèle Le Doeuff se detuvo en la falta de firmeza y en lo repulsivo de la filosofía de Sartre. Luc Capdevila destacó el uso omnipresente de lo femenino pasivo en la retórica de la Liberación, de la que participaron los escritos de Sartre sobre la liberación de París, para describir la Francia de Vichy contrastada con la virilidad de quienes formaron parte de la Resistencia.

Las mujeres no son las únicas que existen en los márgenes de la historia de los intelectuales. De hecho, esto sucede en todo lo que es privado. El amor, la sexualidad, la anticoncepción

[28] Pascal Ory, "Qu'est-ce qu'un intellectuel ?", en P. Ory (dir.), *Dernières Questions aux intellectuels*, París, Olivier Orban, 1990, p. 24.
[29] Véase Dominique Desanti, "Souvenirs de Simone de Beauvoir : Une interview avec Dominique Desanti", por Mary Lawrence Test y Myrna Bell Rochester, *Simone de Beauvoir Studies* ("Simone de Beauvoir: Ten Years Later"), nº 13, 1996.
[30] Véase Simone de Beauvoir, "Simone de Beauvoir interroge Jean-Paul Sartre", *L'Arc*, nº 61, 1975.

y el cuerpo no están realmente autorizados. Sin embargo, en la gloria que envuelve a Sartre, Beauvoir y al existencialismo, la libertad sexual, o al menos lo que se percibe como tal, tiene ciertamente mucha importancia. Ambos defendieron el amor libre, el rechazo del modelo conyugal, y se negaron a considerar anormal la homosexualidad. Sartre en *San Genet*, y Beauvoir en el capítulo "La lesbiana" de *El segundo sexo*, son bastante explícitos a este respecto. Sobre todo, la célebre pareja pretendía enlazar compromiso amoroso sin fidelidad exclusiva, sin descendencia ni vínculos oficiales, y ni siquiera una convivencia cotidiana.

Reinventaron la pareja, dándole en cierto modo una nueva vida. Los Desanti, por ejemplo, aprendieron la lección. El entusiasmo en torno al existencialismo, que *Samedi-Soir* describió en detalle en su columna, y del que participaron las discotecas, los artistas bohemios y las fiestas descomunales, tuvo mucho que ver con esta libertad y modernidad. Solo recientemente se ha puesto de relieve este aspecto.[31]

La misma observación podría hacerse sobre los autores homosexuales, cuya dimensión sexual recibió muy poca atención. ¿Cómo integraron o disimularon los escritores esta realidad en sus escritos? ¿Los editores desempeñaban el papel de la censura? ¿Cómo influyó la homosexualidad reconocida del escritor en la recepción de su obra? ¿Cómo los intelectuales militaron a favor de la libre elección sexual? Fue necesario esperar el avance, todavía reciente y muy marginal, de los estudios lésbicos y gays para abordar estas cuestiones. Algunos ejemplos muy recientes son la relectura de Genet por Didier Eribon, o el análisis de Catherine Viollet de aquellos capítulos de Violette Leduc censurados por Gallimard.

En cuanto a su recepción, todo, o casi, está por hacerse. El género desempeña un papel poco importante en los estudios sobre la recepción de las obras, incluso si encontramos algunas excepciones por aquí y por allá. Por ejemplo, el género y la sexualidad se tuvieron en cuenta en el análisis de la recepción del teatro de Sartre por parte de la crítica durante la guerra, de *El segundo sexo* y de *Los mandarines*, de Simone de Beauvoir, o de *Detrás de la bañera* de Colette Audry.[32] Las instituciones que influyen en la recepción –selección y política de los editores, concursos y premios, salones, críticas en los medios de comunicación– merecen un examen detenido. Es conocido que el Premio Femina se creó en 1904 para contrarrestar la misoginia de la Académie Goncourt. Incluso en la actualidad, las revistas literarias no tratan por igual a los autores, como lo demostró Éliane Viennot acerca del suplemento *Le Monde des livres.*[33]

¿Todos estos silencios pertenecen al pasado? No cabe duda de que las cuestiones de género y sexualidad penetran todas las disciplinas, incluida la historia. Los trabajos recientes han tenido más en cuenta a las mujeres y, en general, a las preguntas de género y sexualidad. Pero aún queda mucho por hacer, y se necesitan perspectivas de investigación. La historia del género también se beneficiaría al diversificar todas estas cuestiones.

[31] Por ejemplo, por Céline T. Léon en "L'existentialisme est-il un féminisme ?", en I. Galster (ed.), *La Naissance du "phénomène Sartre". Raisons d'un succès. 1938-1945,* París, Seuil, 2001.
[32] Véase Ingrid Galster, "Colette Audry, une intellectuelle dans la sphère littéraire en 1962", en O. Krakovitch, G. Sellier y É. Viennot, *Femmes de pouvoir : mythes et fantasmes*, París, L'Harmattan, 2001.
[33] Éliane Viennot, "Femmes et média : le cas du *Monde des livres* en 1995", en O. Krakovitch y G. Sellier (eds.), *L'Exclusion des femmes. Masculinité et politique dans la culture au XXE siècle*, Bruselas, Complex, 2001.

**¿Qué aportaría la historia de los intelectuales a la historia del género?**

Como reacción a la ausencia de esta dimensión en la historia, no sorprende encontrar problemáticas de género omnipresentes en el otro campo. Mientras que Beauvoir ocupa un lugar reducido y bastante estereotipado en los estudios sobre Sartre, él, en cambio, es una obsesión de los estudios acerca de Beauvoir. Desde *La invitada* hasta sus memorias**,** pasando por *Los mandarines,* Beauvoir situó la figura de Sartre en el centro de su producción literaria. Sin embargo, esencialmente, esta asimetría tiene que ver con los estudios sobre la mujer, que proceden directamente del feminismo. Dichos estudios se centran en la dominación masculina, ya sea para revelar su alcance y formas o, por el contrario, para actualizar la resistencia de las mujeres.

Una cuestión recurrente gira en torno a la dependencia o independencia de Beauvoir respecto de Sartre, en todos los planos: biográfico, político, literario y filosófico. Por ejemplo, en la actualidad las investigadoras en filosofía cuestionan la idea dominante desde la Liberación de que Beauvoir era simplemente discípula de Sartre. Esta tarea ha movilizado a un gran número de investigadoras. Debra Bergoffen, Eva Gothlin, Kate y Edward Fullbrook, Sonia Kruks, Michèle Le Doeuff, Margaret Simons, Karen Vintges han demostrado sucesivamente la independencia y la creatividad de la filosofía de Beauvoir.[34] Kate y Edward Fullbrook dieron un paso más e invirtieron el sentido al hacer de Sartre un imitador de Beauvoir.[35] Para pacificar este debate, Eva Gothlin abogó por un análisis de "dos filosofías en diálogo".[36] La cuestión de la relación de Sartre con Beauvoir, un tema importante en los estudios sobre Beauvoir, pero menor entre los especialistas en Sartre, y limitada a la esfera sentimental, tal vez alcance un mayor equilibrio en los próximos años.

El feminismo de Beauvoir es otro de los grandes temas de los estudios beauvoirianos. Por este motivo, *El segundo sexo* es, por lejos, la obra más estudiada. Los demás escritos de Beauvoir –memorias, novelas, obras de teatro, *nouvelles*, ensayos– también se leen desde la óptica de su feminismo. Su militancia concreta a favor de las mujeres es bien conocida: prefacios, manifiestos, peticiones, presidencia de honor, etc. Pero esto tiende a eclipsar los otros compromisos de Beauvoir.

¿Cuál fue la posición de Beauvoir como simpatizante del Partido Comunista? ¿Cómo mostró su apoyo a las causas argelina, israelí, o contra la guerra de Vietnam? ¿Qué hizo en mayo de 1968? ¿A qué grupo de izquierda apoyó después? Por el momento, y sin contar con un verdadero análisis, se piensa que tomó las mismas decisiones que Sartre. El período de la Ocupación, recientemente revisitado, muestra, sin embargo, a dos actores en lucha contra la historia.[37]

Este predominio del feminismo en la historiografía francesa se encuentra también en la historia de los intelectuales cuando se abre hacia el género. Las figuras feministas ocuparon varias clases del seminario de Michel Trebitsch y Nicole Racine, y varias columnas del número

[34] Véase Chaperon, "Lectures contemporaines du *Deuxième Sexe*", *Traverse*, nº 1, 2000.
[35] Kate Fullbrook y Edward Fullbrook, *Simone de Beauvoir. A Critical Introduction*, Cambridge, Polity Press, 1998.
[36] Véase Eva Gothlin, "Sartre et Beauvoir : deux philosophies en dialogue", en Chaperon y Delphy (eds.), *Le Cinquantenaire du* Deuxième Sexe.
[37] En un estilo polémico, véase Gilbert Joseph, *Une si douce occupation. Simone de Beauvoir et Jean-Paul Sartre, 1940-1944*, París, Albin Michel, 1991; Ingrid Galster, "Radio Vichy" y "Sartre et la Question Juive", *Commentaires*, nº 89, primavera de 2000, y la respuesta de Jacques Lecarme, "Sartre et la question antisémite", *Temps Modernes*, nº 609, junio-julio-agosto de 2000.

temático de *Clio* dirigido por Florence Rochefort.[38] Entre las cuarenta biografías femeninas que contiene el *Dictionnaire des intellectuels français,* estas figuras también son numerosas.

Al igual que Sartre, el "fenómeno Beauvoir" merecería una investigación multidisciplinar. ¿Cuándo y cómo se convirtió en la encarnación misma de la intelectual francesa? Su compañerismo tan singular con Sartre y su compromiso con el feminismo desempeñaron, sin duda, un papel clave en este proceso, pero también se la conoce como *agrégée,* profesora, filósofa, novelista, memorialista, ensayista, polemista, peticionaria, radical y libertaria, incluso de izquierda, viajera incansable, etc. Es la única mujer que domina desde su posición varios campos, por utilizar la terminología de Bourdieu que emplea Anna Boschetti. El estudio de su lectorado podría ofrecer valiosas indicaciones: entre los miles de cartas conservadas en la colección Beauvoir de la Bibliothèque Nationale, se impone una investigación consecutiva.

El fenómeno generacional, al que con mucha frecuencia recurre la historia de los intelectuales, podría aplicarse también a las mujeres intelectuales. De este modo, sería posible evaluar los efectos de la formación, la apertura o el cierre de campos profesionales de tinte ideológico.[39]

## Obras consultadas


Bair, Deirdre, *Simone de Beauvoir*, París, Fayard, 1991.

Beauvoir, Simone de, *Le Deuxième Sexe*, París, Gallimard, 1976 [1949].

—, *La Force des choses*, París, Gallimard, 1963. Edición Folio 1972, 2 tomos.

—, "Simone de Beauvoir interroge Jean-Paul Sartre", *L'Arc*, nº 61, 1975.

Bennett, Joy y Gabriella Hochmann, *Simone de Beauvoir. An Annoted Bibliography*, Nueva York/ Londres, Garland Publishing Inc., 1988.

Chaperon, Sylvie, *Les Années Beauvoir*, París, Fayard, 2000.

—, "1949-1999: Cinquante ans de lectures et de débats français", en S. Chaperon y Ch. Delphy (eds.), *Le Cinquantenaire du* Deuxième Sexe, París, Syllepse, 2002, pp. 357-362.

—, "Haro sur *Le Deuxième Sexe*", en Ch. Bard (ed.), *Un Siècle d'antiféminisme*, 1999, pp. 269-283.

—, "Lectures contemporaines du *Deuxième Sexe*", *Traverse*, nº 1, 2000, pp. 51-63.

Charbit, Denis, "Les Raisons d'une fidélité : Simone de Beauvoir, Israël et les juifs", *Simone de Beauvoir Studies*, nº 17, 2000-2001, pp. 48-63.

Cohen-Solal, Annie, Sartre 1905-1980, París, Gallimard, 1985.

Contat, Michel y Michel Rybalka, *Les Écrits de Sartre,* París, Gallimard, 1970.

—, *Sartre Bibliographie, 1980-1992*, París, CNRS, 1993.

Davis, Natalie Zemon, "Women and the World of the Annales", History Workshop, nº 33, pp. 121-137.

Desanti, Dominique, "Souvenirs de Simone de Beauvoir : Une interview avec Dominique Desanti", por Mary Lawrence Test y Myrna Bell Rochester, *Simone de Beauvoir Studies,* "Simone de Beauvoir : Ten Years Later", nº 13, 1996, pp. 2-12.


[38] Florence Rochefort, "Une génération d'intellectuelles dans le sillage de Beauvoir", *Clio. Femmes, Genre, Histoire*, *nº* 13, "Intellectuelles", 2001.
[39] Véase *ibid*.

Dumoulin, Olivier, "Archives au féminin, histoire au masculin : les historiennes professionnelles en France, 1920-1965", en A.-M. Sohn y F. Thélamon (eds.), *Une Histoire sans les femmes est-elle possible ?* París, Perrin, 1998, pp. 343-356.

Evans, Ruth, "Introduction: *The Second Sex* and the Postmodern", *Simone de Beauvoir's* The Second Sex, *New Interdisciplinary Essays,* Mánchester/Nueva York, Manchester University Press, 1998.

Francis, Claude y Fernande Gontier, *Les Écrits de Simone de Beauvoir*, París, Gallimard, 1979.

Fullbrook, Kate, y Edward Fullbrook, *Simone de Beauvoir. A Critical Introduction*, Cambridge, Polity Press, 1998.

—, *Simone de Beauvoir and Jean-Paul Sartre. The Remaking of a Twentieth-Century Legend*, Nueva York, Basic Books, 1994.

Gabel, Gernot U., *Sartre, A Comprehensive Bibliography of International Theses and Dissertations, 1950-1985*, Hürth-Efferen*,* Gemini, 1992.

Galster, Ingrid, Séverine Liatard, Odile Krakovitch, Geneviève Sellier, Éliane Viennot, "Colette Audry, une intellectuelle dans la sphère littéraire de 1962", *Femmes de pouvoir: mythes et fantasmes*, París, L'Harmattan, 2001, pp. 135-142.

Galster, Ingrid (ed.), *La Naissance du "phénomène Sartre". Raisons d'un succès 1938-1945*, París, Seuil, 2001.

—, "Sartre et la Question Juive", *Commentaires*, nº 89, primavera de 2000.

Gothlin, Eva, "Sartre et Beauvoir : deux philosophies en dialogue", en S. Chaperon y Ch. Delphy (eds.), *Le Cinquantenaire du* Deuxième Sexe, París, Syllepse, 2002, pp. 113- 120.

Grégoire, Ménie, "*La Force des choses.* Le prix d'une révolte", *Esprit*, marzo de 1964.

Grépon, Marguerite, *Ariane*, nº 1, enero de 1953.

Halpern-Guedj, Betty, "Les études beauvoiriennes et l'université française", en S. Chaperon y Ch. Delphy (eds.), *Le Cinquantenaire du* Deuxième Sexe, París, Syllepse, 2002, pp. 328-331.

Joseph, Gilbert, *Une si douce occupation. Simone de Beauvoir et Jean-Paul Sartre, 1940-1944*, París, Albin Michel, 1991.

Julliard, Jacques y Michel Winock, *Dictionnaire des intellectuels français*, París, Seuil, 1996.

Lapointe, François, *Jean-Paul Sartre and His Critics. An International Bibliography (1938-1980),* Bowling Green, Philosophy Documentation Center, 1981.

Le Doeuff, Michèle, *L'Étude et le rouet. Des femmes, de la philosophie, etc.*, París, Seuil, 1989.

Lecarme, Jacques, "Sartre et la question antisémite", *Temps Modernes*, nº 609, junio-julio-agosto de 2000.

Lelièvre, Françoise y Claude, *Histoire de la scolarisation des filles,* París, Nathan, 1991.

Léon, Céline T., "L'existentialisme est-il un féminisme ?", en I. Galster (ed.), *La Naissance du "phénomène Sartre", Raisons d'un succ*ès. 1938-1945, París, Seuil, 2001, pp. 305- 332.

Marini, Marcelle, "La place des femmes dans la production culturelle. L'exemple de la France", en G. Duby y M. Perrot (eds.), *Histoire des femmes*, tomo 5 : *Le XXe siècle*, París, Plon, 1992, pp. 275-296.

Mayeur, Françoise, *L'Enseignement secondaire des jeunes filles sous la IIIe République*, París, Presses de la FNSP, 1977.

Moi, Toril, *Simone de Beauvoir. Conflits d'une intellectuelle*, París, Diderot, 1995.

Nordquist, Joan, "Simone de Beauvoir, a Bibliography", *Social Theory : A Bibliographic Series*, nº 23, 1991.

Nourissier, François, "La femme rompue", *Les Nouvelles Litt*éraires, 27 de enero de 1968.

Ory, Pascal, "Qu'est-ce qu'un intellectuel ?", *Dernières Questions aux intellectuels,* París, Olivier Orban, 1990.

Ory, Pascal y Jean-François Sirinelli, *Les Intellectuels en France de l'Affaire Dreyfus* à *nos jours,* París, Armand Colin, 1992.

Perrot, Michelle, *Les Femmes et les silences de l'histoire*, París, Flammarion, 1998.

Rochefort, Florence, "Une génération d'intellectuelles dans le sillage de Beauvoir", *Clio. Femmes, Genre, Histoire*, nº 13, "Intellectuelles", pp. 99-116.

Roynette, Odile, "Signes et traces de la souffrance masculine pendant le service militaire au XIX[E] siècle", en A.-M. Sohn y F. Thélamon (eds.), *L'histoire sans les femmes est-elle possible ?*, París, Perrin, 1998, pp. 265-289.

Sapiro, Gisèle, "Présentation de l'enquête", *La Guerre des écrivains 1940-1953*, París, Fayard, 1999.

Simons, Margaret A., "Sartre est-il vraiment à l'origine de la philosophie du *Deuxième Sexe*?", en S. Chaperon y Ch. Delphy (eds.), *Le Cinquantenaire du* Deuxième Sexe, París, Syllepse, 2002.

Sirinelli, Jean-François, *Intellectuels et passions françaises. Manifestes et pétitions au XXe siècle,* París, Gallimard, 1996.

Viennot, Éliane, "Femmes et média : le cas du *Monde des livres* en 1995", en O. Krakovitch y G. Sellier (eds.), *L'Exclusion des femmes. Masculinité et politique dans la culture au XXe siècle*, OBruselas, Complex, 2001, pp. 191-221.

Winock, Michel, *Le Siècle des intellectuels*, París, Seuil, 1997.

# *Dossier*

## Izquierdas y sociología en la Argentina en las décadas de 1950 y 1960

*Prismas*
Revista de historia intelectual
Nº 30 / 2026

El dossier “Izquierdas y sociología en la Argentina en las décadas de 1950 y 1960” ha sido organizado para esta edición de *Prismas* por Alejandro Blanco y Ricardo Martínez Mazzola.

# *Presentación*

Alejandro Blanco y Ricardo Martínez Mazzola

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Universidad Nacional de San Martín / Universidad de Buenos Aires / CONICET

Las relaciones entre las izquierdas y las ciencias sociales constituyen una vía privilegiada para explorar algunas de las transformaciones más significativas de la vida intelectual argentina entre mediados de la década de 1950 y mediados de la década de 1960. Más específicamente, permiten examinar la compleja articulación entre tres procesos estrechamente vinculados: la emergencia de la sociología como disciplina académica moderna, la renovación y las crisis de las tradiciones marxistas, y el intenso debate suscitado por el fenómeno peronista. Lejos de desarrollarse de manera independiente, estos procesos formaron parte de una misma coyuntura histórica e intelectual, marcada por la expansión universitaria, la modernización cultural y la búsqueda de nuevas herramientas conceptuales para comprender a una sociedad atravesada por profundas transformaciones políticas y sociales.

El derrocamiento del gobierno peronista en septiembre de 1955 abrió un escenario particularmente fértil para esa búsqueda. La caída de Perón no clausuró el problema del peronismo; por el contrario, lo convirtió en una cuestión central de la reflexión intelectual argentina. ¿Cómo explicar la emergencia de un movimiento que había movilizado a amplios sectores populares y alterado profundamente el sistema político? ¿Cómo interpretar su persistencia tras la caída del régimen? ¿Qué revelaba su existencia acerca de la estructura social argentina, de las clases trabajadoras y de las posibilidades de una transformación política de signo emancipador? Estas preguntas atravesaron por igual a las nuevas ciencias sociales y a las diversas corrientes de la izquierda. En este sentido, el debate sobre el peronismo constituyó uno de los principales terrenos de encuentro, confrontación y mutua redefinición entre sociología y marxismo.

En este marco, las ciencias sociales adquirieron una renovada legitimidad como instrumentos de conocimiento de la realidad nacional. La renovación universitaria impulsada tras la caída del peronismo proporcionó el marco institucional para este proceso. La Universidad de Buenos Aires atravesó durante esos años un ciclo de expansión, modernización y profesionalización que la historiografía ha caracterizado como una verdadera "época de oro". La creación de nuevas carreras, la consolidación de la investigación científica y la incorporación de modelos académicos internacionales favorecieron la constitución de espacios relativamente autónomos de producción intelectual. La renovación fue particularmente importante en el ámbito de

*Prismas*, Revista de historia intelectual, Nº 30, 2026, pp. 139-142
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1693

las ciencias sociales, con la creación, entre 1957 y 1958, de las carreras de Psicología, Sociología, Ciencias Antropológicas y Ciencias de la Educación. Entre las disciplinas emergentes, la sociología ocupó un lugar particularmente destacado. Bajo el liderazgo de Gino Germani, la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires se convirtió en uno de los principales laboratorios de la modernización académica, al promover una concepción de la disciplina fundada en la investigación empírica sistemática, la especialización profesional y el diálogo con las corrientes dominantes de la sociología norteamericana y europea.

Si la sociología se había convertido en uno de los principales instrumentos para interpretar la sociedad argentina y el fenómeno peronista, no resulta sorprendente que su expansión provocara intensos debates dentro de las propias izquierdas. Las controversias en torno a la legitimidad científica de la nueva disciplina, sus presupuestos teóricos y sus implicancias políticas expresaban, en realidad, interrogantes más amplios acerca de la relación entre conocimiento y compromiso, ciencia e ideología, investigación empírica y teoría marxista. Uno de los episodios más significativos de esa discusión fue el suscitado por el artículo "Cosas de la sociología", publicado en 1961 por Rodolfo Ghioldi, un importante cuadro intelectual y político del Partido Comunista Argentino. El texto encendió la mecha del debate en torno a las relaciones entre marxismo y sociología al desplegar una dura crítica contra la sociología universitaria liderada por Gino Germani, a la que acusó de promover una concepción empirista y pretendidamente neutral de la investigación social, desvinculada de los conflictos históricos y de las luchas de clase. Desde una perspectiva marxista fuertemente anclada en las posiciones oficiales del Partido, Ghioldi cuestionó la autonomía reclamada por la nueva disciplina y denunció lo que consideraba sus vínculos con corrientes intelectuales funcionales a la dominación burguesa y al imperialismo. Molestos por el tono de ese ataque a la novel disciplina, Manuel Mora y Araujo y Juan Carlos Torre, por entonces jóvenes militantes comunistas y estudiantes de Sociología, elevaron una carta a Héctor P. Agosti –director de *Cuadernos de Cultura*, la revista en la que había sido publicado el artículo de Ghioldi–, que cuestionaba esa caracterización. Sin abandonar su identificación con el marxismo ni su identidad comunista, ambos defendieron la legitimidad científica de la sociología contemporánea, reivindicaron el valor de la investigación empírica y rechazaron la reducción de la disciplina a una mera expresión ideológica de intereses de clase. El intercambio puso de manifiesto tensiones más amplias en torno a las relaciones entre marxismo y ciencias sociales, así como las dificultades del comunismo argentino para procesar las transformaciones intelectuales asociadas con la modernización universitaria y la creciente profesionalización de la actividad académica.

Las controversias en torno a las relaciones entre marxismo y sociología se prolongarían en los distintos espacios intelectuales que por entonces daban forma a la denominada "nueva izquierda", crítica tanto del Partido Comunista como del Partido Socialista. Influenciados por los debates acerca de la cuestión peronista, por la Revolución cubana, por nuevas lecturas del marxismo y por una creciente sensibilidad hacia los problemas del subdesarrollo, la dependencia y la cuestión nacional, numerosos intelectuales comenzaron a impugnar las interpretaciones y estrategias de las organizaciones tradicionales de izquierda. Al mismo tiempo, cuestionaron las formas de profesionalización, especialización y neutralidad valorativa asociadas con el modelo de sociología científica encarnado por Germani, denunciado como una modalidad de conocimiento insuficiente para comprender las especificidades históricas de las sociedades lati-

noamericanas y las posibilidades de una transformación revolucionaria. Estas críticas adquirieron una formulación particularmente elaborada en el ámbito de *Pasado y Presente*. Surgida a partir de una ruptura con el Partido Comunista Argentino, la revista reunió a un conjunto de intelectuales que propusieron una profunda revisión de las tradiciones marxistas locales, cuestionando tanto el dogmatismo partidario como los fundamentos teóricos y ciertos presupuestos políticos de la sociología académica encabezada por Germani, especialmente su interpretación de los procesos de modernización, su lectura del peronismo y su concepción de la relación entre conocimiento científico y práctica política.

A estas controversias se sumaron las crecientes inquietudes de amplios sectores del movimiento estudiantil universitario. Hacia mediados de la década de 1960, en un contexto de creciente radicalización política, numerosos estudiantes comenzaron a manifestar su insatisfacción con una formación sociológica que percibían como excesivamente técnica, profesionalista y distante de los conflictos sociales y políticos que atravesaban a la sociedad argentina y latinoamericana. La demanda de una sociología más comprometida con los procesos de cambio social se convirtió así en uno de los síntomas más visibles de la crisis de legitimidad que empezaba a afectar al proyecto germaniano, anticipando transformaciones que cobrarían mayor intensidad en los años posteriores.

Los trabajos reunidos en este dossier exploran las múltiples articulaciones entre sociología, marxismo y cuestión peronista en la Argentina de las décadas de 1950 y 1960. A través del análisis de debates intelectuales, trayectorias individuales, revistas culturales e intervenciones públicas, los artículos muestran cómo la consolidación de las ciencias sociales, la renovación de las culturas políticas de izquierda y las disputas en torno a la interpretación del peronismo formaron parte de un mismo proceso histórico. Desde esta perspectiva, el peronismo no aparece simplemente como un objeto de análisis para sociólogos y marxistas, sino como un desafío intelectual que contribuyó de modo decisivo a redefinir tanto los lenguajes de las ciencias sociales como las categorías y estrategias de las distintas tradiciones de izquierda.

Adriana Petra pone en relación el difícil diálogo entre el comunismo argentino y las ciencias sociales, puesto de manifiesto en la polémica de la sociología, con la reactivación de las ciencias sociales en el mundo socialista luego de la muerte de Stalin y con el debate con la "nueva izquierda" en los años que siguieron a la caída del gobierno peronista. Ricardo Martínez Mazzola aborda los artículos que el joven sociólogo y militante socialista Torcuato Di Tella publicó en las revistas *Sagitario* y *Situación*, subrayando el uso del discurso sociológico tanto para analizar el peronismo como para debatir acerca de la estrategia que, frente a este insistente movimiento, debían mantener los socialistas. Alejandro Blanco analiza la posición de los jóvenes comunistas en la polémica sobre la sociología, tomando en cuenta tanto las propiedades de origen social y de trayectoria que diferenciaban a esos jóvenes de los viejos cuadros del Partido, como el "doble vínculo" al que estaban sometidos en cuanto militantes de partido y aspirantes a la nueva disciplina. Germán Pérez y Martín Unzué dan cuenta del clima de época, las discusiones epistemológicas y las luchas por la legitimidad del naciente campo sociológico de los sesenta, analizando las críticas que realizaron entonces Eliseo Verón y Juan Carlos Torre al proyecto de "sociología científica" impulsado por Germani. Hernán Camarero reconstruye las redes, los itinerarios y las circulaciones de ideas que vincularon a José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Celia Durruty y Juan Carlos Torre, jóvenes vinculados a la sociología y formados en el Partido Co-

munista, destacando cómo, a partir de la lectura de Gramsci y de la participación en los debates de la carrera de Sociología, encontraron los instrumentos para reformular el problema de la relación entre clase obrera, nación y política.

El dossier incluye asimismo un Apéndice documental compuesto por tres textos que permiten apreciar algunos de los términos intelectuales y políticos del debate: el artículo de Rodolfo Ghioldi, "Cosas de la sociología", la carta que Manuel Mora y Araujo y Juan Carlos Torre enviaron a la redacción de la revista en respuesta a dicho artículo, así como la réplica posterior de Ghioldi. Ni la carta ni la réplica fueron publicadas por Agosti (el episodio se analiza en el artículo de Blanco), y debemos agradecer a Juan Carlos Torre que nos las ha facilitado y ha autorizado su publicación. □

# *Variaciones sobre la sociología en el comunismo argentino*

Adriana Petra

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

El difícil diálogo entre los comunistas argentinos y las disciplinas sociales y humanísticas que, desde mediados de la década de 1950, comenzaron a renovarse, institucionalizarse e internacionalizarse, debe situarse en el marco de un proceso global de transformación de la cultura intelectual y de la relación entre el marxismo y otras tradiciones teóricas. En este marco, la disputa entre élites políticas y élites intelectuales en torno a la autorización y la legitimidad del saber marxista –que a menudo adoptó la forma de una querella generacional– formó parte de un clima de época que en la Argentina adquirió rasgos específicos, vinculados a las formas del debate intelectual abierto tras el golpe que derrocó a Juan Domingo Perón en 1955 y a las consecuencias políticas de la disputa por la correcta interpretación de la realidad nacional.

Este ensayo repone el contexto dentro del cual las dirigencias del Partido Comunista Argentino (PCA) decidieron no contemplar la posibilidad de que la sociología pudiera tener alguna utilidad científica, aun cuando en los propios países comunistas –aunque bajo condiciones estrictamente controladas– se abrían espacios para su desarrollo. Más que una simple oposición entre "ciencia marxista" y "ciencia burguesa", el problema remite a una disputa teórico-política más amplia por la legitimidad del saber, por los lenguajes que lo articulan y por los criterios de autoridad que habilitan la intervención en el mundo social y la práctica política.

En efecto, a principios de los años 60, cuando se desató la polémica en torno a la sociología, el panorama era más complejo que el de una década atrás, en pleno auge de zhdanovismo y la teoría de las dos ciencias.[1] Desde mediados de la década de 1950, al calor del llamado proceso de "desestalinización", tanto en la U.R.S.S. como en los países de Europa del Este la concepción de que el marxismo era una "ciencia de las ciencias" –cuya consecuencia fue que, desde la década de 1920, las disciplinas específicas fueran proscriptas– se flexibilizó, así como las apreciaciones en torno al carácter burgués de las disciplinas y filosofías no marxistas. En este contexto, se produjo una reactivación de la investigación científica y la sociología experimentó un auténtico renacimiento. Ya en agosto de 1956, apenas cinco meses después de las denuncias de Nikita Jrushchov durante el XX Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S., por primera vez en 30 años una delegación soviética participó del Congreso Mundial organizado por la Asocia-

[1] Sobre la cuestión del partidismo en la investigación científica, véase Luciano N. García, *La psicología por asalto. Psiquiatría y cultura científica en el comunismo argentino (1935-1991)*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.

*Prismas*, Revista de historia intelectual, Nº 30, 2026, pp. 143-151
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1694

ción Internacional de Sociología (AIS). Desde entonces, y por un período de poco más de diez años (hasta que la Primavera de Praga puso fin al impulso liberalizador), la disciplina pasó a ser una de las ciencias que más se desarrolló y en torno a la cual se agruparon los sectores más comprometidos con el ejercicio de una investigación social fundada en datos. Así, se llevaron adelante estudios en áreas como las nuevas formas de trabajo, la vida cotidiana y la opinión pública, y se crearon decenas de instituciones a lo largo y ancho de la U.R.S.S.[2] Lo mismo ocurrió en los países de Europa del Este y Yugoslavia. Reseñando el número dedicado a los estudios sociológicos de la *Recherches internationales à la lumière du marxisme* que Juan Carlos Torre y Manuel Mora y Araujo evocaron para defender su posición frente a la intransigencia de Rodolfo Ghioldi en la polémica que da origen a este dossier, el sociólogo francés Jean-Daniel Reynaud afirmaba que, a pesar de las evidentes dificultades teóricas y metodológicas que mostraban los artículos allí reunidos, su mérito mayor era otro: el de existir. Y concluía: "No sería sorprendente que, dentro de algunos años, una verdadera discusión científica sea posible y que existan en los países del Este (con la ayuda de Polonia, que posee en este aspecto una rica tradición) verdaderos sociólogos".[3]

Los partidos occidentales tuvieron más problemas para entablar algún dialogo productivo con otras tendencias teóricas del pensamiento social o con las innovaciones del mundo universitario, dado que la capacidad de controlar las consecuencias políticas de cualquier apertura teórica era menor. Así las cosas, las discusiones acerca de la posibilidad de una sociología marxista se realizaron al margen o directamente en contra de los comunistas. Esto sucedió con particular fuerza en algunos países latinoamericanos, en los que las tesis comunistas sobre la estructura social y económica del continente comenzaron a ser objeto de fuertes impugnaciones políticas. Como lo enfatizaba retrospectivamente Ruy Mauro Marini, las raíces de la teoría de la dependencia no debían buscarse en la discusión con el desarrollismo de la CEPAL, sino en las concepciones que la "nueva izquierda" elaboró para "hacer frente a la teoría de los partidos comunistas".[4]

En los tempranos años 60, entonces, era posible, como lo hicieron Torre y Mora y Araujo, ampararse en el desarrollo de la investigación sociológica en el mundo comunista para defender la idea de que el "marxismo militante" (es decir, el marxismo-leninismo de los partidos comunistas) solo se reduciría al periodismo o a la compilación de datos estadísticos si no mostraba capacidad para realizar trabajos empíricos sobre la realidad. Sin embargo, buscar esta legitimación fue claramente insuficiente en el contexto de crisis política e intelectual que atravesaba la Argentina y en el clima de acoso que los comunistas advertían con total claridad.

## Comunistas en la encrucijada

Hacia fines de la década de 1950, el Partido Comunista Argentino se hallaba en una situación

[2] Martine Mespoulet, "La 'renaissance' de la sociologie en U.R.S.S. (1958-1972): une voie étroite entre matérialisme historique et 'recherches sociologiques concrètes'", *Revue d'Histoire des Sciences Humaines*, nº 16, 2007; Adela Hîncu y Victor Karády (eds.), *Social Sciences in the "Other Europe" since 1945*, Budapest, Central Europe University, 2018; Agustín Cosovschi, "Entre l'homme et le système: La sociologie yougoslave des années libérales jusqu'au retour de la censure", *Revue des études slaves*, vol. LXXXIX, nº 4, 2018.

[3] Jean-Daniel Reynaud, "Études sociologiques. *Recherches internationales à la lumière du marxisme*, nº 17, janv.-févr. 1960", *Sociologie du travail*, año 3, nº 2, abril-junio de 1961, pp. 200-201. Traducción de la autora.

[4] Ruy Mauro Marini, "Memoria", en R. M. Marini, *El maestro en rojo y negro. Textos recuperados*, Quito, Instituto de Estudios Sociales Nacionales, 2012, p. 60.

paradójica. Por un lado, se encontraba nuevamente proscripto, posición que compartía con los peronistas, con quienes venía desarrollando una confluencia en el terreno sindical y sobre los cuales las dirigencias alimentaban esperanzas de radicalización y cooptación (el llamado "giro a la izquierda"). Al mismo tiempo, experimentaba un fuerte crecimiento en los ámbitos universitarios, intelectuales, profesionales y de clases medias, visible en la conformación de una amplia estructura de publicaciones periódicas, editoriales, organizaciones culturales y grupos de estudio, tanto en Buenos Aires como en otras capitales argentinas. De la mano del ensayista Héctor P. Agosti, y del grupo de jóvenes que comenzó a rodearlo, el Partido había intentado abrir un espacio de discusión crítica sobre los aspectos más dogmáticos y reduccionistas del trabajo cultural de la etapa precedente. Sin embargo, el relativo éxito de la empresa de Agosti, dentro y fuera del Partido, no obstó para que las críticas a la "ortodoxia" comunista y los reclamos de un marxismo abierto no lo alcanzaran en el mismo momento en el que su estrella parecía en ascenso.

La particularidad del caso argentino, en comparación con otros partidos latinoamericanos, fue la centralidad que la recepción de la obra del filósofo marxista italiano Antonio Gramsci tuvo en ese proceso. Tan tempranamente como en 1951 –al mismo tiempo que, bajo su impulso, se traducían por primera vez fuera de Italia las *Cartas de la cárcel*–, Agosti apeló a categorías gramscianas en su estudio sobre Esteban Echeverría, al que consideraba uno de los mejores exponentes de un pensador y político "realista", es decir, de alguien que desarrollaba un pensamiento revolucionario extrayendo sus "principios sociológicos" de una crítica sistemática de la sociedad de su tiempo.[5] Preocupado como estaba por la cuestión del rol de los intelectuales, las élites y, por lo tanto, de las capas medias en los procesos de trasformación social que su partido aspiraba a conducir –hasta el momento sin éxito–, Agosti frecuentó a autores como Michels, Mannheim y Pareto, pero fue en la obra de Gramsci donde encontró los elementos, dentro de su propia tradición, para su batalla contra el dogmatismo, el obrerismo y el "sociologismo", es decir, contra la pulsión a evaluar los hechos culturales y las batallas ideológicas como reflejos automáticos de la estructura económica o simples traducciones de los informes partidarios. Al interior de su propio partido encontró resistencias, entre ellas las de Rodolfo Ghioldi, quien ejercía la función de defender la ortodoxia partidaria en temas culturales ya desde su temprana polémica con Roberto Arlt en 1932.[6]

*Nación y cultura* y *El mito liberal*, sus dos libros más importantes, ambos publicados en 1959, colocaron a Agosti en el centro del debate intelectual que tuvo como telón de fondo la crisis del liberalismo y el clima revisionista sobre la experiencia peronista que se abrió después de 1955. Admitido el hecho de que, en la tarea de interpretar la realidad nacional, parecían llevar ventaja "sociólogos marxistas" no comunistas como Silvio Frondizi, Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós y Juan José Hernández Arregui, Agosti se propuso combatir con estadísticas las "horas de metafisiqueo" que, opinaba, dominaban el discurso de sus oponentes. Así, en el capítulo "La crisis argentina", de *Nación y cultura*, citaba profusamente las investigaciones de Gino Germani, a las que calificaba como los "más circunstanciados" análisis de los datos censales disponi-

[5] Héctor P. Agosti, *Echeverría*, Buenos Aires, Futuro, 1951, p. 23

[6] José María Aricó, "La polémica Arlt-Ghioldi. Arlt y los comunistas", *La Ciudad Futura,* nº 3, 1983. Retomo esta y otras polémicas en *Intelectuales y Cultura Comunista. Itienerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017.

bles, para definir la composición de las nuevas "clientelas culturales" que habían emergido en las últimas décadas, producto de la nacionalización de las masas inmigrantes y de los cambios en la estructura demográfica y productiva del país.[7] Si bien se trataba de un uso más bien instrumental de la producción sociológica de Germani, la acotación es importante como síntoma del estado de la investigación empírica en el propio campo del "marxismo militante" del que formaba parte. Como lo admitía puertas adentro, el hecho de que los intelectuales comunistas no hubieran producido una sola obra perdurable en áreas sensibles como la economía o la historia era un síntoma de la debilidad del Partido en el campo del debate intelectual y la batalla ideológica.[8] Sin embargo, también él consideró que la sociología, así como la filosofía o la psicología, no podían constituir "especialidades" por fuera del materialismo histórico.[9]

Que las ciencias sociales tendieran a operar con un vocabulario especializado, dotado de pretensiones de cientificidad y autonomía, constituyó uno de los fundamentos que justificaron el rechazo de los comunistas a entablar algún diálogo con la sociología científica. En efecto, el ingreso a la discusión pública de una cultura intelectual novedosa como la de las ciencias sociales fue recibido con total escepticismo por el Partido, al que, además, no se le escapaba la filiación socialista y liberal de quienes llevaban adelante la universidad reformista, de la cual ningún intelectual comunista formaba parte.[10] Como ha explicado Alejandro Blanco, la empresa comandada por Gino Germani se nutrió de un clima internacional que promovió un desplazamiento hacia nuevos métodos y formas organizacionales de investigación y enseñanza que, apoyadas y promovidas por una constelación de organismos internacionales nacidos en la segunda posguerra, buscó posicionar la investigación empírica en el centro de un programa enfocado en tratar los problemas del desarrollo en regiones como América Latina. Esto supuso un distanciamiento y una fuerte diferenciación con las prácticas disciplinares precedentes, lo que también incluyó a lo que entonces comenzó a denominarse el "marxismo vulgar".[11]

Los comunistas no fueron los únicos en criticar la orientación que Gino Germani imprimió a la carrera de Sociología, creada en 1957 con el objetivo de desarrollar la investigación científica y formar sociólogos profesionales. Sectores peronistas denunciaron tempranamente la inspiración norteamericana del proyecto y su función como "freno progresista" de los impulsos de transformación social. De modo similar, corrientes ligadas al nacionalismo popular y a diversas izquierdas cuestionaron el financiamiento proveniente de fundaciones y organismos internacionales como una forma de imperialismo cultural, inaugurando un tópico que, junto al rechazo al cientificismo y la "neutralidad valorativa", se expandiría en América Latina a lo largo de la

[7] Héctor P. Agosti, *Nación y Cultura,* Buenos Aires, Procyón, 1959, p. 89, nota al pie.

[8] Algunas de estas reflexiones se encuentran en un diario personal disponible en Fondo Héctor Agosti, Cuadernos Manuscritos, CEDINCI, FA-032-1-1.6.

[9] Para el caso del psicoanálisis, es interesante, por la evidente similitud de los argumentos, seguir la polémica en torno al libro de José Bleger *Psicoanálisis y dialéctica materialista*, en el libro de Hugo Vezzetti, *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista*. *Batallas ideológicas en la Guerra Fría*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016.

[10] Algunos intelectuales que acompañaron a Germani en la fundación de la carrera, como Carlos Alberto Erro, ocuparon espacios importantes en organizaciones como el Congreso por la Libertad de la Cultura, de fuerte tono anticomunista y antiperonista. Véase Jorge Nállim, "Intelectuales y Guerra Fría. El Congreso por la Libertad de la Cultura en Argentina y Chile, 1950-1964", *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, nº 14, 2014.

[11] Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

década de 1960.[12] En este marco de creciente radicalización del campo intelectual, el proyecto sociológico de Germani fue objeto de un cuestionamiento generalizado. Sin embargo, ello no implicó un fortalecimiento de la posición comunista. Para muchos jóvenes sociólogos, como Eliseo Verón, el Partido aparecía, por el contrario, como un obstáculo para el desarrollo de una perspectiva marxista en las ciencias sociales en un clima de profunda crisis política.[13] En realidad, todo el asunto engarzaba con un problema mayor: la batalla que el Partido comenzaba a entablar con otras fracciones de la izquierda que, por primera vez de un modo generalizado, cuestionaban su autoridad teórico-política.

## Neomarxismos

En los primeros días de noviembre de 1959, en las librerías de Buenos Aires comenzó a circular un libro destinado a la polémica. Bajo la coordinación de Carlos Strasser, un joven de 23 años, entonces estudiante de Derecho (más tarde lo sería, también, de Sociología), el volumen llevaba como título *Las izquierdas en el proceso político argentino* y era uno de los primeros de la colección Agramante, dirigida por Gregorio Selser para la editorial Palestra. El libro era una reunión de intervenciones de dirigentes y referentes políticos en torno a un cuestionario redactado por el propio Strasser, que comenzaba con la siguiente pregunta: "¿Qué es la izquierda y cuándo se está en la izquierda?".

En la base de la iniciativa, tal como se aclaraba en el prólogo, estaba la certeza de que la etapa política que se avecinaba, consumada la "traición" de las esperanzas puestas en el gobierno de Arturo Frondizi, requería de una izquierda nueva, despojada –como se daba por sentado– de los lastres "elitistas, snobs, cosmopolitas, liberales y antiperonistas" que la habían acompañado hasta entonces. Strasser aseguraba que el desconcierto que reinaba entre los sectores intelectuales y universitarios requería de las élites dirigentes algo más que las "cantinelas, sloganes y fórmulas huecas" que habían proliferado en esos últimos 30 años, dado que el "estudio profundo y objetivo de la realidad argentina" obligaba a desembarazarse de ese lenguaje repetido, fastidioso e ineficaz. La interrogación sobre el peronismo, el papel de las clases medias y el problema del desarrollo económico aparecían en el centro de una discusión política, pero también teórica, que las izquierdas, ya designadas en plural, debían darse con urgencia.[14] Este cuestionamiento, como es sencillo apreciar, anticipaba una crítica más amplia y profunda de la capacidad teórica del comunismo para analizar la situación argentina y, en consecuencia, ofrecer soluciones políticas.

Un año después, en el mes de noviembre de 1960, la revista *Cuadernos de Cultura* publicó un dossier en respuesta al libro de Strasser bajo el título "¿Qué es la izquierda?". Este reunía la opinión de referentes culturales del Partido, encabezados por Ernesto Giudici, entonces el responsable de los asuntos universitarios y un duro crítico del proyecto de

[12] Las discusiones en torno al financiamiento externo y las denuncias sobre "espionaje sociológico" se reprodujeron ampliamente en toda América Latina. Véase Adriana Petra, "El 'Proyecto Marginalidad': los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural", *Políticas de la memoria*, nº 8/9, 2008/2009; Vania Markarian, *Universidad, revolución y dólares. Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en Uruguay durante los Sesenta*, Montevideo, Penguin Random House, 2020.

[13] Eliseo Verón, "Sociología, ideología y subdesarrollo", *Cuestiones de Filosofía,* nº 2-3, 1962.

[14] Carlos Strasser, *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Palestra, 1959. El libro incluyó las intervenciones de Silvio Frondizi, Rodolfo Ghioldi, A. M. Hurtado de Mendoza, Abel Alexis Latendorf, Nahuel Moreno, Rodolfo Puiggrós, Liborio Justo, Jorge Abelardo Ramos, Esteban Rey e Ismael Viñas.

departamentalización impulsado por las autoridades reformistas de la Universidad de Buenos Aires, al que consideraba cientificista y pronorteamericano, un dato fundamental para el contexto de Guerra Fría en el que se desarrollaba el debate.[15] El propósito principal del volumen era clarificador y partía de una evidencia: el marxismo, única fuente ideológica de la izquierda, se había transformado en el "método de indagación" de diversas corrientes políticas e intelectuales ligadas a las capas medias, sector de creciente importancia en la vida política argentina. Esta situación, al mismo tiempo que promisoria comparada con la etapa anterior, cuando lo que reinaba era el desconocimiento, era fuente de confusiones, cuando no de deformaciones deliberadas cuyo propósito principal era atacar al comunismo en nombre de un "neomarxismo" que pretendía suplantarlo. Así como Strasser había acusado al comunismo de tener un "lenguaje ideológico" que impedía hacer inteligible el sentido de la crisis que atravesaba el país, y que en consecuencia era políticamente ineficaz, los comunistas advertían la emergencia de un conjunto variopinto de formaciones político-culturales que se arrogaban esa capacidad a partir de una lectura revisionista o herética del marxismo, plagada de "supercherías y mistificaciones". Este conjunto, que pronto comenzará a denominarse nueva izquierda, tanto se nutría de diferentes fuentes teóricas como se expresaba en diversos espacios políticos, estéticos, disciplinares y culturales.

En efecto, desde fines de la década de 1950 y en los primeros años de 1960, las polémicas en torno a la definición legítima de la izquierda y el marxismo, en un contexto de expansión de una y otro, se multiplicaron en distintas sedes, poniendo en jaque el monopolio del saber marxista que reclamaba para sí el Partido. Desde las expresiones variopintas del nacionalismo popular hasta el trotskismo; desde las variantes por izquierda del socialismo y el radicalismo hasta las izquierdas independientes, un conglomerado de formaciones político-intelectuales surgió en la arena pública ofreciendo diagnósticos sobre la crisis que tomaban distancia de las caracterizaciones que el comunismo ofrecía desde fines de la década de 1920, en particular la idea de que la Argentina era un país dependiente y semifeudal cuya salida política era una revolución democrático-burguesa que, en consecuencia, requería alianzas con los sectores medios y la burguesía nacional. El hecho de que todos los trabajos reunidos en aquel libro tuvieran la necesidad de defender la actualidad de este diagnóstico, vigente desde el VIII Congreso Nacional de 1928, hace evidente la cuestión de fondo.

Para Ernesto Giudici, la discusión teórica que se encontraba detrás de las batallas políticas giraba, en consecuencia, en torno a la definición del rol político de las capas medias, las que, por un lado, eran ensalzadas por la "sociología burguesa" y sus expresiones socialdemócratas y desarrollistas, y por el otro eran denostadas por las fracciones de la pequeña burguesía intelectual que, seducidas por el peronismo, formaban las huestes de la izquierda nacional o neoizquierda. Unos y otros, sin embargo, eran enemigos de la "sociología marxista", que apoyada en el materialismo histórico y en el análisis de las clases sociales era la única capaz de explicar el carácter del Estado, la naturaleza de los parti-

[15] Formaron parte del dossier Héctor Agosti, el ensayista dedicado a temas literarios Samuel Schneider y Mauricio Lebedinsky, un joven médico preocupado por temas económicos. El más joven del grupo era Juan Carlos Portantiero, quien, abocado en ese momento a la crítica literaria, había pasado por la carrera de Derecho y cursado algunas materias de Sociología, carrera que terminará entre 1964 y 1966, una vez alejado del comunismo y de otras experiencias políticas fallidas, como el EGP y Vanguardia Comunista. "¿Qué es la izquierda?", *Cuadernos de Cultura*, nº 50, noviembre-diciembre de 1960. El dossier fue luego publicado bajo el mismo título en forma de libro por la editorial Documentos en 1961.

dos políticos y el contenido de las formas ideológicas.

> "Sociólogos" e "historiadores" improvisados, colocados por "encima del marxismo", al cual consideran fenecido en su "esquema de clases", entran en el embrollo burocrático y tecnológico de ese aparente Estado asentado sobre una prolífera y próspera clase media. Son, casi todos ellos, teóricos del bonapartismo, con el cual ocultan la naturaleza del fascismo de muchas dictaduras latinoamericanas y del gobierno peronista. El bonapartismo abarca una gama muy amplia puesto que va del nacionalista de izquierda Jorge Abelardo Ramos, al puro clasista Silvio Frondizi y al partido trotskista.[16]

Aunque hace algunas alusiones al "sociologismo yanqui", Giudici no parece considerar a la sociología científica un elemento central del esquema de enemigos del marxismo que busca elaborar, pues su preocupación se centra en una dimensión fundamentalmente política. Eso a pesar de que la cuestión de las clases medias y la ambivalencia de su significación política estuvieron en el centro de las preocupaciones político-intelectuales de la empresa que Gino Germani encaró desde los inicios de la década de 1940. Otro tanto puede decirse del peronismo, cuya interpretación tendrá una larga fortuna.

Esta omisión –que indica una caracterización aún difusa del emergente campo de las ciencias sociales– resulta menor en el texto de Héctor Agosti, quien bajo el título "Crisis del marxismo" buscó identificar los fundamentos teóricos que sustentaban la crítica al "marxismo ortodoxo": el existencialismo, la fenomenología, el psicoanálisis, el arte abstracto y el sociologismo weberiano. Todos esos "caminos intermedios"; como los llama, cada vez más seductores para ciertos círculos letrados y universitarios, eran nada más que una "sopa ecléctica": "marxismo mezclado con psicoanálisis, o marxismo mezclado con ese pragmatismo sociológico fortalecido con generosos aportes de la Fundación Ford, o… Todo ello para luchar contra el 'dogma oficial'".[17]

A pesar del abuso de las adjetivaciones fuertes, a las que era poco dado, Agosti desplegó con perspicacia la idea de que el intento por enmendar la "terminología clásica" no era un asunto meramente semántico. Aunque se trataba de "invenciones" y de "enredos del lenguaje" resultaban eficaces entre muchos bienintencionados: "Les parece que abandonando el vocabulario leninista dan prueba de mayor rigor objetivo; les parece que superan la crisis o la sequedad del marxismo "ortodoxo" porque usan el lenguaje de los sicofantes del instrumentalismo. Ello es frecuente entre los estudiantes de sociología".[18] Aunque evidente en muchos otros planos, Agosti elige explicar el efecto de falsa inteligibilidad que a su juicio producía el uso de un vocabulario nuevo poniendo como ejemplo, no azarosamente, a un grupo y a una disciplina específica. Aunque no termina de desplegar su intuición, y retorna a las batallas literarias, terreno en el que hasta entonces se había librado la discusión en torno al realismo, el "sociologismo" y la autonomía o heteronomía de la producción cultural o intelectual, el apunte tira de un hilo que el propio Agosti, en apenas un par de años, verá estirarse hasta deshacer el entero programa renovador y, a su modo, heterodoxo, que él mismo había forjado.[19]

[16] Ernesto Giudici, "Neocapitalismo, neosocialismo, neomarxismo", *Cuadernos de Cultura*, *ibid*., p. 29.

[17] Héctor P. Agosti, "La crisis del marxismo", *Cuadernos de Cultura*, *ibid*., p. 57.

[18] *Ibid*., p. 60.

[19] Me refiero a la ruptura del grupo de jóvenes que rodeaban a Agosti, entre los que se encontraban José María Aricó, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler y Oscar del Barco, todos ligados a la revista cordobesa *Pasado y Presente*.

En efecto, y como quedó demostrado en las controversias que de ahí en más se librarán en torno a la filosofía, la literatura y el psicoanálisis, la cuestión que hace posible comprender el inevitable desencuentro entre la sociología y el comunismo argentino es que detrás de la disputa por la interpretación de la realidad argentina se jugaba una batalla por la autoridad científica y política. No por nada la carta de los jóvenes sociólogos a la autoridad máxima del Partido comenzaba diciendo que, precisamente, ese rol no era suficiente para discutir teorías sociológicas, y que su incomprensión de la lógica disciplinar tenía, a la postre, consecuencias políticas evidentes. Ghioldi lo advirtió con precisión, de ahí que, a pesar de haber leído la carta tres veces, como le escribe a un enmudecido Agosti, no encontrara en ella un solo grano de verdad.

Para los comunistas, a diferencia de otras expresiones de la izquierda, la certeza de que el marxismo era un instrumento científico cuya posesión los liberaba de los devaneos y los impresionismos de la política práctica que, por lo mismo, era correcta porque era científica, constituía un sustrato fundamental de su cultura militante. El cuestionamiento generalizado al dogmatismo y la rigidez teórica que, advertían sus críticos, dominaban al marxismo comunista, no podía ser admitido sino a costa de aceptar consecuencias políticas difíciles de controlar. Era una situación paradójica, pues el marxismo se había convertido, en todo el mundo occidental, en un elemento fundamental e ineludible de la cultura contemporánea, pero esto ocurría dentro y fuera de los partidos comunistas, alimentando versiones alternativas que lo reconocían en términos filosóficos y metodológicos, pero no necesariamente político-ideológicos. Por eso, a diferencia del uso controlado que podía darse a las técnicas sociológicas en la U.R.S.S., una apertura que, de todos modos, la Primavera de Praga terminó clausurando, en la Argentina, así como en muchos otros países del mundo occidental, los cuadros partidarios actuaron como una fortaleza asediada y entendieron, tal vez más rápidamente que sus oponentes, que no se trataba solo de integrar la investigación empírica al marxismo-leninismo, sino de una disputa sobre la autorización y la legitimidad que respondía a dos lógicas incompatibles y, por lo tanto, irreconciliables. □

## Bibliografía


Agosti, Héctor P., *Echeverría*. Buenos Aires, Futuro, 1951.

—, *Nación y cultura*, Buenos Aires, Procyón, 1959.

—, "La crisis del marxismo", *Cuadernos de Cultura*, nº 50, 1960.

Aricó, José María, "La polémica Arlt-Ghioldi. Arlt y los comunistas".,*La Ciudad Futura*, nº 3, 1983, pp. 22-26.

Blanco, Alejandro, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

Cosovschi, Agustín, "Entre l'homme et le système: La sociologie yougoslave des années libérales jusqu'au retour de la censure", *Revue des études slaves*, vol. LXXXIX, nº 4, 2018, pp. 535-550.

García, Luciano N., *La psicología por asalto. Psiquiatría y cultura científica en el comunismo argentino (1935-1991)*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.

Giudici, Ernesto, "Neocapitalismo, neosocialismo, neomarxismo", *Cuadernos de Cultura*, nº 50, 1960.

Hîncu, Adela y Victor Kárady (eds.), *Social Sciences in the "Other Europe" since 1945*, Budapest, Central European University Press, 2018.

Markarian, Vania, *Universidad, revolución y dólares. Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en Uruguay durante los sesenta*, Montevideo, Penguin Random House, 2020.

Marini, Ruy Mauro. "Memoria", En R. M. Marini, *El maestro en rojo y negro. Textos recuperados*, Quito, Instituto de Estudios Sociales Nacionales, 2012.

Mespoulet, Martine, "La 'renaissance' de la sociologie en U.R.S.S. (1958-1972): une voie étroite entre matérialisme historique et 'recherches sociologiques concrètes'", *Revue d'Histoire des Sciences Humaines*, nº 16, 2007, pp. 57-86.

Nállim, Jorge, "Intelectuales y Guerra Fría: el Congreso por la Libertad de la Cultura en Argentina y Chile, 1950-1964", *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, nº 14, 2014.

Petra, Adriana, "El 'Proyecto Marginalidad': los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural", *Políticas de la memoria*, nº 8/9, 2008/2009, pp. 249-260.

—, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017.

Reynaud, Jean-Daniel, "Études sociologiques". *Recherches internationales à la lumière du marxisme*, nº 17, enero-febrero de 1960", *Sociologie du travail*, año 3, nº 2, abril-junio de 1961, pp. 200-201.

Strasser, Carlos (coord.), *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Palestra, 1959.

Verón, Eliseo, "Sociología, ideología y subdesarrollo", *Cuestiones de Filosofía*, nº 2-3, 1962, pp. 13-40.

Vezzetti, Hugo, *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016.

## Resumen/Abstract

**Variaciones sobre la sociología en el comunismo argentino**

Este artículo analiza el difícil diálogo entre el comunismo argentino y las ciencias sociales en el contexto de las transformaciones de la cultura intelectual de la segunda posguerra. A partir de un enfoque que articula contextos globales y locales, el trabajo sitúa la polémica en torno a la sociología en los años sesenta en relación con el proceso de desestalinización ocurrido en la Unión Soviética y la reactivación de las ciencias sociales en el mundo socialista, así como con la crisis política e intelectual abierta en la Argentina tras el derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955.

**Palabras clave:** Comunismo argentino – Sociología – Marxismo – Desestalinización

**Variations on Sociology in Argentine Communism**

This article examines the difficult dialogue between Argentine communism and the social sciences within the context of the transformations of intellectual culture in the postwar period. Drawing on an approach that articulates global and local contexts, the article situates the debates over sociology in the 1960s in relation to the process of de-Stalinization in the Soviet Union and the revival of the social sciences throughout the socialist world, as well as to the political and intellectual crisis that unfolded in Argentina following the overthrow of Juan Domingo Perón in 1955.

**Keywords:** Argentine communism – Sociology – Marxism – De-Stalinization

# *Un reformista en tiempos revolucionarios*

## *Socialismo y sociología en el joven Torcuato Di Tella*

Ricardo Martínez Mazzola

Universidad Nacional de San Martín / Universidad de Buenos Aires / CONICET

Torcuato Di Tella abre su último libro en tono autobiográfico. Cuenta que desde que inició sus estudios de sociología en 1952 no hizo otra cosa que intentar entender al peronismo. Recuerda que en ese momento él era un fuerte opositor, pero que luego, al conocer "los desastres realizados por el antiperonismo" y al vivir en otros países y conocer sus manchas, comenzó a simpatizar con el peronismo, llegando a trabajar para un gobierno de esa orientación "aunque fuertemente evolucionado".[1] Este artículo aborda los escritos de Di Tella publicados en las revistas *Sagitario* y *Situación* entre 1955 y 1960.

Da cuenta inicialmente de las primeras intervenciones del joven ingeniero devenido sociólogo, que en esos días vivía fuera de la Argentina, en la revista *Sagitario*. Aunque ellas no trataban directamente del peronismo, el interés en cuestiones como los obstáculos a la autonomía obrera o los vínculos entre los socialistas y otros movimientos populares dejaba traslucir su preocupación por comprender a aquel movimiento político. Ese interés se haría ostensible en los textos publicados luego de su vuelta al país, también en *Sagitario*, en los que indagaría críticamente en la experiencia frondicista y avanzaría en la propuesta de confluencia entre peronismo y socialismo. El recorrido se cierra analizando un artículo, enviado a *Situación* en respuesta a otro de Pablo Giussani, en el que, luego de presentar una lectura crítica de la trayectoria del socialismo y el peronismo, Di Tella proponía una estrategia para el acercamiento entre *esas* "fuerzas de la izquierda".

Torcuato Di Tella nació en 1929 en Buenos Aires. Era hijo de otro célebre Torcuato Di Tella, propietario de la firma SIAM. Este ingeniero italiano, que se había convertido en uno de los más grandes industriales argentinos, mantenía vínculos con el socialismo y el antifascismo italianos. Por mandato familiar, el joven Torcuato estudió en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires, donde se integró al movimiento estudiantil. A fines de los años 40, ya recibido de ingeniero, partió a Estados Unidos a estudiar Sociología en la Universidad de Columbia. Allí se conectó con grupos juveniles socialistas y conoció a su primera esposa, una estudiante india de posgrado. Junto a ella viajó a India, Suecia, Yugoeslavia e Israel, para luego instalarse en Londres donde estudió en la London School of Economics y, más importante para su trayectoria posterior, se ligó al Partido La-

[1] Torcuato Di Tella, *Coaliciones políticas. La Argentina en perspectiva*, Buenos Aires, El Ateneo, 2015, p. 12.

*Prismas*, Revista de historia intelectual, Nº 30, 2026, pp. 153-162
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1695

borista y a la Sociedad Fabiana. Desde distintos puntos de este recorrido envió textos a *Sagitario. Revista de Humanidades*, publicación que comenzó a editarse en Buenos Aires en enero de 1955. A pesar de que su director, Carlos Sánchez Viamonte –un histórico militante del reformismo universitario que había participado en los años 20 de la primera época de la revista– era un reconocido dirigente del Partido Socialista (PS), *Sagitario* no planteaba una identificación partidaria. En cambio, adoptando una retórica juvenilista, se proponía oficiar de puente entre "los reformistas del 18" y las nuevas generaciones.

En uno de los pocos trabajos que estudia a *Sagitario* en su segunda época, Cecilia Blanco señala que, en sus páginas, los jóvenes socialistas fueron reemplazando la lectura liberal del peronismo, que lo asociaba con el fascismo y lo explicaba en clave propagandística, por interpretaciones sociológicas que lo interpretaban a la luz de transformaciones estructurales que, en clave germaniana, remitían a las migraciones internas y a la formación de una nueva clase obrera.[2] Pero estas lecturas novedosas sobre la Argentina no estaban presentes en los primeros números de la revista, preparados en los días finales del gobierno peronista, en los que el abordaje sociológico se limitaba a dos artículos en los que Di Tella analizaba la sociedad estadounidense y los kibutz israelíes.[3]

Luego de la caída del peronismo *Sagitario* incorporó más referencias a la sociedad argentina. El número 4 publicaba una reseña de *Estructura social de la Argentina* que destacaba que su autor, Gino Germani, había señalado cómo en los años peronistas se asistía al ingreso a la escena de "la flamante oligarquía industrial", pero también a la permanencia de la hegemonía ganadera y la inmutabilidad del régimen de distribución de la propiedad rural. El diálogo con el italiano, y la referencia en filigrana a la situación argentina, también estaban presentes en el artículo en que Di Tella abordaba los avatares del proceso de descentralización en Yugoeslavia.[4] Luego de dar cuenta de la correlación de fuerzas sociales que había permitido al gobierno socialista avanzar en un programa de nacionalización de la tierra y de la industria, subrayaba que los principales puestos del gobierno habían sido ocupados por exguerrilleros y dirigentes sindicales. Reconocía que ello suponía cierta movilidad social, pero subrayaba que no alcanzaba a obreros y campesinos, sino que implicaba el surgimiento de una nueva clase media, basada en las funciones burocráticas. Ampliando el alcance del análisis, argumentaba que en todas las "democracias populares" esta clase había tomado posesión "del mito elaborado por los intelectuales comunistas" y, a través de él y de la planificación racional, mantenía a la clase obrera en una situación de dependencia. Con conceptos que retomaban, pero endurecían, la lectura que Germani había propuesto respecto del peronismo, Di Tella señalaba que las organizacio-

[2] Cecilia Blanco, "Los jóvenes del Partido Socialista: crisis de identidad y debate de ideas en el escenario postperonista", *Cuestiones de sociología. Revista de Estudios Sociales*, nº 3, otoño de 2006.

[3] En el primero de esos artículos, Di Tella sostenía que el autoritarismo y el macartismo que estarían vaciando las formas democráticas norteamericanas obedecían a la erosión de las instituciones que fundamentaban el sistema de vida tradicional de ese país: la familia, la pequeña comunidad y la religión. Citando a Durkheim, explicaba que la disolución de los lazos personales y de la superestructura religiosa y moral tenía entre sus consecuencias el aumento del consumo de alcohol y drogas, del crimen, de los divorcios y de la homosexualidad, pero también manifestaciones políticas como el autoritarismo. Argumentaba que, al intentar enfrentar los fenómenos anómicos apelando al reavivamiento religioso y a los mitos del lujo y el éxito, la sociedad norteamericana estaría marchando hacia un sistema neofascista. Torcuato Di Tella, "Estados Unidos, ese gigante enfermo", *Sagitario*, segunda época, nº 1, enero-marzo de 1955.

[4] Torcuato Di Tella, "La socialización en Yugoeslavia", *Sagitario*, segunda época, nº 7, tercer bimestre de 1956.

nes obreras tenían "la ilusión de participar en el poder" pero que, de haber un conflicto con la burocracia, era esta la que se impondría.[5] La cuestión argentina y peronista volvía a aparecer implícitamente en el cierre del artículo en el que, luego de enumerar los obstáculos que enfrentaba el gobierno yugoeslavo una vez despojado del apoyo soviético, y planteando el problema de la autonomía obrera, Di Tella preguntaba "por cuánto tiempo la distribución de fuerzas entre sus clases le permitirá seguir avanzando, y cuándo será necesario un nuevo cambio radical, que ponga el poder definitivamente y sin limitaciones en manos de la clase obrera".[6]

## II

Luego de su estadía en Londres, Di Tella se instaló en Santiago de Chile, donde se insertó en el Instituto de Sociología de la Universidad de Chile. Desde allí, siguió ligado a los sectores del PS que cuestionaban a la vieja conducción encabezada por Nicolás Repetto y Américo Ghioldi. Al avanzar el gobierno de la llamada Revolución Libertadora el conflicto se agudizó, haciendo imposible la unidad partidaria. La primera fractura, esbozada en 1956, se profundizó en los años siguientes. Cuando *Sagitario* volvió a publicarse, en junio de 1958, el PS se hallaba virtualmente dividido entre el ghioldismo, que pronto daría forma al Partido Socialista Democrático, y una alianza entre los jóvenes de la izquierda socialista y dirigentes "moderados", como Alfredo Palacios y Alicia Moreau, que conduciría al Partido Socialista Argentino (PSA).[7]

Siendo Sánchez Viamonte uno de los principales dirigentes del PSA, no sorprende que *Sagitario* se transformara en uno de los voceros de su discurso antiimperialista y de acercamiento al peronismo.[8] Sin embargo, el primer número de la renacida publicación no incluía referencias explícitas a la crisis partidaria. En cambio, publicaba ya en la segunda página una larga columna que informaba acerca del Primer Seminario Estratificación y Movilidad Social en América Latina, reunido en Buenos Aires en el mes de mayo con el objeto de discutir un documento de trabajo con ese nombre, presentado por Germani meses antes en Santiago de Chile. También una reseña del libro *Villa Miseria también es América*, de Bernardo Verbitsky que, luego de explicar que la acción transcurría en "uno de esos barrios que le han puesto un sucio y remendado cinturón al lujo y la fastuosidad de Buenos Aires", y de asociar esa situación con la migración interna producida por la industrialización, daba cuenta de la encuesta que estudiantes universitarios de Buenos Aires estaban realizando en esas "villas miseria". Estos textos, en los que predominaba el discurso informativo, iban acompañados por otra reseña que, en cambio, proponía un uso polémico de la sociología. Es la que Di Tella hacía de *La realidad argentina*, libro en el que Silvio Frondizi asociaba al peronismo con una "revolución democrática" burguesa encabezada por un poder "bonapartista".[9] Discutiendo que, como planteara Frondizi, el grupo de militares y burócratas representara desde el gobierno a la burguesía en general sin beneficiar a ninguno de sus sectores en particular, el sociólogo se preguntaba por las razones de la oposición de la Sociedad Rural y de la Unión Industrial Argentina.

[5] *Ibid*., p. 88.
[6] *Ibid.*, p. 94.
[7] Sobre el proceso de ruptura del viejo PS y la formación del PSD y el PSA, véase Cristina Tortti, *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda,* Buenos Aires, Prometeo, 2009.
[8] Sobre la tercera época de *Sagitario,* véase Cristina Tortti, "Latinoamericanismo, socialismo y Revolución cubana en la revista *Sagitario* (1958-1961)", ponencia presentada a las XI Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata, diciembre de 2022.
[9] Torcuato Di Tella, "Análisis sobre un análisis de la sociedad argentina", *Sagitario*, nº 1, tercera época, junio de 1958.

Luego de descartar que se debiera a simple cortedad de miras o a una reacción emocional ante la demagogia, proponía una explicación que, con claros puntos de contacto con la lectura de Germani acerca de la clase obrera, se basaba en la distinción entre nuevos y viejos burgueses industriales. Pero Di Tella no solo discutía la mirada de Frondizi respecto del peronismo, sino que también cuestionaba su interpretación del PS como representante de la pequeña burguesía. Sostenía, en cambio, que representaba "al sector más calificado y estable de la clase obrera urbana –obreros oficiales y artesanos, maestros y técnicos–, y en general a fuertes núcleos de obreros radicados desde antiguo en las ciudades industriales".[10] Reconocía que los intereses que este sector había defendido a través del PS habían sido estrechos, pero, discutiendo tanto con posiciones cercanas al peronismo como con posturas excesivamente radicalizadas, planteaba que si este sector de la clase obrera perseguía sus intereses particulares, también lo hacían el resto del proletariado y los intelectuales vanguardistas. El desafío del socialismo, afirmaba, era "basándose sobre ese sector obrero, extender su influencia al resto de la clase obrera, evitando que siga a los demagogos de ocasión", tarea que habría sido obstaculizada por el "enorme influjo de obreros del campo, con poca preparación y experiencia política, que fue difícil de asimilar". La crisis del PS, argumentaba, era "una crisis de la clase obrera misma, crisis de su sector más desarrollado, que debe decidirse a ser avanzada de su clase y no furgón de cola del capitalismo".[11]

La pregunta por el vínculo de los socialistas con un mundo popular más complejo, y con las fuerzas políticas que lo representaban, reaparecía en varios textos que Di Tella dedicó a abordar distintas experiencias nacionales. Los artículos que analizaban la acción del Partido del Congreso en "la India de Nehru", los desafíos que enfrentaba el gobierno de Acción Democrática en Venezuela, o el vínculo entre los sindicatos estadounidenses y el Partido Demócrata, no referían explícitamente a cuestiones argentinas. Sin embargo, en las conclusiones a que llegaba Di Tella, que uniformemente saludaban la colaboración de los socialistas con esas fuerzas, no dejaban de resonar los debates que agitaban las aguas del PSA. La apuesta por la asociación de los socialistas con otras fuerzas reaparecería, ahora sí en referencia a la coyuntura argentina, en un artículo en el que Di Tella instaba a la izquierda a aprender de la experiencia frondicista.[12] El punto de partida era una definición de la izquierda como "los de la mitad para abajo", entre los que incluía a la mayor parte de las clases medias y a intelectuales, profesionales y técnicos. De esta definición, que anteponía la pertenencia social a lo ideológico, se seguía una evaluación: "Sabemos que la mayoría de esta 'izquierda potencial' (definida social y económicamente) se enroló y entusiasmó con el peronismo, y sigue aún ahora apoyándolo". [13] Agregaba que otro sector de la izquierda, menos numeroso, se identificaba con el frondicismo y que seguían existiendo sectores con "actitudes gorilas". Trazado el mapa de esta izquierda "potencial", y fijado para ella un horizonte socialista, Di Tella planteaba la pregunta, decisiva, acerca de las vías para alcanzar esta meta. Distinguiendo la vía revolucionaria insurreccional de la gradualista y reformista, argumentaba que, dado que para el éxito de la primera era imprescindible la existencia de un aparato estatal en ruinas y el apoyo de sectores de clase media y de la burguesía nacional,

[10] *Ibid*., p. 4.
[11] Torcuato Di Tella, "Análisis sobre un análisis ", p. 4.
[12] Torcuato Di Tella; "¿Aprenderemos del frondicismo?", *Sagitario*, nº 14, tercera época, julio de 1959.
[13] *Ibid*., p. 5.

condiciones que no se hallarían en la Argentina, era necesario avanzar en la alternativa gradualista. En polémica con una izquierda socialista que, adoptando una clave antiimperialista cuestionaba a la socialdemocracia occidental, el sociólogo sostenía que los modelos a seguir no podían ser Rusia, China, México o Bolivia sino las experiencias de los socialismos europeos, las de la India o Israel, las del nacionalismo democrático venezolano, e incluso las de las fuerzas democráticas y sindicales de los Estados Unidos. Ello, reconocía, implicaría un cambio en la orientación ideológica de los intelectuales de izquierda, que combinaría la tradición marxista con los aportes de pensadores como Bertrand Russell, John Dewey, Albert Camus, Harold Laski o Karl Mannheim. Implicaba también dar más importancia a los sindicatos, "con su burocracia y sus pequeños intereses creados", que a las "masas" y las "élites revolucionarias". También supondría, señalaba Di Tella, valorar la participación de cuadros técnicos y profesionales que contribuyeran a infiltrar a la izquierda en el Estado capitalista y democrático.[14] Proponiendo una evaluación de la experiencia de los grupos que se habían infiltrado en el frondicismo, lamentaba que no hubieran sido capaces de abandonar el bagaje mental revolucionario, y hubieran asignado imaginariamente ese carácter al frondicismo. El resultado había sido la decepción y el abandono en oleadas que seguían a las sucesivas concesiones del frondicismo, lo que, a su vez, habría empujado a este a recostarse aún más en la derecha. Para avanzar en la infiltración en las estructuras capitalistas, y también para ligarse con estructuras gremiales dominadas por una dirigencia más sindicalista que socialista, Di Tella sugería la adopción de una división del trabajo entre aquellos que participaban de la política diaria y se ligaban a estas otras fuerzas y aquellos que, conservando su independencia, podían ser capaces de analizar la situación con distancia y orientar a los primeros. Previsiblemente, el modelo propuesto era el del vínculo entre el Partido Laborista británico y la Sociedad Fabiana. Se trataba de un modelo de acción política y de organización muy diferente del territorial que mantenía el PSA, y también del fuertemente centralizado que imaginaba la izquierda socialista.[15]

## III

Al iniciarse la década del 60 el PSA marchaba hacia una nueva división. La creciente movilización de los jóvenes de la izquierda socialista, que, en la senda abierta por Cuba, buscaban un camino para llevar adelante la revolución en la Argentina, chocaba con el núcleo moderado del Partido, que se expresaba en el periódico *La Vanguardia* y también en *Sagitario*. Por ello, en marzo de 1960 los jóvenes comenzaron a publicar *Situación*, revista desde la que avanzaron en definiciones respecto de su identidad socialista. En el editorial que abría el primer número se identificaban como "socialistas latinoamericanos" que buscaban conectar con la "insurrección proletaria". A lo largo de sus nueve números, publicados entre marzo de 1960 y septiembre de 1961, la revista profundizaría el perfil latinoamericano e indagaría acerca del papel que el socialismo podía cumplir en esa "insurrección proletaria".

El puntapié inicial lo daría, en ese primer número, un texto en el que Pablo Giussani daba cuenta de las tareas del presente y proponía un enjuiciamiento crítico de la historia del socialismo argentino.[16] Contraponiendo el contenido aparente del golpe militar que había derribado a Perón –la reimplantación de la de-

[14] *Idem*.

[15] *Ibid*., p. 6.

[16] Pablo Giussani, "El socialismo: alternativa nacional", *Situación*, nº 1, marzo de 1960.

mocracia– con su sentido real: la restauración oligárquica, Giussani lamentaba que el PS hubiera apoyando en nombre de la democracia al gobierno que debía cuestionar en nombre del socialismo. En polémica con sectores del propio PSA, subrayaba que, aunque la postura "democrática" expresada por el ghioldismo había sido derrotada, la significación del socialismo en la política argentina seguía sin ser clara. Argumentaba que lo que le había faltado al PS desde sus orígenes no eran principios sino fórmulas para actuar, lo que atribuía a la ausencia de condiciones para la existencia de un partido socialista en la Argentina. Con palabras que recordaban las que Enrico Ferri vertiera a principios del siglo XX,[17] Giussani explicaba que el PS no había surgido de las condiciones nacionales, a las que reputaba de feudales, sino de las necesidades de los inmigrantes, agregando que, entre adaptarse a la situación argentina, acercándose a conservadores o radicales, y encerrarse en un mundo ideal, había optado por lo último, viviendo en el terreno de las ideas. Tal tendencia había alcanzado su punto máximo con Ghioldi, quien, ante el ascenso del peronismo, había reducido la historia a un combate entre las ideas abstractas de libertad y totalitarismo.[18] A esa mirada "idealista", Giussani contraponía una lectura sociológica que interpretaba al peronismo como un movimiento que articulaba a dos sectores carentes de representación política: los trabajadores y la burguesía nacional. El peronismo habría sido un movimiento nacional con una acentuada base obrera en el que, subrayaba, el peso de los trabajadores se había visto contrapesado por la burocracia, las Fuerzas Armadas y la Iglesia. Estos sectores, explicaba, habían cruzado de vereda en 1955, dejando a la clase obrera sola, abriendo la posibilidad de una "hora roja", y dando, por primera vez, una función al socialismo en la Argentina. Sin embargo, lamentaba, obnubilados con la opción democracia-dictadura, los socialistas no habían visto la oportunidad que se les abría y se habían mantenido en el bando "democrático". Por ello no habían sido capaces de presentar el lenguaje socialista como opción para la clase obrera, la que así se había visto reafirmada en el lenguaje peronista. Giussani instaba a los socialistas a reconocer que "en 1955 nos hemos equivocado de bando". Sin embargo, no invitaba a un entronque con el peronismo, sino, en clave clasista, a dar prioridad al conflicto social en lugar del superestructural.[19] Imaginando un proletariado necesariamente revolucionario que se veía limitado por la conducción peronista, Giussani proponía un frente que solo incluía a los sectores más duros y combativos de ese movimiento

La lectura en clave clasista antes que partidaria de la dinámica política era reafirmada en el número 2 de *Situación* al abordar las recientes elecciones legislativas. Artículos posteriores en la revista avalarían también la propuesta de un Frente Obrero que privilegiara los contactos con el peronismo combativo. Sin embargo, el artículo de Giussani también suscitaría críticas frontales, como la que Víctor García Costa desplegó en *Sagitario*,[20] e intervenciones más sutiles que, desde las mismas páginas de *Situación* y apoyadas en el discurso sociológico, discutirían su interpretación del pasado socialista y su estrategia para el presente. Tal era el caso del artículo en el que Ernesto Laclau debatía su análisis acerca del impacto de los procesos migratorios en la política argentina.[21]

[17] Cristina Tortti, "La izquierda socialista de los '60 y el retorno de la polémica Justo-Ferri", *Revista Socialista*, cuarta época, noviembre de 2010.
[18] Pablo Giussani, "El socialismo…", p. 26.
[19] *Ibid*., p. 30.
[20] Victor García Costa, "La sinrazón del socialismo", *Sagitario* nº 27, tercera época, agosto de 1960; *Sagitario* nº 30-31, tercera época, diciembre de 1960.
[21] Ernesto Laclau, "Un impacto en la lucha de clases: el proceso inmigratorio argentino", *Situación*, nº 4, junio de 1960.

También del texto en el que Di Tella, profundizando argumentos antes vertidos en *Sagitario*, proponía la asociación de peronismo, socialismo y comunismo a través de la mediación de un partido "laborista".[22]

El punto de partida era la contraposición entre "izquierda ideológica" e "izquierda política", y la afirmación de que en la Argentina podían existir varias "izquierdas ideológicas", agrupaciones con diferentes miradas respecto de la sociedad futura, pero que solo había condiciones para la existencia de una "izquierda política". Di Tella consideraba que, dado que ninguna fuerza era capaz de reunir a "la enorme mayoría de la clase obrera militante y de los grupos intelectuales de izquierda", en ese momento no existía ninguna izquierda política en la Argentina.[23] El resto del artículo se orientaba a pensar los requisitos y estrategias para producir esa izquierda política, afrontando dos viejos problemas, el de la relación izquierda y populismo y el del vínculo entre intelectuales y trabajadores. El punto de partida era la afirmación de que en la Argentina existían tres fuerzas principales en el sector de la estructura de clases que debería ser ocupado por la izquierda: socialistas, peronistas y comunistas. A ello agregaba la negación de que la unidad se alcanzara por la simple acumulación de voluntades a través de una de las identidades partidarias. Lo que se debía buscar, sostenía, era una forma de acción conjunta entre distintas líneas ideológicas.

Presentada la propuesta, el sociólogo enumeraba las condiciones que hacían posible su concreción: el desprendimiento de "los sectores fascistas, militares, clericales e industriales del peronismo", las luchas sindicales que iban dando una lógica clasista a organizaciones sindicales que habían sido apéndices estatales, el surgimiento de núcleos intelectuales de izquierda desencantados de anteriores adhesiones.[24] Advertía que el cumplimiento de esas condiciones no llevaría automáticamente a la formación de una fuerza de izquierda, explicando que para ello era necesaria la existencia de un grupo humano que las aprovechara actuando inteligentemente. Para subrayar las tareas implicadas en ese actuar inteligente, Di Tella proponía una lectura crítica de la historia del socialismo en la Argentina. Con Giussani, señalaba el carácter importado del socialismo, pero se diferenciaba en no explicar ese carácter por la mentalidad de Justo y sus colaboradores sino por las condiciones de formación de la clase obrera. En línea con los planteos de Germani, destacaba el peso de los inmigrantes en una clase obrera que no se veía como el sector más "bajo" del país sino como "la parte 'esclarecida', educada, fuertemente separada del resto, dentro del total de los trabajadores". Por otra parte, también se alejaba de Giussani, por no centrar la crítica al extrañamiento socialista en su relación con el yrigoyenismo sino en el vínculo con el anarquismo. Di Tella recordaba que este movimiento era más primitivo pero más masivo que el socialista y, planteando una analogía con la situación respecto de las masas peronistas, reprochaba al PS no haber sabido colocarse en una posición más cercana para ir dialogando con los anarquistas. Por otra parte, ingresando en las cuestiones organizativas, argumentaba que si el socialismo no se había orientado hacia la tarea primordial de la unificación de las masas trabajadoras sino que se había dedicado a afirmar la propia superioridad, ello se debía, en primer lugar, a una temprana adopción de la forma partidaria y de la acción electoral, lo que habría lastrado al PS con la responsabilidad y la asociación con un sistema liberal corrupto y, en segundo lugar,

[22] Torcuato Di Tella, "¿Una izquierda política o una izquierda de lógica?", *Situación*, nº 6-7, s.f.
[23] *Ibid*., p. 10.
[24] *Ibid*., p. 12.

al excesivo peso que los intelectuales habían alcanzado en el Partido. [25]

Discutiendo con la mayor parte de la juventud socialista, Di Tella afirmaba que el viejo socialismo ideológico no debía ser reemplazado por uno nuevo "más izquierdista o revolucionario" sino por un socialismo político, lo que implicaba "la formación de una izquierda única en el país, dentro de la cual quepan múltiples enfoques ideológicos". Argumentaba que la formación de un frente político y electoral entre varias organizaciones constituía el primer paso hacia la fusión en un partido único. En polémica con las posiciones de Giussani, sostenía que el entendimiento no podía darse solo con "los militantes de base" de otras organizaciones, sino que, teniendo en cuenta la fuerza y consistencia del peronismo, pero también del comunismo, debía incluirlos en su totalidad. Trazaba así un cuadro en el que enumeraba a las fuerzas a integrar: la masa peronista, la dirigencia política peronista, los cuadros burocrático-sindicales, los grupos políticos socialistas, los grupos comunistas, la burocracia comunista y los intelectuales socialistas. En cambio, el artículo no tomaba en consideración la figura de Perón, un actor cuyas estrategias podrían condicionar, e incluso bloquear, la formación de la coalición que proponía.

## IV

El socialismo argentino no seguiría el camino sugerido por Di Tella. A pesar de que el PSA obtuvo un resonante triunfo –que en parte se explicaba por el apoyo de sectores peronistas– en los comicios senatoriales de febrero de 1961, pronto se hizo ostensible que la alianza entre los viejos dirigentes moderados como Palacios y Moreau y la izquierda juvenil no era viable. A mediados de ese año se produjo una nueva división del tronco socialista. Los viejos dirigentes retuvieron la sigla PSA; los jóvenes, dieron forma al Partido Socialista Argentino de Vanguardia, desde el cual profundizaron la búsqueda de una confluencia con el peronismo combativo.[26] Los desencantos ante un peronismo que, como había augurado Di Tella, no se mostraba revolucionario, llevarían pronto a nuevas escisiones. A mediados de los años 60 la herencia del viejo PS estaba pulverizada en una miríada de pequeños grupos o en manos del burocratizado y derechizado PSD.

Di Tella, por su parte, se distanció no solo del Partido Socialista de Vanguardia sino también, ya en el terreno sociológico, de la adhesión al marxismo de jóvenes socialistas como Miguel Murmis o Juan Carlos "Lito" Marín. Permaneció ligado a la sociología de la modernización y a la mirada de Germani, cuya lectura sobre el peronismo y los movimientos nacional-populares reformuló sumándole una sociología de las élites políticas. Fue la continuidad de esa clave de lectura "modernizadora", que diferenciaba a la Argentina de otros países latinoamericanos, la que lo llevó a insistir en que, dados los rasgos de su estructura social, el socialismo debía apostar a una estrategia reformista y no revolucionaria. Sus palabras serían inaudibles para una juventud socialista que, con lentes tercermundistas e inspirándose en el ejemplo cubano, despreciaba por aburguesada no solo a la socialdemocracia sino a la propia clase obrera europea.[27] El tiempo de la "socialdemocracia a la argentina" que postulaba Di Tella todavía no había llegado. □

[25] *Ibid*., pp. 12-13.

[26] Sobre el Partido Socialista Argentino de Vanguardia, véase Tortti, "*El 'viejo' partido socialista…*".

[27] Sobre el giro tercermundista de la juventud socialista, y de buena parte de la juventud argentina de los "sesenta", véase Valeria Manzano, "Argentina Tercer Mundo: Nueva Izquierda, emociones y política revolucionaria en las décadas de 1960 y 1970", *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 54, nº 212, mayo-agosto de 2014.

## Bibliografía


Blanco, Cecilia, "Los jóvenes del Partido Socialista: crisis de identidad y debate de ideas en el escenario postperonista", *Cuestiones de sociología. Revista de Estudios Sociales*, nº 3, otoño de 2006, pp. 59-87.

Di Tella, Torcuato, "Estados Unidos, ese gigante enfermo", *Sagitario*, segunda época, nº 1, enero-marzo de 1955, pp. 53-62.

—, "La socialización en Yugoeslavia", *Sagitario*, segunda época, nº 7, tercer bimestre de 1956, pp. 87-89.

—, "Análisis sobre un análisis de la sociedad argentina", *Sagitario*, nº 1, tercera época, junio de 1958, p. 4.

—, "¿Aprenderemos del frondicismo?", *Sagitario*, nº 14, tercera época, julio de 1959, pp. 5 y 6.

—, "¿Una izquierda política o una izquierda de lógica?", *Situación*, nº 6-7, s.f., pp. 9-16 y 20.

—, *Coaliciones políticas. La Argentina en perspectiva*, Buenos Aires, El Ateneo, 2015.

García Costa, Víctor, "La sinrazón del socialismo", *Sagitario*, nº 27, tercera época, agosto de 1960, pp. 4 y 9; *Sagitario*, nº 30-31, tercera época, diciembre de 1960, pp. 5 y 8.

Giussani, Pablo, "El socialismo: alternativa nacional", *Situación*, nº 1, marzo de 1960, pp. 23-30.

Laclau, Ernesto, "Un impacto en la lucha de clases: el proceso inmigratorio argentino", *Situación*, nº 4, junio de 1960, pp. 17-25.

Manzano, Valeria, "Argentina Tercer Mundo: Nueva Izquierda, emociones y política revolucionaria en las décadas de 1960 y 1970", *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 54, nº 212, mayo-agosto de 2014, pp. 79-104.

Tortti, Cristina, *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda,* Buenos Aires, Prometeo, 2009.

—, "La izquierda socialista de los 60 y el retorno de la polémica Justo-Ferri", *Revista Socialista*, cuarta época, noviembre de 2010, pp. 99-109.

—, "Latinoamericanismo, socialismo y Revolución cubana en la revista *Sagitario* (1958-1961)", ponencia presentada a las XI Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata, diciembre de 2022.

## Resumen/Abstract

**Un reformista en tiempos revolucionarios. Socialismo y sociología en el joven Torcuato Di Tella**

El artículo aborda los primeros escritos de Torcuato Di Tella, publicados en las revistas *Sagitario* y *Situación* entre 1955 y 1960. Da cuenta inicialmente de las primeras intervenciones del joven ingeniero devenido sociólogo, que en esos días vivía fuera de la Argentina, en la revista *Sagitario*. Aunque ellas no trataban directamente del peronismo, el interés en cuestiones como el significado de los mitos para la acción comunitaria y los obstáculos a la autonomía obrera, dejaba traslucir su preocupación por comprender a aquel movimiento político. Ese interés se haría ostensible en los textos publicados luego de su vuelta al país, también en *Sagitario*, abordados a continuación, en los que indagaría críticamente en la experiencia frondicista y avanzaría en la propuesta de confluencia entre peronismo y socialismo. El recorrido se cierra analizando un artículo, enviado a *Situación* en respuesta a otro de Pablo Giussani, en el que, luego de presentar una lectura crítica de la trayectoria del socialismo y el peronismo, Di Tella proponía una estrategia para el acercamiento entre esas "fuerzas de la izquierda".

**Palabras clave:** Sociología – Socialismo – Peronismo – Reformismo – Revolución

**A Reformist in Revolutionary Times: Socialism and Sociology in the Young Torcuato Di Tella**

The article examines Torcuato Di Tella's early writings, published in the magazines *Sagitario* and *Situación* between 1955 and 1960. It examines the early contributions to *Sagitario* by the young engineer-turned-sociologist, who was living outside Argentina at the time. Although these pieces did not directly address Peronism, his interest in issues such as the significance of myths for community action and the obstacles to workers' autonomy, revealed his concern with understanding that political movement. That interest would become evident in the texts published after his return to the country in *Sagitario*– discussed below–in which he would critically examine the Frondizi experience and further develop the proposal for a convergence between Peronism and socialism. The overview concludes with an analysis of an article submitted to *Situación* in response to one by Pablo Giussani, in which, after presenting a critical reading of the trajectories of socialism and Peronism, Di Tella proposed a strategy for bringing these "forces of the left" closer together.

**Keywords:** Sociology – Socialism – Peronism – Reformism – Revolution

# *Comunistas sociólogos / sociólogos comunistas: sociogénesis de una ambivalencia intelectual*

Alejandro Blanco

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

En una nota aparecida en la segunda mitad de 1961 en *Cuadernos de Cultura*, el órgano cultural del Partido Comunista Argentino (PCA), Rodolfo Ghioldi advertía a sus lectores en los siguientes términos:

> A las invasiones de sucesivas y diversas manías burguesas, entre las cuales el psicoanálisis y el existencialismo, sigue actualmente y desde hace algunos años la moda sociológica: creándose por doquier institutos, escuelas especiales, se organizan encuentros y seminarios, se instalan bien provistos centros publicitarios y editoriales, y se contrata, como es de rigor, a los profesores norteamericanos de turno. ¿Qué tratan y difunden esas variadas y abundantes instituciones? Pues, propagan las diversas corrientes burguesas actuales –es decir, las más degeneradas de todas las corrientes burguesas–, y muy principalmente sus expresiones más banales –las norteamericanas.

La nota llevaba el título de "Cosas de la sociología", y aunque en ella su autor se refiriera a sociólogos de diferentes latitudes y a la sociología –que por cierto conocía poco y apenas de segunda mano– la nota, en rigor, estaba dirigida contra una empresa intelectual en particular, con nombre y apellido. Era la sociología liderada intelectual e institucionalmente por Gino Germani. Su nombre monopoliza el mayor número de referencias: seis veces en el cuerpo del texto y una vez en nota. ¿Por qué esa reacción tan airada de un alto dirigente político –después de la figura de Victorio Codovilla, la de Ghioldi era la segunda en importancia del Partido Comunista Argentino– frente a una disciplina universitaria? ¿Por qué el jefe de un partido político decide atacar al jefe de una disciplina universitaria? ¿Qué clase de amenazas percibía la dirigencia del Partido respecto de la sociología?

Cuando Rodolfo Ghioldi publicó su nota el Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires cumplía cinco años de existencia y Germani, su mentor y director, ya era una figura destacada en los medios intelectuales locales y una estrella en ascenso en el plano de la sociología regional e internacional. Por su intermedio, la disciplina, hasta entonces relegada a la oscura y anodina condición de apéndice de otras carreras como Derecho, Historia o Economía, se convirtió en una profesión intelectual autónoma y dominante del campo universitario. La introducción del trabajo de campo y de diversos métodos y técnicas de investigación social –encuestas, estadísticas, test proyectivo, etc.–, promovió nuevas formas de conocimiento del mundo social y un nuevo estilo de producción intelectual que desafiaba a los ya existentes en el do-

*Prismas*, Revista de historia intelectual, Nº 30, 2026, pp. 163-171
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1696

minio de las humanidades. Pero no solamente eso. Gracias a Germani, la sociología ganaría por primera vez un lugar central en la escena pública mediante una novedosa interpretación del enigma que estaba en el centro del debate político nacional: la naturaleza y el significado social y político del fenómeno peronista. Y se trataba, por cierto, de una interpretación que contradecía la opinión dominante de los intelectuales del Partido Comunista, que asimilaban el peronismo a una variante local de nazifascismo.

El entusiasmo que despertó la nueva empresa de conocimiento comandada por Germani entre las nuevas generaciones de estudiantes universitarios puede ser dimensionado a partir de unos pocos, pero significativos, indicadores. En los primeros cinco años de existencia la matrícula de la nueva carrera había crecido casi diez veces, y para entonces el Departamento contaba con un personal, inusual para la época, de poco más de ochenta integrantes (dieciséis profesores, sesenta y cinco auxiliares docentes y de investigación y seis auxiliares administrativos). Después de Psicología, la de Sociología era la carrera más popular de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

Rodolfo Ghioldi sabía que entre esos jóvenes entusiastas había algunos que militaban en las filas del Partido, "jóvenes estudiantes bien intencionados –decía– que de yapa quisieran ser izquierdistas, [y] que d[a]n plena fe a las patrañas apologéticas de la burguesía moribunda. […] Ello hace pensar en la conveniencia –concluía– de aconsejar a esos jóvenes que lean la nutrida literatura marxistaleninista sobre la materia" (véase el Apéndice documental). En rigor, la nota de Ghioldi era parte de una preocupación más general de los miembros del Partido relativa a la existencia de un nuevo clima de ideas entre las nuevas generaciones, que alcanzaba también a los jóvenes comunistas. Poco antes Héctor Agosti había advertido sobre la existencia

> de un marxismo 'abierto' […] que procura mezclar ciertas nociones del marxismo con algunos brebajes existencialistas, para exaltar al joven Marx de los primeros escritos, no liberado totalmente del hegelianismo [...] ya estamos viendo a uno de sus profetas, el señor Merleau-Ponty, señalado como filósofo máximo de nuestro tiempo en tantos papeles que se imprimen entre nosotros.[1]

También la relación entre marxismo y sociología estaba siendo objeto de discusión entre los intelectuales del Partido, como lo revela el artículo explícitamente referido al tema que en 1960 publicó *Cuadernos de Cultura*, y en el que su autor no dudaba en afirmar que la única sociología científica posible era el materialismo histórico y que solamente los "marxistas tienen el derecho de reclamar para la concepción materialista de la historia y […] para los análisis que ella inspira, el nombre de sociología científica".[2] La nota de Ghioldi iba en la misma dirección: "quien aspire a la sociología científica –decía–, comience por asimilar el marxismo-leninismo".[3]

¿Quiénes tenían entonces el derecho a reclamar para sí el nombre de "sociología científica", los "partidos marxistas" inspirados en el materialismo histórico o los profesores de Sociología cuyas investigaciones se apoyaban en otros marcos de referencia? Recordemos que cinco años antes de la nota de Ghioldi, Germani había publicado *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, una suerte de manifiesto que anunciaba el surgimiento de una nueva concepción de la disci-

[1] Héctor Agosti, **"**Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los marxistas", *Para una política de la cultura*, Buenos Aires, Procyon, 1956, p. 51.
[2] Michel Simon, "Notas sobre la concepción marxista de la sociología, *Cuadernos de Cultura*, nº 49, setiembre-octubre de 1960, p. 26
[3] Rodolfo Ghioldi, "Cosas de la sociología", *Cuadernos de Cultura*, nº 53, 1961, p. 27.

plina. Sin embargo, en el cuadro de referencias de esta última, Marx y el marxismo no tenían una posición central. Apenas dos menciones a la "sociología marxista".[4] Muy probablemente los intelectuales del Partido percibieron en los "apuntes" de Germani un intento de *usurpación* o, lisa y llanamente, una estrategia de *desposesión*. El monopolio de un conocimiento científico acerca del mundo social, que hasta entonces los miembros del Partido creían ostentar con exclusividad, era ahora desafiado por un nuevo competidor. Y cuando de la representación del mundo social se trata, la representación socialmente reconocida como científica no solamente encierra una fuerza social –la fuerza de la creencia en la verdad– sino que proporciona a aquel que la ostenta el monopolio del punto de vista legítimo sobre el mundo social. Ghioldi era consciente de esto y por eso mismo no dudaba en reclamar para el marxismo-leninismo el estatuto de "sociología científica".

## El Marx de Germani

En rigor de verdad, no es que Marx y el marxismo estuvieran ausentes de esa nueva concepción de la ciencia social elaborada por Germani. Pero era un Marx modulado en una sintonía muy diferente de la que prevalecía entre los intelectuales del Partido. Reinterpretado a la luz de los movimientos de renovación de la tradición marxista del período de entreguerras, como la sociología del conocimiento de Karl Mannheim y las investigaciones desarrolladas por el Instituto de Frankfurt, Germani explicitó esa nueva sintonía en "El marxismo y la idea de 'proceso histórico'", un trabajo preparado como material bibliográfico de la asignatura a su cargo, Sociología Sistemática, y que circuló exclusivamente entre los estudiantes como la *Ficha 39*.[5] Redactada entre 1960 y 1961 y pronto devenida célebre en el mundillo estudiantil, Germani ofrecía allí una versión (posible) de ese "marxismo abierto" que había comenzado a propagarse en los distintos grupos, revistas y cenáculos que nucleaban a las nuevas generaciones, identificados genéricamente con el nombre de "nueva izquierda".[6] Muy probablemente refiriéndose a los intelectuales del PC, Germani escribía: "La forma más corriente de exponer el materialismo histórico es dando de él una interpretación determinista".[7] El Marx presentado por Germani enfatizaba la dialéctica como un "esfuerzo por comprender racionalmente una realidad en movimiento" y un antídoto contra una concepción estática de la realidad social inducida por la abstracción como procedimiento inevitable del conocimiento: "el estatismo no está en las cosas –escribía– sino en nuestro modo de conocerlas".[8]

Para dar fuerza a su defensa de un materialismo dialéctico Germani retomaba el concepto de "*rovesciamento* de la praxis" de Rodolfo Mondolfo, es decir, "el hecho esencial de que, si por una parte los hombres son moldeados, condicionados por las circunstancias históricas, por la historia, ellos no se limitan a reproducir pasivamente dichas condiciones, sino que las modifican, creando a su vez un nuevo ambiente, un nuevo conjunto de circunstancias

[4] Gino Germani, *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Autónoma de México, p. 63.

[5] Las fichas consistían en traducciones de fragmentos de obras en lengua extranjera realizadas por los profesores y auxiliares docentes del Departamento de Sociología y en algunos casos trabajos producidos por los mismos profesores.

[6] La *Ficha 39* fue publicada recientemente en *Tramas y Redes*. *Revista del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales*, nº 4, 2023, como parte de un dossier dedicado al tema.

[7] Gino Germani, "El marxismo y la idea del ´proceso histórico´", Ficha 39, s/d, p. 10.

[8] Gino Germani, "El marxismo…", s/d, p. 7.

históricas".[9] Como ya estaba ocurriendo en otras latitudes, el de Germani era un intento por inscribir e integrar a Marx en el cuadro de una teoría no determinista de la acción que, desde finales del siglo XIX en adelante había cobrado fuerza por intermedio de la tradición sociológica europea.[10] Diez años más tarde, Marx integraría, junto con Max Weber y Emile Durkheim, el trío de los "padres fundadores" que dominaría desde entonces la pedagogía de la disciplina. No sabemos si Ghioldi estaba al corriente de la *Ficha 39*, pero no hay dudas de que hubiera discordado de su contenido. El marxismo elaborado por Germani estaba en las antípodas de la versión predicada por las altas autoridades intelectuales del Partido.

Sobre los orígenes intelectuales de la *Ficha 39*, no podemos sino especular. Que no era una apuesta menor o relativamente marginal lo revela en principio el tamaño de la "inversión" y el mercado al que estaba destinado. El manuscrito, que permaneció inédito hasta muy recientemente, tiene una extensión superior al tamaño promedio de un *paper* (poco más de ochenta mil caracteres), y formaba parte de la bibliografía obligatoria de la asignatura nuclear de la disciplina. La densidad conceptual y ciertas características retóricas, como la ausencia de repeticiones y de giros coloquiales, revelan que el escrito no era el resumen apurado de unos apuntes de clase sino el resultado un trabajo meditado y riguroso con los materiales de una tradición intelectual. La ficha tenía, claro está, una función pedagógica, la de dar a conocer y explicar para los iniciados en la disciplina algunas de las características más sobresalientes de la tradición marxista. Pero tenía también una función estratégica y política, conectada con las condiciones de reproducción de la empresa intelectual en marcha. A Germani no se le escapaba un dato fuerte de la morfología del Departamento: la filiación política predominantemente socialista y comunista de sus miembros, profesores, investigadores y auxiliares de investigación y, sumado a ello, la existencia de un cierto malestar que, ya a comienzos de la década de 1960, había comenzado a extenderse entre estudiantes y primeros graduados respecto de una supuesta ausencia de Marx y del marxismo en la bibliografía del programa de enseñanza de la disciplina. Muy probablemente la *Ficha 39* haya sido concebida, al menos en parte, en respuesta a esa demanda bien precisa de su principal clientela.[11]

## Los comunistas "viejos" y "nuevos"

El artículo de Rodolfo Ghioldi, hoy lo sabemos, fue contestado desde dentro de las propias filas del Partido Comunista por dos jóvenes militantes, Manuel Mora y Araujo y Juan Carlos Torre, que eran, también, estudiantes avanzados de Sociología. Conforme al testimonio reciente de Torre, molestos por el artículo de Ghioldi, enviaron una carta al director de *Cuadernos de Cultura*, Héctor Agosti, ex-

[9] *Ibid*., pp. 21-22.

[10] Véase H. Stuart Hughes, *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo 1890-1930*, Madrid, Aguilar, 1972.

[11] Que Germani estaba relativamente dispuesto a atender a esa demanda lo revela un intercambio de esos años con el sociólogo norteamericano Irving L. Horowitz. En 1962 Germani invitó a Horowitz a una estancia en el Instituto de Sociología, proponiéndole que, entre sus actividades académicas, dictara precisamente un curso sobre marxismo, como se advierte en la respuesta de Horowitz: "Tu propuesta de dos seminarios, uno sobre marxismo y otro sobre lo que me gustaría llamar la 'sociología de los grupos étnicos', parece exigente, pero razonable. Torcuato habló de la necesidad de un curso sobre marxismo; y en esto, sin duda, refleja el sentir de los estudiantes. Mi único temor es que un curso sobre marxismo deba restringirse a los estudiantes que se encuentran en la última etapa de sus estudios; estudiantes que sean sensatos y serios, y que no vengan simplemente a expresar sus opiniones personales" (traducción nuestra). Horowitz, I. L. (7 de noviembre de 1962d). [Carta a Gino Germani]. *Horowitz Transaction Publishers Archives*, Pennsylvania, State College, Disponible en: https://digital.libraries.psu.edu/digital/collection/transaction/id/4096/rec/1).

presando su disconformidad con el "esquematismo" y la "rigidez" del punto de vista del camarada y defendiendo la posibilidad de una sociología marxista o de un marxismo abierto a la incorporación de los modernos métodos y técnicas de investigación social.[12] Agosti entregó la carta a Ghioldi, quien se la devolvió con una pequeña respuesta por escrito (ambos documentos incluidos en el Apéndice documental). Ni la carta ni la respuesta fueron publicadas por un Agosti que prefirió no remover el avispero.

¿Cómo explicar el desafío y el reto intelectual lanzados por esos dos jóvenes a las más altas autoridades intelectuales y políticas de una organización partidaria de la que eran miembros? ¿Qué factores pudieron condicionar esa disidencia intelectual? Salvo la membresía compartida en la misma organización, así como una común adhesión a los principios e ideales que la regían, pocas cosas había en común, en rigor, entre el autor de la nota y los autores de la carta. En principio, estaban distanciados por un origen social y una trayectoria escolar muy diferentes –las diferencias intelectuales están siempre enraizadas en diferencias sociales–. Ghioldi integraba la fracción de los intelectuales comunistas más importantes del período que va de 1945 a 1960 (Victorio Codovilla, 1894-1970; Rodolfo Ghioldi, 1897-1985; Héctor Agosti, 1911-1984; Juan José Real, 1911-1964; Rubens Íscaro, 1913-1993), nacidos entre fines del siglo XIX y la primera década del XX en el seno de familias de artesanos y/o trabajadores manuales en ascenso social –Codovilla era hijo de jornalero rural y luego propietario de taberna; el padre de Agosti era pintor y letrista; Real era hijo de peón rural, luego obrero ferroviario, y el padre de Íscaro era obrero de la construcción–. Intelectuales autodidactas, les tocó crecer en una Argentina en la que las posibilidades de acceso a la educación media o secundaria, y más todavía universitaria, estaban todavía muy restringidas para las hijas e hijos de familias de origen modesto.[13] Íscaro y Real no completaron la escuela primaria, Codovilla no completó la secundaria; Agosti y Ghioldi exhiben un nivel más elevado de escolaridad –ambos completaron la secundaria y cursaron algunos años de estudios universitarios, muy probablemente condicionados por un origen social, y sobre todo geográfico, más favorable –los dos nacieron y se criaron en la ciudad de Buenos Aires–.

Los integrantes de la nueva generación de comunistas, en cambio, y especialmente los estudiantes de la carrera de Sociología, nacieron en la segunda mitad de la década de 1930 (Juan Carlos Portantiero, 1934-2007; Manuel Mora y Araujo, 1937-2017; Silvia Sigal, 1939-2022; Juan Carlos Torre, 1940; Francis Korn, 1935-2024) y son producto de cuadros de so-

[12] Juan Carlos Torre y Elizabeth Jelin: "La conferencia dialogada. Una conversación sobre Gino Germani, las épocas, las huellas y las trayectorias", *Revista Sudamérica*, nº 20, Centro de Estudios Sociales y Políticos (CESP – FH – UNMdP), 2024. Presentación, edición y notas a cargo de Germán J. Pérez.

[13] Aun en un país como la Argentina, que exhibía los índices comparativamente más elevados de alfabetización de América Latina y ostentaba, junto con Uruguay, el mayor porcentaje de matriculados en la enseñanza media en relación con la población escolar (Aldo Solari, "Educación y desarrollo de las elites. Sistemas de enseñanza secundaria", en S. M. Lipset y Aldo Solari, *Elites y desarrollo en América latina*, Paidós, 1965), hasta finales de la década de 1940 apenas poco más del 7% de la población de 20 años o más había pasado por la escuela secundaria. Quince años más tarde, este panorama tampoco se había visto radicalmente alterado a pesar de la expansión que experimentó la educación media y universitaria durante esos tres lustros. Para entonces, menos del 10% de la población había llegado a completar el secundario. En lo concerniente a la educación universitaria, si bien a mediados del siglo XX la Argentina ostentaba la tercera posición en un ranking mundial de estudiantes universitarios por cada 100.000 habitantes, la posesión de un título universitario era, todavía, el privilegio de unos pocos: conforme el censo de 1947, 12 de cada 1000 habitantes de 20 años o más alcanzaban la educación universitaria, con independencia de cuántos conseguían graduarse, Gino Germani, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Buenos Aires, Raigal, 1955, pp. 234-235.

cialización distintos. Acreditan un origen social y geográfico mucho más elevado que sus mayores. Con excepción de Torre, que nació en la provincia de Buenos Aires y es hijo de un pequeño comerciante, los otros nacieron en la ciudad de Buenos Aires y provienen de familias acomodadas en unos casos –Korn es hija de un importante y exitoso empresario de la industria cultural y Mora y Araujo desciende de una familia tradicional de la ciudad de Corrientes, con destacada actuación política e intelectual–, o de profesionales y altos cuadros directivos –el padre de Sigal era médico odontólogo, el de Portantiero, cuadro ejecutivo de una compañía extranjera–. Educados en buenos colegios de la Ciudad de Buenos Aires, para todas y todos ellos la universidad fue, relativamente, un destino casi "banal", a tal punto que acabarían graduándose y ocupando los nuevos puestos de "profesor" y "profesor-investigador" abiertos por un mercado de la enseñanza y de la investigación en expansión.

Esas diferencias de origen social y de trayectoria escolar están ciertamente en el origen de sus diferentes relaciones de dependencia hacia el Partido. Si se sabe que la dependencia de los miembros de un grupo o de una organización es tanto más total cuanto más débil es el capital económico o cultural que poseen antes de su ingreso a uno u otra, se comprende que sean los de orígenes sociales más modestos los que, sintiendo que deben todo lo que son al grupo u organización que los ha consagrado, se entreguen a ellos de cuerpo y alma y sean, por eso mismo, los más predispuestos a encarnar el denominado "espíritu de cuerpo" y/o "de partido".[14] El perfil de los miembros de la primera generación de dirigentes políticos e intelectuales comunistas se ajusta perfectamente a ese patrón. Con muchas batallas políticas sobre sus espaldas y un importante capital político acumulado a lo largo de estas últimas, deben al Partido no solamente su posición, que los ha liberado de las limitaciones de su antigua condición, sino también su cultura, y hasta sus cónyuges o compañeras de toda la vida.[15] No por acaso, y con la excepción conocida de Juan José Real, que había sido expulsado del Partido en 1952, el resto de los viejos militantes y dirigentes –Codovilla, Íscaro, Agosti y Ghioldi– permanecieron en él durante toda su vida.

Los jóvenes, en cambio, más seguros de sus credenciales sociales y escolares, y no teniendo, dada su incorporación reciente a la organización, un gran capital político que preservar, se lanzaron a cuestionar a sus jefes doctrinarios en nombre de nuevas competencias adquiridas en el medio universitario. Dueños de "triunfos" que no debían al Partido, estaban por eso mismo en condiciones de adoptar una actitud distanciada hacia los imperativos de la organización –las posibilidades de una "distancia al rol" aumentan, como se sabe, conforme se eleva la jerarquía social–. En ese sentido, cuando en 1963 el Partido decida expulsar a varios de ellos, simplemente oficializaba el corte de una relación que ya prácticamente no existía. *Last but not least*, el desafío que lanzaron a las autoridades máximas del Partido debe ser comprendido, también, como una función de su condición

[14] Pierre Bourdieu, *Langage et pouvoir symbolique*, París, Fayard, 2001.

[15] Para la mayoría de esos viejos dirigentes comunistas el Partido fue un sustituto funcional del sistema escolar al que, dado su origen social, no estaban socialmente predestinados. Codovilla estuvo casado con Ítala Mary, educada en la escuela del Partido e integrante de su Comisión Central Femenina; Juan José Real se casó con Raquel Levenson, militante de la Federación Juvenil Comunista (FJC). Agosti y Ghioldi se casaron con Sofía Babitzky y Carmen Alfaya respectivamente, ambas militantes de la FJC. Por lo demás, la fecundidad malthusiana que fue característica de esas alianzas matrimoniales –los matrimonios Codovilla/Mary e Íscaro/Bertelotti no tuvieron hijos y apenas uno los de Ghioldi/Alfaya y Real/Levenson– no pareciera estar disociada del compromiso y la entrega al Partido que marcaría la trayectoria de sus cónyuges.

estatutaria, la de jóvenes. Decir "jóvenes" es decir algo más que los "recién llegados" al campo, sea político o intelectual. Es también el acceso a una condición asociada a determinadas franquicias estatutarias. Progresivamente liberados de la familia de origen y todavía no sometidos a las obligaciones de la vida conyugal, la condición juvenil aparece, así, como la edad de la ingravidez y de la indeterminación profesional y matrimonial, y por eso mismo como la edad de los *engagements*.[16]

Ciertamente no todos los jóvenes comunistas se habrán sentido incómodos por el artículo de Rodolfo Ghioldi. Y aun entre quienes experimentaron incomodidad no todos se habrán sentido autorizados a expresar públicamente su disconformidad, y menos aún ante la opinión vertida por un alto dirigente del Partido. Quienes sí lo hicieron no eran solamente jóvenes, sino jóvenes universitarios, aprendices de una nueva ciencia del mundo social. Más todavía: no eran apenas estudiantes avanzados de la carrera de Sociología, sino que estaban integrados al Departamento de la disciplina homónima como auxiliares docentes y de investigación y, más específicamente, en aquella asignatura de la carrera más próxima al *core* de la disciplina, o más afín con la definición dominante de esta última, como lo era Elementos de Metodología y Técnicas de la Investigación Social.

Esa condición estatutaria –la de militantes comunistas y, a la vez, aspirantes a la novel profesión de sociólogos– terminará por situarlos en una posición incómoda, de *double bind* ("doble vínculo" o "doble constreñimiento"):[17] ¿cómo ser fieles al marxismo sin traicionar las exigencias de la sociología, y cómo sostener el compromiso con la sociología sin perder de vista el marxismo? Arrojados a esa tensión, divididos entre la adhesión a un credo político que, conforme a la definición de las más altas autoridades del Partido, resultaba contradictorio con su adhesión a los principios de la nueva sociología científica, se verán forzados a moverse en dos tableros simultáneamente: el del Partido y el de la disciplina.

Las tomas de posición de algunos de estos jóvenes pueden leerse, precisamente, como un indicador elocuente de esa encrucijada. En 1962 Juan Carlos Torre publicó en la revista del Partido, *Cuadernos de Cultura*, una elogiosa reseña de *La imaginación sociológica*, de C. Wright Mills, queriendo convencer a sus camaradas de la existencia de una sociología que, aunque inscripta en los marcos de lo que en la jerga del Partido se denominaba como "sociología no marxista", se revelaba alternativa a toda aquella que había sido atacada por Ghioldi en su nota, conectando el análisis científico de la estructura social con el proyecto moral y político de una "reforma de la conciencia de los hombres".[18] Si bien Torre advertía sobre las limitaciones de la posición de Mills, que llamaba a ejercer la crítica social desde una posición de independencia moral, cuando en realidad esa crítica no podía llevarse a cabo al margen de la organización –el Partido–, y en conexión con una fuerza social –el proletariado–, instaba no obstante a sus

[16] Gérard Mauger, "La jeunesse, un ´âge de la vie´", *Diversité*, nº 194, 2019.

[17] Acuñada por el psiquiatra y antropólogo Gregory Bateson, la noción fue movilizada por Pierre Bourdieu en sus análisis del sufrimiento socialmente producido por las exigencias contradictorias de las posiciones sociales o las contradicciones vinculadas con la herencia, como es el caso de los hijos sometidos a expectativas sociológicamente irrealistas por parte de sus padres, expectativas que no pueden satisfacer ni tampoco rechazar; o el del padre que desea ver ascender a su hijo, aun sabiendo que ello implica su propia ruina como "padre real"; o, finalmente, el caso del sociólogo mismo, que debe transmitir a sus aprendices los instrumentos de construcción sociológica del mundo social y, al mismo tiempo, una disposición crítica, es decir, la inclinación a poner en cuestión esos mismos instrumentos. Véase Pierre Bourdieu, *La miseria del mundo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.

[18] Juan Carlos Torre, "La imaginación sociológica", *Cuadernos de Cultura*, nº 3, 1962, p. 77.

camaradas a integrar a Mills "a la extendida columna de los abanderados de la Razón y la Libertad".[19] Durante ese mismo año, Torre publicaría, esta vez en una revista universitaria, *Cuestiones de Filosofía*, una breve nota que reseñaba favorablemente los contornos de una "nueva orientación de la sociología norteamericana" que, liderada por Charles Wright Mills, se erigía como una alternativa al *mainstream* de la "Gran teoría" (Talcott Parsons) y el "empirismo abstracto" (Paul Lazarsfeld), según los términos con los que había sido popularizada por el propio Mills. La defensa de esa nueva orientación era una manera de oponerse a Germani conectando la práctica de la disciplina con el compromiso político, pero sin renunciar a la sociología.

Como se advierte, dada la posición estructuralmente homóloga que estos militantes comunistas y estudiantes de sociología ocupaban en cada uno de los respectivos tableros –eran los jóvenes del campo político y los jóvenes de una nueva disciplina universitaria– adoptarían tomas de posición igualmente homólogas: desafiando a los establecidos en el Partido con las novedades de un marxismo abierto a los desarrollos de la ciencia social, y reivindicando la autonomía de su papel de productores especializados frente a un Partido que pretendía mantenerlos a raya en nombre de una doctrina; desafiando, también, a los establecidos de la nueva sociología con una "nueva orientación", capaz de infundir "imaginación" y activismo a una disciplina burocratizada, ya incapaz de sintonizar, según pensaban, con los problemas públicos del presente. La fórmula/consigna de "marxismo con datos" que, acuñada y popularizada en esos años por Juan Carlos Marín, adoptaron para autodescribirse, expresa bien esa configuración estructural de doble vínculo en la que estaban inscriptos, como también las ambivalencias derivadas de ella. La fórmula, que les permitía acumular los beneficios de la ciencia con el prestigio del compromiso político, fue la manera que encontraron de resolver las contradicciones a las que estaban expuestos. □

[19] *Ibid*., p. 79, mayúsculas en el original.

## Bibliografía


Agosti, Héctor, "Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los marxistas", en A. Agosti, *Para una política de la cultura*, Buenos Aires, Procyon, 1956.

Bourdieu, Pierre, *Langage et pouvoir symbolique*, París, Fayard2001.

—, *La miseria del mundo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Germani, Gino, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Buenos Aires, Raigal, 1955.

—, "El marxismo y la idea del ´proceso histórico´", Ficha 39, s/d.

—, *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Autónoma de México, 1956.

Ghioldi, Rodolfo, "Cosas de la sociología", *Cuadernos de Cultura*, nº 53, 1961, p. 27.

Mauger, Gérard, "La jeunesse, un ´âge de la vie´", *Diversité*, nº 194, 2019, pp. 25-30.

Simon, Michel, "Notas sobre la concepción marxista de la sociología", *Cuadernos de Cultura*, nº, 49, setiembre-octubre de 1960, pp. 24-34.

Solari, Aldo, "Educación y desarrollo de las elites. Sistemas de enseñanza secundaria", en S. M. Lipset y Aldo Solari, *Elites y desarrollo en América latina*, Buenos Aires, Paidós, 1965, pp. 351-383.

Stuart Hughes, H., *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo 1890-1930*, Madrid, Aguilar, 1972.

Torre, Juan Carlos, "Una nueva orientación de la sociología norteamericana", *Cuestiones de Filosofía*, nº 2, 1962.

—, "La imaginación sociológica", Cuadernos de Cultura, nº 3, 1962.

Torre, Juan Carlos y Elizabeth Jelin, "La conferencia dialogada. Una conversación sobre Gino Germani, las épocas, las huellas y las trayectorias", *Revista Sudamérica*, nº 20, Centro de Estudios Sociales y Políticos (CESP – FH – UNMdP), 2024. Presentación, edición y notas a cargo de Germán J. Pérez.

## Resumen/Abstract

**Comunistas sociólogos/sociólogos comunistas: sociogénesis de una ambivalencia intelectual**
En el amanecer de la década de 1960, Rodolfo Ghioldi, un importante cuadro intelectual y político del Partido Comunista Argentino, publicó una nota en la que fustigaba en duros términos a la sociología universitaria liderada por Gino Germani. La nota de Ghioldi encendió la mecha de un debate en torno de las relaciones entre marxismo y sociología que a partir de entonces habría de propagarse en los distintos cenáculos intelectuales que por entonces nucleaban a la denominada "nueva izquierda". Pero suscitó también una reacción crítica, cargada de ambivalencia, al interior del Partido, de parte de una fracción de sus cuadros más jóvenes, la de aquellos que eran militantes de la organización y a la vez estudiantes avanzados de Sociología. El artículo intenta comprender la génesis social de esa reacción atendiendo tanto a las propiedades de origen social y de trayectoria que diferenciaban a esos jóvenes de los viejos cuadros del Partido como a la propiedad de posición de "doble vínculo" a la que aquellos se vieron arrojados como consecuencia de su condición de militantes del Partido y aspirantes a la novel disciplina.

**Palabras clave:** Comunistas – Sociólogos – Origen social – Trayectorias – Ambivalencia intelectual

**Communist Sociologists / Sociologist Communists: The Sociogenesis of an Intellectual Ambivalence**
In the early 1960s, Rodolfo Ghioldi, a leading intellectual and political figure in the Argentine Communist Party, published an article sharply criticizing the university sociology led by Gino Germani. His intervention sparked a debate on the relationship between Marxism and sociology that soon spread across the various intellectual circles associated with the so-called "New Left." It also provoked a critical and deeply ambivalent reaction within the Party itself, particularly among a group of younger cadres who combined Communist militancy with advanced training in sociology. This article seeks to reconstruct the social genesis of that reaction by examining both the social origins and trajectories that distinguished these young intellectuals from the older Party leadership and the "double bind" situation in which they found themselves because of their simultaneous commitment to Communist activism and their aspirations to join a newly institutionalizing academic discipline.

**Keywords:** Comunists – Sociologists – Social origin – Trajectories – Intellectual Ambivalence

# *"Marxismo con datos"*

## *Ciencia, ideología y política en la polémica sobre las relaciones entre marxismo y sociología científica*

Germán J. Pérez y Martín Unzué

Universidad Nacional de Mar del Plata  Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de La Plata

Los textos que dan origen a este dossier fueron recuperados por Juan Carlos Torre a partir de su intervención, junto a Elizabeth Jelín, en la conferencia principal del Segundo Coloquio Internacional Gino Germani celebrado en la ciudad de Mar del Plata en octubre de 2022.[1] En esa ocasión conversaron sobre su experiencia en aquellos años de fundación de la sociología científica, destacando el vínculo indisociable que para ambos tenían la actividad académica y la práctica militante, sin por ello eludir las tensiones personales y colectivas que la convergencia de ambas actividades generaba en la Carrera dominada por la figura y el proyecto de Gino Germani. Como señaló Torre, militante comunista durante casi todo su tránsito por la Carrera, la tensa relación entre sociología científica e ideología marxista se resolvía, de forma expeditiva pero efectiva, bajo la fórmula acuñada por otro compañero de la época, Lito Marín: "marxismo con datos".

Siguiendo el hilo de esa notable conferencia coral construimos un corpus para el desarrollo de este trabajo, que incluye referencias, omisiones, sobreentendidos, en definitiva, pretextos para analizar el nervio conceptual de lo que estaba en juego en la disputa sobre la posibilidad misma del "marxismo con datos", es decir, de una sociología científica marxista académica. Esta polémica tuvo muchos capítulos y protagonistas. Aquí nos centraremos en las intervenciones que Torre menciona en la conferencia: la de Gino Germani como figura de referencia, la de Eliseo Verón –como veremos, muy considerada en aquella coyuntura–, y la suya propia.

No nos interesa tanto aquí la polémica entre jóvenes sociólogos marxistas y veteranos ideólogos de partido.[2] Lo que buscamos entender es lo que ella permite entrever acerca del impacto de la enseñanza y el ejercicio de la "sociología científica" sobre aquella primera generación de discípulos díscolos que criticaron al maestro desde un compromiso político y teórico de raigambre marxista, así como las transformaciones ideológicas y teó-

[1] La conferencia completa se publicó como Juan Carlos Torre y Elizabeth Jelin, "La conferencia dialogada. Una conversación sobre Gino Germani, las épocas, las huellas y las trayectorias", en *Revista Sudamérica* nº 20, Centro de Estudios Sociales y Políticos (CESP - FH - UNMDP), 2024. Presentación, edición y notas a cargo de Germán J. Pérez.

[2] Eliseo Verón definió de manera contundente la intervención de Ghioldi en *Cuadernos de Cultura* como "el delirio antisociológico de Rodolfo Ghioldi", en "Sociología, ideología y subdesarrollo", *Cuestiones de Filosofía* nº 2-3, 1962, p. 16.

*Prismas*, Revista de historia intelectual, Nº 30, 2026, pp. 173-181
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1697

ricas que fue experimentando el incipiente campo de la sociología científica en esos años efervescentes en debates al calor de profundas transformaciones políticas.

## Coordenadas de una polémica

La figura de Gino Germani y su papel en la institucionalización de la sociología argentina ha sido fuertemente estudiada en las últimas décadas. Luego de un extenso período de impugnación y posterior olvido, desde los años 90 del siglo pasado comenzó una sostenida revalorización de la obra del pensador ítaloargentino, a partir de nuevas lecturas que fueron proponiendo claves de comprensión más profundas y matizadas de sus obras; y también por la revalorización de los otros aspectos de su trabajo, tanto en el terreno institucional como en su prolífica tarea editorial, en especial la que promovió la introducción de nuevas perspectivas en el debate teórico y social de los años 50 y 60.

Sin embargo, los acelerados procesos sociales de esa década larga que va del golpe de Estado de 1955 al golpe de Estado de 1966, momento señalado muchas veces como "el período de oro" de la universidad argentina, y que tuvo entre sus protagonistas a Gino Germani, resultaron de una particular y cambiante intensidad que atraviesa nuestro problema. En la recordada biografía de Gino Germani escrita por su hija Ana, también se marca con claridad el progreso de una situación cada vez más conflictiva con estudiantes y jóvenes profesores, a la que la autora le atribuye un lugar central en la decisión de Germani de buscar nuevos horizontes en Estados Unidos. Afirma Ana Germani:

> Según Germani era necesario mantener autonomía e independencia frente a las connotaciones ideológicas y emocionales que implicaban las contribuciones de la sociología moderna norteamericana. Para el sociólogo, la tarea era precisamente superar esas deformaciones ideológicas y emocionales en el proceso de recepción de aportes de la sociología universal cualesquiera que fueran sus orígenes geográficos o históricos.[3]

Pero en esa tarea, el enfrentamiento al interior del campo en formación de la sociología académica se fue profundizando.

El complejo entramado de esas críticas desde las izquierdas a los presupuestos epistemológicos e ideológicos de la sociología científica, hechas en el particular contexto de los debates sobre la modernización y el desarrollo, pero también sobre la presencia del imperialismo en la discusión intelectual regional, serán un fuerte dique para el trabajo de Germani. La posición más filiada a las rigideces emanadas de ciertas directivas del Partido Comunista no pasa de una crítica poco académica y sostenida en dogmatismos.[4] Pero hay otras impugnaciones más sofisticadas, que surgen de las enormes novedades de un campo intelectual voraz en su producción de contrapuntos, pero, sobre todo, atento al sentido de la acción política.

Comencemos por la crítica que, a juzgar por los comentarios de Torre, reviste el carácter de pionera. Las intervenciones de Eliseo Verón se encuentran principalmente en dos trabajos: "Sociología, ideología y desarrollo", publicado en 1962, y su posterior y más maduro balance sobre los primeros 25 años de la carrera de Sociología, que sale de imprenta ya en 1974. Al momento de escribir el primero de los artículos mencionados, Verón, de 27,

[3] Ana Alejandra Germani, *Gino Germani. Del antifascismo a la sociología*, Buenos Aires, Taurus, 2004, p. 254.
[4] Una de las principales citas de autoridad del artículo crítico de Ghioldi corresponde a *Los fundamentos de la filosofía marxista,* de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., publicado bajo la dirección general de F. V. Konstantinov.

años se encuentra en París tomando los cursos que imparte Lévi-Strauss en el Laboratorio de Antropología Social del *Collège de France*, financiado por una beca externa del CONICET concedida en 1961. A fines del año siguiente regresará a la Argentina y será designado profesor adjunto, y seguidamente asociado, de un Departamento de Sociología que ya está en plena transformación.[5] Allí asumirá junto a Miguel Murmis el dictado de la materia Sociología Sistemática, que había estado a cargo de Germani.

La crítica de Verón a la posición teórica de Germani –"el sociólogo puro"– parte de la impugnación a la pretensión de neutralidad valorativa que el primero le atribuye a la sociología científica, y evoluciona hacia un cuestionamiento y replanteo general de las relaciones entre ciencia e ideología. Desde tal atalaya Verón confronta la idea atribuida a Germani de que los desarrollos más recientes de la teoría y la metodología de las ciencias sociales se han producido en la matriz histórica, social y cultural de la sociedad norteamericana, pero no para caer en la banalidad de la denuncia de intenciones imperiales, sino sosteniendo que la penetración ideológica va más allá y es independiente de las intenciones, porque "la más rigurosa actitud científica no podría evitar que la ciencia social contemporánea contenga las decisiones valorativas de la sociedad que la ha elaborado".[6] Entonces, lo que plantea Verón como núcleo del cuestionamiento a la posición de Germani es que lo que se produce allí es una sociología ahistórica, que no contempla la dimensión de futuro como proyecto histórico y, consecuentemente, sostiene una decisión valorativa de preservación en su origen como "sociología del orden". A pesar –reconoce– de la aislada crítica que realiza en este sentido Wright Mills, referente que, como veremos, destila protagonismo en esta contienda.[7]

Situado en una novedosa plataforma teórica y epistemológica desde la que dispara sus controversias, en el artículo de 1962 Verón despliega contra la sociología científica la crítica estructuralista al empirismo lógico: en el modelo de la lengua, el significado mismo se conforma en relación con un contexto y con un uso, es decir, en todo fenómeno de significación los aspectos semánticos y pragmáticos son previos y constitutivos de los lógicos, de ahí que la "neutralidad valorativa" sea imposible al nivel de los enunciados singulares de experiencia; llegados a este punto, siempre las decisiones –valorativas– han sido tomadas. Tempranamente, histórica y biográficamente, Verón señala ese desplazamiento epistemológico de la ciencia como conjunto de enunciados hacia la ciencia como estructura de significados históricamente determinados, en el mismo año de publicación del libro que revolucionará el medio anglosajón en la misma dirección: *La estructura de las revoluciones científicas*, de Thomas Kuhn.

Ahora bien, esta sofisticada innovación epistemológica que introduce Verón luego de su experiencia francesa se tensiona, en el texto de 1962, con la idea de una "verdad social" que se revela en el propio despliegue de la historia, y que viene a garantizar, en definitiva, el carácter marxista de la ciencia social, afirma Verón, "más verdadera". En *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento*, de 1974, abandona tal posición historicista a favor de lo que denomina una imbricación entre ciencia e ideología en el sentido en que la pri-

[5] Gino Germani había renunciado a la dirección del Departamento a fines de 1962, comenzando un lento proceso de retirada. En 1963 se produce una fuerte huelga de estudiantes de la carrera, que muestra el malestar y el grado de politización del claustro en esos años.

[6] Verón, "Sociología, ideología y subdesarrollo", p. 29.

[7] La impactante noticia de la temprana muerte del sociólogo estadounidense en marzo de 1962 contribuyó, seguramente, a una mayor sensibilidad a su trabajo y a su figura.

mera está históricamente sujeta a condiciones sociales de producción, pero su relación no se dirime ya por la eventual reabsorción del conocimiento en una verdad histórica sino por la frontera siempre móvil entre cada tipo de discurso –el ideológico y el científico– que, destituido el fundamento dialéctico que subtendía de manera algo opaca al artículo de 1962, solo puede resolverse de manera "empírica", es decir, contextual, estableciéndose entre ambos dominios una relación que, desde el punto de vista lógico, responde a la forma de la regresión infinita.[8]

Sin embargo, de la premisa de la existencia de fronteras entre tipos o géneros discursivos no se sigue cuál es la que establece la distinción analítica entre ciencia e ideología. En este punto Verón, en la línea que siguen sociólogos críticos por esos años, de Alvin Gouldner a Pierre Bourdieu, sostiene que la propiedad distintiva del conocimiento científico es la reflexividad sobre sus condiciones de producción, a la manera del ejercicio permanente de la explicitación y la crítica, por un lado, y el carácter abierto (falible) del conocimiento, por el otro. Si el "efecto ideológico" en su forma pura se manifiesta como un discurso total que oculta sus condiciones sociales de producción, el "efecto de conocimiento" puede identificarse por su estructura reflexiva y abierta. Conclusión con la que Germani, intuimos, no hubiera disentido gravemente.

De hecho, en el prólogo a *La imaginación sociológica*, de Wright Mills, publicado en español por iniciativa de Germani en 1961, libro que opera como referencia omnipresente de la perspectiva crítica a la "sociología científica" asumida por los jóvenes intelectuales comprometidos –de Eliseo Verón a Milcíades Peña–, se expide Germani sobre el problema de la relación, justamente, entre ciencia e ideología en términos bastante contundentes:

> Debe reconocerse, sin embargo, que el peligro de la deformación ideológica que Mills denuncia con tanto vigor constituye una amenaza constante en todas partes y no solamente en los Estados Unidos. No puede decirse, con todo, que las nuevas formas asumidas por la Sociología en su aspecto teórico o en su infraestructura organizativa representen un cambio esencial a este respecto. *Una clara conciencia teórica en cuanto a las implicaciones ideológicas del propio pensamiento y una actitud vigilante orientada exclusivamente en la búsqueda de la verdad constituyen dos condiciones esenciales de todo quehacer científico. La imparcialidad absoluta es quizá tan solo una meta ideal hasta cierto punto inalcanzable, pero la honestidad moral y la claridad intelectual –de las que Mills da un excelente ejemplo– son calidades indispensables para el investigador*.[9]

Germani no descalifica las críticas de Wright Mills con el afán de proteger a una sociología funcional y normativa del orden, como sostienen con diversos fundamentos tanto Ghioldi como Verón, sino que subordina las críticas de Mills a las condiciones sociales de producción del conocimiento sociológico en América Latina, llamando la atención sobre los efectos perniciosos que, incluso, puede producir un "efecto de demostración" en este plano. Asimismo, agrega, lo específico del contexto latinoamericano, y argentino en par-

[8] Para evaluar este desplazamiento en el pensamiento de Verón sobre la epistemología de las ciencias sociales es muy importante un artículo publicado casi exactamente entre los que venimos comentando: "Para una pragmática de las ciencias sociales", de 1967 (republicado en Eliseo Verón, *Conducta, estructura y comunicación. Escritos teóricos 1959-1973*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995).

[9] Gino Germani, "Prólogo", C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, pp. 16-17 (cursivas nuestras).

ticular, supone una ventaja fundamental para el ejercicio de una sociología crítica como la que propone Mills –y suscriben Verón y Torre por aquellos años–:

> Más a la vez no debemos olvidar aquellos elementos de la tradición intelectual latinoamericana que sin duda nos colocan en una posición más favorable que la existente en el país del norte: así no cabe duda que el "pensamiento social" de América Latina presenta más de un hermoso ejemplo de lo que Mills llama análisis social clásico. *La influencia profunda del historicismo, y algunas de las características mismas de la cultura predisponen casi "naturalmente" a la ubicación de los problemas en el contexto mayor de la estructura social percibida históricamente, procedimiento que Mills recomienda con tanto énfasis.*[10]

En definitiva, a través de ese prólogo caliente, Germani consuma una doble operación de diferenciación del ensayismo/intuicionismo como (anti)método, por un lado, más de incorporación de cierta perspectiva holista y estructural "historicista" para abordar los problemas que sería propia del enfoque latinoamericano en detrimento de la burocratización de la sociología norteamericana *mainstream* denunciada por Wright Mills, por el otro.

El joven Juan Carlos Torre, que manifiesta su fascinación por la compleja crítica de Verón y suscribe las críticas de Wright Mills, emprende, sin embargo, otro camino para confrontar con la sociología científica. Si bien en la carta de respuesta a Rodolfo Ghioldi aparece una mención a Lévi-Strauss como un pensador social que no puede ser acusado de burgués, la impugnación del joven Torre no irá en la dirección de una crítica epistémica y conceptual sostenida en tesis estructuralistas, como la del rutilante Verón, sino en la línea de un análisis histórico materialista de las condiciones de emergencia y consolidación de la sociología y sus críticas.

Un primer movimiento aparece en un texto corto editado en la misma revista en la que Verón publica su extenso y complejo artículo de 1962. Firmado con las iniciales J. C. T., se presenta allí una recensión de una conferencia impartida por Irving L. Horowitz en la Facultad de Filosofía y Letras sobre el tema que titula el artículo: "Una nueva orientación en la sociología norteamericana".[11] En una enumeración de siete puntos y una conclusión en dos páginas, Torre destaca el compromiso de la sociología crítica norteamericana con los "problemas públicos" y la necesidad de escapar de la trivialidad metodológica mediante una conexión directa entre la reflexión sociológica y los asuntos cotidianos. Este aspecto programático enunciado en el primer punto se completa con una serie de estrategias orientadas a profundizar la reflexividad histórica y conceptual de la disciplina, entre las que nos interesa destacar dos: eliminar el "dualismo metodológico" en las ciencias sociales incorporando tanto a la epistemología neopositivista como a la sociología del conocimiento de matriz frankfurtiana, por un lado, y terminar con el "imperialismo sociológico" en el sentido de la reducción de las ciencias sociales a la "gran teoría" sociológica, otorgando una matizada prioridad a las relaciones con la "economía", por el otro. "Marxismo con datos".

Durante el año siguiente, 1963, Torre, ya distanciado del PC, publica su primer artículo largo en ese experimento proteico de relaciones entre humanidades y marxismo que fue la experiencia de *Pasado y Presente*. En "Robert Lynd y la crítica de la sociología" em-

[10] *Ibid*, pp. 19-20 (cursivas nuestras).

[11] Juan Carlos Torre, "Una nueva orientación en la sociología norteamericana", *Cuestiones de Filosofía*, nº 2-3 (firmado J. C. T.), 1962.

prende un recorrido histórico por los orígenes de la sociología norteamericana para mostrar el contraste entre un conocimiento que en sus formas incipientes fue resultado de la alta conflictividad sociopolítica generada por el desarrollo del capitalismo norteamericano, frente a la sociología madura que viene a consagrar burocráticamente la conservación de su culminación más siniestra: el capitalismo especulativo, monopólico y corporativo del siglo XX, tan refractario a la conflictividad como a la democracia.

Torre recupera la discusión sobre el sentido del conocimiento sociológico planteada en el libro de Lynd, *Knowledge for What*, y la inscribe en la misma línea que la crítica de Mills ya referida. Pero su intervención, reponiendo el debate sociológico norteamericano, toma esa excusa para discutir el papel de la sociología latinoamericana. Lo que le interesa señalar es que la sociología científica que se consolidó en nuestras escuelas tomando el modelo de la ciencia norteamericana debe también recuperar ese debate sobre la neutralidad valorativa que Lynd (como Mills) han dado, marcando lo inevitable de los juicios de valor que definen las decisiones que toma el empirismo.

En definitiva, y en concordancia con la línea editorial de la novel publicación, Torre muestra la necesaria transición entre una ciencia social concebida en el sentido iluminista como herramienta de emancipación de las masas a través de la educación, propia de la "sociología primitiva", hacia una concepción de la ciencia como momento reflexivo/teórico de la praxis que se elaboraba en los conflictos. Como corolario, y desde esta perspectiva, el "cientificismo" queda inhibido de cualquier tipo de neutralidad ideológica, dado que toda reflexión científica se origina en una disrupción y por ello tiene una responsabilidad. Dice Torre:

> Las formas de comprensión de la realidad que nos son suministradas por la sociología norteamericana, de predominante difusión entre nosotros, contienen en la medida que son productos de una sociedad determinada, significaciones que remiten al proyecto humano que tal sociedad pretende realizar. El reconocimiento de las decisiones valorativas que le son implícitas debe estar acompañado de la confrontación con nuestras propias aspiraciones y objetivos. Solo así será posible alcanzar la conciencia crítica que nos permita esclarecer, más allá de la pretensión de universalidad que anima a los contenidos cognoscitivos de la sociología norteamericana, su condición de elaboraciones históricas […] Se trata de dejar bien en claro el *knowledge for what* de la sociología latinoamericana.[12]

## Algunas conclusiones: las arenas del debate

La larga década de la modernización universitaria coincidió con estremecedoras conmociones políticas que fueron alterando las coordenadas del debate intelectual y académico. La resistencia peronista, con su correlato en la revisión intelectual y generacional de *Contorno*, la Revolución cubana de 1959 y el surgimiento de las teorías de la dependencia que colocaban en el centro del análisis a la cuestión del imperialismo, entre las más destacables, desplazaron el eje de la oposición entre fascismo y democracia que había estructurado el debate intelectual durante el período en el que Germani acumuló capital social y académico como sociólogo crítico a la sombra del peronismo, a la oposición entre imperialismo y alternativas socialistas que lo colocaban del lado conservador –"cientificista"– de la polémica.

[12] Juan Carlos Torre, "Robert Lynd y la crítica de la sociología", *Pasado y Presente*, nº 2-3, 1963, p. 193.

En el artículo sobre la historia de la sociología en la Argentina publicado en 1968,[13] Germani enmarca todo cuestionamiento a la "sociología científica" como rémora del tradicionalismo de las sociedades con transiciones conflictivas, al tiempo que rechaza de manera irónica la crítica conservadora espiritualista que retorna con sus pretensiones "literarias". En cambio, discrimina en la crítica de izquierda dos aspectos, uno que debe ser considerado y el otro desechado. El primero es el problema de la aplicación de conceptos y categorías elaborados para analizar realidades "desarrolladas" a países en conflicto por el desarrollo; si bien desde la perspectiva de la sociología científica la teoría sociológica debe converger hacia una teoría general, estos aspectos contextuales no pueden ser desatendidos y allí está el punto que Germani concede a sus críticos de "ultraizquierda". Por otro lado, quizá en un ambiente cada vez más desfavorable para ese *ethos*, Germani defiende su trabajo de las acusaciones de infiltración imperialista fundamentado en la interdisciplinariedad y el pluralismo que, bastante más tarde, se le reconoce haber ejercido.

Quizá el detalle en el que se esconde el diablo consista en que la ferocidad de las luchas por la legitimidad en el campo disciplinar lleva a representar al otro como caricatura, bastardeando la complejidad de un pensamiento: así como Germani lo hizo, por momentos, con el "realismo social" y sus sucedáneos –léase Martínez Estrada–, también su funcionalismo llave en mano fue exagerado por la crítica de izquierda sin reconocer que sus estudios incluyen una paleta interdisciplinaria y una pretensión crítica que amalgama psicología sociocultural, antropología pragmática, sociología histórica y teoría crítica para llevar adelante un proyecto mucho más ambicioso que la mera profesionalización de la sociología científica.

En ese panorama el gesto político académico que constituye la intervención de Verón resulta de gran relevancia en la medida en que, en un mismo movimiento, descalifica, por un lado, al dogmatismo del Partido –al cual, a diferencia de Torre, nunca perteneció–, y se coloca, por el otro, en la vanguardia del campo académico intelectual relegando las teorías del desarrollo y la modernización a la condición de ideologías conservadoras. Al interior de las izquierdas, Verón es un militante que inaugura, además, una nueva figura de intelectual, a distancia del compromiso existencialista que había alumbrado el fenómeno de *Contorno* y del dogmatismo leninista prosoviético en el que había persistido el PC: la praxis teórica como modelo de intervención política. El ejercicio de la sociología como crítica interna a las formas mistificadas de producción teórica que eliden sus condiciones sociales de producción. Doble vanguardia entonces: epistemológica e intelectual; la "sociología marxista" no existe (1962), lo que existen son "sociólogos al servicio del socialismo" (1974).

Ahora bien, por qué no pensar, en un contexto de radicalización antimperialista, que la vanguardia que pretendió encarnar Verón, con buenas razones y argumentos, no podría ser analizada ella misma como una "moda" más, una corriente, acaso más sofisticada pero no menos cómplice, de colonialismo cultural. Esa será la crítica que sobre Verón descargarán los ubicuos marxismos historicistas y los nacionalistas de derecha e izquierda. En una paradoja de la propia crítica teórica, la radicalización de las condiciones sociales/históricas de producción que la hicieron posible arrinconaron a Verón contra las sogas cientificistas de las que había logrado distanciarse. Tanto desde su perspectiva como desde la de Torre, la investigación sociológica era concebida como disciplina autónoma y profesional, solo que "al servicio del socialismo", lo cual se

[13] Gino Germani, "La sociología en Argentina", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 4, nº 3, 1968.

traducía como crítica teórica e histórica, respectivamente, a los presupuestos ideológicos del estructural funcionalismo al que consideraban la forma más evolucionada de la mistificación de la ciencia universal. Más allá de esa disputa, la actividad militante no podía concebirse como extensión de la sociología, a riesgo de vulnerar su autonomía profesional y disciplinar. A la vuelta de tantas polémicas, en ese punto, coincidían con el maestro en su lucha contra el fascismo: discernir las batallas resulta clave en la estrategia. □

## Bibliografía


Germani, Ana Alejandra, *Gino Germani. Del antifascismo a la sociología*, Buenos Aires, Taurus, 2004.

Germani, Gino, "Prólogo" a C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.

—, "La sociología en Argentina", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 4, nº 3, 1968.

Torre, Juan Carlos, "Una nueva orientación en la sociología norteamericana", *Cuestiones de Filosofía*, nº 2-3 (firmado J. C. T.), 1962.

—, "Robert Lynd y la crítica de la sociología", en *Pasado y Presente*, nº 2-3, 1963.

Torre, Juan Carlos y Elizabeth Jelin, "La conferencia dialogada. Una conversación sobre Gino Germani, las épocas, las huellas y las trayectorias", *Revista Sudamérica* nº 20, Centro de Estudios Sociales y Políticos (CESP - FH - UNMdP), presentación, edición y notas a cargo de Germán J. Pérez, 2024.

Verón, Eliseo, "Sociología, ideología y subdesarrollo", *Cuestiones de Filosofía*, nº 2-3, 1962.

—, "Para una pragmática de las ciencias sociales", en E. Verón, *Conducta, estructura y comunicación. Escritos teóricos 1959-1973*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995 [1967].

—, *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento. 25 años de sociología en Argentina*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974.

## Resumen/Abstract

**“Marxismo con datos”. Ciencia, ideología y política en la polémica sobre las relaciones entre marxismo y sociología científica**

A partir de las intervenciones de Juan Carlos Torre y Elizabeth Jelin en el Segundo Coloquio Internacional Gino Germani, donde conversaron sobre sus experiencias en los inicios de la Carrera de Sociología de la UBA a fines de los años 50 y comienzos de los 60, el texto propone retomar parte del clima de época, de las discusiones epistemológicas en juego en ese momento y de las fuertes luchas por la legitimidad del nuevo campo de conocimientos.

La irrupción de la “sociología científica” venía de la mano de la idea de la modernización y de un papel central de la universidad (y de las ciencias sociales) en ella. El texto propone el análisis de algunas de las principales críticas a la concepción teórica del sociólogo ítaloargentino. Allí se destacan las observaciones realizadas por Eliseo Verón, así como los posicionamientos del propio Torre, que tuvieron, cada uno a su modo, un lugar relevante en la impugnación de los aportes germanianos. Esas críticas a la obra de Germani lograron condenarla a cierto lugar de desconsideración y silencio por más de dos décadas. Sin embargo, la recuperación de sus trabajos desde los años 90, con nuevas lecturas más atentas a los matices y derivas, pero también la revisión de las críticas ya fuera del contexto de la militancia política de su origen, permiten descubrir puentes teóricos que resignifican y revalorizan esos caminos abiertos en pleno proceso fundacional de la disciplina.

**Palabras clave:** Sociología – Ciencia- Ideología – Socialismo

**“Marxism with Data”: Science, Ideology, and Politics in the Debate on the Relationship Between Marxism and Scientific Sociology**

Based on the presentations by Juan Carlos Torre and Elizabeth Jelin at the Second Gino Germani International Colloquium, where they discussed their experiences during the early days of the sociology program at the University of Buenos Aires (UBA) in the late 1950s and early 1960s, this text aims to recapture some of the atmosphere of that era, the epistemological debates at play at the time, and the intense struggles over the legitimacy of this new field of knowledge.

The emergence of “scientific sociology” went hand in hand with the idea of modernization and the central role of the university (and the social sciences) in that process. This text analyzes some of the main criticisms of the Italian-Argentine sociologist’s theoretical conception. It highlights the observations made by Eliseo Verón as well as Torre’s own positions, which, each in its own way, played a significant role in challenging Germani’s contributions.

That criticism of Germani’s work effectively condemned it to a state of neglect and silence for more than two decades. However, the rediscovery of his work since the 1990s–through new interpretations that pay closer attention to nuances and shifts, as well as a reevaluation of the criticism now removed from the context of its original political activism–has made it possible to uncover theoretical bridges that redefine and revalue those paths opened up during the very founding process of the discipline.

**Keywords:** Sociology – Science – Ideology – Socialism

# *Comunismo, sociología e interpretación del peronismo*

## *Redes e itinerarios intelectuales en los años sesenta*

Hernán Camarero

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Rodolfo Ghioldi fue uno de los máximos dirigentes del Partido Comunista (PC) argentino desde su fundación en 1918-1920. Cuando a comienzos de los años sesenta escribía en la revista *Cuadernos de Cultura* que la sociología burguesa había quedado atrás y que "la única ciencia social es desde entonces el marxismo-leninismo", no emitía solo una opinión: pronunciaba la voz del partido.[1] El intercambio que sostuvo con Manuel Mora y Araujo y Juan Carlos Torre –dos estudiantes de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad de Buenos Aires (UBA), pertenecientes a la Federación Juvenil Comunista (FJC)– revela el punto en el que una ortodoxia política, asentada sobre un marxismo de partido de tonos fuertemente doctrinarios, comenzó a ser interrogada por intelectuales en formación que se iban incomodando por la subordinación del conocimiento a la línea oficial.

Todo ello se desenvolvía en un clima intelectual y político de extraordinaria densidad. Imperaba una politización general de la cultura, con el impacto de la Revolución cubana, que reinstalaba la idea de revolución; la "traición Frondizi", que clausuraba las ilusiones desarrollistas; el tercermundismo como nueva geografía política, y la creciente afirmación de las ciencias sociales.[2] En esa encrucijada, la relación entre marxismo y peronismo se convertía en el problema teórico central de una generación que ya no podía ignorar en qué lugar la clase obrera había encontrado su identidad política mayoritaria. Las intervenciones de José María Aricó (1931-1991) y Juan Carlos Portantiero (1934-2007) –figuras centrales de una generación político-cultural– y, en una secuencia ligeramente posterior, las de Celia Durruty (1936-1967) y J. C. Torre (1940-) permiten observar cómo una nueva camada de jóvenes comunistas, tras su militancia en el Partido, revisó su tradición heredada para repensar los vínculos entre clase y nación, entre partido e intelectuales, entre marxismo y sociología.

En este cuadro, los textos de Ghioldi, Mora y Araujo y Torre podrían entenderse como el pasaje de una cultura partidaria que reclamaba obediencia teórica a otra sensibilidad intelectual, todavía incierta y en desarrollo.

[1] Rodolfo Ghioldi, "Cosas de la sociología", *Cuadernos de Cultura*, nº 53, septiembre-octubre de 1961.

[2] Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

*Prismas*, Revista de historia intelectual, Nº 30, 2026, pp. 183-192
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1698

Entre Ghioldi y los jóvenes se encontraba Héctor P. Agosti, secretario de cultura del PC y primer introductor de Gramsci en el país. Él ofició de intermediario, absorbiendo cierto conflicto sin resolverlo, lo que muestra bien su posición estructural en el comunismo local: la de quien intentó abrir una nueva brecha intelectual en el partido, pero sin cruzarla él mismo desde el punto de vista político.[3]

Desde los años treinta, el PC caracterizaba a la Argentina como un país capitalista dependiente, deformado por el atraso agrario y el peso del imperialismo. De ese diagnóstico se desprendía una estrategia de revolución por etapas, que se iniciaba con su fase democrático-burguesa, agraria y antiimperialista, y una política de alianzas con la presunta burguesía nacional. Esa matriz, consolidada con el frente popular y reafirmada en su XI Congreso de 1946, en el que el Partido comenzó a convocar al Frente de Liberación Nacional y Social, era una gramática para leer la realidad argentina.[4] Ello condicionó desde el comienzo la mirada sobre el peronismo. Desde las izquierdas, este fue visto, alternativamente, como un derivado local del fascismo, como una variante de bonapartismo o como la representación contradictoria de una burguesía nacional incapaz de consumar sus tareas históricas. Al PC no le resultó fácil comprender por qué una clase obrera, en la que el comunismo había tenido una inserción considerable hasta 1943, había dejado más tarde de reconocerse en esas viejas referencias clasistas. El Partido había construido un abigarrado y extenso mundo de periódicos, editoriales, asociaciones socioculturales, y conservaba una importante intervención en el mundo sindical, juvenil y estudiantil. Tras el desplazamiento de su base obrera industrial hacia el peronismo, ese peso se concentró aún más en el ámbito intelectual y cultural.

Fue en ese período cuando comenzó a institucionalizarse una nueva disciplina que implicó un cuestionamiento más profundo a los presupuestos del marxismo partidario y a su pretendida autoridad sobre el conocimiento de lo social. La carrera de Sociología de la FFyL de la UBA, creada en 1957 bajo la dirección de Gino Germani, representó una ruptura con la sociología de cátedra del período anterior, al introducir como norma la investigación empírica (muy influenciada por las líneas del estructural-funcionalismo norteamericano) y abrirse a las grandes corrientes internacionales.[5] En ese ámbito en pleno crecimiento, hicieron parte de su formación los protagonistas de este artículo. La versión hegemónica de la nueva disciplina suponía una interpelación incómoda para la ortodoxia del PC, que acusaba a aquella de anticientífica, apologética, ilusoria y hostil al materialismo histórico: el debate entre Ghioldi y los estudiantes de la FJC debe entenderse en ese proceso de diferenciación.

Por otra parte, como expresión del clima intelectual del período estaba la emergente figura de Aricó.[6] No era un sociólogo profe-

[3] Alexia Massholder, *El Partido Comunista y sus intelectuales. Pensamiento y acción de Héctor P. Agosti*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2013; Laura Prado Acosta, *Los intelectuales del Partido Comunista. Itinerario de Héctor Agosti (1930-1963)*, Raleigh, A Contracorriente, 2015; Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017.

[4] Hernán Camarero, "¿Un imprevisto desenlace? De la estrategia del frente popular al triunfo del peronismo en Argentina", en J. Puigsech Farràs (ed.), *El frentepopulismo comunista entre Europa y Sudamérica, 1934-1943*, Madrid, Marcial Pons, 2025.

[5] Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

[6] Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de* Pasado y Presente, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; Martín Cortés, *Un nuevo mar-*

sional ni un estudioso del peronismo comparable a Portantiero, Durruty o Torre. Pero, tras quince años de militancia en el PC de Córdoba, devino animador fundamental de la ruptura con la cultura comunista oficial. Aricó llegó a Gramsci junto con Agosti, quien desde *Cuadernos de Cultura* ofició de maestro de los jóvenes intelectuales comunistas. Fue él quien sumó a Aricó a la labor de traducción al castellano de algunos de los *Quaderni del carcere* del dirigente del PC italiano, editados entre 1958 y 1962 por la editorial Lautaro. En ese emprendimiento Aricó conoció a Portantiero, quien trabajaba como colaborador directo de Agosti. El límite de esas apuestas renovadoras "gramscianas" se reveló en 1964, cuando Agosti organizó desde *Cuadernos de Cultura* un número especial de "afirmación militante del marxismo-leninismo" en respuesta a sus discípulos expulsados. Pero esa tensión había aflorado antes: en la reunión de intelectuales comunistas de 1956, cuando Agosti pugnaba por combatir cierto "sectarismo" de la política cultural soviética, fue Ghioldi quien cerró el debate y estableció los márgenes dentro de los que podía actuarse.

En ese contexto se forjó desde Córdoba el proyecto de *Pasado y Presente*, la revista "de ideología y cultura".[7] Con su primera época de publicación (1963-1965) llegó la expulsión casi inmediata del PC de algunos de sus principales protagonistas (el propio Aricó, Oscar del Barco y Héctor Schmucler), acusados de fraccionalismo y desviacionismo. Aricó lideró la revista y otros ambiciosos proyectos, como la edición desde 1968 del casi centenar de libros de la colección Cuadernos de Pasado y Presente y, posteriormente, de la Biblioteca del Pensamiento Socialista. Ese nuevo colectivo militante pretendió alejarse de su estalinismo anterior, recuperando el socialismo desde una manifiesta voluntad revolucionaria. Dan cuenta de ello sus iniciales apuestas al guevarismo, que incluyeron vínculos con el Ejército Guerrillero del Pueblo de Ricardo Masetti, y sus simpatías hacia el maoísmo. *Pasado y Presente* buscó también una aproximación al mundo obrero cordobés, sobre todo al fenómeno del "clasismo", tendiendo nuevos puentes entre teoría y experiencia de clase. El "gramscismo" –un nodo discursivo de múltiples significados y que convivió con otros significantes y principios identitarios– quiso operar como un instrumento de desestructuración del marxismo heredado, al que consideraban portador de esquemas abstractos. Fue imaginado como un método para volver a pensar las relaciones entre economía, política y cultura, y para abrir preguntas sobre hegemonía, sociedad civil e intelectuales. También, para ir al encuentro con la realidad nacional y contribuir a un ejercicio de reinterpretación del peronismo.[8]

## II

La experiencia de *Pasado y Presente* fue una condición de posibilidad para las reelaboraciones de Portantiero, quien se orientó al terreno de una investigación social más específica. Su itinerario también condensó algunas estaciones de la izquierda intelectual y política de los años 60: el comunismo oficial, el gramscismo, la nueva izquierda influida por el castro-guevarismo y el maoísmo, el despliegue de una sociología histórico-crítica. Después vendrían otras modulaciones: las apuestas a las expresiones revolucionarias del

---

*xismo para América Latina. José Aricó: traductor, editor, intelectual*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

[7] José Aricó, "Pasado y Presente", *Pasado y Presente*, año I, nº 1, abril-junio de 1963.

[8] José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Puntosur, 1988; Florencia Oroz, "El uso de categorías gramscianas en los análisis del peronismo. El caso de *Pasado y Presente*, 1963-1976", tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires, 2024.

peronismo y, por fin, ya en el exilio mexicano, un nuevo modo de pensar la articulación entre socialismo y democracia.[9] Aquí nos importa su momento inicial: aquel en que el trabajo sobre los orígenes del peronismo lo condujo a una impugnación de base sociológica de las interpretaciones de las izquierdas tradicionales, en especial del PC; también fue una tentativa de recomponer el lazo entre análisis social y vocación transformadora.

En su primer libro, *Realismo y realidad en la narrativa argentina* (1961), Portantiero intentó renovar la crítica cultural comunista, tratando de apartarse del canon zhdanovista y apelando a Gramsci. En esas páginas están los gérmenes de una ruptura con el Partido, concretada dos años después. El problema del peronismo recorre la obra, como un interrogante que las tradiciones intelectuales examinadas no habían podido resolver. Portantiero siguió reflexionando sobre estos asuntos tras su expulsión del PC, junto con un puñado de militantes de Buenos Aires, y en correlato con los cordobeses de *Pasado y Presente*, mientras constituía hacia 1964 una efímera y típica organización de la "nueva izquierda": Vanguardia Revolucionaria. En su visión, la crisis de la izquierda argentina radicaba en su carencia de un análisis correcto e histórico de la estructura económico-social del país: el PC no había podido captar el surgimiento del nuevo proletariado producto de la migración campo-ciudad y había sido esa ceguera el punto de partida de su crisis.[10] Un año después profundizaba ese diagnóstico: "[…] por no haber sabido elaborar esa particularidad, por haber sacrificado su originalidad a la infructuosa traducción de modelos, la izquierda argentina ha vivido ajena a la historia".[11] En esas intervenciones, el peronismo operaba como hilo conductor de la crítica a la izquierda tradicional.

Esa operación alcanza su formulación más influyente en *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, escrito en colaboración con Miguel Murmis. Su origen fueron dos documentos de trabajo elaborados entre mediados y fines de los años 60 en el Centro de Investigaciones Sociales (CIS) del Instituto Torcuato Di Tella (ITDT), institución que había absorbido a varios investigadores expulsados de la UBA tras la intervención de julio de 1966. Recién a fines de 1971 fue publicado como libro por la editorial Siglo XXI.[12] Allí, el peronismo deja de ser pensado como una anomalía o desviación respecto de un presunto curso clasista. En su lugar, aparece como un resultado histórico determinado: la forma específica en la que se produjo la incorporación política de la clase obrera en el marco de un proceso de industrialización y reorganización de la dominación. El desplazamiento obligaba a restituir historicidad donde antes operaban esquemas tipológicos más rígidos.[13] Como señalaban los propios autores, su enfoque, más que destacar la división interna de la clase obrera, toma como punto de partida su opuesto: "[…] la unidad de esta, como sector social sometido a un proceso de acumulación capitalista sin distribución del ingreso, durante el proceso de industrialización bajo control conservador que tiene lugar durante la década del 30" (p. 76). Las elaboraciones germanianas, por otro lado, habían tenido algún correlato

[9] Hernán Camarero, "Juan Carlos Portantiero, 1934-2007", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 11, 2007; José Casco, "De la revolución a la democracia. Cuarenta años de cultura y política en la obra de Juan Carlos Portantiero", tesis doctoral, UNSAM, 2017.

[10] Juan Carlos Portantiero, "Crisis en la izquierda argentina", *Táctica*, nº 1, 1964.

[11] Juan Carlos Portantiero, "Socialismo y nación", *Nueva política*, nº 1, diciembre de 1965.

[12] Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

[13] Hernán Camarero, "Claves para la relectura de un clásico", en M. Murmis y J. C. Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, ed. definitiva, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

en las investigaciones sociológicas de Alain Touraine, Daniel Pécaut y Octavio Ianni sobre el proletariado brasileño y su vínculo con el varguismo, que también encontraban una estrecha relación causal entre la heterogeneidad de la clase trabajadora y la germinación de los movimientos populistas.

Murmis y Portantiero afirmaban que con Germani había quedado una cierta lectura simplificada, que tendió a fijar todo el proceso en la imagen de una oposición tajante entre "vieja" y "nueva" clase obrera. Ellos insistieron en la continuidad entre el mundo sindical anterior a 1945 y la experiencia peronista. El lazo entre el nuevo régimen y los trabajadores había sido posible porque ya existía una experiencia obrera sedimentada, sin la cual la apelación peronista no habría encontrado la misma recepción. La adhesión obrera no era, pues, el producto de una manipulación sobre masas desorientadas ni el reflejo de una conciencia atrasada: era la respuesta históricamente inteligible de una clase con historia propia. El punto fuerte del planteo no estuvo en negar la transformación de la composición obrera sino en desarmar las argumentaciones que asociaban a esos nuevos sectores con la gestación del peronismo: donde las interpretaciones dominantes veían una ruptura y un aluvión de actores nuevos que rebasaban las representaciones existentes, Murmis y Portantiero advertían una continuidad, una "vieja guardia sindical" –término que Torre popularizaría años después– capaz de convocar también a los recién llegados al mundo del trabajo. Esa línea de análisis suponía una crítica simultánea a dos tradiciones: a la sociología que subestimaba esa historicidad del movimiento obrero, y a las izquierdas tradicionales que habían sido incapaces de comprender la rearticulación popular bajo la hegemonía peronista.

En un texto publicado en 1969 en la revista *Los Libros* –dirigida por el también pasado-presentista Schmucler–, Portantiero establecía de modo conclusivo las implicancias de aquellos análisis, señalando que la "irracionalidad" del fenómeno peronista solo podría explicarse, según esa visión, en términos de una irrupción de "barbarie" sobre los centros urbanos, producto de un proceso de migraciones internas que, al conformar una nueva clase obrera, dislocaría la preeminencia de los valores "racionales" de los antiguos trabajadores, poseedores de una tradición asociativa autónoma; interpretación que, de netas raíces políticas, se había transferido a los análisis de la sociología académica más difundida, desde que Germani escribió "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo".[14] Un balance teórico más integral llegaría después, en el exilio mexicano, con *Los usos de Gramsci* (Ediciones Pasado y Presente, 1977): no un libro sobre el peronismo, sino sobre la recepción gramsciana en América Latina, pero donde el peronismo reaparecía como el problema que esa recepción había permitido replantear y donde se explicitaba el andamiaje conceptual que *Estudios* había puesto en práctica sin desarrollarlo del todo.

La reinterpretación que introdujo *Estudios* también permitía repensar las orientaciones políticas dominantes en el movimiento obrero de entreguerras. Los socialistas habían reñido con los sindicalistas por la dirección de la CGT y los gremios, sobre todo en las ramas del transporte y los servicios, pero ambas corrientes, a su vez, debieron disputar el terreno a los comunistas, quienes experimentaron un notable crecimiento en la construcción y el sector industrial (metalurgia, carne, madera, textil, vestido). Dado que en esos gremios incidía ya la presencia de los "nuevos" obreros, quedaban así recusadas las tesis, tanto de la sociología tradicional como las del nacional-populismo, que habían presupuesto la imposibilidad de los partidos de clase para insertarse en aquellos

[14] Juan Carlos Portantiero, "El peronismo: civilización o barbarie", *Los Libros*, nº 5, noviembre de 1969, p. 10.

contingentes laborales. El libro no exploró puntualmente ese crecimiento del PC, pero lo ratificó como diagnóstico y potenció la posibilidad de una línea específica de investigación.

III

Este redescubrimiento del papel de los comunistas ya había sido advertido antes por otra joven socióloga vinculada a la experiencia de *Pasado y Presente*, una de las pocas mujeres. Era Celia Durruty, quien desempeñaba cargos docentes y de investigación en la FFyL de la UBA. Su muerte en enero de 1967, a los treinta años, dejó inconclusa una agenda de investigación que había comenzado a tomar forma en una serie de borradores sobre algunos de los temas aquí analizados: entre ellos, sus indagaciones sobre la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC), la organización gremial comunista de gran desarrollo durante 1936-1943. Fue Torre, su esposo, quien editó esos materiales y los compiló en el libro *Clase obrera y peronismo*, publicado por Ediciones Pasado y Presente. El volumen contó con un prólogo de Aricó, fechado en Córdoba en mayo de 1969, como homenaje a "la memoria de nuestra amiga y camarada". Él encontraba en aquellos fragmentarios e inacabados escritos algunas claves para comprender un proyecto teórico y político inconcluso, "la justificación de su vida de intelectual y militante revolucionaria". Al mismo tiempo, recordaba que "las primeras conversaciones para editar *Pasado y Presente* fueron hechas también con Celia. Cuando apareció la revista estuvo siempre a nuestro lado. Fue una de nosotros […] su ausencia se nos presenta como una pérdida intelectual irremediable".[15]

La primera parte de ese libro eran cuatro pequeños trabajos que esbozaban hipótesis sobre el surgimiento del peronismo. El primero abordaba la particularidad de la participación obrera en aquel movimiento político, dado sus iniciales contextos de prosperidad económica e integración social, y hurgaba en las causas de la perduración de la orientación heterónoma de las masas trabajadoras. En otro, se ponía en discusión la secuencia del cambio social, repensando los roles de las "masas disponibles" y las "élites movilizadoras". Su pregunta retórica atendía a la posibilidad de que una forma de acción social mutase a otra empezando en el plano político: "¿Habría logrado el peronismo la amplia adhesión de las clases populares si hubiera comenzado desde afuera del poder estatal, contando únicamente con los medios de reclutamiento y difusión de los que disponían los partidos políticos en el momento de su extensión como movimiento social?".[16] A partir de la obra de Reinhard Bendix, otro ensayo refería al peronismo desde la articulación entre participación política y conflicto social. Aquí interesaban los fenómenos de formación de ciudadanía y comunidad política en "naciones nuevas" en los que operan movimientos de las clases populares. El último texto era la conferencia de Durruty en el Instituto de Desarrollo Económico y Social de 1966, donde examinaba las contribuciones de Germani al estudio del cambio social y la movilización de las clases populares en América latina. El pasaje de una sociedad tradicional a una moderna, y de una sociedad de participación limitada a otra de participación total, es decir, a través de instituciones de la democracia participativa o desde un régimen nacional-popular, eran los tópicos analizados, para llegar a la conclusión de que Germani carecía de una teoría de la estructura social que permitiera dar cuenta de los actores sociales presentes en ese proceso. Alessandro Pizzorno y

[15] José Aricó, prólogo a Celia Durruty, *Clase obrera y peronismo*, Córdoba, Ediciones Pasado y Presente, 1969.

[16] Celia Durruty, *Clase obrera y peronismo*, Córdoba, Ediciones Pasado y Presente, 1969, p. 20.

Alain Touraine eran introducidos en el análisis con el fin de explorar, desde otro enfoque, las diferentes orientaciones de la acción obrera.

Era en la segunda y más extensa parte de *Clase obrera y peronismo* donde se indagaba la cuestión de la movilización, ya no en términos generales, sino que se ofrecía un intento de análisis concreto de la movilización de las masas populares y la participación sindical en la Argentina entre 1930 y 1945. Pero se trataba de un mero proyecto de investigación. Originalmente aspiraba a reconstruir el tránsito de un sindicalismo "de minorías militantes" a otro "burocrático de masas" (según los criterios de los sociólogos franceses Touraine y Michel Collinet), explorando el desarrollo de la participación gremial, las características de los conflictos laborales y la dinámica de las estructuras sindicales. Si bien inicialmente fueron los trabajadores ferroviarios, metalúrgicos y de los frigoríficos los sectores identificados por la autora como los adecuados para la pesquisa, acabaron siendo los obreros de la construcción, sus huelgas y la poderosa FONC los destinatarios del estudio.

Para Durruty la relevancia de este caso era evidente. Como ella misma observaba, la FONC había sido la organización sindical más importante controlada por el PC, la que más crecía en número de afiliados en el movimiento obrero y la que protagonizaba algunas de las huelgas más importantes del período. Si la investigación buscaba poner a prueba la utilidad de la antigua oposición entre "nueva" y "vieja" clase obrera de Germani, este ejemplo era clave: "La Federación Obrera Nacional de la Construcción indica que no es tan clara la evidencia que sostiene la existencia de un divorcio entre la acción de las organizaciones de izquierda y las masas obreras en los años anteriores al surgimiento del peronismo".[17] En las siguientes páginas -finalmente, la parte más voluminosa del libro- se brindaba un estudio notablemente detallado, con profusión de cuadros estadísticos, cifras y análisis de diversas fuentes primarias (incluidas entrevistas a algunos protagonistas), acerca de la estructura del gremio, su extensión, composición, condiciones de trabajo y conflictos laborales.[18] Durruty concluía que la FONC encarnaba ya una organización "burocrática de masas" y destacaba la "eficacia con la que los comunistas conducían las luchas económicas" del período.

En el texto de Durruty hay indicios de la circulación de ciertas caracterizaciones comunes dentro de *Pasado y Presente*. La joven socióloga cuestionaba a Germani por no haber podido comprender la manera en que algunos de aquellos "nuevos" trabajadores (como los de la construcción) también fueron representados por partidos de la izquierda tradicional antes de 1945, o sea, una manera de afirmar que el populismo no había operado sobre una *terra incognita* de organización laboral. Y citaba una "investigación en curso" que ponía de manifiesto el otro hemisferio de impugnación posible al planteo germaniano: "[…] el destacado rol jugado por los viejos líderes sindicales y los sindicatos tradicionales en la formación del Partido Laborista, eje del triunfo electoral del peronismo en 1946" (p. 59). Se refería a una "publicación interna" del CIS/ITDT (sin fecha), titulada "Los sindicatos y la formación del peronismo", de Murmis y Portantiero, probablemente elaborado en 1966. Era el esbozo del posterior documento de trabajo que luego cobró vida como *Estudios*.

Las redes constituidas entre excamaradas del PC en torno a *Pasado y Presente* también iluminan el itinerario de Torre, que se había sumado al grupo nucleado alrededor de aque-

[17] *Ibid*., p. 60.

[18] Un análisis de este trabajo de Durruty en: Hernán Camarero, "Alcances del sindicalismo único por rama antes del peronismo: la experiencia de la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC), 1936-1943", *Estudios del Trabajo*, nº 43-44, 2012.

lla revista, junto con Portantiero. Torre tenía con el marxismo una relación que él mismo calificó de "poco rigurosa": lo leía junto con otras ofertas de ideas, interesado en saber qué le servía y qué no. Su referencia central, más que Gramsci, fue Touraine, cuyo artículo de 1961 sobre industrialización y conciencia obrera en Brasil le resultó una "revelación".[19] Finalmente, tras la muerte de Durruty, cumplió el papel de compilador de *Clase obrera y peronismo*. Esa "contingencia trágica" contribuyó a que Torre, cómo él mismo lo expresó, produjera un "viraje" en su agenda de investigación: fue desde entonces que abandonó su anterior interés por el movimiento estudiantil y se reorientó al examen de la clase obrera.[20] Hacia 1968 aparecían sus primeros trabajos referidos a estos temas, en los que fue reformulando algunas de las pistas trazadas por Murmis y Portantiero; también se inspiraba en aquel "cuaderno de notas" y esos "materiales que había reunido" de Durruty.[21]

Con los años Torre desplegó su tesis doctoral, dirigida por Touraine, con la que luego compuso su libro *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. El título retomaba y desarrollaba aquella hipótesis de continuidad que *Estudios* había esbozado: la de una dirigencia sindical experimentada y preexistente como factor constitutivo del peronismo. Allí advertía que, si el primer peronismo había supuesto la constitución política de las masas obreras, también había implicado una tendencia a su burocratización y a la subordinación de sus organismos autónomos. También señalaba el papel clave de los comunistas en el movimiento obrero industrial previo a 1943, reconociendo el "pionero ensayo" de Durruty como el único antecedente que había abordado la cuestión con especificidad; concluía que esta experiencia seguía siendo "una experiencia insuficientemente reconstruida todavía".[22]

* * *

Los itinerarios analizados en estas páginas habilitan una lectura de conjunto que vaya más allá de la suma de sus partes. Aricó, Portantiero, Durruty y Torre conformaron algo así como una nueva generación intelectual: no simplemente un conjunto de contemporáneos, sino un grupo definido por una experiencia compartida de crisis y por la elaboración de un nuevo lenguaje conceptual. Esa crisis era múltiple: la del PC argentino con sus intelectuales y respecto de sus interpretaciones del peronismo, pero también la que abrió la Revolución cubana al reinstalar la idea de revolución y tornar obsoletas las certezas doctrinarias del marxismo de partido.

Además de una sociabilidad común, había un problema teórico compartido: ¿cómo pensar la relación entre clase obrera, nación y política en una Argentina donde el marxismo tradicional del PC demostraba sus límites y donde la sociología académica dominante ofrecía instrumentos útiles pero insuficientes también, en tanto tendía a subsumir la historicidad de los procesos bajo enfoques considerados inadecuados? La lectura de Gramsci fue una respuesta provisoria a esa doble carencia: permitió rearticular categorías que ni el "marxismo leninista" ni el estructural-funcionalismo po-

[19] Roy Hora y Javier Trímboli, "Entrevista a Juan Carlos Torre", en R. Hora y J. Trímboli, *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, pp. 201-202.
[20] Martín Armelino, Sebastián Pereyra y Catalina Smulovitz (eds.), *Por qué leer a Juan Carlos Torre*, Buenos Aires, Edhasa, 2024, p. 18.
[21] Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 9.
[22] Hernán Camarero, "El examen de las modalidades históricas del proceso político. Juan Carlos Torre y sus ensayos acerca de las izquierdas y la clase trabajadora de la primera mitad del siglo XX", en Armelino, S. Pereyra y Smulovitz (eds.), *Por qué leer*, p. 40.

dían ofrecer. *Pasado y Presente* fue, en ese sentido, no solo una revista y una editorial, sino el impulso para un espacio de circulación de ideas en el que el "gramscismo argentino" (un sintagma o categoría condensadora de sentidos) operó como bisagra entre la política y la ciencia social, y en el que ciertas investigaciones sobre el peronismo y la clase obrera encontraron su primer suelo fértil.

Esta experiencia reconfiguró el campo de preguntas acerca del peronismo, la clase obrera y las izquierdas. El desplazamiento que operaron –desde la anomalía hacia la historicidad, desde el esquema hacia el proceso, desde la obediencia teórica hacia la investigación crítica– no quedó confinado a los textos aquí examinados. Fue el acicate para un programa de trabajo intelectual prolongado en las décadas siguientes, que alimentó debates que la historiografía y las ciencias sociales aún frecuentan. En ese sentido, Aricó, Portantiero, Durruty y Torre ofrecieron insumos para nuevas formas de pensar la política, la cultura y la historia: una contribución duradera de aquella generación al pensamiento crítico argentino. □

## Bibliografía


Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

Aricó, José, "Pasado y Presente", *Pasado y Presente*, año I, nº 1, abril-junio de 1963.

—, Prólogo a C. Durruty, *Clase obrera y peronismo*, Córdoba, Ediciones Pasado y Presente, 1969.

—, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

Armelino, Martín, Sebastián Pereyra y Catalina y Smulovitz (eds.), *Por qué leer a Juan Carlos Torre*, Buenos Aires, Edhasa, 2024.

Blanco, Alejandro, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Camarero, Hernán, "¿Un imprevisto desenlace? De la estrategia del frente popular al triunfo del peronismo en Argentina", en J. Puigsech Farràs (ed.), *El frentepopulismo comunista entre Europa y Sudamérica, 1934-1943*, Madrid, Marcial Pons, 2025, pp. 167-201.

—, "Juan Carlos Portantiero, 1934-2007", *Prismas. Revista de historia intelectual*, nº 11, 2007, pp. 305-308.

—, "Claves para la relectura de un clásico", en M. Murmis y J. C. Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, ed. definitiva, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

—, "Alcances del sindicalismo único por rama antes del peronismo: la experiencia de la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC), 1936-1943", *Estudios del Trabajo*, nº 43/44, 2012, pp. 111-139.

—, "El examen de las modalidades históricas del proceso político. Juan Carlos Torre y sus ensayos acerca de las izquierdas y la clase trabajadora de la primera mitad del siglo XX", en M. Armelino, S. Pereyra y C. Smulovitz (eds.), *Por qué leer a Juan Carlos Torre*, Buenos Aires, Edhasa, 2024.

Casco, José, "De la revolución a la democracia. Cuarenta años de cultura y política en la obra de Juan Carlos Portantiero", tesis doctoral, UNSAM, 2017.

Cortés, Martín, *Un nuevo marxismo para América Latina. José Aricó: traductor, editor, intelectual*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

Durruty, Celia, *Clase obrera y peronismo*, Córdoba, Ediciones Pasado y Presente, 1969.

Ghioldi, Rodolfo, "Cosas de la sociología", *Cuadernos de Cultura*, nº 53, septiembre-octubre de 1961.

Hora, Roy y Javier Trímboli, "Entrevista a Juan Carlos Torre", en R. Hora y J. Trímboli, *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, pp. 197-220.

Massholder, Alexia, *El Partido Comunista y sus intelectuales. Pensamiento y acción de Héctor P. Agosti*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2013.

Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

Oroz, Florencia, "El uso de categorías gramscianas en los análisis del peronismo. El caso de *Pasado y Presente*, 1963-1976", tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires, 2024.

Petra, Adriana, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017.

Portantiero, Juan Carlos, "Crisis en la izquierda argentina", *Táctica*, nº 1, 1964.

—, "Socialismo y nación", *Nueva Política*, nº 1, diciembre de 1965.

—, "El peronismo: civilización o barbarie", *Los Libros*, nº 5, noviembre de 1969, pp. 10-11 y 22.

—, *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, Buenos Aires, Procyon, 1961.

Prado Acosta, Laura, *Los intelectuales del Partido Comunista. Itinerario de Héctor Agosti (1930-1963)*, Raleigh, A Contracorriente, 2015.

Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

Terán, Oscar, *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

Torre, Juan Carlos, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

## Resumen/Abstract

**Comunismo, sociología e interpretación del peronismo: redes e itinerarios intelectuales en los años sesenta**

Este artículo examina las intervenciones de cuatro intelectuales provenientes del comunismo argentino –José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Celia Durruty y Juan Carlos Torre– en torno al estudio del peronismo, la clase obrera y las ciencias sociales durante los años sesenta. Tomando como escena inaugural el debate entre Rodolfo Ghioldi y los jóvenes estudiantes Manuel Mora y Araujo y Juan Carlos Torre, se reconstruyen las redes, los itinerarios y las circulaciones de ideas que vincularon a estos protagonistas, mayoritariamente ligados a la sociología, y formados en el Partido Comunista y en la experiencia de la revista *Pasado y Presente*. El trabajo analiza cómo esta generación, tras romper con la ortodoxia partidaria, encontró en la lectura de Gramsci y en ciertos debates de la carrera de Sociología recientemente institucionalizada por Gino Germani los instrumentos para reformular el problema de la relación entre clase obrera, nación y política. Se sostiene que estas intervenciones produjeron una reconfiguración duradera del campo de preguntas sobre el peronismo y el movimiento obrero, cuyo desplazamiento –de la anomalía a la historicidad, del esquema al proceso– se prolongó en las décadas siguientes y aún sigue nutriendo algunas de las discusiones de la historiografía y las ciencias sociales argentinas.

**Palabras clave:** Comunismo – Sociología – Peronismo – Clase obrera – Historia intelectual

**Communism, Sociology, and the Interpretation of Peronism: Intellectual Networks and Itineraries in the 1960s**

This article examines the interventions of four intellectuals from Argentine communism –José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Celia Durruty, and Juan Carlos Torre– concerning the study of Peronism, the working class, and the social sciences during the 1960s. Taking as its opening scene the debate between Rodolfo Ghioldi and the young students Manuel Mora y Araujo and Juan Carlos Torre, it reconstructs the networks, itineraries, and circulation of ideas that linked these figures, most of them connected to sociology and formed within the Communist Party and the experience of the journal *Pasado y Presente*. The article analyzes how this generation, after breaking with party orthodoxy, found in the reading of Gramsci and in certain debates within the sociology program recently institutionalized by Gino Germani the tools to reformulate the problem of relationship between working class, nation, and politics. It argues that these interventions produced a lasting reconfiguration of the field of questions concerning Peronism and the labor movement –a shift from anomaly toward historicity, from schema toward process– that extended into the following decades and still informs some of the discussions of Argentine historiography and social sciences.

**Keywords:** Communism – Sociology – Peronism – Working class – Intellectual History

# *Apéndice documental*

## *Polémica entre Rodolfo Ghioldi, Manuel Mora y Araujo y Juan Carlos Torre*

**I**

**Rodolfo Ghioldi, "Cosas de la sociología", *Cuadernos de Cultura*, nº 53, septiembre-octubre de 1961.**

A las invasiones de sucesivas y diversas manías burguesas, entre las cuales el psicoanálisis y el existencialismo, sigue actualmente y desde hace algunos años la moda sociológica: creándose por doquier institutos, escuelas especiales, se organizan encuentros y seminarios, se instalan bien provistos centros publicitarios y editoriales, y se contratan, como es de rigor, a los profesores norteamericanos de turno. ¿Qué tratan y difunden esas variadas y abundantes instituciones? Pues, propagan las diversas corrientes burguesas actuales –es decir, las más degeneradas de todas las corrientes burguesas–, y muy principalmente sus expresiones más banales –las norteamericanas.

Desde la aparición del marxismo, la sociología burguesa quedó atrás. La única ciencia social es desde entonces el marxismo-leninismo. Con el andar del tiempo, la sociología burguesa fue perdiendo totalmente cualquier pretensión científica, y cayó en lo que ahora es una mera apologética patronal. A la burguesía en descomposición de la época de la crisis general del capitalismo corresponde una sociología burguesa descompuesta.

Esto es de sobra conocido. Lo curioso resulta ser que los profesores universitarios presentan esas degradaciones sociológicas burguesas ¡como una superación del marxismo-leninismo! Enseñan a los jóvenes que juguetes capitalistas como la sociometría, la "sociología industrial", el "*motivation research*", el "control social" y otros de la misma familia son la verdadera ciencia, la ciencia del "hecho", por oposición a las divagaciones metafísicas que serían propias, afirman, del marxismo. Y más curioso todavía es que no dejen de existir jóvenes estudiantes bienintencionados, que de yapa quisieran ser izquierdistas que den plena fe a las patrañas apologéticas de la burguesía moribunda. Es extraño, pero es así. Ello hace pensar en la conveniencia de aconsejar a esos jóvenes que lean la nutrida literatura marxista-leninista sobre la materia.

No hay un solo problema que la sociología burguesa haya podido enfocar y resolver; ni uno. Tómese la cuestión tan fundamental del Estado, en general: el fracaso de las teorías burguesas es completo; en cambio, la victoria teórica del marxismo-leninismo quedó plenamente confirmada por la experiencia histórica. Es más, en temas como el futuro del Estado en relación con el pasaje del socialismo al comunismo (y este mismo tránsito), la sociología burguesa enmudece firmemente, mientras que


DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1699

el marxismo-leninismo aporta las únicas tesis válidas y científicas. Veamos un solo ejemplo, el del fascismo. Nadie puede citar una interpretación correcta de la burguesía acerca de ese hecho; ni una. Unos lo presentaban simplemente como una "aberración", otros como delirios de un tirano, otros como algo anormal y chocante pues, decían, un pueblo que canta, como el italiano, no puede admitir el fascismo. Los socialdemócratas de derecha presentaban el fascismo como la expresión política de la pequeña-burguesía, o como algo que estaba por sobre las clases; desaparecía de ese modo el contenido de clase del fascismo. Frente a esta impotencia general del pensamiento burgués y socialdemocrático tenemos la clara caracterización científica del marxismo-leninismo. Como lo recuerda Dimitrov en su informe del VII Congreso de la Internacional Comunista, esta había definido el fascismo como "la dictadura terrorista declarada de los elementos más reaccionarios, más chovinistas, más imperialistas del capital financiero". Y añade: "El fascismo no es una forma del poder de Estado que se hallaría por encima de las dos clases, el proletariado y la burguesía, como lo ha afirmado Otto Bauer, por ejemplo. No es 'la pequeño-burguesía en rebelión que se apoderó de la máquina del Estado', como lo declara el socialista inglés Brailsford. No. El fascismo no es el poder por sobre las clases, no es el poder de la pequeño-burguesía o del *lumpenproletariat* sobre el capital financiero. El fascismo es el poder del capital financiero mismo. Es la organización de la represión terrorista contra la clase obrera y la parte revolucionaria del campesinado y de los intelectuales. El fascismo en política exterior es el chovinismo en su forma más brutal, que cultiva un odio zoológico contra los otros pueblos".[1]

Es más: en ciertos círculos socialdemocráticos se pensaba que el fascismo era o una forma peculiar de socialismo, o un eslabón intermedio hacia el socialismo. En un informe de 1939, aludiendo a las discrepancias entre socialistas y comunistas, dice Maurice Thorez que las mismas versaban sobre "la naturaleza y la función del fascismo, de donde se derivan las diferencias de opinión sobre las formas y métodos de lucha que la clase obrera debe aplicar para resistir al fascismo y vencerlo". Recuerda que la resolución socialista del grupo Pivert era prohitleriana ("ya no se puede decir que las economías fascistas estén al servicio exclusivo del capitalismo"), y defendía la integración de la economía agrícola del sureste europeo en la economía industrial alemana ("oponerse a esta tendencia es perfectamente vano"). Comenta Thorez: "¿Puede considerarse como una opinión socialista la apología del hitlerismo, la justificación de sus actos de fuerza?".[2]

León Blum tenía ilusiones con el fascismo. En la Conferencia del Partido Socialista francés de 1933, dijo que hay "períodos de transición", de "formas de sociedad intermedias", durante las cuales el socialismo se abstiene de las responsabilidades del poder, para no desgastarse: el fascismo, añadió, bien puede ser una de esas formas necesarias de la transición del capitalismo al socialismo.[3]

No pueden citarse casos de prognosis legítimas de los socialdemócratas o de los burgueses; en cambio, la historia de más de un siglo ha verificado las previsiones más importantes del marxismo, y bastaría confrontar el balance de hoy con el texto del *Manifiesto Comunista* y de los trabajos de Lenin para advertir la solidez científica inquebrantable del marxismo-leninismo.

[1] Georges Dimitrov, *Pour vaincre le fascisme*, París, Éditions Sociales Internacionales, 1935, p. 24.

[2] Maurice Thorez, *Une politique de grandeur française*, París, Éditions Sociales Internacionales, 1946, p. 234 y ss.
[3] Adolf Sturmthal, *La tragedia del movimiento obrero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945, p. 261.

La sociología burguesa renuncia definitivamente a una explicación racional y científica del desarrollo social, renuncia a construir un enfoque global de la sociedad. Se entiende: esa explicación racional y científica conduce necesariamente a la noción de la desaparición inevitable del sistema capitalista, idea que contradice la única función verdadera de los sociólogos burgueses, a saber, justificar y embellecer el régimen burgués. El capítulo XIX de *Los fundamentos de la filosofía marxista,* de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., publicado bajo la dirección general de F. V. Konstantinov, enjuicia en todas sus partes la impotencia de las escuelas sociológicas burguesas de la actualidad.

La abyección del pensamiento sociológico burgués actual puede establecerse no solo por relación al marxismo-leninismo, sino también, en cierto sentido, por comparación con los ensayos sociológicos burgueses de la época de la burguesía ascensional. Por ejemplo, los sociólogos burgueses de hoy se oponen a Comte no por los errores colosales del comtismo, sino porque a pesar de todo Comte, partiendo de la tesis reaccionaria de la eternidad del sistema burgués, buscaba una explicación global del desarrollo de la sociedad y pretendía establecer las leyes generales. Ahora bien, el rasgo básico y común de las escuelas burguesas actuales es la negación de la necesidad legal en asuntos de la sociedad. Esto se ve bien en la colección editada bajo la dirección de Gurvitch y Moore.[4] Dando la apreciación sobre las escuelas precedentes, dicen los autores: "Las tentativas desesperadas de buscar y formular *leyes sociológicas* que nunca tenían aceptación general" (t. I, p. 10); y se jactan de que la sociología actual elimina los *temas mayores,* para contenerse en la tendencia empírica y descriptiva. Para Huntington Cairns, solo hay ciencias sociales particulares, sin una ciencia social que las sintetice; además, la sociología es únicamente "nacional", es decir, hay una sociología francesa, una sociología inglesa, una sociología italiana, etc.; afirma que "la posibilidad de llegar a una teoría general de la sociología parece aún muy lejana", que la sociología es ciencia descriptiva y sin explicaciones, que se basa en hechos aislados sin una unificación en una hipótesis general (t. I, pp. 2-12). Ernest W. Burgess solo cree en la monografía y la estadística, y refiere que algunos sociólogos creen poseer el "microscopio social", esto es, la documentación sobre una personalidad particular (t. I, p. 22); a esa minucia privada quedaría reducida la ciencia de la sociología. Talcott Parsons sostiene doctoralmente que ningún sociólogo moderno puede ser partidario de Comte o de Marx (t. I, p. 46); probablemente él cree que Comte y Marx son la misma cosa, pero, en cualquier caso, lo que él quiere significar es su oposición a cualquier búsqueda de leyes generales. El practicismo acéfalo y el renunciamiento teórico están expuestos por Howard Becker, que pregunta esto: si la tipología es útil, "¿para qué pretender más?" (tomo I, p. 84). Para Leopold von Wiese, si la sociología es "la síntesis de las ciencias sociales, el marxismo no entra en la sociología ni es ciencia" (t. II, p. 85); así, con tanta facilidad, él elimina el materialismo histórico. Buscando las enseñanzas del fracaso de Durkheim, dice Claude Lévi-Strauss que las mismas muestran que "la sociología debe renunciar a descubrir orígenes y leyes de evolución" (t. II, p. 30).

Algunos ponen de relieve el valor de la técnica, solo que se divorcian de las relaciones sociales, o creen, como Germani, que la sociología trata de los hechos sociales, cuando en realidad se trata de la ciencia de las leyes generales del desarrollo de la sociedad. En resumen: el marxismo-leninismo investiga y descubre las leyes del desarrollo social; la sociología burguesa abdica abiertamente de esa tarea.

[4] Georges Gurvitch y Wilbert E. Moore, *Sociología del siglo XX*, Buenos Aires, El Ateneo, 1956.

En esta toma de posición burguesa suele tener poderosa influencia el pensamiento de Weber, que recostándose sobre el carácter individual del fenómeno cree poder deducir que el conocimiento histórico no tiene explicación en leyes generales, a cuyo título rechaza el materialismo histórico, pues mientras en la naturaleza sí se da la necesidad legal, dice, la historia es el terreno de la causalidad no necesaria. Conclusión de la escuela: la sociología no aspira a un sistema de leyes generales. Esa interpretación cierra los ojos al hecho verificable de que en la sociedad se producen fenómenos regulares.

Allí donde surge el capitalismo, por ejemplo, tendremos crisis, paro, miseria popular: esa comprobación reduce a la nada el "individualismo" de Weber. Pero donde hay regularidad, hay ley. En la idea de Weber domina el indeterminismo. Como lo dice uno de sus comentaristas, al analizar la "relación social" de Weber, a esta le es "intrínseco un elemento de indeterminación", de tal modo que dicha relación social no es necesaria, sino problemática.[5]

Para la sociología burguesa, la sociedad no tiene ley, sino *sollen*, es decir, condición que la libera de la causalidad necesaria. Ello conduce al nihilismo teórico, como lo revela, para citar un caso, esta reflexión del director general adjunto de la UNESCO, Walter H. C. Laves: "Gracias a las ciencias exactas y naturales, desde hace varios siglos el hombre comprende más y mejor la naturaleza del mundo físico, y aplica a los transportes, el comercio, la industria, los resultados de las búsquedas en las ciencias de la naturaleza. Pero no podemos pretender estar ni siquiera en las vísperas de comprender tan bien la naturaleza del mundo social".[6]

En contraste con el franco renunciamiento burgués a la sociología como ciencia, tenemos la vitalidad del marxismo-leninismo, cuyos planteos arrancan de la famosa formulación de Marx, de 1859:

> El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino por el contrario, el ser social *es* lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social.

Y todavía:

> Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las

[5] Pietro Rossi, *Lo storicismo tedesco contemporaneo*, Turín, Einaudi, 1956, p. 355.
[6] UNESCO, *Rapport de la Conférence préparatoire des représentants des universités*, París, 1948, p. 58.

> condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el *seno de* la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.[7]

He aquí la explicación científica del desarrollo social, así como los instrumentos de investigación científica.

Es fácil encontrar en Marx y en Engels frecuentes reiteraciones de ese pensamiento. Así, en su carta a Annenkov, dice Marx: "Supóngase etapas particulares del desarrollo de la producción, del comercio y del consumo, y se tendrá un orden social correspondiente, una correspondiente organización de la familia y de las jerarquías y clases: en una palabra, una correspondiente sociedad civil".[8] Y allí mismo: "Monsieur Proudhon ha comprendido muy bien el hecho de que los hombres producen vestidos, ropa blanca, sedas, y es un gran mérito el suyo el haber comprendido este poquito. Lo que no ha entendido es que estos hombres, de acuerdo con sus fuerzas, también producen las *relaciones sociales* en cuyo seno confeccionan los vestidos y la ropa blanca".[9]

Lenín ha mostrado la impotencia de la sociología burguesa. Decía que "su ciencia (la de los burgueses) en el mejor de los casos se limitaba a describir estos fenómenos, a recopilar materia prima" (medio siglo después, los profesores de *Sociología del siglo XX* ilustran plenamente ese enjuiciamiento). Y añadía: "Hasta ahora, los sociólogos distinguían con dificultad en la complicada red de fenómenos sociales los fenómenos importantes de los que no lo eran (esta es la raíz del subjetivismo en sociología) y no sabían encontrar un criterio objetivo para esta diferenciación".[10]

Renunciar a la idea de regularidad es, decía Lenin, arrojar "por la borda todas las tentativas de dar a la sociología una base científica".[11] ¿En qué consiste "el método sociológico de Marx"?; en "buscar las raíces de los fenómenos sociales en las relaciones de producción".[12] La sociología marxista arranca del carácter objetivo de las leyes, pues "el materialismo histórico reconoce el ser social independiente de la conciencia social de la humanidad".[13] Lenin puso de relieve el valor científico de la hipótesis de formación social, gracias a la cual se da, por vez primera, "la posibilidad de existencia de una sociología *científica*, porque solo reduciendo las relaciones sociales a las de producción, y estas últimas al nivel de las fuerzas productivas, se ha obtenido una base firme para representarse el desarrollo de las formaciones sociales como un proceso histórico-natural. Y se sobreentiende que, sin semejante concepción, tampoco puede haber ciencia social".[14] E insiste:

> Marx y Engels llamaban método dialéctico –por oposición al metafísico–, sencillamente al método científico en sociología, consistente en que la sociedad es considerada como un organismo vivo, que se halla en desarrollo continuo (y no como algo mecánicamente cohesionado y que, por ello, permite toda clase de combinaciones arbitrarias de elementos aislados) y para cuyo estudio es necesario hacer un análisis objetivo de las relaciones de producción

[7] Marx y Engels, *Obras escogidas*, Cartago, Buenos Aires, 1957, pp. 240-241.
[8] Marx y Engels, *Correspondencias*, Cartago, Buenos Aires, 1957, pp. 14-15.
[9] *Ibid*., p. 9.
[10] V. I. Lenin, *Obras completas*, Cartago, Buenos Aires, 1958, t. I, p. 132.
[11] *Ibid*., t. IV. p. 192
[12] *Ibid*., t. I. p. 524.
[13] V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, Cartago, Buenos Aires, 1956, p. 295.
[14] V. I. Lenin, *Obras completas*, t. I. p. 152.

> que constituyen una formación social determinada, estudiar las leyes de su funcionamiento y desarrollo.[15]

Pero los sociólogos burgueses no aceptan esta tesis básica sobre las formaciones sociales.

Si en filosofía, como tan sagazmente lo vio Alejandro Korn, los Estados Unidos no podían dar nada, se comprende que en sociología ofrecerían muchísimo menos, y ello por la directa razón de que en este terreno el interés y el perjuicio de las clases dominantes es el rasgo esencial y decisivo. La sociología norteamericana no es otra cosa que la justificación en toda la línea del capitalismo en general, y del capitalismo norteamericano en especial; de allí su mezquino sentido pragmático, su amor por la minucia, su renunciamiento a la investigación de las leyes generales del desarrollo social. En su esfuerzo por lograr los objetivos que se plantean, la sociología norteamericana suele caer en posturas insuperablemente ridículas. Veamos unos ejemplos de ello. El *New York Times* mostró bien cómo los comentaristas norteamericanos estiman el testimonio estadístico; en efecto, el 27 de agosto de 1951, con motivo de un aniversario su director hizo saber que los redactores del diario apostados fuera de Nueva York escribían semanalmente 200.000 palabras, o sea –decía– dos veces más que la *Ilíada.* El ingenuo lector del *N. Y. T.* podía deducir que una semana de ese diario valía dos veces el poema. Otro caso: en diciembre de 1951, la Universidad de Michigan instituyó un fondo de 100.000 dólares para que una comisión de expertos y sociólogos investigara si realmente todos los hombres las prefieren rubias: la pesquisa formidable duraría cinco años.

O todavía: El 5 de enero de 1953, *Life* sostenía, luego de comprobar que la gente no compraba, que era misión de los investigadores científicos estimular las adquisiciones (estimular pues a dar salida a los "stocks" de las empresas capitalistas; de modo que esos trabajadores científicos no tenían la tarea de averiguar las raíces sociales del fenómeno, sino la muy patronal de incrementar las ganancias de los amos); y añadía: "Los negociantes norteamericanos […] han llegado a confiar más y más resueltamente en el rostro y la figura femeninos [...] *sex appeal is sales appeal*". Sociología…

E. L. Faris (*Sociología del siglo XX*, t. II, p. 32) registra el "empirismo práctico de los métodos norteamericanos": y, como se puede ver en ese mismo t. II, p. 43, por cierto, que los monopolios capitalistas subvencionan muy generosamente a la sociología norteamericana; la fundación Rockefeller no es de las últimas. Ese empirismo es además empirismo de insignificancias: el *social survey* es la glorificación de la menudencia sin proyecciones. Su carácter es monográfico y descriptivo.[16] No se trata, naturalmente de condenar la monografía, sino de rechazar la tendencia ateórica que separa los fenómenos parciales de sus conexiones globales, con lo cual se cierra el camino a la explicación científica. La manera monográfica norteamericana es el practicismo insubstancial.

La sociometría es una de las expresiones del pensamiento sociológico burgués y exagera muchísimo, sin duda, Gino Germani, cuando en su *Sociología científica* ve en ella "uno de los desarrollos más originales en el análisis de las interrelaciones humanas" (con sus sociodramas, sus "teatros" sociológicos, sus *tests* para captar los sentimientos de los individuos entre sí, su capacidad de buscar jefes y líderes). No puede ser útil y serio un método de investigación de las relaciones entre los individuos, cuando se parte de la negación

[15] *Ibid*., t. I., p. 177.

[16] Carneiro Leão, *Los fundamentos de la sociología*, Buenos Aires, Americalee, pp. 26-27 y 29.

de las relaciones sociales de producción. Un diario[17] atribuye a la "nueva disciplina científica, la sociometría", la misión de elevar los recursos nacionales, el nivel pedagógico y la orientación del futuro (¡nada menos!); la sociometría, agrega, puede hacer esos milagros porque estructura "las relaciones humanas".

Pero sucede que estas son, en verdad, las relaciones necesarias e independientes de la voluntad de cada cual, creadas en el curso de la producción social, premisa básica que no entra en el esquema sociométrico. A tiempo, Germani hace una reserva acerca del reformismo social de la sociometría; a tiempo porque como lo muestra Armand Cuvillier, esa sociometría incluye una terapéutica (por ejemplo: asegura la dirección de la opinión pública, da los elementos para la lucha contra el marxismo, con todo lo cual revela su crudo e inmediato designio capitalista). En suma, esta disciplina pretende impedir el desarrollo de la sociedad hacia el socialismo.

Los sociólogos norteamericanos (junto con los psicoanalistas, claro está) suelen consagrarse al llamado *motivation research*, que *Fortune* de junio de 1956 caracteriza del siguiente modo: investiga las verdaderas razones por las cuales la gente compra, en oposición a las razones que dan los compradores; y en consecuencia asesoran acerca de la publicidad. ¿Se trata de vender cerveza? En ese caso, que no aparezca en el anuncio un caballero elegante porque, dicen los sociólogos psicoanalistas, el público prefiere para ello a alguien de la clase media. Aclara *Fortune* que esos sociólogos piden hasta 50.000 dólares por consulta. En realidad, esos investigadores debieran averiguar por qué la gente no compra, o compra menos (desempleo, merma del salario real); verían entonces la vaciedad de sus labores.

La titulada "sociología industrial" prepara capataces implacables, vestidos de sociólogos, que cumplen la tarea de adaptar al obrero al medio técnico. Tales sociólogos son como una brigada de choque del patronato aplicada a someter a los obreros a las condiciones de la racionalización capitalista. Dos sociólogos contaron su experiencia policial: como los trabajadores de la Corporación. de Manufacturas Harwood resisten la intensificación del trabajo, aquellos fueron contratados por la firma para que proyectasen una solución patronal, cosa que ellos hicieron científicamente; se jactan de esa función de capangaje en un folleto.[18]

El *control social* oculta la verdadera naturaleza de la sociedad capitalista, creando la ilusión de actos reguladores y disfrazando los aspectos coactivos de la burguesía dominante. Despejada de toda su charlatanería, el macartismo es la imagen auténtica de ese pretendido control social.

La orientación sociológica norteamericana hacia los asuntos de la fábrica surgió hace décadas; ya en 1920 muchas empresas crearon departamentos de relaciones industriales, con el objetivo de conservar a los obreros fuera de los sindicatos, mediante la aplicación de "un programa más paternalista".[19] Así, la empresa bajo la dirección de los capitalistas es el centro social por excelencia (¡no el partido obrero, o el sindicato, o el centro cultural independiente!): allí debe encadenarse a la gente; los sindicatos *deben* limitarse a apoyar el plan patronal; "las empresas están llamadas a desempeñar un papel esencial en la vida social".[20] He allí maneras de feudalismo en las fábricas modernas. Esas ideas las desarrolla R. C. Horne, vicepresidente de ESSO S. A. Petrolera

[17] *El mundo*, Buenos Aires, 19/6/1960.

[18] Lester Coch y John French (h.), *Superando la resistencia al cambio*, Boletín del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1957.

[19] Robert D. Leiter, *Labor Economics and Industrial Relations*, Barnes & Noble, Nueva York, 1958, p. 197.

[20] Lynton y Scott, *El programa técnico y la integración social*, Buenos Aires, Centro.

Argentina, en su folleto *Algunos aspectos de las relaciones humanas en las actividades comerciales e industriales* (1954). Ni que decir que el autor *egresó* como experto en la materia; hizo su curso en Harvard. Explica que se trata de "cómo lograr una mayor colaboración humana en una organización industrial", o sea, cómo formar legiones de crumiros: y la tarea de la Universidad y de los centros de investigaciones es esa. En el Congreso de Dirección Científica de la Empresa,[21] R. Roccatagliata afirmó que la empresa "es el cimiento donde se asienta la estructura de toda la humanidad" (por lo tanto, el empresario es el señor del mundo): por su parte, Carlos Cisneros, del Instituto Radical de Investigaciones, cree que "es conveniente que terminemos de una vez con que el hombre obrero se sienta un enemigo a muerte del patrón y no un colaborador"; hay que seguir el ejemplo norteamericano, "que incluso han avanzado sobre los talleres, para examinar al obrero, psicólogos, sociólogos, que estudian las angustias que tiene un obrero, que lo amparan, que le hacen sentir su solidaridad".[22] Como se ve, toda la línea sociológica norteamericana va dirigida a estorbar o negar la lucha de clases.

Esta sociología es pura apología del capitalismo. En el seminario social-económico de Maracay, realizado con la presencia de Von Misses entre otros, los expositores "adujeron una vasta serie de razones para exponer los beneficios y ventajas del capitalismo sobre el comunismo", informa la United Press; y el argentino Benegas Lynch declaró que no hay libertad sin capitalismo.[23]

* * *

No es pequeño el papel que juega la ecología en el ámbito sociológico norteamericano. La Escuela de Chicago parte de que la primera finalidad de las ciencias sociales es el estudio de las relaciones entre el hombre, la tierra, las plantas, los animales, y los hombres de la misma región. La llaman por ello sociología regional, y por el papel que el espacio juega en ella, se la ha vinculado con la geopolítica, que se singulariza por el empleo a fondo de ese concepto. Carneiro Leão, adepto de la ecología, afirma que la suma de esta con el área de cultura da por resultado la ciencia social, y le atribuye la misión de modificar las condiciones naturales de la región (claro, las naturales, no las sociales; dejando subsistente, por ejemplo, la estructura latifundista).

Bajo apariencia de objetividad y sujeción al hecho –minúsculo y regional pero hecho–, la ecología deja de lado la estructura social, las clases, sus luchas. Un buen ejemplo lo tenemos en Carneiro Leão que en el libro ya nombrado se duele de la pobre alimentación del noreste brasileño, no adaptada, dice, a las condiciones de clima y vida de la región.

De haberlo consultado a su compatriota Josué de Castro, habría visto que en ningún lugar de Brasil la alimentación es racional; la carencia está en todas partes. Dice Carneiro Leão "que no hay verduras ni frutas. Los pobladores comen principalmente carne y harina de mandioca. Tienen pues una alimentación carencial". Seguramente es así: pero el problema del sociólogo sería otro: ver las raíces del fenómeno, establecer las responsabilidades. Un análisis serio debiera incluir: primero, el desarrollo desigual del Brasil, por causa del latifundio y del capital extranjero; segundo, las tremendas consecuencias de la opresión oligárquica. Las propiedades del noreste brasileño tienen dimensiones que van de los 10.000 a las 100.000 hectáreas. En consecuencia del desarrollo deforme del país, ocurre que, para 1956, la renta per cápita en el noreste era de 5461 cruzeiros, contra 17.151

[21] *La Razón*, Buenos Aires, 6/12/1960.
[22] *Clarín*, Buenos Aires, 23/08/1959.
[23] *La Prensa*, Buenos Aires, 9/01/1961.

cruzeiros en la región centro-sur. Y es inútil: la ecología no puede impedir la revolución agraria. No lo entiende así Carneiro Leão, que supone que la ecología es el arma victoriosa en la lucha por la vida (p. 46 de su libro). En fin, este autor atribuye la caída del papel de Grecia en el mundo... ¡a la malaria! Ejemplo deplorable de los desvaríos a que conduce la sociología burguesa.

Dirigidos por la justificación del régimen burgués, los sociólogos burgueses niegan, adulteran y confunden el concepto de las clases y de la lucha de clases; y como los hechos de esta lucha existen, explican la cosa de manera arbitraria. Alexis Carrel, el reaccionario, llegaba al colmo de atribuir las úlceras estomacales y la hipertensión arterial de los obreros a las tendencias agresivas de estos contra el patronato. Para Leopold von Wiese, el concepto de clase es una forma bastante vaga de la estructura de la sociedad" (*Sociología del siglo XX*, t. II, p. 87). Ralph Linton sostiene que "en cuanto a los conflictos de clases, estos no parecen tener gran importancia para el estudio de las sociedades en general".[24] Esta inaudita e ignara afirmación está formulada un siglo después de la famosa proclamación del *Manifiesto:* "La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases". Y en seguida confundirá clase con casta (cree en efecto que el sistema hindú de castas es ejemplo de cómo cada clase formaba una sociedad en sí misma). Linton no ve que lo propio de la casta es el igual *status* jurídico y legal; como lo enseña el leninismo, "*una* de las diferencias entre clase y casta, a saber, que las clases se diferencian unas de otras no debido a privilegios jurídicos, sino a condiciones existentes de hecho que, por consiguiente, las clases de la sociedad contemporánea presuponen una *igualdad jurídica*". E insiste: "La esencia de una sociedad de clases (y de una enseñanza de clases, por consiguiente) reside en la plena *igualdad* jurídica, en la absoluta igualdad de derechos de todos los ciudadanos ".[25] Así el terrateniente entra en la clase, el noble se incorpora en la casta.

Gino Germani tiene ideas vacilantes en lo concerniente al concepto de clase. En *Sociología científica* habla de "clase intelectual", siendo conocido que los intelectuales, cualquiera sea la clase de que procedan, no forman una clase, sino una capa social. Debido a esas vacilaciones, tendía a admitir tendencias planificadoras en la sociedad moderna (es decir, burguesa), y entre ellas nombraba especialmente a la empresa capitalista, que es justamente ejemplo de caos productivo. Como tantos otros sociólogos burgueses pone el énfasis en el concepto de grupos; pero incluyendo en ello a la clase, al grupo técnico y al grupo ocupacional, introduce un embrollo conceptual (por ejemplo, mezclar clases con rasgos naturales) muy propio al desdibujamiento y disolución de la idea de clase.[26] Y esto se manifiesta en su asombrosa afirmación de que el concepto de ocupación posee más realidad que el concepto de clase.[27] Confundiendo la calidad de un oficio con la relación social, siendo que esto último es lo que considera la sociología verdaderamente científica. En el citado libro de Robert D. Leiter se informa que el Servicio de Empleos de los EE.UU. preparó un diccionario de títulos ocupacionales, con muchos millares de descripciones cuidadosamente clasificadas y codificadas. (De manera que estos muchos millares de trabajos prolijamente delimitados vendrían a sustituir la idea de que habría una clase de proletarios enfrentada a una clase de capita-

[24] Ralph Linton, *Estudio del hombre*, México/Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 119.

[25] V. I. Lenin, *Obras completas,* t. II, pp. 451-452.

[26] Gino Germani, *Estructura social de la Argentina*, Raigal, Buenos Aires, 1955, p. 14.

[27] *Ibid*., p. 145.

listas; no, en su lugar tendríamos una gran cantidad de ocupaciones escrupulosamente nombradas). Es más. Para la estadística oficial norteamericana, los prisioneros son obreros "especiales", y un capítulo del volumen de Leiter se titula así: "Prison labor". No: simplemente, el oficio no es una relación social. Refutando a un "crítico de Marx", se burla Lenin de un autor que confunde "diferencias entre profesiones con diferencias entre clases".[28] No habla Germani de clase obrera, sino de clase popular, que sería un concepto fundado en nociones de sentido común; confesión de renunciamiento a la consideración científica del concepto de clase obrera. Sin duda que, por esas mismas defecciones en materia de clase, Germani soslaya la consideración expresa del latifundio y del capital extranjero cuando alude al desequilibrio nacional; y del estancamiento rural no deduce la función regresiva que desempeña el régimen de la gran propiedad latifundista, sino la limitaciones técnico-económicas al desarrollo de la población rural. La conclusión no se relaciona para nada con la premisa, pues puede darse en el capitalismo el desarrollo de la producción agraria sin perjuicio de que disminuya el peso específico de la población rural.

Acá puede abrirse un paréntesis, para hacer una referencia al abusivo empleo del concepto y la palabra "estratificación", tan puestos de moda por los pensadores burgueses norteamericanos. Procedente de estrato, término tomado de la geología, como se dice en los *Fundamentos de la filosofía marxista*. Se alude a capa social y grupo. Pero el equívoco que suscita es manifiesto: los burgueses creen (o quieren creer) que el régimen social burgués es tan eterno como el régimen natural de las rocas, y se consuelan pensando en la estratificación de las clases. La estratigrafía es el estudio de las capas sucesivas de rocas sedimentarias; "estas se disponen las unas sobre las otras, en espesor diverso, pero se conservan iguales a lo largo de espacios inmensos. Y como se calcula que la edad de las rocas anda en las cercanías de los dos mil millones de años, ¡qué rosada perspectiva para los burgueses!

Otros admitirán las clases y luchas de clases en el solar vecino, pero no en el propio; es el caso, por ejemplo, de Spengler, que sostenía que la lucha de clases en Prusia, precisamente en Prusia, no tenía razón de ser.

Está claro que el sociólogo que no considera a las clases por el lugar que sus componentes ocupan en el sistema de producción, por su relación con referencia a los medios de producción, y por su sitio en la riqueza, social, esto es, que no ve en una clase a personas que desempeñan la misma función en la producción y que tienen las mismas relaciones hacia las otras personas en el proceso de producción, tal sociólogo está totalmente perdido para la ciencia. Abandonado el terreno de clase, se incurre en "despropósitos deliberados", como es común en las estadísticas burguesas. Por ejemplo, estas meten dentro del concepto de renta nacional todas las ramas no productivas (aparato estatal, crédito, médicos, abogados, etc. –que no producen valores–, clubes de noche, institutos de belleza): de este modo, les es fácil a Evans y Hoffenberg llegar a la conclusión de que "más de la mitad del ingreso nacional se origina en estos sectores", es decir los sectores que producen servicios.[29] Mientras la estadística norteamericana no discrimina cuando trata de ocupaciones industriales, la producción material de otras producciones, la estadística de los países socialistas sí lo hace. En la U.R.S.S., el 85,2% de la población ocupada lo está en ramas de la producción material: el resto, en educación, servicios públi-

[28] V. I. Lenin, *Obras completas,* t. IV, p. 190

[29] *Estadística*, Washington, marzo de 1959.

cos, transporte de pasajeros, cuerpos de administración estatal, de organizaciones públicas y de cooperativas.[30] En cuanto a la República Popular China, la población ocupada en trabajos productivos fue del 65% en 1949, y del 85,1% en 1958.[31]

Ina T. Walton acepta esta grotesca clasificación de Taussing sobre los trabajadores: líderes industriales, gente de rango profesional, funcionarios públicos superiores.[32]

Tremenda confusión acerca del concepto de clase revela Rama (que también gusta hablar de "estratos", y que por allí lo conmueve a uno con un colosal "estratificacional"), para el cual existen cinco clases –alta, media superior, media inferior, baja superior y baja inferior–, con 57 "grupos sociales", esto es, como lo aclara, jerarquías dentro de cada clase. En la clase media inferior, donde pone obreros a domicilio, aprendices, peones, pensionistas, servicio doméstico, incluye además "tropa y suboficiales de ejército y policía", y junto con los "desocupados", a los "vagabundos, delincuentes, prostitutas".[33] Así pues, al lado de obreros propiamente dichos tenemos diversas capas de *lumpenproletariat,* como si todo fuere uno y lo mismo. Lenin se mofaba justamente de una estadística que incluía como "pequeño empresario" al cochero, al mandadero, al sepulturero, al vendedor ambulante, a la costurera.[34]

Se usa el concepto de grupo para disminuir o anular el concepto de clase. "Los marxistas no niegan que en la actual sociedad capitalista haya diferentes grupos y capas intermedias, a la vez que diversas organizaciones políticas, económicas y culturales. Pero el verdadero sentido y la significación social de esos grupos solo podrán comprenderse en la medida en que se determine el lugar que ocupan en la estructura de clase de la sociedad y el papel que desempeñan en la lucha de clases. El estudio de los grupos sociales que existan efectivamente, lejos de anular la necesidad de un análisis de clase de la sociedad, presupone este análisis".[35] Y aun: "Ejemplo elocuente de la incapacidad de los sociólogos para distinguir lo esencial de los inesencial es la llamada sociología de los grupos, que declara que la tarea más importante de la ciencia social es el estudio de determinados grupos de población (clasificación por su tipo de ocupación, situación familiar, etc.), en contraposición al estudio de la estructura de clase de la sociedad".[36]

El reformismo socialdemocrático de extrema derecha empuña los grupos para deducir que su existencia en las clases testimonia la desintegración de dichas clases: desde entonces, ¿para qué la lucha de clases?

Por su parte, Torcuato S. Di Tella clasifica en el *grupo emancipados* a los obreros sin conciencia de clase que se hallan bajo la influencia de caudillos demagogos.[37] ¿No es esta una confusión incomprensible?

Este es el juicio de Lenin: ¨De por sí, este concepto es aún más impreciso y arbitrario: el criterio de distinción de *grupos* puede verse tanto en los fenómenos religiosos como en los etnográficos, políticos, jurídicos, etc., etc. No hay un elemento firme que permita distinguir en uno u otro de dichos dominios estos o aquellos *grupos.* La teoría de la lucha de clases es una realización de las ciencias sociales precisamente porque establece los procedi-

[30] Comisión de Estadística Central del Consejo de ministros de la U.R.S.S., *Economía nacional de la U.R.S.S.,* Buenos Aires, Fundamentos, 1957, p. 170.
[31] Oficina Estadística del Estado, *Un gran decenio*, Pekín, Lenguas Extranjeras, 1959, p. 193.
[32] En *Introduction to Social Science*, Mac Millan, Nueva York, 1945, t. I., p. 523.
[33] Carlos M. Rama, *Las clases sociales en el Uruguay*, Montevideo, Nuestro tiempo, 1960, p. 38.
[34] V. I. Lenin, *Obras completas*, t. IV, p. 197.
[35] Academia de Ciencias de la U.R.S.S., *Los fundamentos de la filosofía marxista*, Grijalbo, México, 1959, p. 625.
[36] *Ibid*., p. 601.
[37] *Situación*, Buenos Aires, nº 6-7.

mientos para reducir lo individual a lo social con toda precisión y exactitud".[38]

El escapismo sociológico consistente en eludir el problema de la lucha de clases lleva a cosas tan poco serias como las actividades del Instituto Sarmiento de Sociología e Historia, que se limita a celebrar los aniversarios del sanjuanino, obsequiar bustos y pedir a las autoridades que planten árboles.

En resumen: quien aspire a la sociología científica, comience por asimilar el marxismo-leninismo.[39]

Buenos Aires, enero de 1961

[38] V. I. Lenin, *Obras completas,* t. I, pp. 428-429.

[39] El presente ensayo fue escrito especialmente para *Estudios*, revista del comité ejecutivo del Partido Comunista del Uruguay y publicado en el nº 19-20, mayo de 1961.

## II

## Carta de Manuel Mora y Araujo y Juan Carlos Torre a Héctor Agosti

Buenos Aires, abril de 1962.
Camarada director de *Cuadernos de Cultura*.

Presente.
El artículo "Cosas de la Sociología" del camarada Rodolfo Ghioldi publicado en el número 53 de la revista que Ud. dirige nos ha movido a algunas reflexiones que creemos conveniente hacer llegar a Ud., interesados como estamos en el diálogo y la discusión de estos problemas. No es nuestra intención cuestionar el contenido básico del artículo, con el que nos identificamos. Creemos que el materialismo histórico se revela como la teoría global de la sociedad que ha proporcionado esquemas explicativos satisfactorios de los procesos sociales y que, a la vez, obrando como instrumento político, ha dado lugar a transformaciones profundas en numerosas sociedades contemporáneas, mereciendo por lo tanto el atributo de científica más que cualquier otra teoría de la sociedad. Desde esta perspectiva y entendiendo que del materialismo histórico se desprende una metodología para el estudio y la explicación de los fenómenos sociales queremos cuestionar los términos en los que el mencionado artículo plantea la discusión con la sociología no marxista. Los trabajos críticos de los fundadores del materialismo histórico son la expresión de un rigor de análisis coherente con su probidad intelectual; rigor que consideramos ajeno al artículo que comentamos. Por demasiado evidente solo apuntamos que el esquematismo, la violencia de los adjetivos, las contadas y parciales fuentes de información a las que se hace referencia, el uso de citas aisladas como indicadores absolutos de posiciones ideológicas, colocan la polémica en un nivel muy distante del que debe tener una discusión científica, utilizando el artículo como material de lucha ideológica. Estos trabajos se hacen necesarios como material de consulta y esclarecimiento, pero nosotros consideramos que sin un mínimo de rigor y de elaboración no pueden cumplir satisfactoriamente ese papel.

En términos generales podemos decir que el artículo reposa sobre el criterio de autoridad para avalar sus afirmaciones, nosotros consideramos que tal criterio no puede servir como fundamento en una polémica científica, máxime cuando los adversarios no aceptan la autoridad en cuestión. Por lo demás criticar meramente los trabajos contemporáneos de

sociólogos no marxistas con párrafos de Marx parece una tarea ociosa, desde que esos sociólogos en ningún momento se retienen marxistas. Lo interesante sería profundizar en las raíces metodológicas de sus concepciones y a la vez atacar sus trabajos al nivel de la lógica de las ciencias, nivel en el que suelen mostrarse más fuertes. Ninguna de estas dos cosas se realiza en el artículo.

A título de ejemplo, Ghioldi invalida la sociología que Talcott Parsons, por ejemplo, representa tan cabalmente, porque ella se resiste a la búsqueda de leyes generales. La lectura cuidadosa de este autor, incluso en su artículo en el libro *Sociología del siglo XX*, muestra que uno de sus puntos de partida es la idea de que la sociología no está en condiciones de construir científicamente leyes generales. La tarea de un análisis crítico debería ser buscar los supuestos filosóficos de esa concepción y discutirlos minuciosamente. En cambio, en este artículo se da por sentada la verdad de la concepción opuesta sostenida por el materialismo histórico, pero sin defenderla lógicamente, sin intentar siquiera precisar por qué caminos se llega a su demostración. De ese modo nada se consigue como no sea poner en evidencia que Parsons, entre otros, no es marxista. Si es nuestro propósito destacar la veracidad de nuestras afirmaciones debemos explicitar los supuestos sobre las que se basan y demostrar en qué medida la práctica científica las ha verificado. De lo contrario su sostenimiento se transforma en una cuestión de fe y a ese nivel la discusión racional es percibida como obvia.

El artículo parece mostrarse indiferente ante el problema de si el desarrollo de la sociología no marxista –criticable no por la imprecisa afirmación de que es una moda burguesa sino, como lo señala Michel Simon ("Notas sobre la concepción marxista de la sociología", en *Cuadernos de Cultura* nº 49), porque encuentra sus fuentes en la ideología burguesa– aporta algo a una aproximación científica de la realidad social. El lector desprevenido extrae la conclusión de que no aporta nada y aún más, que en el rechazo de la sociología no marxista hay una coincidencia tal que exime de la formulación de un problema como el que planteamos y respecto del cual objetamos que no haya sido considerado en el artículo. Sin embargo, debemos señalar un hecho que nos parece de suma importancia: hay marxistas dedicados a la sociología que actualmente realizan investigaciones parciales e incluso estudios monográficos utilizando los métodos y técnicas de investigación de que se sirve y que incluso ha elaborado la sociología burguesa. Una lectura atenta de los materiales de origen polaco publicados en *Cahiers Internationaux de Sociologie* pone en evidencia lo que decimos. No descartamos la existencia de puntos de vista distintos a los aportados; las intervenciones de sociólogos soviéticos durante el III Congreso Mundial de Sociología pueden ser un ejemplo de ellos. Queremos precisar que no hacemos nuestra una definición al respecto: solo queremos poner de manifiesto la existencia de actitudes encontradas en la evaluación de las técnicas de investigación de la sociología burguesa y la relevancia de un problema que requiere profundización y no simplificaciones y aun su desconocimiento.

Por otra parte, el artículo coloca indiferenciadamente en un mismo plano a autores tan distantes entre sí como Parsons y Lévi-Strauss. La sociología no marxista está lejos de ser ese conglomerado indiferenciado que se deduce de la opinión del camarada Rodolfo Ghioldi, y si bien puede encontrarse una misma fuente clasista, tenemos el deber de poner en evidencia la naturaleza de las diferencias, así como lo que hay en ella de rescatable, como aconseja Michel Simon en su trabajo ya citado. La lectura atenta y no limitada a un artículo ocasional, por ejemplo de un Lévi-Strauss, revela que es improcedente hablar de sociología burguesa, con el acento peyorativo con que se utiliza este concepto para referirse a su obra. Se-

ría interesante que la crítica científica se basara en una mayor profundización de los materiales criticados; de ese modo adquiere fecundidad el debate ideológico y, por otra parte, no demostraremos a menudo que estamos atrasados en información.

Las observaciones que hacemos sobre el modo en que deben plantearse las discusiones intelectuales han sido ya objeto de consideración dentro de nuestro partido.[40] Reiteramos aquí que "La polémica no implica agresividad" puesto que "es difícil dialogar cuando los argumentos se sustituyen con agresiones". Asimismo la administración rutinaria de "etiquetas" (tales como "burguesas" o "idealistas"), la adjetivación gruesa y definitiva y *a priori* de un trabajo riguroso de análisis crítico para caracterizar las posiciones teóricas de nuestros adversarios en el debate intelectual reducen a este a un despliegue de citas y fórmulas hechas –la técnica de reducir al denominador común quizás no sea la más apropiada en las circunstancias que comentamos pues suele conducir a la aplicación de principios generales sin la adecuada elaboración que discrimine lo específico de las múltiples teorías y lo nuevo en el pensamiento contemporáneo. En este sentido creemos oportuno recordar a Roger Garaudy cuando afirma: "Es inevitable que un pensamiento militante, sobre todo en momentos de extrema tensión histórica y de polarización de fuerzas, sea llevado por las necesidades de la vigilancia y el combate a una cierta rigidez en la acogida hecha a otras fuentes de pensamiento, pero es indudable para todo marxista, cualesquiera sean los tanteos y errores ineluctables, que el marxismo no puede vivir y desarrollarse sino integrando y superando todo cuanto tiene de viviente la filosofía contemporánea: el marxismo no sería marxismo si se limitara a responder a Sartre con las objeciones que Marx hacía a Steiner; a Husserl con la refutación que hizo Lenin de las teorías de Ernst Mach; a Desroches o Teilhard de Chardin con la argumentación de Feuerbach". El contenido que tiene esta cita para nosotros está expresado en algunas de las objeciones que hacemos al artículo que comentamos.

En otro orden de cosas, pero, creemos, en estrecha relación con lo anotado precedentemente queremos destacar nuestra convicción en la renovada necesidad de realizar trabajos empíricos sobre nuestra realidad nacional que superen la observación periodística y la mera recopilación de datos estadísticos. Ellos obrarán como una contribución del marxismo militante a la descripción y explicación de nuestros procesos sociales, definiendo la peculiaridad de los mismos. Esta exigencia concuerda con el desarrollo actual del pensamiento de los sociólogos marxistas cuando afirman que: "[...] el menosprecio franco y disimulado de este género de investigaciones (investigaciones sociológicas concretas) es una manifestación clara de dogmatismo en la ciencia marxista leninista de la sociedad. Cuando afirman que en la interpretación materialista de la historia está comprendida toda la ciencia sociológica marxista, los dogmáticos pretenden justificar teóricamente su renuncia a estudiar y sintetizar los nuevos fenómenos y procesos sociales que surgen en el transcurso de la construcción del socialismo y el comunismo. Los científicos propensos al dogmatismo quisieran reducir "la erradicación de los principios del materialismo histórico en la esfera de los fenómenos sociales" a la simple labor de deducir "unas verdades absolutas" de otras más generales todavía. Estos investigadores eluden el estadio directo de la realidad concreta, inclinándose a transformar "la ciencia marxista-leninista de la sociedad en una especie de pasatiempo". Este párrafo está

[40] Héctor R. Agosti, "Algunos Problemas del trabajo cultural", *Nueva Era*, nº 7, 1961, y "Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los marxistas", en *Para una política de la cultura*, Ed. Procyon, 1956. Las frases entre comillas y la cita de Garaudy han sido extraídas de estos materiales.

transcrito de la reseña sobre el "Encuentro de sociólogos marxistas" publicada en *Problemas de la Paz y el Socialismo* nº 2 de 1962.

Reiteramos finalmente lo que consideramos una premisa básica del debate ideológico: la necesidad de que el rigor y la disciplina científica presidan nuestros trabajos. El esquematismo y la rigidez que son consecuencia de la falta de esos atributos impiden el diálogo, retraen a importantes grupos de estudiantes e intelectuales de nuestros materiales y de ese modo neutralizan la difusión del marxismo-leninismo en el ámbito de la cultura nacional, despejando el camino para que los neomarxistas y revisionistas recluten su clientela.

Saludamos atte.

Manuel Mora y Araujo - Juan Carlos Torre

## III

### Carta de Rodolfo Ghioldi a Héctor Agosti[41]

Estimado Héctor, te devuelvo la carta de los cam. que rechazan mi artículo sobre sociología. La he leído con atención y dos o tres veces para tratar de ver cuál es el grano de verdad de esos cam.; no lo hallé. Dicen que ellos están identificados con el contenido básico de mi artículo; no lo creo, a pesar además de su aceptación del materialismo histórico que merece, dicen, la calificación de científico, "más que cualquier otra teoría de la sociedad". Si no es un error de redacción, cabe entender que el mat. hist. es más científico que otros enfoques, y por ende, estos otros enfoques son también científicos, aunque menos. Pero esto es justamente lo que niego (es decir, lo que niega el marxismo-leninismo, no personalmente yo); la posición del m. l. en la materia es clara y directa, como es fácil verlo en los clásicos y, desde luego en las obras modernas (por ej., *Los fundamentos de la filosofía marxista*, del Instituto de Filosofía de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., o el "Manual de marx.len."). Los cam. reprochan el empleo de adjetivos (lo que no les impide aplicármelos), pero es esa una observación insatisfactoria; si la adjetivación es pertinente, no solo suele no estar de más, sino que sirve para dar más relieve a la sustancia. Tomen ellos los trabajos científicos más rigurosos de Marx, Engels, Lenin y verán que no ahorran calificativos. El asunto es ver si el adjetivo en cuestión cabe o no cabe; por ej., ¿está bien o está mal decir "sociología burguesa", "degeneración sociológica burguesa", etc.? ¿O será que les molesta que se hable irrespetuosamente de la sociología burguesa? Me inclino a pensar que ellos no han visto el sentido –muy evidente y expreso por otra parte– de mi artículo. Parte de que las corrientes sociológicas burguesas ejercen una influencia nefasta, que muchas personas las consideran útiles, prácticas, eficientes, lícitas, que nuestras universidades están tomadas por ellas, que se las presenta como, en su conjunto, la verdadera ciencia sociológica (por oposición a las metafísicas antiempírica del marxismo) –de todo lo cual deduje la necesidad o conveniencia de mostrar la degeneración burguesa también en el campo sociológico, de señalar al m. l. como la única sociología científica, de indicar los motivos por los cuales hay que decir que la sociología burguesa no es científica. Este es el centro del artículo; la negación de que sea

[41] Ghioldi utiliza en la carta una serie de abreviaturas que hemos optado por mantener: cam., por camaradas; mat. his., por materialismo histórico; m.l., por marxismo-leninismo; P., por Partido; y comp., por compañeros.

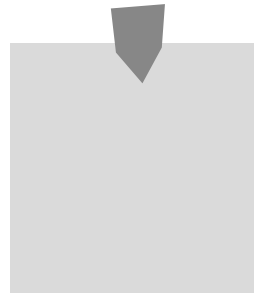
científica la sociología burguesa. Los cam. me censuran el que critique a los sociólogos burgueses con párrafos de Marx, etc.; es, añaden, el criterio de autoridad. ¿De verdad? Pero resulta que el m.l. es producto de una elaboración científica, y en la cual autoridades como Marx y como Lenin han desempeñado un papel muy principal: es justamente en esas fuentes del m.l. (¿criterio de autoridad, entonces?) donde hallamos la definición de la sociología científica, mediante la reducción de las relaciones sociales a las relaciones de producción y la comprensión del concepto de formación social. Así es factible estudiar la regularidad y por lo tanto la ley. He puesto frente a frente este criterio marxista-leninista con el habitual de la sociología burguesa, he indicado que lo común de las escuelas burguesas consiste en la negación del proceso de desarrollo social como de algo sujeto a leyes, y saqué la conclusión que venía sola: la sociología burguesa es apologética pero no científica. Indicarlo fue el objetivo del artículo. De esto se trata, y no de otros temas. Que en la polémica nuestros jóvenes sociólogos, si los hay, investiguen otros aspectos, aborden cuestiones parciales, pesquisen acerca de los métodos, me parecerá excelente, pero claro está, a la condición de no hacer desaparecer lo fundamental (que es la noción sobre la sociología burguesa como una ideología de clase que niega las leyes generales en el proceso social), a la condición de no invocar leyes particulares para eclipsar las generales. Por ej., examinar la cuestión de un grupo dado, o el problema de la familia, para hacer diluir en ello la cuestión candente y básica de la lucha de clases, será una superchería reaccionaria, que nada tiene que ver con la ciencia. Por lo que hace al análisis de las cuestiones vitales de la sociedad, he mostrado que las únicas indagaciones valedoras y científicas son las del m.l., triunfantes allí donde fracasó la escuela burguesa (cité problemas como el del Estado, el del fascismo; ahora que tenemos el Programa del PCUS –que es un verdadero manual de sociología científica–, eso mismo podemos decirle con mucha mayor energía).

Volviendo al argumento de autoridad, quiero decir que una cosa es el artículo de fe, o verdad revelada, y otra cosa es el criterio fundamentado teóricamente e ilustrado históricamente, que muestra así ser verdadero. Si al remitirnos a ello se nos dice que tal cosa es moverse con argumentos de autoridad, tendremos que pensar que se confunden las cosas. Creo que no solamente podemos, sino que debemos remitirnos a ello, pues la justeza del pensamiento m.l. tiene a su favor una abundante e inconmovible justificación histórica. Por ej., desde Marx hasta hoy, se ha probado que el marxismo tenía razón cuando hablaba de las leyes generales del desarrollo social, que él descubrió y estableció, y gracias a cuya aplicación tenemos el socialismo en una tercera parte de la población mundial; ha probado, además, que las concepciones sociológicas burguesas que negaban dichas leyes han hecho fiasco. No les gusta a los cam., que me critican mi referencia a las modas sociológicas; por cierto que no condeno la sociología burguesa sencillamente por tener modas, sino por ser burguesa, apologética, anticientífica; pero esto no debe impedir comprobar la sucesión de modas, emparentadas entre sí a pesar de todo por algunos rasgos irracionalistas comunes. En *Los fundamentos de la filosofía marxista* leo estas palabras: “Desde que la burguesía se convirtió en una clase reaccionaria, sus ideólogos, llenos de pavor, se vuelven de espaldas al problema mismo de las leyes sociológicas. En el s. XX, en la sociología burguesa se han puesto de moda las diferentes escuelas y corrientes que niegan la necesidad de plantear, incluso desde un punto de vista idealista, el problema de las leyes que rigen en desarrollo social”. Mientras haya burguesía en descomposición puede decirse, me parece, que la escuelilla más reciente no será la última; otra

escuelilla ha de estar por surgir. ¿No pasa lo mismo en filosofía? En la inmediata posguerra había existencialismo por doquier; hoy es cosa muerta o semimuerta, desbordada por otra corriente (o "escuelilla"). Igual en economía, en artes plásticas, en lo que se quiera. Justamente después de la guerra surgió en Francia la escuela resistencialista, con su catálogo filosófico, con su pintura, con su dramaturgia; recuerdo haber leído el argumento de uno de sus dramas: dos personas en el fondo de un pozo arrojaban piedras hacia afuera, para llamar la atención, pero las piedras volvían a caer. Conclusión: la cosa resiste al hombre. Al parecer esta degeneración sería insuperable; pero no; hace poco, en una sala central de Bs. As., hubo una muestra de arte destructivista, con su mensaje filosófico correspondiente. Todo eso es burguesía en descomposición; y las modas se suceden. ¿Monografías descriptivas? Son; pero hay que explicar, no apenas describir; y para explicar hay que desentrañar las leyes del desarrollo. ¿Que la investigación sociológica no sea mero registro periodístico? ¡Claro! Pero entendámonos: investigación sociológica que concluye en la inexistencia de las leyes generales del desarrollo social, o en la negación de la formación social, o en el rechazo de la lucha de clase, está muy por debajo del último registro periodístico. Se desea la producción de trabajos empíricos sobre la realidad nacional. De acuerdo, pero siempre que sea para no caer en esas negaciones del sociólogo burgués y decadente. Quienes quieran emprender ese trabajo aprovecharán mucho releyendo los materiales del Partido desde hace algunas décadas: allí encontrarán un buen reflejo de la realidad nacional. Curioso es que los sociólogos profesionales no reconocen ese mérito a nuestro Partido, pues para ellos el m.l. es, en el mejor de los casos, una metafísica encantadora. Ellos, y sus amigos más cercanos, sí que eran los dueños de la realidad argentina; para ello habían partido a ASCUA. Pero ASCUA acaba de morir, y sus jefes más notables –Erro, Barreiro, Romero–, entretenidos en algunas cosas parciales del proceso argentino durante tantos años, confiesan en el acta de defunción que la realidad argentina es incomprensible; un paso más, y surgirá uno que niegue sencillamente la presencia de una realidad nacional. Por lo pronto, el cosmopolitismo es una forma de disolución de dicha realidad. Dicen que los burgueses suelen mostrarse más fuertes en el nivel de la lógica de las ciencias: paradoja incomprensible, cuando partimos de que esos burgueses renuncian expresamente al abecé de la ciencia: las leyes generales. Las objeciones que los sociólogos burgueses hacen al m.l. las han hecho siempre los filósofos burgueses en su plano; recordé hace un tiempo el caso de Saúl Taborda, tan amigo del P., sin embargo, que negaba la filosofía marxista porque no estaba en ningún texto especial; se le explicó las tesis de Marx en la materia, su ilustración en las obras que produjo, los volúmenes de Engels, y finalmente el "Materialismo y empiriocriticismo". ¡Pero eso no es filosofía!, respondió. En fin, creo que los comp. se equivocan también cuando piensan que si los intelectuales y los estudiantes no admiten fácilmente nuestros materiales se debe a no sé qué esquematismo; seguramente que si ese fenómeno se da, tal como ellos lo sostienen, sus causas serán diversas, y entre ellas también las de organización; pero se deberá sobre todo a que, estando esos intelectuales y esos estudiantes bajo el peso de la influencia ideológica burguesa, las vacilaciones o debilidades de nuestros propios compañeros no son el camino más adecuado para persuadirlos. Que medie también la elaboración insuficiente en cosa admitida, pero lo fundamental será, creo, la lucha insuficiente contra la influencia ideológica burguesa, y en el caso de la sociología, contra el pensamiento de las diversas capillas burguesas. Saludos cordiales,

Rodolfo

# *Lecturas*



*Prismas*
Revista de historia intelectual
Nº 30 / 2026

# *Carlo Ginzburg y las noticias falsas*

Con la mezcla tan suya de originalidad, agudeza y capacidad para recorrer dimensiones muy variadas de la historia cultural y de las ideas, Carlo Ginzburg abordó muchas veces el tema de las "noticias falsas", a propósito del cual volvió una y otra vez a entablar su interminable diálogo con Marc Bloch. *Prismas* tiene el placer de publicar un artículo inédito suyo en el que ensaya nuevas variaciones sobre la cuestión, como mínimo aporte para una conmemoración de su trayectoria que –a tan poco tiempo de su muerte, ocurrida en Bologna el 17 de junio de 2026– apenas comienza. Agradecemos a Diego Galeano, a quien Ginzburg autorizó a traducir y publicar el texto, por brindarnos la posibilidad de hacerlo. Y a él y a Emiliano Sánchez por introducirlo con el apasionante trazado del itinerario que se describe, a partir de este tema, entre esos dos inmensos historiadores que fueron Bloch y Ginzburg.

# *La potencia de las ilusiones: la historia de las noticias falsas, de Marc Bloch a Carlo Ginzburg*

Diego Galeano[1] y
Emiliano Gastón Sánchez[2]
PUC- Río de Janeiro / CNPq-FAPERJ
Universidad Nacional de San Martín / CONICET

En junio de 2026, como una irónica contingencia, tuvo lugar un doble acontecimiento que involucró a dos de los historiadores más destacados del siglo XX. El día 17, a los 87 años, falleció Carlo Ginzburg en la ciudad de Bolonia. Poco después, en una ceremonia emotiva, Marc Bloch ingresaba al Panteón en reconocimiento de su participación en la resistencia antifascista durante la ocupación de Francia en la Segunda Guerra Mundial. En ese contexto había producido el manuscrito de su último libro, publicado póstumamente con el título *Apologie pour l'histoire*, y había perdido la vida, después de ser detenido, torturado y ejecutado por la Gestapo en 1944, a los 57 años de edad.

En cuanto a Ginzburg, no fueron pocos los pasajes de su obra en los que se esmeró por explicitar su deuda intelectual con Marc Bloch. En 2015, invitado a producir un prefacio a la compilación de sus escritos sobre Bloch, Ginzburg escribió: "aprendemos de los vivos y de los muertos; y entre los muertos, Marc Bloch ha sido (junto a Erich Auerbach y Aby Warburg) el estudioso del cual más he aprendido yo".[3] En aquel momento, aclaraba que esta "conversación imaginaria" había durado más de medio siglo y que nunca cesaría de interrogarse acerca de la obra de su predecesor francés, lo que se refleja en una permanente indagación, que duró hasta el final de su vida, alrededor de un hilo que los conectaba muy especialmente: la cuestión de lo falso como objeto historiográfico. Ese punto de costura entre ambas trayectorias llegó a suscitar, en los últimos años, una reflexión sobre la historia de las noticias falsas, una mirada hacia el pasado desde un acuciante presente marcado por la llamada "posverdad".[4]

## 1.

El interés por la historia de las noticias falsas y de los rumores remite, indefectiblemente, a las investigaciones de la primera generación de los estudiosos vinculados a la revista *Annales*.[5] A finales de 1921, Marc Bloch publicó, en la *Revue de synthèse historique* dirigida por Henri Berr, un artículo sobre las noticias falsas en la Gran Guerra.[6] Bloch había participado en esa contienda de principio a fin: ingresó al ejército francés como suboficial, luego fue ascendido a *officier de renseignement*, bajo el encargo de recolectar y distribuir información sensible sobre el enemigo para el Estado Mayor. Herido en varias oportunidades e intoxicado con gas venenoso, Bloch finalizó la experiencia bélica con el rango de capitán. Fue para él una vivencia multifacética: conoció de cerca la guerra de movimientos, pero también la ardua vida en las trincheras en la región de Argonne, donde formó parte de los contingentes de soldados que combatieron en la batalla del Somme en 1916 y, al año siguiente, en la batalla de Chemins des

[1] dgaleano@puc-rio.br, ORCID: http://orcid.org/0000-0003-2450-1945
[2] emilianogastonsanchez@gmail.com, ORCID: https://orcid.org/0000-0003-1518-5872
[3] Carlo Ginzburg, *Cinco reflexiones sobre Marc Bloch*, Rosario, Prohistoria, 2018, p. 3.

[4] Fueron varias las intervenciones de Carlo Ginzburg sobre este tema en los últimos años. Véase, por ejemplo: Carlo Ginzburg, "Fake News?", en *Secularism and its Ambiguities: Four Case Studies*, Budapest, Central European University Press, 2023, y Carlo Ginzburg, "Fake news? An old, new story", conferencia realizada en enero de 2022 en The House of European History, cuya traducción hemos realizado especialmente para este número de *Prismas*.
[5] La bibliografía sobre esta tradición historiográfica es abundante, aunque varios libros brindan una mirada de conjunto: Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 2006; Jacques Revel, *Las construcciones francesas del pasado*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, y André Burguière, *La Escuela de los Annales: una historia intelectual*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2009. Estos autores, en especial Revel y Burguière, han cuestionado la idea de una "escuela de *Annales*", porque brinda una imagen demasiado coherente y homogénea sobre las diferentes generaciones de historiadores que impulsaron dicha revista. Este cuestionamiento tuvo su origen en los artículos publicados por Burguière y Revel a fines de los años 1970, incluidos en Nora Pagano y Pablo Buchbinder (comps.), *La historiografía francesa contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 1993.
[6] Marc Bloch, "Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre", *Revue de synthèse historique*, t. XXXIII, París, 1921.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1701

Dames.[7] Esta experiencia corporal, sumada a su curiosidad y capacidad de observación, se conjugan en el artículo de 1921.

Inicialmente, se trataba de una suerte de reseña crítica de libros y artículos dedicados a la cuestión de las noticias falsas y los rumores que se publicaron en Francia e Inglaterra durante la guerra y en los años posteriores: *Comment naît un cycle de légendes, francs-tireurs et atrocités en Belgique* (1916), de Fernand van Langenhove; el artículo de Charles W. Oman, "Rumours and Legends during Wars from Ancient Times to 1918", fruto de una conferencia en la Royal Historical Society, publicado en 1918 en la revista de dicha asociación; *Légendes, prophéties et superstitions de la Guerre* (1919), de Albert Dauzat, y los siete volúmenes de *Les Fausses Nouvelles de la Grande Guerre* (1918-1920), de Lucien Graux.

Desde la mirada crítica de Bloch, estas obras sobre la propagación de leyendas, profecías, supersticiones y falsedades durante la contienda compartían un prejuicio acerca de la credulidad de los sectores populares y del potencial que esa masa maleable tendría para que diplomáticos y estrategas militares inclinaran a la "opinión pública" en favor de un objetivo político. De esa manera, aceptaban implícitamente la tesis de la manipulación de las masas que en Francia constituía una significativa tradición intelectual, fortalecida por la irrupción de la *Psicología de las masas* de Gustave Le Bon, una obra que se transformó en un verdadero *best-seller* desde su publicación en 1895.

A pesar de ese aspecto de reseña crítica, en el artículo de Bloch se vislumbran las ideas e hipótesis originales de investigación que serán retomadas años más tarde en su libro *Los reyes taumaturgos* (1924). A partir de una reflexión sobre la "psicología del testimonio", en esas páginas Bloch conectaba un objeto específico (las *fausses nouvelles*) con un problema más amplio y fundamental para el método de la investigación histórica: cualquier "testimonio normal –escribía– es siempre una 'mezcla entre lo verdadero y lo falso'". Pocos párrafos después, afirmaba:

> Los relatos falsos han sublevado a las multitudes. Las noticias falsas, en toda la multiplicidad de sus formas –simples chismes, imposturas, leyendas–, han llenado la vida de la humanidad. ¿Cómo surgen? ¿De qué elementos extraen su sustancia? ¿Cómo se propagan, ganando en amplitud a medida que pasan de boca en boca o de escrito en escrito? Ninguna cuestión merece tanto apasionar a quien ama reflexionar sobre la historia.[8]

Este pasaje revela dos dimensiones fundamentales. En primer lugar, la temprana reivindicación de Bloch de lo falso como un tema válido para la investigación histórica, un objeto susceptible de ser analizado como cualquier otro. Y, en segundo lugar, un encuadre de la historia de lo falso que no se vislumbra como una mera denuncia de la ignorancia, sino como una reflexión crítica sobre la fragilidad de los sentidos, de la posición del observador y, por lo tanto, también del punto de vista del historiador.

En una significativa referencia, Bloch mencionaba un "atentado simulado" que en 1902 organizó el criminólogo austríaco Franz von Liszt en la Universidad de Berlín. En esa pantomima, dos alumnos fingieron una discusión en el aula que culminó con uno de ellos apuntando un arma contra el otro. La puesta en escena del profesor llegó tan lejos que incluyó un disparo al aire, mientras Von Liszt aparentaba estar mediando en la situación. Después de que los alumnos beligerantes se retiraran, el profesor pidió a cada estudiante de la clase, por separado, que le contara su propia versión de los hechos que acababan de presenciar. El resultado fue que el testimonio más fiel contenía un cuarto de datos falsos, mientras que algunos llegaban a equivocarse en casi la totalidad de los detalles. Lo que Von Liszt buscaba demostrar a sus alumnos era la falibilidad del testimonio ocular, que en los tribunales de justicia se utilizaba (y todavía hoy se utiliza) para la condena de un acusado.

La alusión a este episodio le permitía a Bloch construir una distinción fundamental entre este tipo de invenciones "de laboratorio" y

[7] Sobre el itinerario de Bloch entre las dos guerras mundiales, véase Annette Becker, "Préface", en *Marc Bloch, L'histoire, la guerre, la résistance*, París, Gallimard, 2006. Los años de la Gran Guerra ocupan un lugar importante en la clásica biografía de Carole Fink, *Marc Bloch: una vida para la historia*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2004, pp. 63-85.

[8] Bloch, "Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre…", pp. 15-16. Aquí y en las próximas citas de este texto, la traducción es de los autores a partir del original en francés. Existe una versión en castellano: Marc Bloch, "Reflexiones de un historiador acerca de los bulos surgidos durante la guerra", en M. Bloch, *Historia e historiadores*, Madrid, Akal, 2008.

lo que consideraba un elemento esencial para comprender las noticias falsas en la historia. Aunque podían nacer de observaciones inexactas o de testimonios imperfectos, como en el experimento de Von Liszt, había algo más que marcaba su emergencia y su persistencia. En ese punto, Bloch brindaba una de las claves del texto:

> El error solo se propaga, solo se amplifica y, en definitiva, solo vive bajo una condición: encontrar en la sociedad en la que se difunde un caldo de cultivo favorable. En él, los hombres expresan inconscientemente sus prejuicios, sus odios, sus temores y todas sus emociones intensas. Solo los grandes estados de ánimo colectivos [ ] tienen el poder de transformar una percepción errónea en una leyenda.[9]

De esta manera, Bloch tomaba alguna distancia de las conclusiones de Von Liszt, no solo porque considera que, cuando se trata del estudio del pasado, ya no es posible reproducir experimentos sociales *in vitro*. Además, plantea que el problema detrás de lo falso no residía en una sumatoria de errores individuales, sino en una dimensión eminentemente social, en aquello que denominaba "caldo de cultivo" favorable a la proliferación de rumores y noticias.

**2.**

Es evidente que la Gran Guerra, considerada por Bloch como una "experiencia de psicología social de una riqueza inaudita", no era solo una herida personal para el autor. Se había convertido también en un proceso que le permitió extraer perspectivas y conclusiones para comprender el pasado, en particular la historia medieval de Francia. De hecho, en su artículo observaba que la preponderancia de la oralidad en las trincheras configuraba un escenario que daba "la impresión de devolvernos a un pasado muy remoto".[10] El propio Ginzburg, en la introducción a la edición italiana de *Los reyes taumaturgos*, trazó una conexión entre aquel libro y el artículo de 1921, algo distantes en sus objetos de estudio, pero aunados mediante unas preguntas de investigación suscitadas por la experiencia bélica. En la mirada de Ginzburg, la mezcla de irracionalidad y barbarie de la Primera Guerra se le había presentado a Bloch como una especie de "regresión arcaica", como el sorprendente resurgimiento de la mentalidad de una "sociedad casi medieval".[11]

Ambos textos estaban profundamente conectados por una preocupación sobre lo irracional, el error colectivo y la creencia como problemas históricos. En esa clave deben entenderse las dudas de Bloch sobre el subtítulo de su libro: "si no temiera hacer más pesado aún un encabezamiento ya demasiado largo [*Los reyes taumaturgos. Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra*], le habría dado a este libro un segundo subtítulo: 'Historia de un milagro'", afirmaba en la introducción.[12] A lo largo del libro, Bloch postularía dos ideas fundamentales: por un lado, la centralidad de la predisposición a creer (lo "que creó la fe en el milagro –de la cura de las escrófulas– fue la idea de que debía tratarse de un milagro"); y, por el otro, el famoso sintagma formulado en la conclusión ("difícil ver en la fe en el milagro real otra cosa que el resultado de un error colectivo").[13] Más que manipuladores cínicos, que individualmente se aprovechaban de la credulidad de las masas, había aquí un énfasis en lo social como un "caldo de cultivo" propicio para la creencia.

En el libro tercero de esta obra, dedicado a la "interpretación crítica del milagro real", Bloch se refería a la necesidad de comprender esa "experiencia crucial" que subyace a la "psicología del milagro".[14] Allí aludía al hecho de que los pensadores renacentistas, quienes formularon los primeros intentos de

[9] Bloch, "Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre ", p. 17.
[10] Bloch, "Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre ", p. 33.
[11] Carlo Ginzburg, "Prólogo a la edición italiana de *I re taumaturghi* de Marc Bloch", *Argumentos*, nº 26, 1997. También incluido en Ginzburg, *Cinco reflexiones sobre Marc Bloch*.
[12] Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos. Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra,* México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 86.
[13] Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos…*, pp. 526-527. Esta cita y las siguientes de la misma obra fueron cotejadas y corregidas a partir del original en francés de 1924.
[14] *Ibid.*, p. 506.

interpretación racional de los fenómenos milagrosos, "no podían evaluar la fuerza de las ilusiones colectivas", que después de la traumática vivencia de la Gran Guerra se habían convertido en un dato ineludible. Ahora, afirmaba Bloch, "comprendemos mejor su impresionante potencia".[15]

Lo que explicaba esa potencia o, como decía en el texto sobre las noticias falsas, esa "singular fuerza de los sentimientos", era aquel caldo de cultivo que "llevaba a los espíritus a tener esa expectativa", creando una predisposición a creer y a sentir. Frente a la tesis de la manipulación de un público ingenuo, que colocaba todo el peso explicativo en el receptor del mensaje, considerado como un agente casi pasivo, sin agencia ni intervención activa en el circuito de producción y difusión de las noticias falsas, Bloch construía una interpretación alternativa en diálogo con la psicología social y la sociología de su época: "en el origen [de las noticias falsas] encontramos un estado de ánimo colectivo".[16] Para dar cuenta de ese desplazamiento analítico, es fundamental la idea de la predisposición a creer en ciertas noticias, rumores o leyendas. En numerosos pasajes de su obra, Bloch hacía alusión a esas "disposiciones emotivas" que formaban parte del núcleo duro de cualquier creencia:

> […] una noticia falsa nace siempre de representaciones colectivas que preexisten a su nacimiento; solo en apariencia es fortuita, o, más precisamente, lo único fortuito en ella es el incidente inicial, absolutamente cualquiera, que desencadena el trabajo de las imaginaciones. Pero esta puesta en marcha solo tiene lugar porque las imaginaciones ya están preparadas y fermentan sordamente. Un acontecimiento, una percepción errónea, por ejemplo, que no fuera en la dirección hacia la que ya se inclinan los espíritus de todos, podría, a lo sumo, dar origen a un error individual, pero no a una noticia falsa popular y ampliamente difundida. Si se me permite utilizar un término al que los sociólogos han dado un valor, a mi juicio, demasiado metafísico, pero que es cómodo y, después de todo, rico en significado, la noticia falsa es el espejo en el que la "conciencia colectiva" contempla su propio rostro.[17]

Los sociólogos a los que se refería aquí eran los discípulos de Émile Durkheim, fallecido en 1917, a quienes Marc Bloch y su colega Lucien Febvre habían conocido en la Universidad de Estrasburgo, reorganizada tras el fin de la Gran Guerra como vitrina y bastión de la cultura francesa de cara a la Alemania vencida.[18] Pese a la crítica, tempranamente explicitada, sobre una concepción de la conciencia colectiva que veía como abstracción "metafísica" –a la vera de transformarse en constante antropológica y, por lo tanto, ahistórica– la insistencia durkhemiana en buscar explicaciones colectivas a los problemas de investigación social y la valorización de la creencia como elemento central de la vida en sociedad representaban para Bloch una suerte de antídoto contra la tesis de la manipulación de las masas, cuya vigencia ganaba contornos cada vez más reaccionarios.

La obra de Durkheim permitía desplazar el peso explicativo desde el manipulador (el famoso *meneur* al que se refiere Carlo Ginzburg en el texto incluido en este número de *Prismas*) hacia los esquemas de percepción y de sentimiento. Esa estructura de disposiciones que, mucho más tarde –y *mutatis mutandis*– la sociología francesa consagraría con el nombre de *habitus*, ocupaba aquí un lugar central para definir aquello que los sujetos piensan, sienten, observan, escuchan, creen y perciben.

No había otra cosa sino "un trabajo de interpretación inseparable de la propia percepción", escribía Bloch, por detrás de un célebre rumor de la guerra: que los alemanes habían urdido una red de espías extendida por toda Francia. Al parecer, este rumor se había originado en una confusión sobre un soldado alemán, burgués de la ciudad de Bremen, detenido luego de un enfrentamiento. Un supuesto error de comprensión lingüística terminó convirtiéndolo en un espía establecido en la región francesa de Braisne.[19] Esa

[15] *Ibid.*, p. 517.
[16] Bloch, "Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre", p. 26.
[17] *Ibid.*, p. 31.
[18] Robert Colbert Rhodes, "Émile Durkheim and the Historical Thought of Marc Bloch", *Theory and Society*, vol. v, nº 1, 1978.
[19] Bloch, "Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre", pp. 29-30.

transmutación, de la que el propio Bloch fue testigo como soldado, exigía para el historiador una explicación alternativa a la del mero error individual. Todo remitía a una predisposición colectiva para escuchar lo que se escuchó y para creer en lo que trascendió: "si se oyó Braisne en lugar de Bremen", afirmaba Bloch, seguramente fue porque muchos soldados "tendían, de manera inconsciente, a deformar todos los relatos que llegaban a sus oídos para hacerlos concordar con una opinión generalmente aceptada, que halagaba la imaginación romántica de las multitudes".[20]

**3.**

En los años de entreguerras, estas ideas sobre la predisposición a creer y el caldo de cultivo favorable al desarrollo del rumor tuvieron una gran centralidad en la reseña que Lucien Febvre hizo de la obra de Georges Lefebvre de 1932, situando la indagación sobre lo falso en el centro de la interpretación sobre el Gran Miedo. En esa obra clave de uno de los mayores especialistas de la vida campesina durante la Revolución francesa, se reconstruían los circuitos de propagación de las noticias sobre el "complot aristocrático" y el "temor a los bandidos" que dieron forma a los pánicos de julio de 1789.[21] Para Lucien Febvre, su colega de *Annales* había tratado al Gran Miedo como "una gigantesca noticia falsa".[22]

Mediante un exhaustivo trabajo con fuentes documentales de la Francia rural, Lefebvre había cuestionado la idea del Gran Miedo como un fenómeno único, con corrientes difundidas desde la ciudad capital hacia el interior del país, y postulaba la existencia de diferentes "corrientes" en direcciones más bien caprichosas. No todas las líneas de propagación de rumores estaban conectadas entre sí y cada una de las oleadas de temores tenía su especificidad, su temporalidad y su trama. Al refutar la idea de un fenómeno informativo único, simultáneo y generalizado, el autor buscaba deconstruir la interpretación de una conspiración orquestada en París.

La operación historiográfica de Lefebvre sustituía la búsqueda de las causas y de los autores de la manipulación en favor de una reconstrucción de los circuitos materiales de la difusión de las informaciones y de los vectores de la transmisión oral. Como en el texto de Bloch sobre las noticias falsas, el foco del análisis estaba puesto en la oralidad, una forma de comunicación predominante en la inmensa mayoría del pueblo francés, que no sabía leer e incluso desconocía la lengua nacional. Es justamente a propósito de esta dimensión fundamental que Lefebvre formula la frase que luego Lucien Febvre elegiría para titular la reseña del libro:

> […] para el gobierno y para la aristocracia, esa forma de transmisión [oral] era más peligrosa que la libertad de prensa; no solo favorecía la multiplicación de noticias falsas, la deformación y el abultamiento de los hechos y la germinación de leyendas [...] En el gran silencio que reinaba en las provincias, el menor relato tenía una extraordinaria resonancia y se convertía en Evangelio. Finalmente, el rumor llegaba a oídos de un periodista que, al imprimirlo, le confería una nueva fuerza [...] Y en verdad, ¿qué es el Gran Miedo sino una gigantesca "noticia falsa"? El objeto de este libro es explicar por qué pareció digna de crédito.[23]

Esta cita contiene algunos elementos cardinales, tales como la afirmación de la primacía de la oralidad sobre la cultura escrita que ya había aparecido en la interpretación de Bloch de las noticias falsas en la Gran Guerra, también asociada a una pregunta acerca de los vectores de transmisión oral. En un notable movimiento hacia la historia social –o lo que el propio Lefebvre denominaría una "historia vista de abajo"– Bloch tomaba distancia de la preocupación por el militar inescrupuloso que sembraba noticias falsas o por el periodista que aceptaba imprimirlas en letras de molde:

> Conocí durante la otra guerra –decía– a un veterinario bonachón que, no sin cierta razón, se negaba sistemáticamente a dar crédito a las noticias de los periódicos. Pero bastaba con que un compañero ocasional vertiera en su oído

[20] *Ibid.*, p. 31.
[21] Georges Lefebvre, *La Revolución francesa y los campesinos. El gran pánico de 1789*, Buenos Aires, Paidós, 1974.
[22] Lucien Fevbre, "Une gigantesque fausse nouvelle: La Grande Peur de juillet 89", *Revue de Synthèse*, vol. v, nº 1, febrero de 1933.
[23] Lefebvre, *La Revolución francesa y los campesinos*…, p. 103.

> atento los rumores más disparatados para que mi hombre se los tragara como si nada.[24]

Que este hombre los tragara, y también los hiciera circular: esa preocupación por los vectores subterráneos de la propagación de noticias, por las conversaciones que los soldados encargados del avituallamiento llevaban y traían desde las cocinas o que circulaban entre las enfermerías y el frente, reaparece en la relectura que Lefebvre hace del Gran Miedo: en última instancia, las noticias falsas eran impresas en los periódicos como consecuencia de los rumores orales, y no al revés. Desde una anciana que temía a una horda de bandidos rurales o un marinero que anunciaba la inminente invasión de piratas por el Mediterráneo, las corrientes de pánico eran explicadas por la intervención capilar de una multiplicidad de agentes que daban rostro humano al caldo de cultivo. Este desplazamiento del líder manipulador hacia el mosaico polifónico de vectores de transmisión tuvo continuidad en los estudios históricos sobre la proliferación de rumores en la era de las "revoluciones atlánticas".[25]

Por otra parte, Lefebvre reemplazaría la búsqueda del origen del rumor por una pregunta sobre la creencia en la información, pero agregando un elemento más. Para este autor, nunca se trataba de un acto fiduciario depositado en el mero contenido de la noticia, sino que involucraba un conjunto de dimensiones adicionales como la confianza en los canales de comunicación y en la manera como el rumor era propagado. En su libro, las ideas de la lenta "fermentación" de una mentalidad colectiva y de la predisposición a creer en determinados rumores se asociaban directamente al papel de los vectores de la comunicación:

> Es posible que algunos comentarios irresponsables de los cortesanos, escuchados al vuelo por los sirvientes, difundidos y deformados al pasar de boca en boca, hayan envenenado los ánimos. "Si no tienen pan, que coman tortas": no hay prueba que la reina haya hablado así, pero no sería difícil que un cortesano hubiera dicho la frase sin tomarla en serio.[26]

El argumento de Lefebvre giraba alrededor de la fuerza de la "autosugestión", entendida como un fenómeno sociológico y no del orden de la psicología individual. Como en la confusión entre las ciudades de Bremen y Braisne, durante el Gran Miedo de 1789 cualquier signo podía ser percibido como un indicio de una invasión de bandidos que, de hecho, ya se esperaba de antemano. No llama la atención, entonces, que Lucien Febvre, en la reseña de este libro, lo conectara a la obra de Bloch a través del concepto de *fausse nouvelle*. Además de considerarla una obra sobre una "gigantesca noticia falsa", la veía como una contribución fundamental para el "historiador preocupado por la psicología colectiva", puesto que el estudio de los rumores y de las leyendas permitía comprender la "conciencia colectiva de una sociedad convulsionada". En la visión del reseñista, Bloch y Lefebvre coincidían en la búsqueda de una explicación racional de lo irracional: "una fermentación latente de los espíritus, un trabajo subterráneo de la imaginación en torno a cierto número de temas simples" estaba en la base de la proliferación de falsedades y fueron las "condiciones primordiales para el florecimiento de leyendas".[27]

Lucien Febvre hacía un llamado a continuar estas indagaciones de la "psicología del testimonio" y a promover estudios "verdaderamente históricos de la multitud revolucionaria".[28] Con la referencia al concepto de multitud, dejaba aún más clara la intención polémica contra la teoría de las muchedumbres revoltosas como un conjunto de sujetos violentos

[24] Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, edición anotada por Étienne Bloch, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 97.
[25] La historiografía que retoma la propuesta pionera de *Annales* sobre la transmisión subterránea de noticias falsas y rumores es vasta, pero puede consultarse: Julius Scott, *El viento común. Corrientes afroamericanas en la era de la Revolución haitiana* [original inglés de 1986], Madrid, *Traficantes de sueños*, 2021; Steven Hahn, "Extravagant Expectations of Freedom: Rumour, Political Struggle, and the Christmas Insurrection Scare of 1865 in the American South", *Past & Present*, nº 157, 1997; François Ploux, *De bouche à oreille. Naissance et propagation des rumeurs dans la France du XIXe siècle*, París, Aubier, 2003; y Robert Darnton, *Poetry and the Police: Communication Networks in Eighteenth-Century Paris*, Cambridge, Harvard University Press, 2010.
[26] Lefebvre, *La Revolución francesa y los campesinos*..., p. 41. Véase, en la misma clave, pp. 58-59.
[27] Febvre, "Une gigantesque fausse nouvelle…", p. 14.
[28] *Ibid.*, p. 15. Esta clave de lectura fue, de hecho, recuperada por diversos historiadores sociales, principalmente por la obra de George Rudé, *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

e irracionales, infantilizados y manipulados por sus líderes. El *best-seller* finisecular de Gustave Le Bon (y otras obras contemporáneas como *La folla delinquente* del criminólogo italiano Scipio Sighele) eran el punto de llegada de una larga tradición nacida en los años posteriores a la Revolución francesa, y presente en la obra de Edmund Burke sobre la masa sediciosa como una "banda de asesinos". Cuando Bloch participó como soldado en la Gran Guerra, no hacía mucho que el propio Le Bon había publicado *La Révolution française et la psychologie des révolutions* (1912), mostrando la persistencia de esa mirada, que los historiadores de *Annales* enfrentarían desde una perspectiva renovadora.

**4.**

En su libro póstumo e inconcluso, *Apología para la historia*, Marc Bloch regresaría a la cuestión de lo falso como objeto de la historia, no por acaso dentro del capítulo sobre el "método crítico", pues conectaría esta cuestión, una vez más, con el problema del testimonio. Allí, escribía: "hasta los policías más ingenuos saben que no se debe creer sin más a los testigos".[29] En aquellas páginas, ensayadas en los tiempos sombríos de la ocupación de Francia, Bloch volvía sobre sus recuerdos de la Primera Guerra para explicar que no debía dudarse por la duda misma, ya que el escepticismo podía ser una actitud intelectual tan simplista como la credulidad. Para Bloch, el método crítico en el oficio del historiador (es decir, la crítica del testimonio) tenía largas raíces en las ciencias humanas modernas. No se trataba de una "metodología" en el sentido de un "libro de recetas", aclaraba: "seguirá siendo siempre un arte de la sensibilidad"; pero "un arte racional, que descansa en la práctica metódica de algunas grandes operaciones del espíritu".[30]

El manuscrito de Bloch incluía un apartado, que los editores titularon "En busca de la mentira y del error", donde ofrecía algunas pistas sobre esas operaciones del espíritu: la indagación erudita y paleográfica de los textos era una de ellas. En su taller, el historiador trabaja con todo tipo de materiales, incluidas las imposturas documentales, los fraudes sobre el autor, la fecha y el contenido, así como las "falsificaciones en el sentido jurídico del término".[31] Bloch aludía, entonces, a los documentos de Galileo y Pascal fraguados a mediados del siglo XIX por Vrain-Lucas y a las cartas falsas de María Antonieta fabricadas a finales de ese siglo. Pero lo hacía para establecer, una vez más, una línea de demarcación entre el oficio del historiador y la tarea del criminalista, el policía o el detective que busca demostrar la falsedad, detener o juzgar al falsificador: "No basta con constatar el fraude –observaba–, es preciso también revelar sus motivos".[32] Es interesante que en la primera redacción, tachada después por Marc Bloch, el autor añadía que, en ese tipo de testimonios, la falsificación "expresa una mentalidad; informa sobre las circunstancias que la inspiraron", dejando aún más claro a qué se refería con la búsqueda de motivos. Del mismo modo, para Bloch, había algo que el historiador debía tomar en serio en las noticias falsas: su verosimilitud y su credibilidad en el seno de la sociedad que le da forma al error colectivo.

De esa manera, en los papeles que escribió en los últimos años de su vida, en medio de la Segunda Guerra Mundial, Bloch retomaba los argumentos del texto producido después de la experiencia de la conflagración anterior: "para que el error de un testigo se convierta en el de muchos hombres, para que una información mal elaborada se transforme en un falso rumor" era preciso mucho más de una equivocación individual; se necesitaba "que la situación de la sociedad favorezca esa difusión". Y eso era lo que había sucedido en la sociedad de trincheras de la Gran Guerra, donde ya "nadie creía en los periódicos; tampoco en las cartas", porque llegaban de manera muy irregular, y se sabían muy vigiladas. De ese magma social salía la suerte de "regresión arcaica" apuntada por Ginzburg, esa potencia de las ilusiones alimentada por la "renovación prodigiosa de la tradición oral, antigua madre de las leyendas y los mitos".[33]

[29] Bloch, *Apología para la historia*, p. 97.
[30] *Ibid.,* p. 120.
[31] *Ibid.*, p. 105.
[32] Bloch, *Apología para la historia,* p. 107.
[33] *Ibid.*, p. 117. Véase también Stéphane Audoin-Rouzeau, "La notion de 'bourrage de crâne' en 1914-1918: quelques éléments pour une remise en cause", *Bulletin du Centre d'histoire de la France contemporaine,* nº 8, 1987.

Tal como anunció en diversas ocasiones, Carlo Ginzburg nunca interrumpió esta "conversación imaginaria" con Marc Bloch, que aún requiere de un estudio profundo. La frecuente asociación de su nombre al "paradigma indiciario", con el trazado de un paralelo entre los oficios del detective y del historiador, puede ser, en tal sentido, un poco engañosa. Es una analogía útil en la medida en que exponga su límite: en su tarea, el historiador no se preocupa tanto por el hacedor de la falsificación, sino por la eficacia social de las falsedades. La pregunta crucial de la historia es sobre los sentidos de lo falso que pasa por verdadero, por sus efectos de verdad, sin caer en el "irracionalismo estetizante" que denunciaba en *El queso y los gusanos*.

Siguiendo el hilo de los escritos de Bloch, Ginzburg invita a tomar en serio el estudio histórico de leyendas, mitos, rumores y mentiras sin borrar la frontera entre lo verdadero y lo falso. Afirmar que las noticias falsas tienen efectos sobre lo real no significa considerar que, al estudiarlas, lo único que interese sea corroborar su eficacia, sin pronunciarse sobre sus visos de autenticidad. La historia de las noticias falsas no trata a lo falso como verdadero por el simple hecho de que ambos sean relatos que requieren una forma narrativa para su inteligibilidad. No basta con proclamar la frontera elástica entre la representación ficcional y la representación factual de la realidad a la manera de Hayden White, es decir, como relatos posibles del pasado. "Los historiadores –responderá Ginzburg– hacen por oficio algo propio de la vida de todos: desenredar el entramado de lo verdadero, lo falso y lo ficticio que es la urdimbre de nuestro estar en el mundo".[34] □

[34] Carlo Ginzburg, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso y lo ficticio*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 18.

# *¿Noticias falsas? Una vieja nueva historia*[*]

Carlo Ginzburg

El signo de interrogación en el título de este ensayo implica una distancia crítica con respecto a un tema que muchas veces se da por sentado. Seguiré esta inclinación, abordando las noticias falsas de manera oblicua.

## 1.

Partiré de un texto que solo fue mencionado excepcionalmente en este contexto: el ensayo de Robert Merton *The Self-fulfilling Prophecy* (*La profecía autocumplida*), publicado en 1948. He aquí la definición de Merton del concepto que estaba introduciendo en los debates sociológicos:

> La profecía autocumplida es, al principio, una definición falsa de la situación, que evoca un nuevo comportamiento que hace que la concepción originalmente falsa se convierta en realidad. La validez ilusoria de la profecía autocumplida perpetúa el reinado del error. Pues el profeta citará el curso real del acontecimiento como prueba de que tenía razón desde el principio.[1]

Robert Merton era hijo de inmigrantes judíos de Europa Oriental. Su apellido original era Schkolnick. Cuando era adolescente, habiendo iniciado una carrera como mago aficionado, decidió cambiar su nombre por Merlin (Merton era una segunda opción). Su nombre de pila, Robert, era también un homenaje a un famoso mago, esta vez de verdad: Robert Houdini (originalmente Erich Weisz).[2] Esta pieza de evidencia anecdótica no está aquí completamente fuera de lugar: Merton puede haber considerado "la profecía autocumplida […] que hace que la idea, en un principio falsa, se vuelva *verdad*" como una especie de truco de magia, que quería desenmascarar. Cabe recordar que Houdini, en la última etapa de su carrera, era conocido como "el cazador de falsos fantasmas".

Al final de su ensayo, Merton añadió una observación en letra cursiva: "*La profecía autocumplida, a través de la cual los miedos se convierten en realidad, opera solamente en ausencia de controles institucionales deliberados*".[3]

Hoy, en la era de la web, estas observaciones nos resultan muy familiares. Intentaré poner a prueba la noción de "profecía autocumplida" de Merton en diferentes direcciones, tanto retrospectiva como prospectivamente. Espero que esto arroje alguna luz inesperada sobre el concepto, y la práctica, de las noticias falsas.

## 2.

Dos de los mayores libros de historia escritos en el siglo xx estuvieron dedicados a acontecimientos que consideramos falsos: *Les rois thaumaturges* (*Los reyes taumaturgos*), 1924, de Marc Bloch (traducido al inglés como *The Royal Touch*), y *La Grande Peur de 1789* (*El gran pánico de 1789*), 1932, de Georges Lefebvre. En aquella época, Bloch y Lefebvre enseñaban ambos en Estrasburgo, ciudad que se había convertido, al final de la Primera Guerra Mundial, en el símbolo de la Francia victoriosa.[4]

* Nota del traductor [Diego Galeano]: este texto fue escrito por Carlo Ginzburg para la conferencia *Fake news? An old, New Story*, transmitida en directo por la House of European History el 12 de enero de 2022 (disponible en: https://historia.europa.eu/). La bibliografía en notas al pie se encuentra en el borrador en inglés que, el primer día de octubre de ese mismo año, Ginzburg nos envió por email con expresa autorización para traducirlo. Algunas referencias bibliográficas estaban incompletas y otras tenían la anotación "*controllare*", en italiano y en mayúsculas. Esas referencias fueron cotejadas y las omisiones corregidas por los editores de este dossier.

[1] "*The self-fulfilling prophecy is, in the beginning, a false definition of the situation evoking a new behavior which makes the originally false conception come true. The specious validity of the self-fulfilling prophecy perpetuates the reign of error. For the prophet will cite the actual course of event as proof that he was right from the very beginning*"; Robert K. Merton, "The Self-fulfilling Prophecy", *The Antioch Review*, vol. 8, nº 2, 1948, especialmente p. 195. Véase también: Ignazio Veca, *La congiura immaginata. Opinione pubblica e accuse di complotto nella Roma dell'Ottocento*, Roma, Carocci, 2019, pp. 184-185.

[2] Craig Calhoun, "Remembering Robert K. Merton", *Items and Issues*, vol. 4, nº 2-3, 2003.

[3] "*The self-fulfilling prophecy, whereby fears are translated into reality, operates only in the absence of deliberate institutional controls*"; Robert K. Merton, "The Self-fulfilling Prophecy", p. 210.

[4] Venturi destaca el elemento del "moderno volterianismo" que comparten ambos libros; Franco Venturi, *Jean Jaurès e*

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1702

En *Les rois thaumaturges* Bloch analizó, como dice el subtítulo, "el carácter sobrenatural atribuido al poder real, especialmente en Francia e Inglaterra", concentrándose en la virtud, atribuida a los reyes legítimos de ambos países, de curar a hombres y mujeres que sufrían de escrófula, una enfermedad que afectaba las glándulas del cuello. Como lema para su libro Bloch eligió una frase de las *Lettres persanes* (*Cartas persas*), 1721, de Montesquieu: "*ce roi est un grand magicien*" (este rey es un gran mago). Los rumores acerca de esta capacidad mágica, argumentaba Bloch, se habían difundido deliberadamente durante la Edad Media, tanto en Francia como en Inglaterra, para reforzar el poder real. Fue Carlos X, en 1829, el último rey francés que tocó a las personas que padecían de escrófula: un detalle que muestra cuántas personas, a lo largo de los siglos, consideraban verdadero el poder mágico de los reyes.

Hace muchos años, planteé una conexión entre *Les rois thaumaturges* y la experiencia de Bloch como soldado en la Primera Guerra Mundial, transmitida en el ensayo *Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre* (1921). Bloch abordó el poder mágico de los reyes para curar a las personas que sufrían de escrófula como si fuera una gigantesca *fausse nouvelle*, comparable a las noticias falsas que circulaban sin control por las trincheras. Volveré sobre este tema más adelante.[5]

**3.**

El poder curativo que se atribuía a los reyes franceses e ingleses, analizado por Bloch, era ficticio; la conspiración orquestada por los aristócratas franceses contra los campesinos, que está en el centro de *La Grande Peur de 1789* de Georges Lefebvre (1932), fue un no-acontecimiento. Esta supuesta venganza por la toma de la Bastilla nunca ocurrió; sin embargo, los rumores al respecto generaron pánico en el campo, lo que desencadenó una serie de actos de violencia reales. "Un movimiento gigantesco, generado por una noticia falsa", señaló Franco Venturi, subrayando el compromiso de desentrañar la verdad, al estilo de Voltaire, compartido tanto por Bloch como por Lefebvre.[6] A través de este estudio de caso, Lefebvre exploró las actitudes profundas de los campesinos franceses, que reaccionaban con una ola de pánico en tiempos de crisis, en los momentos iniciales de la Revolución. No parece inadecuado recordar, en este contexto, la observación de Merton: "La profecía autocumplida, a través de la cual los miedos se convierten en realidad, opera solamente en ausencia de controles institucionales deliberados".

**4.**

En un ensayo dedicado a las "multitudes revolucionarias" (1932), estrechamente relacionado con su libro *La Grande Peur*, Lefebvre criticó duramente la obra más influyente jamás escrita sobre las multitudes: *Psychologie des foules* (*Psicología de las masas*), de Gustave Le Bon. Publicada por primera vez en 1895 por un erudito que nunca logró ingresar al mundo académico, *Psychologie des foules* fue reimpresa muchas veces hasta el presente y traducida a varios idiomas. Aunque es ampliamente considerado como uno de los textos fundacionales de la psicología colectiva, su estatus sigue siendo, especialmente en Francia, muy controvertido.[7] Sin duda, es un libro reaccionario, escrito por un autor racista.[8] En los

---

*altri storici della Rivoluzione francese*, Turín, Einaudi, 1948, pp. 187-194.

[5] Marc Bloch, "Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre", *Revue de synthèse historique*, nº 33, 1921; "A proposito della raccolta dei saggi storici di Marc Bloch", *Studi medievali*, vol. 3, nº 4, 1965; introducción a Marc Bloch, *I re taumaturghi. Studi sul carattere sovrannaturale attribuito alla potenza dei re particolarmente in Francia e in Inghilterra*, Turín, Einaudi, 1973 (no mencionado en Marc Bloch-J- Bédier, *Storia psicologica della Prima Guerra Mondiale. L'uso delle false notizie nella Grande Guerra*, al cuidado de Francesco Mores, Pisa, Castelvecchi, 2015).

[6] Venturi, *Jean Jaurès*, p. 188.

[7] Véase Yvon J. Thiec, "Gustave Le Bon, prophète de l'irrationalisme de masse", *Revue française de sociologie*, vol.XXXII, 1981, pp. 409-428; Benoît Marpeau, "Les stratégies de Gustave Le Bon", *Mil neuf cent. Revue d'histoire intellectuelle*, vol. 9, 1991, pp. 115-128. Véase también Elena Bovo, "Naissance d'une science controversée: la psychologie des foules", *La Clé des Langues*, Lyon, 2017, disponible en: http://cle.ens-lyon.fr/italien/civilisation/xvie-xixe/naissance-d-une-science-controversee-la-psychologie-des-foules-.

[8] Para una valoración diferente véase Emilio Gentile, *Il capo e la folla, La genesi della democrazia recitativa*, Bari, Laterza,

últimos años, la obra de Le Bon fue apropiada por un grupo de extrema derecha llamado "Amis de Gustave Le Bon", que ha reeditado, entre otros, su folleto antisemita *Rôle des juifs dans la civilisation* (*El papel de los judíos en la civilización*), 1914.[9] La obra de Le Bon ha sido elogiada en repetidas ocasiones por Alain de Benoist, el intelectual de la *Nouvelle Droite* (también por motivos personales, ya que su abuela paterna, Yvonne de Benoist, fue secretaria de Gustave Le Bon).[10]

Volvamos a Georges Lefebvre y a su lectura de *Psychologie des foules* de Le Bon, realizada en 1932. Según Lefebvre, el principal punto débil del argumento de Le Bon era una confusión terminológica y conceptual entre *foules* (multitudes) y *masses* (masas). Debe señalarse que esta distinción existe en francés y en inglés (así como en italiano); curiosamente, no existe en alemán, donde *Massen* significa tanto "multitudes" (conglomerados humanos informales y efímeros) como "masas" (grupos sociales).[11]

Un pasaje del propio comienzo del libro de Le Bon parece ilustrar la confusión terminológica y conceptual señalada por Lefebvre. Le Bon subrayó que su objeto era "la entrada de las clases populares a la vida política, es decir, en realidad, su transformación progresiva en clases dirigentes".

A continuación, prosiguió:

> Hoy en día, las reivindicaciones de las masas son cada vez más claras y no pretenden otra cosa que destruir la sociedad actual de arriba abajo, con el fin de devolverla a aquel comunismo primitivo que era el estado normal de todos los grupos humanos antes del amanecer de la civilización.[12]

Es evidente que Gustave Le Bon pasa de las "clases populares" a las "multitudes". ¿Se debía a una confusión conceptual, o Le Bon estaba sugiriendo implícitamente una estrategia política destinada a neutralizar "la amenazante invasión del socialismo"?[13]

El uso del tiempo futuro en una afirmación solemne como "*l'âge où nous entrons sera véritablement l'ère des foules*" ("la época en la que estamos entrando será, sin dudas, la era de las multitudes") resulta ambiguo. Lejos de anunciar una trayectoria inevitable, Le Bon proponía un argumento detallado que, implícitamente, pretendía contribuir a transformar su afirmación, aparentemente neutra, en una realidad.[14] Cabe destacar que, en su introducción, Le Bon advirtió a sus lectores que no tomaran su descripción demasiado al pie de la letra, sugiriendo que, al fin y al cabo, las multitudes eran un mal menor:

> Debo, no obstante, explicar al lector por qué verá que extraigo de mis estudios conclusiones diferentes de aquellas que, a primera vista, podría pensar que implican; por ejemplo, constatar la extrema inferioridad de las multitudes, incluidas las asambleas de élites, y afirmar, al mismo tiempo que, pese a esa inferioridad, sería peligroso alterar su organización.[15]

Según Le Bon, las características distintivas de la multitud son

> la impulsividad, la irritabilidad, la incapacidad para razonar, la falta de juicio y de espíritu crítico, la exageración de los sentimientos y otras características más, que también se observan en

---

2016, pp. 149-156, especialmente p. 149, donde escribe: "*Antirivoluzionario ma non reazionario*" ["Antirrevolucionario, pero no reaccionario"].

[9] Gustave Le Bon, *Rôle des juifs dans la civilisation*. París, Amis de Gustave Le Bon, 1985.

[10] Véase Olivier Bosc, "Gustave Le Bon: un mythe du xxe siècle?", *Mil neuf cent. Revue d'histoire intellect*uelle, vol. 28, 2010, pp. 101-120.

[11] Michael Gamper, *Masse lesen, Masse schreiben. Eine Diskurs- und Imaginationsgeschichte der Menschenmenge 1765-1930,* Múnich, Fink, 2007, p. 29. Sigmund Freud (quien utilizó el término *Massen*) señaló la diferencia entre "masas" y "multitudes" en su análisis de la obra *Psychologie des foules* de Le Bon [*Massenpsychologie und Ich-Analyse*, 1921], Sigmund Freud, *Psicologia delle masse e analisi dell'io*, Turín, Bollati Boringhieri, 1978, pp. 26-27.

[12] "*Aujourd'hui les revendications des foules deviennent de plus en plus nettes, et ne vont pas à moins qu'à détruire de fond en comble la société actuelle, pour la ramener à ce communisme primitive qui fut l'état normal de tous les groupes humains avant l'aurore de la civilisation*"; Gustave Le Bon, *Psychologie des foules*, París, Félix Alcan, 1905, pp. 3-4.

[13] Le Bon, *Psychologie des foules*, p. 57.

[14] Véase la introducción de Robert Merton a Gustave Le Bon, *The Crowd: A Study of the Popular Mind*, Nueva York, Viking Press, 1960.

[15] "*Je dois cependant expliquer au lecteur pourquoi il me verra tirer des mes études des conclusions différentes de celles qu'au premier abord on pourrait croire qu'elles comportent; constater par exemple l'extrême infériorité des foules, y compris les assemblées d'élites, et déclarer pourtant que, malgré cette infériorité, il serait dangereux de toucher à leur organisation*"; Le Bon, *Psychologie des foules*, p. II.

> seres pertenecientes a formas inferiores de evolución, como la mujer, el salvaje y el niño.[16]

Las multitudes son débiles, irracionales y se dejan llevar por el contagio: "un fenómeno […] que hay que relacionar con los fenómenos de orden hipnótico".[17]

¿Una descripción o una sugerencia? Si aceptamos esta última alternativa, debemos concluir que Le Bon estaba argumentando implícitamente que las masas debían ser transformadas en multitudes, basándose en "el poder del hipnotizador sobre el hipnotizado".[18] Esta referencia implícita a Charcot y a sus experiencias en la Salpêtrière, a Bernheimer y a la escuela de Nancy, explica por qué, según Le Bon, el papel de la conciencia en la vida social era (o debería ser) mínimo: "Los fenómenos sociales visibles parecen ser el resultado de un inmenso trabajo inconsciente que, en la mayoría de los casos, escapa a nuestro análisis".[19]

El mensaje político final queda suficientemente claro: "las multitudes están demasiado gobernadas por el inconsciente y, por lo tanto, demasiado sujetas a la influencia de la herencia secular como para no ser extremadamente conservadoras".[20] Por lo tanto, las multitudes (incluidas las parlamentarias) necesitan un *meneur*, un líder, puesto que "los hombres en multitud no pueden prescindir de un amo". Un capítulo entero dedicado a los "líderes de multitudes y sus medios de persuasión" incluye pasajes como este:

> El líder debe haber comprendido, al menos de forma inconsciente, la psicología de las multitudes, y saber hablarles. Ante todo, debe conocer la fascinante influencia de las palabras, las fórmulas y las imágenes. Debe poseer una elocuencia especial, compuesta de afirmaciones enérgicas –libres de pruebas– e imágenes impactantes, enmarcadas en razonamientos muy someros.[21]

## 5.

En su obra *Massenpsychologie und Ich-Analyse* (*Psicología de las masas y análisis del yo*), 1921, Sigmund Freud comentó extensamente la *Psychologie des foules* de Le Bon, aunque señaló que su contenido no era nuevo, ya que había sido anticipado por Scipio Sighele, el sociólogo italiano. Además, Freud consideraba que la noción de *meneur* era incompatible con la "brillante descripción del alma de la multitud de Le Bon".[22] Brillante, pero también superficial y repleta de lugares comunes (la mayoría reaccionarios y racistas). En cualquier caso, si leemos *Psychologie des foules* de Le Bon como un acto político, en lugar de un análisis científico neutro (que no lo es), su recepción cobra otro significado. El libro de Le Bon fue anotado por Lenin y Kemal Atatürk; entre los admiradores de Le Bon se encontraba, además de Theodore Roosevelt y Georges Clemenceau, Benito Mussolini. En 1926, al ser entrevistado por un periodista francés, Mussolini dijo:

> He leído toda la obra de Gustave Le Bon; y no sé cuántas veces he releído su *Psicología de las multitudes*. Es una obra fundamental, a la que aún hoy vuelvo a menudo.[23]

Un pasaje de un discurso pronunciado por Mussolini en Cremona el 19 de junio de 1923 puede transmitir un débil eco de lo que había

[16] "*L'impulsivité, l'irritabilité, l'incapacité de raisonner, l'absence de jugement et d'esprit critique, l'exagération des sentiments, et d'autres encore, qu'on observe également chez les êtres appartenant à des formes inférieures d'évolution, telles que la femme, le sauvage et l'enfant*"; *ibid*., p. 24.
[17] "*Un phénomène (…) qu'il faut rattacher aux phénomènes d'ordre hypnotique*"; *ibid*., p. 27 ff.
[18] "*Le pouvoir de l'hypnotiseur sur l'hypnotisé"*; *ibid*., p. 32.
[19] "*Les phénomènes sociaux visibles paraissent être la résultante d'un immense travail inconscient, inaccessible le plus souvent à notre analyse*"; *ibid*., p. v.
[20] "*Les foules son trop régies par l'inconscient, et trop soumises par conséquent à l'influence d'hérédités séculaires, pour n'être pas extrêmement conservatrices*"; *ibid*., p. 43.
[21] "*Le meneur doit avoir pénétré, au moins d'une façon inconsciente, la psychologie des foules, et savoir comment leur parler. Il doit surtout connaître la fascinante influence des mots, des formules et des images. Il doit posséder une éloquence spéciale, composée d'affirmations énergiques –dégagées des preuves– et d'images impressionnantes, encadrées de raisonnements fort sommaires*"; *ibid*., pp. 176-77. Véanse también pp. 105 y ss.
[22] Sigmund Freud, *Massenpsychologie und Ich-Analyse* (*Psicologia delle masse*), pp. 24-25.
[23] "*Ho letto tutta l'opera di Gustavo Le Bon; e non so quante volte abbia riletto la sua Psicologie delle folle. E' un'opera capitale, alla quale ancor oggi spesso ritorno*"; Benito Mussolini, *Opera omnia*, vol. XXII, p. 156. Citado en Renzo De Felice, *Mussolini il rivoluzionario, 1883-1920*, Turín, Einaudi, 1965, p. 467.

aprendido del libro de Le Bon: "Los miro a los ojos, que pueden mirar a los míos e interrogarme, y pregunto…".[24] Este pasaje fue citado y comentado por Curt Gutkind, editor de una recopilación de ensayos de varios autores titulada *Mussolini e il fascismo*, publicada en italiano y en alemán en 1926, con una introducción del propio Mussolini. Gutkind, por entonces un fascista comprometido, escribió:

> Su mirada [la de Mussolini] atrae con una fuerza magnética miles de ojos hacia la esfera de su voluntad; escruta esos ojos mientras intenta identificarse con el alma de tal o cual individuo, cuyas características, por alguna razón, despiertan su atención. La mayoría de las veces, sin embargo, se trata de la magia recíproca de dos grandes entidades que se cruzan y, al hacerlo, sacan chispas. Una de estas grandes entidades es la Masa, que siente el encanto del Hombre porque sabe que es uno de los suyos, porque sabe que es su señor.[25]

Este tipo de retórica fascista grandilocuente es bien conocido. Sin embargo, sus metáforas –hipnotismo, magia, fuerza magnética, así como sus connotaciones eróticas– son significativas, ya que apuntan a un lenguaje compartido tanto por el observador (Gutkind) como por el protagonista, el propio Mussolini. Algunos años más tarde, en 1932, Emil Ludwig, periodista judío alemán, publicó una serie de conversaciones con Mussolini. Al leer las pruebas de imprenta, Mussolini modificó uno de sus comentarios –"*La massa ama gli uomini forti. La massa è femmina*" ("La masa ama a los hombres fuertes. La masa es femenina") – por "*la massa è donna*" ("la masa es mujer"), enfatizando la alusión a Maquiavelo.[26] Pero la masa estaba allí. La manera en que Mussolini se dirigía a la multitud, mirándola fijamente a los ojos, recuerda la observación de Le Bon sobre "el poder del hipnotizador sobre el hipnotizado". Y Le Bon se hacía eco de Gabriel Tarde, el influyente sociólogo, quien eligió "el ejemplo del magnetizador" para develar el secreto del poder social:

> El magnetizador no necesita mentir para que el magnetizado le crea ciegamente; tampoco necesita aterrorizar para que se le obedezca pasivamente. Goza de prestigio, y eso lo dice todo.[27]

En resumen: el líder debe ser un magnetizador y un *meneur*. De hecho, la palabra *meneur*, utilizada a menudo en un sentido político por Hippolyte Taine pero popularizada por Le Bon, reaparece en un famoso documento: un retrato perspicaz y profético del joven Mussolini, escrito en 1919 por un alto funcionario de la policía, Giovanni Gasti: "Este escritor eficaz e incisivo, este orador persuasivo y enérgico, podría convertirse en un líder, en un temible *meneur*".[28]

[24] "*Io guardo nei vostri occhi, che possono guardare i miei e interrogarmi, e domando*"; citado en Curt Sigmar Gutkind (ed.), *Mussolini e il suo fascismo*, Florencia, Monnier, 1927.
[25] "*Il suo [Mussolini's] sguardo attira con forza magnetica migliaia di occhi nella sfera della sua volontà, scruta quegli occhi, mentre cerca di immedesimarsi nell'animo di questo o quell'individuo, i cui tratti per qualche ragione eccitano la sua attenzione. Ma il più delle volte è la magia reciproca di due grandezze che s'incrocia e incrociandosi sprizza faville. Una di queste grandezze è la Massa, che sente l'incanto dell'Uomo perché sa che è uno dei suoi, perché sa che è il suo signore*" ("La personalità del Duce"), citado en Gutkind (ed.), *Mussolini...*, pp. 3-4 (el texto, sin firmar, fue sin duda escrito por el editor). Gutkind fue una figura trágica: fascista convicto, en aquella época lector en la Universidad de Florencia, más tarde se convirtió en catedrático en Heidelberg. En 1933, tras haber sido expulsado por ser judío, logró dar clases en Inglaterra durante un breve período de tiempo; luego fue deportado como extranjero indeseable a Canadá. En julio de 1940, el barco en el que viajaba fue alcanzado por un torpedo alemán, y murió. Véase la entrada escrita por Patrizia Guarnieri, "Curt Sigmar Gutkind (1896-1940)" en la base *Intellectuals Displaced from Fascist Italy* (intellettualinfuga.com).

[26] Machiavelli, *Il Principe*, cap. XXV, "*La fortuna donna*". Emil Ludwig, *Colloqui con Mussolini. Riproduzione delle bozze della prima edizione con le correzioni autografe del duce*, Milán, Mondadori, 1950, p. 64.
[27] "*Le magnetiseur n'a pas besoin de mentir pour être cru aveuglement par le magnétisé; il n'a pas besoin de terroriser pour être passivement obéi. Il est prestigieux, cela dit tout*"; Gabriel Tarde, "Qu'est-ce qu'une société ?", *Revue philosophique*, vol. XVIII, 1884, pp. 489-510, especialmente p. 502. Véase también Gabriel Tarde, *Les lois de l'imitation. Étude sociologique*, París, Félix Alcan, p. 86. Véase Le Bon, *Psychologie des foules*, p. 41 ("un magistrat érudit, M. Tarde"). Véase Damiano Palano, *Il potere della moltitudine, L'invenzione dell'inconscio collettivo nella teoria politica e nelle scienze sociali italiane tra Otto e Novecento*, Milán, Vita e Pensiero, 2002.
[28] "*Questo scrittore efficace ed incisivo, questo oratore persuasivo e vivace, potrebbe diventare un condottiero, un meneur temibile*"; véase Le Bon, *Psychologie des foules*, pp. 105 y ss.: "Les meneurs de foules et leurs moyens de persuasion", pp. 105 y ss. Véase De Felice, *Mussolini il rivoluzionario*, pp. 462-64, pp. 725-737, especialmente p. 736. En su introducción, Delio Cantimori destacó la importancia del informe de Gasti (*ibid*., pp. XV-XVI).

*Meneur*, *condottiero*… y luego *duce*, *Führer*. La misma palabra, traducida a diferentes idiomas, transmite una importante trayectoria histórica, condensada en unos pocos años.

**6.**

Estas metáforas omnipresentes inspiraron la famosa novela de Thomas Mann *Mario und der Zauberer* (*Mario y el mago*), 1929: una alegoría del fascismo, en la que un hipnotizador profesional, llamado Cipolla, sometía al público de un balneario italiano, hasta que el joven Mario lo mata. Un eco inconfundible de la novela de Mann puede leerse en la sugerencia, planteada por Siegfried Kracauer en su libro *De Caligari a Hitler. Una historia psicológica del cine alemán* (1947), de que el Dr. Caligari, el personaje de la película, podría considerarse una premonición de Hitler:

> Caligari es una premonición muy específica en cuanto usa su poder hipnótico para imponer su voluntad a su instrumento, técnica precursora, en contenido y propósito, del manejo del alma que Hitler sería el primero en practicar a gran escala. […] [Janowitz y Mayer, los dos autores del guion de la película] deben de haber sido movidos por uno de esos oscuros impulsos que, arrancando de los cimientos de la vida de un pueblo, engendran –a veces– visiones verdaderas.[29]

**7.**

¿De Caligari a Hitler, de Gustave Le Bon a Hitler? Esta trayectoria sería simplista. Hitler pudo haber leído *Psychologie des foules* de Le Bon (aunque dista mucho de estar demostrado).[30] Pero el impacto de una metáfora compartida –el líder de la multitud comparado con un hipnotizador– nos conduce al papel que desempeñó la propaganda en las dictaduras del siglo XX, es decir, al contexto en el que surgieron las noticias falsas, como una versión actualizada de la profecía autocumplida. Le Bon no habría sido capaz de imaginar este contexto; ¿pero es posible reelaborar sus argumentos en la era de internet?

Esta cuestión ha sido planteada por Carsten Stage, un investigador danés, en un ensayo titulado "La multitud en línea: ¿una contradicción en los términos? Sobre las posibilidades que ofrece la psicología de las multitudes de Gustave Le Bon en el análisis de los blogs afectivos".[31] Tal vez podamos reformular la cuestión añadiendo un adjetivo más: "La multitud solitaria en línea: ¿una contradicción en los términos?".

La respuesta sería: no. Una multitud de consumidores, tal como anticipó David Riesman hace mucho tiempo, ávida de productos de todo tipo, no es en absoluto una contradicción en los términos. Vivimos en una *ère des foules*, una era de multitudes, que comparte algunas características con aquella que Le Bon anunciaba y, al mismo tiempo, defendía de forma ambigua como remedio frente a la amenaza del socialismo. Esta multitud solitaria tiene hambre no solo de productos de consumo, sino también de la publicidad relacionada con tales productos –comparable a las "afirmaciones enérgicas", *dégagées des preuves*, mencionadas por Le Bon–. Como he sostenido en otras ocasiones, la propaganda política y la publicidad están estrechamente relacionadas. Adolf Hitler hizo especial hincapié en esta relación en un capítulo de *Mein Kampf* dedicado a la "Propaganda de guerra".[32] Pero una multitud dispuesta a aceptar

[29] Siegfried Kracauer, *De Caligari a Hitler. Una historia psicológica del cine alemán* [1947], Barcelona, Paidós, 1985, p. 73 (traducción de Héctor Grossi).
[30] Véase Sterling Fishman, "The Rise of Hitler as a Beer Hall Orator", *The Review of Politics*, vol. 26, nº 2, 1964, pp. 244-256, especialmente p. 246, citando Alfred Stein, "Adolf Hitler and Gustave Le Bon", *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, vol. 6, 1955, p. 36 (que no he visto).
[31] Carsten Stage, "The online crowd: a contradiction in terms? On the potentials of Gustave Le Bon's crowd psychology in an analysis of affective blogging", *Distinktion: Scandinavian Journal of Social Theory*, vol. 14, 2013, pp. 211-226.
[32] Véase el pasaje citado por Delio Cantimori, "Appunti sulla propaganda" [1941], en Delio Cantimori, *Politica e storia contemporanea. Scritti 1927-1942*, Turín, L. Mangoni, 1991, p. 685. Véase también a Adolf Hitler: "La propaganda tiene tan poco que ver con la ciencia como un cartel publicitario con el arte, en lo que respecta a la forma en que presenta su mensaje. El arte del cartel publicitario consiste en la capacidad del diseñador para atraer la atención del público a través de la forma y los colores que elige. […] ¿Qué diríamos, por ejemplo, de un cartel destinado a anunciar un nuevo jabón y que describiera otros jabones como "buenos"? […] La inmensa mayoría de la gente es tan femenina por naturaleza y actitud que el razonamiento sobrio determina sus pensamientos y acciones mucho menos que la emoción y el sentimiento. Y este sentimiento no es complicado, sino muy sencillo y coherente. No tiene múltiples matices; tiene un lado positivo y otro negativo: amor u odio, bien o mal, verdad o mentira;

"afirmaciones enérgicas no acompañadas de pruebas" también estará dispuesta a aceptar noticias falsas. ¿Será posible luchar contra las noticias falsas?

**8.**

Al comienzo de mi intervención evocaba el contexto en el que surgió la gran obra de Marc Bloch *Les rois thaumaturges*: la difusión de "noticias falsas" (*fausses nouvelles*) en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Los debates sobre este tema comenzaron ni bien estalló la guerra, con la invasión alemana de Bélgica. Las noticias sobre las atrocidades alemanas, y especialmente sobre el asesinato de civiles, fueron denunciadas como falsedades por la prensa alemana. En una medida de gran relevancia, el gobierno francés pidió a un destacado filólogo, Joseph Bédier, durante muchos años profesor del Collège de France, que refutara esas acusaciones. Bédier demostró que esas noticias eran auténticas, basándose en los cuadernos de notas garabateados por los oficiales alemanes, que analizó en profundidad.[33]

Durante siglos, la filología se ha utilizado como instrumento para desenmascarar falsificaciones: basta con recordar la obra de Lorenzo Valla en la que denunciaba la Donación de Constantino.[34] En este caso, la filología fue utilizada como un instrumento para probar que las supuestas falsificaciones eran, de hecho, auténticas. En la era de las noticias falsas, la filología electrónica tiene futuro. □

---

nunca mitad esto y mitad aquello, nunca parcialmente, ni nada por el estilo. Los propagandistas ingleses comprendieron todo esto de forma brillante y actuaron en consecuencia. No hicieron declaraciones ambiguas que pudieran dar lugar a dudas. Su brillante conocimiento de los sentimientos primitivos de las grandes masas queda patente en su propaganda de atrocidades, que se adaptó a esta situación. Tan despiadada como brillante, creó las condiciones previas para la firmeza moral en el frente de batalla, incluso ante las mayores derrotas reales, y de forma igualmente llamativa señalaba al enemigo alemán como único culpable del estallido de la guerra: el sesgo rabioso y descarado y la persistencia con que se expresaba esta mentira tenían en cuenta la actitud emocional, siempre extrema, de las grandes masas y, por esta razón, se creía en ella" (*Mein Kampf*, libro I, cap. VI).

[33] Joseph Bédier, *Les crimes allemands d'après les témoignages allemands*, París, Armand Colin, 1915. He consultado la traducción al italiano: Joseph Bédier, *I crimini tedeschi provati con testimonianze tedesche* (traducción de Antonio Rosa). Véase también Marc Bloch - J. Bédier, *Storia psicologica della Prima Guerra Mondiale*, Roma, Castelvecchi Editore, 2015.

[34] Carlo Ginzburg, "Lorenzo Valla sobre la 'Donación de Constantino'", en C. Ginzburg, *Relaciones de fuerza. Historia, Retórica, Prueba* [1999], México, Editorial Contrahistorias, 2018.

# *Conversación sobre* Civilización. Historia de un concepto*, de José Emilio Burucúa*

La reunión de cierre del año 2025 del Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura "Oscar Terán", que funciona en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" de la Universidad de Buenos Aires, estuvo dedicada a debatir el libro *Civilización. Historia de un concepto*, de José Emilio Burucúa (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2024). La elección de ese libro, vasto y complejo, tuvo como objeto no solo someter a examen un originalísimo trabajo de indagación historiográfica e interpretación cultural sobre un término clásico de la historia intelectual y conceptual, sino también rendir homenaje a su autor, una de las inteligencias más refinadas y comprometidas de nuestro medio, que con esta obra ha alcanzado una cumbre en su producción.

Asociándose a esa voluntad celebratoria, la sección Lecturas de *Prismas* ha decidido reproducir las tres intervenciones iniciales de la reunión: la del autor y las de los dos comentaristas de apertura, Jorge Myers y Hugo Vezzetti. En todas ellas se ha mantenido el carácter coloquial, una de cuyas marcas –que vale la pena aclarar porque puede desorientar a los lectores menos familiarizados con el campo académico porteño– es el uso del nombre Gastón para referirse al autor, ya que es el modo en que se lo conoce desde siempre por aquí.

Es hábito en el Seminario que para enfocar la discusión sobre los libros se seleccionen algunos capítulos, algo que en este caso pareció todavía más necesario por la magnitud y el alcance de *Civilización. Historia de un concepto*. Así, se habían seleccionado la introducción ("A manera de prólogo para un lector del siglo XXI") y el capítulo XXXI ("El impacto de la dictadura nazi y la Segunda Guerra Mundial"). Pero como se podrá verificar enseguida, los comentarios iniciales fueron mucho más allá de esa selección, para tratar de captar algunos de logros mayores del libro (de todos modos, para tener una mejor visión de conjunto, remitimos a la reseña de Nicolás Kwiatkowski, publicada en el número pasado.

# *Presentación*

José Emilio Burucúa

Quisiera contarles las circunstancias que motivaron este libro, el derrotero que seguí en su realización. Yo tenía un proyecto desmesurado, casi adolescente, que era redactar, hacer una suerte de primer capítulo sobre una posible teoría *aggiornata* de la civilización. Y lo comencé durante la pandemia, y empecé a escribir el capítulo inicial que, como bien hacemos los historiadores, suele ser un estado de la cuestión. Ese estado de la cuestión empezó a crecer, a crecer, y de pronto tenía más de trescientas páginas y, entonces, como un primer capítulo ya no tenía sentido. Así que transformé eso para este libro, y la teoría general de la civilización me parece que va a quedar archivada, porque además es un proyecto que a esta altura de las cosas puede ser un poco absurdo. Pero, claro, al intentarlo, empecé a encontrar pliegues y trayectorias y autores inesperados, personajes que no conocía, o que conocía poco y que fue extraordinario redescubrir. Después voy a hablar de alguno que me llamó en particular la atención.

Por otro lado, me interesó la posibilidad de explorar el pensamiento y la acción de varias pensadoras en los tiempos de entreguerras, como María Zambrano y Simone Weil, por ejemplo, o de una pintora argentina como Raquel Forner; todas ellas se ocuparon del tema de la civilización. El caso de Raquel Forner fue muy fuerte: ella tenía en su biblioteca varios clásicos de la historia de la civilización y sintió que la Segunda Guerra Mundial era un mandoble feroz contra cualquier idea o proyecto civilizatorio. Así que eso también me entusiasmó muchísimo.

Y siguiendo un poco el ejemplo de los jóvenes investigadores que se han ocupado del tema, también me interesó pensar en los últimos personajes que trataron la cuestión de la civilización como algo genérico, donde hay una especie de agón entre la civilización europea y las otras que han entrado en competencia con ella y muchas veces han sido aplastadas por ella o han tenido la fortaleza posible para hacerle frente y para pensar en otros caminos, otros derroteros, otras alternativas. Para terminar en el pensamiento de un filósofo senegalés que es ahora profesor en Columbia, Souleymane Bachir Diagne, que estuvo siempre preocupado por criticar la idea eurooccidental de universalidad. Pero, en su etapa madura, él llegó a aceptar la existencia de un pensamiento de pretensión universal, y lo encuentra en la traducción: allí ve una puerta abierta hacia un concepto y una praxis de universalidad.

Todo esto se fue presentando como posible a lo largo de la escritura. A un punto tal que muchas veces tuve que volver atrás y modificar cosas que ya había escrito.

Ustedes notarán la ausencia de algunos autores. Por ejemplo, lo que más se me ha señalado es que no hay una sola referencia aquí a Reinhart Koselleck, siendo que se trata de la historia de un concepto. Probablemente no tenga perdón que ese autor no figure aquí, pero lo cierto es que me dejé llevar por mis preferencias y mis prejuicios, también debo decir. Voy a tratar de subsanarlo en una nueva edición. Y además porque he conseguido y he podido navegar en la gran enciclopedia que Koselleck dirigió sobre los conceptos fundamentales de la tradición occidental, *Geschichtliche Grundbegriffe* (1972-1997), y uno de los últimos que aparecen en esos ocho volúmenes es el dedicado a la civilización. De todas maneras, quizás tenga que explicar por qué Koselleck no y Norbert Elias sí. Y es que Elias me entusiasmó al grado de eclipsar a Koselleck.

Pero entonces indagué un poco en el asunto, las relaciones entre ambos, y me llamó la atención la devoción que Koselleck tenía por Elias. Y las cosas que llegó a escribir sobre él, casi como si su teoría de la civilización fuera tan inmensa que hasta eclipsaba la propia: los resultados, no la teoría de la historia conceptual, pero sí algunas realizaciones de la historia conceptual. Por ejemplo, fue interesantísimo saber que es él quien escribió el obituario de Elias, y en ese obituario dice algo extraordinario. Está escrito en 1990, cuando muere Norbert Elias, y dice así: "Elias fue un alma cándida, a cuya fuerza arrolladora nadie podía escapar, ni siquiera quien buscaba discutir honestamente con él minucias científicas. Su paciencia y tolerancia abarcaban espacios de experiencia que incluían discusiones innecesarias. ¿Qué puede alcanzar la racionalidad científica sin tener más que esperanzas justificadas? Ese es el ejemplo que Norbert Elias nos ha dejado". Este va a ser el punto de partida de una incursión de mi parte en la teoría de Koselleck, más la lectura, por supuesto, del artículo que dedica Jörg Fisch al

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1703

término civilización en los *Conceptos históricos fundamentales*.

Bueno, del contenido del libro no voy a hablar, porque de eso se van a ocupar mis queridos colegas que van a comentarlo, pero sí quiero mencionar algunos derroteros que implican sorpresa, implican defectos, y también la intención de subsanar esos defectos. Y cosas inconcebibles, caminos que de pronto seguí y que eclipsaron otros que podría haber seguido, y esos eclipses eran una suerte de traición a mi propia carrera, a mi propia vida. Así que cuando me di cuenta tuve que volver muy atrás y reescribir varios capítulos. Me refiero a este episodio porque es interesante, yo creo que no es la primera vez que me encuentro en mi propio trabajo con ese tomar conciencia de lo olvidado y darme cuenta de hasta qué punto puede ser importante para uno lo olvidado. Y esto sucedió cuando ya, fíjense ustedes, estaba escribiendo sobre Huizinga y me encuentro con que él dice que el primero que  Claro, porque ahí está la cuestión "del primero que", el primero que acuñó, que formuló la definición, que acuñó la palabra. Eso es una cosa que se ha explorado muy bien, lo ha hecho Starobinski, lo hizo Lucien Febvre ya en los años 40. Pero, entonces, aparece Huizinga y dice: "El primero que definió la civilización fue Dante Alighieri". ¡Dante Alighieri! Pero cómo me puedo haber olvidado de mirar eso. Yo he vivido, amado Italia, me he metido en la historia cultural de Italia y justo me voy a olvidar de Dante, ¿no? Y para colmo la definición de Dante es bellísima. Dice que construir la civilización es garantizar –lo poco que podemos garantizar– la felicidad de los seres humanos en la Tierra. Es una definición gloriosa, a uno le llena el pecho de aire. Y de ahí que fui inmediatamente a consultar los datos eruditos que daba Huizinga y, por supuesto, tuve que rastrear qué pasaba con este despuntar de la palabra *civilitá, civilitate,* que se convierte en *civilitá* en todo el Renacimiento, hasta llegar al siglo XIX y la discusión que hay alrededor de la *civilità* que hacen Francesco De Sanctis y otros grandes intelectuales e historiadores de la época del Risorgimento. Para llegar –y eso sí que sabía que tenía que hacerlo– al sumergirse de Croce en ese debate; eso ya estaba claro en el plan.

Pero se me ocurrió que Croce no podía ser una flor exótica ni derivar, como lo hace muchas veces, la discusión de los alemanes. Y claro, Croce por supuesto que también cita a Dante y arranca de Dante. Entonces ahí hubo todo un replanteo y, no obstante, me olvidé de algo que sigue olvidado, pero que espero también poder subsanar en una nueva versión: otro inmenso italiano que es Vico…, no hay una sola palabra sobre Vico.

En fin, hay muchas otras cosas que ustedes irán encontrando a lo largo del libro. Pero quería hablar de esos descubrimientos y esas ausencias, porque creo que da un poco la idea del trabajo y de la emoción, sobre todo, que impregnó este trabajo. Fue una cosa de varios años en un contexto muy desgraciado como fue el de la pandemia, y después lo que siguió, la explosión del sistema político en el año 2023, cuando estaba terminando el libro. Eso quería presentarles del libro, más que sus contenidos, que después podemos explorar y debatir a partir de los comentarios. □

# *Civilización,* vexata quaestio

Jorge Myers

Antes que nada, quiero agradecerles a mis colegas en el Seminario Oscar Terán por la invitación a formar parte de esta reunión en calidad de comentarista, a mi co-comentarista, Hugo Vezzetti, al público aquí presente, y sobre todo a José Emilio Burucúa, el autor del libro que nos ha convocado hoy a esta sala: *Civilización. Historia de un concepto*. El placer de su lectura ha sido tan grande como el desafío de elaborar un comentario que sin extenderse demasiado pueda dar cuenta de la densa complejidad y variedad de su contenido.

> Hay una especie (*une nature*) de hombres que la Civilización obtiene en el Reino Social, como la que los floristas crean en el reino vegetal para la educación del invernadero, una especie híbrida que ellos no pueden reproducir ni por siembra ni por gajo botánico. Ese hombre es el cajero, verdadero producto antropomorfo, rociado por las ideas religiosas, mantenido por la guillotina, expandido frondosamente por el vicio y que brota en un tercer piso entre una mujer estimable e hijos molestos. […] Cuando los cajeros parisinos hayan reflexionado acerca de su valor intrínseco, un cajero no tendrá precio. Es cierto que algunas personas no pueden sino ser cajeros, como otros son ineluctablemente estafadores. ¡Extraña civilización!
>
> Honoré de Balzac, *Melmoth réconcilié* (1835)

El libro que hoy discutimos se propone dilucidar ese vocablo que provocaba la perplejidad de Balzac en la década de 1830, y lo hace de forma exhaustiva, erudita y amena. Si bien han sido escogidos tan solo dos capítulos para ser discutidos en esta reunión, ellos forman parte de un libro compuesto por 40 (37 capítulos, un prólogo, un epílogo y un breve apéndice iconográfico), con una extensión de casi setecientas páginas. Por sí solos estos dos textos no pueden comunicar una idea clara de la complejidad multifacética de este libro, ni tampoco de la escala de la ambición que ha animado el proyecto de interpretación histórica encarado por Burucúa. Ya desde el prólogo –que sí será discutido en esta reunión– la pregunta por el sentido que ha sabido vehiculizar el vocablo *civilización* es presentada bajo la forma de un enigma a resolver: como una *vexata quaestio* –un problema arduo y difícil de resolver–. Volveré luego sobre el prólogo.

Los 39 capítulos que siguen exploran la noción de *civilización* a partir de estudios puntuales de distintos momentos históricos, en los cuales se buscó explicitar una definición o varias del término, y de los debates que acompañaron esos intentos. Estos estudios aparecen organizados cronológicamente en el libro. La primera sección examina el periplo europeo del término *civilización*, siguiendo sus distintas metamorfosis desde aquello que Burucúa llama la "protohistoria del concepto" –que habría correspondido a la Antigüedad clásica y el Medioevo europeo– hasta la tradición marxista anterior a la Primera Guerra Mundial y los abordajes realizados por Jacob Burckhardt y Friedrich Nietzsche (ambos colegas en la Universidad de Basilea) poco antes de esa guerra. A partir de ese primer recorrido por la historia de este vocablo, el libro se aleja del escenario de debate colocado en los países centrales de Europa, para abordar la cuestión en España –periferia de Europa entre los siglos XVII y XX, cuando el vocablo comenzó a adquirir la serie de definiciones que articularon el campo semántico que hoy le reconocemos– y, cruzado ese puente, en las Américas (la Argentina y los Estados Unidos aparecen privilegiados en el texto); en África en la encrucijada colonialista; en la también periférica Rusia –desde los zares hasta Lenin–; en los tres países mayores de Asia, cada uno portador de una "civilización" sui géneris –Japón, China e India–, y en las tierras del islam, sobre todo en las zonas lingüísticas del árabe y del turco. La presencia de estos capítulos, cuyo contenido combina siempre la referencia a obras concretas escritas en la época y región estudiada con una bibliografía histórica hiperactualizada, ya de por sí colocaría a este libro en el rango de los clásicos *incontournables*: es de consulta imprescindible de ahora en más.

Así como España sirvió de puente entre el teatro de debate europeo y los espacios discursivos del resto del mundo, el capítulo que tematiza el otro polo del binomio sarmientino acerca de la civilización –aquel que examina la "barbarie" en el discurso y el accionar de los supuestamente "civilizados" turcos y alemanes durante la Primera Guerra Mundial– sirve de puente geográfico-intelectual para devolver la mirada al espacio geográfico europeo (al que

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1704

aparece ahora, por razones históricamente concretas, anexada la producción intelectual norteamericana). Este tercer conjunto de capítulos se interna en el laberíntico debate que supo generar durante el siglo XX el vocablo *civilización*: esta sección del libro termina con el segundo capítulo que nos toca discutir hoy, dedicado a explorar el impacto de la dictadura nazi y la Segunda Guerra Mundial sobre el sentido de este término y sus usos.

Una cuarta y penúltima sección dirige luego otra vez la mirada hacia el resto del mundo, con capítulos sobre América Latina (y destacando una vez más el aporte y/o recepción argentinos de la cuestión) y también otra vez más sobre Asia y África, antes de terminar con tres estudios sobre debates historiográficos recientes y contemporáneos acerca de lo que significa o puede significar la palabra *civilización*: en ellos encontrará el lector una renovada discusión de los respectivos posicionamientos de Braudel y Ricoeur, de Huntington, y de las propuestas poscoloniales/decoloniales de autores como Dipesh Chakrabarty (o ecológicamente configuradas como la de Fernández-Armesto) acerca de la noción de la *civilización* y lo *civilizado*, teorizada a través del prisma del siglo XXI. Con eso cierra la porción más programática del libro, aquella en la cual el argumento histórico ha sido efectivamente desenvuelto.

El epílogo constituye, en cambio, un ensayo de reflexión con fuertes marcas testimoniales centrado en la población de Chilecito, en La Rioja, que vuelve a desplegar como parte de su evocación memorialística y de su explicación historiográfica las cinco "notas esenciales" que de forma normativa habían sido asignadas al término *civilización* en el prólogo, y ello bajo la sombra larga de Joaquín V. González (en contrapunto implícito con la que ya sabemos supo arrojar el Tigre de los Llanos allá lejos y hace tiempo). Mezcla de relato de viaje, testimonio personal, estudio microetnográfico y reflexión historiográfica, la belleza de la prosa no oculta el hecho de que quizá esté asistiendo el lector no tanto al cierre de un libro como al comienzo de uno nuevo. Y además del epílogo, con su evocación de la falda de la cordillera riojana, antes de concluir efectivamente, el hermoso texto de Burucúa acerca a sus lectores una última ofrenda: un brevísimo apéndice iconográfico referido a las representaciones pictóricas de la "civilización".

Este breve resumen está lejos de abarcar todas las múltiples facetas que componen la argumentación de este trabajo de historia de las ideas, ni de dar cuenta de la realmente *enorme* cantidad de autores, temas y problemáticas que ha sabido abordar Burucúa con precisión erudita y elegancia argumentativa. Por sus páginas desfilan Cicerón, Quintiliano, Eutropio (*civilitas*), Agustín de Hipona, Montaigne, Tomás de Aquino, Maquiavelo, Montesquieu, Voltaire, Antoine-Yves Goguet (tan importante para Gibbon), el propio Gibbon, Guizot, Condorcet, Herder, Kant, Marx, Lenin y otros autores de la tradición marxista, los principales autores de la sociología clásica alemana –destacándose, claro, Norbert Elias–, el Dante, los académicos-filólogos de la Accademia della Crusca, Francesco De Sanctis, Benedetto Croce y su rival fascista Giovanni Gentile, todos nombres inmediatamente reconocibles por cualquier lector culto formado en el Atlántico euroamericano. Y sin embargo hay más, ya que también desfilan por el libro no solo Ibn Khaldün y sus intérpretes árabes del siglo XIX, como Rifa'a Al-Tahtawi y el debate en torno a la dupla *badawa-hadara* y su relación con la noción árabe de urbanización: *umran* (y entre el término jalduniano "hadara" para designar la civilización y el más moderno empleado por al Tahtawi, *tammadun,* derivado de *madina*, ciudad); sino también los reformadores neoconfucianistas chinos Kang Youwei, Liang Qichao, más otros reformistas del Imperios Celestial como Tan Sitong, Sun Yat-sen y otros; de la India, Rabindranath Tagore, Mohandas K. Gandhi (el Mahatma) y Gopal Krishna Gokhale; y, finalmente, muchos de nuestros propios intelectuales argentinos y latinoamericanos, desde Sarmiento hasta Mariátegui y Darcy Ribeiro. Aclaro: esta lista está lejos de ser exhaustiva.

Todo ello ha servido para componer una excelente historia de la idea de civilización a lo largo de los dos milenios (y en los casos chino e indio, cinco milenios) de existencia de comunidades letradas capaces de interesarse por una cuestión como esta. Dicho esto, introduzco una salvedad: si bien, desde el inicio, este ensayo declara que su propósito es realizar una *historia conceptual* del término *civilización*, resulta claro, cuando se lo lee desde una familiaridad con el programa de la *Begriffsgeschichte* de Koselleck o Blumenberg, que el abordaje encarado aquí no pertenece a la historia conceptual en su sentido

más estricto. Hay, es cierto, algunos momentos en el libro en los que el término *civilización* aparece analizado con herramientas propias de esa escuela, pero no constituyen la nota dominante: algunos lectores lamentarán este hecho, otros lo apreciarán. En cualquiera de los dos casos, el hecho es que la promesa del propio título es engañosa. Si es que la distancia entre este proyecto intelectual y las coordenadas precisas de la historia conceptual en su sentido más rígido constituye un problema –no estoy seguro de que así sea–, lo es sobre todo por la inclusión en el título del libro del subtítulo "Historia de un concepto".

La perspectiva de análisis adoptada para dar cuenta de su objeto no es programáticamente *begriffsgeschichtlich*: es ecléctica, y se aproxima más a una historia de las ideas clásica, fuertemente informada por la historia social y cultural, por la sociología, la antropología y, sin duda, por la historia del arte, que a una arqueología sistemáticamente concebida y encarada desde la doxa koselleckiana acerca de los estratos del tiempo, el horizonte de expectativas o el espacio de experiencia. Más importante: en el prólogo que hoy discutimos, el autor dice, en efecto, que su propósito será mostrar, a manera de "*work in progress*", "las que serían, a nuestro criterio, las notas esenciales de nuestro ente ideal, la civilización, como constructo de la ciencia histórica, de la sociología general y de la antropología, elemento iluminador de las grandes formas que componen las familias culturales de la humanidad pasada y actual". En este enunciado aparece explicitada una decisión metodológica que, potencialmente, genera complicaciones para el desenvolvimiento del proyecto general, ya que, en vez de partir de una pregunta absolutamente abierta dirigida a los materiales empíricos interrogados con las herramientas del historiador, se propone una definición a priori de lo que debería ser necesariamente el concepto de *civilización* entendido en su sentido más positivo. Introduce un elemento normativo que, si bien se difumina a lo largo de la mayor parte del libro, y en los hechos no obtura –o lo hace pocas veces– la capacidad de recuperación de sentidos pretéritos del término y de reconstrucción de sus campos semánticos locales a partir de indicios presentes en el material empírico, no deja de colocar una tensión en el centro mismo del proyecto que este libro articula. Esa tensión, ese "ruido" que genera la combinatoria de una definición normativa con un esfuerzo interpretativo de gran escala, no solo se percibe desde la orilla de la *Begriffsgeschichte*: también lo hace en relación al concepto que opera a lo largo del libro como supuesto básico central, la noción de Norbert Elias de un "proceso civilizatorio".

Fundamental para toda la estructura del libro, y no solo para el capítulo que lo aborda como tema específico (el segundo texto escogido para nuestra discusión de hoy) es la obra de Elias *El proceso de la civilización*, con su propuesta central –ya mencionada– de la existencia de un "proceso civilizatorio": propuesta que introduce una serie de cambios decisivos en la propia noción sustantiva del término conceptual *civilización* al reconfigurarlo en términos de un devenir procesual e históricamente no solo relativo y cambiante, sino *abierto*, *incierto*, *indefinido*. La referencia a ese esquema interpretativo reemerge en un capítulo tras otro, y subtiende, a modo de una melodía de fondo o de un *leitmotiv*, la arquitectura total del libro. En el prólogo aparece en cambio la siguiente indicación: el estudio emprendido "no consistirá en el relato analítico y comparativo de los horizontes civilizatorios, uno por uno, sino que exploraremos en ellos los ejemplos más claros de aquellas notas esenciales a las cuales nos referíamos como elementos definitorios de una categoría histórica 'civilización', lo más general posible". A continuación de la cual señala cinco "notas" que a su juicio son esenciales: "1) la curialización de los guerreros; 2) el cultivo de las flores y la creación de una gastronomía compleja y distintiva; 3) la existencia de una poesía lírica; 4) la práctica extendida de las traducciones, y 5) la presencia de un sistema de administración de la misericordia".

Es verosímil que cada uno de estos rasgos sea tomado como constitutivo de la noción de *civilización* tal como esta se ha desarrollado a lo largo de la historia, y en el curso del libro operan muy bien como indicadores estructurantes de las distintas incursiones que la argumentación hace en momentos históricos, regiones, lenguas y problemáticas que no por muy disímiles entre sí dejan de estar relacionadas con la noción de lo que constituye una civilización. Los fundamentos que justifican esta lista de notas esenciales y no otras son también absolutamente atendibles, pero no deja de ser, al fin de cuentas, una lista al menos en parte arbitraria, regida por el gusto y

los intereses del autor más que por los contenidos ineludibles de la materia estudiada. Trasluce una voluntad no solo descriptiva, sino también normativa en la producción del objeto cuya historia se ha propuesto reconstruir e interpretar.

En cuanto al carácter arbitrario, doy un solo ejemplo, y esto viene de Jack Goody, no es algo que haya propuesto Gastón: ¿por qué poesía lírica únicamente? Esa es la pregunta que yo me hacía al leer esta lista. Y ¿por qué solo poesía?, ¿por qué no también novela, cuento, teatro? El contenido de las cinco (o más, o menos) notas esenciales es discutible, pero el elemento más problemático que presenta esa decisión autoral tiene que ver, como dije antes, con la complicación –innecesaria a mi juicio– que la voluntad de partir de una definición previa de *civilización* le genera al proyecto de explorar la historia de las formas en las cuales ese término fue desplegando sus múltiples y complejas capas de sentido.

Bueno, para terminar, voy a mencionar algunos temas que creo que dan para la discusión. Por un lado, me sorprendió la ausencia general desde un abordaje histórico de la idea de civilización, un examen específico por parte del propio Burucúa de la relación entre el concepto de *civilización* y el objeto y concepto *ciudad*. Esa discusión está presente de forma esporádica en el libro, pero siempre a través de las propuestas de otros, cuando hubiera sido sobremanera interesante un análisis general del tema por el propio autor, basándose en la extensísima erudición desplegada a lo largo de esta obra. Es decir, ¿cómo interpreta Burucúa la relación que guarda el término *civilización* con otros como *urbs*, *civitas*, *polis* –los *civi*, los *polites*–? ¿Cómo interpreta su relación con la noción de *ciudad* y la forma específica de politicidad que de ella se desprende? Si bien es cierto que hay un capítulo entero dedicado específicamente a Lewis Mumford donde se aborda esta cuestión, en los momentos clave de explicación y de exposición de conclusiones ella está en gran medida ausente.

Yo detecto varias consecuencias de esta ausencia para el análisis del vocablo *civilización* y las resumo muy rápidamente ahora. Voy a tomar solo dos cuestiones –pido disculpas por la síntesis obligada, ya que hay muchas otras que había anotado, pero es un libro enorme que es imposible abordar en un comentario tan comprimido–. Por un lado, en el análisis del vocablo *civilización* en sede italiana, percibí una ausencia de la discusión ordinovista sobre una nueva civilización socialista tematizada por Antonio Gramsci –que aparece una sola vez mencionado en el libro– desde su propio periódico *La Città Futura*. Si bien lo que aparece en el libro sobre la discusión de Francesco De Sanctis, Dante, Benedetto Croce, etcétera, da una idea muy clara y muy densa de la complejidad del debate italiano, sería bueno que apareciera también en la segunda edición de este libro que planea Gastón la referencia a esta vuelta de tuerca que le dieron en los años 1910 y 1920 Gramsci y el grupo de jóvenes ordinovistas al concepto de *civilización*.

Y creo que este desdibujamiento o difuminación del vínculo civilización-ciudad también incide sobre la discusión de Johan Huizinga. Esto se aprecia en el abordaje dedicado a los dos términos que están en el capítulo que se discute en este seminario: *beschaving* y *civiltade*. Porque *beschaving* quiere decir literalmente limar, limar asperezas. Y ese limar asperezas tiene que ver directamente con la noción de *vivere comune* enunciada por Maquiavelo, y al mismo tiempo con el tipo de *politesse* que es necesario que los habitantes comprimidos en el espacio pequeño y angosto de una ciudad deben desenvolver para poder convivir de modo adecuado, abrazando la búsqueda de una plenitud tanto como individuos cuanto como sujetos políticos. En mi lectura, tanto *beschaving* como *civiltade* (que están muy bien explicados en el libro) –esto no es una crítica, es más bien un pensar "a partir de"–podrían haber sido enriquecidos aún más con la presencia explícita de la cuestión ciudad-civilización.

El otro gran ausente dentro del hilo conductor general que recorre este libro tan polifónico y revestido de una complejidad barroca –uso coloquialmente el término barroco– es la cuestión conceptual de la barbarie. Se la menciona en distintos momentos –en algunos capítulos es central la construcción de la imagen del otro bajo la figura de la barbarie o el bárbaro– pero nunca aparece suficientemente vinculada al propio concepto de *civilización*, al menos desde mi óptica de lectura. Esto tiene que ver seguramente con una diferencia de interpretación: yo entiendo por *civilización* un término que no se puede entender sin su opuesto, que es la barbarie, y mi posición es que resulta imperativo colocarlos juntos en el momento de explorarlos. Seguramente, es una

visión que peca de sarmientina o hegeliana, pero no por ello pienso que no podría haber enriquecido el magnífico libro de Gastón sin hacer violencia a su argumentación central. ¿Por qué propongo esto? Porque la contraposición "civilización/barbarie" no es siempre necesariamente aquella entre un polo positivo y otro negativo: si para Sarmiento ese fue el caso (y aun en el *Facundo* son detectables ambivalencias), no lo fue para François Guizot, cuya "civilización europea" habría nacido de una fusión entre lo positivo de la barbarie con lo positivo de la civilización antigua. Tematizar el espacio liminar entre una forma de vida humana y la otra, entre lo bárbaro y lo civilizado, permitiría expandir el alcance de la interpretación desenvuelta por Burucúa y dotarla de un dinamismo mayor del que ya tiene.

Por último, una cuestión muy puntual –empírica y menor–. En el capítulo sobre China se dice que Kang Youwei pudo haberse encontrado con Gandhi en su visita a la India, y eso me parece poco probable por las fechas que aparecen consignadas en los propios diarios del intelectual reformista chino. Así como se dice, en uno de los capítulos asignados para la discusión en este seminario, que el encuentro entre María Zambrano y Simone Weil es poco probable, lo mismo ocurre en relación con Kang Youwei: estuvo en la India en 1901-1903, y en 1909 (como consta en su libro *Diario de viaje a la India*), pero justo en el momento de esos dos viajes Gandhi estaba en plena actividad en el Transvaal, organizando a la colectividad india de Sudáfrica en la lucha por sus derechos. Entonces me parece poco probable el encuentro, no obstante lo sugerido por Lin Chengjie en 2013.

Vuelvo al inicio de esta conversación: si *Civilización. Historia de un concepto* no es historia conceptual, ¿qué es? Una excelente contribución a la historia de las ideas, cuya propia estructura hace pensar en una suerte de *ekphrasis*, no de cuadros y/o esculturas sino de campos de debate centrados en la definición epocal de una idea, aquella de la civilización. De tal modo que, si bien hay una constante interreferencialidad entre los muchos capítulos que componen el libro, se lo puede abordar como una galería de descripciones muy precisas y elegantemente expuestas de momentos clave en el debate en torno al vocablo *civilización* y sus implicancias para la vida humana. Tal como los análisis griegos en prosa de Filóstrato, el Mayor, dirigidos a dilucidar íconos, imágenes, obras pictóricas, grandes frescos o mosaicos que delinean los conflictos entre héroes, dioses y meros mortales, cada uno de estos capítulos presenta una reconstrucción del cuadro general de debate sobre la "civilización" en el marco de la historia de las ideas, y de los términos contextuales que lo definían en lugares, tiempos y situaciones también específicos. Y lo hace con maestría impecable. Una preciosa ofrenda para un momento como el nuestro, tan sombrío en lo que atañe a los aspectos más inclusivos y humanistas de la idea de civilización. □

# *Civilización: praxis y pensamiento*

Hugo Vezzetti

Muchas gracias a Gastón por este libro extraordinario. De las cosas que se han dicho quiero destacar el hecho de que este libro –una reflexión no solo sobre la civilización en la cultura occidental sino incluso sobre los diáogos posibles que van más allá del Occidente– se haya escrito en este apartado –al menos geográficamente– lugar del mundo, nos hace sentir orgullosos. Algo así como el orgullo de la tribu: uno de nosotros fue capaz de escribir esto.

No es una historia de los conceptos, que busque ceñirse a las definiciones o a los debates de ideas. Y no me parece tan importante definir su género. En todo caso las ideas, figuras, valores, se mezclan, van y vienen en contextos, épocas y situaciones, en un tiempo largo. Sobre todo –lo mejor del libro– en situaciones que conmovieron las representaciones y los usos, lo que llama la "praxis" de la civilización, en guerras y violencias, como la Guerra Civil en los EE. UU., Napoleón y Egipto, el colonialismo en África y China, las guerras mundiales. Es un trabajo extraordinariamente fundado, que se basa en las referencias, los textos, con un sesgo ensayístico fuerte, en el que aparecen la primera persona y la opinión propia. No elude la toma de posición y las experiencias personales, memorias y amistades. Agregaría: con un sesgo moral que, creo, tiene que ver con una voluntad normativa, en el proyecto de un libro futuro que busca definir una civilización ideal o a realizar.

Los capítulos abarcan momentos clave de una historia del término *civilización,* que no puede separarse obviamente de las críticas políticas y morales, de los lados oscuros, de los usos y de las consecuencias prácticas, políticas y económicas. Se refiere, como dije, a la *praxis* de la civilización. Yo diría que el libro explora una praxis de la civilización pero también un *pensamiento* de la civilización, que obviamente no solo no coinciden, sino que pueden terminar absolutamente enfrentados. Y me parece claro que el libro interroga y procura desmontar el mito –yo uso el término mito– de la civilización europea occidental. Hay una intención *deconstructiva* en el libro, para usar un término de la jerga académica. Se explora el contraste entre una noción asociada a valores, desde la Antigüedad, los caminos, las ideas, las prácticas de un sujeto virtuoso (la definición de Dante es extraordinaria en ese sentido), y la realidad diferente de las acciones y las prácticas.

Esto es lo que aparece en el prólogo, en el que se anuncia una continuación a partir de un constructo cercano a ese ideal: las notas que en esta historia podrían sostener otra praxis de la civilización –la curialización de los guerreros, el cultivo de las flores y la gastronomía, la poesía lírica, las traducciones, la medicina y el cuidado–. Proyecta algo así como la contrafigura del mito en una civilización del encuentro y la convivencia, sobre la que volveré. Lo importante es que esa otra figura, un poco utópica, de la civilización también tiene su historia. Hay un cierto desacople entre el constructo del prólogo y las setecientas páginas que vienen después. En todo caso, creo que, leído desde el prólogo, el libro es como un primer momento deconstructivo de eso que quiere continuar.

Respecto del prólogo, y para ir un poco a los temas que están propuestos para la discusión, quiero referirme al lugar de Norbert Elias, una "piedra fundamental", dice Burucúa, del trabajo. Las ideas de Elias van más allá del acortesamiento, o la curialización de los guerreros. Él propone una teoría de la civilización que, además, expone como tal, algo que no es propósito de este ensayo de Gastón. Ideas sobre el tiempo, la socio y la psicogénesis, que se prolongan en las investigaciones sobre el deporte y las formas parlamentarias. Es un pensamiento que proviene de lecturas de Freud, pero también de otros, alrededor de la tesis de una correlación entre la sociogénesis y la psicogénesis: el alejamiento, digamos así, de la pulsión o de la animalidad en los seres humanos. Y la idea de la configuración y la interdependencia es lo que le permite ir del siglo XVII o XVIII hasta las formas del deporte, y tantos otros temas, en períodos más contemporáneos.

Creo que el libro de Gastón se mide con el de Elias. Por supuesto, hay una relación fundamental en las condiciones mismas de producción del libro. Elias escribe en 1939, tiempos oscuros, de incertidumbre respecto de su desenlace. Nosotros sabemos cómo iban a terminar, pero él no lo sabía. Y este libro también está escrito en tiempos de incertidumbre, que no ha hecho sino agravarse. Pero, al mismo tiempo, este libro va más allá de Elias en la voluntad universalista, de concordia

DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1705

entre civilizaciones, en esa flexión moral y en la duración más larga. Elias se centraba, más o menos, en la modernidad europea.

Ahora bien, el prólogo se desentiende un poco del libro. Creo que es como un gesto que podría llamarse vanguardista. Podría haber puesto: "Esto no es un prólogo". Porque el prólogo habla más del libro que quiere hacer y menos de este que prologa. Es como si dijera "ahí está lo que escribí", pero ahora estoy pensando en otra cosa. Esas cinco "notas esenciales" aparecen más bien como la proyección que como el resultado de esa historia. En todo caso, toma elementos de esa historia para pensar la proyección de una civilización posible de la concordia y la amistad. O de la felicidad, para recuperar el término del Dante.

El corpus del libro es un trabajo enorme, muy erudito, no voy a insistir sobre esto. Basta recorrer el índice y lo que abarca. Podría haber sido una obra colectiva, enciclopédica, con capítulos a cargo de especialistas. Pero perdería lo que lo hace único: un relato personal, con su propia visión y sus preguntas, que operan como un hilo conductor de ese recorrido. Explora textos y autores que, en diversas lenguas y tradiciones, europeas y no europeas, discuten, horadan esa idea fijada, impuesta por el canon europeo.

No solo da cuenta de un término polisémico y siempre sujeto a controversia –está claro que no es neutral–. Sino que siempre incluye lo contrario, nace de la oposición a eso que se define, negativamente, como el estado salvaje, la *barbarie*, un término que también es polisémico en sus sentidos y sus usos. Y no solo el sentido de la civilización es polivalente, sino que puede convertirse en lo contrario: la violencia y la guerra (la "barbarie"), por ejemplo, pueden ser exaltadas como un instrumento al servicio de la civilización. Lo mismo sucede con la religión que, según los tiempos y las circunstancias, puede ser una vía de la piedad y la misericordia, de la pacificación, o puede acompañar la dominación violenta de las formas del poder y el despotismo.

Lo que me parece más interesante y mejor resuelto en ese recorrido es el proyecto mismo de un viaje que "fluya como un río", como lo dice Burucúa. En todo caso, es clara la voluntad de una narración que incluye y necesita una representación de lo *otro*, lo ajeno, que refuerza, en todo caso, esa afirmación de superioridad y justifica una relación desigual con lo "inferior", de otras sociedades o culturas. Sea bajo las formas más violentas de la dominación despótica, las masacres o la esclavitud. Sea a partir de un paralelo con un proceso evolutivo: las civilizaciones evolucionan de la infancia a la madurez. Y así como los mayores, los maduros, educan y dominan, controlan si se quiere, a los niños, las civilizaciones superiores, occidentales, tienen esa misión, en todo caso menos violenta en el enunciado, pero igualmente de dominación sobre las civilizaciones inferiores.

Por eso destaco particularmente ese recorrido por una tradición crítica que denuncia la barbarie en la propia acción de la civilización. Y así como está desplegada la polisemia de la civilización, quizás habría que desplegar la polisemia de la barbarie. Esa crítica rompe el esquema evolutivo, no hay en ese proceso una superación de la barbarie, sino que en sus resultados produce otra barbarie. Y quizá lo más logrado del libro es esa genealogía de las miradas críticas que detrás de la figura del proceso de la civilización ve los modos del poder y la dominación.

Por otra parte, las ideas nacen, y son un eco, de *acontecimientos* que recorren una historia, digamos, *traumática* de la modernidad y de nuestro tiempo. Una modernidad pensada, pautada, a partir de los derrumbes, del quiebre y de los límites que de alguna manera sacuden, conmueven la conciencia, intelectual y moral, de Occidente. Sobre todo, las masacres y violencias que se desencadenan *entre* sociedades "civilizadas". Y aparece esa extensión, paradójica y contradictoria, que es la *globalización* del término. Una globalización de las ideas que sirven como un prisma de procesos más largos de expansión del capitalismo, del comercio, de las artes, de las instituciones políticas..., que encuentran otras tradiciones preexistentes, en otras culturas y otras lenguas.

Ahí se arma una historia diferente, en que se distingue la *praxis* de la civilización del *pensamiento* de la civilización. Ya no es una historia de los usos violentos, de dominio, sino de los efectos en el terreno de las ideas y del pensamiento. La difusión y las lecturas abren un camino de intercambios, traducciones, encuentros, que incorporan y transforman el término en espacios culturales no europeos. En Rusia, China, Japón y África, América Latina, se muestra que la polivalencia puede operar en un sentido positivo, si se quiere. Da lugar a una recepción abierta y diversa, que tiene consecuencias en los modos en que otras

sociedades se piensan y se proyectan. Es muy claro en el caso de Rusia: los capítulos sobre Rusia son extraordinarios, eso solo podría justificar un libro.

Insertada en otros espacios culturales y en otras lenguas, la figura de la civilización sirve para pensar otros problemas: la nación, la identidad, la lengua y la cultura. En esa otra historia del término hay resistencia, hay luchas, y al mismo tiempo hay diálogo y una conversación posible entre culturas. Nace la idea y el valor de las *civilizaciones*, en plural. De modo que por encima de la desigualdad en las relaciones materiales, militares, mercantiles, emerge esta otra historia de las traducciones, las lecturas y debates, en un encuentro menos desigual. Y creo que en esa conversación posible juega un papel central la *traducción*. El énfasis en la traducción tiene que ver con la idea de una civilización que se globaliza no a través del poder, sino a través del diálogo y de la discusión. Creo que el modo en que el libro va tramando esa conjunción entre las miradas críticas europeas y no europeas es algo muy logrado y muy original.

Finalmente, el recorrido de la *praxis* de la civilización y del choque entre el acontecimiento y las ideas encuentra un desemboque en el capítulo que está designado para la discusión, el de la Segunda Guerra Mundial. El libro no termina ahí, pero hay allí un cierto punto de llegada. Y ahí están los autores –que son todos europeos–, que considera capaces de iluminar la idea y el valor de la civilización, a partir sobre todo de cuestionar o suspender la idea misma del ascenso o el progreso: Elias, Huizinga, Arendt, Freud, Simone Weil.

Alrededor de esto voy a proponer algunos problemas generales para la discusión de este capítulo. Primero, a la luz de estos resultados, en una mirada histórica, en un juicio que no se separa del juicio sobre el presente, es cada vez más difícil sostener una definición positiva de la civilización. Algo se dice en el libro: no solo no puede ser pensada sin esa figura de lo opuesto, de lo rechazado, sino que parece más fácil definir la barbarie, la negación o el retroceso respecto por lo menos de ese ideal de virtud, de buena sociedad y felicidad, que viene de la Antigüedad. Entonces, eso que Elias pensaba como el "derrumbe" civilizatorio en Alemania –y se sentía particularmente compelido a responder por Alemania–, en realidad no se limita a Alemania. Es claro que el derrumbe de la Segunda Guerra no es solo de Alemania, aunque haya aparecido allí en su forma más cruel y desmesurada. Y ahí es donde saltan las analogías con el tiempo presente. Y quizás es la razón de que se haya elegido este capítulo para la discusión. ¿Cómo recuperar para el futuro algo de ese ideal que parece perdido?

Segundo. Se mantiene de cualquier manera en estos autores la idea del *proceso*, de una dinámica que se extiende en el tiempo. Es claro en el caso de Freud. La civilización sería un proceso interminable, pero al mismo tiempo es un ideal incumplido, pensada como aquello que busca *resistir* o *reparar* eso que está siempre ahí: la violencia, la fuerza de las pulsiones, o el mal, en un sentido más cristiano, en el caso de Simone Weil. De ahí surge en Weil las ideas del *sacrificio*, también interminable, y de la *redención*. Me quedo con Freud, por las mismas razones por las que Gastón habla de sus preferencias y sus prejuicios.

En Freud hay dos indicaciones alrededor de ese proceso. Por un lado, una *tópica* de la civilización: puede haber ascenso en el nivel de la conciencia, sea del sujeto o de la comunidad, pero es un efecto de superficie respecto de esa otra dimensión que sigue ahí, de la violencia y la muerte. La segunda indicación concierne a la idea freudiana de las pulsiones de vida y de muerte. Freud toma algo que viene de la ciencia de la vida, que es de Bichat. Cuando tiene que definir la vida, dice Bichat: "la vida es el conjunto de funciones que *resisten a la muerte*". Es decir, es desde la muerte que se puede definir la vida. Y en esta representación, que el propio Freud llama un "mito científico", los procesos de muerte están en el origen. En verdad, Freud va más allá de Bichat porque plantea una suerte de prioridad *ontológica* de la pulsión de muerte, que busca volver al comienzo, al mundo inanimado, sin vida. Freud proyecta hasta ese límite su ficción.

Tercero, la evocación de Simone Weil acentúa la impugnación de la civilización de la fuerza desde el lugar de los débiles, el lugar de los vencidos. Ahí se presenta –más que en Freud, pero en Freud también está– el deslizamiento de una aproximación *crítica* a una dimensión *trágica*. Hay algo en esa representación de los fracasos de la civilización que se toca con lo *irremediable*, de la muerte, de la violencia y el mal. No hace falta decir que para Freud la cultura comienza con un asesinato, lo irremediable se sitúa en un mito histórico. En el caso de Weil,

impregnada de un cristianismo radicalizado, que encuentra sus raíces en la figura de la Caída y el sacrificio, ese fracaso ya no es histórico sino *metafísico*. Entonces, el mito científico (biológico e histórico) en Freud y el mito, podríamos decir, cristiano en Weil, coincidirían en esta preeminencia ontológica del mal. Convergen en esa visión trágica que condena a la civilización a una interminable operación de relleno, de reparación o de redención. Una dinámica que nunca termina de cumplir sus objetivos, pero que al mismo tiempo no deja de ser un fundamento de la vida y la cultura humanas.

Y aquí vuelvo al comienzo. Creo que Gastón propone o persigue su propio mito, en ese libro que promete y que ojalá escriba. La poesía lírica, la traducción, la medicina del cuidado, etc., ofrecen el esbozo de una proyección hacia algo así como una civilización de la convivencia y la amistad. Y queda abierta la pregunta: ¿cómo conciliar ese sesgo trágico que aparece en este punto de llegada del libro, que impone la dimensión ineluctable de la barbarie y el mal, con esa visión más reconciliada y universal, que está proyectada, pero que encuentra sus huellas en experiencias pasadas, en una página absolutamente extraordinaria, el atisbo de la felicidad en Samay Huasi, en Chilecito?

También la representación del bien tiene su historia. Un autor que seguramente Gastón conoce, Jean Delumeau, primero escribió la historia del mal, del miedo, del pecado; es su obra más conocida. Y terminó con una historia del paraíso, un libro menos citado. Encuentro un paralelo, y espero que ese nuevo libro que promete pueda proporcionarnos, con la misma inteligencia, erudición y pasión, otra historia de la civilización, la larga realización, quizá necesariamente fallida pero de cualquier manera deseada, del paraíso. □

# *Reseñas*

*Prismas*
Revista de historia intelectual
Nº 30 / 2026

Guillermo Zermeño Padilla,
*Historiografía, temporalidad y saber histórico*,
Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2025, 322 páginas

La profesionalización de la disciplina histórica en México ha contado, desde principios del siglo XX, con una vocación en teoría de la historia y de la historiografía que, prácticamente, no ha tenido parangón en otras partes de América Latina. Cabría decir que esta tradición poco común tuvo su punto de partida con la política de acogida que desde 1938 propició el presidente Lázaro Cárdenas de 20.000 refugiados españoles de la guerra civil, varios de los cuales eran hombres de letras e historiadores. En tal contexto, el rol de Daniel Cosío Villegas fue fundamental: no solo creó en 1934 una casa editorial, el Fondo de Cultura Económica (FCE), que permitió insertar laboralmente a muchos de ellos, sino que, en 1938 y junto con Alfonso Reyes, también fundó la Casa de España en México (denominada, a partir de 1940, Colegio de México) mediante la cual conseguiría darles un marco formal a las actividades académicas de aquella generación exiliada. Entre los intelectuales que llegaron a suelo mexicano con vocación filosófica e historiográfica se destacan, sobre todo, Wenceslao Roces y Eugenio Ímaz, quienes llevaron adelante, entre otras labores académicas, un monumental trabajo de traducción del francés, alemán o ruso para el FCE, que permitió introducir en el mundo de habla castellana las primeras versiones modernas de las grandes obras de la cultura occidental y a muchos autores cruciales para la historia de la historiografía, como Fernand Braudel, Jacob Burckhardt, Wilhelm Dilthey o Leopold von Ranke que, aún hoy, siguen siendo una referencia. Con todo, uno de los más eminentes "transterrados" –como prefería llamarse– fue el filósofo asturiano José Gaos quien, como miembro del Colegio y profesor, primero de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y luego de la Universidad Nacional Autónoma de México, formó a varias generaciones de pensadores como Leopoldo Zea y Edmundo O'Gorman. Este último, en particular, fue quien más hizo, precisamente, por sentar aquella tradición teórica en la disciplina histórica con su crítica de la "historia científica" rankeana en obras como *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947) o *La invención de América* (1958).[1] A partir de allí, se abrió una enorme cantera de reflexividad epistemológica que prosiguió bajo el establecimiento de historias de la historiografía mexicana y general (Álvaro Matute, Evelia Trejo, Josefina Zoraida Vázquez), con la producción de obras metodológicas (Luis González y González), o bien con un nuevo ciclo de importación de corrientes europeas cuyos casos más emblemáticos han sido la recepción de la microhistoria italiana (a través de Carlos Antonio Aguirre Rojas) y del pensamiento de Michel de Certeau y Niklas Luhmann, sobre todo en el ámbito de la Universidad Iberoamericana.

Precisamente, esta última recepción terció, particularmente, a través de la obra de Guillermo Zermeño Padilla, profesor en el Colegio de México, cuyo último trabajo, *Historiografía, temporalidad y saber histórico*, viene a sentar un nuevo mojón para esta perdurable tradición mexicana y sintetiza buena parte de su derrotero de investigación. Así pues, pese a la pluralidad de problemáticas que ha abordado, se diría que, por detrás de cada uno de sus trabajos, siempre rezuma, de forma explícita o latente, la misma pregunta de larga duración: ¿cómo articular las variables epistemológicas con la práctica del oficio en objetos históricos poco frecuentados mientras la escritura de la historia amenaza con dislocar esa relación? En ese sentido, su indagación de objetos teóricos o empíricos a menudo involucró interrogaciones de corte historiográfico que precedieron

[1] D. A. Brading, "Historical Writing in Mexico: Three Cycles", en S. Macintyre, J. Maiguashca y A. Pók (eds.)., *The Oxford History of Historical Writing IV. 1800-1945*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

su análisis –o bien las contuvo o le sucedieron–, objetos que, a su vez, nunca desatendieron la historia mexicana (sobre todo, la moderna y contemporánea), pero tras un abordaje que continuamente dialogó con otras áreas culturales a las cuales también atendió de forma específica. Justamente, una de sus primeras investigaciones consistió en reconstruir una vasta historia de Estados Unidos a través de sus documentos, cuestión que, a mediados de los años 1980, era todo un vacío historiográfico no solo en América Latina sino en el mundo de habla hispana. Esta auténtica herramienta heurística fue asimismo precedida por un extenso ensayo donde Zermeño, junto con el grupo de historiadores con quienes realizó tal empresa, examinó el estado bibliográfico de aquella cuestión[2] y cuyo resultado fue una monumental historia norteamericana en diez volúmenes que, aún hoy, sigue siendo una referencia única en su género.[3]

A partir de los años 1990, su trabajo comienza a virar hacia los problemas teóricos de la disciplina y, en particular, hacia cuestiones de tenor historiográfico que ya no abandonará, viraje que fue muy receptivo hacia diversas corrientes culturales europeas, pero que tuvo a la figura de Michel de Certeau en el centro de la escena: no solo promovió, junto con Alfonso Mendiola y Perla Chinchilla Pawling, la traducción de la obra certaliana, sino que también crearon una revista, *Historia y Grafía*, directamente inspirada en el francés. Asimismo, durante esta época, veremos en Zermeño (y en varios de sus ensayos escritos con Mendiola) cómo la comunicación, la autopoiesis y la diferenciación social de la teoría luhmanniana de sistemas se convierte en un dispositivo clave para comprender cómo funciona la historiografía y qué lugar cabe asignarle a la "teoría de la historia" con relación a la "filosofía de la historia". Su obra *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica* (2002) marca una de las primeras síntesis de tal recorrido, y allí se insinúa un nuevo viraje: la historia conceptual e intelectual. Desde los inicios del nuevo siglo, Zermeño participará y dará impulso al proyecto internacional Iberconceptos y, en 2017, publicará sus propias *Historias conceptuales*, donde resemantizó una serie de términos comunes a la cultura europea y latinoamericana. De algún modo, *Historiografía, temporalidad y saber histórico* continúa y fusiona todas estas líneas de análisis y demuestra, nuevamente, que la cuestión teórica –habitualmente observada con distancia y aprensión por los historiadores, quienes apenas la practican– sigue siendo una necesidad tanto epistemológica como metodológica que no conviene desestimar.

El mismo título de la obra anuncia ya los tres conceptos transversales que Guillermo Zermeño pondrá en discusión. En primer lugar, "historiografía", término que será analizado a través de diferentes vías de ingreso: etimológica, semiológica, política y conceptual. Luego, la "temporalidad" histórica funcionará, en realidad, como un amplio campo exploratorio sobre el cual el autor introducirá su concepto de "historiografía temporalizada", concebida como "un laboratorio de experimentación constante, no solo como un espacio de transmisión o reproducción de conocimientos sobre el pasado", una idea de *work in progress* que define, ante todo, en términos epistemológicos. El tercer elemento, "saber histórico", le permitirá abordar la historia como objeto científico sin que por ello la idea de "disciplina" rija por completo el marco explicativo, un concepto merced al cual abrirá nuevas posibilidades para pensar otras prácticas profesionales, populares e, incluso, *amateurs*, donde las artes, la literatura y la filosofía también funcionen como "portadoras de verdad".[4]

[2] Silvia Núñez García, Ana Rosa Suárez Argüello, Marcela Terrazas y Basante y Guillermo Zermeño Padilla, "Hacia una reinterpretación de la historia norteamericana: 126 títulos en bibliotecas mexicanas", *Secuencia*, nº 2, mayo-agosto de 1985.

[3] Los primeros nueve volúmenes fueron publicados en 1988 y un décimo se agregó en 1991, todos bajo el sello del Instituto Mora. La obra, titulada *Estados Unidos de América*, estaba estructurada en tres partes: tres volúmenes titulados *Documentos de su historia política*, cuatro sobre *Documentos de su historia socioeconómica* (que incluía varios capítulos sobre historia cultural) y tres denominados *Síntesis de su historia* donde se prescindía de la documentación y se trazaba una historia propiamente dicha. Zermeño participó en las tres partes (tomos III, VII y IX) como director o codirector.

[4] Dominique Pestre, "Écrire une Histoire des sciences et des savoirs de longue durée", en S. Van Damme (ed.), *Histoire des sciences et des savoirs I. De la Renaissance aux Lumières*, París, Éditions du Seuil, 2015.

Así pues, la obra, dividida en tres partes y nueve capítulos, aborda diferentes cuestiones fundamentales vinculadas con la teoría y la práctica de la historia. En la primera parte "De historia, historiografía e historicismos", aborda el concepto de "archivo" entre 1750 y 1820, el surgimiento de las historias nacionales a partir del "año cero" de 1821 hasta los umbrales de la profesionalización de la disciplina durante la primera mitad del siglo XX, con relación al impacto de la epistemología rankeana y, por último, su contraparte metodológica en el siglo XIX bajo la figura de Johann Gustav Droysen. A lo largo de la segunda parte, titulada "La historiografía después de los historicismos", indaga, esencialmente, figuras y obras que, a su vez, le permiten circunvalar los principales debates historiográficos de la segunda mitad del siglo XX: Karl Popper, Arthur Danto, Sigfried Kracauer y Michel de Certeau. Finalmente, la tercera parte, "Sobre el futuro de la historiografía", acomete la tarea de definir esta última a partir de sus relaciones con la política y con las ideas de "crisis" y "crítica". En conclusión, la obra constituye una contribución sustancial desde el momento en que reivindica la importancia de la reflexión teórica como parte fundamental del trabajo del historiador. Si bien, desde luego, jamás reniega del costado empírico de la disciplina, lo sitúa en un plano de igualdad con relación a la teoría, igualdad que contribuye a democratizar los métodos sin reducirlos a un plano de mera transmisión personal entre maestro y discípulo. En este sentido y a diferencia de otras ciencias sociales, la disciplina histórica tiene aún un largo camino que recorrer, y la obra de Zermeño puede ayudar a despejarlo.

*Andrés G. Freijomil*
Universidad Nacional
de General Sarmiento /
CONICET

Damiano Sacco y Facundo Vega (eds.),
*Breaking Grounds: Philosophy, Politics, and the Question of Foundation*,
Berlín, De Gruyter, 2026, 192 páginas

Editado por Damiano Sacco y Facundo Vega, y aparecido recientemente en el sello De Gruyter, el libro aquí reseñado persigue el propósito de escrutar los intentos contemporáneos de poner en cuestión los fundamentos filosóficos y políticos más o menos tradicionales, para así repensar la noción de *ground* o *arché* (ἀρχή). Un interrogante que probablemente asalte a muchos de los lectores hispanoparlantes del trabajo tiene que ver con su título. En efecto, ¿cómo traducirlo al castellano? Literalmente, *breaking grounds* evoca el acto de abrir caminos u horizontes. Desde ya que en parte esto es lo que el libro hace o invita a hacer, pues difunde y da a conocer una multiplicidad de iniciativas filosóficas e incluso políticas que, Oliver Marchart mediante, podríamos llamar, valiéndonos de una rotulación cuando menos irresponsable, *posfundacionalistas*. Y, a este respecto, vale la pena subrayar que los caminos que en el trabajo se despejan son ciertamente importantes, pues en ninguno de ellos la política queda reducida a ser un mero adjetivo de la filosofía (gesto del que, como los lectores de Jacques Rancière o el propio Marx saben muy bien, está precisamente hecha la filosofía política y las *robinsonadas* a las que tan apegada esta rama de la filosofía se encuentra).

El sustantivo *ground*, sin embargo, alude mucho más que a un *camino* o a un *horizonte*. Suelo, tierra, terreno, área, campo, base y, obviamente, fundamento o cimiento son algunas de las equivalencias del término que existen en la lengua de Cervantes. Tal variedad de sentidos disímiles se pierde entonces en una traducción literal al castellano, pues la propuesta encabezada por Sacco y Vega no consiste únicamente en abrir caminos sino también, desde ya, en propiciar una ruptura o quiebre –el empleo del verbo transitivo *break* da cuenta explícitamente de ello– de mucho o incluso todo en lo que la filosofía y la política se apoyan o basan.

Toda traducción, claro está, se vale del fracaso al que está irremediablemente destinada. No es posible dar con una equivalencia exacta de una palabra perteneciente a otro idioma dado que, más allá de lo que las tecnologías de la inteligencia artificial pretendan, el oficio del traductor se resiste a quedar subsumido en una concepción burguesa de la lengua –y, en este punto, la alusión a Walter Benjamin es denodada– de acuerdo a la cual absolutamente todo puede ser intercambiado. Si traducimos, vale decir, es porque en el acto mismo de traducir hay en juego una imposibilidad constitutiva que vuelve posible toda traducción.

Y es esta imposibilidad constitutiva en la que toda traducción paradójicamente encuentra un fundamento, lo que el mismo término *ground* expresa. El título del libro cuenta con esta palabra ya que, al recorrer sus páginas, sus lectores pueden anoticiarse de algo que, pese a lo que los terraplanistas tengan para decir, deben, en principio, saber muy bien: es imposible pisar *terra firme* (*firm ground*) porque habitamos un mundo que *eppur si muove*, esto es, un mundo que jamás ha dejado de rotar sobre su propio eje y, a la vez, trasladarse alrededor del Sol.

Si sobre este punto puede surgir algún malentendido respecto de lo que una traducción del inglés al castellano debería suponer, hay en verdad que agradecer que *Breaking Grounds* no haya sido escrito en alemán, lengua en la que si al sustantivo *Grund* añadimos la preposición *ab* obtenemos un término (*Abgrund*) que significa, literalmente, *abismo*. A propósito, los lectores de la obra de Georg Lukács recordarán seguramente aquí la expresión *Grand Hotel Abgrund*, con la que el autor de *El asalto a la razón* –un título, por cierto, mucho mejor que el del original alemán, *Die Zerstörung der Vernunft*– empleó para burlarse en más de una ocasión no solo de Schelling, Schopenhauer, Nietzsche y otros filósofos

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1707

*irracionales* que supuestamente habrían despejado el camino para el surgimiento del nazismo, sino también del propio Theodor W. Adorno, quien, como el resto de los huéspedes de tal establecimiento, habría contado –de acuerdo con lo sugerido por el marxista húngaro– con todas las comodidades, situándose al borde de un abismo hacia la nada y el absurdo.

Pues bien, aquello que, contra Lukács, *Breaking Grounds* parece abordar y pretende develar es el momento anárquico que se halla necesariamente presente en toda fundación o fundamento y que, en cuanto tal, niega la posibilidad misma de algo así como un *arché* o, para volver al alemán, un *Ursprung*, es decir, un momento primigenio o arquetípico. *Breaking Grounds*, en efecto, revela que dar con un fundamento es quedar sin fundamentos, contemplando el vacío del abismo. Puede decirse, por consiguiente, que el libro aquí reseñado es un libro *anarquista*, y esto no porque en su portada haya una *A* dentro de un círculo –algo, por lo demás, que tranquilamente podría haber sucedido–. Si, como las intervenciones de Donatella Di Cesare o el propio Sacco advierten, *arché* significa tanto principio, es decir, comienzo, origen o fundamento, como mando u orden, poder o mandato (*he arché*, literalmente *el principio*, alude tanto al *principium* como al *princeps*), el vocablo griego *anarkhia* (ἀναρχία) debe ser en todo momento tenido como el compuesto resultante de la adición del prefijo *an* (no o sin) a dicha raíz *arché*. *Breaking Grounds*, en otras palabras, es otro modo de decir, precisamente, *anarquía*.

En relación con este carácter eminentemente anárquico o incluso anarquista del libro, debe señalarse que hubiera resultado interesante conocer algo más sobre el proyecto de una filosofía anarquista, al parecer basada en Kropotkin y la idea de apoyo mutuo, al que Catherine Malabou se encuentra actualmente dedicando sus esfuerzos. *Breaking Grounds* concluye un tanto súbitamente con una entrevista efectuada a la filósofa francesa. Antes de llegar a ese cierre, el trabajo transcurre por tres grandes momentos: "New Beginnings", en el que se aborda históricamente la noción de *arché*; "Grounding the Break", momento en el cual se lidia con la imposibilidad constitutiva de todo *ground* u origen, y "Anarchic Foundations", donde justamente se atiende al potencial no explotado de la noción de anarquía. Además de las intervenciones de los editores y las ya mencionadas de Di Cesare y Malabou, el libro cuenta con capítulos firmados por Susan Buck-Morss, Miguel Vatter, Stathis Gourgouris, Bruno Bosteels y Peter Szendy.

En lo que sigue quisiera detenerme en el segundo de los momentos mencionados, y en particular en las contribuciones de Vega y Bosteels. En ambas, el tópico de la ontología, de la discusión filosófica del ser, y el correlato especulativo, tan propio de la teoría política contemporánea, que la dicotomía de *lo óntico/lo ontológico* encuentra en la de *la política/lo político* adquieren un estatuto central. Y lo hacen, desde ya, en una inflexión que, raudamente, podría tematizarse como *crítica*.

Vega, efectivamente, lidia de forma crítica con la centralidad que la ontología tiene hoy en día en el ámbito de la teoría política atendiendo a la obra de Ernesto Laclau, en la cual, luego de un aparente primer momento promisorio, emparentado estrechamente aún con la experiencia del activismo político juvenil en la Argentina, lo ontológico habría terminado operando como –y cito– "un ubicuo *Deus ex machina*" (p. 117). *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo* constituiría, en efecto, un esfuerzo que habría terminado tachándose a sí mismo con *La razón populista* y el enaltecimiento de ese líder ante el cual la figura arendtiana de *los muchos* languidece.

Si bien en términos generales el parecer es atinado, resulta como mínimo dudoso que el programa de Laclau pueda ser retomado. Ciertamente, Vega lamenta la interrupción de dicho programa, al que caracteriza como materialista. Y propone relanzarlo vía una complementación en la que dicha figura arendtiana de *los muchos* pase a ocupar un lugar estructural, basada, precisamente, en la premisa de tal interrupción. La aguda lectura en clave reconstructiva ofrecida por Vega reproduce así entonces un patrón usual en el quehacer del historiador intelectual, de acuerdo al cual, luego de haber comenzado bien, las cosas habrían empezado a andar mal, para, eventualmente,

terminar en el peor de los lugares. Piénsese, por caso, en las lecturas de la trayectoria de un Althusser, quien –suele decirse– habría abandonado el proyecto de *Pour Marx* y *Lire le Capital* para terminar abrazando un materialismo aleatorio o del encuentro, o un Habermas, quien habría deshecho su brillante investigación sobre la esfera pública y la reorientación de la tradición de la teoría crítica que se basaba en ella al efectuar un pasaje al terreno filosófico-político de la democracia deliberativa. ¿No reproducen este tipo de lecturas aquel *mito del origen*, de una teleología más o menos implacable, contra el que *Breaking Grounds* precisamente batalla? Si la reconstrucción de una obra –la de Laclau, por caso– debe identificar *impasses* filosóficos y políticos, ¿no tendrían acaso ellos que ser situados en los múltiples principios posibles u orígenes mismos?

En su contribución, Bosteels lidia críticamente con la centralidad que el discurso filosófico del ser ostenta en el contexto de la teoría política, reparando, en un primer momento, en la inutilidad que la ontología tendría en y para el mundo colonizado. Tal juicio, planteado por Frantz Fanon en *Piel negra, máscaras blancas*, sería compartido por el propio Martin Heidegger, pero ahora condimentado con un racismo y un eurocentrismo casi explícitos. De aquí, Bosteels salta a la constelación de pensamiento del afropesimismo, la cual habría promovido a través de Frank Wilderson, Calvin Warren y sobre todo Grant Farred una heideggerización de Fanon tan curiosa como irónica. Un interrogante que surge aquí es cuál sería el contrapunto, si es que existe, con una corriente como la del marxismo negro.

Ahora bien, el núcleo de la intervención de Bosteels no tiene tanto que ver con esta operación del afropesimismo como con la ontología política *stricto sensu* y, más específicamente, con el gesto de toda ontologización. Bosteels, de hecho, propone someterlo a una suerte de interrogación crítica, entendiendo a la crítica –y aquí sigue cabiendo la pregunta por un contrapunto posible con el marxismo negro– en un sentido estrictamente materialista. El punto sería no solo que la ontología no sirve para dar cuenta de la realidad de las sociedades colonizadas: la colonización misma se relacionaría directamente con el discurso de la ontología tal y como se desarrolló en el llamado mundo occidental. En el curso de este sometimiento de la discusión filosófica sobre el ser y sus fundamentos anárquicos a una crítica material e histórica, la ontología –sostiene el autor– termina revelándose como una abstracción de procesos y prácticas históricos y materiales.

Tal revelación entronca con el más amplio proyecto de una reconstrucción material, cuasiarqueológica, de los orígenes históricos de la ontología política occidental, que el propio Bosteels comenzó a bosquejar en el contexto de su crítica no de la melancolía de izquierda sino de la izquierda melancólica. Es ciertamente sugerente que aquí retome esto pero refiriéndose al discurso del ser como el lenguaje de los derrotados. Dado que lo que parece impugnarse son los razonamientos filosóficos propuestos para diagnosticar las causas y remediar los efectos de la capitulación de las izquierdas radicales, quisiera concluir señalando cuán urgente continúa resultando la escritura de algo así como una *filosofía de la derrota* o la *defección*. A su manera, *Breaking Grounds: Philosophy, Politics, and the Question of Foundation* constituye un insumo valioso para cumplimentar tal cosa.

*Santiago M. Roggerone*
Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Gisèle Sapiro,
*El campo literario revisitado*, edición e introducción de Analía Gerbaudo y Santiago Venturini, Santa Fe/Buenos Aires, Ediciones UNL/EUDEBA, 2025, 520 páginas

Como resultado de una monumental tarea colectiva de traducción y edición, *El campo literario revisitado* reúne un valioso conjunto de trabajos de Gisèle Sapiro publicados originalmente entre los años 2003 y 2020, con la sola excepción del ensayo sobre el campo literario francés durante la ocupación, aparecido en 1996 en la revista dirigida por Pierre Bourdieu *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. Con la coordinación de Analía Gerbaudo y Santiago Venturini, y la participación de más de 12 traductoras/es, el libro es también el fruto de la colaboración editorial de dos sellos universitarios argentinos: Ediciones UNL y EUDEBA publicaron un volumen de 18 ensayos y más de 500 páginas en un crítico escenario para la edición en la Argentina. Una adecuada valoración de este libro no puede prescindir de la consideración de tan negativas condiciones de producción.

La compilación de textos de Sapiro está organizada cronológicamente y se recorta entre sus estudios sobre el mundo literario, aunque no de manera excluyente. El volumen incluye una muy informada introducción a cargo de Gerbaudo y Venturini, que ofrece un mapa temático para explorar los ensayos reunidos con un recorrido menos lineal y más problemático. En efecto, el texto introductorio cumple con la mayúscula tarea de ofrecer un enriquecido recorrido por la trayectoria de Sapiro, sus principales áreas de investigación, señalando las conexiones entre los ensayos seleccionados y el resto de la producción intelectual de la autora. El resultado es un libro generoso por el ofrecimiento de textos hasta el momento no disponibles en español, pero también porque remite a un universo más vasto de la obra de Sapiro.

El libro explora algunos de los diversos ángulos a través de los cuales Sapiro indagó en la conformación del campo literario francés desde el siglo XIX, mediante una aproximación genética a la configuración de la noción moderna de autor, a los debates sobre la "responsabilidad del escritor" y a las modalidades asumidas por la "autonomía relativa" del campo literario, inscripta cada una de estas inquietudes en una sistemática preocupación por desenredar la tensión entre cultura y política, entre las imágenes del "intelectual comprometido" y la de los practicantes del "arte por el arte" mediante una aproximación sociológica que asume y prolonga parte del programa intelectual de Bourdieu.

Derivación de su tesis doctoral en sociología dirigida por el propio Bourdieu, el ensayo que abre la compilación se dedica a la prospección del campo literario en Francia durante los años de la ocupación, cuando tanto los efectos de la politización de los escritores como la desarticulación del espacio nacional producto de la guerra redujeron la autonomización del campo de producción literaria sin extinguirla del todo, hipótesis fuerte de Sapiro dado que los límites de esa heteronomía se encontraban en las tensiones históricas entre escritores, desplegadas durante entreguerras, además de que los lineamientos "no políticos" de los intelectuales orientaron frecuentemente sus posiciones "políticas". En torno a esa idea-fuerza, Sapiro continuó sus investigaciones sobre los factores que posibilitan o constriñen la autonomía del campo literario. Entre los ensayos incluidos en la compilación, un par de ellos ("El campo literario entre el Estado y el mercado" y "La escritura como profesión en Francia: entre el reconocimiento simbólico y profesional") retoman en clave de sociología histórica las restricciones ideológicas y las regulaciones económicas impuestas por los Estados, las vicisitudes de la organización profesional de los escritores, y también el impulso de la lógica del mercado en la constitución de un mayor –o menor– grado de autonomía del espacio literario.

Resulta especialmente interesante la inclusión de los textos de Sapiro sobre la

categoría de "responsabilidad del escritor", noción compleja que tensiona los límites jurídicos y morales de la autoría, tanto en clave deontológica como sociológica. Además del texto que indaga sobre las conexiones entre responsabilidad y libertad en la obra sartreana, el volumen vuelve sobre otros universos de análisis donde, para Sapiro, se modelan las fronteras de las discusiones entre el mundo jurídico y la literatura como índice de autonomización del campo literario. En dos de los ensayos compilados, Sapiro muestra los contornos de dicho proceso de combate contra "las definiciones heterónomas del rol social del escritor y su responsabilidad", a partir de un análisis de los juicios literarios que, desde el siglo XIX, autorizaron o condenaron contenido, forma y autores invocando una falta a la moral, o de la asignación de una "responsabilidad penal" a una determinada producción literaria. Así, la emergencia de la noción de "autor" es problematizada a la luz del trasfondo normativo sobre "responsabilidad", que buscaba regular los derechos sobre una "obra", y a su circulación pública (críticos, editores), como así también a su censura estatal en el largo plazo. La dimensión del deber de los escritores es abordada por Sapiro, desde Flaubert al auge de la autoficción contemporánea, a partir de las variantes de lo decible a lo largo de cambiantes regímenes políticos, atravesadas por la tensión entre la libertad de expresión y los derechos de los individuos para las democracias actuales.

En la obra de Sapiro el vínculo entre campo literario y campo editorial ocupa un lugar central. En especial, la propuesta de una sociología de la traducción como práctica de intercambio entre culturas literarias nacionales. Desde el ya clásico número 144 de *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* cuyo título fue "Traduction: les échanges littéraires internationaux",[1] la atención a las traducciones como vectores del flujo internacional ganó importancia en la producción de Sapiro, tanto que la compilación rescata apenas algunos de los trabajos que fueron publicados, resultado de proyectos de cooperación transnacional bajo su dirección. Con el punto de partida de la teoría del polisistema de Even-Zohar y la sociología de la circulación internacional de ideas de Bourdieu, Sapiro avanzó en el estudio de la traducción en tanto práctica social sujeta a las normas propias de los espacios socialmente diferenciados, donde la posición del texto en el universo de producción simbólica y la posición del/a traductor/a en el escenario de prestigio y autorización permiten explicar las jerarquías a través de las cuales algunas transferencias culturales se activan y otras no. Uno de los ensayos incluidos en este volumen ofrece un claro ejemplo de la apuesta por una "comparación estructural" que la autora entiende fundamental para el acceso a la comprensión de las desigualdades de fuerzas que orientaron la circulación de los textos en traducción y los modelos editoriales. Explotando las bases de datos del Index Translationum producidas por UNESCO, Sapiro estudió los flujos de traducciones entre lenguas centrales, semiperiféricas y periféricas, para dar cuenta de la estructura internacional del mercado del libro, sistema que no puede comprenderse sin atender a las fuerzas geopolíticas y económicas que lo modelan a nivel global. La recomposición de los circuitos de importación-exportación de obras en traducción llevó a Sapiro a una reconsideración histórica de las comparaciones entre campos nacionales, y a profundizar en la movilización de recursos que determinados agentes llevan a cabo para promover determinados intercambios entre espacios lingüísticos diferenciados, pertenezcan al polo de producción restringido o al de los *best-sellers*.

La indagación sobre las relaciones de intercambio a escala transnacional articula un conjunto de textos en los que Sapiro desplegó su atención, comenzando por el artículo "Le champ est-il national? La théorie de la différenciation sociale au prisme de l'histoire globale" de 2013, donde el problema entre las fronteras nacionales, el accionar de los Estados y las dinámicas de los mercados de bienes simbólicos presenta las particularidades de los campos de producción cultural, tensionados entre los clivajes propios de las "culturas nacionales" y las estrategias de

[1] Bajo la edición de Alejandrina Falcón, el mencionado número de *Actes de la recherche en sciences sociales* fue traducido al español y publicado en 2026. Véase Johan Heilbron y Gisèle Sapiro (coords.), *Los intercambios literarios internacionales*, Temperley, Tren En Movimiento, 2026.

internacionalización. Resulta especialmente atractivo que el volumen haya recuperado algunos de los trabajos donde Sapiro indagó más sistemáticamente en las nociones de "campo transnacional" en el marco de los debates sobre la "historia global/conectada", como también de aquellos referidos a la "literatura mundial". Sobre la segunda cuestión, los ensayos dedicados a Roger Caillois, a la editorial Gallimard y a los factores que posibilitan una conexión entre-fronteras de las obras literarias sugieren una aproximación sociológica a los modos en que se generan procesos de diferenciación en el campo literario transnacional. El énfasis en la importancia de determinados agentes de mediación cultural (el caso de Caillois en UNESCO), o del accionar de los editores en los modos de consagración literaria (Gallimard) permite a Sapiro indagar genéticamente en las modulaciones que asume la "literatura mundial" (con el problema de la recepción de las obras y las formas de isomorfismo a las que da lugar) pero, sobre todo, arrojar luz a los procesos de construcción de un "capital simbólico internacional" que permite a autores/as ingresar en la disputa por un lugar prestigioso en la producción literaria.

El volumen compilado por Venturini y Gerbaudo resulta del mayor interés para quienes frecuentan los estudios sociales de la literatura, la sociología de la traducción y de la internacionalización de la producción cultural. La disponibilidad en español de un numeroso conjunto de textos de Sapiro redunda en un beneficio para quienes conocen otros trabajos de la autora, pero fundamentalmente para quienes no se han aproximado a los textos aparecidos en revistas académicas especializadas, que suelen circular con menos fluidez entre lenguas. Las discusiones respecto del cosmopolitismo cultural, de los nacionalismos metodológicos o de las historias globales requieren insumos que promuevan puntos de vista que escapen a polarizaciones que clausuren el debate. Los que aquí presenta Sapiro, por vía sociológica, resultan especialmente productivos.

*Ezequiel Grisendi*
Universidad Nacional
de Córdoba

Irene Chikiar Bauer,
*Edith Stein. Judía. Filósofa. Santa*,
Buenos Aires, Taurus, 2024, 768 páginas

Irene Chikiar Bauer es la principal cultora del género biográfico en nuestro medio, especialmente de mujeres intelectuales, aunque no solo de ellas. El título de su obra dedicada a Eduarda Mansilla, *Entre ellos*, una paráfrasis del título de una obra de su hermano Lucio V. Mansilla, *Entre nos*, sintetiza un rasgo común a las autoras que estudia. Todas ellas fueron figuras intelectuales notables, que lograron importante reconocimiento como tales, y aun así se situarían en una posición siempre desajustada respecto del medio intelectual de su tiempo, siempre "entre ellos", sin llegar nunca a sentirse del todo "entre nos".

El caso de Edith Stein es particularmente ilustrativo al respecto. Se trata de un personaje notable por lo complejo. Quizás lo que mejor resume el carácter paradójico de su figura es haber sido canonizada como santa cristiana en 1998 tras haber sido asesinada en 1942 en un campo de concentración por ser judía. En *Edith Stein. Judía. Filósofa. Santa*, Chikiar Bauer recoge una enorme masa de materiales para confeccionar un muy minucioso recorrido por los entresijos de esta multifacética personalidad. No solo porque sigue allí año a año (y por momentos, día a día) su laberíntica y trágica vida, sino, sobre todo, porque ello le permite conjugar en un mismo cuadro diversos planos de análisis. El libro que se reseña puede considerarse así un modelo de escritura biográfica en el que lo estrictamente biográfico, las vicisitudes fácticas que se describen, se combinan e interpenetran con los desarrollos intelectuales, las preocupaciones de orden teórico que los motivaron, y también con los aspectos de naturaleza emotivo-afectiva involucrados en ellos y que permiten una mejor comprensión del origen de tales preocupaciones intelectuales.

El relato que ofrece sirve así de ventana para observar, desde una perspectiva particular (la vivencia del personaje en cuestión), la historia del período particularmente convulso que le tocó vivir. Esta obra puede ser considerada, pues, al mismo tiempo una historia política, social y cultural de la Alemania de la primera mitad del siglo xx, además de una biografía personal o, más precisamente, con motivo de ella.

La obra comienza con un esbozo de su infancia y adolescencia en el seno de una familia judía alemana de origen humilde, signada, además, por la fatalidad (cuatro de sus diez hermanos morirían siendo aún niños). Nacida en una región entonces perteneciente a Prusia que luego será parte de Polonia, eso no impedirá que ella y su familia, al igual que la mayoría de sus allegados, incluidas aquellas figuras intelectuales notables de las que luego se rodearía, desarrollaran un fuerte sentido nacionalista germánico, especialmente en el marco de la Primera Guerra.

De niña ya mostró esa pasión por la lectura que la marcaría durante el resto de su vida. Especialmente determinante de su destino como filósofa fue la lectura de la obra de Husserl, que la llevaría a establecer un vínculo estrecho con él (será su asistente), y con el grupo de sus discípulos más cercanos. Stein será la primera de ellos en obtener el grado de doctor, y la primera filósofa alemana. Su tesis doctoral, elaborada bajo la supervisión de Husserl y presentada en 1916, está dedicada a la empatía, a la que en uno de sus seminarios Husserl señaló como la condición del conocimiento de un mundo objetivo. Influenciada, a su vez, por autores como Max Scheler, destacará, sobre todo, el papel de la empatía en el establecimiento de vínculos humanos en los que el otro no se reduzca a un mero objeto, y permita aprehender la intimidad de aquel en tanto que sujeto capaz de desarrollar, a su vez, la misma facultad empática. Esto, afirma, no supone la plena identificación con él, la disolución del Yo en el otro, sino la construcción de

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1709

un ámbito común en el que aparezca un "nosotros". En esta tesis se encuentran ya definidas las líneas fundamentales que seguirá su producción filosófica, y también los vínculos entre esta y sus preocupaciones políticas y existenciales.

Un tema recurrente, no solo en ella sino en todo el pensamiento alemán del período, es la oposición que Ferdinand Tönnies estableció entre los conceptos de "sociedad" (*Gesellschaft*) y "comunidad" (*Gemeinschaft*). Tal distinción servía entonces de base para la crítica de la forma de la sociabilidad burguesa, individualista y puramente mecánica, forjada a partir de vínculos externos entre entidades aisladas, y la necesidad de reemplazarla por una forma de comunidad fundada en vínculos orgánicos más profundos, asentados en la cultura y la historia compartidas.

En el caso de Stein, tal distinción le serviría de motivo para profundizar en un aspecto que entiende como la parte menos lograda de la fenomenología husserliana: la constitución de la intersubjetividad. Aquí aparece otra de las facetas que se propone corregir en el planteo de su maestro: la de la corporalidad. Para ella, la captación del otro, el vínculo intersubjetivo, no se da exclusivamente en la "conciencia trascendental", que es aquella en la que se enfocó Husserl, sino que atraviesa los cuerpos, se establece, fundamentalmente, a través de los sentidos, involucra el plano de la sensibilidad. Stein se propondrá así abordar simultáneamente los ámbitos psíquicos, afectivos y cognitivos del ser humano que son, para ella, los que conjuntamente articulan un sentido de comunidad. Esto se observa ya más claramente en el título del texto que publica al año siguiente (1917), *Causalidad psíquica e individuo y comunidad,* en el que coloca en el centro de la reflexión "el tema de la persona".

Esto que se inicia como un intento de aporte a la fenomenología husserliana habrá de convertirse en un distanciamiento respecto de las posturas de su maestro (distanciamiento que coincide con el de otros de sus discípulos a partir del giro idealista iniciado por Husserl en 1913). A sus diferencias teóricas se sumará un malestar respecto del lugar que Husserl le reservaba como su asistente, sobrecargándola de tareas administrativas. En este apartamiento entre ambos también tallaron factores materiales (sus dificultades para insertarse en el medio académico) así como cuestiones de índole histórica más general. La profunda crisis en la que se sumerge Alemania al final de la Gran Guerra se traduciría en una crisis de conciencia que, en Stein, terminaría derivando en un giro místico-religioso.

Influida sobre todo por la lectura de la obra de Santa Teresa de Ávila, pero también por la constatación de la resignación con que los creyentes velaban a sus muertos en la guerra, decide convertirse al cristianismo y luego adoptar los hábitos (rebautizada entonces como Teresa Benedicta de la Cruz). Este vuelco, sin embargo, es menos extraño de lo que puede parecer. No solo resulta una deriva posible de la orientación de la fenomenología hacia un tipo de saber superior al racional, uno de tipo intuitivo, sino también, y sobre todo, de la búsqueda de un sentido asociado a esta forma intuitiva de saber, un saber de esencias que no se opone sino que sirve de fundamento último al conocimiento de tipo empírico.

En esos años tradujo a Tomás de Aquino y participó en las polémicas teológicas y filosóficas dentro de la comunidad católica, sin abandonar sus vínculos con el círculo de fenomenólogos. En el período de entreguerras se dedicará así a dictar conferencias públicas –algunas de las cuales suscitarían polémicas–, y seminarios, al tiempo que establece vínculos con intelectuales católicos como Jacques Maritain. Su intento de conciliar ambas vocaciones, la religiosa y la filosófica, la conducirá a definir como tema de análisis la confrontación entre la fenomenología y la escolástica, mientras mantiene también una importante presencia pública como parte del círculo de mujeres católicas feministas. En fin, aun tras su conversión al catolicismo no resigna su multifacética personalidad.

Sin duda, la llegada de Hitler al poder y el aumento de las persecuciones a judíos y opositores complicarían su situación, especialmente dado que, aun convertida al catolicismo, Stein seguía reivindicando su origen judío. El concordato entre Hitler y el Vaticano por el que la Iglesia católica alemana abandona su

actitud crítica hacia el nazismo, además de ser un duro golpe para los opositores dejaría a Stein en una situación complicada. Esto, sin duda, talló en su decisión de enclaustrarse en el convento de los Carmelitas, lo cual, como era de esperar, no fue bien visto por su familia, de la cual inevitablemente se alejará entonces. Si bien aún sigue escribiendo, sobre todo sobre temas religiosos (Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz, fundadores de la orden de los Carmelitas Descalzos, serán sus autores preferidos), e incluso alcanza a completar *Ser finito y ser eterno* (una reelaboración de un manuscrito previo titulado *Acto y potencia*), la censura le haría difícil seguir publicando sus textos, y así es como el libro mencionado recién aparece en 1950.

Cuando en enero de 1942, en la Conferencia Wannsee, se decide la "solución final", ya los muros del convento no alcanzarán a protegerla. En agosto de ese año es capturada dentro del convento por agentes de las ss y llevada a su destino final.

En la trágica vida de esta inquieta filósofa, llena de vicisitudes, se condensa, en fin, toda una época que Chikiar Bauer reconstruye de manera minuciosa y precisa. A lo largo de las más de 700 páginas que componen el libro, sumamente denso conceptual e históricamente, pero al mismo tiempo ameno de leer ya que tiene mucho de novela de época, se nos van abriendo los distintos planos que componen una *vivencia* histórica, más allá de los fríos datos y la cronología de los eventos relatados. Todo esto convierte este libro en una lectura altamente recomendable para quienes están interesados tanto en la historia de este período tan convulso del pasado reciente como en una época del pensamiento particularmente productiva, en la que se sentarían las bases teóricas y filosóficas para los desarrollos posteriores.

*Elías J. Palti*
Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Quilmes

David Bidussa,
*Pensare stanca. Passato, presente e futuro dell'intellettuale*,
Milán, Giangiacomo Feltrinelli Editore, 2024, 216 páginas

Este último libro del historiador italiano David Bidussa (Livorno, 1955) tiene varios elementos atractivos. En principio, cabría señalar la magnífica intuición, tal vez del autor o del editor, de hacer dialogar el título con un famoso libro de poemas de Cesare Pavese, *Lavorare stanca*, publicado en Florencia en 1936. Y aunque la referencia pavesiana podría *a priori* hacernos creer que se trata literalmente del cansancio producido por el trabajo manual, parece claro que Pavese nos introduce en ese libro en una dimensión del cansancio existencial, del *mestiere di vivere*, y en modo casi autobiográfico, en los tiempos de sus amores fracasados y la nostalgia del cuidado que le otorgaba una infancia ambientada en un mundo rural por cierto mitificado.

*Pensare stanca* recorre una problemática igualmente densa y contradictoria si se piensa en el derrotero secular de una figura social, la del intelectual interesado por las dimensiones colectivas de su acción, de tanto predicamento en la vida política y cultural del siglo pasado. Un cansancio del pensar, entre el compromiso de la acción, la fantasía utópica o democrática, y la desazón por los proyectos fracasados, pero que en Bidussa implica no el rescate analítico de un esteticismo del pensamiento, sino el señalamiento de aquellas reflexiones que significaron un "estar en las cosas" del presente. La fatiga que resulta del ejercicio crítico, lejos del profetismo ideológico o de la nostalgia del pasado.

Y es en este sentido que la pregunta que organiza este nuevo libro de Bidussa aparece también como un componente altamente necesario, porque en ella se sintetiza uno de los enigmas intelectuales y políticos más sugestivos para el estudioso de la cultura, y para quien cultiva tanto el ejercicio de la producción de ideas como el interés por la intervención en el debate público, en una etapa compleja e incierta del presente global: el interrogante acerca de si hay un futuro para –al decir de Carlos Altamirano– la *tribu inquieta* de los intelectuales, nacida precisamente con la experiencia de la modernidad y animada por sus proyecciones emancipatorias.

Bidussa nos tiene ya acostumbrados a un estilo donde la dimensión biográfica, la crítica historiográfica y la historia de las ideas políticas del siglo XX cobran un peso relevante en la composición del mundo histórico que analiza. Y es que si existe una continuidad en las elecciones del autor a la hora de adoptar a las figuras intelectuales que componen sus referencias y se vuelven casos de estudio, es la opción o la preferencia por los perfiles contradictorios, individuos cuyas elecciones personales y colocación histórica los hacen deambular por territorios simbólicos diversos y en tensión, no solo por los cambios en la espacialidad que implicaron los diferentes exilios, sino situacionales y filosóficos a la vez, en el límite también entre el espíritu de sacrificio y el martirologio, y fuera de la ortodoxia ideológica más o menos acordada, en este caso, en el *ethos* antifascista dominante durante la entreguerra, donde la U.R.S.S. aparecía como campeona de la democracia. En el fondo, lo que se halla en esta elección es el reconocimiento de un perfil de intelectual sobre todo antitotalitario, no privado de creencias, pero lejos de cualquier catecismo que impida la formulación de las preguntas más incómodas.

En efecto, los intelectuales que estudia Bidussa no son predicadores, ideólogos o agitadores que tienen todas las respuestas prestablecidas independientemente de los problemas, sino sujetos comprometidos con la discusión pública de su tiempo, animados sobre todo por la pretensión de entender y de actuar en la dirección de ese entendimiento. De allí también, que "*la fatica del pensare"* (p. 12) sea para el autor la verdadera condición del trabajo intelectual y, por momentos, la línea de demarcación para

establecer la noción misma de intelectual.

El libro que Bidussa elabora se concibe como el resultado de un programa de investigación sobre la metamorfosis de los intelectuales en un período que discute, en esta dimensión, el corto siglo XX propuesto por Hobsbawn, pues entiende que aún con etapas identificables, las últimas décadas del siglo pasado y las primeras del presente siglo muestran tanto elementos de continuidad, como de transformación respeto del *Novecento.*

En clara sintonía con la composición del mundo histórico muy propia de la historia intelectual y la historia cultural de la política, pero no ajena tampoco al ensayo de interpretación, el autor propone una estructura de capítulos dividida en tres partes y un apéndice, que no escatima en la construcción de definiciones conceptuales, en la identificación de momentos y etapas dominados por elementos clave, y en el registro sutil del pensamiento particular de los intelectuales estudiados, allí donde los fragmentos de una elaboración parecieran iluminar una totalidad sospechada. De este modo, las referencias a autores e ideas son presentadas en su multiplicidad y su diversidad, mientras que los argumentos van recorriendo experiencias individuales y climas culturales, y se apoyan en una biblioteca personal erudita, de lecturas de toda una vida intelectual, que se reconoce en un abanico de reflexiones muy amplio, desde las propuestas del racionalismo cartesiano a la inspiración del pensamiento particular de escritores de Europa del Este como Milan Kundera y Czesław Miłosz.

En la base de *Pensare stanca*, el influjo inspirador del Todorov de fines de los años ochenta: el interesado por la memoria colectiva; por la individualización de los individuos como sujetos morales capaces de entender con sensatez los límites de la colectividad; por una idea de Europa no resumida en la geopolítica derivada de la segunda posguerra, sino en las tradiciones que alimentaron su desarrollo, desde Persia y el mundo árabe hasta griegos, romanos y celtas. Bidussa rescata este nuevo iluminismo todoroviano atento a una noción de universalidad en algún sentido clásica, para pensar sobre todo los problemas políticos y culturales de los nuevos tiempos europeos, dominados por el *sovranismo* y el resurgir del nacionalismo.

En este marco organizativo de la argumentación, el autor plantea una conceptualización en la que distingue no solo dos categorías, sino dos momentos bien definidos respecto de ese tipo de intelectual inmerso en las cuestiones del mundo que tanto le interesa. En principio, habla de "*dissidenti impegnati*", de "*intellettuali infedeli*", para referirse a aquellas figuras que aun reconociéndose en una precedente condición de militancia y pertenencia en el "*partito politico di massa*", optarán por un compromiso que se traducirá en un distanciamiento crítico, muchas veces extremo, y que hará que la propia parte política de su adhesión los expulse o los aleje considerándolos incluso como traidores.

La reflexión que desarrollan no se presenta solo como diagnóstico, o elaboración de temas para la acción política deseable de los partidos de las izquierdas políticas, sino también como la propuesta de una agenda que plantea el análisis profundo de las experiencias históricas de un presente convulsionado, de las matrices filosóficas que las animan y de los resultados políticos alcanzados, muchas veces considerados contradictorios. De allí la interrogación que estos autores hicieron sobre la experiencia soviética, sobre la guerra en España, sobre el fascismo, las posibilidades del socialismo y el peligro del totalitarismo.

Los recorridos de Walter Benjamin, Simone Weil y Victor Serge expresan este primer momento del *engagement* disidente que no implicará una pérdida en las creencias, sino la opción por una serie de reflexiones descarnadas que invitarán a encauzarlas en otra clave. De allí que Bidussa también incorpore en este conjunto a otras figuras intelectuales, inquietas, insatisfechas y difíciles de clasificar, como Hannah Arendt, Albert Camus, Ignazio Silone, Nicola Chiaromonte y Furio Jesi, intelectuales que, en los tiempos posteriores a la finalización de la Segunda Guerra Mundial, profundizarán muchos de los pensamientos iconoclastas que ya habían anticipado en otro momento del debate político del antifascismo entre las dos guerras.

El segundo momento, en cambio, está caracterizado por un nuevo tipo de figura que el autor denomina "*intellettuali*

*radicali*", y se corresponde con una etapa iniciada durante los años sesenta hasta el segundo decenio del presente siglo. Son los tiempos dominados por la crisis de los partidos políticos que actuaban como referencia, el surgimiento de movimientos de contestación y, sobre todo, por la lenta devaluación de la democracia representativa.

Son intelectuales radicales porque más allá de la sólida formación que los caracteriza se proponen –cada uno a su manera– desarrollar una tarea de intervención pública que informa, piensa y denuncia los peligros del tiempo presente. Pero lo hacen no desde la búsqueda de una novedad *per se*, animada por un intento de originalidad, sino más bien desde una ruptura en las formas del decir, en la estructuración mental de lo real, en los modos de pensar, y es allí –de nuevo– donde la pregunta incómoda vuelve a colocarse como principio legitimador de la acción creativa. Para Bidussa, la pretensión de búsqueda de crecimiento cultural colectivo a partir de la proposición de interrogantes no percibidos aún como tales es la marca autoral constitutiva de esta categoría.

No se trata esta vez de ese tipo de intelectual que dirige una crítica a la propia familia de pertenencia política, sino del que introduce el cuestionamiento de las creencias colectivas mismas, de los tópicos culturales compartidos y del funcionamiento complejo de la política global. "*Mettere in guardia*", dice Bidussa, para formular los nudos y los temas de discusión que el sentido común no alcanza a advertir. En este punto, estos intelectuales no dirigen su accionar a un interlocutor específico. Sus destinatarios podrían ser los gobernantes, los que pretenden gobernar o cualquier actor político que se presente como portador de una voz en contra del *statu quo*, incluso el sector al que podrían estar más vinculados por tradición ideológica o identidad étnica o cultural. Pero si bien la tarea será la de una cierta vigilancia ética a veces escéptica respecto del presente, ella advierte, sobre todo, "*la non autosufficienza del sapere di cui si é portavoce*" (p. 144), y reniega de la sabiduría propositiva que reduce la comprensión de lo real a unas fórmulas simples.

En este sentido, la tesis de algún modo ideal sobre la defensa de las cuestiones generales en la que pareciera reconocerse el autor se asemeja a lo que observa como elemento definitorio de los intelectuales que rescata de este segundo momento.

En efecto, Bidussa elige a cinco figuras canónicas para ilustrar esta categoría, no exenta –como la de los intelectuales disidentes– de un componente moral en su definición, pues el elemento común que los caracteriza es la portación de una sensibilidad particular, y de una decisión que los lleva a salir de cierta seguridad del saber de cofradía para intervenir desde allí en un espacio público no siempre receptivo a las operaciones de conocimiento complejo ni a la defensa de unos valores no parcializados, sino humanistas y colectivos, atentos a la identificación de la diversidad y a la propuesta de pacificación de las interacciones, más allá de las identidades propias. Se trata de Edward Said, Susan Sontag, Tony Judt, Zygmunt Bauman y Tzvetan Todorov.

Sin duda, es en esta sección del libro donde la apuesta del autor se hace más evidente, pues el recorrido analítico que va haciendo de las dimensiones más públicas del ideario de estos autores le servirá para componer una reflexión respecto de la pregunta final de si existe hoy un lugar para el intelectual. De Said tomará el humanismo con que interpretó el conflicto palestino-israelí y el problema de la construcción de una opinión pública libre en tiempos de dominio mediático; de Sontag, el tema de la indiferencia y las ausencias temáticas en el recuerdo público, la memoria colectiva y la discusión sobre lo que se decide recordar, y la operación simbólica de obturación o rescate respecto del documento, sobre todo fotográfico, pero aplicable a cualquier registro. Por otra parte, el historiador Tony Judt será rescatado en sus últimas intervenciones antes de su fallecimiento en 2010, en las que, en el marco general del pensamiento liberal clásico de Jeremy Bentham, señalará como positivas ciertas nociones keynesianas, de intervencionismo estatal en algunas funciones económicas, sobre todo para asegurar la cohesión social.

Finalmente, Bauman y Todorov le servirán para pensar ciertos problemas contiguos pero diversos: la relación entre historia, memoria histórica y memoria colectiva. Componentes que, de algún modo, dialogan con el resto de los autores tratados, pues lo que se encuentra en discusión es la

pregunta de cómo arribar a la existencia de una comunidad plural que pueda hacer las cuentas con su historia de violencia estandarizada, y aunque aquí el tema de fondo es el de la historia y memoria del Holocausto, la reflexión sobre la relación entre la "*comunità dei nostri sogni*" (liberal y democrática) y la "*comunità realmente esistenti*" se presenta como inevitable, pues el autor indica que, en tanto resultado histórico problemático, el vínculo fuerte entre el sentido de pertenencia de las comunidades políticas en tiempos de la globalización se traduce en un pacto coercitivo interior; en un retorno a la experiencia de la comunidad cerrada y temerosa; en la potencial fascinación por la idea totalitaria (p. 164 y ss.).

El autor cierra el libro haciendo explícita una reflexión sobre la función de la fatiga del pensar, no sin antes proponer una periodización y un diagnóstico más cercanos para entender el estado de los tiempos actuales. Y allí, para él la caída del muro de Berlín en 1989 da lugar a un conjunto de certezas ilusorias sobre la estabilidad de un mundo postideológico, de democracia triunfante y antitotalitarismo, que, con la violenta represión policial del 20 y 21 de julio de 2001 en Génova, en una masiva protesta antiglobalización en el marco de una cumbre del G8, y con el ataque a las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001 y sus consecuencias globales, se derrumbaron fácilmente.

Para Bidussa, el resultado fue la construcción de nuevos muros, no solo materiales (como en Gaza o Cisjordania), sino sociales, étnicos y culturales, nuevas divisiones fundadas en la idea de autoprotección y exclusión, una clara retracción de la experiencia democrática, de desencanto respecto de la política y de peligro cesarista.

¿Cómo colocarse en tanto intelectual ante este estado de cosas? Su respuesta es altamente provocadora, si se piensa sobre todo en la comunidad interpretativa en la que el libro tiene su referencia inmediata, es decir, un campo cultural –el italiano– atravesado fuertemente por las tradiciones ideológicas de las izquierdas y las derechas. Lo es también en su dimensión generacional, pues no parece evidente que un libro que plantea las discusiones que propone *Pensare stanca* pudiera haber sido escrito por algún miembro de la generación posterior a la del autor, al menos en el modo vital y descarnado en que las reflexiones son presentadas, como si se tratara de un ajuste de cuentas con el propio sistema de creencias sin que ellas, por cierto, se expliciten en el texto.

Bidussa propone un posicionamiento intelectual, inspirado en algunas ideas de Amos Oz, que se manifieste en "*il tradimento*" (p. 187), la traición, pero a qué: la traición ante el narcisismo y la omnipotencia del intelectual; la traición a la idea de convertirse en servidores de la gran idea fundamentalista, la traición profunda que implica no hablar más a la cofradía de pertenencia, sino a un campo de referencia que es ahora la comunidad total, pues no se trata de un pasaje al bando otrora antagónico, sino de un esfuerzo deliberado de pensar en clave compleja un diseño de futuro inclusivo, menos multicultural y más intercultural. Es en este sentido que la tarea intelectual cansa, pues el trabajo de razonar con los otros fuera de las convenciones se vuelve el más difícil, pero también el más necesario, si se piensa–como lo sugiere Bidussa– que todavía hay un lugar para la función intelectual.

*Ricardo Pasolini*
Universidad Nacional
del Centro / CONICET

Michael Braddick,
*Christopher Hill. The Life of a Radical Historian*,
Londres, Verso, 2025, 320 páginas

Desde las *Brief Lives* de John Aubrey a fines del siglo XVII y, naturalmente, tras la magna obra de Samuel Johnson en el siguiente, la producción biográfica en Inglaterra siempre ha sido una especie de patrimonio nacional que no ha dejado de reinventarse de forma casi sistemática hasta nuestros días. A diferencia de lo que ocurre en otras áreas culturales como la francesa o la italiana, esta verdadera tradición no ha conocido grandes momentos de zozobra ni tampoco estruendosos renacimientos: siempre ha estado ahí. Por ello, en la cultura inglesa, resulta habitual que los historiadores dediquen extensas biografías no solo a figuras históricas emblemáticas, sino también a sus colegas de oficio. Entre aquellas publicadas en este siglo, la biografía consagrada a Edward H. Carr (2000), las dos que ya se han dedicado a A. J. P. Taylor en 2002 y 2006, la de Hugh Trevor-Roper (2010), pero también aquellas que indagaron en las vidas de Asa Briggs (2014), Lewis Namier (2019) o John H. Plumb (2020) dan solo una pequeña muestra de lo profuso que ha sido este rito intelectual. Lo mismo cabría decir de los historiadores que formaron parte del *Historians' Group of the Communist Party* británico (HGCP), que en su mayoría fueron reconocidos por el género. A este respecto, por fuera de los dos trabajos prosopográficos ya clásicos de Harvey J. Kaye de 1984 y 1992,[1] así como de los artículos y dossiers consagrados a las obras o, incluso, a los derroteros intelectuales de los historiadores que se asumieron como parte del Grupo, todos ellos han sido objeto de alguna obra estrictamente biográfica o bien de un clásico *Festschrift*. Por fuera del caso de E. P. Thompson,[2] quien recibió la mayor cantidad de investigaciones, solo Victor G. Kiernan, Maurice Dobb, Raphael Samuel, Eric Hobsbawm y Dona Torr fueron objeto de biografías propiamente dichas.[3] El resto de los historiadores solo cuenta con obras en homenaje.[4] En aquella primera línea, se integra la obra de Michael Braddick sobre la "vida intelectual" de Christopher Hill (1912-2003), uno de los miembros más

[1] Ambos traducidos al castellano. El primero, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, fue publicado en 1989 por las Prensas de la Universidad de Zaragoza con una presentación de Julián Casanova y, desde 2019, cuenta con una reedición en Waldhuter con una introducción de Eric Hobsbawm. El segundo, *La educación del deseo. Los marxistas y la escritura de la historia*, se tradujo en 2011 y fue publicado por Talasa Ediciones.

[2] No solo el historiador canadiense Bryan Palmer le dedicó dos trabajos en 1981 y en 1994 (*The Making of E. P. Thompson. Marxism, Humanism, and History* y *E. P. Thompson. Objeciones y oposiciones*), sino que también fue objeto de varias obras colectivas: el propio Harvey J. Kaye junto con Keith McClelland dirigió en 1990 *E.P. Thompson. Critical Perspectives* y, en 1993, John Rule y Robert Malcolmson, *Protest and Survive. The Historical Experience. Essays for E. P. Thompson*. En 1997, Gavin McCann abordó su biografía política con *The Political Thought of E. P. Thompson* y, en 2010, Scott Hamilton publicó *The Crisis of Theory. E. P. Thompson, the New Left and Postwar British Politics*.

[3] En 2003, el político comunista indio Prakash Karat presentó el único trabajo que indaga la vida y la obra de Victor G. Kiernan, *Across Time and Continents*. En 2013, Timothy Shenk dio a conocer su *Maurice Dobb. Political Economist*, en Palgrave. Cuatro años después, Sophie Scott-Brown publicó en la Australian National University Press *The Histories of Raphael Samuel. A Portrait of a People's Historian* y, en 2019, Richard Evans lanzó su *Eric Hobsbawm. Una vida en la historia*. Con todo, el trabajo biográfico más reciente es la biografía breve de la *alma mater* del Grupo, *Dona Torr. Historical Materialism & the Communist Historians*, publicada por Mary Davis en 2026.

[4] Uno de los primeros en ser objeto de un trabajo de este estilo (junto con Christopher Hill) fue el historiador Arthur Leslie Morton con la obra dirigida por Maurice Cornford, *Rebels and Their Causes* (1978). En 1985, el canadiense Krantz Frederick coordinó *History from Below. Studies in Popular Protest and Popular Ideology in Honour of George Rudé* y, en 2009, T. H. Aston, P. R. Coss, Christopher Dyer y Joan Thirsk hicieron lo propio con *Social Relations and Ideas. Essays in Honour of R. H. Hilton*. En 1995, aparece *The Duty of Discontent* en homenaje a Dorothy Thompson, editado por Owen Ashton y Stephen Roberts. Finalmente, en 2011, David Howell y Dianne Kirby coordinaron la obra *John Saville. Commitment and History. Themes from the Life and Work of a Socialist Historian.*

conspicuos de aquel Grupo.[5] Recordemos que Braddick, quien prefiere, casi por respeto a esta venerable tradición inglesa, no llamar "biografía" a este trabajo, es, al igual que lo fue Hill, especialista en el convulso siglo XVII inglés y un tanto renuente a los excesos de la hiperespecialización historiográfica. Por lo general, acude a una forma de hacer historia más anclada en la larga duración braudeliana que también evita las extensas descripciones fácticas, rasgo que se observa con claridad en una de sus últimas obras, *A Useful History of Britain. The Politics of Getting Things Done* (2021) donde analiza los usos colectivos del poder político en la historia británica, del Neolítico al Brexit. Si bien permanece atento a la secuencia narrativa de los hechos, rápidamente los sitúa en un contexto intelectual y político muy preciso para detenerse en un extenso análisis interpretativo, algo que rompe con el mecanicismo clásico de buena parte de la historiografía de habla inglesa, más proclive a multiplicar la facticidad y los casos empíricos y a demorarse menos en una prolongada instancia hermenéutica. Sus pinceladas presentistas también lo apartan del típico historicismo inglés. Así, pues, más allá del prefacio y del décimo capítulo que, en realidad, funciona como conclusión, en esta obra sobre Hill, Braddick también ha seguido un riguroso orden cronológico a lo largo de sus nueve capítulos, pero con dos objetivos centrales en el horizonte: recuperar al experto en la historia inglesa del siglo XVII y al historiador que practicaba su oficio como un modo de pronunciarse ante la política de su tiempo, sobre todo en cuanto a las versátiles relaciones que mantuvo la izquierda británica con el pasado histórico, dos variables que podríamos agrupar en cinco momentos bien diferenciados.

En los dos primeros capítulos, que comprenden un período que culmina en 1940, Braddick analiza la infancia de Hill en el seno de una acomodada familia metodista de York, y la influencia que la ética religiosa tuvo para él junto con una "profunda sensibilidad literaria" (sobre todo, por los poetas metafísicos del siglo XVII y la obra de T. S. Eliot). Tras ingresar a la Universidad de Oxford, tomó contacto no solo con los debates de aquel entonces sino que, en un marco de Gran Depresión y ascenso del fascismo, se arrojó a una crítica de la sociedad burguesa para la cual encontró en el marxismo una coherencia teórica que modeló sus convicciones políticas y su trabajo historiográfico. Lo que en esta etapa ofrece Braddick es, básicamente, un cambio de familia: tras aquel metodismo inicial, Hill se integra en los círculos comunistas donde el PC británico funcionó como una nueva comunidad espiritual cuya meta central no era otra que comprender y transformar la sociedad, una afiliación que le costó la vigilancia de la *Special Branch* de los servicios de inteligencia británicos desde 1935.

Los tres capítulos siguientes conforman un segundo momento, entre 1940 y 1957, que comienza con la participación de Hill en la Segunda Guerra Mundial y el asomo de las primeras contradicciones entre sus opiniones políticas y la posición del Estado británico, sobre todo frente a la Unión Soviética. Según Braddick, fue su experiencia bélica la que gestó su interés por las revoluciones, crucial para su interpretación del siglo XVII inglés. En ese contexto, una de las premisas más tempranas y centrales de Hill giró en torno de la revolución "burguesa" del siglo XVII. En un trabajo emblemático de 1940 (traducido por Anagrama al castellano en 1977 como *La Revolución inglesa, 1640*), sostuvo que la victoria del Parlamento había purgado el orden feudal de la monarquía de los Estuardo, asegurando de ese modo el triunfo del capitalismo. Con ella, enfrentó la tesis clásica de Samuel Rawson Gardiner (1863) según la cual la revolución habría sido "puritana", con efectos tan solo religiosos y constitucionales para el desarrollo histórico de Inglaterra. Ya durante la inmediata posguerra, Hill se irá perfilando como un prominente

[5] Hasta ahora, solo habían circulado dos contundentes trabajos colectivos editados en vida del autor, *Puritans and Revolutionaries. Essays in Seventeenth-Century History presented to Christopher Hill* (1978), dirigido por sus discípulos Keith Thomas y Donald Pennington, y otro de corte más historiográfico editado por Geoff Eley y William Hunt, *Reviving the English Revolution. Reflections and Elaborations on the Work of Christopher Hill* (1988). A estas obras habría que agregar una serie de ensayos biográficos dispersos, escritos por la sobrina de Hill, la historiadora Penelope J. Corfield, y un obituario relativamente extenso de Pennington, publicado en los *Proceedings of the British Academy* en 2005.

historiador marxista y una de las principales voces del HGCP. Con todo, tras la invasión soviética de Hungría en 1956, abandonará el PC como tantos otros y desarrollará un marxismo "humanista" de corte gramsciano que, según Braddick, estuvo presente desde sus primeras lecturas. De esta época también data su investigación sobre los orígenes económicos de la Iglesia anglicana en *Economic Problems of the Church* (1956), un trabajo fundamental en su historiografía, donde demostró que, al no lograr compensar las peticiones de los protestantes isabelinos, la dependencia eclesiástica de la corona no hizo sino contribuir a la guerra civil.

Pero la trayectoria de Hill, lejos de ser lineal, sufrirá momentos de fuerte reconocimiento así como inflamadas sospechas políticas que afectarán por igual la legibilidad y la legitimidad de su obra. En esta segunda etapa, la obra de Braddick proporciona una clave de interpretación muy valiosa respecto del clima de polarización ideológica bajo la Guerra Fría, un contexto de indudable omnipresencia durante la segunda mitad del siglo XX que las historias de la historiografía suelen atender de manera oblicua. De particular interés son sus esfuerzos analíticos por sustraer a Hill de un marxismo determinista, atendiendo, sobre todo, a sus obras y declaraciones posteriores a la guerra. Con todo, ese empeño de Braddick (que no cesa a lo largo de toda la obra) no termina de adecuarse a la lógica de permisiones que habilitaba esa pugna bipolar, puesto que elabora su argumento como si aquel primer Hill (cuyo determinismo era, en realidad, harto elocuente) hubiera sobreactuado la ortodoxia para, luego, tras el éxodo del partido en 1956, hubiera salido en busca de las raíces de su error. En este sentido, el subtítulo de la obra, *The Life of a Radical Historian*, se vuelve poco consecuente con su interpretación. Tal vez hubiera sido lícito preguntarse cómo se construye una vida intelectual en el ámbito de los discursos públicos durante la Guerra Fría bajo otros subtextos: cuánto de lo dicho públicamente por Hill, antes y después de 1956, lo dijo por compromiso, cuánto por convicción, cuánto de riesgo entrañó cada pronunciamiento y para quiénes habló y escribió bajo cada registro ideológico. Para Braddick, el fervor del Hill militante nunca se tradujo en un entusiasmo por los reduccionismos estructurales, pese a que el primer tramo de su derrotero diga lo contrario.

El tercer momento del derrotero de Hill está conformado, en la obra, por un único capítulo que se extiende entre 1957 y 1965. Aquí nos encontramos con su segunda gran zona de exploración, una historia de las ideas anclada en un marco social, económico y político, construido a partir de un marxismo que, en esta etapa, sí fue sustraído del mero determinismo económico. En *Los orígenes intelectuales de la Revolución inglesa* (publicada en 1965, pero a partir de las Conferencias Ford dictadas en 1962) demuestra ampliamente que la confluencia del calvinismo puritano, la tradición legal en la línea de Edward Coke y el pensamiento científico crearon las bases de la Revolución del siglo XVII. Con todo, según señalaba, "las revoluciones no se hacen sin ideas, pero no son obras de intelectuales. El vapor es esencial para poner en movimiento una locomotora, pero ni la locomotora ni los raíles se pueden construir con vapor. En este libro trataré precisamente del vapor". De tal modo, este capítulo de Braddick funciona como una nueva transición cuyo marco le permitirá a Hill leer con un nuevo prisma el radicalismo religioso y político de los movimientos sociales y políticos del siglo XVII. Los dos capítulos siguientes de la biografía recuperan el período 1965-1978, época en que Hill fue nombrado director de Balliol College, uno de los cargos más prestigiosos de Oxford y donde debió conciliar sus convicciones de izquierda con las responsabilidades institucionales que le imponía semejante dirección. En ese contexto, impulsó diferentes reformas y promovió una mayor apertura académica, que Braddick describe con gran maestría. Para Hill, fue toda una epopeya conseguir un equilibrio razonable entre la tradición y la modernización mientras se esforzaba por conservar su autoridad en el *establishment* universitario sin comprometer los matices públicos del historiador "radical". Pero las protestas estudiantiles y la nueva izquierda pusieron a prueba ese radicalismo: su adhesión a estas causas no evitó que las observase con mirada crítica. Es en esta etapa cuando surge la tercera gran zona de su

investigación, basada en la célebre "historia desde abajo" y siempre anclada en el siglo XVII, aquella que lo convirtió en uno de los historiadores más populares de su generación: la historia de las corrientes radicales y democráticas que surgieron en el pueblo llano durante la Revolución. Su obra de 1972, *The World Turned Upside Down. Radical Ideas During the English Revolution*, traducida al castellano once años después con un acento ideológico que el original no tenía como *El mundo trastornado. El ideario popular extremista de la Revolución inglesa del siglo XVII*, se convirtió en otro modelo para este género de historiografía.[6] Aquí, la perspicacia interpretativa de Braddick vuelve a la carga: ¿proyectó Hill los conflictos políticos de los años 1960 en la acción revolucionaria de los *levellers*, los *diggers*, los cuáqueros radicales y demás predicadores populares? Si bien nunca se puso en duda la honestidad intelectual de la propia pesquisa documental de Hill, lo que sí se ha cuestionado es la trascendencia de tales movimientos en términos de coherencia ideológica, de alcance real de sus propuestas y de continuidad revolucionaria.

[6] En castellano, la obra fue publicada en 1983 por Siglo XXI en la colección Historia de los Movimientos Sociales. Pese a este título final, en algunos anuncios publicitarios de la colección donde se listan los volúmenes ya publicados y en preparación (situados, por lo general, en la última página de las obras), se presenta la obra bajo otro título: *El mundo subvertido*, mucho más fiel al original.

La cuestión es que estas críticas han procedido, sobre todo, de un revisionismo conservador muy estridente bajo el thatcherismo, que solo atendía a una lectura ideológicamente sesgada de la obra, y tal es uno los hechos que marca esta última etapa de la vida intelectual de Hill (1978-2003). Aquí, Braddick activa su mayor arsenal retórico contra este tipo de juicio y, si bien reconoce alguna que otra fisura hermenéutica en la obra (en esta y en otras), todo se dirige a rescatar la figura de Hill de aquellas embestidas tan encarnizadas. Es más, diríamos que toda la obra está regida y concebida con ese propósito.

Finalmente, permítasenos hacer una observación sobre esta edición de Verso. Puesto que se trata de la primera biografía integral de Christopher Hill, uno de los historiadores más importantes del siglo XX, es un gesto de ingratitud que la obra no cuente con bibliografía, gesto cada vez más habitual en las publicaciones académicas. Tan solo disponemos de una lista de abreviaturas donde podríamos detectar algunos trabajos consultados. También es posible encontrarlos sumergidos en las notas, situadas, como infelizmente ya es costumbre, al final de la obra, de tal modo que su consulta sea un fastidio o, directamente, no se realice en nombre de esa torpe coartada según la cual colocarlas a pie de página "interrumpe" la lectura. Es inútil aclarar lo primordial de un apartado bibliográfico para un trabajo de esta naturaleza por cuya ausencia, muy posiblemente, no cabe aquí responsabilizar al autor, sino a las fantasías editoriales que el mundo académico viene aceptando sin mayor resistencia. En algún momento deberíamos replantearnos cuál es la verdadera utilidad de estas decisiones mercantiles que, con el falso propósito de llegar a un público más amplio, aligeran los costos que insume una paginación mayor, eliminan una parte sustancial de cualquier tarea científica y arrojan el aparato crítico al trastero de la obra con una tipografía cuyo tamaño, además, desafía cualquier agudeza visual. Más allá de lo difícil que resulta imaginar una desenfrenada voracidad lectora por parte de una audiencia no especializada hacia la vida de Christopher Hill, si el objetivo fuera realmente este, desterrar la información bibliográfica que sustenta la investigación no es más que un acto de exclusivismo aristocratizante que solo atenta contra esas mismas mayorías que, supuestamente, se intenta ganar. En suma, erradicar la bibliografía y acorralar las notas no convierte una obra en un libro más popular. Así que, por lo pronto, tan solo cabe confiar en el sentido común de los lectores para que transiten esta "vida intelectual" como lo que realmente es: un magnífico estudio académico, científico e historiográfico alejado de cualquier simplificación onerosa.

*Andrés G. Freijomil*
Universidad Nacional de General Sarmiento / CONICET

Antoine Compagnon,
*1966, année mirifique*,
París, Gallimard, 2026, 544 páginas

Lejos han quedado aquellos tiempos en que Fernand Braudel prevenía a los historiadores contra el "fetichismo de las fechas", práctica que consideraba más propia de la crónica periodística que de la investigación histórica. Tal fue, de hecho, la propuesta de aquel manual que publicó en 1963, conocido en castellano como *Las civilizaciones actuales*, un título menos comprometido que el original, *Grammaire des civilisations*, destinado a los estudiantes franceses del último curso del nivel secundario. No obstante, ante semejante rechazo por las cronologías y el "acontecimiento", la obra fue muy pronto retirada de la venta. Pese al apogeo que por entonces mantenía la historia "estructural" en el campo científico, se diría que había perdido su batalla contra esa historia tradicional que aún defendía el conservadurismo de las políticas educativas, batalla que tampoco tardaría en perder en el mundo académico, pero a manos de una vanguardia historiográfica. De hecho, los profundos cambios que se operaron en la disciplina a partir de los años 1970 zanjaron la hegemonía braudeliana y dieron lugar a un progresivo regreso a lo singular, lo individual y lo contingente, un mundo histórico menos "inmóvil" y determinista, pero más incierto, reconquistado por los análisis a escala variable, los actores sociales, las representaciones imaginadas, los acontecimientos, la historia política, la biografía y todos los suministros actuales de nuestro oficio.

En este marco de nuevas coordenadas metodológicas era solo cuestión de tiempo que la cronología reapareciera en el escenario bajo nuevas fórmulas, un retorno que, no obstante, es un tanto paradojal. Mientras la historia global clama desde hace dos décadas por un regreso a la "larga duración" braudeliana, varias obras vuelven a invocar el fetichismo, ya no de las fechas, sino de los años y, sobre todo, de un solo año para repensar un momento histórico y convertirlo en el epicentro de un estudio contextual expandido hacia lo precedente y lo subsecuente. Sin embargo, como novedad es parcialmente relativa.

Hacer historia a partir de lo ocurrido durante un solo año sin que por ello la investigación se resienta como mera crónica es una práctica que cuenta con un noble linaje. Moses Finley ya lo advertía para el año 1 d. C., "los años decisivos, como las batallas decisivas, constituyen entre los historiadores un vetusto y favorito tema. Algunos de ellos –1492, 1789, 1914– son harto obvios: los contemporáneos cultos no podían escapar al sentimiento de que estaba pasando algo grande, aunque no les fuese dado predecir todas las consecuencias. Es más frecuente, empero, que los grandes procesos históricos comiencen de manera invisible y que sea solo mucho después, al considerar lo pretérito, cuando se consiga encontrar la fecha clave".[1] Por cierto, obras tan disímiles como *L'An I de la liberté* de Albert Soboul (1939), *El telegrama Zimmermann* de Barbara Tuchman (1958) o *El 45* de Félix Luna (1968) habían reconstruido lo sucedido a lo largo de un año, pero con una idea de crónica aún dominada por agudas explicaciones fácticas y causales. En suma, si bien la objetivación de los años siempre contó con una presencia intermitente en la historiografía, el ingreso al siglo XXI despertó nuevas pasiones hacia los distritos de doce meses, en parte, como derivación de los "lugares de la memoria" y del nuevo culto por las conmemoraciones. De allí, en fin, lo extraño de este regreso para una disciplina que, tras la segunda posguerra, intentó desprenderse como pudo de las cronologías encorsetadas. Hoy, en cambio, ya no manifiesta ninguna aversión por esa práctica,

[1] Moses I. Finley, "El Año Uno", en M. I. Finley, *Aspectos de la Antigüedad. Descubrimientos y disputas*, traducción del inglés por Antonio Pérez-Ramos, Barcelona, Ariel, 1975, p. 255.

habida cuenta de cómo la ha reinventado. Si bien aún conserva mucho de divulgación histórica y de cansina recolección de efemérides, la exploración de un "año" tiene poco ya, por así decirlo, de "cronológico" y mucho más de "topográfico", puesto que es objetivado como si de un territorio se tratase. En este sentido, recibe el mismo tratamiento que cualquier otro hecho, período o fenómeno histórico. Lo que cabría preguntarse es cuánto contribuye al conocimiento del pasado tal conjuro y a qué tipo de lectores se dirige, o sea, si efectivamente incorpora variables epistemológicas innovadoras y abre nuevas perspectivas para los historiadores y el devenir de la disciplina, o bien se limita a reordenar lo mismo de siempre de otro modo para un horizonte de recepción pretendidamente masivo y no menos servicial con las modas historiográficas.

Durante las últimas dos décadas, varias obras abordaron un año determinado, sea canónico o periférico. De aquellas que cuentan con versión castellana, en 2001, dos historias acudieron al primer modelo: John E. Wills Jr. con *1688. Una historia global*, y Margaret MacMillan con *París, 1919. Seis meses que cambiaron el mundo.* El segundo modelo tuvo en *1177 a. C. El año en que la civilización se derrumbó* (2014) de Eric H. Cline, y en *1913. Un año hace cien años* (2018) del alemán Florian Illies sus principales expresiones. En todos los casos, estas investigaciones intentaron armonizar la escala global en boga con la identificación simbólica de un año que sirve como núcleo individual centrípeto, modelo que también se encuentra en *El año 1000. Cómo los primeros exploradores iniciaron la globalización* (2020) de Valerie Hansen. En el ámbito local, Ernesto Bohoslavsky lanzó en 2023 la serie Años Cruciales con un espíritu menos complaciente hacia los estudios globales y más sensible a la iconicidad que cada año representa para la memoria colectiva. Allí, los historiadores convocados suelen tomar un año ya consagrado por la historia argentina, como 1810 o 1983, lo interrogan como punto de referencia y, a partir de allí, abren diferentes círculos concéntricos y escalas de análisis sobre múltiples aspectos. En Francia, Patrick Boucheron lanzó un modelo más cronológico y global en *Histoire mondiale de la France* (2017), una obra de divulgación publicada bajo su dirección y con gran éxito de ventas, donde cada uno de los capítulos giraba en torno de un año no necesariamente canónico de la historia francesa, en conexión con otras áreas culturales. En 2022, Boucheron volvió a probar el mismo experimento, pero a escala universal (y sumaria) en *Fechas que hicieron historia. Diez formas de crear un acontecimiento*. En el marco de tal concierto, aparece *1966, année mirifique* de Antoine Compagnon, que se ha dispuesto a convertir este año aparentemente sin mérito ni gracia memorables en un momento intelectual de envergadura para el mundo francés. Y para ello, toma como principal modelo uno de los capítulos de *Los miserables* de Victor Hugo, titulado "El año 1817", con el fin de recuperar "la fisonomía de un año" a través de "los rincones ignorados por la historia".

Conviene precisar, ante todo, que Compagnon no es un historiador *tout court* sino un teórico de la literatura que, no obstante, siempre ha pensado las letras y la cultura en un marco histórico concreto al modo, por ejemplo, de Paul Bénichou o de Marc Fumaroli. De hecho, salvo su tesis doctoral, dirigida por Julia Kristeva y base de su primera obra de 1979, *La segunda mano o el trabajo de la cita*, buena parte de las subsiguientes, *La Troisième République des Lettres* (1983), *Connaissez-vous Brunetière?* (1997) o *Los antimodernos* (2005), entre varias otras, van incorporando un historicismo cada vez más ostensible que parece inscribirse en la línea del mejor Gustave Lanson (1857-1934), el célebre crítico e historiador francés de la literatura. Con todo, desde la publicación en 2009 de *Le cas Bernard Faÿ. Du Collège de France à l'indignité nationale*, pero, sobre todo, desde 2017 con *Les Chiffonniers de Paris*, se percibe un cambio de rumbo en sus intereses de investigación. Mientras en la primera obra examinó la figura individual de Bernard Faÿ (1893-1978), profesor del Collège de France, director de la Biblioteca Nacional y artífice de la represión antimasónica durante el régimen de Vichy, en la segunda reconstruyó un grupo social, los "traperos" del siglo XIX, quienes, durante las madrugadas, con pesas y farola en mano junto a una cesta de mimbre a sus espaldas, eran los

encargados de recolectar todo tipo de desechos como trapos, huesos, pedazos de madera o cartones que, luego, la industria reutilizaba para diversos propósitos. Estas obras, publicadas, respectivamente, por las colecciones La Suite des Temps y Bibliothèque illustrée des Histoires, de Gallimard, permitían ya barruntar dónde Compagnon quería situar esta nueva vía de trabajo, algo que con *1966, année mirifique* (cómodamente inserta en la señera Bibliothèque des Histoires, dirigida por Pierre Nora en la misma editorial) ya no ofrece ninguna duda: como Tzvetan Todorov en su momento, Compagnon ha devenido historiador de la cultura y las ideas o, al menos, eso es lo que sugiere el ecosistema editorial de su última producción. De hecho, en 2020, había inspirado y participado en la obra *Histoire et historiens des idées*, dirigida por Alexandre de Vitry y David Simonetta, con un ensayo sobre Paul Hazard,[2] figura que, de algún modo, funcionó como el vaso comunicante hacia el tipo de historia que actualmente practica: intelectual e historicista, pero claramente derivada de la historia de la literatura. Asimismo, cabe advertir que esta obra es, en realidad, el producto de un seminario que Compagnon dictó en el Collège de France en 2011 titulado *1966: Annus mirabilis*, junto a un elenco de intelectuales, algunos de ellos implicados en el relato de *1966, année mirifique*, como Pierre Nora o Gérard Genette.

Así pues, la obra se presenta como un explícito exponente de tal híbrida deriva: organizada en trece capítulos, solo la mitad de ella escapa a las intrigas literarias de aquel año, sin que la otra mitad se vea por completo excluida de cuestiones directa o indirectamente asociadas con el mundillo de las letras: los nuevos intelectuales; la cultura joven; la cinematografía de un Robert Bresson o de un Jean-Luc Goddard; la disputa entre Michel Foucault y Jean-Paul Sartre; el estructuralismo althusseriano y lacaniano; el *affaire* que desató la obra de Jean-François Steiner, *Treblinka. La sublevación de un campo de exterminio*, y un último capítulo que oficia como conclusión y preámbulo del emblemático 1968. Los restantes están dedicados a las "vacas sagradas" de la vieja literatura aún en activo en aquel año, como François Mauriac y Louis Aragon; la inesperada pasión lectora que desata la obra de Marcel Proust secundada por la traducción francesa de su biografía, una obra tan admirable como resistida, escrita nada menos que por un inglés, George Painter; la célebre disputa entre Raymond Picard y Roland Barthes que anuncia el fin de la vieja crítica literaria; el movimiento estructuralista en literatura y la nueva lectura de la lingüística saussureana; la eclosión de la *nouveau roman* y los diversos escándalos culturales que debió afrontar el escritor André Malraux mientras oficiaba como ministro del gobierno gaullista. Se diría que Compagnon recorre la cultura pública y literaria de 1966 como un *flâneur* y solo se detiene cuando huele a tumulto y altercado, tal como fueron informados, provocados o conducidos por los periódicos y las revistas culturales, algunas de las cuales aparecieron por primera vez en ese momento como *La Quinzaine littéraire* (marzo) o *Le Magazine littéraire* (noviembre). Pero que la obra no llame a engaños: el autor no la convierte en un ejercicio teórico, sino en objeto de una crónica endiabladamente fáctica siguiendo paso a paso cada una de esas trifulcas a las que incorpora datos preciosistas, pequeñas digresiones de color o resonancias contextuales que permiten revivir ese momento como si fuésemos contemporáneos de todas ellas. Es por este motivo que *1966, année mirifique* resultará fascinante solo si nos dejamos llevar por el asombro que genera esa diferencia histórica y por el impresionismo que Compagnon utiliza para guiarnos por las asperezas de aquellos episodios. En cambio, si lo que buscamos es una historia intelectual que deje alguna huella en la reconstrucción de las ideas del pasado, que profundice en el valor agregado de los contextos o que represente alguna escalada metodológica, la obra deparará más de una frustración. En el ambicioso prólogo, titulado "Pourquoi 1966?", Compagnon promete un robusto fresco histórico que, las más de las veces, luego reduce a un plano anecdotario, parisino y literario. En este

[2] Antoine Compagnon, "Paul Hazard transatlantique", en A. de Vitry y D. Simonetta (dirs.), *Histoire et historiens des idées. Figures, méthodes, problèmes*, París, Collège de France, Conférences, 2020.

sentido, su contribución a la nueva historiografía del "año" como eje explicativo agrega otro tanteo interesante, pero, como experimento anclado en esa línea, continúa dando vueltas en círculos mientras dibuja una trayectoria que no permite ver, al menos aún, dónde reside el avance. Más sugestivo, por cierto, es el modo en que Compagnon prescribe la conversión de este año particular en sujeto histórico *mirifique*.

La elección de 1966 como momento intelectual mayor responde, según el autor, a una convergencia "mágica, prodigiosa y deslumbrante" de obras, discusiones y figuras. Sin embargo, más allá de estas entusiastas adjetivaciones, el término *mirifique* comprende, desde el siglo XVIII, un sentido que Compagnon no retiene: es profundamente irónico y, por ende, cabría imaginar su connotación como lo opuesto de lo que literalmente insinúa. Si 1966 insiste con ser un año "estupendo", también es un año de transición donde la realidad social y cultural que los franceses vivencian ya se siente como algo caduco, molesto y a punto de desaparecer. Todo el episodio donde el autor recrea la censura de la película dirigida por Jacques Rivette, *Suzanne Simonin, la religieuse de Denis Diderot*, es un magnífico cuadro de tal malestar así como de lo irónico que fue aquel año *mirifique*. Pero tampoco es casual que Henri Mendras, a quien Compagnon toma como marco social para pensar este año, haya advertido que 1966 marca el comienzo del fin de los *Trente Glorieuses* frente a la emergencia de una "segunda revolución francesa" que precipitó el fin de campesinado, la irrupción de la masificada generación del *baby-boom* en el espacio público o el arribo definitivo a la sociedad de consumo, entre muchas otras variables. Sin embargo y más allá de estos planos, la auténtica ironía de la obra no es sino la confesión final de Compagnon: "En realidad, les he contado mi historia, 1966 fue solo un pretexto. Todo el mundo tiene la ilusión de que, al cabo de un año, nada ha cambiado y que sigue siendo el mismo o la misma. Pero, por supuesto, eso es falso". Una frase simple, pero que, tal vez, encierre más de un nuevo camino para una historiografía que necesita regresar a la seducción de la diferencia y lo irrepetible para hacer de un año común y corriente algo más que un mero indicio.

*Andrés G. Freijomil*
Universidad Nacional
de General Sarmiento /
CONICET

Jorge Cañizares-Esguerra y Adrian Masters,
*The Radical Spanish Empire. How Paperwork Politics Remade the New World*,
Cambridge y Londres, Harvard University Press, 2026, 456 páginas

Los debates sobre los imperios modernos en los últimos lustros se han movido de manera rápida desde una visión exclusivamente vertical y absolutista hacia una mucho más matizada. No obstante, incluso los más adeptos practicantes de una suerte de narrativa de los "imperios negociados" se enfrentan irremediablemente a una justa cuestión: hasta qué punto se puede defender la existencia de una negociación si los marcos teóricos, el idioma, la burocracia y el acceso a las instituciones están definidos y marcados por el dominador.

En su muy esperado nuevo libro, Jorge Cañizares-Esguerra y Adrián Masters rompen el marco para buscar la raíz –de ahí lo "radical" del título– de la construcción del Imperio español, quebrando cronologías y replanteando dilemas sobre el centro y la periferia, sobre la construcción de las instituciones desde abajo o sobre la linealidad del movimiento histórico. La idea que atraviesa todo el argumento del libro se basa en la absoluta novedad de la experiencia política del Nuevo Mundo y, más allá de la reflexión filosófica sobre esta,[1] los autores relacionan esa novedad con la creación de nuevas fórmulas y estrategias de gobernabilidad. El argumento se apoya en el proceso de surgimiento de unas nuevas legislación y cultura política desde abajo, con la aportación capital de grupos indígenas y afrodescendientes, lo que habría generado una nueva realidad social a lo largo del siglo XVI.

La línea metodológica de *The Radical Spanish Empire* analiza el papeleo asociado a los procesos judiciales, productor del *lawfare*. Así, incluso asumiendo que las instituciones mantendrían "epistemologías europeas" (p. 164) con la formalidad del papeleo, convenciones occidentales y la imposición de la lengua, redefinen el contexto social en el que ese papeleo se producía y que también incorporaría epistemologías indígenas como códices, mapas, quipus o lienzos (p. 165). Basándose en miles de documentos manuscritos de diversos archivos, los autores plantean desentrañar la lógica interna del funcionamiento de la monarquía. Lejos de lugares comunes sobre la ocultación que el archivo colonial ejerce sobre determinados individuos y colectivos, los autores proponen una lectura profunda "a favor de la corriente" (en la expresión inglesa al uso, sería no leer los documentos *"against the grain"),* que precisamente permite que afloren muchos procesos en los que indígenas o afrodescendientes ya estarían incorporados (p. 287). Con este fin, los autores buscan desenmarañar una serie de verdades historiográficas asentadas a través de una lectura de las crónicas de Indias no problematizada y que se ha basado en una serie de tópicos historiográficos.

Por todo lo anterior, *The Radical Spanish Empire* es un libro que no va a dejar indiferente a nadie, porque plantea la creación de un nuevo modelo de análisis del Imperio y de un marco de debate basado en la crítica –explícita en la introducción– a cuatro metanarrativas que los autores colocan "contra el *radical spanish empire*". La primera de ellas es la narrativa liberal, que situaría al Imperio español como atrasado, autoritario y dogmático frente a un Imperio británico tolerante y *moderno*; la segunda es la lectura decolonial que, según los autores, mantendría la lógica liberal a la inversa, para colocar a las sociedades prehispánicas como pasivas, ahistóricas y apolíticas, dominadas en todo caso por Occidente. La tercera metanarrativa se define como "culturalista-civilizacionista", y Cañizares-Esguerra y Masters consideran que, en su afán por explicar el nacimiento de una civilización "híbrida o mestiza" en América, arrumba a los individuos y su capacidad de

[1] Anthony Pagden, "The Challenge of the New", en N. Canny y P. Morgan (eds), *The Oxford Handbook of the Atlantic World (1450-1850)*, Nueva York, Oxford University Press, 2011

maniobra política o *agency*. Por último, los autores reaccionan frente a la narrativa hispanista, que celebraría la participación europea –singularmente castellana– en el Nuevo Mundo como una empresa noble, civilizatoria e inclusiva, en oposición a un modelo británico rapaz y discriminatorio.

A lo largo de los cinco capítulos de *The Radical Spanish Empire* se irán desgranando críticas entrelazadas a cada una de estas narrativas, apoyadas en algunas de las novedades historiográficas recientes –la nueva historia de la conquista, la nueva historia de la conversión, la nueva historia administrativa y la nueva historia jurisdiccional– y, con ello, construyendo una alternativa en la cual se rescata la política con una perspectiva amplia, que engloba las luchas legales tanto como las revueltas o la labor cotidiana de las instituciones de gobierno.

El libro, por encima de todo, trata de explicar las diferentes fórmulas con las que se construyó el poder de la monarquía hispánica en las Indias, y que definen la propia idea de monarquía hispánica. Con ello, los autores buscan crear una nueva narrativa sobre el Imperio español en América, apartándose del modelo que John Elliott estableció hace ya veinte años con su *Empires of the Atlantic World*. Cañizares-Esguerra y Masters sostienen que la síntesis de Elliott reforzaba una visión centralizadora y que explicaba la toma de decisiones y la acción política con una perspectiva "desde arriba". Frente a esa imagen, ellos plantean una "narrativa radical" para volver a situar la política como elemento esencial con el que comprender la conquista y colonización de la llamada América española. En esta misma línea, los autores no niegan una paulatina homogeneización de las fórmulas de gobierno en el conjunto de la América española durante la segunda mitad del siglo XVI, pero replantean su origen y la complejidad de su aplicación. Por ello, trazan algunas ideas que estaban en la génesis de la historia del derecho indiano tradicional, pero proponiendo un nuevo punto de vista.

Alfonso García-Gallo, en un muy influyente manual de historia del derecho indiano, proponía que las Leyes Nuevas de 1542 actuaban como "la constitución política del Nuevo Mundo";[2] Masters y Cañizares-Esguerra proponen la misma analogía, si bien retrasando su culminación hasta el inicio de los años setenta del siglo XVI y, especialmente, alterando de forma radical su origen. Si en la perspectiva de García-Gallo esa constitución surgiría desde arriba con la implantación de las leyes desde Castilla, para los autores de *The Radical Spanish Empire*, *"the shape of New World Politics"*, que equiparan a la Carta Magna inglesa o la Constitución estadounidense, se habría construido desde abajo a través de la acumulación de documentación de gracia.

Uno de los argumentos más fuertes y potencialmente controvertidos del libro es el que propone que la consolidación del orden social del Imperio español en América se basó en la participación paulatina de diversos actores. No vendría exclusivamente impuesta desde el centro, pero sí que desembocaría en un fuerte poder para los Consejos y la Corona a partir de 1573, aproximadamente. Como se argumenta en el primer capítulo, la estrategia original dotaba de mucho más poder a los conquistadores y a las órdenes religiosas, pero la propia lógica política y económica sobre el terreno corrigió de manera casi orgánica ese planteamiento. De esa forma, a través de una serie de revueltas y rebeliones "antitiránicas", el poder recaería en una multiplicidad de grupos diversos, incluyendo indígenas y afrodescendientes, que aprovecharon la cultura política existente para reconducir un modelo social. Para ese proceso fue esencial el concepto de "ladinización", presentado en el segundo capítulo, que plantea una tercera vía entre la extinción de las culturas indígenas y una hibridación o mestizaje; lo que hubo fue un proceso de comprensión y adaptación de la lógica administrativa del Imperio para –significativamente los grupos indígenas– lograr una mayor participación en el sistema y una más amplia cuota de poder. Siguiendo esa misma lógica, espacios que originalmente podrían ser considerados periféricos o que la historiografía ha reconstruido como tales, eran verdaderamente lugares de refugio de grupos oprimidos

[2] Alfonso García-Gallo, *Estudios de historia del Derecho Indiano*, Madrid, Instituto Nacional de Estudios Jurídicos, 1972, p. 136

que se convirtieron en *"new multiethnic Christian republics"* (p. 156), para ser más adelante incorporados como actores clave. Este proceso se conseguiría políticamente a través de la gestión de la gracia, estudiada en el tercer capítulo, y que no sería solo un canal burocrático más para la consecución de privilegios individuales y colectivos, sino una verdadera fórmula transversal de gobierno de un imperio, que desbordaría las esferas de la justicia y la gobernación.

La gracia, y el sistema de peticiones asociado a esta, son el eje sobre el que pivota el argumento central del libro, porque recoge los procedimientos institucionalizados de los capítulos uno y dos y abre la puerta al análisis en el cuarto capítulo de algunos aspectos filosóficos sobre los que se sostenía la realidad social del Nuevo Mundo. En concreto, las ideas sobre la duda y la verdad que subyacían en el tipo de documentación asociada con la gracia y el *lawfare*. Los autores argumentan que la litigiosidad inherente al sistema de peticiones generó una forma de escepticismo construida desde abajo, con la duda y la reconstrucción de la realidad social y las identidades individuales y colectivas en el centro. El tipo de procedimientos legales con los que se alimentaba el sistema permitía la introducción, a través de testimonios o de apelaciones, de nuevos actores dentro del sistema, con lo que se alteraban y adaptaban los principios doctrinales sobre los que aquel se asentaba. La duda –sobre el origen, sobre la nobleza, sobre la identidad– era, para los autores, "una fuerza fundamental para forjar el Imperio" (p. 278). La "naturaleza participatoria" del sistema de gracia, justicia y gobierno hacía, por tanto, imposible un monopolio sobre la verdad y, por ende, reflejaría una imagen mucho menos estática de la realidad social del Nuevo Mundo de lo que la historiografía tradicional ha recogido.

El quinto capítulo abre el debate sobre las consecuencias a largo plazo de la fase radical de la presencia castellana en Indias. La acumulación de documentos generaría un archivo –abriendo un *"pragmatic regime of truth"* (p. 350)– sobre el que los súbditos volverían una y otra vez a lo largo del período colonial y que, una vez establecida la "sociedad de órdenes" desde alrededor de 1573, actuaría como la hoja de ruta esencial para el gobierno de los territorios durante el período colonial.

*The Radical Spanish Empire* supone un ejercicio notable y audaz de construcción de un paradigma de análisis de la monarquía hispánica en el Nuevo Mundo. Se trata de repensar de forma global las diferentes características que hicieron posible la novedad política e institucional del Imperio español. La cultura política sobre la que se asentó el Imperio tenía unas raíces europeas, pero nada que se pudiera asimilar a una estrategia teledirigida desde Castilla se produjo en América. Lo que se produjo, en cambio, fue una serie de adaptaciones, renovaciones y, en cierto modo, soluciones prácticas inspiradas con las que configurar el sistema a partir de unos principios. En el centro de todo estaría la adaptación de fórmulas anteriores, pero que generarían algo nuevo y que nos permiten repensar de forma novedosa el fenómeno de la conquista, la colonización y, como se deja claro en las conclusiones, también la desconolonización del Nuevo Mundo. *The Radical Spanish Empire* es un libro concebido para generar debate y destinado a abrir nuevas avenidas de investigación sobre el fenómeno del imperialismo en el mundo moderno y sus huellas en el presente.

*Jorge Díaz Ceballos*
Instituto de Historia /
Consejo Superior de
Investigaciones Científicas

Clément Thibaud,
*La fundación de las primeras repúblicas hispánicas (Colombia y Venezuela, 1780-1820)*,
Rosario, Prohistoria, 2024, 480 páginas

Con la conmemoración de los bicentenarios de las revoluciones en Hispanoamérica se multiplicaron en los últimos veinte años las publicaciones sobre la temática, reactualizando así la renovación historiográfica impulsada a fines del siglo XX por François-Xavier Guerra, Antonio Annino y José Carlos Chiaramonte, entre otros, quienes conectaron la dimensión local con la imperial de la monarquía hispánica al mostrar las relaciones entre crisis monárquica y revolución. Desde entonces, esta nueva historia política se ha convertido en un paradigma en la historiografía de las revoluciones hispánicas. Sus virtudes fueron varias: la crítica a la nación y a las historiografías nacionalistas como causa explicativa de la revolución, el análisis de ideas y lenguajes políticos en un campo que había sido acaparado por la historia económica y social, la crítica a los teleologismos historiográficos. Sin embargo, esta renovación historiográfica también representó un límite para pensar las revoluciones: con foco en la crisis de la monarquía hispánica por las abdicaciones reales forzadas por Napoleón, la cronología del bienio crucial (1808-1809) se impuso, eclipsando el análisis de las décadas anteriores atravesadas por intensas reformas, rebeliones y revoluciones –norteamericana, francesa, haitiana– que transformaron ciudades, sociedades e individuos en Hispanoamérica; la retroversión de la soberanía se convirtió en una "teoría" explicativa de la revolución, obturando la posibilidad de su problematización; la Modernidad política y el Antiguo Régimen se instalaron como dicotomía evidente que permitía caracterizar de "híbridas" a las revoluciones hispánicas; la monarquía lusitana y Brasil permanecieron en general al margen del paradigma o se integraron en comparaciones con casos específicos; el foco en las élites significó el relegamiento de otros grupos sociales y de problemas constitutivos del republicanismo, el liberalismo y la democracia en el siglo XIX: esclavitud, colonialismo, raza, autoritarismo, religión, desigualdad. Si bien durante la última década varios de estos problemas fueron abordados por latinoamericanistas de forma esclarecedora, hasta el momento no estaban integrados en una única obra.

En *La fundación de las primeras repúblicas hispánicas (Colombia y Venezuela, 1780-1820)* –publicado originalmente en francés en 2017–, Clément Thibaud analiza el caso de Tierra Firme –las actuales Colombia y Venezuela– para ofrecer desde una perspectiva multidimensional que abarca los planos político, simbólico, jurídico y social una de las interpretaciones más originales y novedosas sobre la construcción de repúblicas en Hispanoamérica durante la revolución, de-sarmando el paradigma de la nueva historia política. Entendiendo a la república como un "operador de conexión", Thibaud conecta y critica en los siete capítulos del libro los aportes de diversas historiografías para replantear cronologías, espacios, actores y problemas en una suerte de caleidoscopio con el cual la creación de repúblicas (confederales, provinciales y municipales) se vuelve inteligible, considerando experiencias republicanas en la monarquía católica y en la revolución en un contexto atlántico.

La elección de Tierre Firme (un espacio con tres millones de habitantes a principios del siglo XIX, 10% de ellos esclavos y más de la mitad libres de color) está justificada: se trata del territorio más precoz, dinámico y radical de construcción de repúblicas en el continente. Allí se organizó la primera república moderna (las Provincias Unidas de Nueva Granada, noviembre de 1811), se declaró la primera independencia del mundo hispánico (Provincias Unidas de Venezuela, julio de 1811) y se promulgó la primera constitución escrita en esa

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1713

misma área (la de Cundinamarca, abril de 1811). Durante ocho meses (entre noviembre de 1811 y junio de 1812) se constituyeron ocho repúblicas (las confederales de Nueva Granada y Venezuela y las provinciales de Tunja, Barcelona, Caracas, Antioquia, Cundinamarca y Cartagena) y se expandió un republicanismo antimonárquico agresivo. Este "momento republicano" se inscribió durante el siglo XVIII en una cultura política republicana de la monarquía hispánica cuyo orden corporativo y jurisdiccional estuvo atravesado por una sociedad racializada: sus actores (blancos, esclavos, indígenas, libres de color –pardos, morenos, zambos–) coexistieron y combatieron por "ampliar sus derechos, redefinir la naturaleza de lo común y trazar sus límites".

Los siete capítulos del libro pueden dividirse en dos partes. En la primera (capítulos 1-3), Thibaud estudia la "república monárquica" desde una escala imperial, regional y local. Esta república refiere al espacio de experiencia sobre "lo común" (la comunidad política) en la monarquía católica. El autor desarrolla una hipótesis convincente centrada en 1780-1808: si con la crisis de legitimidad de la monarquía hispánica se articuló un nuevo contexto político revolucionario en Hispanoamérica, el precoz constitucionalismo y republicanismo antimonárquico en Tierra Firme se explica por la experiencia del republicanismo monárquico de las últimas décadas del siglo XVIII. No se trata de establecer continuidades o relaciones causales entre acontecimientos sino de conectar coyunturas distinguiendo lo viejo de lo nuevo. En la segunda parte del libro (capítulos 4-7), Thibaud indaga sobre la construcción de repúblicas urbanas, provinciales y confederales en la crisis monárquica y durante los primeros años de la revolución que comenzó (tras la disolución de la Junta Central y el desconocimiento del Consejo de Regencia y de las Cortes de Cádiz) con la organización de juntas, entre abril y septiembre de 1810, entendidas como gobiernos corporativos de las ciudades. En lugar de enfocarse en el problema de la soberanía, se concentra en revelar las mutaciones de los fundamentos de la legitimidad política en Tierra Firme. Y lo hace examinando tres problemas que dieron forma al republicanismo antimonarquista y anticolonialista: el federalismo, el constitucionalismo y la independencia.

Para Thibaud la monarquía hispánica puede observarse bajo el prisma de un "republicanismo de Antiguo Régimen" como orden político e institucional articulado en las ciudades. La dimensión corporativa y pactista del espacio local funcionaba como un regulador de las reformas borbónicas en Tierra Firme, ya sea para que fueran modificadas o suspendidas, como sucedió con la organización de intendencias. La revuelta comunera del Socorro en 1781 revelaba esta dinámica republicana en la propia monarquía: el pactismo implicaba una relación entre el rey y la comunidad mediada por el juez, y una "gramática colectiva de la acción social" que, en nombre del rey, podía confrontar a funcionarios identificados como "mal gobierno".

Entre los aportes más originales del libro, se distingue el análisis del "momento atlántico intenso" en el Caribe (1793-1808) y sus repercusiones en Tierra Firme. Thibaud se enfoca en cómo circularon por el tráfico marítimo (incrementado con la guerra franco-británica y la política de apertura de comercio libre y protegido de la monarquía desde 1778) noticias, panfletos, libros y actores de la Revolución francesa en las Antillas. Para el autor, la red antillana, intensificada con la revolución en Santo Domingo, fue clave en la "invención" del republicanismo. Por un lado, por las conexiones del litoral caribeño de Tierra Firme con la conflictividad social y la generalización de principios revolucionarios en las Antillas, prolongación política de Europa en América. Por otro lado, por la difusión de lenguajes y modelos republicanos a fines del siglo XVIII a través del comercio con las nuevas repúblicas de los Estados Unidos, Francia, Holanda junto con las insulares (Haití, Curazao y Guadalupe). Con la circulación de españoles, libertos, mulatos e indígenas (como los independientes de la península de la Guajira), la Tierra Firme se politizó y la Revolución francesa fue considerada por las autoridades una infección a controlar.

Durante la década de 1790 se consolidaron en Tierra Firme los "contrapúblicos", una "esfera disidente de publicidad" de grupos e individuos marginados de la sociedad que articulaban sociabilidades y

comunicaciones clandestinas formando representaciones sobre la comunidad diferentes de las de la monarquía católica. Para Thibaud esto fue posible por las noticias de la Revolución francesa y por las mutaciones culturales y científicas de ilustrados de la Nueva Granada desde 1760 (cuando dialogaban en la esfera pública). Como ejemplos de estos contrapúblicos examina la insurrección de los negros en Coro (1795), la traducción al español de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (1794) por Antonio Nariño –condenado al presidio de Ceuta por diez años–, la conspiración antimonárquica "policlasista, plurirracial y transnacional" de Gual y España en Venezuela (1797) o las revueltas de mulatos y corsarios franceses en Maracaibo (1799). Más que antecedentes de la revolución, estos acontecimientos revelaban la "continuidad subterránea" del lenguaje de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, inscriptos en el derecho natural.

Otra variable que dio inteligibilidad al republicanismo radical en Tierra Firme fueron las reflexiones científicas de los ilustrados sobre la comunidad y los recursos naturales, que continuaron luego de 1794, tras las políticas "inmunológicas" de censura, prisión y exilio de los acusados de revolucionarios. El autor expone una hipótesis innovadora: los "científicos neogranadinos" –convertidos en 1810 en dirigentes revolucionarios– empleaban el marco epistemológico de los naturalistas europeos en la creación de un "fundamento simbólico y un principio de autoridad alternativos a la teología política de la Monarquía".

La crisis monárquica significó la desarticulación jurisdiccional y la multiplicación de territorios asumidos como cuerpos políticos soberanos. Si en Venezuela la Confederación de las Provincias Unidas nucleada en Caracas creó las provincias, en Nueva Granada fueron las provincias las que a través de una conflictiva dinámica de agregación de jurisdicciones entre ciudades principales y subalternas formaron una unidad federativa tras cuatro años de disputas. Thibaud muestra la persistencia de la cultura jurisdiccional y católica de la monarquía en la fábrica del constitucionalismo neogranadino. No establece una causalidad entre emancipación, constitucionalismo, republicanismo e independencia, sino que los analiza como ensayos políticos diferentes y abiertos a diversas posibilidades sin una secuencia lógica. A partir del rechazo de la Constitución de Cádiz (1812), las repúblicas asumieron el desafío de crear constituciones y variantes del liberalismo gaditano adaptando referencias de otras constituciones como la de Estados Unidos y las francesas del Directorio y el Consulado.

Para el autor, el constitucionalismo y las declaraciones de independencia permitieron la articulación de la autoridad de la ciencia y del lenguaje liberal de los Derechos del Hombre –que habían sido movilizados a fines del XVIII por los republicanos ilustrados– para la configuración de una nueva legitimidad política conforme a las Sagradas Escrituras y contraria a la monarquía y al derecho divino de los reyes. Señala la "cultura de la heteronomía" entendida como la creencia en fundamentos indisponibles de un orden natural y divino, y la variable que permitiría explicar la "transferencia de sacralidad entre el rey y la república". Se trata de una categoría problemática: si la revolución significaba la crisis y resignificación de todo fundamento ante la incertidumbre radical sobre el futuro, es difícil entender cómo los Derechos del Hombre en un orden a crear podían reemplazar al rey como principio indisponible de un orden ya dado. Dicho de otra forma, en Hispanoamérica la propia revolución representaría la autoinstitución de la república como continuidad o reemplazo de un principio por otro.

Distanciándose de los estudios subalternos por su comprensión esencialista de indígenas, libres de color, esclavos y mujeres, y por considerarlos grupos homogéneos con agencias orientadas exclusivamente a la resistencia, Thibaud muestra que la politización de los sectores subalternos desde fines del siglo XVIII se organizaba no por su supuesta identidad sino por la búsqueda de igualdad cívica en el orden colonial organizado sobre jerarquías y diferencias raciales. En la revolución, el republicanismo de Tierra Firme y el lenguaje de los Derechos del Hombre implicarían la "reorganización de los fundamentos simbólicos del orden civil en la raza y el género". Los pardos, por ejemplo, anhelando la igualdad cívica, compartían solidaridades

negativas en su intento de "desaparición" como clase discriminada. El republicanismo en Tierra Firme, al igual que en el resto del continente y de las revoluciones atlánticas, era constitutivamente ambiguo: la esclavitud fue abolida en forma gradual y los esclavos podían ser integrados a los ejércitos republicanos sin obtener la libertad. Los afrodescendientes libres e indígenas se incorporaron a la ciudadanía política, pero durante el siglo XIX surgirían nuevos criterios de exclusión, como la "capacidad".

*La fundación de las primeras repúblicas hispánicas* invita a repensar la historia de las revoluciones hispánicas más allá de lugares comunes de la historiografía, proponiendo pistas y preguntas que abren nuevas perspectivas de investigación. Con el caso de Tierra Firme, Thibaud interpreta la transición entre lo viejo transformado en nuevo y lo nuevo anclado en dinámicas viejas como el problema de la mutación e invención de formas teológico-políticas que explican la república.

*Gabriel Entin*
El Colegio de México / Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Marlene Daut,
*Awakening the Ashes: An Intellectual History of the Haitian Revolution*,
Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2023, 440 páginas

La Revolución haitiana fue la primera y única protagonizada por miles de esclavizados africanos y afrodescendientes que triunfó en la historia de la humanidad, y la primera independencia de América Latina. Como si esto fuese poco, además se destacó por ser la más radical de las revoluciones de su época y la que más genuinamente buscó la universalización de los derechos del hombre. Su gigantesca importancia quedó, sin embargo, negada desde el comienzo ya que, como señala Michel-Rolph Trouillot, las élites blancas de la época no la vieron como una revolución sino más bien como una gran anarquía destructora de la "perla del Caribe", como una masacre de blancos, una guerra de razas o de colores.[1] A esta definición racista le siguió desde 1804 un intenso bloqueo político, cultural y económico que convirtió al novel país en un Estado paria. Para peor, aquella contraofensiva se consolidó cuando Francia reconoció la independencia de Haití imponiéndole una indemnización de 150 millones de francos y un tratado de comercio neocolonial. Así, Haití quedó nuevamente preso de las redes de la Europa imperial, y su gesta emancipatoria, además de desacreditada, fue cayendo en el olvido.

Durante casi dos siglos el silencio resultó estremecedor en el ámbito académico occidental. La prueba más evidente es que mientras que se escribieron infinidad de libros celebratorios sobre las revoluciones de Estados Unidos y de Francia, la haitiana apenas si fue tenida en cuenta. Incluso como apéndice de este silenciamiento surgió con el tiempo una interpretación más sutil, banalizadora de la Revolución haitiana, que la presenta como un mero episodio de la Revolución francesa. Algo que por ejemplo puede verse en la obra de Eric Hobsbawm *La era de la revolución. 1789-1848,* donde aquel gigantesco acontecimiento apenas aparece mencionado como un pequeño capítulo caribeño de una revolución verdaderamente universal, la francesa.

Aunque secular y hegemónico, este silenciamiento fue disputado desde el comienzo. Inmediatamente después de la declaración de su independencia, los haitianos dieron pelea para hacer oír su voz en la ciudad letrada del mundo atlántico. Autores pioneros como Louis Félix Boisrond Tonnerre, Juste Chanlatte y Jean Louis Vastey fueron los primeros en publicar historias de la Revolución con el objetivo de impugnar el relato colonial, racista y eurocéntrico, y presentaron a la gesta haitiana como un genuino proceso emancipatorio e igualitario. A ellos les siguieron historiadores clásicos como Thomas Madiou, Beaubrun Ardouin, Joseph Saint-Rémy e intelectuales como Anténor Firmin, Hannibal Price, Louis-Joseph Janvier. En el siglo xx, figuras como Jean Fouchard, Michel-Rolph Trouilllot, Leslie Manigat, Suzy Castor, Gerard Pierre-Charles, Laënnec Hurbon, Jean Casimir, entre muchos, estudiaron, recuperaron y difundieron la Revolución y su legado. Fuera de la isla, la tradición panafricanista siempre revindicó a la Revolución, y tanto desde la política, la historia, el arte y la literatura aquel proceso fue analizado y celebrado como un hito fundacional. Entre las muchas obras publicadas sobre el tema *Los jacobinos negros* de C. L. R James, *Toussaint Louverture. La Revolución francesa y el problema colonial* de Aimé Césaire, y la trilogía teatral de Dereck Walcott en torno a Haití son algunas de las clásicas.

Solo en las últimas décadas la Revolución haitiana comenzó a ser estudiada de forma más sistemática en el mundo académico occidental y, en menor medida dentro de este, en el latinoamericano. Aunque todavía estamos muy lejos de que se le dé el lugar que se

[1] Michel-Rolph Trouillot. *Silencing the Past: Power and the Production of History*¸ Boston, Beacon Press, 1995, p. 73.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1714

merece en la historia global, el velo comenzó a correrse. Felizmente existe una creciente historiografía sobre la temática y una de las figuras centrales de ese proceso de recuperación es Marlene Daut. Estadounidense de ascendencia haitiana y profesora en la Universidad de Yale, ha escrito desde comienzos del siglo XXI una prolífica obra compuesta por numerosos artículos y libros de gran valía. Entre sus libros –además del que aquí se reseña– se destacan *Tropics of Haiti: Race and the Literary History of the Haitian Revolution in the Atlantic World. 1789-1865* (2015), *Baron de Vastey and the Origins of the Black Atlantic Humanism* (2017), *The First and Last King of Haiti: The Rise and Fall of Henry Christophe* (2025). Asimismo, como compiladora ha publicado: *A history of the haitian literature* (2024), junto con Kaiama Glover, *Haitian Revolutionary Fictions: An Antology* (2022), junto con Grégory Pierrot y Marion Rohrleitner, y *Anthologie de la pensée noire* (2023), junto con Marie-Jeanne Rossignol, Michael Roy y Cécile Roudeau.

En este sentido, el libro que analizamos es parte de un corpus más amplio y es expresión de un trabajo de largo aliento que tiene por objetivo estudiar, recuperar y difundir la Revolución haitiana y su legado, así como el pensamiento y la literatura haitiana y afrodiaspórica.

Ahora bien, la gran particularidad de la obra de Daut, lo que la hace tan valiosa y original, es su interés por abordar la historia cultural e intelectual de la Revolución y la pos-Revolución de Haití. Este sigue siendo uno de los vacíos más grandes en la historiografía especializada que, salvo algunas excepciones, se ha caracterizado por abordajes de corte más político, social y económico. Incluso, dicho vacío también es notorio en las historias sobre el panafricanismo que, a pesar de mencionar el proceso revolucionario suelen hacerlo sin entrar en el detalle de sus autores y sus ideas. Ni hablar de la abrumadora mayoría de las historias del pensamiento latinoamericano y caribeño, donde generalmente la propia Revolución directamente está ausente o apenas tematizada. En fin, el libro bajo análisis no solo es el fruto más maduro de años de investigación, sino también una obra enormemente pionera que viene a hacer un gigantesco aporte a los estudios tanto sobre Haití como sobre el panafricanismo y el pensamiento de nuestra región. Sin embargo, lo más relevante es que Daut, en diálogo con la gesta intelectual de los propios pensadores haitianos revolucionarios como Jean Louis Vastey, se propone impugnar el relato hegemónico de la historia global según el cual la Ilustración occidental y las revoluciones de Estados Unidos y Francia fueron las parteras de las ideas de libertad, igualdad y derechos humanos. Relato en el cual la Revolución de Haití generalmente no aparece, o si lo hace es de forma subalternizada, apenas como un correlato caribeño-particular del universal representado por Occidente. Daut no solo muestra al proceso haitiano como una intensa revolución política, social y económica, sino también como una gran revolución cultural e intelectual. Una revolución que no fue la versión local de lo acontecido en Francia, sino que tuvo su propia lógica y autonomía en plano de las ideas, que fueron mucho más radicales que las de sus pares noratlánticas. En este sentido, Daut hace un importantísimo aporte a la descolonización de la historia global impugnando el relato eurocéntrico hegemónico y poniendo a Haití y a su Revolución en el centro del devenir de las ideas emancipatorias.

Debe destacarse que la fortaleza del libro no reside únicamente en su propuesta interpretativa, sino también en su abordaje histórico-metodológico. A diferencia de otros trabajos sobre el tema, Daut retoma la trayectoria de pioneros como François Mackandal y de los grandes líderes como Toussaint Louverture, Jean Jacques Dessalines, Henry Cristhophe y Alexander Petión, centrándose no solo en su accionar político sino mostrando la importancia y radicalidad de sus ideas. Pero lo más importante es que no se queda únicamente en el análisis de esas figuras, ya que va mucho más allá al analizar el pensamiento de las masas insurgentes, de las comunidades cimarronas y, sobre todo, de numerosos intelectuales y políticos que han sido escasamente estudiados, como Jean Louis Vastey, Louis Félix Boisrond Tonnerre, Juste Chanlatte, Charles Hérard Dumesle, Julien Raimond, entre otros. En la obra, la autora además de recuperar las ideas de las masas aborda en detalle la trayectoria y la figura de

estos intelectuales, dando cuenta de su rol en la Revolución y post-Revolución demostrando que fueron pensadores pioneros que aportaron al devenir del proceso y que elaboraron grandes reflexiones críticas sobre las problemáticas del genocidio de los pueblos originarios, el colonialismo europeo, la esclavitud, el tráfico esclavista, el racismo, las nociones de libertad e igualdad, los derechos humanos, el humanismo, entre otras.

Daut analiza un sinfín de fuentes sumamente diversas: proclamas, correspondencia, periódicos, panfletos, libros escritos por los protagonistas, constituciones (1801, 1805, 1807, 1811, 186) y la declaración de independencia son algunos de los elementos que conforman el corpus textual sobre el que se basa esta fantástica obra. La autora trabaja con una multiplicidad enorme de fuentes que muchas veces no han sido tenidas en cuenta en la historiografía especializada o que han sido abordadas de manera superficial, al soslayarse su dimensión intelectual y filosófica. Fuentes que fuera del ámbito específico de los estudios sobre Haití generalmente son totalmente desconocidas. Resulta menester preguntarse: ¿qué lugar ocupa, por ejemplo, la declaración de independencia de Haití en el estudio de las ideas modernas? ¿Qué lugar ocupan las constituciones haitianas en los estudios filosóficos, políticos y jurídicos sobre los derechos humanos? La respuesta es desoladora: estos textos fundacionales no suelen ocupar un lugar destacado en las ciencias sociales o las humanidades hegemónicas. A contrapelo de estas lecturas y ese desinterés, la autora muestra cómo el accionar insurgente y la intertextualidad de esos documentos implicaron el desarrollo de un pensamiento crítico original sumamente pionero y radical antiesclavista, antirracista y anticolonial.

En fin, Daut con su obra no solo viene a llenar un vacío en la historiografía especializada. Va mucho más allá, "despertando de las cenizas" un proceso sistemáticamente silenciado al mostrar cómo su potencia filosófico-política conmovió el mundo de su época y cómo su legado es crucial para repensar en clave descolonizadora no solo el pasado sino también el presente de nuestra región y el mundo.

*Juan Francisco Martínez Peria*
Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de San Martín

Alejandra Pasino,
*Las revoluciones hispanoamericanas entre Londres y Cádiz. El americanismo de Blanco White y su recepción en el Río de la Plata 1810-1815,*
Rosario, Prohistoria Ediciones, 2025, 242 páginas

Este libro es una parte de la investigación doctoral de Alejandra Pasino, centrada en la figura del español liberal José Blanco White y las articulaciones que realizó desde la prensa periódica de Londres a través de sus oficios de publicista y de editor. Un aspecto innovador de este escrito son las repercusiones y apropiaciones que tuvo el periódico de Blanco White en la prensa y el debate político rioplatenses en el período revolucionario. La apuesta de la autora es bien clara: ir hacia el sustrato de la escritura de Blanco, compuesto por la prensa periódica, las reuniones en la Holland House, su vínculo con el Foreign Office de Londres, las cartas con distintos representantes ingleses e hispanoamericanos, la autobiografía del propio Blanco White y, sobre todo, los informes secretos en los que este letrado tenía la tarea de contar el avance de los procesos revolucionarios, la puesta en práctica y construcción de su legitimidad en los espacios hispanoamericanos.

El marco del libro lo da el prólogo de Marcela Ternavasio, que se focaliza en la problemática de los juegos de la política en el contexto atlántico: "redes que, como demuestran los capítulos que continúan, configuraron complejas urdimbres de vínculos entre letrados, dirigentes y aventureros en ese gran laboratorio de experimentación política e intelectual forjado en el contexto de las revoluciones atlánticas" (p. 10). Rescatamos de este prólogo cómo la investigación de Pasino plantea variantes sobre el posicionamiento o configuración de mirador excepcional de Blanco, quien a la distancia desde Londres funge una suerte de vocación negociadora en la que el espacio de la moderación que propone es plurívoco y multiposicional: en pos de mantener la integridad de la monarquía española Blanco recurre primero a las Cortes de Cádiz frente al mal desempeño tanto de la Junta Central como de la Regencia; luego, Blanco se aboca a profundizar y alentar la mediación británica entre España y sus territorios ultramarinos para, finalmente, abrazar la frustración y dar cuenta ocasionalmente de las problemáticas americanas y de los rumbos de los diversos cauces independentistas. Como una suerte de mirador de Próspero a lo José Enrique Rodó, que desde la distancia aconseja a sus lectores tanto españoles como americanos, a quienes ve como discípulos a quienes educar sobre la práctica de la política.

Y en esto me quiero detener porque la autora recupera el aspecto educativo y performativo de la prensa del período de las revoluciones atlánticas. Es decir, la prensa es un actor político en el que las novedades y la verdad de la información se conjugan necesariamente con la labor de impresores y editores, quienes seleccionan el entramado de las noticias, entablan una forma particular de leer la crisis de representación política y encaran salidas posibles. La figura del editor en el libro de Pasino cobra vida y actúa como la savia necesaria para darle entidad al "árbol de la prosperidad política". Así, en las citas que selecciona la autora se pueden ver analogías con la edificación urbana y también con la advertencia constante del cuidado de los frutos naturales de la voluntad popular. Las metáforas edificantes explotan en todos los capítulos del libro, tanto de la mano de Blanco como desde la prensa gaditana y, en especial, las de Caracas y de Buenos Aires: ¿sobre qué cimientos y con qué materiales construir la legitimidad del poder? ¿Cómo no caer en el precipicio de la libertad desmesurada que no puede sostenerse? Es sobre este temor de la caída al abismo que descubrimos, gracias al estudio de Pasino, las variantes discursivas y retóricas que asume Blanco en relación con su rol de editor-consejero, y que

van de la mano de preguntarles y repreguntarles una y otra vez a los hispanoamericanos qué camino van a tomar para poder sostener y concretar la autonomía política, para poder transformar esa autonomía en una independencia sólida que dialogue con instituciones políticas capaces de transformar al pueblo en efectivos ciudadanos.

Las conclusiones de la autora retoman la introducción del libro para darle sustento al camino metodológico elegido. En ellas, Pasino demuestra cómo la historia intelectual desentraña, revela, redes de sociabilidad letrada en vínculo con discursividades y enunciaciones determinadas. Tanto la historia conceptual como la historia intelectual le permiten a la autora profundizar y materializar las apropiaciones y estrategias de los editores de periódicos de un lado y otro del Atlántico, en diálogo con problemáticas políticas, económicas y culturales. Para ello, el libro evidencia el poder de las reseñas de la *Edinburgh Review*, en particular las dos reseñas que realiza John Allen sobre la obra de Humboldt sobre Nueva España y cómo hacen uso tanto Allen como Blanco del diálogo ilustrado sobre las riquezas americanas para replantear los caminos que están tomando los procesos revolucionarios de la época. Con ello me refiero a la importancia que tenía en ese momento el gesto de reseñar obras de carácter científico para repensar modelos prácticos de política a seguir (al respecto, la autora nos habla de las reseñas de Allen y también de las de Francisco de Miranda en esa revista inglesa). La ilustración y la retórica política se imbrican sin altibajos o cuestionamientos, la ciencia natural le otorga a la política herramientas para leer el presente convulsionado.

Sobre el armado, hilado, de la obra en sus capítulos, Pasino nos demuestra el peso que tuvieron los periódicos como configuradores de realidades. El libro rescata los procesos simultáneos de lecturas y apropiaciones tanto de documentos oficiales como de estrategias discursivas de ambos lados del Atlántico. En particular, nos muestra cómo los actos de recepción y de circulación de escritos de Blanco, tanto desde Montevideo como, principalmente, desde Buenos Aires, tienen un peso, un sustrato argumentativo en la escritura del momento del propio editor sevillano y en los debates de las Cortes gaditanas (sobre todo en las sesiones secretas). Al respecto, es estimulante ver cómo tanto Blanco como los diversos editores de la *Gaceta de Buenos Aires* se apropian de escritos periodísticos y gubernamentales estipulando un tiempo propio de la discursividad revolucionaria y en el que la prensa política comienza a configurar rumbos de acción y, sobre todo, a ser la gran cuestionadora de la legitimidad de la Regencia y de las Cortes de Cádiz. La autora se adentra en la "guerra de palabras", sobre la que trabajaron tanto François-Xavier Guerra como Javier Fernández Sebastián, para incorporar a esa problemática o retórica nueva el peso de la recepción y circulación multidimensional de los escritos de la prensa. Sobre todo, la autora revela cómo las líneas editoriales construyen lecturas distintas de la realidad, de la gestión política española y de la intervención británica. En particular con la *Gaceta de Buenos Aires* (en una línea de trabajo que puede compararse con la desplegada por Christopher Conway para la *Gaceta de Caracas* o la realizada por Esther Martínez Luna o Laura Suárez de la Torre para el *Diario de México* y su proceso de pasaje de organismo de cultura a organismo político), Pasino hace foco en las tensiones dentro de la configuración del discurso oficial. Cómo dentro de un mismo periódico se estipulan tensiones entre perspectivas y sectores de poder que habilitan nuevas enunciaciones y apropiaciones de textos. La autora explica la peculiar presencia de los escritos de Blanco en el área rioplatense: en muchas ocasiones estos escritos del sevillano (tajeados, transformados y, sobre todo, usados de forma estratégica) fueron sustrato y sustento de la construcción de la autonomía y luego de la necesaria declaración de la independencia absoluta de Buenos Aires.

Finalmente, pero esencialmente también, Pasino rescata las polémicas que tendieron puentes para articular la prensa política, tanto en el diario de Blanco como de las latitudes española e hispanoamericanas. Así, recupera las polémicas o encuentros aguerridos entre Blanco y Juan Baustista Arriaza (enviado español a Londres), el ida y vuelta del sevillano con Servando Teresa de Mier (y acá se rescata el aporte fundamental de la autora no solo al analizar

la polémica desde la historia intelectual, sino también al observar el uso que se hizo de fragmentos y posicionamientos de ella en la prensa de Buenos Aires, sobre todo en la validación de la Sociedad Patriótica desde el *Grito del Sud* y la concreción de la Asamblea del Año XIII). También reseña las polémicas e idas y vueltas que Blanco sostuvo con diputados liberales o conservadores de las Cortes de Cádiz (sobre todo con sus antiguos amigos o compañeros del *Semanario Patriótico*). Todas estas polémicas son motor de la escritura de la opinión pública, le dan asidero y la movilizan. En todas ellas, Pasino nos muestra los posicionamientos dinámicos de Blanco y su ejercicio constante de moderación y conciliación. Cada polémica representa en Blanco un desgarramiento, una herida simbólica y casi física: el cuerpo del editor flaquea, pero no se rinde frente a las críticas feroces y la censura que vive de amigos devenidos diputados en las Cortes, o de denuncias por traición o por mal español que le propinan desde la prensa de Montevideo o de Buenos Aires.

Así, la autora reproduce aseveraciones corrosivas del *Semanario Patriótico* desde Cádiz –que son tomadas por la *Gaceta de Montevideo*–, que cuestionan la transformación de José Blanco en un personaje oscuro más allá de su doble blancura o candidez de Blanco White: "el editor de *El Español* no se parece al editor (que fue) del *Semanario Patriótico*". Y claro que no lo es, Pasino demuestra, como lo hizo Jorge Myers en su trabajo sobre el "letrado patriota",[1] que no es posible medir los aportes de un letrado en base a los distintos espacios de producción, sino a los contextos y las fuerzas de tensión en los que está inserto en su momento. Blanco era otro editor en el *Semanario Patriótico* porque otras eran las problemáticas previas a 1810 y el cauce de la construcción de legitimidades políticas.

En su libro, Pasino logra darle consistencia y materialidad a la escritura de la independencia a través de los juegos de la política y el nuevo peso de la opinión pública. Sobre todo, la autora abre caminos sobre el accionar de la prensa como guía para entender y descifrar la profusión de discursos y de posturas del período de las revoluciones atlánticas.

[1] Jorge Myers. "El letrado patriota: los hombres de letras hispanoamericanos en la encrucijada del colapso del Imperio español en América", en C. Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. I, J. Myers (ed. del volumen), Buenos Aires/Madrid, Katz Editores, 2008, pp. 121-144.

*Mariana Rosetti*
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Carole Leal Curiel y Georges Lomné (coordinadores),
*Pensar las repúblicas. De la* res publica christiana *a la república liberal democrática*,
Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2024, 319 páginas

*Pensar las repúblicas. De la* res publica christiana *a la república liberal democrática* es el resultado de los debates que tuvieron lugar en el seminario –que portó el mismo título que el libro– celebrado en el año 2023 en la Universidad Católica Andrés Bello, coorganizado con la Academia Nacional de la Historia de Venezuela y la Université Gustave Eiffel. El punto de partida reside en el diagnóstico consensuado sobre la crisis que se encuentra atravesando el republicanismo contemporáneo hispanoamericano y occidental. Este balance fue disparador para invitar a revisitar los orígenes de las tradiciones y experiencias republicanas hispanoamericanas de la primera mitad del siglo XIX, con el objetivo de pensar qué interrogantes, dilemas y respuestas se articularon en el proceso de experimentación y construcción de las identidades, sistemas e ilusiones republicanas en aquel momento seminal.

El desafío que atraviesa la reflexión de cada capítulo reside en conjugar lo específico de cada experiencia y tradición histórica republicana en una unidad que permita pensar lo original y singular del republicanismo hispanoamericano. En este sentido, la enunciación de los problemas fundamentales en torno al republicanismo de la primera mitad del siglo XIX hispanoamericano tiene el potencial de que esos problemas sean proyectados como cuestiones de largo plazo, que tienen también lugar en el presente. La apuesta central del libro en su conjunto se encuentra en pensar que los aportes intelectuales y pragmáticos que configuraron y articularon los actores históricos en los orígenes republicanos en Hispanoamérica contribuyen a brindar alternativas, sea desde los dilemas, los interrogantes y/o las soluciones, al eclipse que está atravesando el republicanismo hispanoamericano –si no occidental–, en el mundo contemporáneo.

El libro se inicia con la conferencia inaugural del seminario brindada por Hilda Sabato, siendo la propuesta vertebral analizar las soluciones concretas y terrenales, aunque provisorias, que se articularon a las encrucijadas republicanas entre 1820 y 1870 en Hispanoamérica. El dilema clave que atraviesa su interpretación es la articulación entre la comunidad de iguales propia del republicanismo y la instauración del sistema representativo moderno, que generó una diferenciación entre gobernantes y gobernados. Así, el eje central de la vida republicana se moduló sobre el vínculo entre pueblo y gobierno. La inestabilidad republicana hispanoamericana fue menos una experiencia fallida de adopción de modelos foráneos que un proceso intrínseco a la dinámica política construida, donde los principios que otorgaban legitimidad a las instituciones y prácticas podían emplearse para cuestionar los resultados de su aplicación. Al perderse el principio de trascendencia política, todo lo que los hombres hacen y deciden, ellos mismos pueden deshacerlo. En un momento en que las instituciones, normas y prácticas republicanas eran prematuras y vulnerables, la impugnación y la legitimación oficiaban como fuerzas en tensión que generaban inestabilidad en la construcción del sistema republicano.

Estas reflexiones anticipan la organización del libro en dos secciones. La primera, titulada *El peso de las tradiciones,* tiene una impronta intelectual-conceptual donde se aborda la circulación, recepción y adaptación de diversas tradiciones republicanas durante la primera mitad del siglo XIX hispanoamericano; mientras que, en la segunda, *Archipiélago de experiencias republicanas,* hay un recorrido por los territorios de la Argentina, Colombia, Ecuador y Venezuela.

El capítulo de Guillermo Tell Aveledo abre el primer apartado sobre las tradiciones presentando un análisis en el que explora la relación entre la república, el republicanismo y

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1716

el cristianismo, haciendo hincapié en los fundamentos de la autoridad política y su capacidad de coerción. Para la primera mitad del siglo XIX hispanoamericano el autor sostiene que el vínculo entre república y religión estuvo signado por ambigüedades y confrontaciones, puesto que las constituciones sancionaron el principio ascendente de autoridad, dejando sin efecto el origen sagrado de la autoridad. No obstante, la religión logró encontrar su espacio en el universo republicano, inestable e inseguro, como mecanismo de control social.

A continuación se desarrollan dos capítulos que abordan la presencia y reconfiguración de la tradición republicana clásica en los procesos de revolución e independencia hispanoamericanos. Por una parte, Georges Lomné critica y desafía la homogeneidad del ideario republicano hispanoamericano identificado con Filadelfia y París, analizando la región andina a partir de las ciudades Santafé de Bogotá, Quito y Lima. Allí descubre una mayor impronta de la tradición clásica y la estética romana de la libertad, siendo que las fuentes de la singularidad andina republicana bebían de la "Roma del colegio" antes que de la "Roma de las Luces". Por su parte, Fernando Falcón estudia el proceso de recepción, lectura y (re)interpretación del republicanismo clásico en la Venezuela de la década de 1810, que se desplaza y adapta en función de la realidad histórica, generando una versión indiana del republicanismo.

Luego, Carolina Guerrero estudia la transición del *ethos* guerrero al *ethos* competitivo-comercial republicano decimonónico, tendiendo puentes entre las concepciones del republicanismo antiguo y el moderno a través de la interrelación entre el interés individual y el bien común ciudadano. La clave argumentativa se sitúa en la propiedad, pues hace al ciudadano autónomo –valerse por sus propios medios–, libre y sujeto contribuyente con la *res publica*. No obstante, en la primera mitad del siglo XIX la concreción de la sociedad comercial creyó posible civilizar la fortuna y la política bajo el manto de la institucionalidad y la legalidad estatal, lo cual generó un proceso de despolitización ciudadana que continúa generando dilemas y problemas hasta el presente.

Por último, este apartado cierra con el análisis de Luis Daniel Perrone, quien encuentra que el principal obstáculo para rastrear la tradición democrática venezolana radica en atribuírsela (erróneamente) a las figuras de Miranda, Bolívar y Roscio. La alternativa que propone el autor lo lleva a trazar los orígenes de esa tradición en 1797 en La Guaira, como derivación de la Conspiración de Gual y España, donde las ideas de Picornell en torno a que los puestos de gobierno fuesen elegidos popularmente, alternativos y de corta duración, se tradujeron en la época revolucionaria como parte del ideario radical republicano-democrático.

El estudio de Véronique Hébrard sobre el tránsito y rearticulación del patriotismo en armas de las guerras de independencia al patriotismo económico, que revalorizó al ciudadano emprendedor y el interés individual, entre el período colombiano (1821-1829) y la instauración de la República liberal en Venezuela (1830-1857) abre la segunda sección del libro. En diálogo con el análisis de Guerrero, Hébrard entiende que la cuestión de la propiedad, el poblamiento y la actividad económica fueron ubicuas en los procesos de construcción republicanos. Ahora bien, para ser liberal, a la república se le exigieron dos cuestiones en la práctica: por una parte, optar por una política económica adaptada a la realidad del país y el territorio; y, por la otra, el ciudadano emprendedor debía usar su energía para la prosperidad de la nación y su independencia económica. Así, la economía política terminó por transformar el vínculo entre gobernantes y gobernados en función de las expectativas y demandas de ambas partes.

Marcela Ternavasio estudia el régimen rosista (1835-1852) como una experiencia plebiscitaria republicana original al compararla con otros ensayos políticos como el artiguismo, el bolivarianismo y el bonapartismo (en sus dos versiones). Su argumentación aborda los puntos ciegos del plebiscito como instrumento político, su configuración dentro de un anclaje institucional republicano, su interacción con el principio de unanimidad –y su construcción–, y su posible origen en el Río de la Plata a través de la figura de Pedro de Angelis. En última instancia, evidencia las modulaciones del

republicanismo y su capacidad inventiva y adaptativa frente a los dilemas de cómo construir legitimidad y ejercer la autoridad.

A continuación, Sergio Mejía reconstruye los diversos aportes historiográficos en torno a la participación popular en las independencias hispanoamericanas, para reivindicar la heterogeneidad de herramientas y enfoques que existen. No obstante, contrario a inmiscuirse en el debate y la polémica historiográfica, el autor destaca el lugar privilegiado del archivo. Esto lo sustenta presentando el estudio de las fuentes de los procesos judiciales de una conspiración que se desarrolló en Bogotá en 1832 y que involucró a sectores populares.

El estudio de Santiago Cabrera Hanna sobre la agencia municipal de las ciudades del Distrito Sur o de Quito entre 1822 y 1835 pone en evidencia la inestabilidad política como efecto de la articulación entre la soberanía primitiva o radical (expresada en los Cabildos Abiertos) y los mecanismos modernos de representación y participación política republicana. El reverso de esa experiencia de la República de Colombia es analizado por Ángel Rafael Almarza, quien se propone estudiar la construcción del sistema representativo entre 1819 y 1831 en una doble clave: por un lado, como modo de limitar el ejercicio directo de la soberanía y, por el otro, como reemplazo de la legitimidad monárquica al establecer la práctica electoral como mecanismo de legitimación de la soberanía popular, lo que da lugar a la construcción de una nueva cultura política.

Por último, Diego Bautista Urbaneja desarrolla una propuesta socio-histórica para identificar la alternancia entre los períodos republicanos y sus transiciones entre 1830 y el presente en Venezuela. El autor entiende que los momentos republicanos están compuestos por una combinación desnivelada de un tipo de ideología dominante, una forma de ejercicio del poder, un esquema socio-económico, un grado de desarrollo institucional, una configuración de relaciones sociales y un contexto internacional. Este esquema analítico lo lleva a identificar la existencia de cinco períodos republicanos y cinco períodos de transición.

Los dilemas, interrogantes y estudios que los textos transitan polemizan con la tesis clásica que ha sostenido que en Hispanoamérica las repúblicas fueron sistemas fallidos dentro de la modernidad. La riqueza del libro radica en demostrar que, si bien la inestabilidad, las tensiones, los conflictos y las disyuntivas fueron una parte sustancial del proceso de construcción de las repúblicas, estas encontraron configuraciones, alternativas y soluciones provisionales que se materializaron en una realidad histórica concreta y terrenal. La combinación de principios, tradiciones intelectuales, conceptos, normativas, instituciones y prácticas durante la primera mitad del siglo XIX hispanoamericano brindó forma a un republicanismo que lejos se encuentra de ser monolítico, siendo su capacidad para la elasticidad, la adaptabilidad y la experimentación las claves para buscar y hallar respuestas específicas, aunque no necesariamente definitivas, a los dilemas políticos que se desarrollaron con la adopción de unos nuevos cultura y sistema político.

Frente a lo que parecía ser un terreno poco fértil para el desarrollo del republicanismo, por la cultura política monárquica, la inercia de una sociedad estamental y el catolicismo como religión hegemónica, el libro demuestra que las diferentes experiencias decimonónicas, con sus aciertos e incógnitas, dieron forma a una pluralidad de republicanismos que se distinguieron de los modelos norteamericano y francés. Varios de los interrogantes, tensiones y encrucijadas que se observaron en el momento seminal han permanecido en el tiempo, permitiendo volver al pasado como un prisma para pensar el presente. El verbo que contiene el título del libro es una invitación a actuar considerando las lecciones y las alternativas que el pasado construyó frente a los dilemas y aporías que se instalaron en torno a los fundamentos y configuraciones de los republicanismos hispanoamericanos.

*Alejandro Pautasso*
Universidad de Buenos Aires

W. E. B. du Bois,
*Reconstrucción negra. Ensayo sobre la historia del pueblo negro en su intento por reconstruir la democracia en América, 1860-1880*, traducción de Angelo Narváez León, edición de María Yaksic y Angelo Narváez León,
Buenos Aires, Tinta Limón, 2025, 928 páginas

La publicación de una obra que plantea una reflexión profunda sobre las relaciones entre capitalismo, raza e identidades de clase es un motivo de celebración en este contexto histórico tan sombrío. Si esta obra es, asimismo, la primera traducción al castellano de uno de los primeros trabajos que emprendieron esta reflexión hace poco más de 90 años resulta, además, una suerte de reparación histórica para su prolífico autor, el afronorteamericano W. E. B. du Bois.

William Edward Burghardt du Bois nació en 1868 en Great Barrington, Massachusetts, tres años después del fin de la guerra civil en los Estados Unidos (y de la abolición de la esclavitud en todo el país), y falleció en 1963 en Acra, Ghana, donde se había radicado en 1961, cuatro años después de que el país obtuviera su independencia respecto de Gran Bretaña. Estas referencias no son antojadizas: Du Bois fue tanto un activista por los derechos de los afroamericanos como uno de los padres fundadores del panafricanismo.

Es difícil hacer una valoración exagerada de la trayectoria de Du Bois: fue un intelectual comprometido, un académico brillante y un organizador: su producción académica y el compromiso político caracterizaron su longeva vida. Dedicado desde muy joven a la investigación sobre la historia y las condiciones de vida de la población negra de los EE. UU., en la introducción de su libro *The Souls of Black Folk* –una colección de ensayos publicada en 1903– escribió que "el problema del siglo xx es el problema de la línea de color", apelando a un concepto –el de "línea de color"– como señalamiento del racismo estructural no solo de la sociedad estadounidense sino del capitalismo contemporáneo. Esa misma frase había sido incluida por Du Bois en el manifiesto final de la Conferencia Panafricana celebrada en Londres en 1900, el primer encuentro internacional de activistas de origen africano.

Como militante, a lo largo de su vida Du Bois participó de la formación de diversas organizaciones que lucharon por los derechos civiles en los EE. UU. y contra la dominación colonial en África: entre 1910 y 1934 fue editor de la revista *The Crisis*, órgano de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color de los EE. UU., al tiempo que fue el principal organizador de los cinco congresos panafricanos que se llevaron a cabo entre 1919 y 1945.

A lo largo de su vida intelectual Du Bois sostuvo la cuestión racial como centro de sus análisis históricos y sociológicos, y con el correr del tiempo sus reflexiones fueron incorporando elementos del marxismo, construyendo una metodología propia para el estudio de la conformación de la sociedad norteamericana. Esta influencia se puede observar en *Reconstrucción negra*, obra publicada originalmente en 1935 y traducida por primera vez en castellano por Tinta Limón en el 2025.

Du Bois presenta *Reconstrucción negra* como un estudio de la lucha exitosa de la población negra de los Estados Unidos por conquistar su libertad luego de cuatro siglos de esclavitud y de sus esfuerzos fallidos por sentar las bases de una democracia verdadera luego de la guerra civil. Pero esta obra es mucho más que eso: es un análisis del carácter racializado del sistema capitalista desde sus orígenes, y de cómo esa racialización impidió la formación de un bloque unido de los trabajadores blancos y negros que posibilitara su emancipación respecto de los capitalistas blancos; también aborda las causas de la guerra civil norteamericana, el lugar que el abolicionismo tuvo en ella y el contexto internacional en que estuvo inmersa.

Para ello emprendió un abordaje histórico y sociológico

basado en un uso exhaustivo de fuentes escritas y testimonios orales y provenientes de la cultura popular negra, como canciones y poesías, para poner de relieve las acciones de quienes habían sido silenciados o ridiculizados por el discurso blanco dominante en la política y la academia estadounidenses. En este sentido el libro, escrito en el contexto de la crisis más severa del capitalismo en el siglo XX, es un aporte fundamental a una tradición más amplia de investigación histórica y pensamiento político afroamericano, que en esos años comienza a sentar las bases sistemáticas de la crítica a la concepción eurocéntrica de la conformación de la modernidad capitalista.

En efecto, podemos leer *Reconstrucción negra* en sintonía con *Los jacobinos negros* del trinitense Cyril L. R. James, cuya primera edición es de 1938, y *Capitalismo y esclavitud*, del también trinitense Eric E. Williams que, aunque lo publicó en 1944, había adelantado parte de su tesis en publicaciones vinculadas al mundo afro a fines de la década de 1930.

En las tres obras se abordan de manera sistemática, a partir de un exhaustivo uso de fuentes, la interrelación entre la economía basada en plantaciones esclavistas en América y el desarrollo de las manufacturas en Europa occidental, así como las influencias mutuas de las ideologías y los procesos políticos a ambos lados del Atlántico, impugnando la narrativa hegemónica que coloca a Europa como el actor "moderno" por antonomasia que expande sus saberes y valores sobre una periferia "premoderna" o "atrasada".

En cada uno de los trabajos citados, Du Bois, James y Williams estudian un proceso histórico particular –la guerra civil y el llamado "Período de Reconstrucción" en los Estados Unidos, la Revolución haitiana, el desarrollo de la economía de plantación en América y los orígenes del capitalismo– que, para poder comprenderlo cabalmente, debe ser situado en el contexto más amplio de la construcción de desigualdades en el proceso de conformación y consolidación del capitalismo a nivel global.

Estas obras pueden –o deben– leerse entonces como parte de la construcción de una crítica de la modernidad capitalista desde la perspectiva de aquellos sujetos que no solamente fueron expropiados, sino que también influyeron en ese proceso y promovieron alternativas políticas y económicas a las impulsadas por la burguesía de origen europeo.

Pese a la rigurosidad de estos trabajos, la radicalidad de sus hipótesis hizo que fueran fríamente recibidos por el mundo académico contemporáneo y que dos de ellas hayan sido publicadas en castellano muy tardíamente: con la excepción de *Capitalismo y esclavitud*, que tuvo su primera edición castellana en La Habana en 1964, los lectores de habla hispana tuvieron que esperar hasta este siglo para acceder a *Los jacobinos negros* y *Reconstrucción negra*.

Como señalamos anteriormente, *Reconstrucción negra* es un estudio que se propone analizar el fracaso de la reconstrucción de la democracia en los Estados Unidos luego de la guerra civil, y la construcción, en su lugar, de un sistema basado en la alianza entre las clases dominantes blancas del Norte y el Sur y la negación de derechos civiles para la población afroamericana del Sur.

En los primeros capítulos del libro, Du Bois analiza el carácter racializado de la sociedad norteamericana a partir del lugar que ocupaban los trabajadores de origen africano –libres y esclavizados– en su vinculación con el desarrollo del sistema capitalista a partir de la expansión de las plantaciones algodoneras en la primera mitad del siglo XIX: "El trabajo negro se convirtió en la piedra angular, no solo de la estructura social del Sur, sino también de la manufactura y el comercio del Norte, del sistema fabril inglés, del comercio europeo, de la compra y venta a escala mundial; se construyeron nuevas ciudades sobre los resultados del trabajo negro, y un nuevo problema laboral, que involucraba a todos los trabajadores blancos, surgió tanto en Europa como en América" (p. 26).

Pero una vez finalizada la guerra civil y abolida la esclavitud esa racialización se extiende al conjunto de la humanidad, integrada violentamente al sistema capitalista mediante la expansión imperialista: "Ese oscuro y vasto mar de trabajo humano en China e India, los mares del Sur y toda África, en las Indias Occidentales, América Central y los Estados Unidos –esa gran mayoría de

la humanidad, sobre cuyas espaldas encorvadas y rotas descansan hoy las piedras fundacionales de la industria moderna– comparte un destino común: el desprecio y el rechazo por su raza y color […] Aquí está el verdadero problema del trabajo moderno… De la explotación del oscuro proletariado surge la plusvalía sustraída a las bestias humanas que, en tierras cultas, la máquina y el poder decorado velan y ocultan. La emancipación del hombre es la emancipación del trabajo, y la emancipación del trabajo es la liberación de esa mayoría fundamental de trabajadores amarillos, morenos y negros" (pp. 39-40).

El análisis del protagonismo de esos trabajadores negros en los procesos que se desarrollaron en los Estados Unidos entre las décadas de 1860 y 1880 caracteriza al resto de la obra: Du Bois coloca a la esclavitud en el centro de las disputas entre el Norte y el Sur, pero de una manera diferente de la presentada hasta ese momento por los ensayistas blancos: para él la guerra civil se originó porque los sectores dominante en el Norte querían confinar la esclavitud al Sur, mientras que los plantadores del Sur querían extenderla hacia los nuevos territorios del Oeste y eventualmente a América Central y el Caribe. Una vez estallada la guerra, los sujetos esclavizados del Sur tomaron la iniciativa de liberarse, mediante lo que Du Bois caracteriza como una huelga general, mediante el abandono generalizado de sus lugares en las plantaciones y la huida hacia el Norte o los territorios del Sur ocupados por los ejércitos de la Unión. En este contexto, y ante las dificultades del Norte por doblegar al Sur, Lincoln anunció la Proclamación de la Emancipación en enero de 1863.

Para Du Bois, así como los afroamericanos tomaron la iniciativa para eliminar el trabajo esclavo, también tenían un programa para la reconstrucción del país una vez finalizada la guerra, que se basaba en la consolidación de la democracia en el país. En sus palabras, "El verdadero significado de la esclavitud en los Estados Unidos para el desarrollo social de América reside en la relación última de los esclavos con la democracia […] Si todos los trabajadores, tanto negros como blancos, fueran libres y tuvieran escuelas y derecho a voto, ¿qué control podría o debería imponerse al poder y la acción de los trabajadores? […] O, en caso contrario, ¿qué poder dictatorial gobernaría y cómo se protegerían la propiedad y los privilegios?" (p. 253).

El programa "abolición-democracia" se basaba en la universalización de los derechos civiles y el acceso a la educación, que deberían ser garantizados por el Estado. Du Bois centra el análisis del período de la Reconstrucción en estos dos elementos, que enfrentan la oposición de los sectores concentrados del capital en el Norte y en el Sur junto con un sector de los trabajadores blancos que priorizó la identidad racial por sus intereses de clase. Si el triunfo de esta alianza para la década de 1880 marca la derrota del proyecto de la Reconstrucción desde una perspectiva democrática, no deja de ser, para él, un programa a futuro para la emancipación de las mayorías en los Estados Unidos.

Esta disputa política Du Bois la lleva al plano historiográfico, donde señala que "los hechos de la historia americana han sido falsificados en el último medio siglo porque la nación estaba avergonzada. El Sur estaba avergonzado porque luchaba para perpetuar la esclavitud humana. El Norte se avergonzó de tener que recurrir a los hombres negros para salvar a la Unión, abolir la esclavitud y establecer la democracia" (p. 885). Así, *Reconstrucción negra* se cierra con un capítulo en el que hace una revisión historiográfica del período para reponer el protagonismo de los sujetos afroamericanos frente a un relato hegemónico que los oculta, cuando no los humilla.

Por último, es necesario destacar en esta primera versión castellana del libro la tarea de María Yaksic y Angelo Narváez León en la edición y reconstrucción del aparato erudito utilizado por Du Bois: la versión original en inglés del texto tiene un puñado de citas por capítulo, aunque a lo largo de la obra hace numerosas referencias basadas en una extensa bibliografía, que se da al final. El trabajo de Yaksic y Narváez León permite recuperar mejor los diálogos que propone *Reconstrucción…*con otros autores, así como ubicar este ensayo en el conjunto de la obra de Du Bois; por otra parte, las referencias a textos contemporáneos permiten establecer discusiones novedosas sobre estas temáticas.

Como señala José Itzigsohn, sociólogo argentino radicado en los Estados Unidos con varios trabajos sobre W. E. B. du Bois, su obra es muy poco conocida en América Latina pese a haber sido uno de los principales pensadores anticoloniales de la primera mitad del siglo xx. Esperamos que esta publicación de *Reconstrucción negra* ayude a crear un nuevo interés sobre esta tradición crítica que hace casi un siglo viene reflexionando sobre el carácter racializado del capitalismo y de las formas pretendidamente objetivas de comprender el mundo contemporáneo.

*Sergio Galiana*
Universidad de Buenos Aires

Juan Recchia Paez,
*Canudos: guerra y archivo.* Jagunçada *y* povofonia *en la conformación de la literatura brasileña (1893-1912)*, prólogo de Florencia Garramuño, Buenos Aires/San Pablo, CLACSO/Mecila, 2025, 416 páginas

Beatriz Sarlo defiende que el retorno del pasado siempre será una captura realizada en el tiempo presente.[1] Diferente de aquel modelo de ciencia que inmoviliza la historia por la representación de un pasado lejano y factual, esta actitud en relación con el tiempo permite una comprensión de la historia en tanto objeto en constante disputa en el imaginario social contemporáneo. La historia será, de esta manera, una historia de los síntomas, conforme lo define Georges Didi-Huberman en su defensa de la fecundidad del anacronismo.[2]

Juan Recchia Paez sigue esa idea en *Canudos: guerra y archivo.* Jagunçada *y* povofonia *en la conformación de la literatura brasileña (1893-1912).* En este libro, este investigador de la literatura latinoamericana revisita la Guerra de Canudos en Brasil para, en sus palabras, "desmonumentalizarla". Es decir, sin asumir este episodio histórico como marco histórico fijo o como un mito fundacional de la República en Brasil, tampoco como hecho literario autónomo y definitivo, como fue el caso de *Os Sertões*, obra de Euclides da Cunha que se tornó un verdadero documento general sobre la guerra. Canudos sería para Recchia, antes, "un acontecimiento discursivo": jamás encerrado en los supuestos sueños de los archivos o en la idealizada firmeza de la escritura de las fuentes.

En los archivos de Canudos, los acontecimientos están por hacerse. En ellos, diversos personajes –nombres propios y una multitud de sujetos anónimos para la historia en su forma monumentalizada– participan en las disputas y en las construcciones narrativas no solo como actores coordinados, sino como narradores activos.[3] Recchia Paez presenta una lectura alineada con la tesis de Michel Trouillot para quien la historia está hecha de "batallas narrativas" repletas de silencios que en ellas ingresan en diferentes etapas del hacer historiográfico. A diferencia de una historia cerrada, el libro apuesta a la "povofonía", término acuñado por el propio autor, con inspiración en las lecciones de Gayatri Spivak,[4] para dar cuenta de las muchas voces que se entrelazan en la construcción de imaginarios culturales sobre Canudos. La propuesta, bien ejecutada por Recchia Paez, sigue un inventario de personajes, acontecimientos, estilos de escritura, relaciones y problemas a partir de diferentes archivos.

Desde Derrida[5] y el así llamado "giro archivístico", el archivo –una de las representaciones más indiscutibles de la disciplina histórica en su positividad– ha sido sometido a escrutinio. Su concepción en tanto repositorio pasivo del pasado (*loci*, por excelencia, de evidencias históricas indiscutibles y de espacios previamente dados en la producción del conocimiento histórico) es puesta en duda. Los archivos, según la propuesta del presente libro, deben ser enfrentados como campos de investigación crítica en consideración a sus formaciones, reglas de funcionamiento, epistemologías, concepciones hegemónicas y protocolos asociados con el registro y la reproducción a lo largo del

[1] Beatriz Sarlo, *Tempo passado: Cultura da memória e guinada subjetiva*, San Pablo, Companhia das Letras, 2007.
[2] Georges Didi-Huberman, *Diante do tempo: história da arte e anacronismo das imagens*, traducción de Vera Casa Nova y Márcia Arbex, Belo Horizonte, Editora UFMG, 2015.
[3] Michel Foucault, *Em defesa da Sociedade: Curso no Collège de France*, San Pablo, Editora Martins Fontes, 2010, "Aula de 28 de janeiro de 1976".
[4] Gayatri Spivak, "Can the subaltern speak?", en P. H. Cain y M. Harrison (eds.), *Imperialism. Critical Concepts in Historical Studies*, vol. III, Routledge, 2023.
[5] Jacques Derrida, *Archive Fever: A Freudian Impression*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.

tiempo. Como bien apunta Recchia Paez, en una fina lectura de Achille Mbembe, es necesario mirar las condiciones de archivalidad de Canudos como "rituales de poder".[6]

Metodológicamente, Recchia Paez realiza una incursión densa en medio de una diversidad de fuentes y archivos para indagar sus textualidades: verdaderas prácticas de escritura desde donde se pueden extraer significados transaccionados, visiones en formación y muchas disputas. El diálogo intertextual combina métodos de la historia de las ideas, de la crítica literaria y de la sociología con la microhistoria y la etnografía de archivos. En vez de buscar una forma del consenso, el autor rastrea las contradicciones de las muchas voces que se entrelazan en las textualidades de las fuentes. En el "archivo escriturario" hay versiones y relatos oficiales en los cuales conviven la máquina cientificista e higienista coincidente con la construcción política de la República que necesita irrumpir en el Brasil, cuyo orden es el del atraso: los determinismos de todo orden, el racismo y el sexismo científico y la producción del "otro" sertanejo. Los sentidos de "caridad", "humanidad", "patriotismo" dan el tono a la necesidad de incorporar figuras sertanejas en el imaginario de la República: convertir al "sertanejo" en "brasileño". Frente al "archivo poético" –tal vez el más sorprendente– la poesía popular y el cordel sirven como ecos de las oralidades sertanejas, a veces contradictorios entre sí, que siguen y distorsionan las narrativas de la prensa periódica de la época. El archivo popular no es sinónimo ingenuo de la restitución de las voces de los vencidos sino, antes de todo, campo donde también la propia subalternización se realiza.

En el "archivo militar" los relatos memoriales de soldados y las instrucciones de guerra se presentan entre narrativas de gloria y de fracaso. Recchia Paez hace un cuerpo a cuerpo con personajes: artilleros, tenientes y comandantes responsables por representar en las textualidades a Canudos como un "teatro de operaciones" que se edificó con las ideas de avance científico, e impuso, con mucha violencia, el litoral sobre el interior, lo urbano sobre lo rural, la ciencia sobre aquello que se comprendía como desorden mesiánico. En las interpretaciones de Lilia Schwarcz sobre la versión histórica de la República y su complicada construcción de la ciudadanía, la República surge con sus mitos de fundación, y construye un pasado para el presente y un presente para el pasado.[7]

En la etapa final del libro, Recchia Paez analiza el *arquivo canudense*, que enfrenta una fortuna crítica a partir del canon literario sobre Canudos. El conocimiento histórico produce la literatura al mismo tiempo en que la literatura interfiere en la producción del conocimiento histórico. Euclides da Cunha es traductor de la guerra por medio de muchas mediaciones. En todos los archivos estudiados por el autor es posible observar una "povofonía" que se construye y disputa las textualidades. Las fuentes son, en este sentido, piezas colaborativas en las que los narradores están inmersos en sus contextos, en relaciones trabadas entre sí y con las tradiciones literarias compartidas. Entre los ecos de la oficialidad republicana y aquel de la cultura popular subalternizada existen traducciones que convierten los hechos en acontecimientos discursivos.

Es importante resaltar la actitud antropológica asumida por Recchia Paez frente a los diferentes archivos. La atención especial a las textualidades enfatiza la comprensión de que los textos son siempre prácticas sociales a partir de las cuales será posible observar encuentros, relaciones, enfrentamientos, valores, hábitos, ansiedades y muchas ambigüedades que, potencialmente, revelan las disputas en la representación de la guerra, del héroe, del enemigo, del ejército, del intelectual y del pueblo. En tanto texto, Canudos es confrontado, por el autor, como una fábrica contingente y duradera de palabras, categorías de pensamiento, convenciones estilísticas entre figuras de lenguaje, conjugaciones verbales y acciones intertextuales manipuladas por narradores. Es también ahí donde se disputa el juego que define y redefine al acontecimiento entre

[6] Achille Mbembe. "El poder del archivo y sus límites", *Orbis Tertius*, vol. 25, nº 31.

[7] Lilia Moritz Schwarcz, *Sobre o autoritarismo brasileiro*, San Pablo, Companhia das Letras, 2019.

vencedores y vencidos: posiciones que cambian de lugar diversas veces en los archivos, desarticulando las dicotomías que fueron capaces de organizar el evento histórico hasta entonces.

Consideramos también útil de señalar el lugar dado a las prácticas ficcionales contenidas en esta artesanía compleja de las fuentes. La ficción en los archivos –para invitar a las contribuciones de la historiadora Natalie Davis al análisis del libro de Recchia Paez–[8] aquí no se entiende como una simple falsificación de los hechos ocurridos en Canudos, sino como prácticas textuales que construyen verosimilitudes para potenciales lectores, ávidos por conocer la historia en su conclusión temporal. Delante de esta condición de las fuentes, Recchia Paez demuestra cómo los eventos asociados a Canudos se convierten en relatos y cómo las verdades morales se derivan de construcciones culturales. Dada la gran cantidad de conexiones entre las fuentes, es posible observar cómo el propio investigador construye su archivo personal: documentos, informes, fotografías, poemas, literatura de cordel, cartas y cuadernos.

Finalmente, otra importante contribución debe ser apuntada. Los archivos de Canudos tan bien (re)inventariados por Recchia Paez son también archivos de la República brasileña. Canudos es, en este sentido, un laboratorio del poder donde los hechos, personajes y significados son experimentados y forjados en la definición de un "otro" que deberá ser convertido en "alma" de la República, para recuperar la noción de José Murilo de Carvalho, certera referencia en el libro. En los archivos están reflejadas las luchas desiguales que fundaron y caracterizaron la República: cientificismo, positivismo, militarismo y racismo. En la Primera República, la ciudadanía se constituyó en función de las exclusiones que ella misma promovía.

La importante contribución de Juan Recchia Paez demuestra cómo la difícil construcción de la ciudadanía brasileña se disputa en los archivos y, sobre todo, por las textualidades. El libro, en este sentido, apunta hacia el hecho de que la República nace de experiencias de organización del archivo sobre el punto de vista del poder hegemónico, hábil y textualmente empeñado en silenciar la historia. Sin embargo, un juego es un juego. En los archivos también se puede observar al poder tropezando y ahí es que las voces subalternizadas resurgen. La escritura, para citar a Recchia Paez, puede ser, entonces, "restitución e irrupción de lo inasimilable". Ocurre como dice Didi-Huberman: "el genocidio siempre deja restos y los restos casi siempre se desplazan", es decir, encuentran una tangente.[9] Por lo tanto, los archivos nos enseñan a leer el presente como conjuntos de síntomas del pasado.

*Paulo Augusto Franco de Alcântara*
Universidade de São Paulo

[8] Natalie Zemon Davis, *Fiction in the Archives: Pardon Tales and their Tellers in Sixteenth-Century France*, Stanford, Stanford University Press, 1987.

[9] Georges Didi-Huberman. *Sobrevivência dos vaga-lume*, traducción de Vera Casa Nova, Márcia Arbex, revisión de Consuelo Salomé, Belo Horizonte, Editora UFMG, 2011, p. 149.

Vanesa Miseres,
*Gender Battles: Latin American Women, War and Feminism*,
Toronto, University of Toronto Press, 2025, 240 páginas

Pocas cuestiones han estado más alejadas de la historia de las mujeres que la guerra. Tradicionalmente entendida como un espacio masculino, ha sido la historia política y militar la que se ha dedicado a estudiar este tema, mientras que la historia de las mujeres se ha centrado en cuestiones como la maternidad, la educación y el feminismo. El libro de Vanesa Miseres se interesa precisamente por la participación de las mujeres en las guerras y, más concretamente, por cómo un grupo de mujeres latinoamericanas ha entendido y relatado los principales conflictos armados que marcaron los siglos XIX y XX. Este estudio no solo pretende incorporar estas voces, hasta ahora desatendidas por la historiografía, sino también analizar las formas en que estas mujeres han moldeado el discurso sobre la guerra.

En *Gender Battles: Latin American Women, War, and Feminism* se explora un corpus de mujeres latinoamericanas que escribieron sobre diversos conflictos armados durante los siglos XIX y XX, como la Guerra del Pacífico (1879-1884), la Guerra hispano-estadounidense (1898), la Primera Guerra Mundial (1914-1918), la guerra civil española (1936-1939) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). El libro recoge los trabajos de escritoras, educadoras y activistas de diferentes estatus sociales, orígenes étnicos y trayectorias profesionales para mostrar que la guerra no solo fue central en los debates sobre la identidad nacional, sino también en la aparición del feminismo en América Latina. A través del análisis de la narrativa de estas mujeres, especialmente de sus memorias y trabajos periodísticos sobre la guerra, la autora muestra una transición desde un relato articulado en torno al patriotismo y el heroísmo, característico del siglo XIX, hasta otro focalizado en el feminismo y en demandas que trascendieron las fronteras nacionales, propio de las primeras décadas del siglo XX.

El primer capítulo del libro se centra en las reflexiones de dos mujeres –Antonia Moreno y su hija Zoila Aurora Cáceres– en torno a la Guerra del Pacífico, que enfrentó a Chile, Perú y Bolivia. Ambas escribieron sobre este conflicto, centrándose en las campañas militares de Andrés Avelino Cáceres, marido de la primera y padre de la segunda, y publicaron sus trabajos varias décadas después de los hechos. Miseres reflexiona sobre la relación entre la escritura femenina y la historia, y examina las estrategias retóricas que utilizaron las autoras para abordar el tema, mostrando cómo ambas cuestionaron la forma monolítica de narrar la guerra, generalmente entendida como un evento de naturaleza masculina.

El segundo capítulo se centra en cómo un grupo de mujeres argentinas o residentes en el país interpretaron la Guerra hispano-estadounidense de 1898 y la Primera Guerra Mundial. Miseres examina las posturas de Alfonsina Storni, Elvira Rawson, Emma de la Barra, Herminia Brumana y las mujeres anarquistas que estaban detrás del periódico *La Voz de la Mujer*, así como las de figuras menos conocidas, como Lola Pita Martínez y Mercedes Humano Ortiz, respecto de la guerra, el pacifismo y el feminismo. La autora muestra que ambos conflictos fueron vistos por estas mujeres como oportunidades para ampliar el debate sobre la emancipación femenina, el sufragismo y los derechos, tanto a nivel nacional como continental. Miseres también muestra cómo este proceso se vio acompañado por otra transformación: a finales del siglo XIX muchas mujeres comenzaron a distanciarse del discurso heroico y patriótico sobre la guerra que les había servido para integrarse en la nación, para acercarse a posiciones más críticas basadas en la articulación de alianzas con movimientos feministas internacionales.

El tercer capítulo analiza las reflexiones e intervenciones de las mujeres latinoamericanas en torno a la guerra civil española. Miseres examina, por un lado,

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1719

el impacto que tuvo el conflicto en la vida de dos mujeres: la argentina Mika Etchebéhère y la mexicana Elena Garro, quienes participaron, en mayor o menor medida, en la guerra civil. Por otro lado, la autora también explora las repercusiones de este conflicto en el feminismo local y analiza las posiciones de las revistas *Vida Femenina* (Buenos Aires) y *Acción Femenina* (Santiago) con respecto a la lucha contra el fascismo. Miseres reconoce que las vivencias de Etchebéhère y Garro fueron muy diferentes –mientras que la primera participó activamente en el conflicto, la segunda viajó a España para acompañar a su marido, Octavio Paz, a un congreso de intelectuales antifascistas–, pero argumenta que las unió una misma mirada atenta al lugar marginal de las mujeres en torno a la guerra y una visión alternativa de la memoria republicana.

El cuarto y último capítulo se centra en las crónicas, cartas y escritos de tres mujeres muy diversas: las escritoras e intelectuales Victoria Ocampo y Gabriela Mistral, y la educadora Olga Cossettini, para mostrar cómo entendieron su lucha contra el fascismo durante la Segunda Guerra Mundial. Miseres argumenta que estas tres mujeres asociaron el fascismo con la inequidad de género y utilizaron la esfera cultural para combatirlo. Cossettini propuso un modelo educativo centrado en la preservación de los valores democráticos; Mistral y Ocampo, por su parte, utilizaron la prensa para difundir sus reflexiones sobre la guerra: Mistral escribió cartas de apoyo a los soldados brasileños que luchaban en Europa, y Ocampo describió los juicios de Núremberg a través de crónicas.

En el epílogo, Miseres reflexiona sobre la relación entre memoria, historia y género. La autora propone crear un "archivo feminista sobre la guerra" en el que la escritura de las mujeres sobre los conflictos bélicos no solo sirva para reposicionar sus voces, en este caso las latinoamericanas, sobre el tema, sino también como una reflexión sobre quiénes y de qué manera se construye ese relato.

El libro *Gender Battles* crea precisamente este archivo a través del rastreo y análisis de una gran cantidad y variedad de fuentes. En él se recopilan ensayos, memorias y artículos periodísticos escritos por mujeres de diferentes posiciones sociales, políticas e ideológicas, algunas de reconocida trayectoria y otras no tanto. Lo que los une –además de ser reflexiones sobre diferentes guerras escritas por mujeres posicionadas en América Latina– es el hecho de que hasta ahora hayan sido textos poco explorados por la historiografía. Y, cabe añadir, el gran trabajo de interpretación que realiza la autora, quien logra leer entre líneas y reconstruir con destreza el contexto histórico de estos escritos tan diversos. En algunos casos, el contenido de las reflexiones sobre la guerra transparenta la posición política e ideológica de las autoras, siendo las anarquistas y las antifascistas los ejemplos más evidentes. Sin embargo, en otras ocasiones la perspectiva de estas mujeres resulta más sorprendente. En esos casos la forma de escribir se vuelve crucial, ya que son precisamente las reflexiones más personales e íntimas las que muestran una mayor creatividad. Y aquí radica el segundo gran acierto de *Gender Battles*: la lectura que Miseres hace de estas fuentes desde una perspectiva que tiene en cuenta la importancia de las emociones y los sentimientos. Un ejemplo de ello es la forma en que la autora aborda la participación política de las mujeres en apoyo a la España republicana como un acto de "solidaridad afectiva". Otro ejemplo es el uso de la noción de impertinencia para analizar ciertas posturas irrespetuosas hacia las maneras masculinas de entender la guerra y el papel de las mujeres en ella que Miseres detecta en las memorias de Elena Garro.

Este libro realiza una importante contribución a la historia de las mujeres en América Latina y a la historia cultural de la guerra. Escrito de forma clara, este libro es útil tanto para académicos como para estudiantes interesados en la experiencia de las mujeres en tiempos de guerra. Al contrastar estos relatos con los provenientes de la historiografía tradicional, moldeada mayoritariamente por la mirada masculina del conflicto bélico, *Gender Battles* invita a los lectores a ampliar nuestra comprensión no solo de las guerras, sino también de las formas de entenderlas y recordarlas.

*Cecilia Tossounian*
Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Tomás Pérez Vejo,
*México, la nación doliente. Imágenes profanas para una historia sagrada*,
México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Libros Grano de Sal, 2024,
376 páginas

Los trabajos de investigación de Tomás Pérez Vejo son reconocidos por indagar y desarmar el binomio de enemistad entre españoles y americanos en relación con el período de las independencias hispanoamericanas, así como también de los procesos de formación nacional americanos. Entre ellos, destacamos los aportes que realizó su libro *Elegía criolla. Una reinterpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas* (2010) y la coordinación y el rumbo que tomó el libro de autoría colectiva *Enemigos íntimos. España, lo español y los españoles en la configuración nacional hispanoamericana (1810-1910)*, publicado en 2011, con participaciones de José María Portillo, Marco Antonio Landavazo y Beatriz Bragoni, entre otros.

En *México, la nación doliente* el autor indaga la construcción político-cultural de la nación mexicana en el largo siglo XIX, que va del proceso de la declaración de la independencia de la década del 20 a los festejos del centenario de 1910. Su objetivo consiste en hacer visibles las estrategias de las élites a través de espacios-miradores privilegiados, como lo fueron las polémicas de la prensa periódica, la escritura de relatos históricos, los paseos y monumentos públicos y, sobre todo, a través del aporte fundamental de la pintura. Y es que este libro ilumina el trasfondo de la cristalización de las imágenes-mito fundacionales, y se enfoca así en los procesos y estrategias oficiales o partidistas que erigieron imágenes trascendentales alejadas de los hechos históricos. Pérez Vejo nos muestra los protocolos de creación del imaginario histórico "sagrado" mexicano, que tomó mucho del proceder estético y político del Antiguo Régimen católico y familiar. En palabras del autor: "Una comunidad política en cuyo origen no estaba solo la voluntad de los ciudadanos sino la imposición de la historia, fosilizada en una colección de imágenes de memoria" (p. 11).

Desde la introducción, Pérez Vejo establece una diferencia clara entre la comunidad política de ciudadanos y la construcción de una nación, es decir, entre el camino político-legislativo de ejercicio de soberanía y el armado de su significación político-cultural. Para ello, el autor organiza los capítulos en torno a determinados mitos o imágenes cristalizadas de la memoria nacional mexicana, vertebradas todas ellas en decisiones de poder de un Estado (fuera conservador, liberal o imperial) plurifuncional. Y la maquinaria de los capítulos se organiza en relación con el uso que las élites del siglo XIX mexicano han realizado de la pintura, en particular, del género de la "pintura de historia": "el eje de las imágenes de memoria en torno a las que se articularon los relatos de nación decimonónicos fue definido por la teoría de los géneros como la representación de hechos del pasado" (p. 15). Un tipo de representación político-ideológica que mediatizó por completo la forma como los espectadores del siglo XIX vieron las obras de arte y que contribuyó a sacralizar determinadas lecturas y personajes del pasado por sobre otros, al sustituir las pinturas de tema religioso por pinturas de tema laico. Este tipo de perspectiva crítica lo va a llevar a aseveraciones por momentos tajantes, como que el nacionalismo "va a monopolizar la historia político-intelectual de Occidente durante los dos siguientes siglos, hasta nuestros días" (p. 16). Es decir, concibe al nacionalismo como una especie de culto en particular en las sociedades hispanoamericanas herederas de la monarquía española, en especial en México, que ha poseído y posee adeptos y creyentes que no cuestionan los preceptos que el autor busca desarmar, así como marcar las fallas de ese sistema político-cultural. Este tono denuncialista sobrevuela, y por momentos invade, el estudio crítico tan

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1720

rico y valioso que realiza sobre las estrategias y caminos interpretativos que tomaron las vertientes políticas a lo largo del siglo XIX en relación con armar lecturas colectivas del pasado.

Más allá de este tono de escritura, este estudio es fundamental porque rescata el peso político que ha tenido para los gobiernos de turno la revitalización de la Academia San Carlos. Pérez Vejo realiza un estudio pormenorizado de cómo los requerimientos de esta Academia y sus distintos directores le han signado un camino específico a la construcción nacional mexicana, en la que las pinturas de historia pasaron a enlazarse con las historias personales de todos los mexicanos debido al peso que han tenido tanto en los espacios públicos (edificios gubernamentales, museos) como en los manuales escolares y hasta en el cambio de la letra del himno nacional. El período de auge de este tipo de representación pictórica va desde 1846 hasta 1892, con el cuadro de Leandro Izaguirre *El suplicio de Cuauhtémoc*, que permite ver la "coronación" gloriosa de la pintura como dispositivo por excelencia de la consolidación en las mentes mexicanas de un pasado prefabricado a través del arte.

Para que la imagen representada cobrara fuerza de imagen de pasado, Pérez Vejo nos muestra las gestiones que realizaron los directores de esta Academia, en especial los españoles Clave y Landesio, quienes actuaron como verdaderos gestores político-culturales, codo a codo con los mandatos de los poderes de turno. Al respecto, destacamos cómo el autor revela mecanismos de reconstrucción y consolidación del nacionalismo bajo los mandatos de gobiernos conservadores o imperiales (son fundamentales los estudios que el autor hace sobre los pedidos precisos del emperador francés Maximiliano y el presidente Porfirio Díaz), así como también las vicisitudes y contradicciones con las que se topó el gobierno de Benito Juárez en relación con qué imágenes rescatar y consolidar del pasado.

El estudio de Pérez Vejo gira en torno a ciertas problemáticas de la mitología de la historia mexicana al cuestionar las decisiones políticas que han llevado a entronizar ciertas imágenes del pasado por sobre otras. Así, los primeros capítulos los dedica a analizar por qué existen más pinturas de historia del período de la antigüedad indígena, previas a la conquista española, y pocos o casi ninguno del período virreinal, así como también cómo desde el poder político se le ha dado prioridad a la memoria pictórica de la antigüedad azteca y no a la búsqueda de reproducciones de momentos del período independentista (sobre todo en el período de gestación nacional, como lo fue el gobierno de Juárez). Para ello, el autor rescata las polémicas existentes entre los sectores liberales y conservadores del poder político sobre cuál sería el nacimiento de la nación mexicana, si desde el período de conquista de Hernán Cortés o desde los procesos civilizatorios de los indígenas y sus procesos defensivos y de resistencia. El hecho de que se hayan consolidado las imágenes de Cuauhtémoc y luego del religioso Hidalgo del período insurgente-independentista, le permite al autor sostener que más allá de la consagración de ciertos deseos liberales se trató de consagrar de forma monumental aspectos paternales, desligados de violencia, en pleno sacrificio por sus comunidades, en una entrega por un porvenir prodigioso. Este rescate pictórico estuvo sostenido en decisiones políticas claras que silenciaron, "velaron" a otros actores sociales como Hernán Cortés, Moctezuma, e incluso a Agustín de Iturbide.

Son sumamente útiles las observaciones metodológicas que el autor realiza sobre los caminos que ha tomado la construcción discursiva nacional mexicana, sobre todo en relación con los silenciamientos que ha asumido con respecto a la selección de la comunidad azteca por sobre otras comunidades y poderíos indígenas, por qué se ha centrado en la capital del virreinato y no en otras localidades, por qué ha elegido a ciertos actores como héroes y no a otros, qué ha pasado con la vida virreinal y sus cimientos en la política mexicana. Sobre todo, es fundamental el camino religioso-devocionario que ha tomado esta construcción nacional que ha elegido la pasión, el sufrimiento, como punto de partida desde el cual cimentar la unión de los habitantes. El dolor como factor aglutinante que tiene un impacto imparable, como lo ha sido la representación de la pasión de Jesucristo para la comunidad católica. Por eso en México las analogías entre procedimientos de la pintura

religiosa que han sido absorbidos y tomados de forma estratégica por la pintura de la historia (por este motivo, también, el autor dedica una parte importante de su estudio al análisis de la representación de la Virgen de Guadalupe, adherida o como telón de fondo de la representación política).

El último capítulo de este estudio es también de destacar; allí Pérez Vejo da cuenta de la agonía de la pintura de la historia y su reemplazo por los paseos públicos y los monumentos durante la primera década del siglo XX. Frente a los festejos del Centenario de Independencia, el autor nos muestra cómo el gobierno de Porfirio Díaz decide festejar el grito de Dolores, de Hidalgo, cuando ese no fue realmente el momento de quiebre independentista de Nueva España (que lo fue a manos de Iturbide y el ejército Trigarante en 1821, que implicó la conjunción de un militar realista que se asoció a la facción insurgente en busca de una salida al malestar general y que luego impulsa un imperio breve y decadente). Rescatamos de este capítulo cómo los monumentos, y en especial el de la Independencia, el que se realiza en honor a la reina Isabel y el que se hace de Colón, vienen los tres a presentar una conjunción polifuncional de la consagración de una nación que rinde homenaje de forma simultánea a distintos fundadores y que apunta a la recuperación heterogénea de momentos que incluye en el Paseo de la Reforma, como para indicarles a los mexicanos por dónde deben caminar y qué deben apreciar. Esta monumentalización del espacio público está en diálogo con el camino iniciado por los críticos de arte que empezaron a funcionar de manera política en la gesta del discurso nacionalista a mediados del siglo XIX, gracias a los cuales, como señala Pérez Vejo, los mexicanos aprendieron a valorar el arte pictórico.

Así, el libro en su totalidad es un muestreo claro de cómo el nacionalismo, confundido con impulsos patrióticos o de pertenencia de una lengua, espacio, un pasado y un futuro en común, es por sobre todo una madeja de estrategias político-culturales de grupos de poder que han utilizado en México a la pintura como la gran gestora de unión, en vínculo con letrados o especialistas capaces de amoldar la mirada, la forma de apreciar los espacios públicos y el sentir de los habitantes.

*Mariana Rosetti*
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Paulina L. Alberto,
*Leyenda negra. Las múltiples vidas de Raúl Grigera o el poder de los relatos raciales en Argentina*, traducción por Florencia Grieco,
Buenos Aires, Prometeo, 2024, 461 páginas

*Leyenda negra* es el trabajo más reciente de Paulina L. Alberto, historiadora especialista en la intersección de raza y nación afrolatinoamericana. En esta oportunidad nos propone acercarnos a los relatos raciales argentinos a través de una minuciosa reconstrucción microhistórica de la familia de Raúl Grigera, una celebridad afroporteña de principios del siglo XX.[1] El objetivo del libro es mostrar la capacidad de los relatos racializados de imponer ideologías raciales en el discurso público. Con la utilización del concepto de "leyenda negra", la autora dialoga con una tradición historiográfica de interpretación de la colonización americana que tendió a dar por aniquilados tanto a pueblos indígenas como a afrodescendientes, proponiendo en cambio una relectura en clave de invisibilización.[2]

La investigación hilvana tres ejes: la historia de los Grigera, los relatos sobre el personaje "el negro Raúl", y una historia intelectual sobre el racismo en la Argentina. Si bien no se trata de un enfoque de historia conceptual, la última vertiente contribuye a la historización de la categoría de "negro/a" en estas latitudes. Centrado en el período 1840-1950 y localizado en Buenos Aires, el libro cuenta con dos partes: una que remite al siglo XIX y a los antepasados de Raúl, y otra centrada en el siglo XX y en su figura.

El primer capítulo abarca el período de 1850-1880 y repasa la trata esclavista y el sistema de patronazgo rioplatense en relación con los bisabuelos y abuelos de Raúl. La autora explica que, hacia mediados del siglo XIX y tras sucesivas oleadas de inmigración no-africana, el porcentaje de los afroporteños se vio reducido del 30% al 1,8% en la ciudad. La situación, junto con los mitos sobre la extinción afroargentina en guerras y epidemias, fue leída por la élite intelectual como el inicio de su inminente desaparición.[3] Esto fue impulsado por pensadores como Sarmiento o Estrada que, en pos de una ciudadanía universal, impulsaron un proceso de desmarcación racial, a saber, una homogeneización poblacional más comportamental que étnico-racial. Las políticas de desmarcación impulsaron la omisión de categorías raciales en documentos oficiales y ampliaron conceptos ambiguos como *trigueño* (para su final inclusión en la categoría de *blanco*).

El segundo capítulo se centra en el período 1880-1900 y utiliza a los periódicos afroporteños como fuentes principales. En este período los discursos sobre el blanqueamiento poblacional se convirtieron en una "narrativa maestra de la homogeneidad blanca" (p. 141) y se caracterizaron por el vaciamiento de la categoría *negro* de la mano de la consolidación de la narrativa del país como orgullosamente *blanco*. Como respuesta a la exclusión basada en el color, los editores promovieron la búsqueda de respetabilidad de su comunidad a partir de un comportamiento intachable. Aquella estrategia denominada *regeneración*, no obstante, contribuyó a despoblar la categoría *negro* y a la adscripción a una identidad nacional *blanca*, incluso cuando aquella encubría una amplia gama de mestizaje. En la medida en que se comenzaron a priorizar alianzas de clase o políticas, la regeneración implicó la socavación de lógicas comunitarias.

[1] Esta reseña amplía una primera aproximación al libro publicada en formato de ficha bibliográfica en *Cuadernos del CEL*: Zoe Brodsky Mercer, ficha de *Leyenda negra. Las múltiples vidas de Raúl Grigera o el poder de los relatos raciales en Argentina*, de Paulina Alberto, *Cuadernos del CEL*, núms. 13-14, 2025, p. 157.

[2] Sobre esta discusión, un libro de referencia es Rómulo Carbia, *Historia de la leyenda negra hispanoamericana*, Buenos Aires, Orientación Española, 1943.

[3] Tanto las guerras de la independencia como la fiebre amarilla redujeron numéricamente a las clases populares en general, y no implicaron la extinción de un grupo en particular (p. 59).

Los capítulos que siguen, centrados en la figura de Raúl, significan un aporte historiográfico sustancial al conocimiento sobre los afroargentinos hacia el siglo xx. El tercer capítulo recorre la juventud de Grigera en la primera década del siglo: su paso por un reformatorio en Marcos Paz y el regreso a Buenos Aires, marcado por problemas legales y trabajos temporales. En un clima social cada vez más hostil para los afroargentinos, emergió la categoría de "degenerado", a saber, individuos con un supuesto deterioro racial o moral, que abarcó desde prostitutas y "desviados" sexuales hasta "vagos" y "vagabundos". Es decir, el degenerado era aquel de quien se suponía un deterioro racial (biológico) y/o moral (comportamental) propio de una sociedad mestiza. Es así que la categoría de *negro* comenzó a fundirse con la de las clases populares urbanas, desdibujando los límites identitarios.[4] Frente a la disolución, los afroporteños tuvieron dos opciones: encarnar el estereotipo de "negro de alma blanca" (p. 205) (a saber, una persona racializada cuyo tono de piel fue pasado por alto gracias a su comportamiento) o bien, quienes no lograron desmarcarse como *negros*, ser identificados como individuos excepcionales expuestos a la hipervisibilidad y a una abierta discriminación. Así, el "límite entre negro y blanco, lejos de ser sistemático, era contextual y terriblemente caprichoso" (p. 207).

Los años de fama de Raúl (1910-1916) son abordados en el cuarto capítulo, en el cual se lo presenta como un "carismático ícono negro de la cultura popular porteña y de la noche bohemia" (p. 210). Esta fama fue alcanzada a partir de la organización de candombes en el Teatro Nacional, y las afectividades positivas alrededor de la negritud en el mundo del tango. Su notoriedad, señala Alberto, iba a contramano del comportamiento esperado de los afroporteños (la adscripción a estereotipos de miseria, victimización y autosilenciamiento), y su salto a la celebridad fue posible gracias a que ciertos círculos sociales contrahegemónicos del criollismo popular albergaron una fascinación por la negritud como un emblema de orgullo, tradición y masculinidad, incluso en medio de una obsesión por la blanquitud. En este período, la prensa mostró a Raúl como un "vivo" dada su forma lujosa de vivir sin trabajo conocido.

El período de 1916 a 1930 fue de una intensa difamación a la imagen de Raúl. Coincidiendo con esta periodización en el quinto capítulo, Alberto recorre la creación del ficticio personaje "negro Raúl", ahora confinado a escenas de deshumanización servil frente a jóvenes de élite *blanca*. La autora relaciona este viraje con la preocupación de la clase política de antaño por la *negritud* de las clases populares frente a la ampliación del electorado votante.[5] Como parte de las caricaturas pedagógicas que buscaron moldear un comportamiento social aceptable de las clases medias, apareció la historieta *Las aventuras del Negro Raúl*, de Arturo Lanteri. La autora sostiene que la misma inauguró el canon violento hacia el "negro Raúl" y concluye que su moraleja fue "no ser un negro" (p. 277). Este período estuvo marcado por una negrofobia que arruinó reputaciones de afroargentinos de renombre. Contra esta narrativa, no obstante, Alberto descubre que Raúl trabajó como guía de los jóvenes de clase alta en la noche porteña.

El sexto capítulo, dedicado a los últimos años de Raúl, demuestra que entre 1930 y 1955 "el negro Raúl" sirvió de moraleja de los relatos racializados: pobreza, locura, enfermedad y falta de hogar. Asentado sobre el racismo científico, el golpe militar de 1930 aumentó la vigilancia sobre las calles de la ciudad. Las personas consideradas indeseadas fueron confinadas en instituciones psiquiátricas, escenario en el que Raúl terminó sus días, en la Colonia Open Door. Alberto sostiene que la ausencia en la vía pública –tanto de Raúl como de los afroporteños en general– funcionó como una metáfora de "invisibilidad-como-muerte" (p. 377). No obstante, los afroporteños se relocalizaron

[4] La dispersión afroporteña en este período se explica por tres razones: las nuevas solidaridades de clase y políticas; la relocalización geográfica; y la ausencia de periódicos comunitarios socialmente aglutinadores.

[5] La presidencia de Hipólito Yriyoyen habilitó la identificación de sus votantes, incorporados por la Ley Sáenz Peña, como *negros*: "[…] plebes políticamente peligrosas que recordaban a las ´hordas africanas´ rosistas" (p. 267).

en diferentes barrios donde reprodujeron sus patrones de sociabilidad. El peronismo, por su lado, al atenuar los rasgos más excluyentes del paradigma de la blanquitud y habilitar espacios para los afrodescendientes, "limitó su potencial para acabar con la invisibilidad" (p. 379). Es decir, en la medida en que sus detractores identificaron a las masas peronistas como "negros", el peronismo contribuyó al desprendimiento de la categoría "negro" del color de la piel y a la invisibilización afroargentina.

El epílogo del libro abarca desde 1955 hasta la actualidad y se refiere a las vidas póstumas de Raúl. Estas narraciones presentaron el paso de Grigera por la ciudad como algo anómalo e irreal, contribuyendo así al mito de la desaparición. Tanto la apertura democrática desde 1983 como los años de gobiernos kirchneristas (2003-2015), argumenta la autora, impulsaron la visibilización de los afroargentinos como un grupo socialmente agraviado, pero no lograron modificar las narrativas centenarias sobre la negritud en el país, razón por la cual Alberto comenzó a desarrollar la resultante investigación. La conclusión alcanzada por el libro es que durante el siglo XX se instaló una narrativa racial que prometió la inclusión en la ciudadanía *blanca* a individuos de diversos orígenes étnicos y rasgos fenotípicos, en la medida en que cumplieran con ciertas *performances* de blanquitud. En la práctica esta inclusión fue parcial y, para los afroargentinos, implicó su invisibilidad forzada como grupo diferenciado, así como el afianzamiento de la imagen del país como libre de racismo.

El libro contempla una extensa variedad de fuentes históricas, como memoria oral, periódicos y registros parroquiales, civiles y policiales, entre otros. Asimismo, la autora dialoga con diferentes ramas de la historiografía para construir el relato: la historia de la fotografía,[6] de la historieta,[7] de la criminología,[8] la historia social argentina[9] y de los afroargentinos[10] y otras. Consideramos que aquella diversidad apunta a historizar políticas y dispositivos de silenciamiento de la presencia afroargentina a partir del abordaje microhistórico de la familia Grigera. El libro representa un considerable aporte al alumbrar zonas hasta ahora opacas, como la construcción de la identidad racial argentina y su repercusión en la población afroporteña. Asimismo, y aunque no fuera un objetivo inicial, *Leyenda negra* contribuye a la historización de la categoría *negro*. Al tratarse de una obra destinada a un público erudito, coincidimos con la autora cuando sostiene que la divulgación de sus resultados sería de un enorme valor social en formatos más accesibles a un público no especializado.

*Zoe Brodsky Mercer*
Universidade Federal do Estado de Rio de Janeiro

[6] Abel Alexander, "Retratos en negro. Afroargentinos en la fotografía del siglo XIX", en *Historia de la fotografía*, Rosario, Sociedad Iberoamericana de Historia de la Fotografía, 2007.
[7] Carlos Trillo y Guillermo Saccomanno, *Historia de la historieta argentina*, Buenos Aires, Ediciones Record, 1980.
[8] Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
[9] Ezequiel Adamovsky, *Historia de la clase media argentina: apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, vol. 4, Buenos Aires, Planeta, 2009.
[10] Lea Geler, *Andares negros, caminos blancos. Afroporteños, estado y nación: Argentina a fines del siglo XIX*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2010.

Adam Shatz,
*La clínica rebelde. Las vidas revolucionarias de Frantz Fanon*,
Barcelona, Debate, 2024, 512 páginas

Hay libros que reclaman un lugar en el campo que estudian y, al mismo tiempo, lo expanden y/o también lo desacomodan un poco. *La clínica rebelde. Las vidas revolucionarias de Frantz Fanon*, de Adam Shatz, entra bastante bien en esa categoría. Shatz, editor literario de la *London Review of Books* y alguien que conoce muy bien los mundos intelectuales, arma una biografía como vía de entrada a un problema más amplio: el de la violencia colonial en el tiempo largo y sus efectos sobre las subjetividades.

El resultado es un texto exigente, pero que se deja leer con bastante claridad, y eso no es tan habitual en trabajos que se mueven entre la historia intelectual y la narrativa autobiográfica.

El trabajo de Shatz se inscribe en un universo ya bastante recorrido: el de la recepción crítica de Fanon, que a esta altura funciona casi como una tradición propia, pero no se limita a repetirlo. Hay un gesto metodológico claro en el modo en que decide entrar, poniendo el foco en la clínica (en la práctica psiquiátrica concreta) como el espacio desde el que Fanon pensó la colonización. No como metáfora, sino como experiencia material. Los hospitales, los manicomios, las salas donde el colonizado y el colonizador se encontraban en la asimetría más íntima posible –la del enfermo y el médico– son también los espacios donde se forjó la teoría. En ese sentido, la obra no solo informa la vida de Fanon, sino que participa de la discusión teórica sobre los modos en que la práctica clínica puede volverse un dispositivo crítico del orden colonial.

Shatz traza un recorrido biográfico que, por su amplitud, dialoga con textos cruciales de los estudios poscoloniales y decoloniales. Aunque resulta bastante sorprendente para una empresa de esta naturaleza que haya ausencias notables en ese diálogo con gran parte de las lecturas fenomenológicas y poscoloniales hechas sobre Fanon en inglés y español en los últimos veinte años. Si somos muy exigentes en la lectura podríamos decir que es un déficit real de un estudio que hace cruces importantes con el registro filosófico.

El volumen se organiza en cinco partes que siguen los desplazamientos de Fanon: Martinica, la guerra, Lyon, Argelia, el exilio en Túnez y el continente africano como horizonte y también como problema. Esa cartografía no funciona solo como ilustración; en buena medida está ahí el argumento. Cada traslado es también una crisis de identidad y una reconfiguración de las lealtades en Fanon. Por ejemplo, de la identificación con la Francia republicana al desengaño en el frente, del desengaño a la práctica psiquiátrica en Blida-Joinville, de la práctica clínica a la militancia en el FLN. Lo que permite a Shatz sostener esta vasta narración sin perder el hilo argumentativo es, precisamente, su capacidad para mostrar la coherencia y las contradicciones que atraviesan todos esos momentos.

Diría que el mérito de este estudio reside en que no santifica a Fanon. En el prólogo, Shatz declara su admiración por la audacia intelectual, la valentía física, el compromiso con la dignidad, pero al mismo tiempo aclara que esa admiración no es incondicional. Sostener esa posición no es sencillo, sobre todo porque Fanon tiene hoy una dimensión simbólica muy fuerte en los debates sobre la descolonización del saber y de las instituciones. Aun así, Shatz logra configurar esa posición con honestidad intelectual. Señala las ilusiones, las rendiciones tácticas, los momentos en que "el hombre que interroga" –una expresión del propio Fanon, tomada de la oración final de *Piel negra, máscaras blancas*– calló o miró hacia otro lado.[1] Entiendo que no lo hace con el regodeo del desmitificador, sino con la misma disposición interrogativa que atribuye a su biografiado.

[1] Frantz Fanon, *Piel negra, máscaras blancas*, Madrid, Akal, 2009.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1722

Un punto crucial del análisis de Shatz es la figura del extranjero, tomada de Georg Simmel, como clave para leer la trayectoria de Fanon. No el nómada que llega y parte, sino el que llega y se queda. El que nunca termina de pertenecer, pero tampoco de marcharse. Fanon fue ese extranjero en cada uno de los espacios que habitó: martiniqués en el ejército francés, antillano entre los argelinos, negro en la resistencia norteafricana, laico en el FLN, árabe sin serlo. Esta condición de extranjero persistente, lejos de presentarse como déficit, es –en el argumento de Shatz– la condición de posibilidad, podríamos decir, de su privilegio epistemológico. Porque esa apertura le permitió escuchar lo que los más próximos no podían decirse. Esto resulta muy interesante porque el psiquiatra es también, en esta lectura, una figura del extranjero que escucha confesiones que solo se hacen a quien no pertenece del todo.

El análisis de la formación intelectual de Fanon es, quizás, uno de los momentos más ricos del libro. Shatz reconstruye con cuidado los vínculos con la negritud, en especial con Aimé Césaire como primer padre intelectual adoptivo, Léopold Sédar Senghor como interlocutor crítico, y la manera en que Fanon se apropió y a la vez se distanció de ese universo. Lo que se llevó de Césaire no fue la esencia de lo negro, sino su dimensión inventiva, su carácter de proyecto dinámico y no de recuperación arqueológica. Y lo que rechazó de Senghor fue precisamente la tentación esencialista, es decir, la idea de una "razón negra" que replicase, con signo invertido, los binarismos del pensamiento racial europeo. Este movimiento doble de apropiación y distancia es el que Shatz muestra como constitutivo del pensamiento de Fanon en todas sus etapas.

La sección dedicada a la práctica psiquiátrica en Blida-Joinville, el hospital donde Fanon ejerció entre 1953 y 1956, es, a mi juicio, la más lograda. Allí se entiende con claridad el nudo que el autor quiere desatar: que la psiquiatría reformista, la que buscaba humanizar las instituciones de confinamiento, era también un modo de ser cómplice del orden colonial, porque ese orden era el que producía los síntomas que la clínica intentaba tratar. Fanon lo vio con una lucidez que, según Shatz, lo llevó a concluir que la reforma no era suficiente y que quizá era, en el fondo, una mentira. En otras palabras, no se podía sostener la promesa de curar dentro de las mismas condiciones que enfermaban. Pero la conclusión –la militancia en el FLN, la apuesta por la violencia regeneradora– tampoco se presenta como solución limpia. Las páginas que Shatz dedica a los casos clínicos de *Los condenados de la tierra*, especialmente el de los soldados franceses torturadores y los combatientes argelinos traumatizados, muestran que Fanon era perfectamente consciente de que la violencia dejaba marcas profundas.[2]

Hay, con todo, una tensión que la investigación no termina de resolver, aunque la enuncia con relativa claridad. Shatz señala repetidamente que Fanon, al simpatizar con el movimiento independentista argelino, se volvió partícipe de una rebelión que "pocas veces era armoniosa y menos aún metafísica", y que las vivencias de esa lucha generaron "casi tantas ilusiones como revelaciones".[3] Pero la evaluación de esas ilusiones –es decir, pensar qué exactamente falló, por qué, con qué consecuencias– queda esbozada antes que desarrollada. En esa dirección, el libro aparece más como una biografía intelectual y política y menos como una reconstrucción de los límites específicos del proyecto fanoniano y de las razones de su parcial fracaso, si se puede hablar en estos términos. Eso no es un defecto, claro está, pero conviene advertirlo para quienes busquen en Shatz una respuesta a las preguntas que Fanon dejó sin cerrar.

Comparado con dos grandes biografías previas, la de David Macey y la de Alice Cherki, el trabajo de Shatz intensifica la conexión de la experiencia clínica con la escritura filosófica y con la acción política, sin que ninguno de esos registros domine sobre los otros.[4] También me parece interesante su voluntad de situar a Fanon en el tiempo largo de las luchas anticoloniales africanas, en lugar de leerlo

[2] Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

[3] Schatz, *La clínica rebelde*, p. 20.

[4] David Macey, *Frantz Fanon. A Biography,* Nueva York, Picador, 2000; Alice Cherki, *Frantz Fanon. Portrait*, París, Seuil, 2000.

principalmente como teórico de la violencia o como precursor de los estudios poscoloniales. En realidad, si eso es un problema, vale la pena pensarlo en relación con los contextos de lectura de la escritura de Fanon, es decir, en la clave de lo que cada contexto produce en relación con ella. Señalo esto porque muchas veces, tras esa suerte de voluntad histórica existe un olvido concreto de que las prácticas de lectura en contextos cambiantes son las que definen las operaciones de los textos. Fanon fue un luchador anticolonial –no queda margen para pensar de otra manera–; sin embargo, también su escritura hizo posible la emergencia o el reencendido de conceptos y categorías que de otro modo hubieran permanecido clausurados en su contexto de emergencia.

De todos modos, es preciso decir también que el libro es una contribución importante no solo a la historia intelectual de Fanon, sino a la comprensión del período de las independencias africanas como campo en el que se pusieron en primer plano problemas que aún hoy están lejos de haber sido resueltos. Eso marca, sin duda, una de las razones por las que Fanon continúa apareciendo como nuestro contemporáneo.

Finalmente, es necesario señalar el carácter metodológico que vertebra el trabajo. Shatz trabaja con archivos, correspondencia, entrevistas y una bibliografía secundaria extraordinariamente amplia. Sin embargo, quisiera decirlo con claridad: el gesto central no es el del acumulador de evidencias, sino el del lector que busca en cada documento la capilaridad de los procesos históricos. El cuaderno de profesor azul que Fanon llevó en su viaje por África occidental en 1960, conservado en el Institut Mémoires de l'Édition Contemporaine, en Normandía, funciona en esta biografía de modo semejante a como funciona el bisabuelo de Laura Catelli en *Arqueología del mestizaje*, es decir, como un registro mínimo que permite hacer pivotar una pregunta que interpela el presente.[5] Tenerlo en las manos sesenta años después, escribe Shatz, "es estar frente a los pensamientos de un moribundo". Según Shatz, Fanon no sabía que padecía leucemia, aunque tanto Alice Cherki como Joby Fanon señalan que en los últimos años seguía de cerca la evolución de su enfermedad. Lo que es seguro es que no sabía que moriría ese mismo año en un hospital de Maryland, en el corazón del imperio que tanto había combatido.[6]

Lo que ese detalle minúsculo conecta –la escritura íntima, la conciencia histórica, el cuerpo que se apaga– es el argumento de toda la obra. Entonces, podría decirse que la obra de Fanon no puede separarse de la vida que la produjo, y que esa vida fue, en todos sus tramos, un interrogante sostenido sobre la posibilidad de ser libre en un mundo hecho para negarlo.[7]

*Alejandro De Oto*
Universidad Nacional
de San Juan / CONICET

[5] Recomiendo este libro porque hay una resonancia en la misma operación. Laura Catelli, *Arqueología del mestizaje: colonialismo y racialización*, Temuco, Ediciones Universidad de la Frontera, CLACSO, 2020.

[6] Schatz, *La clínica rebelde*, pp. 15-16.
[7] *Ibid.*, p. 20

Rafael Rojas,
*La historia como arma. Los intelectuales latinoamericanos y la Guerra Fría*,
México, Siglo XXI Editores, 2025, 167 páginas

Este nuevo libro de Rafael Rojas analiza las problemáticas y características de la Guerra Fría latinoamericana y no la Guerra Fría en América Latina, como se precisa en la introducción. La distinción es importante ya que el autor no se interesa por las formas de intervención de los Estados Unidos o la Unión Soviética en la región. Más bien, al centrarse en la Revolución cubana y su trayectoria desde su triunfo hasta su sovietización en los años setenta, Rojas analiza la recepción intelectual de la Revolución en América Latina a partir de tres grandes temas: su definición como una tercera vía latinoamericana en medio del conflicto bipolar, su papel en el origen de la nueva izquierda en la región y su influencia en la definición de nuestra identidad. Su nuevo libro está en diálogo con estudios suyos anteriores, publicados en la última década.[1]

La principal virtud de *La historia como arma* es que permite al lector conocer las discusiones, los conflictos y las propuestas sobre la Guerra Fría latinoamericana en un solo libro. La introducción y los nueve capítulos ofrecen una fotografía panorámica y crítica de momentos clave de este período histórico. Rafael Rojas ubica a este al inicio del libro entre las décadas del cincuenta y el ochenta del siglo XX (p. 10), y si lo observamos junto a las precisiones hechas en sus obras anteriores, el grueso de las discusiones está entre 1959 y 1971, lo que él considera en *Historia mínima de la Revolución cubana* como la segunda revolución, el giro hacia el socialismo.[2]

La segunda virtud de este libro es que utiliza el concepto de ensayo social como herramienta heurística para rastrear y analizar estas discusiones. Aunque no define este género en el libro, en una entrevista ofreció la siguiente definición: "un tipo de texto producido en diálogo con las ciencias sociales y la historia académica que, entre los años cincuenta y ochenta, trataría de dar cuenta de la transformación de América Latina en la Guerra Fría".[3] Este género literario, propio de las izquierdas latinoamericanas, le permite al autor indagar sobre sus fuentes, sus alcances y sus usos en de las disputas políticas de nuestra región.

Si consideramos el contenido de esta obra, es posible identificar una agrupación temática de los capítulos del libro. El primero y el último capítulos ("La geopolítica del prefijo" y "Duelo, mesianismo e iconocracia") tratan la problemática central que interesa a Rafael Rojas: la identidad latinoamericana. Los capítulos 2 y 3 ("América Latina en *New Left Review*" y "Auge y declive del latinoamericanismo soviético") analizan la recepción de la Revolución cubana fuera de nuestra región y su influencia en las discusiones académicas de ambas potencias del mundo bipolar: los Estados Unidos y la Unión Soviética. Los capítulos 4 y 5 ("La teoría literaria como *casus belli*" y "Carpentier: melancolía y revolución") devuelven la atención a nuestra región y discuten sobre la representación literaria de nuestras realidades latinoamericanas. Los capítulos 6, 7 y 8 ("Dos marxistas: Harnecker y Bambirra", "Galeano y sus historiadores" y "Rama y la servidumbre letrada") son estudios del autor que exponen discusiones y conflictos centrales de la izquierda latinoamericana. Cada

[1] Me refiero a *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York* (México, Fondo de Cultura Económica, 2016), *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría* (México, Taurus, 2018) y *Combates por la historia en la Guerra Fría latinoamericana* (2024).

[2] Rojas, *La polis literaria*; *Traductores de la utopía*, p. 12; *Historia mínima de la Revolución cubana*, México, El Colegio de México, 2015, p. 11.

[3] Armando Luna Franco, "La idea de América Latina. Entrevista con Rafael Rojas", *Nexos*, 30 de junio de 2025, disponible en: https://redaccion.nexos.com.mx/la-idea-de-america-latina-entrevista-con-rafael-rojas/. En la introducción del libro plantea ambos elementos: Rojas, *La historia como arma*, pp. 10, 13.

grupo de capítulos evoca los temas y las reflexiones presentadas en los libros anteriores de Rafael Rojas.

Me interesa concentrarme en la discusión sobre la identidad latinoamericana que abre y cierra el libro; para ello, primero considero importante revisar los planteamientos que presentan los otros grupos de capítulos, como en el caso de los capítulos sobre la *New Left Review* y el latinoamericanismo soviético. Al analizar la presencia latinoamericana en las páginas de la revista británica de los años sesenta, no solo se trata de pensar en quiénes eran publicados, sino en los términos y las formas en que los autores anglosajones trataban de dotar de sentido a la Revolución cubana en el marco de la Guerra Fría. Así, puede leerse en las páginas de la revista no solo la relación de la Revolución con la incipiente nueva izquierda, diferenciándose de la Unión Soviética, sino la posterior discusión de las vías latinoamericanas hacia el desarrollo o la teoría del foco guerrillero.

Respecto del latinoamericanismo soviético, es importante destacar la producción académica sobre las dos revoluciones latinoamericanas en las revistas del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S.: la Revolución mexicana y la cubana. La disputa por la "revolución preferida", en contraste con las discusiones que se daban en la *Hispanic American Historical Review* en Estados Unidos o *Historia mexicana* en México, la disputa por los modelos de revolución y su afinidad con la propuesta socialista fue central. La disputa entre mexicanistas y cubanistas representaba las dos caras del latinoamericanismo soviético que, al final de la Guerra Fría, se ve condenado a reconciliar el nacionalismo revolucionario burgués con la vía al socialismo.[4]

Mientras estas disputas se libraban en ambos frentes del conflicto bipolar, en el interior de nuestra región se llevaba a cabo otra batalla en el campo literario y cultural. Como analiza Rafael Rojas en su capítulo "La teoría literaria como *casus belli*", la disputa por la identidad cultural de América Latina también se vinculaba, de la mano de Ángel Rama, con su revolución originaria.[5] Es también en esta sección del libro donde encontramos un elemento central no solo de la ruptura identitaria, sino de la emergencia del género que guía esta obra: al criticar el fundamento del mestizaje de la tradición humanista de principios de siglo XX, el ensayo social plantea una ruptura que requiere un nuevo origen que encuentra en la Revolución cubana.

En el corazón de esta disputa se encontraba también una crítica severa al *boom* latinoamericano y sus cánones estéticos, alejados de un principio que defendía Roberto Fernández Retamar y que estaba influenciado por la estética soviética. Mientras las discusiones literarias se libraban en revistas como *Casa de las Américas*, el capítulo sobre Carpentier nos permite observar la relación que guardaba el régimen de la Revolución cubana con uno de sus autores emblemáticos: justamente Alejo Carpentier. Como explica Rojas en "Carpentier: melancolía y revolución", la obra del escritor refleja una tensión entre la relación de la Revolución cubana con las otras revoluciones latinoamericanas y lo que se presenta como una fractura identitaria de este proceso con la región; una tensión que será propia de nuestra Guerra Fría latinoamericana.

Pero la disputa identitaria no solo se dio respecto de la cultura y la literatura, sino también respecto de los métodos de las izquierdas latinoamericanas en medio de la Guerra Fría. Los capítulos dedicados a Marta Harnecker y Vânia Bambirra, Eduardo Galeano y Ángel Rama giran en torno a una disyuntiva central para diferenciar a las viejas de las nuevas izquierdas: reforma o revolución. En el caso de las autoras chilena y brasileña, se observa su posicionamiento desde la cercanía con la experiencia de la Unidad Popular en Chile y el desarrollismo cepalino (Bambirra), y una visión más militante y de apoyo a la Revolución cubana (Harnecker).

En el caso de Galeano, como muestra Rafael Rojas, la discusión se traslada más allá de la opción entre reforma y revolución y asume su posición dentro de los enfoques de la teoría de la dependencia. En el camino, Galeano expuso sus distancias críticas con la Revolución cubana sin plantear

[4] Rojas, *La historia como arma*, pp. 66-67.
[5] *Ibid.*, pp. 69-70.

una ruptura, particularmente tras el caso Padilla, así como una premisa genealógica que reflejaba una simpatía con las revoluciones en aras de una identidad nacional. Además de ello, también es importante el rescate de otros temas que realiza el autor como la crítica al mestizaje y la defensa del ecologismo por Galeano, ampliando los temas de la identidad y la situación social latinoamericana.

Por último, el capítulo sobre Ángel Rama se dedica a analizar la relación que guardó el crítico uruguayo con la Revolución cubana, sus críticas y sus posiciones ante la trayectoria hacia su sovietización. En medio de la tensa relación que guardó con las instituciones y autoridades culturales de la isla, podían observarse sus reservas y distancias con los incidentes de censura y persecución que caracterizaron al régimen cubano en medio de esa transformación de los años sesenta y setenta. Rafael Rojas señala que la relación de Rama con las dos Cubas terminó fracturada: enfrentado a las críticas del oficialismo y la exclusión de los anticastristas.

Cierro esta reseña con los capítulos que enmarcan el libro: "La geopolítica del prefijo" y "Duelo, mesianismo e iconocracia". El común denominador de estas secciones está en los fundamentos y elementos que se consideran propios de una identidad que se encuentra en crisis actualmente. Como señala Rojas, las transiciones a la democracia no fueron acompañadas con una cultura y una identidad que reflejara los nuevos valores pluralistas y democráticos, propios de una sociedad diversa, lo que nos hace presa, por un lado, de una identidad latinoamericana cerrada y volcada al pasado y, por el otro, susceptible de una iconocracia que alimenta el mesianismo de líderes populistas.

*La historia como arma. Los intelectuales latinoamericanos y la Guerra Fría* es un libro necesario para ampliar la discusión desde la historia intelectual sobre nuestra Guerra Fría, tanto cultural como política. Al proponer el ensayo social como un texto público que concilia la militancia con el fundamento académico, Rafael Rojas se enfoca en discusiones y reflexiones que dieron forma a nuestra historia común en América Latina.

*Armando Luna Franco*
El Colegio de México

Fabio Mascaro Querido,
*Lugar periférico, ideias modernas: aos intelectuais paulistas as batatas*,
San Pablo, Boitempo, 2024, 288 páginas

La historia intelectual de las ciencias sociales en Brasil se ha caracterizado por interpretaciones que privilegian la reconstrucción de tradiciones teóricas y linajes autorales como eje explicativo central. El libro de Fabio Mascaro Querido se inscribe en este horizonte al proponer una lectura sistemática de parte de la tradición sociológica brasileña, fuertemente arraigada en la experiencia de São Paulo. Al dar prioridad al análisis interno de las ideas, la obra se acerca a una vertiente del pensamiento social que busca en el texto la propia traducción de los elementos contextuales que le son fundamentales. Al hacerlo, ofrece una interpretación sofisticada de dicha tradición, pero también plantea cuestiones sobre los límites de un enfoque centrado predominantemente en la dinámica interna de las ideas, sobre todo cuando dicha dinámica se organiza a partir de un enfoque localizado que tiende a asumir, aunque sea de forma implícita, el estatus de principio explicativo más general de las transformaciones del ámbito de las ciencias sociales en Brasil.

El libro se propone hacer un balance de la tradición intelectual de São Paulo que se remonta al Seminario sobre *El capital* –también conocido como Seminario Marx–, de 1958. Concebido inicialmente por José Arthur Giannotti, el grupo, que se reunía regularmente para leer y debatir la obra de Karl Marx, contó con la participación de otros profesores y estudiantes de la Universidad de San Pablo (USP), entre los que se encontraban Fernando Henrique Cardoso –uno de los líderes del grupo junto con Giannotti–, Ruth Cardoso, Fernando Novais, Octavio Ianni, Francisco Weffort, Roberto Schwarz, Paul Singer y Michael Löwy. El resurgimiento del pensamiento marxista se inscribe en un movimiento intelectual que articulaba, por un lado, una reacción crítica al funcionalismo típico de las teorías de la modernización y, por otro, una alineación con las corrientes de revisión del marxismo, en un contexto de cuestionamiento al Partido Comunista de la Unión Soviética tras la muerte de Stalin.

Las ideas, sin embargo, no están exentas de intencionalidad. En el seno de estas disputas intelectuales, el grupo pasó a definirse en oposición a unos adversarios reunidos en torno a lo que el autor denomina "nebulosa nacional-desarrollista", promoviendo un desplazamiento gradual del foco analítico de la cuestión nacional hacia la problemática de la democracia. Con una legitimidad basada sobre todo en la presencia institucional de la USP, estos intelectuales de São Paulo vieron reforzada su posición con el ascenso de Florestan Fernandes a la cátedra de Sociología I, en 1954, en el contexto de un proceso de "sustitución de importaciones" que supuso la sustitución progresiva de profesores extranjeros por brasileños.

Situados "bajo el manto de una cultura académica autónoma y profesional" (p. 16), estos intelectuales comenzaron a elaborar sus intervenciones en contraposición a sus homólogos de Río de Janeiro, a quienes el autor asocia con el ideario nacional-desarrollista. Es a través de este contraste como se articula el argumento central del libro: el surgimiento de una nueva tradición intelectual que pretendía ser a la vez más rigurosa y más radical, anclada en una lectura renovada del marxismo.

En resumen, el argumento del libro sostiene que, a partir de la experiencia de São Paulo –y, en especial, del Seminario Marx–, se constituye una tradición intelectual capaz de romper con el nacional-desarrollismo y de redefinir los términos del debate sociológico en el país, desplazándolo hacia una problemática centrada en la democracia, la dependencia y las contradicciones del capitalismo periférico. Esta tradición, al articular el rigor académico y la radicalidad crítica, habría alcanzado un papel central en la

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1723

interpretación del Brasil contemporáneo, aunque se ve atravesada por disputas internas que anticipan los giros teóricos y políticos adoptados por sus protagonistas en el proceso de redemocratización.

Fernando Henrique Cardoso se presenta como una figura clave en el debate teórico y empírico contra las tesis que atribuían a la burguesía un papel central en el desarrollo nacional, vinculadas intelectualmente al Instituto Superior de Estudos Brasileiros (ISEB) y políticamente al Partido Comunista Brasileiro (PCB). Este giro aparece de forma sistemática en "Empresário industrial e desenvolvimento econômico no Brasil", su tesis de docencia defendida en 1963, cuya línea de investigación se desarrolló posteriormente en el Centro de Sociologia Industrial e do Trabalho (Cesit). Se trata de una formulación en la que "la única alternativa al socialismo era el 'subcapitalismo'" (p. 9). Años más tarde, durante su exilio en Chile, a principios de la década de 1970, Cardoso publicó, en colaboración con Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*.

El sentido de cohesión que proporcionaba el Seminario se veía limitado por las disputas internas entre sus propios participantes. Entre los intelectuales de São Paulo no solo había afinidades, sino también divergencias que se hicieron cada vez más evidentes a medida que sus miembros iban adquiriendo protagonismo en los debates intelectuales y políticos a nivel nacional. Estas tensiones, sin embargo, se remontan a un momento anterior. Un episodio emblemático, narrado en el libro a partir de una entrevista concedida por Michael Löwy a Mascaro Querido, relata la ocasión en que Roberto Schwarz, de familia austríaca y hablante de alemán, falsificó una carta atribuida a Georg Lukács. El documento simulaba una respuesta favorable a la interpretación teórica defendida por la generación más joven del Seminario Marx, en oposición a sus mentores, lo que ponía de manifiesto una disputa generacional.

Es posible reconocer el papel central, tanto político como intelectual, de estos "intelectuales paulistas" en la segunda mitad del siglo XX y principios del siglo XXI. El libro de Mascaro Querido presenta, con gran riqueza de detalles y análisis centrados sobre todo en las obras de los autores estudiados, además de entrevistas, una tradición de pensamiento fundamental para comprender la historia de las ideas en Brasil. Su principal limitación, sin embargo, reside en la construcción asimétrica de dicha tradición, en la medida en que el polo carioca aparece menos como objeto de análisis que como contrapunto esquemático, al que se le atribuyen características generales sin el mismo nivel de fundamentación empírica. Al dar prioridad a la reconstrucción interna de las ideas y las trayectorias de los autores, el análisis tiende además a dejar en un segundo plano dimensiones relacionadas con las condiciones materiales de producción y circulación de dichas ideas –como las vinculadas al mercado editorial, a las colecciones y a los mediadores culturales–, que son igualmente constitutivas de los debates intelectuales y que, con frecuencia, traspasan los límites de los contextos locales de producción intelectual. Si los paulistas tomaron a sus colegas cariocas como contrapunto en el debate de ideas, sería necesario examinar con mayor detenimiento ese otro polo, evitando construir una imagen simplificada del pensamiento generado en la que entonces era la capital federal.

El locus de producción y enunciación teórica constituye un elemento central del argumento del libro, y actúa como su principal eje organizador. Sin embargo, faltan elementos empíricos que respalden la caracterización del polo opuesto en esta controversia. Río de Janeiro, reducido al polo "atrasado", acaba definiéndose sobre todo por lo que le falta. En este punto, el argumento retoma, aunque de forma implícita, una tradición interpretativa de la historia de las ciencias sociales en Brasil. Desde los debates entre Florestan Fernandes y Guerreiro Ramos,[1] y de forma más sistemática en el análisis de Sergio Miceli,[2] la oposición entre San Pablo y Río de Janeiro se ha construido con frecuencia a partir de esquemas dualistas: moderno y atrasado, científico y no científico, vencedores y vencidos. Al reproducir este

[1] Edison Bariani. "Padrão e salvação: o debate Florestan Fernandes x Guerreiro Ramos", *Revista Cronos*, vol. 7, nº 1, 2006.

[2] Sergio Miceli, *História das ciências sociais no Brasil*, vol. 1, San Pablo, Vértice/IDESP, 1989.

marco sin un mayor análisis empírico, el libro tiende a reiterar una imagen simplificada de estas disputas intelectuales.

Además de la creación de la USP, se analizan debidamente otras iniciativas de São Paulo, como la del Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (Cebrap), fundamental para comprender las disputas intelectuales vinculadas al proceso de redemocratización. Las instituciones "modernas" de Río de Janeiro, similares a la iniciativa de São Paulo, aparecen solo de forma marginal, en una nota al pie (n 18). En dicha nota, el autor señala la financiación de la Fundación Ford no solo al Cebrap, sino también a iniciativas como el programa de Ciência Política do Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro (Iuperj) y el programa de Antropología Social del Museu Nacional da Universidade Federal do Rio de Janeiro. Sin embargo, no se profundiza en absoluto sobre la producción de una ciencia igualmente "moderna" en dichas instituciones. Del mismo modo, mientras se destaca la influencia de la revista *Estudos* –hoy *Novos Estudos*–, vinculada al Cebrap, se pasa por alto la revista *Dados*, publicada en Río de Janeiro, cuyo propio nombre remite a las transformaciones metodológicas e intelectuales que entonces se estaban produciendo en el país.

Río de Janeiro no se limitaba al ISEB ni al "desarrollismo nacional", aunque es innegable que su producción intelectual, relativamente autónoma, se enfrentó a dificultades estructurales derivadas de su condición de centro del poder político nacional.[3] Desde finales de la década de 1950, período en el que el desarrollismo nacional ocupó un lugar destacado, la entonces capital federal acogió instituciones como el Centro Latino-Americano de Pesquisas em Ciências Sociais (CLAPCS), una iniciativa impulsada por la UNESCO en la que participaron algunos de los principales científicos sociales de la época, entre ellos varios intelectuales de São Paulo analizados en el libro.[4]

Teniendo en cuenta que el lugar constituye uno de los elementos centrales en la configuración de estas redes, el énfasis en la reconstrucción interna de las ideas podría complementarse, como se sugirió antes, con una atención más sistemática a las condiciones sociales y materiales que estructuran su circulación y recepción.

Aspectos como los circuitos editoriales, las estrategias de publicación y los mediadores culturales desempeñan un papel decisivo en la configuración de los debates intelectuales, superando a menudo los límites estrictamente locales de la producción académica. Los movimientos intelectuales analizados son, sin duda, fundamentales para el pensamiento social en Brasil, al igual que lo son los intelectuales objeto de estudio. Sin embargo, la construcción de la identidad de los paulistas en contraposición a otra menos desarrollada analíticamente acaba restringiendo parcialmente el alcance interpretativo del libro, sin que ello comprometa, no obstante, la relevancia de su proyecto. En este sentido, el libro de Mascaro Querido constituye una contribución relevante a la historia de las ciencias sociales en Brasil, al tiempo que invita a llevar a cabo nuevas investigaciones que amplíen el panorama de las ideas analizadas, incorporando de forma más sistemática las condiciones sociales y materiales de su producción, circulación y recepción, más allá de los contextos locales privilegiados por el análisis.

*Leonardo Nóbrega*
Universidad Federal de Pernambuco

[3] Antonio Brasil Jr., "La sociología en Río de Janeiro (1930-1970): un debate sobre Estado, democracia y desarrollo", *Sociológica*, vol. 32, nº 90, 2017.
[4] Juan Pedro Blois. "El CLAPCS y el desarrollo de las ciencias sociales en Río de Janeiro", *Caderno CRH*, Salvador, vol. 34, 2021.

Mariano Damián Montero,
Super omnia veritas. *La Academia Paraguaya de la Historia y la dictadura de Stroessner,*
Asunción, Arandurã, 2025, 469 páginas

La obra de Mariano Damián Montero tiene como objetivo describir y analizar las trayectorias de los integrantes del Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas (IPIH) y de la Academia Paraguaya de la Historia (APH) como actores políticos e ideológicos en el campo historiográfico paraguayo, con el fin de alcanzar una caracterización de su rol histórico. Desde la primera línea, el libro discute abiertamente las interpretaciones sobre la "mediterraneidad" del Paraguay y el lugar "marginal" o adaptativo de los historiadores en un contexto autoritario. En tal sentido, invierte la carga de la prueba y demuestra cómo la corporación de historiadores formó parte de una red internacional sólida, al tiempo que fue cómplice y colaboracionista con la dictadura de Stroessner.

Para ello parte de dos hipótesis generales. Por un lado, asume que IPIH-APH fueron un vector clave de la diseminación de una cosmovisión conservadora y confesional de la historia, a través del mito de la hispanidad que persiste hasta el presente. Señala, a partir de una aplastante evidencia empírica, la construcción y difusión del mito de la Hispanidad Nacional Católica (HNC), trasplantado desde la España franquista hacia el Paraguay de Stroessner gracias a los intelectuales nucleados en IPIH-APH, quienes adoptaron la función del intelectual legitimador, en los términos de Lewis Coser. Por el otro, describe cómo la actuación de ambas instituciones durante la dictadura stronista (1954-1989) se articuló en una red intelectual con historiadores, diplomáticos y escritores nacionales y extranjeros que compartieron un perfil "ideológico homogéneo en donde predominó el conservadurismo, cuya mayor expresión fue el apoyo al régimen franquista español a través de la adopción de HNC como ideología transnacional" (p. 24).

Para cumplir con las hipótesis, identifica dos períodos históricos: por un lado, desde 1959 a 1975, cuando el IPIH y la APH establecieron de manera subordinada un modelo piramidal con centro en la España franquista. Luego de la caída del fascismo español y hasta 1989, se estableció una nueva fisonomía, constituyéndose una red internacional de intelectuales nacionales católicos. Finalmente, repasa los textos producidos desde la salida de Stroessner hasta la actualidad, a los que denomina "operación maquillaje", como una maniobra deliberada para limpiar el pasado de colaboración con la dictadura.

Dado el ambicioso proyecto, el libro se encuentra organizado en cuatro partes. La primera de ellas ("El oxímoron paraguayo y su paradoja") abarca la primera etapa del IPIH (1937-1955), caracterizada por la ausencia clara del hispanismo franquista. Monopolizado por abogados aficionados a la historia, su creación coincide con la restauración del gobierno liberal. La mayoría de sus integrantes conformaban la llamada generación de 1925 y ocupaban cargos en las estructuras políticas del liberalismo, en el partido o en el gobierno, y componían la élite política y económica de Asunción. Marcados por la experiencia de la guerra del Chaco (1932-1935), algunos de ellos fueron parte del grupo *cuarentistas*, por su colaboración con el nuevo texto constitucional de 1940, autoritario y fascista, y por el apoyo al gobierno de Estigarribia.

En 1942, con la llegada de Morínigo, se prohibió el Partido Liberal y el contexto político derivó en un exilio masivo de intelectuales, "exilio fecundo para la cultura paraguaya", al decir de Urbieta Rojas. Nuevas producciones académicas y una apertura de nuevas agendas de investigación pueden ser identificadas, principalmente desde la Argentina. En síntesis, en este período el IPIH tuvo una existencia marginal, semejante a las tertulias de notables, con

ausencia de profesionalismo, que no logró traducirse en redes internacionales y americanistas de historiadores. La mayoría de ellos adhirieron a una ideología liberal y anticomunista.

Ya con el arribo de Stroessner al gobierno muchos retornaron a su país, en la medida en que el dictador, a diferencia de su antecesor, "priorizó la ideología por sobre la identificación partidaria" (p. 71). Allí se inicia una nueva etapa, donde los sobrevivientes de la generación de 1925 se transformaron tanto en funcionarios como en colaboradores de la dictadura stronista, además de intelectuales legitimadores del mito de la hispanidad de la España franquista.

La segunda parte ("Defensa de la hispanidad [1956-1972]") condensa la hipótesis principal del libro, el período histórico que abarca la presidencia del IPIH-APH de Julio C Chaves (1956-1972), cuando se le imprimió el carácter de difusor en Paraguay y la región de un HNC orgánico dependiente del franquismo español. Este apartado, que por momentos se asemeja a un libro en sí, contiene seis capítulos. El primero se centra en el recorrido intelectual de Julio C. Chaves, figura que el autor considera central para sus hipótesis, por producir en el IPIH una triple transformación: la adopción de la ideología de la hispanidad del franquismo, la adopción de la fe católica como fuente de financiación y la inclusión en el IPIH, en la estructura piramidal transnacional, de los intelectuales identificados con esa ideología. Seguramente es uno de los capítulos más eruditos de la obra, con una reconstrucción minuciosa y documentada con una variedad de fuentes: los viajes de Chaves a España, las audiencias con el propio Franco, el financiamiento a través de la Fundación La Piedad y una relectura de la historia de Paraguay a partir de la influencia hispánica por medio de membresías en común.

En el capítulo II del apartado indaga lo que denomina "El universo APH". Teje una exhaustiva descripción de las instituciones locales, regionales e internacionales, y de la transmisión que hicieron del mito de la hispanidad. Es sorprendente el lugar central de Paraguay y de la APH en la construcción de una red transnacional que incluyó instituciones, universidades e intelectuales del campo cultural.

El capítulo III vuelve a presentar un detalle documental de las crónicas de las actividades institucionales y de expansión desarrolladas por IPIH-APH en su estrategia de expansión local. Realiza una meticulosa caracterización de los miembros, la incorporación por primera vez de dos curas, el funcionamiento de los integrantes en círculos –de acuerdo con sus niveles de participación–, y los mecanismos cruzados de control para la incorporación de nuevos profesionales e identidades partidarias, que se fueron diluyendo ante el apoyo generalizado del stronismo. Así, los miembros del IPIH-APH se fueron vinculando de manera directa con la estructura del poder stronista, a través de diferentes mecanismos: la organización de las conmemoraciones de fechas patrias, la organización de congresos y diversas producciones que proveían de representaciones sociales que aunaban a Stroessner con un pasado heroico y justificaban el papel mesiánico que debía cumplir en el presente.

El capítulo IV continúa con una caracterización social de los miembros, destacando la composición de clase. Aquí presenta una explicación del funcionamiento de las familias de elite, los espacios de socialización de clase, los clubes de pertenencia, los mecanismos de incorporación de los hijos y el ascenso en la escala social en el cual no se priva de mirar casamientos, avisos fúnebres y la sección de sociales de los periódicos. En esta dirección hay un hallazgo en la metodología e información propuesta que supera ampliamente el objetivo del texto y que puede aportar a otros estudios.

Ya en los capítulos V y VI trabaja directamente en lo que considera el *colaboracionismo*. El autor apela a la categoría del historiador Enzo Traverso, de intelectuales como "las musas enroladas", al tiempo que identifica un círculo menos comprometido pero cómplice, "no traidores, pero cegados". Aun cuando Montero reconoce que los grados adhesión y colaboración con el stronismo fueron variables, no los exculpa, en la medida en que "nunca pensaron en alzar la voz, en denunciar –en caso más extremo– o en irse del país –en el caso más leve–" (p. 261). En este punto, sin embargo, la investigación se pierde la oportunidad de indagar en los conflictos que seguramente se

producían entre los diferentes círculos de historiadores, y que podría enriquecer la explicación. En estos dos capítulos, a partir de la categoría de *colaboracionismo* con el stronismo, trabaja en dos registros. Por un lado, los lugares institucionales que ocuparon los historiadores: comisiones nacionales de conmemoraciones, museos y monumentos; asesoría en temas históricos, como cuestiones de límites y hasta sobre los restos óseos del presidente Gaspar Rodríguez de Francia. Por el otro, indaga su participación en la creación de mitos históricos que se constituyeron en una matriz historiográfica, entre los que rescata los vinculados a los mitos hispánicos: el encuentro amoroso entre conquistadores y conquistados, la inexistencia de clases sociales y razas, y el rechazo a lo extranjero. La influencia de esta matriz está presente desde la reforma educativa de 1957 y en los manuales de Historia que se utilizan hoy en los colegios, de la pluma de Julio César Chaves y Luis Benítez.

La tercera parte del libro se corresponde con los años 1973-1988, inicio de la transición de la presidencia de Julio C. Chaves del IPIH-APH, de la conducción colectiva y del surgimiento de nuevos liderazgos, y en el plano internacional, de la caída de la dictadura de Francisco Franco. Incluso con estos cambios de contexto histórico-institucional, el autor detecta continuidad en la composición de la figura de los notables, el carácter de clase de la corporación y cierta inercia autoritaria más allá de la apertura democrática. Entre las rupturas, es posible observar un desplazamiento de la agenda académica hacia temas nacionalistas. Entre los elementos de mayor transparencia, aparecen la publicación de los estatutos de la institución, una nueva conducción colectiva y la reaparición del *Anuario de Historia Paraguaya*.

No menos importantes son la incorporación de la norma que limitaba el tiempo que podía ejercerse la presidencia de la corporación historiográfica (medida que antecedió a la prohibición de la reelección presidencial de la Constitución de 1992, y que el autor no subraya) y un recambio generacional que impactó en la institución y en el ingreso de otras personalidades del núcleo activo. Entre los procesos de apertura puede observarse el ingreso de historiadores del "interior" del país, y en 1978 de mujeres historiadoras de la Universidad Nacional de Asunción (UNA). Aquí el autor disipa también la posibilidad de indagar en los conflictos entre los grupos de historiadores, o bien de incorporar alguna perspectiva de género que no sea subsumida en la explicación de la clase social y la continuidad del carácter oligárquico de la institución.

Finalmente, la cuarta y última parte se ocupa del inicio de la transición a la democracia, desde 1989 hasta el presente, al que el autor denomina una "apostasía de los años de Stroessner" y el comienzo de un relato sobre el pasado de la APH, donde se borraron todos los vínculos y colaboración con la dictadura de Stroessner. La estrategia expositiva elegida al caracterizar cada una de las presidencias de APH hace perder fluidez semántica, al tiempo que capacidad analítica global del período que intenta analizar. De esta forma, en lo que designa los conversos y los doxósofos, da cuenta de cómo los integrantes de la APH se adaptaron al nuevo orden democrático, borrando las huellas colaboracionistas con la dictadura, distorsionando su propio pasado y reconfigurando una red de contactos con agentes estatales y privados que les permiten tener más influencia que en el pasado.

Sin embargo, en los análisis y datos aportados por el autor lo que se observa con claridad es una continuidad de posiciones conservadoras y autoritarias en el proceso de democratización. Entre ellas es loable remarcar la ausencia en la Comisión de Verdad y Justicia, que busca investigar las violaciones a los derechos humanos, el silencio como organización (más allá de algunas voces individuales) frente al golpe de Estado contra Fernando Lugo, e incluso la recompensa a la APH como "institución destacada de la sociedad paraguaya" bajo el Parlamento del recientemente elegido presidente Horacio Cartes.

La obra de Mariano Montero es un hito insoslayable en las producciones de la historia intelectual del Paraguay y de América Latina. Estamos, pues, ante una investigación que moviliza muchas de las interpretaciones que hasta ahora creíamos hegemónicas. Es una obra valiente, en un ambiente de condescendencia intelectual. Sin embargo, en su búsqueda por polemizar, muchas veces el libro insiste en develar lo que,

hasta aquí, para el autor, estaba intencionalmente no investigado, y en ver, en la trayectoria de los historiadores, más complicidad que racionalidad de la acción. ¿Cuál es el sentido de haber participado de dichas organizaciones? ¿Solo disciplina y colaboración? Y en todo caso, ¿por qué los actores están predispuestos a obedecer? La pregunta por la dominación, en cualquier campo, requiere mirar las varias capas subterráneas que movilizan a los actores a elegir un camino frente a otros. La obra se perdió de ampliar el mapa de inteligibilidad de los actores para poder explicar las razones que sostenían las prácticas historiográficas en el contexto stronista. Asumir que había solo complicidad o clausura limita la pregunta de investigación. ¿Eran acasos todos stronistas/franquistas, sin atenuantes ni matices? ¿Formaban parte de un coro ciego de alabanzas al autoritarismo?

Asimismo, el autor despliega críticas sobre el campo historiográfico que no son exclusivas de su objeto ni del país que investiga. Por un lado, todo campo intelectual supone conflictos por recursos, jerarquías y disputas de reconocimiento de posiciones legítimas en la estructura, activando siempre mecanismo de exclusión. Una mirada de conjunto, que incorpore producciones existentes del campo de la sociología o la antropología paraguaya, le permitirían matizar algunas de las afirmaciones. En busca de afirmar la hipótesis de la hispanidad y la complicidad, se soslaya atender a los conflictos de esos actores en dichas instituciones.

Por otro lado, hemos de resaltar que el funcionamiento clasista y elitista no se limita al campo de la historiografía, y puede rastrearse en varias de las corporaciones e instituciones de la sociedad paraguaya. Una mirada global o, en estricto, que ponga en perspectiva al IPIH y la APH en la estructura social paraguaya, sin duda colaboraría con problematizar su objeto de estudio, que muchas veces cae en dicotomías morales que desdibujan las interpretaciones frente al gran aporte que está realizando. Con todo, es una obra única en su especie, con un trabajo documental inédito y con un desarrollo docto. Un aporte indispensable al campo de estudios paraguayos, que excede con creces su objetivo.

*Lorena Soler*
Universidad de Buenos Aires / CONICET

Marcelo Casals y Mariana Perry (coordinadores),
*Un golpe global. La experiencia autoritaria chilena en el mundo*,
Santiago de Chile, LOM, 2025, 276 páginas

En el marco de la conmemoración de los cincuenta años del golpe de Estado en Chile, *Un golpe global*, editado por Marcelo Casals y Mariana Perry, cuestiona dos tendencias dominantes en los estudios sobre el período: el enfoque de la excepcionalidad, que acentúa los rasgos únicos del caso chileno, y la narrativa de una Guerra Fría bipolar que suele reducir los relatos regionales a hitos aislados. La apuesta por editar esta obra en castellano y en una editorial local responde a lo que Casals define como una urgencia de "justicia intelectual".[1] El predominio de la historiografía angloparlante ha fomentado una tendencia en los centros metropolitanos al enfocar el análisis en la acción de las superpotencias y a romantizar la región como un espacio de actores pasivos. Publicar bajo el sello LOM es reclamar el derecho a leer lo global desde América Latina.

Los editores proponen que los "1970 chilenos" fueron un epicentro sísmico que reconfiguró identidades y prácticas políticas en múltiples geografías. Este decenio se define en el volumen como el período más intenso y transformador de la centuria; inició con la esperanza de un proyecto democrático, revolucionario y socialista, y culminó con la imposición de una Constitución autoritaria y neoliberal de carácter refundacional. Para los compiladores, esos años sintonizaron con la fractura de los consensos mundiales de posguerra. En dicho escenario, el quiebre de 1973 surge como el hito de mayor proyección internacional de la vida contemporánea del país, y a la vez convirtió a Chile en un símbolo polisémico que reconfiguró lenguajes en latitudes diversas. Sin embargo, la ambición de este relato global exige una precisión conceptual que el volumen no siempre explicita; por ello, conviene desglosar las categorías metodológicas que nos servirán de baremo para evaluar la cohesión de la obra.[2]

Es preciso trazar una cartografía de los enfoques que se han utilizado para pensar lo global y que permite distinguir entre cuatro operaciones: la historia global comparada, entendida como el análisis entre unidades sociales diversas, como hiciera Marc Bloch;[3] la historia transnacional, enfocada en los movimientos, redes y flujos que atraviesan fronteras nacionales mediante actores no estatales, como lo propone Akira Iriye;[4] la historia de procesos globales, aquella que analiza fuerzas sistémicas y transformaciones a gran escala, al modo de C. A. Bayly;[5] y la historia de los sistemas-mundo, que explica las tensiones estructurales entre centro, semiperiferia y periferia, tal como plantea Immanuel Wallerstein.[6] Al poner en diálogo estas categorías con el volumen de Casals y Perry, surge la duda de si la obra logra establecer un marco metodológico común.

Este interrogante sobre la cohesión del volumen encuentra una primera respuesta al observar cómo los autores aterrizan dichas categorías en el análisis de trayectorias nacionales específicas. El texto de Eugenia Palieraki, con una clara utilización de la historia comparada, emplea la metáfora

[1] Marcelo Casals, "Which borders have not yet been crossed? A supplement to Gilbert Joseph's historiographical balance of the Latin American Cold War", *Cold War History*, vol. 20, nº 3, julio de 2020.

[2] Diego Olstein, *Pensar la historia globalmente*, México, Fondo de Cultura Económica, 2019.

[3] Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos. Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra*, México, Fondo de Cultura Económica, 2017.

[4] Akira Iriye, *Global and Transnational History. The Past, Present, and Future*, Londres, Palgrave Macmillan, 2013.

[5] Cristopher Alan Bayly, *El nacimiento del mundo moderno. 1780-1914*, Madrid, Siglo XXI, 2010.

[6] Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo-europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI, 1984.

del espejo para demostrar que Chile fue un "lenguaje disponible" para hablar de realidades propias. Al analizar el impacto de Chile en Grecia durante la dictadura de los coroneles y la *Metapolitefsi*, Palieraki demuestra que la relación fue de reflejo. Los griegos utilizaron los eventos chilenos para criticar su propia dictadura, extrayendo lecciones sobre la necesidad de moderar las expectativas democráticas para evitar un desplome similar al de la Unidad Popular. De esta manera, la autora logra trascender el relato local al poner en diálogo las ideas de circulación y reflejo, permitiendo que la experiencia chilena funcione como una herramienta analítica para descifrar la realidad política griega.

Este uso de Chile como plataforma para la controversia local se repite en el estudio de Mariano Zarowsky sobre la industria editorial argentina. Zarowsky analiza cómo la prensa, los *magazines* y las editoriales en la Argentina de los años setenta convirtieron la experiencia socialista chilena en un ejemplo para descifrar su propia realidad política. A través de una sofisticada red transandina de intelectuales y periodistas, Chile dejó de ser un vecino para transformarse en un argumento de intervención política interna y una plataforma de controversia pública. El valor metodológico de este capítulo reside en que Zarowsky ejecuta una historia transnacional y se sirve de las herramientas de la historia comparada para establecer ese reflejo entre ambas naciones.

Desde la historia de los procesos globales, el aporte de Aldo Marchesi es fundamental para entender el cambio de paradigma ético de la centuria. Al inscribir el golpe de 1973 como catalizador de la "desmilitarización" de las izquierdas latinoamericanas, el autor demuestra cómo la brutalidad del terrorismo de Estado forzó un tránsito regional hacia los derechos humanos como nuevo foro de lucha. En este proceso, la defensa de la integridad física suplantó la reflexión sobre el orden revolucionario, marcando un giro irreversible en el imaginario político de la región. Metodológicamente, Marchesi trasciende el caso chileno al evidenciar cómo el fracaso de las tácticas armadas permitió a los organismos de derechos humanos suplantar los ejes centrales de la disputa política. Asimismo, se perciben ecos de la historia de los sistemas-mundo al observar cómo las periferias reconfiguraron sus lenguajes de resistencia para alinearse con un marco global de democratización liberal, transformando una derrota local en una reestructuración sistémica.

La historia transnacional se manifiesta con fuerza en el capítulo de Mariana Perry, quien examina cómo la Internacional Socialista (IS) utilizó la causa democrática chilena para desafiar la rigidez bipolar de la Guerra Fría. Perry documenta el tránsito de la IS desde un anticomunismo distante hacia un compromiso activo con el socialismo chileno, buscando expandir su influencia global durante la distensión. Metodológicamente, es una de las miradas más logradas del volumen al situar a Chile en una red de actores no estatales que operan sobre las fronteras nacionales. Al analizar el activismo de la IS, el texto dialoga con la historia de los sistemas-mundo: muestra cómo un conflicto en la periferia fue reapropiado por la semiperiferia y el centro para reconfigurar el equilibrio de poder. Así, Chile no es un mero objeto de estudio, sino el pivote que permitió a la socialdemocracia europea disputar la hegemonía de los bloques tradicionales.

Por otro lado, Jessica Stites Mor analiza la solidaridad entre México y Chile, conceptualizándola como un movimiento Sur-Sur que buscó alterar las estructuras tradicionales de poder. Stites Mor subraya que el éxito del asilo político mexicano fue el resultado de vínculos y comunidades organizadas que se habían tejido mucho antes de la experiencia de la Unidad Popular. Por su lado, Vanni Pettinà rescata la política exterior de Luis Echeverría como un "genuino internacionalismo tercermundista". El aporte de Pettinà es relevante en tanto logra complejizar la figura del mandatario mexicano, alejándose de la lectura historiográfica tradicional que suele reducir su gestión a una estrategia de contención autoritaria frente a la disidencia interna. Al situarlo como un actor con una ambición global propia, Pettinà permite entender la acogida al exilio chileno como un gesto humanitario y como una pieza clave de una política exterior que buscaba una alternativa al orden binario de la Guerra Fría. Sin embargo, a pesar de este esfuerzo por dotar de matices a los actores estatales, ambos autores se

sitúan en lo que podríamos considerar terrenos más explorados de la historiografía, y ambos corren el riesgo de defender una excepcionalidad mexicana.

Alessandro Santoni analiza el caso de Italia, donde la tragedia de la Unidad Popular fue el catalizador para que el Partido Comunista Italiano (PCI) de Enrico Berlinguer formulara el "compromiso histórico". Por su parte, Michal Zourek aborda la recepción en Checoslovaquia, examinando cómo el régimen socialista utilizó la figura de la dictadura chilena para legitimar su propio orden interno y movilizar una solidaridad oficialista dirigida desde el Estado. Desde el baremo de la historia transnacional, estos capítulos cumplen con identificar flujos de ideas y usos políticos del símbolo Chile, pero lo hacen desde lugares más comunes: ambos relatos se sienten más cercanos a una historia política tradicional. Al centrarse en actores institucionales y partidos políticos, la sensación de conexión estructural se debilita y deja la duda de si estos casos aportan realmente una nueva capa de comprensión al fenómeno global chileno o si solo reafirman narrativas preexistentes.

El epílogo de Tanya Harmer funciona como el cierre necesario para esta obra. Harmer concluye que la potencia de Chile como símbolo global radicó en su flexibilidad y maleabilidad. Chile operó como un caleidoscopio: fue una esperanza frustrada, una advertencia autoritaria, un experimento neoliberal y un laboratorio de derechos humanos, todo al mismo tiempo. Esta capacidad de ser apropiado por actores con agendas contradictorias fue lo que permitió conectar a poblaciones que, de otro modo, jamás habrían tenido contacto. Así, desde la óptica de la historia global, la reflexión de Harmer es valiosa, porque posiciona a Chile como un nodo generador de lenguajes políticos que reconfiguraron las tensiones entre el centro y la periferia. Al subrayar que el impacto del golpe fue, en muchos sentidos, más potente y duradero que la experiencia misma de la Unidad Popular, Harmer valida la tesis de los editores: el 11 de septiembre de 1973 no fue solo un quiebre nacional, sino un hito de proyección internacional que obligó al mundo a redefinir conceptos como democracia, solidaridad y derechos humanos. Este epílogo logra, en última instancia, darle una envoltura teórica a la diversidad de relatos del volumen, sugiriendo que la fragmentación de significados es, precisamente, la prueba de la dimensión global del evento.

La geografía de dicha globalidad conserva ciertos puntos ciegos. Se echa de menos un esfuerzo por incluir experiencias en África o en Asia, regiones que en los setenta estaban plenamente integradas en los procesos de descolonización y donde el símbolo de Allende tuvo resonancias. Asimismo, el volumen muestra una marcada inclinación hacia lo político-institucional, dejando en un segundo plano el impacto del golpe en expresiones como el cine, la literatura o el periodismo, vehículos que fueron esenciales para la construcción del Chile-símbolo a escala masiva.

Estas ausencias no deben leerse solo como una falta del texto, sino como una radiografía de nuestras propias tendencias historiográficas. Pese a esta heterogeneidad metodológica, la principal virtud de *Un golpe global* radica en demostrar que la experiencia autoritaria chilena fue un fenómeno de capacidad transformadora mundial. Al recentrar la agencia de los actores periféricos, Casals y Perry entregan una herramienta fundamental para entender que la Guerra Fría fue un campo de batalla donde países pequeños pudieron redefinir los términos de la política moderna. El volumen confirma así que el impacto global del 11 de septiembre de 1973 terminó siendo más potente, maleable y duradero que la propia experiencia de la Unidad Popular.

*Andrea Torrealba Torre*
Universidad Nacional
Autónoma de México

Carlos Altamirano,
*Leer y escribir*,
Santa Fe, Ediciones UNL, 2025, 180 páginas

*Leer y escribir*, publicado por la editorial de la Universidad Nacional del Litoral, reúne siete textos escritos por Carlos Altamirano entre 2004 y 2020.[1] Se trata de piezas que responden a géneros diversos: artículos, conferencias y ponencias, capítulos de libros, reseñas y una carta. Quienes nos dedicamos a la enseñanza y la investigación leemos y escribimos, pero difícilmente alguno de nosotros respondería a la pregunta ¿a qué te dedicás? diciendo eso: leo y escribo. Sin embargo, estas dos palabras, leer y escribir, afirma Carlos Altamirano, resumen lo que ha sido su oficio durante décadas. Es, como muchas veces sucede con sus análisis, una definición elegante y engañosamente sencilla.

Cesare Pavese decía que con los libros sucede lo mismo que con las personas. Hay que tomarlos en serio. Pero, precisamente por eso, agregaba, debemos guardarnos de hacer de ellos ídolos, es decir, instrumentos de nuestra pereza. En esto, el hombre y la mujer que no viven entre libros y que para abrirlos deben hacer un esfuerzo, tienen un capital de humildad, de desconocida fuerza –la única valedera– que les permite acercarse a las palabras con el respeto y el ansia con que nos acercamos a una persona predilecta.[2] Carlos Altamirano, que ha vivido y vive entre libros, dice que lo que hace es leer y escribir, conservando, como quería Pavese cuando pensaba en los obreros y en los niños, esa humildad y esa desconocida fuerza, esa ausencia de comodidad que impide suponer que, porque hemos leído mucho, todo esfuerzo ha terminado y conocemos la belleza, la verdad y la justicia.

Este libro es, así, el de alguien que lee y escribe, aunque nunca solo. Por eso, a renglón seguido, aclara: he leído con otros, y enumera a quienes, con él, y antes y después de él, forjaron una denominación para designar lo que hacían y lo que querían hacer: la historia intelectual, que es, al fin y al cabo, una forma de leer históricamente aquello que está escrito en libros, revistas, diarios y panfletos. Una forma de leer y escribir, un oficio, dice Altamirano, variadamente endeudado con el esfuerzo cumplido por otros.

Los ensayos que integran *Leer y escribir* son, entonces, textos de historia intelectual y aquí está la explicación más obvia de su reunión en un solo volumen. Sin embargo, quien habla en ellos tiene, más allá de los objetos a los que dedica su erudición, preocupaciones, recurrencias, temas que, aquí y allá, organizan un sentido. Es por eso que considero que este libro trata, también, de tres cosas: de las formas y medios de la rememoración (la biografía, la autobiografía y el recuerdo), de los efectos de la distancia (el exilio, la extranjería y la provincianía) y de la siempre complicada relación entre los intelectuales y la política (entendida esta como motivo, fundamento y aventura o desventura).

Estos tópicos aparecen ya en el primer ensayo, dedicado a Edward Said, y que Carlos Altamirano escribió para un homenaje que el rectorado de la Universidad de Buenos Aires le hizo al estudioso palestino en 2004, un tiempo después de su muerte. El texto, y por eso el libro, comienza así:

> Leí por primera vez a Edward Said hace veinte años. Ya no recuerdo cómo llegó un artículo suyo, "The Mind of Winter", a la redacción de *Punto de Vista*, que lo publicó en diciembre de ese mismo año (1984), traducido por Beatriz Sarlo con el título "Recuerdo del invierno". No estoy seguro de que fuera el primer texto de Said publicado en

[1] Texto leído en la presentación de *Leer y escribir*, el 21 de mayo de 2025 en la Ciudad de Buenos Aires.

[2] Cesare Pavese, "Leggere", *L'Unità*, Turín, 20 de junio de 1945, traducido al español en *Revista Interamericana de Bibliotecología*, Medellín, Universidad de Antioquía, vol. II, nº 2, julio-diciembre de 1988, p. 35.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1726

castellano, pero sí que fue el primero en editarse en la Argentina […]

En la redacción de *Punto de Vista* tampoco sabíamos mucho de su autor, solo que era palestino y enseñaba Literatura Comparada en la Universidad de Columbia (*Orientalismo* era todavía para nosotros apenas un título). Lo que sí recuerdo es la impresión que nos produjo ese texto lleno de energía contenida, gobernada, que hablaba de los estragos colectivos e individuales que produce el exilio, pero sin recurrir a los medios de la elocuencia patética. Antes que emocionar a su lector, quería hacerlo pensar. No fueron sin embargo únicamente estas cualidades intelectuales y formales las que nos movieron a publicar "Recuerdo del invierno": nos impulsó también una intención política. En 1984, la Argentina estaba comenzando el proceso de reintegración de los miles de exiliados que había provocado la última dictadura militar, y estaban vivos los recelos y las reprobaciones entre los que se habían ido y los que se habían quedado. Nos pareció entonces que el ensayo de Said podría iluminarnos, que su escrito enseñaba a ver, en particular a quienes nos habíamos quedado en el país en esos años terribles (pp. 17 y 18).

En estos párrafos están contenidos los motivos que recorrerán, de forma variable, los textos siguientes: la distancia y el extrañamiento, la impresión de la lectura, la forja colectiva de un proyecto cultural, la intención de la política, el intelectual cuya erudición se agiganta por su pasión civil, los jalones de una vida recordada.

El texto de Said, en efecto, fue publicado en el número 22 de *Punto de Vista*, en el mes de diciembre de 1984. En ese volumen también escribían Hilda Sabato, Beatriz Sarlo, José Nun, Hugo Vezzetti, María Teresa Gramuglio, Nora Catelli, un joven Martín Prieto. El propio Altamirano publicó un ensayo que, bajo el título de "Laicismo", decía lo siguiente: "la izquierda debe secularizar su propia cultura, dado que la historia les ha dado muchas sorpresas a sus certidumbres". Pero también escribió otro, que llevaba, sin embargo, una firma colectiva: la declaración de principios del Club de Cultura Socialista, fundado en julio de ese mismo año.

Política y cultura, pasiones intelectuales y políticas. El intelectual público, el predicador laico. El que se abre paso por la ruta que le ofrecieron los libros. El exiliado. Figuras presentes en "Un prólogo para el *Facundo*", la segunda pieza del volumen, donde la huella del Said de *Orientalismo* reaparece como uno de los hilos que tejen la interpretación de los procedimientos escriturales de Sarmiento en su biografía de Facundo Quiroga.

Sarmiento, autodidacta como José Aricó, ese otro provinciano, que se inicia en la cultura de los libros por la vía de la militancia en el comunismo cordobés y al que Altamirano le dedica otro de los capítulos de su libro. Aricó, el que se pone al frente de *Pasado y Presente* y concibe lo que hace, siempre, como una apuesta política. El que encuentra el *leit motiv* de su trabajo intelectual en el duro y sin duda penoso ejercicio de asediar la eterna crisis argentina y de hallar una explicación, cuando no una salida, al recurrente fracaso de los proyectos de la izquierda o simplemente progresistas.

Leer y escribir como prácticas de asedio. El asedio al enigma argentino, como dice Altamirano en el texto que le dedica al libro de memorias de Tulio Halperin Dongui, esa "novela de formación de un historiador", un ejercicio de autobiografía mediante el cual la tarea de hacer público el recuerdo deviene un retrato de familia, la del propio memorialista, pero también la de un mundo: la fracción ilustrada de las clases medias argentinas que, como la infancia, parecen irremediablemente perdidas. Hay una complicidad, dice Altamirano, entre el recuerdo y la historia, entre la autobiografía y el proyecto historiográfico, de quien, a su modo, cada vez que regresaba al país que lo había expulsado, agregaba a su imagen docta la del intelectual público.

"Miro hacia atrás con la ayuda de lo que me ha quedado", dice Altamirano en la carta que le envía a César Tcach cuando este le pide que escriba sobre Héctor "el Toto" Schmucler. El texto lleva por título "Recuerdos de una amistad" y fue publicado en 2019 en la revista cordobesa *Estudios*. Se trata de un ejercicio en el que aparecen nuevamente las revistas, las

redacciones, la voluntad colectiva, la militancia, las peleas, el exilio. Una conversación que se interrumpe y que retorna siguiendo las desventuras –en este libro, una palabra tan recurrente como pasiones– de la cultura de las izquierdas. Una evocación que, puesta en la primera persona del que "habla con lo que le ha quedado", no deja de estar atravesada por la certeza de que ninguna forma de la producción simbólica puede ser comprendida sin atender el entorno de las prácticas, las relaciones y, por supuesto, las pasiones, que son su condición de posibilidad.

El último texto del volumen lleva por título "Izquierdas. Breve ensayo sobre la gestación de una noción del lenguaje político moderno". Y es un ejercicio dedicado a recomponer y dilucidar los usos y significaciones de esa noción, a veces luminosa y, otras tantas, desdichada, que Altamirano preparó para el coloquio Izquierdas y Derechas que se celebró en Córdoba en 2019 y luego se publicó como artículo en la revista *Prismas*. Se trata de una genealogía erudita, destinada a un púbico académico, de especialistas, pero cuyo objeto impide la asepsia.

Así, los textos reunidos en este libro son, todos ellos, piezas eximias de historia intelectual, pero son, también, modos de rodear las formas que adoptan la distancia, la memoria, y los tanteos por la ruta que abren los libros cuando se encuentran con las incitaciones de la vida pública y nos hacen forjar una idea sobre el mundo, y una inveterada voluntad por comprender. Leer y escribir, entonces, como un oficio, una apuesta y un fundamento para la posibilidad de vivir con otros. Permítaseme terminar como empecé, con unas líneas de Pavese: "Será entonces necesario, para comprender las novelas, situarse en la época y proponerse los problemas; lo que quiere decir, ante todo, en este terreno, aprender los lenguajes, la necesidad de los lenguajes. Convencerse de que, si un escritor elige ciertas palabras, ciertos tonos y giros insólitos, tiene por lo menos el derecho de no ser inmediatamente condenado, en nombre de una precedente lectura donde los giros y las palabras eran más ordenados, más fáciles, o solamente diferentes. Esta tarea del lenguaje es la más vistosa, pero no la más ardiente. Por cierto que todo es lenguaje en un escritor que sea tal, pero basta justamente con haberlo comprendido para encontrarse en un mundo de los más vivos y complejos, donde la cuestión de una palabra, de una inflexión, de una cadencia, se vuelve enseguida un problema de costumbre, de moralidad. O, sin más, de política".[3]

*Adriana Petra*
Universidad Nacional de San Martín / CONICET

[3] *Ibid*., p. 37.

Juan Buonuome,
*Un diario para el pueblo. Periodismo de izquierda en la historia argentina,*
Buenos Aires, Siglo XXI, 2025, 256 páginas

El movimiento socialista internacional heredó de la tradición radical democrática símbolos e ideales, así como medios de acción, entre los que se destacó la prensa periódica. En la Argentina, el periódico *La Vanguardia* tuvo no solo un papel destacado en la tarea educativa y proselitista socialista, sino que, desde sus primeros días, fue el centro que impulsó la creación misma del Partido Socialista (PS) y, a lo largo de toda su historia, se constituyó en la voz pública y en uno de los principales recursos políticos del partido. Llamativamente, y a pesar del importante crecimiento que tuvo la historiografía de la izquierda en las últimas décadas, un actor tan importante como *La Vanguardia* ha sido abordado lateralmente sin ser objeto de un análisis específico. El libro de Juan Buonuome llena ese vacío con la reconstrucción de la trayectoria del más longevo e influyente de los periódicos de la izquierda argentina, y en diálogo con otro campo en expansión en años recientes como es el de la historia de la prensa periódica, y la reubicación de *La Vanguardia* en el pujante y competitivo mundo de la prensa de masas de la primera mitad del siglo XX.

Ese doble diálogo que entabla el autor se deja ver ya en la estructura del libro. Los capítulos primero y tercero recuperan la historia de *La Vanguardia* atendiendo principalmente a su relación con el PS. Proponen una periodización que da cuenta de momentos clave en que el periódico experimentó transformaciones organizacionales, tecnológicas y discursivas orientadas a intentar conectar con un público amplio. El primer hito importante (explica Buonuome) se dio en 1897, momento en que se produjo un cambio en el tipo de intervenciones que jerarquizaba el periódico: menos debates doctrinarios y más noticias de actualidad. A ello se sumó la proliferación de contenidos de propaganda dirigida a un público popular: diálogos, correspondencias y poemas que usaban un lenguaje sencillo, cercano a la oralidad, y apostaban a una interpelación emotiva. En esta línea fue particularmente destacable, para Buonuome, la búsqueda del periódico por acercarse a un universo popular construido en torno a dimensiones más culturales que socioeconómicas, motivo por el cual este periódico hizo uso del lenguaje criollista y de la apelación a las ilustraciones.

El tercer capítulo aborda otros dos momentos clave en el proceso de modernización de *La Vanguardia*, como fueron los de 1905 y 1913. En ambos casos los cambios en el impreso siguen a triunfos electorales, los que, por un lado, a partir del aporte de las dietas de los parlamentarios, permiten mejorar el financiamiento del periódico y, por otro, reafirman la necesidad de consolidar los apoyos obtenidos. En 1905, *La Vanguardia* se convierte en diario, lo que implica no solo un cambio de periodicidad sino también un replanteo: más peso de la información sobre la opinión. La primera columna ya no está ocupada por editoriales o comunicaciones de los centros partidarios, sino por telegramas. También ganan peso secciones similares a las de los grandes diarios, como "Municipales" y "Policía", que presentaban una sociedad cruzada por el vicio y lo ilegal, en el juego, el alcohol y la prostitución, elementos que suponían una amenaza contra los valores de respetabilidad que se proponían para el trabajador consciente. El segundo momento de cambio, 1913, sigue a la sanción de la Ley Sáenz Peña y al primer gran triunfo electoral socialista. Buonuome destaca que, en el esfuerzo por atender al electorado diverso que había apoyado o podría apoyar al PS, surgen secciones dedicadas a espectáculos y deportes y otras orientadas a destinatarios específicos, como las mujeres, los niños y los jóvenes.

Mientras que los capítulos primero y tercero colocan a *La Vanguardia* en relación con la vida interna del PS, los capítulos segundo y cuarto sitúan al periódico dentro del espacio de la prensa argentina del período.

Así, Buonuome sostiene en el segundo capítulo que la mirada de *La Vanguardia* era particularmente dura con respecto a *La Prensa* (el diario más masivo y popular del momento), y argumenta que ese carácter popular, los servicios que brindaba y su seguimiento del movimiento obrero eran elementos que, por brindar parte de lo que el PS también ofertaba, acentuaban su enemistad. Con respecto al diálogo de *La Vanguardia* con *La Nación*, el autor considera que eran también los elementos compartidos –en este caso su discurso económico librecambista y su prédica institucionalista y republicana– los que llevaban a un cuestionamiento, planteado en términos de inconsecuencia y aun de falsedad.

En el capítulo cuatro el libro pone el foco en la mirada de *La Vanguardia* respecto de otro gran órgano de la prensa comercial, *Crítica*, y asocia el difícil vínculo entre ambos con un cambio en la mirada socialista sobre la cultura de masas. Con ello, el autor discute una periodización planteada, entre otros, por Dora Barrancos, que señala que en los años 20 se asiste a una flexibilización del "paradigma normativo edificante" que caracterizaría al socialismo de comienzos de siglo. Al respecto, Buonuome propone una interpretación diferente, casi opuesta: las posturas del PS y *La Vanguardia* fueron más flexibles a comienzos de siglo y fue en la década del 10 cuando se produjo un giro hacia una mirada más pesimista, que deploraba el protagonismo en la agenda pública del crimen y el juego. El autor afirma que, desde comienzos de siglo, *La Vanguardia* buscó conectar con una sensibilidad popular antielitista no solo a través del criollismo sino también del tratamiento de situaciones escabrosas en conventos y cuarteles, lo que supuso una confluencia con la prensa popular vespertina representada por periódicos como *La Razón.* Un acercamiento que habría concluido con motivo de la conflictividad obrera en el debate público de fines de la década. Después del Centenario, señala el autor, *La Vanguardia* habría retomado el discurso centrado en lo popular, pero ya no lo plantearía en términos de confluencia sino de enfrentamiento con otros medios de prensa. Buonuome reconoce que este cambio se asociaba, en parte, con la disputa que el PS sostenía con la UCR, por haberse esta apropiado de las banderas de lo democrático y lo popular, y con el apoyo que, en esa disputa, otros medios habrían dado al radicalismo. Sin embargo, asigna un lugar secundario a esta explicación "política", ya que considera que la ubicación de *La Vanguardia* en el concierto de la prensa estuvo determinada, fundamentalmente, por la toma de postura ante las cuestiones "del crimen, la violencia, el juego y la corrupción policial, dentro de una mirada cada vez más preocupada por los fundamentos del orden social" (p. 170).

Como prueba de que el problema iba más allá de la toma de partido en el escenario político, el autor cita el enfrentamiento con *Crítica*, un diario que no tenía un alineamiento político estable y que, a mediados la década de 1920, había llegado incluso a apoyar a los candidatos del PS. Sin embargo, en esos días la Federación Gráfica Bonaerense (uno de los pocos gremios que los socialistas controlaban) declaró el boicot a *Crítica* y recibió el apoyo del PS y *La Vanguardia*. Buonuome subraya que el periódico asoció el apoyo a la medida con imágenes previas, destacando la vinculación de *Crítica* con el juego, la pornografía y la corrupción. Los socialistas afirmaban que ese diario mantenía una relación de complicidad y fascinación con el mundo del crimen, y denunciaba su vínculo con dirigentes políticos ligados al juego. La cuestión del juego motivó un proyecto de intervención a la provincia de Buenos Aires, bastión del yrigoyenismo. La propuesta fue cuestionada no solo por los yrigoyenistas sino también por *Crítica*, que sostuvo que el PS participaba de un "contubernio" con conservadores y antipersonalistas.

El abordaje del conflicto con *Crítica* da cuenta de una mirada que privilegia la historia cultural sobre la estrictamente política. A lo largo del libro las explicaciones tienden a dar primacía a la dinámica cultural de la sociedad argentina, en particular el desarrollo de una poderosa prensa comercial por sobre factores estrictamente políticos. Ello le permite a Buonuome proponer lecturas que no queden atrapadas por las polémicas del mundo de la izquierda, corriendo el foco de las disputas al interior del PS. Sin embargo, *La Vanguardia* era el periódico de un partido y las tensiones que experimentaba

el PS fijaron límites a su dinamismo cultural, límites que otros medios de prensa no tenían. Ello se hace visible en el capítulo cinco, que aborda la vida de *La Vanguardia* en los años 30, momento en que el impulso modernizador, orientado a conectar con un público amplio, se frena. El periódico deja de orientarse a un público popular y se dirige a los militantes socialistas. El autor considera que esto no se explica porque se detuvieran los factores que habían impulsado la modernización social y cultural –la ampliación del público, el desarrollo de los medios de comunicación de masas, la expansión de las clases medias–, sino por el cambio en las condiciones institucionales y políticas. El autoritarismo y las medidas represivas adoptadas por los gobiernos que siguieron al golpe de Estado que depuso a Hipólito Yrigoyen habrían llevado al PS a colocar la cuestión de la libertad de prensa en el centro de su prédica. Para los socialistas la principal amenaza ya no estaba representada por el mercado sino por el Estado, y ante el autoritarismo estatal se estrechaban los lazos con los antiguos enemigos de la prensa burguesa. Concluye el autor que después de 1930, y con la excepción de un breve período en que fue dirigida por Mario Bravo, *La Vanguardia* se desinteresó por hacer nuevos lectores y se orientó solamente hacia la militancia socialista.

Sin embargo, el libro no puede cerrarse sin abordar, en el Epílogo, el papel muy visible de *La Vanguardia* en los años peronistas ni interrogar la famosa imagen del incendio de la Casa del Pueblo en 1953, en el que fueron destruidos sus talleres, ya para entonces clausurados. Buonuome cuestiona las lecturas que hicieron de ese período, y particularmente de esa imagen, las claves desde las que leer retrospectivamente la entera historia del PS como el resultado de una derrota: la de la izquierda ilustrada a manos del populismo plebeyo. Ante ello, el autor recuerda que a lo largo del libro dio cuenta de una experiencia más porosa de la izquierda, no desligada de procesos de transformación social. La crisis peronista, argumenta, exagera la concepción educadora y desconfiada de lo popular del socialismo.

El libro descansa en una mirada sobre la Argentina del novecientos: se trataba de una sociedad con fronteras sociales móviles y extendido consenso liberal. La integración en ella habría obligado a los socialistas a sostener un diálogo fluido y complejo con otras tradiciones. Discutiendo con miradas que piensan la moderación del doctrinarismo del PS sobre la base de su relación con el Estado y la escuela, Buonuome sostiene que el mayor desafío para el proyecto socialista de elevación de las masas no se hallaba en esas instituciones, sino en la prensa burguesa. Destaca que *La Vanguardia* respondió a ese desafío planteando un discurso que no solo interpelaba a oficinistas, maestros, chacareros y pequeños propietarios en clave de progreso social, sino que, apelando al criollismo, este impreso buscó acercarse a los sectores más postergados del mundo popular. Sin embargo, lamenta, luego del Centenario el periódico tendió a dar a lo popular un contenido basado en nociones de respetabilidad y familia coincidentes con la cultura de las clases medias en ascenso, lo que habría limitado el alcance de su interpelación. Un alcance que, posteriormente, se habría visto aún más restringido al concentrarse el discurso del periódico en la defensa de las libertades, y en primer lugar la de prensa, amenazadas desde el Estado.

La conclusión es que la fuerza de *La Vanguardia* se desplegó en el contexto de un Estado liberal que garantizaba libertades, una sociedad afluente y móvil y un floreciente mercado de bienes culturales. Ese es el fondo contra el que deben entenderse los aspectos más relevantes de la experiencia del periódico, y no contra su final en la experiencia peronista. Buonuome propone, en fin, mirar a *La Vanguardia* en su mejor luz y no en su ocaso. El PS y su periódico crecieron en el contexto de la Argentina liberal y declinaron con su crisis.

*Ricardo Martínez Mazzola*
Universidad Nacional de San Martín / Universidad de Buenos Aires

Javier Guiamet,
*El socialismo argentino y la cultura de masas. Dilemas y estrategias del PS en los años de entreguerras,*
Buenos Aires, Eduntref, 2023, 298 páginas

Este libro propone un cruce original entre la política y la cultura de masas desde la óptica del socialismo argentino del período de entreguerras. Siguiendo las preguntas de la Red Interuniversitaria de Política y Cultura de Masas en América Latina (conformada por la Universidad Nacional de General Sarmiento, la Universidad Nacional del Litoral y la Universidad Nacional Arturo Jauretche, de la que el autor participa), este estudio se inscribe en una historia cultural del Partido Socialista argentino. La investigación se interroga por el modo en que las principales figuras intelectuales y artísticas del Partido Socialista se posicionaron frente a lo que se considera "la cultura" en un contexto de masificación. Este punto de observación le permite al autor reponer ciertas tensiones conceptuales en la definición misma de cultura, y observar de cerca el peso que albergaron en estas definiciones distintas tradiciones, tales como el legado sarmientino y la tradición heredada de la Segunda Internacional. Además, el autor saca a la luz los desafíos, dilemas y estrategias que surgen para el Partido ante el nuevo contexto internacional marcado por acelerados procesos de modernización que repercuten en los consumos populares. Frente a este contexto, el libro reconstruye una amplia serie de alternativas propuestas por el Partido Socialista para hacer frente a distintos productos masivamente consumidos, tales como el teatro, el cine, la radio, los espectáculos deportivos y sus héroes modernos.

La primera parada son las obras de teatro. Las posturas frente al auge del teatro comercial le permiten a Guiamet develar un Partido Socialista perplejo frente a la popularidad de las comedias y los sainetes del período. El libro se pregunta si es posible un sainete criollo y advierte las dificultades de las condiciones mismas de producción de un género masivo. Frente a este desafío, el Partido Socialista se propone, en los años treinta, desarrollar otras experiencias teatrales que se opusieron al teatro comercial, en el marco más amplio de la crisis económica con particular impacto en un medio que perdía público por el creciente interés por el cine. Entre estas prácticas, se destaca el desarrollo de un teatro político como contrapunto al teatro comercial. Resaltan entre estos fenómenos las experiencias del Teatro del Pueblo, de Leónidas Barletta, y el Teatro Proletario, dirigido por Ricardo Passano (padre). La segunda parada se detiene en los usos y las concepciones del socialismo frente al cine. El análisis se centra en el cine de principios de los años veinte y la propaganda cinematográfica. Se analizan las notas de cine publicadas en el periódico *La Vanguardia* y en la *Revista Socialista*, para dar cuenta de "la importancia que tuvo el séptimo arte dentro de la cultura socialista" (p. 155). La producción de una cinematografía propia por parte del Partido, como un medio clave para la propaganda política, fue central y le permitió al socialismo adelantarse al uso del medio cinematográfico con estos fines, antes de que lo hicieran otras fuerzas políticas. La tercera parada se detiene en la radio y la relación que el Partido entabla con el éter como un espacio de difusión de la doctrina partidaria. En relación con este dispositivo el autor señala que la radiodifusión encuentra una "llegada extremada" (p. 180), y da especial importancia a la valoración de las producciones musicales que realizó el Partido en esos años. Además, el libro analiza, en un marco más amplio, los vínculos entre el deporte y el Partido. Los ejes en torno a los que gira el análisis son los del socialismo y el fútbol, así como también el del socialismo y el boxeo para dar cuenta de la importancia del deporte para esta tradición política y las aristas entre la creciente profesionalización de estos

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1728

fenómenos y el cruce entre la conformación de nuevos públicos e identidades nacionales. En esta tensión se desarrolla el análisis del último conjunto de espectáculos masivos desentrañados por el libro: estos se mueven en torno a la conformación de la figura de héroes modernos y la construcción de relatos épicos desde *La Vanguardia*. Así, este recorrido permite poner bajo la lupa las distintas estrategias del Partido Socialista argentino frente a la inminente masificación de los productos culturales que los sectores populares consumieron en el período de entreguerras.

*Ana Cecchi*
Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional Arturo Jauretche

María Celina Fares,
*Derechas e izquierdas nacionalistas en los 60. Universidad y prensa local en la encrucijada nacional e internacional*,
Buenos Aires, Prometeo, 2024, 421 páginas

Pocos son los casos de investigadores/as que desde universidades de *frontera* –léase, en este caso, por fuera de Buenos Aires– desarrollan líneas de estudio con claves interpretativas que permitan ensayar, simultáneamente, explicaciones de fenómenos locales, nacionales e internacionales, operación que se condensa en la expresión "historia glocal", es decir, unir lo local con lo global. María Celina Fares es una de ellas, quien, desde su Mendoza natal, logra construir en su último libro una metodología de análisis que se traduce en el mapa de una red transnacional de intelectuales nacionalistas –desde reaccionarios, pasando por monárquicos, fascistas, tradicionalistas, hispanistas en su mayoría– en la que Mendoza se presenta como uno de sus nódulos, que explica la parte y el todo.

Inscripta en el campo de la historia de los intelectuales –con cruces con la microhistoria–, en esta investigación cada acontecimiento o proceso de corta duración es analizado en su significado en la larga duración. Por esto es que, pese a centrarse en aquella "larga década de 1960" –esto es entre 1955 y 1969, como la denominó en su momento Oscar Terán–, el estudio de Fares abarca desde 1939 –año de fundación de la Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo)– hasta 1970. Sin embargo, creemos que también se puede insertar en un tiempo mucho más amplio que es el de la reacción a la modernidad que expresa una tradición de más de dos siglos.

El volumen editado por Prometeo es la adaptación al formato de libro de su tesis doctoral defendida en 2022 en la Universidad Nacional del Centro. Su objeto de estudio son las formas en que circularon diversas corrientes nacionalistas en la provincia argentina de Mendoza entre 1940 y 1970, en el particular contexto nacional e internacional en el que se entrecruzaron fenómenos como la reorganización del sistema político tras el derrocamiento del peronismo en la Argentina y las tensiones derivadas del escenario bipolar de la Guerra Fría. La autora se propone llevar a cabo una historia de las corrientes nacionalistas e hispanistas católicas que ocuparon un lugar predominante en la Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo) y en un sector de la prensa provincial en el período mencionado.

La hipótesis central del estudio es que estas tradiciones nacionalistas católicas que cristalizaron durante las décadas del treinta y del cuarenta –principalmente en Mendoza–, serían interpeladas por una serie de eventos, tanto nacionales como internacionales, que generarían en ellas unas transformaciones ideológicas que desembocarían en la profundización de posiciones de derecha, en algunos casos, y en otros en la apertura de un diálogo con la modernidad e incluso el acercamiento a la izquierda. Estas instancias o procesos de interpelación lo constituyeron los años del gobierno peronista y, sobre todo, su derrocamiento en 1955; los gobiernos surgidos de la autodenominada Revolución Libertadora, el giro de Arturo Frondizi hacia Estados Unidos y el debate por los contratos petroleros. En cuanto a los acontecimientos externos, la autora analiza las reacciones de estos intelectuales nacionalistas ante el mundo bipolar abierto tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, y –frente al acercamiento de la España franquista a Estados Unidos– en la búsqueda de un espacio de tercera vía que rechazara tanto la alianza con los Estados Unidos como con Rusia, como lo fue la conformación de los países no alineados.

Y busca probar esta hipótesis a través de sus objetos empíricos, la UNCuyo y el periódico *El Tiempo de Cuyo*, es decir, el campo universitario y parte del sector de la prensa de la provincia de Mendoza de los años sesenta, de la cual autora se encarga de aclarar que

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1729

no la considera una "jurisdicción excepcional" (p. 15), sino que propone pensarla como una geografía y tiempo que podrían tener similitudes con otras experiencias regionales o internacionales. La UNCuyo le permite a Fares "la posibilidad de visibilizar modulaciones identitarias que van mucho más allá del grupo local" (p. 5), refiriéndose así al sustrato hispanista de estos núcleos mendocinos. En tanto la experiencia de *El Tiempo de Cuyo* expresa la acción de propagar, de acuerdo con el modelo de Jean-François Sirinelli adoptado en la investigación.

Precisamente, esto último tiene que ver con la metodología adoptada, que se apoya principalmente en un modelo que Sirinelli propuso en 1992 para el estudio de las derechas francesas, con el fin de dar cuenta de "la capacidad de los sujetos para crear instituciones, movilizar recursos y articularse a través de su capital social, intelectual y relacional en diversas escalas" (p. 22), condensado en la fórmula "cultivar, reunir y propagar"; y, frente a la posibilidad de un enfoque prosopográfico, opta por el estudio detallado de trayectorias individuales. Esto se plasma en la decisión de Fares de privilegiar el análisis empírico por sobre modelos teóricos, aunque esto no se traduzca en una ausencia de interpretación, sino todo lo contrario.

Existe un particular factor que obligó a la autora a una reflexión sobre su práctica profesional: el hecho de haber sido, como ella dice, criada y formada por algunos de los intelectuales analizados, aspecto que relaciona con la categoría historiográfica de "experiencia vivida". Ella fue alumna de muchos de estos académicos en la UNCuyo, y su padre, Raimundo Fares, uno de los fundadores y directores de *El Tiempo de Cuyo*, periódico que la autora toma como objeto para demostrar un caso de giro ideológico en un sector de estos intelectuales nacionalistas desde su rol de comunicadores. La investigación sortea con eficacia este obstáculo metodológico de cercanía con su objeto de estudio, que no afecta las premisas y conclusiones del trabajo.

El volumen se divide en dos grandes partes. En la primera de ellas aborda al primero de los actores analizados: los intelectuales nacionalistas católicos que actuaron en la UNCuyo. Y en la segunda parte lo hace con los integrantes de *El Tiempo de Cuyo*. En la primera parte se expone cómo surge la idea de la hispanidad, cómo se fue construyendo y constituyendo poco a poco en un elemento aglutinador para diversos grupos nacionalistas, y el modo en que, desde el inicio de actividades de la UNCuyo en 1939, tuvo presencia a través de la figura de su rector, Edmundo Correas. La descripción de trayectorias como las de Guido Soaje Ramos, Toribio Ignacio Lucero o Juan Ramón Sepich le permite a la autora mostrar los cruces y solapamientos entre hispanistas que apoyaron al peronismo y otros que lo enfrentaron, como así también de las redes que comenzaron a tejerse entre el Madrid franquista y Mendoza. En el caso de Ángel González Álvarez, su trayectoria da cuenta de los cambios al interior del sector cultural del franquismo en los cincuenta, cuando el Opus Dei desplazó a los elementos más reaccionarios de lo que había sido el falangismo.

Del análisis de la autora surge que el hispanismo de cuño franquista fue el aglutinador de estos grupos, por lo menos hasta mediados de los cincuenta, momento en que el régimen español estrechó sus lazos con Estados Unidos para lograr su ingreso a las Naciones Unidas. El otro elemento cohesionador fue el anticomunismo.

El análisis de esta corriente reaparece en el capítulo 5, en el que Fares retoma un tema que viene trabajando desde hace más de veinte años: la actuación de los historiadores hispanistas durante el Tercer Congreso Internacional de Historia, de 1960, en Buenos Aires, en ocasión de la conmemoración del sesquicentenario de la Revolución de Mayo. Los canales para profundizar en esto son las trayectorias de los historiadores Edberto Acevedo, Jorge Comadrán Ruiz y Pedro Santos Martínez, con sus relecturas de las narrativas sobre el proceso independentista que, en sintonía con los postulados del hispanismo, buscarían relativizar cierta idea rupturista del proceso abierto en 1810, presentándolo más como una guerra civil entre españoles peninsulares y americanos. Los tres estudiaron en las universidades franquistas, y ese modelo verticalista de cátedras patrimoniales y actitud acrítica de los discípulos –en suma, los *habitus*– fue, en parte, trasladado a la UNCuyo por este conjunto de historiadores que

tuvieron estancias de investigación en España.

Fares consigna las formas en que se recepcionó este hispanismo –o la idea de la hispanidad– en la Argentina y en Mendoza en particular, adonde llegaron catedráticos franquistas para trabajar en la UNCuyo, donde difundieron esta ideología que enfrentaba a las ideas de la modernidad representadas por el capitalismo anglosajón y el comunismo ruso. Más adelante se detalla cómo estos hispanistas adoptaron diferentes derivas. Algunos abrieron un debate con la modernidad, y otros se abroquelaron en sus tradiciones y rechazaron las reformas del Concilio Vaticano II.

En el capítulo 4 se detallan los vínculos con académicos franceses discípulos de Charles Maurras, a través de las biografías de Jacques Marie de Mahieu y de Alberto Falcionelli, representantes de una tradición de derechas francesas en las que también se presentaron divisiones en cuanto a la actitud a tomar frente al peronismo. Lo interesante del análisis de Fares, en este caso, es constatar que la tradición nacionalista maurrasiana –reaccionaria, monárquica y antisemita– logra vincularse, a pesar de sus diferencias, con el tradicionalismo católico de los hispanistas.

El siguiente tema que interpeló a estos grupos nacionalistas fueron los diálogos que se abrieron entre ellos y la modernidad en los sesenta, por ejemplo los contactos con la FLACSO chilena y otros centros educativos norteamericanos, aspecto que se examina en el capítulo 6 a través de las figuras de Enrique Zuleta Álvarez y Dardo Pérez Guilhou.

Ya en la segunda parte del libro el objeto se desplaza del ámbito universitario al periódico *El Tiempo de Cuyo*, cuya experiencia utiliza Fares para dar cuenta de cómo unos intelectuales nacionalistas católicos iniciaron una transición hacia posiciones sociales antiimperialistas y tercermundistas, decepcionados de las experiencias de los gobiernos posperonistas, en donde la biografía de su padre, Raimundo Fares, es fundamental.

Uno de los puntos fuertes del estudio es la reconstrucción de los itinerarios de estos académicos, escritores y periodistas que desarrollaron sus carreras en la UNCuyo, en el periódico *El Tiempo de Cuyo* o en ambos espacios, influyendo en la arena pública mendocina de fines de los cincuenta y los sesenta, que incluye sus vínculos internacionales que posicionan a Mendoza como uno de los nódulos de una red transnacional a la que Fares denomina "Internacional hispanista".

El estudio plantea interrogantes interesantes. Por ejemplo, la autora se pregunta sobre qué narrativa fue la hegemónica en la época, si la que vinculaba a Mendoza con una sociedad "próspera y burguesa", o la que describe en su estudio, de *otra provincia* dominada en algunos espacios por antimodernos y reaccionarios de tradición hispanista. El éxito de la mayoría de estos catedráticos hispanistas en evitar ser removidos de sus puestos en la universidad y en el CONICET a partir de 1983, por sus vínculos con el régimen militar de 1976-1983, reforzaría la pregunta de la autora.

En resumen, se trata de un libro que significa un gran aporte al campo de estudio de las derechas en la región, a la vez que constituye una base o invitación para replicar en otras geografías de Latinoamérica abordajes similares que permitan una reconstrucción más amplia e íntegra de la acción cultural del franquismo español en estas tierras, y su pervivencia.

*Mariano Damián Montero*
Universidad Nacional de Quilmes

Juan Ignacio Trovero,
*Gino Germani y la cuestión urbana. Teoría sociológica, investigación empírica y proyecto intelectual*,
Buenos Aires, Eudeba, 2025, 316 páginas

La sociología argentina ha colocado a Gino Germani en una posición curiosamente ambivalente. Por un lado, es ampliamente reconocido como el principal precursor de la disciplina tal como la conocemos hoy en día. Pero por otro lado, su obra ocupa un lugar relegado en los currículos, y está lejos de ser una referencia ineludible en las discusiones académicas contemporáneas. Acaso el mayor ejemplo de esto sea el hecho de que, si bien sentó las bases de la sociología urbana en nuestro país, sus trabajos no suelen ser objeto de mención en los estudios urbanos de la actualidad –ni siquiera en el propio instituto de investigaciones que lleva su nombre–.

En *Gino Germani y la cuestión urbana*, Juan Ignacio Trovero se sumerge de lleno en esta faceta del autor, que hizo de las ciudades su tema de indagación a partir de un interés por las grandes oleadas de migración interna. Este último es un fenómeno de sabida atención por parte de Germani, debido al rol que ocupa en sus explicaciones sobre el surgimiento del peronismo. Pero a la par de estos trabajos –muestra Trovero– fue tema de análisis debido a otra clase de inquietudes, que se plasman de forma paradigmática en sus indagaciones sobre la isla Maciel. El libro reconstruye minuciosamente los contenidos y las circunstancias que dieron origen a este proyecto de investigación, centrado en los problemas sociales que habría acarreado la llegada en masa de nuevos habitantes del interior del país. Lejos de dar por sentado el modo de abordaje, Trovero ejerce sobre los trabajos de Germani una extrañeza antropológica similar a la que aplicaríamos sobre el viejo informe de Bialet Massé acerca del "estado de las clases obreras argentinas". Es así como el libro disecciona con rigor la perspectiva analítica que lleva a Germani a diagnosticar la "desorganización social" y la "desintegración familiar" prevalecientes en esta zona pauperizada del Conurbano bonaerense.

Pero Trovero no se limita a analizar las vicisitudes de esta sociología urbana. Más bien la toma como una punta de ovillo que le permite trazar un análisis polifacético de la carrera de Germani. Y se trata, claro está, de un recorrido que desplaza al ítalo-argentino del rol de monumento sociológico en el que suele quedar ubicado. Pero no retaceándole reconocimiento –de hecho, el libro es un homenaje a su trayectoria, aunque no se lo proponga de manera explícita–, sino desacralizándolo. *Gino Germani y la cuestión urbana* remueve al autor del mítico lugar de "padre fundador" y lo ilumina como un sujeto que supo desplegar su trayectoria profesional en afinidad electiva con un clima de época. Por un lado, Trovero expone con notable nivel de detalle cómo la preocupación por el desarrollo, la modernización y el autoritarismo colocó la agenda de investigación de Germani en sintonía con la orientación político-ideológica de diversos organismos internacionales de financiamiento. Por otro lado, exhibe cómo sus vínculos personales con distintas figuras del mundo universitario posperonista facilitaron el desarrollo de sus proyectos institucionales. De este modo, el libro muestra las facetas políticas y económicas que pavimentaron el camino para el despliegue del talento profesional y la erudición sociológica de Germani.

A todas estas aristas (y a muchas otras), el volumen les otorga una atención pormenorizada. El ímpetu institucionalizante de Germani –gracias al cual la disciplina se afianzó de forma inédita en la Argentina–, sus discusiones epistemológicas –que expresaban su preocupación por justificar el carácter científico de la sociología–, y su derrotero teórico –que lo llevó a dialogar (y entrar en controversia) con los principales sociólogos de su época a nivel mundial– son ejes que Trovero enhebra y despliega con puntillosidad, sin

perder de vista una permanente vocación de trazar conexiones. Sin embargo, estos no son ejes que se aborden por separado, ni tampoco ordenan de por sí la estructura del libro. *Gino Germani y la cuestión urbana* no deja de ser, antes que nada, un trabajo sobre lo que el título indica en su sentido más estrecho. Pero es al mismo tiempo varios libros a la vez, dado que permite lecturas guiadas por distintos tipos de interrogantes e intereses.

De hecho, uno de los mayores logros de Trovero probablemente sea el modo en que demuestra la ambición y multiescalaridad del pensamiento de Germani. El libro muestra a un sociólogo que procura moverse con solvencia desde lo netamente local hacia lo más global, y que pasa de focalizarse en lo más empírico y situado para luego (o incluso en simultáneo) elevarse a altos niveles de abstracción. Así, vemos a un Germani que piensa en grande, transitando con naturalidad de la isla Maciel a la secularización, y del origen del peronismo a la *Methodenstreit* (la "disputa por el método").

Pero además, Trovero ilustra la carrera del ítalo-argentino sin descuidar su multidimensionalidad. El volumen nos muestra la construcción de un perfil profesional adelantado para su época, que preanuncia un estilo que se volvería habitual mucho tiempo después. Se trata de la figura del sociólogo-investigador a tiempo completo, internacionalizado, comprometido con la gestión académica y abocado a la generación de aportes en el interior de determinada región específica del conocimiento. No casualmente, el libro le otorga particular atención al impulso que dio Germani a la "sociología científica", que comienza a disputar posiciones con la más arraigada sociología ensayista (una tensión que, no casualmente, abunda en paralelismos con la preocupación germaniana por la transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna). En este sentido, la obra de Trovero pone la lupa sobre una etapa crucial para la historia de la disciplina, dado que el modelo de Germani para hacer sociología –y ser sociólogo– termina abonando una grieta perdurable, que con el tiempo se volvería tripartita, entre marxistas, ensayistas y cientificistas.[1]

Finalmente, el trabajo de Trovero realiza un aporte singular a la comprensión de la denominada "época de oro" de la Universidad de Buenos Aires, que inicia en los años inmediatamente posteriores a la caída de Perón y finaliza abruptamente con la Noche de los Bastones Largos en 1966. Sin apuntar a ello de manera abierta (pero siendo, aun así, una de las muchas claves de lectura posibles), el libro ilustra qué sucedía en aquel momento destellante de la UBA más allá de los ámbitos más estereotípicos –como la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales o los laboratorios de César Milstein y de Luis Federico Leloir–. En efecto, al examinar el quehacer profesional e intelectual de Gino Germani (quien, vale mencionarlo, estuvo involucrado en la fundación del CONICET en 1958), Trovero explora a su vez qué significaba hacer sociología en una época de gran prestigio de la ciencia y de la universidad. Una apuesta que acaso ofrezca pistas para pensar el presente, marcado por la urgente tarea de revitalizar la legitimidad pública de las ciencias sociales ante un clima de creciente incredulidad.

[1] Juan Pedro Blois, *Medio siglo de sociología en la Argentina. Ciencia, profesión y política (1957-2007)*, Buenos Aires, Eudeba, 2018.

*Andrés Scharager*
Universidad Nacional de San Martín / CONICET

Isabella Cosse,
*Rotos corazones. Amor y política en los setenta*,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2025, 272 páginas

Hace ya algunos años, Isabella Cosse, Valeria Manzano y Karina Felitti editaron un volumen colectivo que proponía pensar los sesenta "de otra manera".[1] Retomando el famoso título de Oscar Terán, estas jóvenes historiadoras invitaban a volver sobre unos años clave en la historia argentina, pero ya no mirando a los intelectuales, sino a la sexualidad, el género y la vida cotidiana.[2] Una década y media después, el nuevo libro de Cosse hace un movimiento semejante, pero esta vez para pensar los conflictivos setenta en una clave que problematiza el lugar de las emociones, "del deseo, la atracción, los afectos en la praxis, las estrategias, las identidades políticas y en las vidas de estos jóvenes que pronto virarían del optimismo extático a enfrentar el terror de Estado" (p. 8). A partir de un diálogo con las investigaciones que en los últimos años han problematizado la historicidad de las emociones contribuyendo a dimensionar su relevancia en la vida política,[3] y de la recuperación de lecturas clásicas y contemporáneas que discutieron los sentimientos en la historia,[4] Cosse se pregunta por los sentidos que adquirió el amor en el marco de la vida política de los setenta, pensando en dimensiones que implican desde el amor de pareja, el amor al pueblo y el amor al líder, hasta su instrumentalización en la estrategia represiva de la dictadura. *Rotos corazones…* se ubica así dentro de una línea de indagación que recuperó la centralidad de los afectos y las emociones en el análisis de la radicalización política de los setenta y de la represión durante la última dictadura.[5]

En una clave similar a la desarrollada en sus investigaciones previas,[6] en este libro Cosse reconstruye los modos en que actores que buscaban cambiar radicalmente el orden social eran alcanzados por modelos familiares y pautas que guiaban las relaciones sexoafectivas propias de su tiempo. El libro sitúa las decisiones de los militantes en relación con los discursos que circulaban en la época respecto del amor y el matrimonio, y también en el marco de tendencias de más largo aliento en relación con la nupcialidad. Las historias

---

[1] Isabella Cosse, Karina Felitti y Valeria Manzano, *Los 60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2010.

[2] Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

[3] Ana Abramowski y Santiago Canevaro, *Pensar los afectos. Aproximaciones desde las ciencias sociales y las humanidades*, Los Polvorines, UNGS, 2017; María Bjerg, "Una genealogía de la historia de las emociones", *Quinto Sol*, vol. 1, nº 23, 2019; Sandra Gayol, *Una pérdida eterna. La muerte de Eva Perón y la creación de una comunidad emocional peronista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2023; Nayla Vacarezza, *Las pasiones alegres del feminismo. O cómo agitar la imaginación política contemporánea*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2025.

[4] José Pedro Barrán, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, Montevideo, Banda Oriental, 1989; Omar Acha, *Crónica sentimental de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Prometeo, 2013.

[5] Por citar solo algunos ejemplos, véase Paola Martínez, *Género, política y revolución en los años setenta. Las mujeres del PRT-ERP*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2009; Andrea Andújar, Débora D'Antonio, Fernanda Gil Lozano, Karin Grammático y María Laura Rosa (comps.), *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2009; Vera Carnovale, *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011; Karin Grammático, *Mujeres montoneras. Una historia de la Agrupación Evita, 1973-1974*, Buenos Aires, Luxemburg, 2011; Alejandra Oberti, *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*, Edhasa, Buenos Aires, 2015; Mónica Bartolucci, *La juventud maravillosa. La peronización y los orígenes de la violencia política 1958-1972*, Buenos Aires, Eduntref, 2017; Mariela Peller, *La intimidad de la revolución. Afectos y militancia en la guerrilla del PRT-ERP*, Buenos Aires, Prometeo, 2023; Santiago Garaño, *Deseo de combate y muerte. El terrorismo de Estado como cosa de hombres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2023.

[6] Isabella Cosse, *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar, 1946-1955*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006; Isabella Cosse, *Pareja sexualidad y familia en los años sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

singulares recogidas en testimonios y memorias sirven a la autora como material para explorar las expectativas construidas en torno a la pareja y el matrimonio, así como las experiencias del amor y el desamor de actores sobre los que pesaban mandatos propios de familias tradicionales, y por horizontes de cambio social y revolución que, sin embargo, pocas veces tensionaban la naturalización del machismo y las jerarquías de género. El matrimonio, sin embargo, no solo era un mandato. Para muchos era también un deseo y, en ocasiones, también una estrategia. El casamiento podía ser una forma de subvertir los requerimientos familiares y "ponerlos al servicio de la causa revolucionaria", garantizando cobertura para las acciones políticas e incluso también financiamiento (p. 84).

Cosse se pregunta por las motivaciones que llevaron a los jóvenes a participar de las masivas movilizaciones que, en distintos espacios de la geografía nacional, tensionaron el orden que buscaba imponer el gobierno de Onganía. Haciendo foco en un corpus de fotografías tomadas para *La Gaceta* de Tucumán de una revuelta estudiantil que tuvo lugar en noviembre de 1970 en esa ciudad, observa la fuerte presencia de mujeres en las manifestaciones. El análisis de las imágenes, sin embargo, permite a Cosse recuperar otra dimensión de esa presencia. Las jóvenes vestidas con minifaldas, tacos y cartera retratadas allí son un indicio de que el erotismo y la seducción tenían un papel relevante en la sociabilidad política: "la revuelta en sí misma y las experiencias que la hicieron posible estuvieron unidas al goce y al deseo" (p. 72). Cosse muestra cómo, pocos años después, el afecto, la afinidad y, en particular, las relaciones de pareja también fueron elementos clave en el afianzamiento de los grupos militantes, así como en la dinámica de organizaciones como el PRT-ERP y Montoneros.

El libro señala la "importancia estratégica" de la pareja en la militancia tanto de la izquierda marxista como del peronismo, en tanto creaba conexiones afectivas que tuvieron un lugar central en el reclutamiento y en los conflictos dentro de las organizaciones. En los tempranos setenta, esas relaciones, que incluían tanto la seducción como la conformación de lazos de amistad, resultaban nodales en las experiencias de los jóvenes que se estaban sumando a la militancia. Más adelante, los paisajes emocionales creados por la música le permiten a la autora explorar los cambios en la sensibilidad y la forma de concebir el amor vinculados al ideal revolucionario. Al mismo tiempo, la clandestinidad suponía no solo presiones particulares sobre la vida familiar y la pareja, sino también "la apertura a dinámicas que desafiaron la monogamia sucesiva, el patrón de una pareja heterosexual por vez" (pp. 86-87). La endogamia dentro de las organizaciones, por otro lado, era usual, y ello conllevaba conflictos potenciales frente a la infidelidad o a las dobles relaciones. Cosse muestra los complejos solapamientos entre lo íntimo y lo político, entre las relaciones familiares y las partidarias, y las tensiones a las que daban lugar en sujetos cuyas trayectorias estuvieron marcadas por la clandestinidad y el compromiso revolucionario.

El matrimonio y la pareja no son las únicas formas de amor que el libro explora. Apoyándose en las investigaciones de Vera Carnovale y Hugo Vezzetti, Cosse señala el amor al pueblo como un elemento clave de la sensibilidad que justificaba la acción armada.[7] En el caso del peronismo, el amor al líder también tiene un sitio destacado. Retomando el análisis de Eliseo Verón y Silvia Sigal, Cosse explora cómo se produjo la actualización de ese vínculo en Ezeiza, y, siguiendo a Valeria Manzano, recupera la metáfora de la novela familiar para pensar el lazo entre Montoneros y Perón.[8] El libro se detiene especialmente en la sexualización de las identidades políticas que se produjo en el marco de las disputas políticas posteriores a la muerte de Perón entre quienes se declaraban sus legítimos herederos. El odio al adversario, en ese contexto, aparecía como el reverso del amor al pueblo, que volvía, así,

[7] Carnovale, *Los combatientes*; y Hugo Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
[8] Silvia Sigal y Eliseo Verón, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Eudeba, 2003; Valeria Manzano, *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017.

a ganar centralidad. La exigencia de lealtad al movimiento también fue esgrimida ante militantes que buscaron preservar su vida familiar al margen de la militancia, y fueron por ello acusados de "grave egoísmo", en un movimiento que conectaba los "desórdenes familiares" y la traición política (p. 173).

En el último capítulo, *Rotos corazones…* analiza cómo el amor fue instrumentalizado en la estrategia represiva del Estado durante la última dictadura militar, al tiempo que revela su centralidad en el sostenimiento de las vidas precarias de los militantes. Cosse destaca la tensión entre la búsqueda de seguridad personal y la necesidad de mantener el contacto con las personas queridas. También resalta la dificultad que muchos tuvieron no solo para reconocer que sus vidas, sino también las de sus familiares, amigos y, en particular, las de sus hijos, estaban en peligro, porque "aceptar la violencia perpetrada contra bebés y niños suponía […] reconocer que estaban frente a un enemigo que había cruzado un umbral ético infranqueable" (p. 189). Al mismo tiempo, el libro resalta la centralidad de la vida afectiva y sexual como "una forma de aferrarse a la vida, enfrentar los riesgos y establecer un vínculo en el que afirmarse" (p. 193). El placer aparecía, en este punto, como una celebración de la vida frente al riesgo cierto de la muerte, y como una confrontación a la decisión de la dictadura de eliminar los cuerpos militantes (p. 194).

El libro se cierra con una reflexión en torno a la tragedia que sobrevino sobre los protagonistas de esta historia. Con una mirada sensible al dolor y la pérdida que atravesaron las personas en cuyas historias se apoya, Cosse recupera el lugar del amor y los afectos en las formas en que los militantes buscaron enfrentar la vulnerabilidad en la que los sumió la dictadura, y también en la necesidad de dar testimonio de lo que habían vivido y en el esfuerzo de sostener las denuncias que se multiplicaron con el retorno de la democracia. El amor también aparece como contracara del dolor que animó el accionar del movimiento de derechos humanos y en la exploración crítica del accionar de las organizaciones militantes. Si *Rotos corazones…* puede pensarse como una invitación a pensar la centralidad de las emociones en la vida política del pasado, los últimos párrafos redoblan la apuesta, apuntando a la relevancia del amor en las disputas políticas que abrió la democracia, una historia aún por contarse.

*Inés Pérez*
Universidad Nacional de Mar del Plata / CONICET

Valeria Manzano,
*Historia de la juventud en la Argentina de los siglos XX y XXI*,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2025, 304 páginas

Hay libros que no pasan desapercibidos, otros que son imprescindibles, y los que perduran. La *Historia de la juventud en la Argentina de los siglos XX y XXI*, de Valeria Manzano, entra en cada una de esas categorías. La historiadora madura de la *La era de la juventud en Argentina* y de *La última ilusión* –su primero y su último libros– nos ofrece una obra de extraordinario atractivo y potencia intelectual.[1]

Este libro atrapa al abrirlo, y sostiene el interés de principio a fin. No hay ninguna casualidad. Manzano utiliza un sinfín de estrategias para sostener la atención. Están las historias de personas de carne y hueso, las anécdotas de un archivo desbordante (prensa, cine, música), los detalles reveladores (las melenitas a la garçon y las melenas largas de los 60), la capacidad de colocarlos a cada paso y combinarlos con información maciza (estadísticas, índices, costos de vida) sin perder de vista el sostén de la interpretación. Es el estilo Manzano: nunca decae el ritmo, el argumento es diáfano –puede ser seguido por cualquiera–, pero, a la vez, elude cualquier simplificación.

La *Historia de la juventud en la Argentina* tiene una solidez inusual. Por un lado, es una historia de los jóvenes y la juventud argentina profunda y reveladora, inserta en dinámicas globales pero sin desconocer las singularidades nacionales. Vale aclarar que no existe ninguna lectura subordinada a los fenómenos ni a las interpretaciones surgidas en otras latitudes. Por el contrario, Manzano dialoga, aporta, construye una historia argentina de la juventud que al mismo tiempo es parte y contiene la escala global. Por el otro lado, el libro no es solo una historia de los jóvenes, sino, directamente, de la Argentina del siglo XX y lo que llevamos del XXI.

Con esa intención, el libro asume dos apuestas nodales. La primera radica en entender que la juventud es una categoría histórica surgida en determinado contexto, es decir, que los jóvenes, al igual que la niñez, suponen una percepción de la edad que no está dada en la naturaleza, sino que emerge de procesos concretos en un tiempo determinado y, me adelanto, que esa categoría (noción, percepción) en el siglo XX remite a escala global a la relación entre pasado, presente y futuro, es decir, a una visión del tiempo histórico ascendente y promisoria, que se proyectó sobre los jóvenes. La segunda apuesta implica asumir que la historia de la juventud (y de los jóvenes) tiene valor por sí misma, pero, a la vez, está unida a cada paso a fenómenos cruciales de la historia argentina y permite contribuir de modo decisivo a su comprensión. De allí que el libro, en cada sección, coloque las grandes cuestiones históricas: la participación política, las relaciones de clase y género, la inequidad social y las promesas o expectativas para revertirla, el crecimiento económico y sus efectos en la distribución de la riqueza en la trepidante sociedad argentina.

En el cruce de ambas apuestas, este es un libro con una base estructural transversal que, sin perder de vista las dinámicas colectivas, nunca se desentiende de las vidas concretas. Manzano sigue el pulso de la sociedad argentina desde un inicio del siglo XX en el que muchos jóvenes transitaban avenidas amplias y podían creer en el progreso propio y del país, hasta un presente en el que las desigualdades produjeron una fragmentación tal que los caminos no se cruzan. Es decir,

[1] Valeria Manzano, *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017 (traducción de *The Age of Youth in Argentina. Culture, Politics & Sexuality from Perón to Videla*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2014), y *La última ilusión. La crisis de la revolución en América Latina, 1979-1991*, Guadalajara, Calas, 2025. Junto con estos libros, Manzano escribió numerosos y decisivos artículos y compilaciones igualmente importantes.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1732

si los primeros capítulos están marcados por el dinamismo que colocó a los jóvenes en el cruce de las esperanzas, los últimos lo están por las crisis, las frustraciones, la incertidumbre.

Permítaseme situar el libro en contexto. Las obras de síntesis suelen coronar largas décadas de estudios históricos. Pero no es este el caso. El libro está hecho al calor de la creación de un campo que, como tal, es aún emergente. Prácticamente, dicho campo no existía cuando el epílogo comienza con la crisis de 2001. De allí que esta obra es un punto de llegada de un campo en construcción, si se me permite el oxímoron, que hizo posible Manzano en su propia trayectoria, con su capacidad de trabajo e intelección, con aportes que, como sucedió con mi propio trabajo, apuntaron a entender diferentes problemas y fenómenos (la música, la familia, la infancia, el feminismo, la radicalización política) para lo que requerían poner en primer plano el protagonismo juvenil, junto a los nuevos libros y un conjunto de tesis –de gran calidad– que han visto la luz recientemente. La escasez de investigaciones tuvo un costado virtuoso: dio lugar a una conversación coral con esa producción y a la vez exigió un diálogo –en el doble sentido de inspiración y discusión– con la literatura internacional, con las obras clásicas y también con las más novedosas.

La emergencia de la juventud, según la hipótesis del libro, requiere atender a las dinámicas de reproducción social (especialmente el trabajo y las migraciones), a la par que a las capacidades sociales y estatales para producir marcadores de edad con experiencias concretas (la educación, las regulaciones laborales y jurídicas, el servicio militar); dar cuenta además de las intervenciones de otros actores, fuerzas políticas y sociales, que activaron y organizaron a los jóvenes y, finalmente pero no menos importante, considerar el entretenimiento y la cultura de masas en tanto experiencia decisiva que catalizó y modeló identidades, culturas y experiencias. En el cruce de estos fenómenos, los jóvenes fueron parte de los procesos económicos, sociales y políticos, y a la vez esa reconstrucción estructural hace parte sustancial de la comprensión. Tal hipótesis organiza el libro, que considera estos andariveles en cada etapa histórica –aunque la reconstrucción no siempre pueda apoyarse con igual detenimiento en cada uno–.

La obra sigue un hilo cronológico. En la base está la composición demográfica de principios del siglo xx, la sociedad argentina transformada por las migraciones interoceánicas y un país en el que la mayor parte de la población era joven, lo que explica la escasa entidad de la juventud en tanto categoría y experiencia singular. Esta idea está en el centro del primer capítulo. Manzano argumenta que los espacios exclusivamente juveniles eran reducidos. Predominaban dinámicas intergeneracionales en el trabajo, la política y el entretenimiento. Sin embargo, sostiene, ese escenario cambiaría rápidamente con interpelaciones políticas de diferente cuño y con el accionar político en la Reforma Universitaria. Fueron, justamente, educadores, intelectuales y luego políticos –no solo socialistas o radicales, sino nacionalistas y conservadores– los que contribuyeron –de modo esporádico al comienzo y con creciente intensidad– para que la juventud y los jóvenes anudaran esperanzas y ansiedades en el tormentoso siglo xx.

Los capítulos tercero y cuarto recorren los tramos centrales del siglo xx, entre 1930 y 1950, décadas nodales en la historiografía argentina y claves para la emergencia de la juventud. La puerta de entrada es doble: el entretenimiento –gran matriz interpretativa y a la vez fuente privilegiada en esta obra– y el escenario estructural, que se modifica por los cambios en las políticas de Estado. Así, destacan el aumento de la matrícula secundaria y las mejoras de las condiciones de vida para asistir a clases, que crean experiencias comunes entre grandes contingentes de jóvenes, junto con la activación juvenil en movimientos políticos, religiosos, cívicos (desde el catolicismo a la Unión de Estudiantes Secundarios del peronismo) sin que existiese un solo movimiento que hegemonizara tal activismo. Manzano atiende, en ese momento crucial, también a las preocupaciones expertas (educadores, juristas, médicos) que concibieron a los jóvenes como un problema, con diagnósticos que motorizaban las ansiedades en torno a la

sexualidad y que tenían entidad internacional. En la amalgama de tales fenómenos surgieron experiencias comunes, identidades y representaciones que le dieron carnadura a la juventud en una Argentina en la que el trabajo y las políticas públicas abrieron ondas expansivas de inclusión.

El capítulo siguiente abarca los "largos años sesenta" (desde mitad de los cincuenta hasta comienzos de los setenta), momento alto de esta historia y zona de mayor producción histórica, y repone con maestría la acumulación de la autora y el campo. Con la atención puesta en los cambios en las pautas culturales y sociales –que se despliegan necesariamente en una temporalidad más larga–, a la par que a las convulsiones políticas y sociales que tuvieron su epicentro en las revueltas estudiantiles y obreras, este capítulo reconstruye el lugar de los jóvenes en el nudo de la radicalización y la contestación cultural, sin desconocer, obviamente, que no todos los jóvenes fueron parte de esas dinámicas.

A continuación, Manzano unifica bajo el título "Entre dos primaveras" (la del 73 y la del retorno democrático del 83) el estudio del ascenso de la polarización, y la dictadura militar que apuntó especialmente a los jóvenes en su estrategia de aniquilación (el 70% de las personas desaparecidas tenía entre 16 y 30 años). El desarrollo atiende al "monitoreo" represivo sobre los jóvenes, pero elude centrarse exclusivamente en esa cara que ha sido por trágicas razones la clave predominante, y también evita pensar a la dictadura solamente en términos de destrucción. Por el contrario, estudia la capacidad productiva del régimen a partir de las transformaciones estructurales (la reducción de la matrícula universitaria, el desempleo con sus efectos sobre las vidas de los adolescentes) que revelan el declive del ciclo expansivo de los ámbitos educativos. Y, al mismo tiempo, observa los esfuerzos directos para encuadrar a los jóvenes o convocarlos a expresiones de comunión política canalizadas en rituales escolares y sociales, como el fútbol. A contrapelo de la memoria hegemónica, muestra que la dictadura no fue un "apagón" cultural por completo. Reconstruye las oscilaciones de los ámbitos oficiosos y oficiales hacia el rock en vaivenes de represión, tolerancia y prohibición en consonancia con la repolitización de los jóvenes en los años previos y posteriores a 1983. La politización juvenil de la transición, sostiene, estuvo en el centro de un nuevo programa para la juventud argentina, que la convertía en el vector para la creación de una sociedad participativa, madura, responsable, que se opusiera a la violencia del pasado (de ambos signos) y la superase.

El fracaso de ese programa marca el capítulo final y el epílogo. Manzano habilita pensar que el presente no solo es la frustración de las esperanzas de la primavera democrática ni de las surgidas con el kirchnerismo luego del 2001: es el cierre de las promesas de inclusión social (o ascenso) que dieron forma a la Argentina contemporánea. En la actualidad tenemos una sociedad estructurada por crecientes desigualdades. La composición grave, desgarradora, de esta última sección es una genealogía del presente. La producción intelectual, como sabemos, está unida al contexto en el que surge. Muchas veces, esa ligazón nos es esquiva. Quizás, ahora, en medio de una crisis sin parangón, podamos notar que ese momento de construcción del campo –una de las etapas más estimulantes y creativas en la producción de conocimiento– implicaba pensar una escena cada vez más anacrónica, porque si nunca existió "una" sola juventud y existen múltiples formas de vivir esa etapa vital, la brecha de la desigualdad, la cerrazón de horizontes, la violencia estructural e institucional amenazan muy especialmente a los chicos y chicas más pobres, aun reconociendo que la desafiliación trasvasa las clases sociales con efectos diferentes en cada universo.

Hay un crujido de época que Manzano, esa historiadora esencial, registra, y nos permite pensar. Su reconstrucción de ese "largo siglo XX" nos abre una desazón, pero, a la vez, nos ofrece una interpretación poliédrica para comprender el pasado a la luz del presente. Las vidas de los jóvenes (y los niños, por cierto) están fracturadas. Nadie puede ofrecerles posibilidades de vida y sobrevida con dignidad mínima. Incluso, están cortados los puentes de contacto entre jóvenes de distintas clases sociales que ofrecían la escuela, la militancia social, la política.

Quisiera, sin embargo, cerrar este comentario con una visión menos oscura. Traer aquí el gran dinamismo cultural de los jóvenes –hipótesis fuerte de esta obra– y la vitalidad de las bandas de rock barrial, rap y cumbia villera, con su capacidad para modelar sociabilidades e identidades en esta encrucijada. Ese dinamismo permite recordar que la historia no está escrita, que el futuro es un territorio desconocido, con la esperanza de que lo habiten escenas y ritmos que hoy no podemos imaginar.

*Isabella Cosse*
Universidad Nacional de San Martín / CONICET

# *Otras voces, otros ámbitos*

La sección "Otras voces, otros ámbitos" está dedicada a reseñas de libros en lenguas no habladas en las Américas y en Europa Occidental, es decir, en cualquier lengua de uso corriente en África y Asia, fuera del español, el inglés, el francés, el italiano o el alemán. Tiene un doble objetivo: por un lado, familiarizar a lectores/as de América Latina con debates de historia intelectual en árabe, ruso (para Asia central), chino, japonés u otras lenguas de los mundos académicos africanos y asiáticos; por el otro, sugerir libros para la traducción al español. Con este propósito, nuestra idea es contactar a especialistas de área o investigadores/as locales y solicitarles reseñas de libros que hayan tenido un cierto peso en los medios académicos e intelectuales de cada región. Dado que esos debates tienen sus propias temporalidades, y que los libros más nuevos no son necesariamente los más representativos, se reseñarán libros aparecidos en las últimas dos décadas.

Aunque los desarrollos más recientes en historia intelectual han subrayado la importancia de extender la escala de observación para analizar acontecimientos centrales de la historia moderna y contemporánea, gran parte de esta producción científica no ha logrado estar a la altura de su promesa de desprovincialización. Es cierto que esta producción logró desligar sus objetos de estudio de antiguos reflejos eurocéntricos, y que supo deshacerse de una retórica deductiva en la reconstrucción de los contextos, pero en muchos casos ha quedado prisionera de debates marcados por barreras lingüísticas. Esta sección busca contribuir entonces a reducir esta brecha entre diferentes espacios del debate académico y a acercar la historiografía latinoamericana a los desarrollos del campo en otras regiones del planeta. No se trata de reivindicar el "sur global", dado que el "norte" forma parte de la ecuación. Se trata simplemente de diseñar un mapa más preciso de la producción científica en el siglo XXI.

La sección es organizada por Pablo A. Blitstein (École des Hautes Études en Sciences Sociales).

Yasuda Toshiaki 安田敏朗,
*Kanji haishi no shisōshi* 漢字廃止の思想史 [Historia intelectual de la abolición de los kanji en Japón],
Tokio, Heibonsha, 2016, 549 páginas

Como es bien sabido, el punto de partida del movimiento moderno de reforma de la escritura en Asia Oriental fue el conflicto entre la forma de los sinogramas (o "caracteres chinos", llamados *hanzi* en chino y *kanji* en japonés) y la fonética. En China esto se tradujo en la separación entre el chino clásico y el chino vernáculo. Hace dos siglos, en China, Corea, Vietnam y Japón, la gente podía comunicarse mediante el chino clásico principalmente porque era una lengua escrita, desligada de la oralidad. Como resultado, el Este asiático se integró en una comunidad lingüística unificada en el siglo VIII, a más tardar, y así se mantuvo hasta finales del siglo XIX. En 1963, el estudioso japonés Kōno Rokurō denominó a esta comunidad la "esfera cultural del sinograma".

La *Historia intelectual de la abolición de los kanji* examina los diversos debates intelectuales y sociales en torno a la "abolición" y la "restricción" de los sinogramas o *kanji* en el Japón moderno, desde la era Meiji hasta la posguerra. El autor, Yasuda Toshiaki, es actualmente profesor en la Escuela de Posgrado de Lengua y Sociedad de la Universidad de Hitotsubashi y se especializa en la historia de la política lingüística japonesa. A diferencia de los estudios focalizados en la lingüística o las instituciones, este libro dedica ocho capítulos a revelar las ideologías que subyacen a los proyectos de abolición de los *kanji*.

Antes de profundizar en los argumentos de cada capítulo, es necesario explicar el marco conceptual de este libro: se trata de los conceptos opuestos de "transmisión para la posteridad" y "respuesta al presente". "Transmisión" se refiere al lenguaje como patrimonio cultural y espiritual, legado de generación en generación. Su prioridad es la preservación de la identidad nacional. "Respuesta al presente", en cambio, se refiere a una visión del lenguaje que prioriza la eficiencia y la practicidad (pp. 15, 31-33). El primer capítulo empieza con un debate de 1942, aparecido en el periódico coreano *Bandera Verde*, donde se exponen dos posturas diametralmente opuestas. Por un lado, la postura de "respuesta" del estudioso de la lengua japonesa Hoshina Kōichi y del excoronel del cuerpo de Ingenieros del Ejército Kōno Tatsumi, que abogaban por restringir o abolir los caracteres chinos. Por el otro, la del periodista de *Asahi Shimbun*, Shimada Haruo, que enfatizaba la sacralidad del japonés como vehículo de "transmisión" y consideraba la reforma lingüística como una "política colonial británico-estadounidense" (pp. 13-15). A partir de este debate, el autor saca una conclusión: aunque los caracteres chinos suelen considerarse "símbolos de la mentalidad japonesa", es decir como una "transmisión", es necesario comprender en qué ideas y necesidades sociales se basaban quienes abogaban por la abolición de los caracteres chinos en función de una "respuesta al presente" (pp. 37-39).

A partir de este marco conceptual, el segundo capítulo analiza las propuestas de abolición de los sinogramas durante el movimiento de *bunmei kaika* ("civilización e Ilustración") a principios de la era Meiji. La iniciativa se remonta al memorial que Maejima Hisoka entregó en 1866 al shogun Tokugawa Yoshinobu. El documento se titulaba "Sobre la abolición de los *kanji*". Maejima Hisoka argumentaba que los sistemas de escritura fonética occidentales eran más económicos y directos, y que los sistemas de escritura fonética eran más instrumentales; por lo tanto, Japón debía abolir los caracteres chinos, difíciles de aprender, y adoptar como escritura nacional los silabogramas o *kana* japoneses. Si bien el gobierno Meiji, establecido en 1868, no adoptó el enfoque radical de abolir los caracteres chinos, la población entendió su importancia para el

proyecto de unificación del lenguaje hablado y escrito. Por ejemplo, Miyake Yonekichi y Katō Hiroyuki, desde la perspectiva del entonces popular darwinismo social, aceptaron el principio de la supervivencia del más apto en la evolución del lenguaje y abogaron por la evolución del idioma japonés mediante la reforma de la escritura y del idioma nacionales (pp. 58-65). Esta defensa inicial de la abolición de los caracteres chinos estaba estrechamente ligada a la ansiedad por "abandonar Asia y unirse a Europa".

El tercer capítulo pasa del *bunmei kaika* a la "competencia internacional" y el "desarrollo industrial". A medida que Japón se unía a las filas de las naciones poderosas del mundo, los intelectuales e industriales creían que el tiempo perdido en aprender caracteres chinos debía redirigirse a la educación profesional práctica y a la enseñanza de idiomas extranjeros. Las actividades de la Asociación de la Escritura en Kana fueron particularmente prominentes en las décadas de 1920 y 1930. Fundada por Yamashita Yoshitarō, la asociación atrajo la participación de importantes industriales de Kansai. Tras presenciar la eficacia de las máquinas de escribir inglesas, el industrial Itō Chūbei promovió con ahínco las máquinas de escribir en *kana*, llegando incluso a implementar en los documentos oficiales de su empresa un sistema de escritura *katakana* [uno de los dos silabarios japoneses] en horizontal y de izquierda a derecha. El banquero de Osaka, director de la Asociación de Escritura en Kana y primer defensor japonés del "scientific management" de Frederick W. Taylor, Hoshino Yukinori, creía que la abolición de los caracteres chinos y la promoción de la escritura en *kana*, así como la escritura horizontal de izquierda a derecha, eran necesarias para mejorar la productividad nacional. El educador Tanaka Kanichi intentó demostrar que los japoneses estaban limitados por la pesada carga de los caracteres; el oftalmólogo Oguchi Chūta creía que la complejidad de los *kanji* era la principal causa del aumento de la miopía en Japón; el psicólogo Ueno Yōichi criticó su ineficiencia. Se trataba de "respuestas" a la lógica de la industria capitalista. Como afirmó Tamaru Takurō en su *Sobre la romanización y la escritura nacional* (1914): "Debemos promover la educación de manera más eficaz y económica para no quedarnos atrás en la feroz competencia por el poder en el mundo. Por esta razón, debemos abandonar los *kanji* en la escritura cotidiana y adoptar el alfabeto latino (*rōmaji*) como la escritura oficial del japonés" (p. 88).

A finales de la década de 1930, cuando Japón entró en un sistema de movilización total, su política de escritura se enfrentó a un dilema sin precedentes: por un lado, existía la necesidad de llevar al extremo la "eficiencia de la movilización"; por el otro, la necesidad de defender la "dignidad nacional". Estas dos fuerzas chocaron ferozmente en los ámbitos militar, político y social. El capítulo cuatro comienza con el nombramiento de Hirao Hachisaburō –figura clave de la Asociación de Escritura en Kana– como ministro de Educación en 1936. En aquel entonces, el conservador Katō Masanosuke lo cuestionó severamente, argumentando que la abolición de los *kanji* afectaría documentos sagrados del Imperio y destruiría la "identidad nacional". Si bien Hirao Hachisaburō no llevó adelante la abolición, los caracteres chinos fueron restringidos. En 1940, el Ministerio del Ejército emitió regulaciones para simplificar la terminología de las armas, limitando estrictamente el número de caracteres chinos utilizados. El alto mando militar declaró que esta limitación tenía como objetivo redirigir la energía de los soldados hacia la adquisición del conocimiento científico necesario para la guerra moderna. Sin embargo, como el ejército se apoyaba en la "movilización espiritual nacional" para adoctrinar a los soldados, la contradicción entre "respuesta" y "transmisión" no pudo ser superada.

El quinto capítulo analiza el caso del "movimiento de romanización de izquierda" de 1939: cómo los marxistas consideraban la abolición de los caracteres chinos como una parte importante de la revolución proletaria. En la década de 1930, a pesar de la severa represión, un grupo de intelectuales de izquierda intentó combinar la reforma lingüística con el derrocamiento del sistema. Era la propuesta de la Sociedad de Investigación del Materialismo, liderada por Takakura Teru. Esta sociedad consideraba los

caracteres chinos como una herramienta utilizada por los gobernantes feudales para obstaculizar la difusión del conocimiento, herramienta que había provocado profundas divisiones lingüísticas entre clases y territorios. Los miembros de la Sociedad de Investigación del Materialismo argumentaban que, para liberar a las masas, era necesario derrocar este idioma feudal, establecer un idioma estándar basado en el japonés hablado por las masas y adoptar completamente el alfabeto latino. Para ellos, la evolución lingüística atravesaría las siguientes etapas: mezcla de *kanji*, *kana* y dialectos en la etapa feudal; alfabeto latino en la etapa capitalista; el esperanto en la sociedad comunista. Promover el alfabeto latino y el esperanto no solo implicaba desmantelar el sistema imperial japonés, sino avanzar hacia el comunismo. De este modo, a pesar de las contradicciones ideológicas, izquierda y derecha pudieron coexistir en la Asociación Nacional de la Lengua, respaldada por el Ministerio de Educación.

El capítulo siete se centra en un intenso choque ideológico ocurrido en 1942, al inicio de la Guerra del Pacífico, conocido como la "Crisis de la Lengua Nacional". El detonante de esta conmoción fue la publicación de la "Lista Estándar de Caracteres Chinos" por el Consejo Nacional de la Lengua del Ministerio de Educación, cuyo objetivo era restringir el uso de los *kanji*. Este borrador irritó de inmediato a los tradicionalistas y nacionalistas de derecha. Los conservadores, liderados por Shimada Haruo, se movilizaron rápidamente, criticando el Movimiento Nacional de Reforma Lingüística como una "conspiración judía" y un "nido de comunistas" (p. 343). El bando conservador creía que la fortaleza de Japón no provenía de la eficiencia científica, sino del "espíritu" cultivado mediante el uso de caracteres chinos (p. 354). Esta batalla ideológica culminó en una victoria total para la facción de la "transmisión". En diciembre de 1942, el Ministerio de Educación cedió a la presión y promulgó una versión revisada de la "Lista estándar de *kanji*", aumentando el número de caracteres permitidos y eliminando por completo los elementos restrictivos y abolicionistas originales (pp. 348-350).

En esta línea, el capítulo seis analiza la abolición de los caracteres chinos "desde abajo". Este capítulo no aborda la teoría del uso exclusivo del *kana* ni la teoría del uso exclusivo del alfabeto latino, sino que explora proyectos individuales y populares de escritura alternativa. Yasuda Toshiaki traza la historia de estas "nuevas escrituras nacionales" desde el período Meiji hasta la era Shōwa. Ciudadanos comunes, sus creadores se dedicaron a ella con una obsesión casi fanática, pero sus propuestas casi nunca fueron adoptadas por la sociedad. El caso central de estudio es la "escritura Shōwa", creada por Yoneda Uichirō. Tras haber experimentado las dificultades de aprendizaje que los *kanji* y los *kana* históricos causaban a los estudiantes, este profesor renunció a su puesto y dedicó 13 años a inventar una nueva escritura conocida como "Escritura para la Salvación Nacional" (pp. 276-277). Se trataba de una simplificación adicional del silabario *katakana*. Yoneda Uichirō argumentaba que la adopción de esta escritura podría acortar significativamente los años de educación obligatoria, ahorrar importantes fondos para la educación y reducir la deuda nacional. Sus peticiones fueron siempre rechazadas, pero su caso muestra que el argumento de la "respuesta" había calado hondo en la opinión pública.

En 1945, la derrota de Japón en la guerra brindó una nueva oportunidad de "respuesta" para la abolición de los caracteres chinos: la democracia. Tres meses después de la derrota, el 12 de noviembre de 1945, el periódico *Yomiuri Hochi* publicó un editorial en primera plana titulado "¡Abolir los *kanji*!". El artículo oponía un esquema de "*kanji* = feudalismo = militarismo" a "alfabeto latino = eficiencia = democracia" (p. 371). La Misión Educativa americana sugirió que Japón aboliera los *kanji* y adoptara el alfabeto latino para cultivar un espíritu cívico democrático. La Asociación de Escritura en Kana y los intelectuales de izquierda vincularon su defensa de la "eficiencia" o la "liberación de clase" con la "democratización", intentando presentar la abolición de los caracteres como parte de este proceso. En noviembre de 1946, la "Lista de *kanji* a utilizar", elaborada por el Consejo Nacional de la Lengua, limitaba el uso de los *kanji*. Algunas expresiones indican que existía aún la voluntad de abolir gradualmente los caracteres chinos. El problema

se resolvió con el desarrollo y uso generalizado de ordenadores, en particular del software para la conversión entre silabario y sinogramas.

Los *kanji* son simples signos. Considerados por unos como un "símbolo del feudalismo", y por otros como símbolo de la "mentalidad japonesa", el debate entre las distintas posiciones se ha mantenido atrapado en el atolladero del nacionalismo extremo. Yasuda Toshiaki nos recuerda que la política lingüística no debe limitarse a servir a la "eficiencia" de la nación o una "tradición" abstracta, sino que debe volver a las necesidades reales de los hablantes, reconocer la diversidad lingüística y trascender la dicotomía entre "transmisión" y "respuesta".

*Chen Chien-shou*
Academia Sinica, Taipei

Traducido del chino por
Pablo A. Blitstein

Tuncay Birkan,
*Dünya ile Devlet Arasında Türk Muharriri, 1930-1960* [El escritor turco entre el mundo y el Estado, 1930-1960],
Estambul, Metis Yayinlari, 2019, 528 páginas

*El escritor turco entre el mundo y el Estado*, publicado en 2019, es la culminación de décadas de investigación, recopilación de material y estudio de la historia de la literatura turca por parte de Tuncay Birkan, un prolífico traductor y publicista.

El libro parte del debate en torno al regreso a Turquía de un conocido escritor, Refik Halid. Halid figuraba entre los ciento cincuenta personajes –llamados "150'likler" o "las 150 *personae non gratae* de Turquía"– que fueron obligados al exilio en 1924. Se los acusaba de haber firmado en 1920 el Tratado de Sèvres (legitimando así la partición del Imperio otomano),[1] haber colaborado con el enemigo o haberse opuesto explícitamente a la guerra de Independencia (1919-1922) llevada adelante por Mustafa Kemal Atatürk. Analizando detenidamente los escritos de los *muharrirs* (escritores) turcos en los meses previos a la ley de amnistía para los 150'likler –aprobada el 19 de junio de 1938, apenas dos meses antes de la muerte de Atatürk–, Birkan escribe sobre un tema poco estudiado: la historia literaria e intelectual de principios de la república.

Su preferencia por el término antiguo *muharrir* en lugar del moderno *yazar* está ligada a su empeño por comprender el mundo literario de la época de 1930-1960, cuando *muharrir* era aún el nombre que se daba en Turquía a estas figuras literarias.

Mientras los rumores se extendían sobre la inminente amnistía, Refik Halid, el principal 150'lik (¡era el número 100!), desató con su regreso a Turquía una intensa actividad periodística en la que participaron novelistas, ensayistas y periodistas de diversas ideologías. Estas figuras literarias reflejaban en sus artículos una variedad de actitudes, a veces de modo simultáneo: respeto y admiración por la obra literaria de Refik Halid; acusación de traición; elogio de la madurez demostrada por la joven República (establecida el 29 de octubre de 1923) al perdonar incluso a los traidores. Intrigado por la creencia generalizada de que Halid se había mantenido alejado de la política tras su regreso, Birkan se dedicó a estudiar el período y logró recuperar cientos de artículos de carácter político escritos por el autor.

Fueron estos escritos, entre otros, los que lo llevaron a profundizar sus investigaciones sobre ese tiempo.

El período 1930-1960 es particularmente interesante, como Birkan mismo subraya. La historia literaria suele analizar las décadas de 1940 y 1950 por separado, considerando el año 1946 –la transición al sistema multipartidista– como un punto de inflexión. Sin embargo, como el autor destaca, "la periodización de la historia literaria o intelectual no siempre coincide con la de la historia política". Su enfoque en los años 1930-1960, además de corresponder a la época en que Halid escribía regularmente en periódicos, se debe a que el período "ofrece cierta coherencia en sí mismo" (p. 52).

El año 1930, la fecha de inicio, es cuando comenzaron a surgir los temas que se examinan en el libro, y coincide con el la etapa de afianzamiento de la ideología revolucionaria.

La fecha de cierre, el año 1960, corresponde por su parte al momento en que "se completó el posicionamiento de los escritores turcos, que pasaron de estar del lado del Estado a oponerse a él como un bloque" (p. 53).

[1] El Tratado de Sèvres se firmó al final de la Primera Guerra Mundial entre el Imperio otomano y los Aliados. Sus disposiciones eran extremadamente severas y contemplaban, en esencia, la desintegración del Estado otomano. Fue rechazado por el gobierno de Ankara y nunca se implementó. Tras la guerra de Independencia, el 23 de julio de 1923, el gobierno de Ankara firmó el Tratado de Lausana. Poco después, el 29 de octubre de 1923, se estableció la República Turca.

Así, afirma Birkan, no fue casualidad que los años que van de 1960 a 1990, ampliamente considerados la edad de oro de la literatura turca, coincidieran con la consolidación del escritor como figura de oposición. Era la consecuencia de la ruptura iniciada a finales de la década de 1930 y afianzada con el fin de la época de partido único en 1945.[2]

Esta relación entre el Estado y el *muharrir* constituye el tema del segundo capítulo, así como uno de los ejes fundamentales del libro de Birkan. Si bien el autor considera que el *muharrir* estuvo mayoritariamente del lado del Estado hasta 1960, discrepa con vehemencia de la perspectiva que reduce al escritor a un mero "portavoz del régimen" (p. 54).

Su análisis revela una imagen más compleja de la que suele presentarse sobre las figuras literarias de los inicios de la República. Birkan traza este panorama mediante una lectura minuciosa de los escritos de no ficción que suscitaron polémicas y debates: ¿Por qué no producimos escritores? ¿Tenemos una "literatura nacional"? Las respuestas a estas preguntas, con sus ideas y argumentos, constituyen para Birkan el "contexto" (p. 51).

Su análisis tiene dos objetivos. El primero es mostrar que la relación entre el régimen y el ámbito literario no era unidireccional. A menudo, los *muharrirs* planteaban sus propios problemas, inquietudes, deseos y preocupaciones de modo más o menos independiente de la agenda del régimen. Así Birkan, con gran habilidad, prueba que este ámbito literario consigue una relativa autonomía al "permitir que sus agentes hablen por sí mismos" (p. 48).

El segundo objetivo es mostrar, en su análisis de las polémicas literarias, que los escritores no pueden ser considerados agentes del Estado. Birkan demuestra que, a pesar del abrumador espíritu nacionalista de las décadas de 1930 y 1940 tanto en Europa como en Turquía, el nacionalismo no fue tan determinante como muchos creían. Por ejemplo, la cuestión misma de la "literatura nacional" resultó ser un tema controvertido. Si bien algunos usaban argumentos nacionalistas, la mayoría (incluso un conservador como Peyami Safa) o bien evitaba el término o creía sinceramente en la compatibilidad entre lo nacional y lo internacional, entre nacionalismo y humanismo. Birkan sostiene que este consenso se mantuvo como norma hasta que fue socavado por el "microbio anticomunista", especialmente después de 1950 (p. 194), cuando el Partido Demócrata llegó al poder y puso fin a los veintisiete años de gobierno unipartidista del Partido Republicano del Pueblo (partido fundador de la República).

De este modo, contrariamente a la opinión generalizada, el nacionalismo nunca dominó realmente el ámbito literario. Y el humanismo, aunque en ocasiones fue instrumentalizado por el nacionalismo, constituyó una corriente importante.

Si bien el Estado fue durante este período una fuente importante de contención para los *muharrirs* turcos, el mercado también tuvo un papel central. El tercer capítulo del libro analiza las estrategias de supervivencia en un mundo cada vez más capitalista, y ya sin la protección de la red de mecenazgo tradicional.

Una estrategia frecuente era mantenerse en la proximidad del Estado. Esto no solo respondía a una preferencia ideológica, sino también a la necesidad de sobrevivir mediante la obtención de un puesto estatal como embajador, profesor, inspector, etc. Sin embargo, muchos no estaban dispuestos a ello e intentaron vivir de su escritura, algo que resultaba extremadamente difícil, ya que debían producir mucho y aun así apenas lograban subsistir. Birkan revela cómo, en este contexto, el editor se convirtió en el chivo expiatorio, a expensas de los grandes empresarios del sector editorial (p. 384).

Más importante aún, los esfuerzos por encontrar una "tercera vía" (p. 365) entre la dependencia de los empleos estatales y la lucha por vivir de la escritura –es decir, la defensa de sus derechos

[2] Birkan aclara que esto no significa que no hubiera figuras disidentes entre los escritores. Nâzım Hikmet, comunista, ya había sido encarcelado varias veces. Sait Faik tampoco se posicionó jamás a favor del Estado. Sin embargo, en general, los escritores de la época respaldaban (incluso Hikmet y Faik) los ideales del régimen kemalista, como la Ilustración, el laicismo y la modernización, y consideraban al Estado como propio (p. 220).

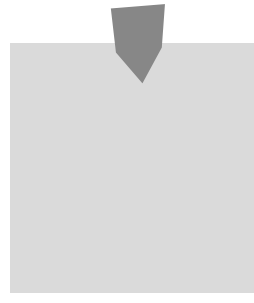
mediante la creación de asociaciones y sindicatos profesionales– llegaron demasiado tarde (en 1974).

El libro de Birkan es una excelente investigación sobre cómo los *muharrirs* turcos se vieron atrapados entre el Estado y el mercado, pero sin que ni uno ni otro los dominaran por completo. Su libro cuestiona muchos supuestos sobre el período republicano temprano, que pasan por alto la diversidad y la riqueza del mundo literario, y trata de recuperar el legado de ese período. Al hacerlo, nos introduce en el mundo del *muharrir*, tanto en su dimensión conceptual como material, y desvela su papel como un actor central de mediados del siglo XX.

*Zana Çitak*
Universidad Técnica
de Oriente Medio

Traducido del inglés por
Pablo A. Blitstein

# *Fichas*



*Prismas*
Revista de historia intelectual
N° 30 / 2026

La sección Fichas se propone relevar del modo más exhaustivo posible la producción bibliográfica en el campo de la historia intelectual. Guía de novedades editoriales del último año, se intentará abrir crecientemente a la producción editorial de los diversos países latinoamericanos, por lo general de tan difícil acceso. Así, esta sección se suma como complemento y, al mismo tiempo, como base de alimentación de la sección Reseñas, ya que de las fichas sale una parte de los libros a ser reseñados en los próximos números.

Dennis Duncan,
*Index. Historia de los índices*,
trad. de Juan Nadalini,
Buenos Aires, Ampersand,
2026, 402 páginas

Constituir un discurso histórico es, entre otras cosas, organizar un orden temporal. En esta obra, Dennis Duncan establece una "organización" cronológica de los modos de ordenar libros, documentos, bibliotecas, etc. *Index* es un relato sobre el índice, una herramienta paratextual constituida a lo largo de la historia como una suerte de marco estructural para diversas formas de leer y crear sentido. Desde los rollos de las bibliotecas de la Antigüedad hasta la confección de los índices generados por computadora, tal es el recorrido que encontramos en estas páginas. Duncan se detiene en distintos momentos históricos para describir las formas de organización textual o para establecer analogías con la cartografía y los territorios textuales con el fin de exponer la materialidad de cada índice a través de ejemplos concretos. Pero no solo nos presenta una descripción de su objeto de estudio, sino que también combina y relata sus experiencias personales como historiador, en las que la subjetividad se cuela por entre los resquicios de los análisis del investigador sobre la materia prima documental: manuscritos antiguos, impresos e incunables, cuyos modelos, por lo general, provienen de la cultura inglesa. Esta doble vertiente, que oscila entre lo subjetivo y lo objetivo, le permite reconstruir la manera en que se fue naturalizando el uso de los índices tanto en la ficción como en la investigación académica. Desde esta doble perspectiva, Duncan nos sumerge a través de diferentes experiencias históricas: índices alfabéticos y numéricos, índices de palabras o de concordancias, índices que orientan la lectura durante la Edad Media o, inclusive, órdenes alfabéticos en documentos manuscritos, en los que el lector era quien creaba sus índices personales. *Index* es un libro que permite pensar otros modos de clasificación, así como las consecuencias que esos órdenes provocan en un lector. Dennis Duncan es profesor en el University College de Londres, miembro de la Royal Historical Society, especialista en la historia del libro y traductor. En 2019, publicó *The Oulipo and Modern Thought*, cuyas ideas de ordenamiento lúdico quizá funcionaron casi como antecedente para esta obra.

Lucas Margarit
UBA

Éric Anceau (ed.),
*Nouvelle histoire de France*,
París, Passés Composés, 2025,
1099 páginas

En 1993, Philippe Joutard cerró el cuarto y último volumen de la *Histoire de France* dirigida por André Burguière y Jacques Revel con un capítulo sobre la memoria titulado "Une passion française: l'histoire". Desde entonces, la frase hizo fortuna y se convirtió en un edicto muy popular: según los sondeos, entre el 70 y el 80 % de la sociedad francesa demuestra un fuerte interés por la historia, una "pasión" cuyo uso no sólo remite a un legendario sentimiento de afección hacia el pasado (desde luego, nacional) que, al parecer, ha existido desde siempre, sino que también conserva esa remota evocación de tormento y sacrificio que precedió a la muerte de Cristo. De hecho, casi tres décadas después, Didier Le Fur retoma el tópico y también culmina esta *Nouvelle histoire de France* con un capítulo titulado "Histoire, une passion française". Sin embargo, pese a esta pasión efectiva o imaginada, o precisamente a raíz de ella, por fuera de los innumerables manuales generales, los proyectos destinados a trazar la historia completa de Francia de forma más o menos innovadora no han sido tantos desde que Jules Michelet escribió la suya entre 1833 y 1867. Tras aquella, cabe incluir los veintiocho volúmenes de la *Histoire de France* de Ernest Lavisse (1900-1922) y, de 1950 y 1958 respectivamente, datan los dos últimos relatos unificados: *Nous sommes des*

*sang-mêlés* de Lucien Febvre y Maurice Crouzet y la *Historia de la civilización francesa* de Georges Duby y Robert Mandrou. Entre 1970 y 1990, exceptuando la dirigida por Burguière y Revel que era decididamente antinarrativa, las historias nacionales integrales comenzaron a segmentarse en rurales, urbanas, religiosas, culturales, políticas o memoriales y hasta Braudel incluyó la suya con *La identidad de Francia*. Hoy, con esta enorme *Nouvelle histoire de France* a cargo de Éric Anceau y compuesta por capítulos escritos cada uno por un historiador diferente, la vocación de totalidad romántica y metódica vuelve a resurgir, pero mediada por una estructura más enciclopédica al estilo de *Lieux de mémoire* de Pierre Nora, con la intención de recuperar en cada "entrada" cien temas clásicos que han definido la identidad histórica de Francia, como los Capetos, los intelectuales, los vinos o el *Tour de France*. Este nuevo homenaje a la "pasión" francesa, apto para todo público, se presenta cuatripartito: "Régimes et violences", "Politique et spiritualités", "Espaces et sociétés" y "Patrimoines et identités", pero con un cierto sesgo hacia los siglos XIX, XX y XXI. La Edad Media y la modernidad temprana están presentes, pero casi como preludio para los hechos posteriores. Monumental y actualizada, se deja leer como una novela.

Andrés G. Freijomil
UNGS / CONICET

---

Jean Le Rond d'Alembert, *Obras*, edición a cargo de Juan Manuel Ibeas-Altamira y Lydia Vázquez,
Madrid, Cátedra, 2025, 488 páginas

---

Desde 1983, la colección Letras Universales de la editorial Cátedra se ha propuesto ofrecer (tras el modelo de Letras Hispánicas creada una década antes) un amplio catálogo compuesto por ediciones anotadas de las grandes obras literarias de todos los tiempos cuya lengua original no fuese el castellano; un catálogo que, actualmente, ya cuenta con más de seiscientos títulos, uno de los más importantes en nuestro idioma y, posiblemente, el mayor de todos en activo. Sin embargo, allí no solo conviven las obras más canónicas, sino también varios títulos que, por fuera de la narrativa, el teatro o la poesía, remiten a distintas modalidades de ensayo. En esa línea, contamos tanto con obras de escritores que han convertido el género en parte de su literatura (Pietro Bembo, Arthur Schnitzler o F. Scott Fitzgerald, por ejemplo), como también con aquellas obras más híbridas cuya introversión especulativa no pretende convertirse en un tratado sistemático, u otras que se forjaron cuando las actuales fronteras disciplinares aún no existían como tales. Es por ello que, cada cierto tiempo, el catálogo nos sorprende con algún ensayo de inspiración filosófica, filológica o historiográfica, tales como los *Ensayos* de Montaigne, *Cultura y anarquía* de Matthew Arnold, las *Vidas de los emperadores de Bizancio* de Miguel Pselo, el extraordinario *Recursos de forma y de contenido para enriquecer un discurso* de Erasmo de Rotterdam o las *Historias* de Heródoto. Es por este camino que ahora ingresan las *Obras* de Jean Le Rond d'Alembert, el notable matemático del siglo XVIII, cuyos trabajos siempre quedaron un tanto ensombrecidos por la imponente figura de Diderot con quien dirigió la celebérrima *Enciclopedia*.

Esta edición –que no cuenta con equivalente francés– reúne tres conjuntos de textos no científicos: una serie de cartas muy breves (una escrita por el autor a Rousseau, dos escritas por Federico II de Prusia y una más por Catalina II de Rusia), un ensayo autobiográfico titulado *Memoria* y, finalmente, varios extractos de la *Enciclopedia*: el famoso *Discurso preliminar* (1751), la *Advertencia de los editores* (publicada en 1753 en el tomo III), en donde fustiga las críticas que recibió la obra, un listado de algunos colaboradores y una selección de las entradas. Con sus 75 páginas de introducción general y un total de 590 notas al pie, esta edición es única en su género, no solo por la calidad de su traducción y establecimiento, sino porque se inscribe en la monumental publicación de sus *Œuvres complètes* en 50 volúmenes que, desde el año 2002, aún prepara el CNRS y de los cuales, hasta el momento, solo han aparecido ocho de ellos.

Andrés G. Freijomil
UNGS / CONICET

Marc Bloch,
*Carnets inédits, 1917-1943*,
edición y posfacio de Massimo Mastrogregori,
París, Éditions Amsterdam,
2025, 420 páginas

Sobre la faja azul que rodea *Carnets inédits, 1917-1943*, leemos: "Marc Bloch. L'auteur de *L'étrange défaite* entre au Panthéon". Y allí se revela sin pudor el origen comercial del lanzamiento de esta obra por Éditions Amsterdam, la cual, en realidad, no es sino una reedición francesa de su primera versión, mucho más elegante pero difícil de conseguir, publicada una década atrás en Turín por Nino Aragno Editore, también en francés. Así pues, en vísperas de la panteonización de Marc Bloch y de su esposa Simonne Vidal el 23 de junio de 2026, el historiador se ha convertido en un intelectual público ecuménico, oportunidad que el mercado editorial no ha dejado escapar: de allí, la frenética publicación de diferentes dossiers en revistas culturales y científicas, varias reediciones de sus obras más emblemáticas y algunos estudios que abordan al héroe de la Resistencia, trágicamente asesinado por la Gestapo en 1944. En lo que respecta a los *Carnets inédits*, fueron establecidos y anotados por Massimo Mastrogregori, uno de los grandes expertos en la obra de Marc Bloch, quien, además, realizó un largo e instructivo posfacio, "L'expérience politique d'un historien modèle" (una refundición de varios artículos y capítulos suyos ya publicados entre 1989 y 2011), que, pese a su indudable rigor, se inscribe ahora en la lógica de la panteonización. La obra es sumamente valiosa por cuanto rescata una serie de notas, frases y citas, todas, por lo general, muy lacónicas e indiciales, que Bloch escribió para sí en dos cuadernos a fin de utilizarlos como ayuda memoria para futuros trabajos. Mientras el primero de ellos, de color verde, "Quelques notes de lecture", contiene observaciones tomadas entre 1917 y 1940, el segundo, de color rojo, más extenso y titulado con el pronombre posesivo femenino en latín "*Mea*", está fechado entre octubre de 1940 y junio de 1943, poco antes de que ingresase a la clandestinidad. Si bien, como señala Mastrogregori, en el primero no existe ningún orden temático, sí es posible agrupar este conjunto de 86 citas y referencias en tres niveles: una primera parte más sentimental y emocional, una segunda con alusiones filosóficas y metodológicas (Platón, Renan y Bergson aparecen con frecuencia) y una tercera de carácter político. Aquí resuena, sobre todo, un comentario que titula "Sur l'histoire de France et pourquoi je ne suis pas conservateur", idea que luego recuperará en *La extraña derrota*, obra directamente asociada con el segundo cuaderno junto con *Apología para la historia*. En estas 157 notas daremos con una crítica a las clases dirigentes, a la barbarie del fascismo y a la función de la historia cuyo ideal civilizatorio parecía dispuesto a autodestruirse.

Andrés G. Freijomil
UNGS / CONICET

Rosario Hubert,
*Disoriented Disciplines: China, Latin America, and the Shape of World Literature*,
Evanston, Northwestern University Press, 2023, 328 páginas

Este libro se propone repensar el modo en que los intelectuales latinoamericanos–artistas, escritores, editores, periodistas, universitarios o militantes–se relacionaron con China a lo largo del siglo XX. Para ello, introduce un doble desplazamiento respecto de los estudios existentes. El primero concierne a los estudios de la diáspora china. La mayoría de los estudios sobre la presencia china en América Latina se centra en las condiciones de vida de los *coolies* y trabajadores chinos, o bien en el tratamiento social que recibieron (en particular el racismo antichino o antiasiático). *Disoriented Disciplines* toma esa cuestión como punto de partida, pero va más allá: se interroga ante todo por la manera en que lo "chino" –migración incluida– se articula con representaciones, reflexiones y vicisitudes literarias e intelectuales en el continente. El segundo desplazamiento se inscribe en la historia del saber sobre China en Europa y América. Ese saber tiene al menos cuatro vertientes (sin contar la literatura de viajes): una jesuítica –y de otras misiones religiosas– que emerge en el siglo XVII; una sinológica (filológica y literaria) que aparece en el XIX; una disciplinaria ligada a las ciencias sociales –en especial la sociología, la antropología y la

historia– desde fines del siglo XIX; y, por fin, los llamados "estudios de área", producto estadounidense de la segunda posguerra. América Latina tuvo un papel marginal en estos enfoques. Como muestra la autora, el saber latinoamericano sobre China rara vez fue profesionalizado; se trata más bien de un saber mediado por traducciones indirectas, artículos periodísticos, redes militantes o preferencias editoriales europeas y norteamericanas. Esto no implica una falta de relevancia histórica. Así lo muestran, por ejemplo, el análisis de la crónica modernista, vinculada a la circulación de bienes y personas entre Asia oriental y América Latina, o el estudio del maoísmo latinoamericano, llegado al continente a través de las redes editoriales, intelectuales e institucionales del comunismo internacional. En otras palabras, el libro de Rosario Hubert sugiere que este saber no profesional, "desorientado," surge de vínculos materiales e intelectuales entre China y América Latina. Y este saber tuvo su propio peso en la historia intelectual latinoamericana.

Lectura más que recomendada para quien quiera reflexionar sobre estos temas.

Pablo A. Blitstein
EHESS

---

Michael H. Kater,
*La cultura en la Alemania nazi*,
trad. de Elena Marengo,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2024,
447 páginas

---

El nazismo es el movimiento político y social del siglo xx más discutido por las ciencias sociales y la filosofía. Este libro nos ofrece un retrato pormenorizado y exhaustivo de las diferentes áreas de la cultura antes, durante y luego de la caída del régimen nazi.

Kater analiza la "industria cultural" pero no en los términos abstractos que este concepto tiene en la perspectiva de Theodor Adorno y Max Horkheimer, sino enfocando situaciones históricas concretas, lo que le permite situar históricamente diferentes discusiones filosóficas, *v. gr.* la valoración que Adorno hizo de la música atonal: la reivindicación adorniana de este tipo de composición musical supuso un enfrentamiento específico con las políticas culturales del nazismo que censuraron como "arte degenerado" las producciones de la Nueva Escuela Vienesa de Arnold Schoenberg.

En sus diferentes capítulos el libro revisa cómo el nazismo tenía que destruir el modernismo que caracterizó a la República de Weimar; la cultura nazi prebélica a través de la figura de Joseph Goebbels; las medidas tomadas para excluir a los judíos del terreno de la cultura; las transformaciones que sufrió la cultura puesta al servicio de la guerra; las vicisitudes de los exiliados en los países que los recibieron (con especial atención al caso de Thomas Mann); la forma en que los artistas e intelectuales que se quedaron en Alemania durante el nazismo buscaron adaptarse al nuevo panorama que se abrió una vez que cayó el régimen de Hitler.

En las páginas conclusivas, Kater bosqueja un breve contrapunto del nazismo con otros regímenes totalitarios de la época: el fascismo italiano y la Unión Soviética de Stalin. En último término, la pregunta que recorre el libro es si la cultura puede existir en el contexto de regímenes autoritarios. En el caso del nazismo, no dejó ninguna obra cultural significativa: el lema "sangre y tierra" solo produjo propaganda.

El texto de Kater echa nueva luz sobre uno de los fenómenos más oscuros del siglo xx, pero también ofrece herramientas para pensar un presente en el cual las fuerzas políticas de extrema derecha ganan cada vez más peso. En tiempos de Goebbels la propaganda circulaba a través del cine, la radio y la prensa. En ese sentido, ¿qué nos enseña la experiencia nazi para entender la "batalla cultural" de las derechas radicalizadas en redes sociales como Instagram, X y TikTok? ¿Cómo se reproducen los discursos de odio a través de la lógica de los algoritmos? Dejo a los lectores y las lectoras estas preguntas para la reflexión sobre la actualidad y el porvenir.

Lionel Lewkow
UBA / CONICET

Christina Engelmann *et al.* (comps.),
*En las sombras de la tradición. Una historia de la Escuela de Frankfurt en perspectiva feminista*, trad. de Martina Fernández Polcuch,
Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2025, 320 páginas

Publicado en castellano en el mismo año en que apareciera la versión original alemana, este trabajo persigue el propósito de contar una historia de la tradición de la Escuela de Frankfurt diferente a las hasta el momento existentes. Impulsada por el propio Instituto de Investigación Social en el contexto de su centésimo aniversario, la iniciativa despliega una narrativa apoyada, además, en una perspectiva abiertamente feminista. En todo momento, la intención estriba en arrojar luz sobre la génesis y la trayectoria de dicha tradición, poniendo el foco en el significativo número de protagonistas mujeres que hasta el momento han permanecido en las sombras.

Esta metáfora de la oscuridad y las luces constituye un síntoma y da cuenta del déficit del proyecto: si bien se trata de un aporte valioso mediante el cual es puesto en crisis el patrón androcéntrico de la historiografía de la Escuela de Frankfurt y una potente crítica del más amplio régimen de (in)visibilidad que habilita el imago del genio (masculino) individual, lo cierto es que deja incólume y perpetúa su patrón eurocéntrico. Esto se debe a que esta historia coral no descentra o provincializa lo suficiente a la tradición conocida por desarrollar una Teoría Crítica de la sociedad, confinándola no ya a Europa, Alemania o Frankfurt sino, exclusivamente, a lo sucedido puertas adentro de una institución académica.

En cualquier caso, quienes se acerquen al libro encontrarán en él información relevante sobre figuras que habitaron los márgenes de una tradición de pensamiento centenaria. Principalmente, la obra lidia con el trabajo de Margarete Lissauer, Hilde Weiss, Käthe Leichter, Ernst Schachtel, Andries Sternheim, Else Frenkel-Brunswik, Elisabeth Lenk, Christel Eckart, Ursula Jaerisch y Helgard Kramer. Si nos atenemos a los propios criterios del proyecto, puede decirse que existen ciertas omisiones: Mirra Komarovsky, Helge Pross, Regina Becker-Schmidt o la misma Gretel Karplus (Adorno). Pero más allá de estas y otras posibles ausencias, es innegable que este esfuerzo consigue expandir un campo. Con todo, queda aún por escribir una historia que revele la dimensión eminentemente viajera de la tradición y los procesos de traducción e incluso traición mediante los cuales ha tomado verdadera forma.

Santiago M. Roggerone
UNQ / CONICET

Jürgen Habermas,
*Un nuevo cambio estructural de la esfera pública y la política deliberativa*, trad. y epílogo de Juan Carlos Velasco,
Madrid, Trotta, 2025, 112 páginas

*Historia y crítica de la opinión pública* (1962) desató una rica discusión tanto en la reflexión política contemporánea como en la historia conceptual, ya que ponía en discusión un concepto que permite pensar también la crisis de la democracia deliberativa. Mientras que en ese trabajo seminal Habermas se centraba en la "esfera pública burguesa", ligada a la prensa escrita y la crítica literaria, parte ahora de la tercera gran revolución comunicativa, la de la digitalización electrónica, que vino a cambiar una cultura definida por la escritura y la imprenta.

Según Habermas, esto implica el paso del modelo editorial tradicional al carácter de "plataforma" de los nuevos medios. Si antes había una distinción clara entre autores/productores y consumidores/receptores, hoy la tecnología permite a todos ser autores, de modo semejante a las culturas tradicionales orales. Sin embargo, esta "emancipación" técnica afecta la calidad del debate público: pierden poder los mediadores profesionales, como periodistas y editores, que (en un relato algo idealizado) filtraban los flujos comunicativos bajo estándares de veracidad y relevancia. Así, este libro continúa esa zona de indagación entre el análisis del mundo social y la postulación de un funcionamiento ideal para la vida en común ya

presente en el texto de 1962 y también en *Teoría de la acción comunicativa* (1981).

El cambio estructural provoca la fragmentación de la esfera pública en "cámaras de eco". A diferencia de la prensa tradicional, que dirigía la atención de la ciudadanía hacia temas comunes, las redes sociales fomentan "esferas semipúblicas" basadas en conocimientos no contrastados, promoviendo la desinformación (posverdad, *fake news*, periodismo militante). Por otro lado, borrando la frontera entre lo público y lo privado, la comunicación digital crea una "intimidad anónima": la autopresentación narcisista sustituye al debate sobre el bien común.

El cambio comunicacional tiene un correlato económico, pues las plataformas mercantilizan los datos personales mediante algoritmos que priorizan la atención sobre la calidad deliberativa. La relación entre ambos fenómenos, entroncados a la vez en una historia "larga", es el aporte más sugestivo del libro, que permitirá nuevas discusiones teóricas y políticas, entre ellas sobre la pertinencia de la propuesta normativa avanzada: la regulación estatal de la infraestructura mediática, en tanto la supervivencia del Estado de derecho depende de la función inclusiva de los medios. El epílogo de Velasco ubica con precisión este aporte en la obra del filósofo alemán; la aparición del libro en castellano parece un legado final tras su muerte este año.

Pablo Martínez Gramuglia
UBA

---

Enzo Traverso,
*Gaza ante la historia*, trad. de Valentina Olalla Salvador, Madrid, Ediciones Akal, 2024, 112 páginas

---

El ensayo *Gaza ante la historia* condensa una de las intervenciones intelectuales más contundentes, e incluso arriesgadas, del historiador Enzo Traverso en los últimos años. Publicado por la colección Reverso. Historia Crítica de la editorial Akal, es un libro escrito a contracorriente del discurso dominante en Europa y los Estados Unidos tras el ataque de Hamás del 7 de octubre de 2023 y la ofensiva militar israelí que le siguió; el texto articula una reflexión crítica y urgente que conjuga memoria histórica, análisis político y una firme ética historiográfica. El autor busca cuestionar los usos del pasado que enmarcan el presente, y denunciar las formas de encubrimiento, inversión y mistificación del sufrimiento que legitiman la devastación de Gaza.

Nos interesa remarcar la intervención de Traverso sobre la *confusión deliberada*, es decir, intencional, en tanto promovida por los aparatos comunicacionales occidentales, entre antisionismo y antisemitismo. *Confusión deliberada* que se convierte en uno de los pilares retóricos del aparato ideológico israelí y de sus aliados. Frente a esa tergiversación, reivindica la tradición de judíos antisionistas que han cuestionado el uso cínico de la memoria del Holocausto para legitimar el colonialismo. Rescatar ese linaje disidente es, para el autor, una forma de volver a politizar críticamente la historia. Por tanto, *Gaza ante la historia* no es un tratado académico ni una crónica periodística. Es un manifiesto urgente que interpela el oficio del historiador desde un presente marcado por la violencia colonial, el racismo estructural y la inversión deliberada del sufrimiento. Traverso no aporta datos inéditos ni interpreta archivos, pero sí realiza una operación profundamente historiográfica: interroga los marcos de inteligibilidad que permiten justificar una masacre como si fuera una defensa de la civilización. Su crítica se dirige tanto al poder como a las formas en que la historia es utilizada para encubrirlo.

En un momento histórico en el que los consensos éticos se desintegran y el temor paraliza a importantes sectores intelectuales, esta obra reivindica la función social del historiador como voz disidente capaz de confrontar críticamente realidades políticas insostenibles.

Santiago Junes
UNaM

Agustín Casagrande, *Constitución y arbitrariedad. Conceptos e imaginarios del constitucionalismo argentino*, Frankfurt, Max Planck Institute for Legal History and Legal Theory, 2025, 236 páginas

Este libro analiza la formación del discurso del constitucionalismo liberal argentino a partir de la oposición consustancial entre constitución y arbitrariedad. El estudio aborda la enseñanza del derecho en la Universidad de Buenos Aires entre 1860 y 1930, período durante el cual se consolidaron contenidos fundamentales de la disciplina y formas específicas de transmisión que informaron la cultura jurídica argentina.

Casagrande examina la historia constitucional local con las herramientas provistas por la historia conceptual, dando cuenta de la conexión histórica entre esas perspectivas como resultado de una crítica al positivismo jurídico desarrollada en la Alemania de la década de 1920. Esta renovación impulsó nuevas formas de interpretación del derecho y una revisión de la historiografía jurídica tradicional; enfoque que, luego de una reelaboración ibérica, también renovó los estudios en este ámbito en la Argentina bajo la forma de una historia crítica del derecho.

El libro muestra la lógica de configuración del discurso constitucional argentino signada por un contrapunto con aquello que se presentó como una historia de la arbitrariedad en el Río de la Plata. La Constitución fue presentada a mediados del siglo XIX como si procediera de un vacío legal, del caos, la anarquía, el despotismo. Este argumento se sustentó, entre otros elementos, en distintas "escenas de sangre" elaboradas por la tradición histórica y literaria y en una omisión del orden legal colonial. Tras ser incorporados al corpus de manuales para enseñanza del derecho, sugiere Casagrande, estos tópicos negativos sustentaron la legitimidad que buscó darse al nuevo orden constitucional y estructuraron también las consideraciones sobre el tiempo histórico local, que fue dividido entre un "pasado-arbitrariedad" y un "futuro-Constitución".

En un productivo diálogo con estudios de teoría e historia legal allende la Argentina, y con una recuperación de las disidencias producidas recientemente en el ámbito local acerca de las interpretaciones sobre el período colonial y la temprana independencia, el libro ilumina los orígenes de la cultura jurídica local y algunos efectos de ese proceso que tienen eco en el presente.

Laura Cucchi
UBA/CONICET

Graciela Batticuore, *La mujer romántica. Lectoras, escritoras y escritores en la Argentina (1830-1870)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2022, 528 páginas

Estamos ante la reedición de una obra que Batticuore publicó originalmente en el 2005 por la editorial Edhasa. Para esta ocasión, la autora hizo un trabajo minucioso de actualización de notas y de bibliografía crítica sobre la temática de lectura y autoría femenina en la Argentina.

Este libro desarma el modelo o tratamiento excepcional sobre las figuras de Mariquita Sánchez de Thompson, Juana Manso, Eduarda Mansilla, Juana Manuela Gorriti, tomadas por Batticuore como dispositivos de análisis más que como vidas ejemplares, que articulan distintas formas de actuar la autoría femenina durante el proceso de nacionalización argentina, con los condicionamientos de género que ello implicó. Es así como se proponen diversas modalidades de autoría en vínculo con dos problemáticas claras: el pasaje de lectura a autoría y el de la politización de la autoría femenina.

Este libro también se destaca por la equiparación que hace del trabajo de reacomodación que tanto los hombres como las mujeres debieron hacer frente a un contexto político avasallante. Esta propuesta metodológica establece una sincronía común de malestares y competiciones que da cuenta de un contexto lábil y frágil. Esto le permite a la autora establecer vínculos entre las obras de Mármol, Sarmiento,

Hernández, entre otras, y las apuestas que realizaron las escritoras que se analizan. El resultado es claro: la ficción de autoría femenina está atravesada por los mismos tópicos y las mismas inquietudes, y elabora representaciones también necesarias de una realidad que atravesaba de forma dolorosa a todos.

Por último, este libro revela y profundiza las distintas instancias de mediación de la escritura: el proceso de autoría trae consigo traducciones, reescrituras, vinculaciones complejas con el mercado local y el internacional, una proyección político-cultural, un diálogo por momentos perverso o contrafilial con los editores hombres (al respecto, Batticuore trabaja con la categoría de "autoría intervenida" para el caso de Gorriti y de su hijo así como para el de Eduarda Mansilla y su hermano Lucio en la prensa argentina). Lo que se reitera una y otra vez es la plasticidad de la escritura femenina, la capacidad de moldear la voz y el contenido frente a los ataques, así como las infinitas formas de adaptarse a contextos adversos.

El proceso de lectura sincrónica que presenta el libro se ve acompañado de un recorrido diacrónico en las notas bibliográficas. En ellas, Batticuore no solo actualiza las problemáticas con material de reciente aparición, sino que también rinde homenaje a las investigadoras que han impulsado y visibilizado la labor femenina en la crítica literaria latinoamericana y en los estudios de género.

Mariana Rosetti
UBA / CONICET

---

Luis Müller,
*Amancio Williams. La invención como proyecto*,
Bernal/Santa Fe, Universidad Nacional de Quilmes/ Universidad Nacional del Litoral, 2025, 408 páginas

---

Amancio Williams fue uno de los arquitectos argentinos más destacados del siglo XX. A pesar de su gran talento como diseñador y de su implacable rigurosidad técnica, su obra construida es escasa y la mayoría de sus contribuciones a la cultura arquitectónica permanecen en el papel. Consciente de la potencialidad de sus ideas, Williams construyó un archivo que le permitiría trascender las limitaciones de su tiempo. Sobre esa edificación de fuentes primarias, Luis Müller montó su aparato interpretativo para analizar una trayectoria tan creativa como inasible. Su investigación está atravesada por la idea de la invención en Williams como motor para pensar nuevas formas de habitar el espacio y como estrategia para posicionarse dentro del canon internacional de la arquitectura.

El libro se estructura en tres partes. La primera aborda los inicios de su carrera, con los principales proyectos realizados entre los años 1940 y mediados de los 1950. También explora los vínculos entre su pensamiento y discusiones teóricas más amplias en torno a la *técnica* y la *invención*. Además, desarrolla los contactos que entabló con figuras centrales del campo internacional para difundir su trabajo y ubicarse como referente de la arquitectura moderna en Sudamérica. La segunda parte hace foco sobre el proyecto para tres hospitales en Corrientes, encargo que desarrolló para el Ministerio de Salud Pública durante el primer peronismo. El caso se presenta como el cenit de su trayectoria creativa por la cantidad de invenciones que allí se despliegan. La tercera y última parte analiza cómo los problemas y las soluciones ideadas en los primeros años vuelven a aparecer reelaboradas con un fuerte sentido utópico, como la ciudad para la Antártida y "La ciudad que necesita la humanidad". Finalmente, el frustrado proyecto de la embajada alemana pone de manifiesto su persistente vocación por asociarse a los "grandes maestros" de la arquitectura (Walter Gropius, en este caso), aun cuando esa generación desaparecía.

La investigación de Müller ofrece una aproximación aguda y sensible al archivo de Williams, en la que el arquitecto emerge como el gran curador de su propia obra. A la vez condensa un dilema: se trata de una de las últimas lecturas de ese corpus desde la Argentina, antes de que el archivo partiera al Canadian Centre for Architecture en Montreal, donde hoy se aloja. En ese movimiento que –como señala Müller– abre posibilidades de indagación para unos y las cierra para otros, se cumple en parte y de manera póstuma la voluntad internacionalista de Williams, quien nunca dejó de buscar su sitio en el panteón global de la arquitectura.

Cecilia Durán
UNQ

Martín Bergel y Paulo Drinot (eds.),
*La revolución que no fue. Nuevas miradas a la historia del APRA*,
Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2025, 362 páginas

La revolución que no fue parte de una paradoja: el APRA produjo una memoria abundante, pero su historiografía académica sigue siendo desigual. Bergel y Drinot reúnen nueve ensayos para desplazar una historia dominada por la celebración, la condena o la centralidad de Haya de la Torre hacia una apristología atenta a redes, actores, escalas y lenguajes políticos. La introducción no solo presenta los textos: propone un campo.

El volumen se organiza en tres registros. El primero reconstruye cartas, exilios y redes que fabricaron una comunidad política a distancia. El segundo examina obreros, empleados y presos políticos para mostrar que la adhesión se produjo en sindicatos, cárceles, asociaciones y rituales. El tercero descentraliza hacia Trujillo, Ayacucho y Cajamarca, donde aparecen memorias cambiantes, usos campesinos y adaptaciones regionales.

La mayor virtud del libro es erosionar imágenes compactas del APRA. El partido aparece como constelación móvil de redes, prácticas y vocabularios: revolucionario en sus fines declarados, pragmático en muchas formas, capaz de articular antiimperialismo, disciplina, democracia, martirio y justicia social. La pregunta más fértil no es solo por qué la revolución no ocurrió, sino qué significó "revolución" para distintos actores y cómo ese léxico mutó en su circulación entre exilio, prisión, comité y región. La complejidad misma del aprismo –su plasticidad doctrinaria, sus inflexiones regionales y la diversidad de actores que se apropiaron de su lenguaje– acaso reclame un nuevo volumen propio para seguir esas mutaciones conceptuales.

Como toda compilación selectiva, deja fuera investigaciones que los propios editores reconocen como parte de la renovación reciente de los estudios apristas. Esa ausencia no invalida el carácter programático del libro; más bien confirma que la apristología que Bergel y Drinot proponen se encuentra todavía en proceso de delimitación, con zonas –por ejemplo, estudios regionales o trayectorias locales– que reclaman una integración más sistemática. La observación precisa el alcance del libro: no ofrece una síntesis completa, sino una agenda para tratar el APRA como problema histórico complejo, entre mito y archivo, doctrina y práctica, nación y exilio, revolución y acomodo.

Alfonso Renato Vargas Murillo
UPN / UTA

Michelle Chase e Isabella Cosse (eds.),
*The Cuban Revolution and the New Left*,
Gainesville, University of Florida Press, 2026, 304 páginas

La Revolución cubana continúa siendo un espejo para pensar y debatir las izquierdas contemporáneas. A partir de un trabajo colectivo sólido y sistemático, la obra incorpora el género, la sexualidad, la familia, las emociones y la vida cotidiana como dimensiones constitutivas –y no subsidiarias– de la experiencia revolucionaria cubana, apostando al desarrollo de una historia sociocultural de lo político. La compilación articula con éxito diferentes escalas de análisis. Por un lado, aborda las dimensiones íntimas y cotidianas de la revolución –el amor, la etnia-raza, el erotismo, las subjetividades– y, por otro, reconstruye las circulaciones transnacionales de militantes, ideas e imaginarios en el marco del Sur Global y de la Guerra Fría. Enfoque que permite comprender la Revolución cubana no solo como un acontecimiento nacional, sino como un nodo central en la reconfiguración de las izquierdas globales en donde aparecen, entre otros, países como Angola, Argentina, China, Nicaragua, México y Vietnam. Los capítulos de Alexis Baldacci, Rafael Cesar, Michelle Chase, Isabella Cosse, Ximena Espeche, Tanya Harmer, Sarah Seidman, Emily Snyder y Siwei Wang encarnan en toda su complejidad esta apuesta, rastreando las tensiones de esos intercambios

y el impacto en el "adentro" y el "afuera" de la revolución. La obra también aborda el difícil tema de la situación de las disidencias sexogenéricas y el proceso revolucionario en los capítulos de Felipe Caro Romero y Robert Franco, mostrando como el ideal del "Hombre Nuevo" no fue solo un dispositivo de movilización política y moral, sino también un mecanismo disciplinario sobre los cuerpos y las sexualidades.

Finalmente, uno de los aspectos más valiosos del texto es su capacidad de superar las lecturas polarizadas herederas de la Guerra Fría y las evaluaciones prescriptivas, proponiendo comprender el contexto histórico, las posibilidades abiertas y las restricciones concretas que atravesaron la experiencia revolucionaria. El resultado es una mirada compleja sobre los pragmatismos, los aciertos, las limitaciones y las contradicciones de la revolución en la isla. En ese movimiento, el libro no solo aporta nuevas interpretaciones sobre el caso cubano, sino que también confirma la potencia y la vigencia de estas renovadas formas de hacer historia política desde una perspectiva social, cultural y transnacional.

Diego Sempol
UDELAR / ANII

---

Magdalena Broquetas, *Ganar la Guerra. Cultura, sociedad y política en el Uruguay autoritario 1967-1973*, Montevideo, Ediciones Banda Oriental, 2023, 349 páginas

---

La autora de este libro se propone quebrar cierta teleología que ha definido algunos de los análisis sobre el tránsito de la democracia al golpe de Estado en el Uruguay de fines de los sesenta y comienzos de los setenta. Es decir, el pasaje de la democracia a la dictadura, vía el gobierno autoritario de Jorge Pacheco Areco y, luego, el de Domingo Bordaberry. Esa teleología es la del golpe como síntesis de un estado de situación del que no se podía haber salido: una crónica anunciada. Teleología vinculada con las discusiones sobre la excepcionalidad del país, de la crisis del batllismo, y del liberalismo *à* la uruguaya, cuyas críticas también se pueden encontrar, con otras perspectivas, en el artículo de Carlos Demasi "A 25 años de la partidocracia uruguaya" (*Contemporánea. Historia y problemas del siglo xx*, vol. 3, nº 3, 2012).

El trabajo de Broquetas se propone como principal objetivo indagar en la ideología, las prácticas, las redes y las representaciones de las derechas, así como en el modo en que diversos actores de derecha concibieron al Uruguay entre mediados de los años sesenta y comienzos de los setenta como partícipe de una guerra –contra el comunismo y todo lo que se le pareciera– que debía ser combatida en todos los ámbitos. La autora parte de la constatación de que se vuelve prioritario explicar una *trama autoritaria*, la de un proceso con actores cuyo enfrentamiento y función se definió en escalas diferentes (ligadas a organismos estatales, paraestatales y civiles; donde el aspecto de la "batalla cultural" es de nodal importancia). En ese sentido, la noción de *trama* –que recupera otros trabajos suyos, como *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*, de 2014– es clave porque opera en términos de propuesta metodológica, y anuda la relación entre el corpus y las preguntas e hipótesis de investigación.

Ximena Espeche
UNQ / CONICET

Francisco Rodríguez-Jiménez, Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, Benedetta Calandra (eds.),
*US Public Diplomacy Strategies in Latin America During the Sixties. Time for Persuasion*,
Nueva York, Routledge, 2024, 344 páginas

Los diversos capítulos que componen este libro organizan un panorama sobre la Guerra Fría cultural en América Latina. El volumen se detiene tanto en la "diplomacia pública" como en otras gestiones de propaganda que exceden en mucho las agencias estatales. Centrado en la relación entre los Estados Unidos y América Latina durante los largos años 1960, los autores y autoras abordan diversos casos de ese vínculo tenso y asimétrico y, sobre todo, revisan los lugares comunes en torno a la relación entre los llamados *soft* y *hard power*. En otras palabras, los alcances y límites de la "persuasión". Recordemos que esta obra cuenta con una versión previa en español publicada en 2023 titulada *El americano imposible. Estados Unidos y América Latina: entre modernización y contrainsurgencia*, con algunos capítulos y autorías diferentes, donde ya nominaban como *soft power* a la persuasión y como *hard power* a la contrainsurgencia. El primer capítulo –que lleva las firmas de tres referentes en la materia y a la sazón editores y editora del volumen– establece las líneas generales de un trabajo macerado, además, en dos encuentros académicos. En él se recuperan y sintetizan ciertos consensos historiográficos entre los que destacan el impacto de la Revolución cubana, la atención a las relaciones específicas entre las dimensiones pública y privada del aparato propagandístico y la revisión de los intereses y mediaciones de actores locales –más allá del poder efectivo de los Estados Unidos–, entre otros. Se trata así de un volumen que condensa una investigación, participa de ciertas líneas comunes de la historiografía y organiza las producciones recientes sobre el tema al tiempo que problematiza los análisis en torno de la relación entre *soft* y *hard power*.

Ximena Espeche
UNQ / CONICET

Vania Markarian y Aldo Marchesi,
*El tiempo no para. Historia, crisis y futuro para pensar proyectos de izquierda*,
Montevideo, Ediciones del Berretín, 164 páginas

No es la primera vez que Marchesi y Markarian escriben juntos ni que cruzan sus especialidades en historia, política o las izquierdas en sus reflexiones; sin embargo, me animaría a decir que es novedoso el modo en el que en este libro, desde el rigor historiográfico aunque pensado para un público no especializado, hacen una potente crítica que busca intervenir en el debate presente sobre el futuro de las izquierdas no sin antes, o quizás por ello, levantar en su camino polémicas.

Con la decidida intención de implicarse públicamente, este libro sostiene de un modo agudo que la manera de comprender y abordar el pasado reciente en el Cono Sur (basada en el estudio del pasado reciente de la segunda mitad del siglo XX y las formas que asumieron las democracias en las últimas décadas), si bien fue clave para consolidar consensos democráticos y antiautoritarios, hoy muestra claros límites. La hipótesis es que la transición a la democracia inauguró un régimen de historicidad (presentista) que fue exacerbado por los progresismos y llegó a su fin. No solo en un contexto cono-sureño, sino también a nivel global, se produce el deterioro del régimen de temporalidad presentista, y la historia reciente –sostienen– comienza

a mostrar limitaciones para explicar los problemas políticos actuales, necesitando apelar a miradas de más largo plazo.

Es por ello que afirman que, si las izquierdas del siglo XX fueron constructoras de futuro y esto se erosionó en los años 70/80, y los progresismos del siglo XXI se perdieron en las conquistas puntuales y la crítica al capitalismo desapareció, es necesaria una nueva temporalidad, más amplia, para poder ofrecer un proyecto futuro para la izquierda. Así, Markarian y Marchesi articulan una reflexión personal, generacional, atenta a ofrecer algunas pistas para desnudar ese agotamiento. Que me atrevería a decir quizás no sea solo el agotamiento de la historia reciente sino de una matriz argumental, un lenguaje político particular que signó los sentidos de la política hasta no hace mucho tiempo. Pero también buscan ofrecer soluciones, como ampliar cronologías o ir al positivismo rankeano del siglo XIX y la renovación de los Annales, lo que hace del libro una invitación potente a repensar la relación entre la política, la izquierda, la historia, y el oficio del historiador.

Martina Garategaray
UNQ / CONICET

# *Obituarios*

*Prismas*
Revista de historia intelectual
Nº 30 / 2026

# *Jacques Revel (1942-2026)*

"A riesgo de decepcionarlo, desde ya debo confesarle que soy un historiador sin vocación". Tal es lo que Jacques Revel le confió al periódico *Le Grand Continent* en 2024, apenas comenzada una de sus últimas entrevistas. Con esa frase –ya utilizada siete años antes en un diálogo que mantuvo con Emmanuel Laurentin en el programa radial *À voix nue*– intentaba explicar que nunca había sentido el "llamado" de la historia y que sus primeras lecturas tomaron otros caminos.[1] Por entonces, prefería acudir a Georges Dumézil, a las obras más accesibles de Claude Lévi-Strauss o bien, por razones de coyuntura académica, a las de Michel Foucault, puesto que este último oficiaba como examinador de Filosofía en el concurso de admisión a la *École normale supérieure* (ENS) de París, institución a la que ingresó en 1963. Allí se encontró con una comunidad intelectual en plena fiesta estructuralista liderada por Louis Althusser y de allí partirá, cinco años después, con su *agrégation* de Historia bajo el brazo. Sin embargo, por detrás de aquel testimonio parece haber algo más que una simple y audaz confesión. Se diría que Revel nunca permitió que esa "vocación por defecto" lo abandonara. Es más, con el correr de los años, fue transmutando esa desafección inicial en observación participante, en objetivaciones críticas de sí y de los otros, en sobrias y puntuales intervenciones, en suma: la convirtió en una herramienta científica de distancia controlada con la cual calibrar al milímetro los elencos y escenarios que él mismo integraba.

Pero si la discreción es otra de las formas que asumió esa extrañeza emocional tan suya, diremos que su muerte, ocurrida el 13 de marzo de 2026, mantuvo un eco similar en los medios franceses puesto que, a decir verdad, pocos repararon en ella. Mientras que *Le Monde* anunció el fallecimiento del "antiguo presidente de la EHESS y figura mayor de la historiografía francesa", *Le Parisien* lo recordó como "el especialista en historia social" y *Libération* como "el teórico de la microhistoria". A estas crónicas escuetas que, no obstante, se reparten involuntariamente el mapeo de cuatro zonas clave de su derrotero (una inscripción institucional, un campo de investigación, una corriente historiográfica y un trabajo de importación metodológica), cabría agregar el título que eligió el periódico local *L'Est Républicain*, cuyo obituario encontró la ocasión de recordarlo orgullosamente en nombre de la región de Borgoña-Franco Condado, donde Revel había pasado sus primeros años: "El eminente historiador había pasado su infancia en Belfort". Y lo cierto es que esta ciudad ocupó un lugar muy importante en su vida.

En efecto, Jacques Michel Revel había nacido en Avignon (Vaucluse), en la región de Provenza-Alpes-Costa Azul, el 25 de julio de 1942, pero durante toda su niñez y adolescencia vivió en aquella ciudad situada al pie de los Vosgos, en el seno de una familia dedicada a las ciencias médicas. Su padre, Paul Revel, fue biólogo, y su madre, Jeanne Dreyfus, química farmacéutica en el Hospital de Belfort. Lo mismo cabe decir de su hermano, Patrick Revel, quien durante toda su vida ejerció allí como médico. Es más, según ha confesado,

[1] Esta entrevista radial realizada por Emmanuel Laurentin a Jacques Revel tuvo lugar en febrero de 2017 en France Culture. Al año siguiente, será publicada por la colección Audiographie en las Éditions de l'EHESS bajo el título *Un moment, des histoires* bajo la autoría de Revel e incluirá un posfacio de Christophe Prochasson.

*Prismas*, Revista de historia intelectual, Nº 30, 2026, pp. 361-371
DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1735

fue en el *Lycée de garçons* de Belfort donde descubrió su interés por las humanidades, una elección que pronto marcaría su primera secesión y lo alejaría de aquella tradición doméstica. El segundo desvío sería tanto ritual como territorial: en el otoño de 1959, tras convencer a sus padres, decidió partir rumbo a París (con todo lo iniciático que resultaba por aquel entonces semejante viaje para un "provinciano" de 17 años) con un objetivo de mediano plazo: ingresar a la ens. Tras cursar la *hypokhâgne* en el Lycée Lakanal (Sceaux) y la *khâgne* en el Lycée Louis-le-Grand (París), a instancias de Dumézil y bajo la dirección de Jean Leclant (quien, por entonces, era profesor en la Universidad de Estrasburgo) optó por la egiptología, un campo de investigación poco frecuentado en aquellos años. Fue la época en que, con la ayuda de la gramática de Alan Gardiner, aprendió a leer y a escribir jeroglíficos. Los ejercicios, según recuerda, los enviaba por correo a Leclant para luego recibir sus rigurosas correcciones en tinta roja. De hecho, su director le había impuesto un plan: tras obtener la *agrégation* debía marcharse a El Cairo para preparar una tesis. Sin embargo, de un día para otro, Revel cambió de parecer: abandonó todo por el Antiguo Régimen francés y por una historia de corte cuantitativo, mucho menos excéntrica y en pleno apogeo.

Es así como, tras contraer matrimonio en 1965 con una profesora de Historia, Michèle MacAleese (con quien tendría tres hijas, Judith, Jeanne y Ariane), pasará temporalmente por la Sorbona entre 1969 y 1970 como profesor asistente de Emmanuel Le Roy Ladurie (uno de los grandes defensores de la historia serial) y, bajo la supervisión de Jean Meuvret, publicará en 1970 un primer artículo en la *Revue d'histoire moderne et contemporaine* sobre la extensión de la peste en el norte de Francia a fines del siglo XVII. Luego volverá a soltar amarras para hacer un alto italiano de tres años en la *École française de Rome*. Fue allí donde conoció a Jacques Le Goff mientras daba forma a una tesis de tercer ciclo que presentará en 1973, *Matériaux statistiques pour l'étude du grand domaine foncier dans la Campagne romaine aux XVII^e^ et XVIII^e^ siècles. Présentation critique*, aunque, como reconoció William Seston al reseñar su defensa, su verdadera tesis fue el artículo de 80 páginas que publicó el año anterior, titulado "Le grain de Rome et la crise de l'Annone dans la seconde moitié du XVIII^e^ siècle" puesto que "allí ha demostrado que sabe dominar plenamente una masa considerable de documentos y captar, en su realidad, los rasgos esenciales de la economía de la Roma de los Papas en la época moderna. [En el artículo] se encuentran numerosas cifras, gráficos y curvas de precios, pero también la vida de los hombres, ausentes en su tesis".[2]

Tras regresar a Francia en 1973 como especialista en historia económica, ingresó al Centre national de la recherche scientifique (cnrs) como *attaché* y, luego, como *chargé de recherche* hasta 1977, y ese mismo año se incorporó a la casa de estudios a la que dedicaría el resto de su carrera, la *École des hautes études en sciences sociales* (EHESS). Allí, a pedido de François Furet –quien acababa de asumir la presidencia de la institución, tras finalizar el segundo mandato de Le Goff–, formará parte del llamado *bureau*, el comité ejecutivo de cinco miembros que aún tiene a su cargo la dirección desde que, en 1975, dejó de ser la VI^ª^ sección de la *École pratique des hautes études* (EPHE) para convertirse en un organismo independiente. Una época realmente fundacional para una *grande école* en plena búsqueda experimental de una identidad cuyos primeros pasos no estuvieron exentos de dificultades. Luego, en 1978, Revel

[2] William Seston, "Rapport sur l'activité de l'École française de Rome pendant l'année 1972-1973; lu dans la séance du 23 novembre 1973", en *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* (París), Año 117, nº 4, 1973, pp. 570-571.

será nombrado *maître assistant* hasta 1983 y, de allí en más, *directeur d'études* del célebre seminario de los viernes a última hora de la mañana, "Histoire sociale des modèles culturels", un auténtico refugio que le permitió dialogar durante más de treinta años con un largo séquito de modas historiográficas sin renunciar a su defensa de la historia social, paradigma que siguió custodiando tenazmente como profesor emérito hasta un mes antes de su muerte.

Pero mientras desplegaba su actividad en este plano administrativo y docente a través de comisiones, cursos y seminarios, Revel también asumió dos conducciones estratégicas a lo largo de su carrera que dejaron una huella profunda en los destinos de la profesión histórica francesa. Por un lado, ya en enero de 1975 (antes de ingresar al *bureau*), la dirección colegiada de la revista *Annales* (integrada por André Burguière, Marc Ferro, Jacques Le Goff y Emmanuel Le Roy Ladurie) le había propuesto asumir la secretaría de redacción, tarea que llevó adelante hasta 1980, aunque durante largo tiempo su voz siguió conservando ineludibles efectos en el comité. Por otra parte, en 1995 fue elegido presidente para suceder a Marc Augé y encabezar el *bureau* de la EHESS, cargo que, tras su reelección, mantuvo hasta el año 2004, una época de intensos cambios en la enseñanza superior europea, cuyos desafíos no fueron menores. Tras una equilibrada alquimia entre tradición y renovación, la gestión de Revel logró consolidar el lugar específico que ocupaba la EHESS en la cartografía científica francesa y, en plena globalización, forjó una vasta apertura internacional con Estados Unidos, Europa y América Latina, que redundó en la admisión de más estudiantes extranjeros y en casi un centenar de acuerdos transnacionales. A ello deberíamos añadir su plan de superación de las parcelas disciplinares y el fomento de una confluencia epistemológica entre las ciencias sociales a fin de evitar cualquier avanzada imperialista de unas sobre otras. Uno de los testimonios más elocuentes de aquella utopía fue, sin duda, la obra que dirigió con Nathan Wachtel para conmemorar el vigésimo aniversario de la EHESS, *Une école pour les sciences sociales* (1996), la cual, pese al inevitable sesgo autocelebratorio, evita caer en torpes hagiografías para convertirse en una valiosa historia sobre cómo una institución imbrica ideas y saberes para que se comuniquen entre sí respetando sus singularidades internas. En el plano de la formación doctoral, contribuyó a que la emisión de títulos perdiera mecanicismo serial, de allí su impulso para que cada investigación social fuese lo más original posible, preservase sus tiempos adecuados de producción y no se doblegara frente al azote del cuantitivismo del *paper*.

A estas líneas de formación, transmisión y gobernanza habría que sumar el fomento de reuniones científicas de diversa índole y varios cargos, membresías, reconocimientos, así como la construcción de redes académicas con y entre instituciones de Francia y el extranjero, pero, sobre todo, uno de los grandes roles que asumió desde que se convirtió en *normalien*: la iniciativa de grandes proyectos editoriales, ya fuera como director o codirector de colecciones históricas o casas de edición. Entre las más tempranas, cabe mencionar Archives en la editorial Julliard, para la cual, junto a Pierre Nora, congregó entre 1964 y 1988 a varios especialistas para que analizaran un objeto específico de su campo a partir de las principales fuentes disponibles. La idea consistía en que los lectores tomasen contacto directo con los documentos y con la interpretación ofrecida por los historiadores: toda una rareza por aquel entonces. Entre las últimas, desde 2001 y hasta la actualidad, alcanza con recordar su participación en el comité editorial de la extraordinaria colección Enquête en la editorial de la EHESS la cual, a través de las 16 obras colectivas que se han publicado hasta 2025 (y en cuatro de las cuales Revel

comparte la dirección) se propone hacer efectivo aquel ideal de confluencia interdisciplinar que fomentó entre los diferentes centros de investigación allí radicados. Precisamente, uno de sus grandes legados en materia editorial no fue sino la reestructuración de las Éditions de l'EHESS, sello que Revel dirigió entre 1981 y 1995 y que convirtió en un espacio de referencia para la difusión de la investigación social: al día de hoy, la editorial cuenta con más de una decena de revistas (entre ellas, desde luego, *Annales*), alberga otras tantas colecciones y dispone de un catálogo de casi 1500 títulos. En conclusión, entre 1975 y 2004, es decir, desde el mismo instante en que la EHESS se emancipó de la EPHE, Revel fue, consecutivamente, secretario en jefe de *Annales*, director de la editorial y presidente del *bureau*.

Pues bien, con esta imagen de un historiador tan industrioso para cimentar vínculos con sus colegas y generar proyectos colectivos, instalarse rápidamente en un marco académico estable y no tardar en gobernar sus destinos institucionales, cabría pensar que nos encontramos ante un eficaz burócrata que, desde lo alto de su despacho y la rutina de su escritorio, únicamente se limitó a gestionar los hilos de su profesión. Sin embargo, nada de esto fue así, al menos, no exactamente. Ni Revel ni ninguno de los colegas que lo antecedieron en esas dirigencias fueron "administradores de oficio", sino investigadores-docentes que prestaban sus servicios durante un tiempo para que la institución a la que pertenecían fortaleciese esos dos niveles que siempre la diferenciaron del régimen universitario tradicional: la presencia de seminarios temáticos no escolarizados y la independencia creativa de las pesquisas más allá de lo que dictasen las eventuales coyunturas político-científicas estatales.

De tal modo, desde la publicación de aquel primer trabajo en 1970 sobre la peste en el siglo XVII y hasta su última obra, *Un sociologue de métier. Le travail de Jean-Claude Chamboredon*, dirigida en colaboración con los sociólogos Stéphane Beaud y Jean-Louis Fabiani en 2025, Jacques Revel no solo intervino en la emergencia y legitimación de objetos históricos, nuevos y diversos, sino en la gestión de casi todos los campos donde esos objetos se producían. Ya sea tomando las riendas ejecutivas de una institución o bien asegurando la transmisión de sus innovaciones, Revel consolidó y hegemonizó esa triangulación con indudable destreza durante muchos años, estrategia que lo convirtió no solo en un historiador de referencia casi consular en Francia y el mundo, sino en un versado ingeniero para planificar, concentrar y distribuir poder académico en materia de recursos financieros, alianzas tácticas, promoción de talentos y prácticas de reconocimiento y recompensa. Si bien este tipo de hegemonía poco tuvo del personalismo braudeliano (dado, sobre todo, el perfil diviso y federado de un *bureau* siempre consultivo), es incuestionable que, en términos de diseño corporativo, Revel dominó como pocos (y, en ciertos aspectos, como ningún otro) la logística de la profesión histórica y determinó muchos de sus caminos. En tal sentido, su situación como experto en historiografía contemporánea le proporcionaba una ocasión inmejorable, cual clave de bóveda, para fabricar sinergia entre aquellas soberanías y reinventar, secretamente, una y otra vez, aquel apotegma del "historiador sin vocación" a medida que su autoridad se incrementaba. Revel no solo asumió una suerte de misión fiscalizadora cuando indagaba el pasado para su propia cosecha como historiador *tout court*, sino cuando, a la distancia, apelaba a la vigilancia epistemológica sobre las restantes investigaciones en marcha y detectaba espacios lacunares, extravíos y contradicciones, algo que, a menudo, cultivó con una penetración sutil e implacable sin hacer distingos entre historiadores veteranos o en formación. En suma, no solo las entrevistas y

ensayos egohistóricos que difundió hacen las veces de verdaderas "fuentes" historiográficas y testimoniales, sino también sus numerosos artículos, prólogos y reseñas sobre sujetos y objetos históricos.[3]

Así pues, Jacques Revel también demostró ser un historiador productivo y muy atento no solo al pasado y el presente de su disciplina, sino a los saltos metodológicos que insinuaban su futuro. Pero si algo lo distinguió entre los colegas de su generación no solo fueron aquellas dirigencias tentaculares e ininterrumpidas que mantuvo durante treinta años en la EHESS, sino su activa intervención, bendición o influencia en casi todos los debates que transformaron la historiografía francesa del último medio siglo. Si bien su nombre sigue aún muy asociado, y con razón, a las tramas institucionales, lo cierto es que su sombra como el "dios oculto" de las ciencias sociales –tal como Christophe Prochasson lo definió con rigor jansenista en un último acto de justicia para *Libération*–, también lo proyecta con holgura más allá de esos límites. ¿Cuáles han sido, entonces, esas grandes intervenciones historiográficas? Cabría considerar aquí tres grandes etapas.

Por fuera de sus primeros escarceos en historia cuantitativa y por una serie de presentaciones que redactó con Louis Grondin y Jean-Claude Maire Vigueur en 1971 para una selección de fuentes titulada *Napoléon vu et jugé par ses collaborateurs* (trabajo que Revel no suele incluir como parte de su bibliografía), diremos que el primer momento de su producción comenzó con una gran intervención crítica: un ácido ensayo sobre la "cultura popular", publicado en 1970 en la revista marxista *Politique aujourd'hui* junto a Michel de Certeau y Dominique Julia, titulado "La belleza del muerto". Allí proponían abandonar las viejas folclorizaciones románticas del siglo XIX sobre el concepto y, en abierta discrepancia con la historia de las mentalidades de Robert Mandrou, reconfigurar una nueva historia social y cultural que seguirá su curso, por otras galerías, con la obra de Roger Chartier. Tres años después, lo veremos intervenir en el tercer volumen (titulado "Nuevos temas") de aquel antológico parteaguas que fue *Hacer la historia*, dirigido por Le Goff y Nora, mediante un artículo escrito con Jean-Pierre Peter que, por momentos, parece un guiño distante para su familia: una historia del cuerpo enfermo en el marco de la "medicina popular" entre los siglos XVII y XIX, objeto que será reanudado en su presentación de un número de *Annales* de 1977.

Al llegar a 1975, ya estamos ante su primer libro, *Une politique de la langue. La Révolution française et les patois: l'enquête de Grégoire*, también escrito con Certeau y Julia. Precedido por un artículo que los tres firmaron en *Annales* el año anterior, allí investigaron la imposición del francés como idioma nacional tras la disgregación de las lenguas regionales (*patois*) durante el período revolucionario y en diálogo con la etnografía histórica. Esta obra pionera y original, destrozada por la virulenta crítica de Jacques Godechot, encierra buena parte de los intereses más perdurables de Revel: su temprana deferencia hacia los usos históricos del lenguaje, la historia sociocultural de la Revolución francesa y el trabajo interdisciplinar con las ciencias sociales. Este último ánimo lo encontraremos en su presentación para un número de *Annales* de 1975 sobre "Histoire et sciences" que promovió un horizonte nuevo para el flamante experimento que representaba la EHESS a partir de ese año.

[3] Dos obras colectivas publicadas en su homenaje en París y Bologna en 2016, análogas pero diferentes, dan buena cuenta de aquel acervo: *L'Expérience historiographique. Autour de Jacques Revel*, dirigida por Antoine Lilti, Sabina Loriga, Jean-Frédéric Schaub y Silvia Sebastiani (Éditions de l'EHESS), y *La forza delle incertezze. Dialoghi storiografici con Jacques Revel*, también dirigida por Sebastiani, pero junto con Antonella Romano (Il Mulino).

Mientras tanto, sus vínculos con Italia, casi se diría su segunda patria, continuaron entre 1976 y 1977 a través de la publicación de artículos en la *Rivista di storia sociale e religiosa* sobre la cuestión de la sociabilidad y el Estado moderno o sobre la superstición y la magia: cuestiones aún emergentes de antropología histórica que ya eran objeto de su atención, tanto con relación al mundo andino (a través de otra presentación para un número de *Annales* de 1978) como a la cultura inglesa mediante *Man and the Natural World* de Keith Thomas, cuya traducción al francés Revel presentará en la revista *Le Débat* en 1983.

Otro punto de inflexión fue su participación en la obra enciclopédica de 1978 *La Nueva historia* (como reafirmación de *Hacer la historia*, pero mucho más normativa en aras de refundar los principales cimientos de la historiografía), que ahora lo tendrá como director junto a Le Goff y Chartier. Con este último, se aseguró la entrada "Annales" y, en solitario, firmó las consagradas a "François Simiand" y "Henri Berr" (dos figuras sobre las cuales seguirá trabajando de aquí en adelante) junto con otras como "cuerpo", "investigación" o "acontecimiento".

En el marco del cincuentenario de *Annales*, Revel desprenderá un artículo capital que apareció originalmente en inglés (1978) y, al año siguiente, en francés: "Histoire et sciences sociales. Les paradigmes des *Annales*", donde remozó el terreno para blindar la disciplina ante la crisis que atravesaba mediante la recomposición de su genealogía histórica como ciencia "social" y no solo "humana": por ende, más científica e interdisciplinar, más proclive a los cambios de método y, por supuesto, más consonante con el espíritu de una recién creada *grande école en sciences sociales*. En suma, esta primera etapa de la producción de Revel estará marcada por el establecimiento de coordenadas instrumentales que reafirmaran una nueva orientación para la historiografía en concordancia con la creación de la EHESS, institución que, a su vez, alberga la revista insignia que, durante este tiempo, él mismo dirigirá.

Hacia los años 1980, nos adentramos ya en la segunda etapa de su obra. Revel estrechará el trabajo colaborativo con Chartier y Julia: juntos presentan el informe *Histoire des pratiques éducatives* para la DGRST (Délégation générale à la recherche scientifique et technique) y, en 1986, dirigen los dos volúmenes de *Les Universités européennes du XVI^e^ au XVIII^e^ siècle. Histoire sociale des populations étudiantes*, donde refutan la hipótesis de Lawrence Stone sobre la "revolución educativa" inglesa (1964) según la cual el crecimiento del sistema universitario de los siglos XVI y XVII sufrió una regresión hacia el siglo XIX: en Europa, sin embargo, la intensidad del crecimiento universitario y sus relaciones con la movilidad social variaban ampliamente según los territorios. En esencia, allí demostraban que cualquier generalización estructural ya no era válida por sí sola para explicar procesos históricos diversos: los casos exigían una mirada particular en la que las diferencias culturales debían llevar la delantera.

Pero Revel también incursionará en historia de las mujeres al interrogarse sobre los usos historiográficos de los roles sexuales (1984), mientras vuelve a revisar el concepto "cultura popular" (1986). A su vez, contribuye a desentrañar la idea de "civilidad" (1986) en el marco de la célebre *Historia de la vida privada* que dirigieron Philippe Ariès y Georges Duby y, en el contexto del bicentenario de la Revolución francesa –con toda la corporación en vilo frente a los dilemas planteados por la nueva lectura política de François Furet–, intervendrá de forma salomónica. Colaborará tanto con el *Diccionario de la Revolución francesa* (1988), que aquel llevó adelante con Mona Ozouf, mediante dos entradas memorables que redimieron los albures de la singularidad en un marco de historia social: "María Antonieta" y "Gran miedo"

(es decir, una variable biográfica y un acontecimiento histórico, problemas a los que volverá unos años más tarde para relanzarlos como entidades legítimas), pero también con la conferencia de cierre "Lire, écouter, voir la Révolution française" (1989) para el congreso internacional que organizó Michel Vovelle –situado en las antípodas de Furet– sobre la iconografía revolucionaria.

Entretanto, el siglo XVIII seguirá bajo su mira en un nuevo libro, *Lógica de las multitudes* (1988), escrito con Arlette Farge y donde reconstruyen una historia social del secuestro de niños en París hacia 1750. Sin embargo, luego de la agitación del bicentenario y en pleno debate público sobre cómo, bajo la embestida neoliberal contra el Estado, debería escribirse y enseñarse la historia nacional francesa, su mayor contribución será la dirección, con André Burguière, de una novedosa y disruptiva *Histoire de la France* en cuatro volúmenes (1989-1993), que ya no seguirá la periodización tradicional sino la típica "historia-problema" de *Annales*: el espacio geográfico, el Estado en el marco de sus poderes y conflictos y las formas de la cultura. Su vocación por revisar y medir la vigencia o caducidad de los conceptos fue otra de sus marcas más perdurables: a los ya aludidos, sumará su dictamen sobre "mentalidades" o "utillaje mental", pero también lo hará en la gigantesca empresa que dirigió Nora entre 1984 y 1992, *Lieux de mémoire*, donde pensará la idea de "región" y la historicidad de la "corte".

Revel cerrará la década con una pequeña obra maestra cuyo compás marcará una de sus grandes prestaciones para los próximos años: la importación de la microhistoria italiana a suelo francés. En el ensayo de 1989 que precede la versión francesa de *La herencia inmaterial* de Giovanni Levi titulado "L'histoire au ras du sol" (inexplicablemente, aún sin versión castellana) señala que lo micro no reemplaza a lo macro, sino que permite corregirlo, complejizarlo y revelar dimensiones ocultas de la experiencia social a través de las variaciones que ofrecen las escalas de análisis. Este dispositivo crucial lo llevó a titular *Juegos de escalas* la obra colectiva que dirigió en 1996 y en la cual aparece un capítulo suyo, "Micro-análisis y construcción de lo social", donde vuelve a las diagonales que escribió para la obra de Levi y refuerza el equilibro entre las interacciones, negociaciones y prácticas de los agentes con unas estructuras sociales (braudelianas o labroussianas) que ya no pueden determinar los patrones explicativos del historiador, pero que, de ningún modo, se pueden abandonar. En su conjunto, este segundo momento de su producción se ve más "histórico" que instrumental. Si bien parece asociado a una nueva historia cultural, Revel no hará más que reivindicar "lo social" y, en este sentido, la adopción de la microhistoria italiana (que siempre se asumió "social" más que "cultural") es el indicio más elocuente.

Finalmente, a partir del siglo XXI, un último Jacques Revel se dispuso a robustecer aún más aquella historia social para lo cual contó con la inestimable cantera que abrió la "historia pragmática" liderada por Bernard Lepetit mediante la mixtura de elementos de micro y macroanálisis. De allí, además, el quinto cambio de nombre que había sufrido la revista *Annales* a partir de 1994: *Histoire, Sciences Sociales*. Así pues, las intervenciones del último Revel se volverán mucho más interdisciplinares de lo que ya eran, no solo por su diálogo con otros saberes en busca de objetos más híbridos, sino porque aparecerán en obras colectivas donde la historia no será más que una ciencia social entre otras.

En este sentido, durante los últimos veinte años Revel nos dejó varias piedras blancas por el camino. En el marco de la colección Enquête intervino en la dirección de cuatro obras cuyas problemáticas reabrieron discusiones transversales a todas las ciencias de lo social: la cuestión de los usos públicos del pasado con relación a la memoria (2001), la per-

tinencia de los estudios de caso (2005), la naturaleza de las disciplinas (2006) y las asimetrías de pensar a escala global (2024). Cabe agregar aquí su trabajo "Le pied du diable" sobre la variable acumulativa en la historia, en un volumen dirigido por el economista Bernard Walliser (2015).

Por otro lado, en una obra coordinada por el sociólogo Jean-Michel Berthelot de 2001 dedicada a la epistemología de varias ciencias sociales, Revel intervendrá con otra estupenda pieza maestra de 50 páginas donde indaga todos los ángulos posibles de las "ciencias históricas", término que, a su vez, había sido recuperado con una carga semántica más oblicua por el "razonamiento sociológico" de Jean-Claude Passeron con quien, prácticamente, se asoció para llevar a buen puerto varios proyectos interdisciplinares en estos años. Y de allí también proviene su decisión de historizar las ciencias sociales tal como lo hizo con un capítulo en la admirable *Histoire des sciences et des savoirs* dirigida por Dominique Pestre en 2015. Con todo, su último gran trabajo será una especie de cuenta pendiente: *Une histoire inquiète* (2022), escrito junto a Sabina Loriga y donde, con la excusa de abordar la forma en que los historiadores han procesado el impacto del giro lingüístico, se lanzan a una historia de la historiografía occidental del último medio siglo.

En resumidas cuentas, lo mínimo que podría decirse ante semejante *tour de force* es que Revel, a través de este abanico multidimensional, le ha cerrado las puertas, por convicción o por necesidad, a cualquier asomo de hiperespecialización, de allí su perpetua identificación con la historia social, la cual, pese al juego de escalas, le permitía operar bajo un manto estructural y omnicomprensivo. Y es por ello que esta enorme diversidad de intereses nunca se tradujo en un cuerpo simétrico de "grandes obras", sino en numerosas "intervenciones", de allí que hayamos insistido tanto en este último término.

Jacques Revel intervino con su producción al modo de un enigmático forastero que no tenía tiempo que perder: tras su llegada a una aldea historiográfica, tomaba parte en sus asuntos, se involucraba con ellos, desvelaba, de forma casi quirúrgica, su campo de fuerzas, arrojaba varias pistas para seguir pensando y, finalmente, partía para siempre rumbo a otra aldea, no sin antes entregar una breve guía para el lugareño. Tal es así que, en su bibliografía, jamás daremos con una obra que, bajo su sola autoría, despliegue una investigación monográfica de largo aliento, sino con muy pocos libros cuya factura responde, por un lado, a una recopilación de artículos disímiles entre sí bajo un título muy genérico como *Un parcours critique* o *Un momento historiográfico* (dos versiones no idénticas de un mismo *recueil*, ambos publicados en 2006) así como aquellos que publicó en portugués (cuyo número es mayor que en cualquier otra lengua, incluido el francés): *A invenção da sociedade* (1989), *Proposições. Ensaios de história e historiografia* (2009) e *História e historiografia. Exercícios críticos* (2010). Por otro lado, como hemos visto, se encuentran sus numerosos trabajos en colaboración, una práctica operativa que mucho tuvo de arte diplomático y enrolamiento académico, que solía elaborar de dos maneras: como escritura a dos voces o como director de una obra colectiva, dirección que, a menudo, también compartía.

Como muchos otros historiadores de su generación (en este aspecto, Pierre Nora es un caso similar, pero más concentrado en proyectos editoriales), Revel siempre desconfió de las grandes narrativas, reserva que, sin dudas, impactó en su concepción de "libro". Casi emulando la correlación entre el micro y el macroanálisis que tanto teorizó, produjo escritura a una escala breve y diseminada, pero, por lo general, sobre preguntas cruciales, de allí que sus mejores ensayos sean aquellos que circulan en revistas, en trabajos colectivos o

en las obras de otros historiadores cuando asume la función de prologuista. Este estilo de producción, parte del cual tuvo su origen en la oralidad de conferencias o seminarios donde afilaba la crítica y la revisión periódica de los métodos, lo mantuvo alejado del gran público, pero le permitió reforzar su circulación al interior del mundo académico y asentar un tipo de fabricación única: textos sucintos, densos y autosuficientes, dotados con una fuerte carga explicativa y una claridad argumental que le aseguraron difusión a un ritmo vibrante, algo que, por cierto, ningún libro podría haberle ofrecido. De allí la pertinencia que detectó Christophe Prochasson –uno de los historiadores que, junto a Jean-Frédéric Schaub, han desentrañado su trayectoria con mayor franqueza– al señalar que siempre tuvimos en Jacques Revel un gran lector más que un prolífico escritor. Y tal es, de alguna manera, el destino de los grandes lectores: devorar insaciablemente la letra de los otros, relegando la propia a una modesta retaguardia. O si se prefiere, otra forma de practicar la distancia.

*Andrés G. Freijomil*
Universidad Nacional de General Sarmiento / CONICET

# *Jürgen Habermas (1929-2026)*

"Leer a Habermas tiene un extraordinario parecido con leer a Lutero, salvo por la maravillosa prosa con la que escribía este último". Así comienza el párrafo final de "Habermas's Reformation", la demoledora reseña que Quentin Skinner escribió a partir de una serie de nueve libros de y sobre Jürgen Habermas para *The New York Review of Books* en octubre de 1982. Con la excepción de una obra en alemán, todas las restantes eran, o bien traducciones al inglés de sus primeros trabajos, o bien ensayos sobre su sistema de pensamiento, escritos por expertos de habla inglesa. Por aquel entonces, Habermas ya era un filósofo social internacionalmente reconocido, no solo como el desconcertante heredero de la Escuela de Frankfurt (demasiado marxista para Max Horkheimer o demasiado liberal para la izquierda alemana), sino también, según recuerda Philipp Felsch, como toda una "marca registrada": era autor de obras importantes y de un centenar de artículos, objeto frecuente de varias exégesis relevantes y un intelectual punzante que intervenía activamente en el mundo cultural y político de la República Federal Alemana (RFA).

Es más, en 1981, un año antes de que apareciese aquella reseña, había publicado su monumental obra maestra en dos volúmenes: *Teoría de la acción comunicativa*. Allí, tras condensar veinte años de investigaciones en filosofía y ciencias sociales, Habermas bifurcó la "razón" en "instrumental" (aquella derivada de sus maestros de Frankfurt y asociada con la eficacia y el control técnicos para alcanzar con éxito determinados fines) y en "comunicativa" (vinculada con las pretensiones de validez inherentes al discurso utilizadas para la coordinación del diálogo con los otros en el "mundo de la vida" con el fin de llegar a un entendimiento no coercitivo). El problema central que Habermas ya venía detectando era, sin embargo, el modo en que el "sistema" estaba colonizando ese "mundo de la vida" a través de la lógica del mercado y la burocratización de ámbitos como la política, la ética o la convivencia cotidiana que, en verdad, deberían depender de la comunicación. Esta compleja y enorme pesquisa, que sentaría un giro pragmático definitivo en su concepción de la realidad social, contaba con un antecedente de primer orden: su tesis de habilitación (1962), traducida como *Historia y crítica de la opinión pública*, una obra capital con la cual marcó de forma perdurable el concepto de "esfera pública", aquel espacio de intercambio deliberativo (diferente de la "opinión pública") que permitió la autonomización de la sociedad respecto del Estado y cuyos orígenes rastreó en los cafés y los salones literarios de los siglos XVII y XVIII. En suma, su producción ya contaba con, al menos, un clásico de la teoría social, y acababa de publicar otro que no tardaría en serlo. Sin embargo, ninguna de esas dos obras contaba todavía con traducción al inglés y, por esta u otra razón, quedaron fuera de la mira de Skinner. De hecho, a juzgar por el tono de su ensayo (y en vista de la ingente cantidad de libros para reseñar), era evidente que Skinner no los había leído por completo y, si lo había hecho, prefirió atender a sus exégetas, sobrevolar la letra habermasiana y, en definitiva, sesgar la crítica.

Pero ¿qué lo llevó a comparar la obra de Habermas con la de Lutero y a convertirlo en protagonista de una nueva "Reforma"?

Tras una reseña cuyo eco constante descansaba en la obra de Raymond Geuss (su futuro colega en la Universidad de Cambridge), Quentin Skinner convertía la teoría social ha-


DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1736

bermasiana en "una continuación del protestantismo por otros medios" a partir de obras como *Conocimiento e interés* y *Ciencia y técnica como "ideología"* (ambas de 1968), pero también de *Teoría y praxis* (1971) y *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío* (1973), que ya contaban con más de una década de discusión tras sus espaldas. Según Skinner, el supuesto de Habermas se reducía a un sujeto moderno atrapado en condiciones de distorsión ideológica y alienación social, incapaz de acceder plenamente a la verdad debido a las mediaciones estructurales de la falsa conciencia y cuya virtual emancipación dependía de la reflexión crítica. Así pues, allí donde, por ejemplo, Lutero veía una comunidad de creyentes, Habermas encontraba una "comunidad ideal de habla". Lo mismo ocurría con la "acción comunicativa" basada en un discurso "libre de dominación" cuyas pretensiones de validez ya estaban implícitas en el lenguaje humano: para Skinner todo esto no era más que un remedo de la palabra divina. Esta analogía –de la que el eslabón más evidente bien podría ser la publicación en 1978 de su primera obra, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, cuya segunda parte estaba enteramente dedicada a la "era de la Reforma"– respondía, en realidad, a una embestida que Skinner comenzó por aquellos años y que marca un giro en su derrotero intelectual. Como ha sugerido Kari Palonen, Skinner abandonará las viejas certezas que le ofrecía la filosofía tradicional en términos conceptuales y metodológicos por una filosofía del lenguaje cuyas coordenadas más fuertes serán los cambios sociales en los contextos de uso (Wittgenstein) y la dimensión retórica de los actos de habla (Austin). Este camino lo llevará a comprender la política de forma realista y contingente, los conceptos normativos como redescripciones retóricas no voluntaristas sujetas a cambios históricos, y la propia historia, en fin, como el complemento necesario de cualquier filosofía. En suma, a partir de un contextualismo lingüístico, e historicista desde luego, muy reacio a la "pragmática universal" habermasiana, la obra del alemán era leída como una "historia tradicional de la salvación en términos seculares modernos" que, además, se avenía etnocéntrica. Citando nuevamente a Geuss, Skinner, cuyas investigaciones jamás saldrían del cantón europeo, de pronto se pregunta cómo Habermas puede sentirse seguro con una teoría de la racionalidad humana tan general: "¿Pretende incluir a los egipcios predinásticos, a los siervos franceses del siglo IX y a las tribus yanomami de comienzos del siglo XX exactamente en los mismos términos, entre sí y con respecto a nosotros?". Pero, al decir de James Tully, Skinner también proponía una "pragmática", aunque "histórica": puesto que los agentes cuentan con diferentes niveles de intencionalidad, discutir sin coerción no garantizaba que se llegaran a acuerdos con validez universal como Habermas proponía. De allí el cambio decisivo que llevó a Skinner a rechazar aquellos principios abstractos: la filosofía ya no está por encima de la política, sino que forma parte de ella.

Ahora bien, como era de esperar, la reseña de Skinner generó un profundo malestar y, según Felsch, selló para siempre la recepción de la obra habermasiana en suelo británico, afirmación que, desde luego, convendría matizar. Según advirtió el sociólogo William Outhwaite en *Habermas Global* (una obra colectiva monumental sobre su recepción en más de 15 culturas científicas de todo el mundo, publicada por Suhrkamp en 2019), la lectura británica de su obra nunca fue masiva, pero sí selectiva en ámbitos disciplinares específicos y asociada con cuestiones muy puntuales como, por ejemplo, el concepto de "esfera pública" en el campo de la comunicación. Esta recepción, además, siempre estuvo mediada por los debates locales y el típico empirismo del mundo inglés: ya sea por una cultura filosófica esencialmente analítica o por la *New Left*

de un Perry Anderson que miraba con cautela las simpatías que a Habermas le despertaba la democracia liberal. Pero esta extrañeza era recíproca: es bien sabido que a Habermas siempre le irritaron las jerarquías académicas de "Oxbridge", las cuales solían identificarlo con un mero "sociólogo" o con un "liberal clásico" al estilo de Stuart Mill. Más tarde, esta incomodidad se extenderá a una explícita desconfianza hacia la política británica, sobre todo cuando impulse aquel "patriotismo constitucional europeo" que el Brexit terminó por hacer añicos.

Es por ello que la principal circulación de su obra en lengua inglesa ha procedido de Estados Unidos, donde siempre fue ampliamente estudiada. En buena medida esto se debió, en primer lugar, a los buenos oficios de Richard J. Bernstein quien, en un trabajo temprano y ya clásico, *La reestructuración de la teoría social y política* (1976), había dedicado nada menos que 50 páginas (sobre un total de 300) a su "teoría crítica comprensiva", ponderación que tampoco pasó desaparecibida para Skinner. Precisamente, uno de los primeros trabajos donde Palonen detecta su giro teórico, corresponde a la reseña de esta obra también publicada por Skinner en *The New York Review of Books*. Pese a que celebra la presentación general que ofrecía Bernstein en su libro, consideraba que su encomio hacia la Escuela de Frankfurt resultaba cuando menos dudoso: "¿No empieza a parecer que el proyecto de la 'teoría crítica' equivale a poco más que a una versión del famoso truco de la cuerda india?". Sin embargo, el punto de mira estaba puesto en Habermas. Según Skinner, la determinación racional de las creencias era una tarea imposible porque, tal como lo demostró la filosofía analítica tras la caída del positivismo lógico, siempre partimos de pruebas que dependen de las creencias que ya tenemos. Por ende, si bien nada de esto conduce al irracionalismo, lo cierto es que no hay ninguna neutralidad posible en los puntos de vista rivales. Asimismo, debe aceptarse que la dimensión contingente y controversial de la política obedece a cambios históricos de significado, de allí que encuentre aquel "consentimiento no forzado" de la acción comunicativa de Habermas (en ambas reseñas) como una "maniobra de despolitización propia de los contractualistas" –para los cuales el Estado siempre está en contraposición a los individuos–, mientras convierten la "situación ideal del discurso" en un nuevo "estado de naturaleza".

Con todo, la recepción norteamericana de Habermas fue mucho más allá. El otro gran teórico que legitimó su obra por aquel entonces fue Martin Jay, en cuyo *Marxism & Totality* (1984) no solo consagró un extenso capítulo a su "holismo marxista", sino que subtituló la obra con un elocuente *The Adventures of a Concept from Lukács to Habermas*. Aun así, ninguna contribución podía rivalizar con la de Thomas McCarthy, quien venía traduciendo buena parte de sus trabajos y en 1978 había publicado *La teoría crítica de Jürgen Habermas*, un notable estudio interpretativo que, aún hoy, sigue siendo una referencia ineludible.

Precisamente, fue McCarthy quien salió al ruedo en enero de 1983 en la propia *The New York Review of Books* con una categórica refutación de la reseña de Skinner: "tras tanto recorte, poda y –sobre todo– omisión, lo que nos queda es la imagen de un pensador unidimensional que, durante tres décadas y a lo largo de miles de páginas, ha dado tumbos sin éxito en un vano intento por responder a las preguntas que Skinner, siguiendo a Geuss, cree que debería haberse planteado".[4] La cuestión es que si el historiador inglés pronto encontró una oportunidad para redimirse, Habermas reservó su estocada para el último acto. Recordemos que, en 1986, Skinner

[4] Thomas McCarthy, "Defending Habermas", en *The New York Review of Books*, 10 de enero de 1983.

compiló una obra compuesta por ensayos generales sobre las principales figuras intelectuales de moda (con Habermas entre ellas) cuyas ideas anunciaban el retorno de la "gran teoría" en las ciencias humanas, retorno frente al cual el inglés mantenía una distancia crítica elocuente. Si bien fue Anthony Giddens el encargado de redactar el capítulo sobre Habermas, en la introducción Skinner se mostró ambivalente cuando aludió a su obra: por un lado, asumió que "sin dudas" se trataba de "uno de los filósofos sociales contemporáneos más prolíficos y de mayor proyección, y sus intereses son de tan amplio espectro que desafían toda paráfrasis fácil", pero, por otro lado, asociaba sus críticas morales y "marxistas" hacia el capitalismo liberal con las esgrimidas por neoconservadores como Roger Scruton, dado que ambos compartían los valores "hegelianos" de la comunidad, la lealtad y la deferencia. Pero es aquí donde, de algún modo, Skinner también se reencuentra con el autor de la *Teoría de la acción comunicativa* (desde luego, con la traducción inglesa de McCarthy, publicada en 1984) donde reconoce su lectura de Talcott Parsons y su crítica del marxismo vulgar.

No obstante, como cabía esperar, la última palabra la tuvo Habermas, pero al cabo de más de cuatro décadas. En el segundo volumen de *Una historia de la filosofía* (2019) –la última y monumental obra que publicó para celebrar sus 90 años con una genealogía del pensamiento posmetafísico a través de las relaciones entre la fe y el saber desde los griegos hasta el siglo XIX– dedica varias páginas a Lutero y, desde luego, cita a Skinner, pero en las profundidades de una nota al pie para referirse, cómo no, a la servidumbre de la voluntad y a la completa indignidad del hombre. Skinner identificaba en aquel *servo arbitrio* el núcleo de la teología luterana, idea que, para Habermas, era una "generalización extrema y demasiado inespecífica" para definir a Lutero. Según afirma, el inglés necesitó cargar las tintas en ese pesimismo antropológico (de larga duración en la tradición agustiniana) para que, en definitiva, funcionase el juego de oposiciones que establecía con el primer tomo de *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, dedicado, justamente, a la virtud humanista del siglo XV italiano. En todo caso, esa colosal nueva obra de Habermas donde historizaba las vidas paralelas de la fe y el saber, ¿significaba que estaba haciendo las paces con el historicismo? Nada de eso.

Habermas seguía sospechando del historicismo, pero esto no suponía, desde luego, rechazar la "historia". Recordemos que dentro de su clasificación tripartita (que tantas críticas ha provocado desde su formulación en los años 1960) las ciencias se dividían según los intereses del conocimiento: ciencias empírico-analíticas (basadas en el interés técnico), ciencias histórico-hermenéuticas (cuyo interés era práctico) y ciencias crítico-sociales (regidas por el interés emancipatorio). Así pues, para Habermas la historia no era una ciencia "social" propiamente dicha, sino un conocimiento de tipo "hermenéutico" cuyo fin era comprender sentidos, códigos y signos a partir de una investigación cualitativa y mediante una relación inevitablemente subjetiva con el objeto. Tomando parcialmente a Arthur Danto, consideraba que la historiografía era una empresa incompleta debido a que la narración histórica no podía prescindir de una mirada retrospectiva cargada de juicios y significados propios del contexto de quien la escribía. Pero esto no implicaba, según Habermas, ningún tipo de arbitrariedad, sino una de las virtudes de su costado hermenéutico. En el contexto de su discusión con Gadamer, señaló en 1970: "La interpretación del observador contemporáneo es el último peldaño de una escalera de interpretaciones que baja en dirección al suceso. Su primer peldaño es el sistema de referencias del historiador, que no puede ser independiente de su horizonte de expectativas en la medida en que él mismo es un sujeto agente

[…] Todo historiador ocupa el papel del último historiador […] Todo lo que el historiador puede saber no puede aprehenderlo con independencia del marco de su propia vida".[5]

Con todo, este aserto tampoco lo convertía en "presentista", al menos, no en uno radical: que cada generación reescribiese la historia no volvía ese discurso automáticamente válido, porque se trataba de un tipo de conocimiento que no podía funcionar como una simple justificación (técnica) del presente, sino que debía erigirse como un espacio de deliberación crítica en busca de una verdad que, en última instancia, resultaría emancipatoria. De lo contrario, no podría explicarse su intervención durante dos años en aquella célebre *Historikerstreit* (1986-1987), ese punto de inflexión en la historiografía alemana que lo tuvo como protagonista. Quien siempre se consideró un "profano" en historia intervino allí como "ciudadano" ante la amenaza que representaba el revisionismo de historiadores neoconservadores como Ernst Nolte, Michael Stürmer o Andreas Hillgruber. Los temores de Habermas de que el nazismo se relativizara en aras de tranquilizar la conciencia nacionalista alemana y en detrimento de la "verdad histórica" lo llevaron a intervenir en los periódicos, a situar esta discusión de cara a la ciudadanía y a demostrar cuáles eran las variables que se jugaban tras el "uso público de la historia", término de nuevo cuño, consonante con aquel otro que había difundido en 1962 y que dejó su marca en los estudios históricos sobre la memoria a partir de entonces.

Para Habermas, el único proyecto realmente emancipatorio (en términos ilustrados) era la modernidad, el verdadero antídoto que permitía no caer en las fauces de un irracionalismo con derivas autoritarias, en un relativismo paralizante, en un contextualismo acrítico y en la postura meramente contemplativa de una realidad que debía ser transformada por la acción. En este sentido, haber defendido durante casi medio siglo la razón, la justicia, la democracia y la "acción comunicativa" como principios universales en un mundo incautado por el neoliberalismo y por su mano derecha posmoderna, supuso, prácticamente, una epopeya en sí misma. Eva Illouz definió esa cruzada de un modo acaso desmedido: "Nos salvó de Foucault", pero en algo la socióloga franco-israelí no se equivocaba: Habermas resistió de un modo impasible el torbellino contra la razón y el progreso y, para muchos intelectuales, esa resistencia les permitió no sucumbir ante el conformismo y la desesperación nihilista. Porque si de algo no cabe duda es de que Habermas nunca fue un filósofo "cool", dispuesto a la dramatización mediática y narcisista de sus ideas, ni tampoco un intelectual que buscara ganarse la simpatía de sus auditorios, y muchos menos con sus obras, donde todo suele discurrir de forma más lenta, más medida, más compleja y poco piadosa con el lector. Allí no encontraremos ningún afán pedagógico que busque facilitar las cosas, ningún lenguaje literario que suavice las premisas, salvo (y solo en parte) cuando cambia el registro del filósofo social para encarnar la figura del intelectual público, sobre todo con su serie de doce ensayos titulados de forma general *Pequeños escritos políticos*, publicados entre 1981 y 2013. Y pese a todo ello, se convirtió en uno de los pensadores más citados, aquellos cuyo impacto ya no se mide por los usos y apropiaciones que se hacen de su obra, sino por la innumerable profusión de estudios que se publican sobre sus ideas y para los cuales es necesario acudir a otras obras que solo consignan ese raudal bibliográfico.

Llegados a este punto y observando los cambios que se produjeron en el derrotero habermasiano, cabría preguntarse si, más allá de

[5] Jürgen Habermas, *La lógica de las ciencias sociales*, traducción de Manuel Jiménez Redondo, Madrid, Tecnos, 1988, pp. 243 y 246.

sus reduccionismos, Skinner fue del todo inexacto en aquella reseña de 1982. Como se sabe, al despuntar el nuevo siglo, y tras los atentados terroristas contra las Torres Gemelas, Habermas comenzó a incorporar la filosofía de la religión en el marco de su obra como un fenómeno cultural inevitable (aunque, por supuesto, sin ánimo de abandonar su ateísmo) en trabajos como *Israel o Atenas* (2001), *Entre naturalismo y religión* (2005), el segundo volumen sobre el pensamiento postmetafísico (2012), que Trotta tradujo al castellano como *Mundo de la vida, política y religión* y, por supuesto, en *Una historia de la filosofía*. Aunque el título original de esta última obra, *Auch eine Geschichte der Philosophie* (algo así como *Otra historia de la filosofía*) fuese un guiño a *Auch eine Philosophie der Geschichte* (1774) de aquel antivolteriano que fue Herder, lo cierto es que con ella termina por reafirmar su pasión ilustrada hacia una razón emancipadora que no puede ignorar sus raíces religiosas.

Sea como fuere, quien tal vez haya expuesto esta "conversión" de forma más palmaria fue el teólogo Friedrich Wilhelm Graf quien, el 20 de marzo de 2026, a seis días de la muerte de Habermas, pronunció en su funeral, en el cementerio de Söcking en Starnberg, el sermón de despedida. Allí, Graf recordó lo que Habermas había confesado en 1988: "No creo que, como europeos, podamos entender seriamente conceptos como el de moralidad y eticidad, persona e individualidad, libertad y emancipación […] sin apropiarnos la sustancia de la idea de historia de la salvación de procedencia judeocristiana".[6] ¿Cuánto pudo haber contribuido el ensayo de Skinner a tal presunción? Difícil saberlo. Sin embargo, si algo caracterizó el "arte de leer" de Habermas no solo fue su sistematicidad, su carácter interdisciplinar y su componente crítico y político, sino también la práctica dialógica y pluralista con diferentes tradiciones filosóficas. De hecho, ha sido uno de los pocos que intentó superar el clásico dualismo entre "analíticos y continentales".[7] En cualquier caso, Jürgen Habermas (quien practicaba lo que siempre había teorizado, es decir, una situación ideal de habla no distorsionada por la violencia en la que solo contaba la "coacción sin coacción" del mejor argumento), no podría haber sido más consecuente al reconsiderar, cual arcano inconfesable, la "Reforma" que Skinner le había atribuido.

*Andrés G. Freijomil*
Universidad Nacional de General Sarmiento / CONICET

[6] Jürgen Habermas, *Pensamiento postmetafísico*, traducción de Manuel Jiménez Redondo, Madrid, Taurus, 1990, p. 25.
[7] Camil Ungureanu y Daniel Gamper (eds.), *Jürgen Habermas*, BuenosAires/Madrid, Katz, serie El arte de leer, 2019, pp. 7-17.

# *Carlo Ginzburg (1939-2026)*

Carlo Ginzburg nació en Turín en 1939, en una familia de libros, universidad y política. El abuelo materno, Giuseppe Levi, era profesor de Anatomía. La madre, Natalia, además de editora y traductora, se convertiría pronto en una escritora fuera de serie. El padre, Leone, enseñó en la universidad hasta que el fascismo lo apartó de su cargo. Especialista en literatura rusa, colaboró en la fundación de la casa editora Einaudi y participó activamente de la lucha contra el régimen. Carlo seguramente disfrutó de los libros, como luego disfrutaría de la universidad, y sufrió las consecuencias de la política en un tiempo de barbarie. El fascismo los condenó a un exilio interno en Pizzoli, en los Abruzos, en 1943. Llegaron con Carlo y su hermano Andrea (nacería allí otra hija, Alessandra). Su abuela materna, Lidia Tanzi, le había dado un pequeño cuaderno con ese nombre, Carlo Tanzi, que sería el propio en tiempos de persecución. Combatiente por la justicia y la libertad, Leone fue capturado en Roma por el fascismo, brutalmente torturado por la Gestapo y asesinado a inicios de 1944.

Desde 1957, Carlo estudió Historia en Pisa. Delio Cantimori fue uno de los profesores que recordaría más tarde, con reconocimiento y frecuencia por igual (solía sumar a Augusto Campana, Arsenio Frugoni, Arnaldo Momigliano, Gianfranco Contini, Carlo Dionisotti, Ernst Gombrich, Lawrence Stone, Felice Balbo, Sebastiano Timpanaro y Cesare Garboli). Entre sus compañeros estaba Adriano Prosperi (con quien publicaría en 1975 *Giochi di pazienza*, una descripción de su trabajo conjunto sobre el *Beneficio di Cristo*). Se doctoró allí en 1961. Desde entonces, enseñó en Lecce, Bolonia, Princeton, Harvard, Yale y París. Entre 1988 y 2006 fue profesor de Renacimiento e Historia Moderna en la Universidad de California, en Los Ángeles. Regresó entonces a Italia y dio clases en la Scuola Normale Superiore de Pisa hasta su jubilación. Solía decir que le gustaba enseñar, que le gustaba más aprender y que no podía concebir una actividad como separada de la otra. Seguramente por eso se identificaba con un dibujo donde Goya retrataba a un anciano que caminaba con dificultad, apoyado en dos bastones, con la inscripción "Aún aprendo".[8] Sería ese el título de uno de los últimos libros de Ginzburg, quien se sentía impulsado por lo que llamaba "la euforia de la ignorancia" cada vez que emprendía una pesquisa nueva.

Las investigaciones que Ginzburg desarrolló durante su larga vida como historiador son extraordinarias por su variedad, profundidad, erudición, avidez teórica y refinamiento narrativo. Interesado desde su juventud por las ideas y creencias populares durante la modernidad temprana, las exploró a partir de los archivos de procesos inquisitoriales que buscaron controlarlas y suprimirlas, en un ejercicio que demandaba necesariamente leer los documentos entre líneas o a contrapelo, como le gustaba decir. Propuso en *Los benandanti* (1966), *El queso y los gusanos* (1976) e *Historia nocturna* (1989), que la brujería era un estereotipo represivo creado por la Inquisición, pero que existía también un conjunto de cultos agrarios arcaicos (un "núcleo folclórico") supervivientes en las comunidades subalternas donde aquellos juicios y ejecuciones tuvieron lugar. En esas pesquisas, Ginzburg

[8] Véase: https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/aun-aprendo/f0c1615c-8c5f-4e80-b7bc-702ec9f4d2f3.

indagó las vidas de personajes ignotos: Domenico Scandella (a quien *El queso…* volvió famoso con su apodo Menocchio), por supuesto, pero también otros, como los *benandanti* Paolo Gasparotto y Battista Moduco, que emprendían cada año, armados con ramas de hinojo, batallas contra las huestes demoníacas en las que se jugaba el destino de la cosecha. Negaban ellos ser brujos, insistían los jueces en considerarlos tales.

Ese interés por rescatar a individuos de las clases populares de la condescendencia de la posteridad estaba ligado también con la empresa de la microhistoria. Junto con Giovanni Levi y Edoardo Grendi, entre otros, se propusieron acercarse al pasado con una aproximación que fue definida de maneras muy diversas. "Excepcional normal", decía Grendi; "la ciencia de las preguntas generales y las respuestas locales", afirmaba Levi; el análisis centrado en casos y el poder esclarecedor de la anomalía, proponía Ginzburg. Uno de los núcleos de esa experiencia fue la colección Microstorie, dirigida por Ginzburg y Levi, con Simona Cerutti como editora en Einaudi. Durante una década, desde 1981, publicaron una veintena de libros: obras de Edward P. Thompson, Natalie Zemon Davis, Pietro Redondi, Franco Ramella y otros destacados historiadores.

En esa colección apareció, como primer volumen, *Pesquisa sobre Piero* (1981). Es importante detenernos brevemente en este libro, porque muestra el interés temprano de Ginzburg por las imágenes y su interpretación. Aunque afirmaba taxativamente allí que no ser un historiador del arte resultaba "un límite grave" para su estudio, no rehuyó el desafío de analizar la pintura de Piero della Francesca, a quien historiadores del arte monumentales como Roberto Longhi habían dedicado trabajos célebres. Ginzburg analiza el significado iconográfico y asigna una cronología a las obras estudiadas. Busca conectar el contexto político (las relaciones entre las Iglesias cristianas de Roma y Constantinopla ante la amenaza otomana), la red que vinculaba a los mecenas con el artista y cuestiones estrictamente formales. El trabajo recibió muchas críticas. En 1994 apareció una segunda edición, con cuatro apéndices, donde Carlo publicó su defensa y algunas concesiones. El tema le siguió interesando hasta 2022, cuando decidió reeditar el texto, con un posfacio, esta vez en Adelphi.

A partir de este libro, conviene introducir las preocupaciones metodológicas que acompañaron a Ginzburg durante toda su carrera. En 1966, Carlo había publicado un artículo sobre las relaciones entre "morfología" e "historia", desde Aby Warburg hasta Ernst Gombrich. Nunca dejó de reflexionar sobre ese tema: de hecho, en 2026 eligió publicar, como capítulo en *Il vincolo della vergogna*, el texto "Il convolvolo e il giglio", que trata del mismo asunto. Para Ginzburg, la morfología era una herramienta heurística: "una sonda para explorar un estrato inalcanzable con las herramientas habituales del conocimiento histórico" (*morphologia ancilla historiae*). La conexión con Warburg era evidente: Carlo valoraba en su obra la capacidad de combinar la identificación de formas recurrentes con una atención rigurosa a los contextos históricos específicos. También el diálogo con Lévi-Strauss. Aquella tensión entre forma y contexto reapareció en sus célebres reflexiones sobre el "paradigma indiciario" (1979): las semejanzas formales podían contribuir a la inferencia retrospectiva, desde los efectos evidentes hasta las causas inesperadas. Esfuerzo que, por supuesto, implicaba riesgos, tal como resultó evidente a partir de las críticas que recibió por el uso de la morfología en *Historia nocturna*.

Si de método histórico se trata, no podemos dejar de mencionar aquí el interés de Ginzburg por Marc Bloch. Carlo destacó que, en su póstuma *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien,* Bloch había propuesto

una comparación entre ciencias humanas y ciencias naturales a la luz de los descubrimientos de la física cuántica. Si las ciencias físicas habían sustituido la certeza por la infinita probabilidad, afirmaba Bloch, las exigencias para las ciencias humanas podían seguir un camino análogo. Proponía conciliar el rigor filológico y erudito de la historia con el interés por los grandes problemas y el análisis de la sociología y la antropología. Los ecos de estas discusiones se perciben en las reflexiones de Ginzburg respecto del paradigma indiciario, que no debería considerarse menos riguroso por ser cualitativo y conjetural.

Desde los años 1990, Ginzburg exploró, con maestría creciente, el género del ensayo. A partir de entonces, sus libros fueron casi siempre colecciones de textos sobre asuntos diversos, pero ligados por un tema común. En *Ojazos de madera* (primera ed., 1998), el hilo conductor fue la distancia, como metáfora, como método, como aspecto necesario de la experiencia del conocer. En 1999, en *Historia, retórica y prueba*, Ginzburg se enfrentó con el neoescepticismo historiográfico y el relativismo epistemológico. No ignoraba el carácter fragmentario de la evidencia histórica ni el aspecto conjetural de la práctica historiográfica. Propuso, en cambio, que los historiadores son capaces de construir un discurso verdadero, aunque provisorio, sobre el pasado, a partir del estudio detenido de los restos supervivientes y del reconocimiento de la distancia entre pasado y presente. La verdad no era, para él, un punto de llegada, sino una búsqueda siempre incompleta. Un tema afín despunta en los ensayos reunidos en *El hilo y las huellas* (2006), cuyo subtítulo nos indica un refinamiento de su abordaje del problema: "Lo verdadero, lo falso, lo ficticio".

En 2015 se trató de *Miedo, reverencia y terror*, tal vez el libro más warburguiano de Ginzburg, donde exploró la iconografía política a partir de la noción de *Pathosformel*, aplicada a casos tan diversos como la portada del *Leviathan* de Hobbes, el *Marat en su último suspiro* de David, el afiche de reclutamiento de la Primera Guerra Mundial, donde lord Kitchener aparecía señalando al espectador y llamándolo a unirse al esfuerzo militar, o el *Guernica* de Picasso. Morfología e historia, también, poblaban las reflexiones teóricas que daban marco a esos ensayos.

En *Nondimanco,* de 2018, Ginzburg yuxtapuso de manera inesperada las obras de Maquiavelo y de Pascal, que terminan por constituir un eje para aproximarse a la casuística, descubierta por el primero en la biblioteca de su padre, rechazada por el segundo, opositor a la casuística y lector de Maquiavelo. Más tarde, en 2021, Carlo publicó *La letra mata*, un conjunto de ensayos variados que parten de una cita de Pablo de Tarso: "La letra mata, el espíritu da vida". En esta ocasión, la unidad proviene de las relaciones entre casos y elementos azarosos que permiten conducir la pesquisa. Si así fuera, ambos libros nos devuelven al centro de la reflexión microhistórica, al análisis minucioso de casos (textos, imágenes, libros, acontecimientos, objetos) que aparecen de manera inesperada y se vuelven reveladores, a las relaciones entre micro y macrohistoria.

El último libro de Ginzburg se publicó en 2026, pocos meses antes de su muerte, el 17 de junio. Fue *Il vincolo della vergogna. Letture oblique*. El ensayo que da título a la colección arriesga la hipótesis de que el país al que pertenecemos no es aquel del que nos enorgullecemos, sino el que nos avergüenza (o puede avergonzarnos). Es explícita, en este caso, la denuncia que un judío secularizado y crítico dirige contra la limpieza étnica perpetrada por el Estado de Israel en Gaza, después del ataque de Hamas del 7 de octubre de 2023. La hipótesis es incómoda y conduce a la reflexión porque, en lugar de preguntarse por la celebración de la identidad, orienta el análisis a los desafíos de pertenecer a una comunidad, una historia y una tradición a través de la ver-

güenza. Carlo nunca había sido ajeno a la intervención pública. En 1979 había escrito una carta al papa Juan Pablo II para solicitar que se abrieran los archivos de la Inquisición; en 1991 había publicado *El juez y el historiador,* un análisis del proceso contra Adriano Sofri, en defensa de su amigo; en 2007 se había opuesto a la iniciativa del ministro de Justicia italiano para castigar el negacionismo del Holocausto, pues iba en contra de la libertad de expresión e investigación; en 2010, había aceptado el Premio Balzan con un discurso en el que defendía la educación pública como "el bien más precioso para el desarrollo de una sociedad"; en 2020 había firmado la Declaración de Jerusalén sobre el antisemitismo, que intentaba enfrentar ese flagelo pero daba cuenta de objeciones a la definición de la IHRA (International Holocaust Remembrance Alliance), en particular la posible confusión entre las críticas a las políticas del Estado de Israel y el antisemitismo. El compromiso político no fue obstáculo para la reflexión, sino que la reforzaba. Eso es evidente en su análisis de las reflexiones de Primo Levi sobre la "zona gris", en su estudio de las cuestiones metodológicas a partir de la noción de "semejanzas de familia" (no solo morfología e historia, sino también filología y genealogía), o en su estudio de las falsas noticias, a partir del Marc Bloch de *Los reyes taumaturgos*, obra que admiraba.

Ginzburg fue también un hombre de vitalidad desbordante y de enorme generosidad intelectual y personal. En 2016, la Universidad de San Martín loinvitó para un homenaje a José E. Burucúa, durante el cual Carlo recibiría el título de doctor *honoris causa* (que en Argentina le conferirían más tarde, también, las Universidades de Rosario y de Buenos Aires). Ginzburg aceptó, gustoso y sin condiciones, celebrar la trayectoria de su amigo argentino, un colega a quien conocía y valoraba. Pocos días antes del viaje, Andrea, hermano de Carlo, sufrió una grave enfermedad y la visita se canceló. Pero una recuperación rápida permitió que Ginzburg volara a la Argentina. Presentó un hermoso texto sobre Warburg en el homenaje, se reunió con doctorandos y colegas, protagonizó un diálogo a sala llena con Burucúa en la Biblioteca Nacional y recibió su título honorario con una conferencia magistral sobre *I benandanti*, a medio siglo de su primera edición. Nunca le faltaba el tiempo para escuchar a colegas jóvenes, con trayectorias dispares, ni para intentar alguna sugerencia que pudiera contribuir a esas pesquisas. Su exigencia crítica estaba siempre presente en esos casos, pero sus respuestas mordaces se reservaban casi con exclusividad a colegas bien establecidos. A veces a él mismo también, cuando representaba ante sí el papel de implacable "abogado del diablo", que tanto le agradaba.

Con seguridad, extrañarán más que nadie a Ginzburg sus nietos, sus hijas, Silvia y Lisa, y su pareja Luisa Ciammitti, ella misma historiadora del arte refinada, tan atenta al detalle cuanto al conjunto. Pero todos nosotros hemos perdido, también, a un gran maestro, que nos enseñó, con entusiasmo y gracia excepcionales, a emprender la aventura del conocimiento, aquel *sapere aude* que él mismo consideraba la mejor herencia de esa época contradictoria que fue la Ilustración. Vivimos, finalmente, en tiempos que amenazan con renovar el despropósito de violencia que la familia Ginzburg-Levi sufrió cuando Carlo era un niño. Hemos perdido, en ese campo de disputas, a un faro que nos ayudó a distinguir mejor el mundo presente, el mundo pasado y las distancias que los separan. Lo despido, entonces, con gratitud, pero también con un profundo sentimiento de orfandad.

*Nicolás Kwiatkowski*
CONICET / Universidad Nacional
de San Martín / Universitat Pompeu
Fabra, Barcelona

**Sobre la revista**

*Prismas. Revista de historia intelectual* es un anuario que se publica ininterrumpidamente desde 1997, actualmente en formato papel y digital, incorporando la publicación continua de artículos aprobados.

La revista busca contribuir a la conformación de un foco de elaboración disciplinar en historia intelectual. En función de ello, difunde la producción de investigadores cuyo objeto de estudio lo constituyen ideas y lenguajes ideológicos, obras de pensamiento y producciones simbólicas, o bien que utilizan metodologías que atienden a los procedimientos analíticos de la historia intelectual, entendida en sentido amplio. Asimismo, da cuenta en sus diferentes secciones de debates teóricos sobre la disciplina o textos clásicos de esta, y de la producción más reciente.

La edición en papel de *Prismas* es de frecuencia anual; la edición *on-line* es de frecuencia semestral (cada volumen impreso se desdobla en dos números *on-line*).

**Convocatoria para la publicación de artículos**

*Prismas* convoca a investigadores para que envíen trabajos de investigación originales en idioma español dentro del campo de la historia intelectual y cultural, para su publicación en la sección "Artículos" de los próximos números.

**Presentación de trabajos para la sección "Artículos"**

La sección "Artículos" se compone con trabajos inéditos enviados a la revista para su publicación. La evaluación consta de los siguientes pasos: en primera instancia deben ser aprobados por el Consejo de Dirección de *Prismas* en términos de su pertinencia; en segunda instancia, son considerados de modo anónimo por pares expertos designados *ad hoc* por el Consejo de Dirección. Cada artículo es evaluado por dos pares; puede ser aprobado, aprobado con recomendaciones de cambios, o rechazado. En caso de que haya un desacuerdo radical entre las dos evaluaciones de pares, se procederá a la selección de una tercera evaluación. Cuando el proceso de evaluación ha concluido, se procede a informar a los autores el resultado.

Los artículos deben observar las siguientes instrucciones:
– No exceder los 70.000 caracteres con espacios (incluyendo resúmenes, notas al pie y bibliografía).
– Deben ir acompañados de un resumen en castellano y en inglés de no más de 200 palabras; de entre tres y cinco palabras clave; y de las referencias institucionales del autor, su dirección de correo electrónico y su número ORCID (si lo tuviera).
– Para ver las normas de estilo y enviar manuscritos de artículos dirigirse a:
https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/about/submissions

**Presentación de trabajos para la sección "Lecturas"**

La sección "Lecturas" se compone de trabajos que abordan el análisis de un conjunto de dos o más textos capaces de iluminar una problemática pertinente a la historia intelectual. No deben exceder los 35.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en el punto anterior. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por el Consejo de Dirección.

**Presentación de trabajos para la sección "Reseñas"**

La sección "Reseñas" se compone de análisis bibliográficos de libros recientemente aparecidos, vinculados con temas de historia intelectual en una acepción amplia del término (historia cultural, de las ideas, de las mentalidades, historiografía, historia de la ciencia, sociología de la cultura, etc.). Los trabajos deben estar encabezados con los datos completos del libro analizado, en el siguiente orden: Autor, Título, Ciudad de edición, Editorial, año, cantidad de páginas. No deben exceder los 12.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en los puntos anteriores. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por los editores.

**Envío de manuscritos**

La revista Prismas recibe propuestas en: https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas
Contacto: prismas@unq.edu.ar

*Prismas* se publica en versión electrónica en el portal de revistas de la UNQ:
https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/index

La revista está indexada/incluida en: Scopus, Erih Plus, Scielo, Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas, Latindex catálogo 2.0, Redalyc, Hispanic American Periodical Index (HAPI), Dialnet, Directorio de Revistas con Acceso Abierto (DOAJ) y Matriz de Información para el Análisis de Revistas (MIAR).